ESE GOL EXISTE

UNA MIRADA AL PERÚ A TRAVÉS DEL FÚTBOL

ALDO PANFICHI
Editor

FONDO EDITORIAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

ESE GOL EXISTE

Una mirada al Perú a través del fútbol

ESE GOL EXISTE

Una mirada al Perú a través del fútbol

Carlos Aguirre

Gerardo Álvarez

Luis Carlos Arias Schereiber

Martín Benavides

José Deustua C.

Aldo Panfichi

Jaime Pulgar-Vidal Otálora

Abelardo Sánchez León

Steve Stein

Susan C. Stokes

Jorge Thieroldt

Víctor Vich

David Wood

Richard Witzig

Aldo Panfichi, editor

FONDO EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Ese gol existe. Una mirada al Perú a través del fútbol

© Aldo Panfichi, editor

Primera edición, julio de 2008

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 978-9972-42-854-8
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2008-08547

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Contenido

Presentación
Abelardo Sánchez León 9

Introducción: hacia una sociología del fútbol
Aldo Panfichi 13

El fútbol en Lima: actores e instituciones (1892-1912)
Gerardo Álvarez 25

Entre el ***offside*** y el chimpún: las clases populares limeñas y el fútbol, 1900-1930
José Deustua, Steve Stein y Susan C. Stokes 59

De la fundación a la invención de la tradición aliancista: el *Alianza Lima,* club de «obreros», de «negros» y de «La Victoria»
Martín Benavides 95

A bastonazo limpio: la historia del primer clásico del fútbol peruano
Jaime Pulgar-Vidal Otálora 111

Berlín, 1936: la verdadera historia de los olímpicos peruanos
Luis Carlos Arias Schereiber 135

Los usos del fútbol en las prisiones de Lima (1900-1940)
Carlos Aguirre 155

Clubes y barras: *Alianza Lima* y *Universitario de Deportes*
Aldo Panfichi y Jorge Thieroldt 177

Barras y pandillas: ¿límites cotidianos a la construcción de igualdades?
Jorge Thieroldt Llanos 191

Fantasías políticas y sociales en el fútbol peruano:
la tragedia del *Alianza Lima* en 1987
Aldo Panfichi y Víctor Vich 217

Fútbol, cultura e identidad en el Perú
David Wood 231

El fútbol en la cima del mundo: crónica del ascenso del *Club Cienciano*
Richard Witzig 251

Don Varleiva: memorias de una época
Aldo Panfichi 271

Cincuenta años de prensa deportiva en el Perú con Littman Gallo, «Gallito»
Luis Carlos Arias Schereiber 283

Referencias autores 309

Presentación

Abelardo Sánchez León

En el Perú, escribir sobre fútbol supone una cierta dosis de masoquismo. Las victorias son escasas y, cuando ocurren, adquieren un extraño velo de proeza o heroísmo.

Escribir sobre fútbol, en el Perú, supone también una cuota de creatividad, pues se trata, para nosotros, de un deporte en extinción competitiva. No debemos olvidar que la llamada globalización nos inunda a través de partidos jugados en los diversos confines del planeta. ¡Ah, FOX!, ¡ah, ESPN!, ¡ah, GOLTV!

Y, por cierto, escribir sobre fútbol en el Perú supone una complicidad con los sentimientos más primarios de la identidad, aquella comunión mágica entre los que hemos nacido en esta tierra. Porque, como dicen ciertas personas, solamente un gol peruano es capaz de unirnos, de fomentar una alegría verdadera y una esperanza real que ninguna otra actividad puede lograr con igual intensidad.

Claro, esos goles son escasos y, por lo tanto, esa alegría resulta remota. Sin embargo, ese gol existe, claro que existe, a veces infla las redes del arco contrario y todos nos entusiasmamos tanto que pensamos que Dios nació en estas tierras, que somos grandes jugadores y que iremos al próximo mundial.

Avanza Perú, gol de Brasil

Pero Aldo Panchifi insiste. Eso es verdad; insiste con una tenacidad que deberían envidiar los futbolistas. Aldo Panfichi es una excelente persona: cree en el fútbol, en los lazos comunitarios que es capaz de fomentar, va a los estadios, aplaude, pifia, se alegra, se molesta. Sin embargo, le interesa sobre todo lo peruano a través de aquellas gambetas, centros, rechazos, ataques y contra ataques que se dibujan en el terreno de juego, en el gramado de los ahora diversos estadios que hay en Lima y en otras

ciudades del país, donde domingo a domingo se despliega el *Descentralizado*, nuestro torneo, nuestro fútbol.

Ese es nuestro fútbol, qué le vamos a hacer. No tenemos otro; los jóvenes podrán ser hinchas del *Milan*, del *Barcelona*, del *Manchester* o del *Villarreal*, pero nuestro fútbol es ese, el del *Alianza*, la *U*, el *Boys* o el *Cienciano*, y debemos quererlo, entenderlo, interpretarlo. Y, si fuera posible, cambiarlo de raíz, porque así como está no nos lleva a ninguna parte. Si en los últimos veinte años el mundo ha cambiado, si el Perú ha cambiado, si la ciudadanía peruana es otra, ¿por qué nuestro fútbol deberá seguir estancado, sin modificarse un ápice, colocándonos en el sótano de la tabla de posiciones en América del Sur? Perú o Bolivia. Bolivia o Perú. Los dos coleros.

Aldo Panfichi ha escrito una interesante introducción para este conjunto de ensayos que conforman el libro. Gracias a él, mi tarea se vuelve más sencilla: reconoce que el título es preciso, porque trata de un recorrido a la historia del Perú a través de la óptica del fútbol. Todos sabemos —y allí radica la grandeza de este deporte— que el fútbol no se reduce a lo que sucede en el terreno de juego. Al contrario, el volumen nos da a entender que lo que allí ocurre, el juego propiamente dicho, permite conocer el ardor de las tribunas, el estadio mismo, los alrededores del recinto, la ciudad y sus barrios, las barras, las identidades, los conflictos y las alegrías de mucha gente, sean hinchas, aficionados o ciudadanos.

El libro es un recorrido que va desde los últimos años del siglo XIX hasta nuestros días. Quizá falte, pero podría ser motivo de otros estudios, la aspereza del negocio hoy en día, tanto a nivel mundial como continental y local, pues este tema se encuentra imbricado. La lógica globalizada del fútbol nos lleva a todos al Viejo Continente, a los diversos torneos europeos, a la migración constante de futbolistas cada vez más jóvenes a integrarse en aquellos torneos. Los casos recientes de Paolo Guerrero, Carlos Zambrano y Reimond Manco indican que el torneo local es un escollo o una trampa que se debe saltar lo más pronto posible, incluso debe esquivarse del todo, pues este torneo los devoraría como Neptuno y los mataría en la mediocridad del medio. Temas como la lógica de los clubes locales, sus dirigencias, sus administraciones, sus elecciones, tienen un interés creciente. ¿Hasta cuándo los clubes van a funcionar como lo vienen haciendo desde siempre, desde los tiempos inmemorables de Plácido Galindo, Alfonso Souza Ferreira, el doctor Swayne o el almirante Labarthe? Todo hace indicar que la dirigencia secreta del fútbol peruano ya no da más, que existe una lógica perversa —vender jugadores nuestros muy jóvenes, comprar jugadores extranjeros muy viejos, no promover las canteras, tener instituciones sin infraestructura mínima, por ejemplo— que hace que se escriba sobre un espectáculo prácticamente inexistente.

Sin embargo, el libro apunta a otra dirección. Privilegia los aspectos sociales que rodean el fútbol como una manera de crear vínculos e imágenes de nuestra sociedad. De alguna manera, nuestra sociedad está marcada por los rasgos raciales y ello se expresa nítidamente en el fútbol: Dimas Zegarra, Julio Baylón, Pedro León, Alberto Gallardo, José Velásquez (negros altos, fuertes, pícaros); Héctor Chumpitaz, Panadero Díaz, Hugo Sotil (cholos de acero inoxidable); Guillermo Delgado, Víctor Benítez, Roberto Challe, Flavio Maestri, Alfredo Tomasini (blancos que provienen de diversos colegios más o menos acomodados de la clase media).

En fin, maestro, el fútbol da para tanto. Cosas del fútbol, Miguelito…

El fútbol peruano resultaba mucho mejor cuando se escuchaba por la radio que cuando se veía por la televisión. Los oyentes tenían una gran capacidad de imaginación. Las jugadas se exageraban y la dinámica parecía la de un torbellino. Como cuando se conversaba en las cantinas y se recreaban los goles de Lolo Fernández, los cabezazos de Valeriano López, los partidazos de aquel Sudamericano de 1959 en Buenos Aires, cuando los aficionados se imaginaban aquella delantera conformada por *Huaki* Gómez Sánchez, Miguel Loayza, Juan Joya, Alberto Terry y Juan Seminario, ¿será esa la delantera?, ¿no me estaré confundiendo? Eran tiempos en que lo poco se veía con la claridad suficiente: se veía con la claridad del corazón y todo se oía mejor, muchísimo mejor.

Definitivamente, los trece trabajos que Aldo Panfichi reúne en esta oportunidad nos permiten entender mejor la sociedad peruana, ya que de eso se trata, en el fondo, todo estudio interesante, pues nada de la vida le es ajeno al fútbol. El fútbol —deporte varonil, popular, competitivo y de equipo, de grupo, de comunidad— es un espejo que hay que limpiar cada cierto tiempo para entendernos y querernos más. Tarea encomiable y resultado positivo en este caso. Un resultado victorioso, sin duda, que debemos agradecer a cada uno de los autores.

Introducción: hacia una sociología del fútbol

Aldo Panfichi

Este libro es parte de un esfuerzo colectivo por construir la sociología del fútbol como un campo académico autónomo y legítimo. Precisamente, en los últimos años, se han publicado libro importantes, se han organizado conferencias en las mejores universidades del mundo, y el número de tesis de pregrado y postgrado está en ascenso, todo lo cual parece indicar que estamos en los albores del nacimiento de la sociología del fútbol o *futbología*. El creciente interés académico responde al hecho fácilmente comprobable de que el lenguaje del fútbol ha desbordado los estadios para incursionar en todas las esferas de la vida cotidiana. Provisionalmente, la *futbología* puede ser definida como el conocimiento (*logos*) que surge del estudio del fútbol como un fenómeno social, cultural, económico y político. Con esta perspectiva pierden terreno aquellas ideas arcaicas que consideran este deporte como el opio del pueblo, o una actividad intrascendente orientada al ocio y el placer, que emplea más el cuerpo que la inteligencia y que carece de relevancia sociológica alguna.

Nuestro punto de partida es felizmente otro. Los capítulos de este libro son una muestra de la vitalidad intelectual que rodea al fútbol. Pensamos que este deporte es un fenómeno sociológico extraordinario, que ofrece la posibilidad de ir mas allá de describir cómo grupos de individuos luchan por un balón; es útil, además, para revelar desde nuevos ángulos una amplia gama de fenómenos sociales, económicos, culturales y políticos. Las posibilidades de investigación que se abren con esta postura son diversas, pero en nuestro medio esta es aún inicial y concentrada en ciertos temas o problemáticas. Este libro en particular reúne los avances logrados en algunas áreas temáticas. Destaca, en especial, el origen y transformación de las identidades y las formas culturales que ellas adquieren. Luego, las tensiones y rivalidades que caracterizan la vida social de las comunidades de hinchas o clubes; y, finalmente, los discursos y narrativas que conforman la historia cultural de este deporte. Una promesa de conocimiento especialmente

atrayente para nosotros, los peruanos, debido a la naturaleza heterogénea, fragmentada y altamente conflictiva de nuestra convivencia social.

Teóricamente, la naciente sociología del fútbol se alimenta de un conjunto disperso de ideas que se han producido en distintos lugares del mundo, pero aún no logra dotarse de marcos teóricos generales bien estructurados. Varias de estas ideas están presentes en los capítulos que este libro presenta, pero otras están ausentes y forman parte de la agenda futura de la sociología del fútbol. El acápite que sigue presenta brevemente algunas de estas ideas para beneficio de futuras investigaciones en nuestro medio.

1. El potencial académico del fútbol se basa, en parte, en su capacidad de representar en forma simbólica la lucha entre dos pueblos o comunidades por dirimir situaciones de superioridad y dominación. Como sabemos, esta es una disputa tan añeja como el ser humano mismo; sin embargo, lo importante es que en el fútbol se desarrolla en condiciones democráticas. Es decir, una competencia en igualdad de condiciones, sin privilegios ni jerarquías estamentales o patrimonialistas que influyan decisivamente en el resultado final. La representación ocurre, además, en un espacio público construido para este fin y con un árbitro y reglas que todos deben respetar. La condición de igualdad explica la pasión popular que este deporte despierta en todo el mundo, más aún en lugares donde salir de la pobreza o lograr triunfos sin favores ni privilegios es algo extraordinario. En suma, como dice Ehrenberg (1992), el fútbol recoge las aspiraciones democráticas e igualitarias de diversos grupos sociales, neutraliza temporalmente en el imaginario las jerarquías cotidianas del orden social y prioriza el uso de la fuerza y el enfrentamiento.

   En un partido de fútbol, los dos equipos enfrentados tienen las mismas posibilidades de ganar o perder, y la superioridad hay que demostrarla en el campo de juego. Las reglas que regulan este deporte son universales y están por encima de cualquier interés de grupo. Se trata de once jugadores contra once, distribuidos en posiciones de ataque y defensa, bajo la atenta mirada de los árbitros que son la autoridad última e inapelable, una suerte de la autoridad estatal. Los rivales se identifican con colores, banderas y canciones que reafirman identidades bien establecidas. La victoria es para aquellos que penetran en el corazón del equipo rival, superan sus líneas defensivas y logran marcar el gol. Luego habrá que defender la ventaja con las uñas, o aprovechar el desconcierto del rival para anotar la mayor cantidad de goles posible («pasarlo por encima» se dice en las tribunas) y así derrotar la incertidumbre del resultado final que acompaña todo partido de fútbol. En estas disputas nacen héroes y mitos, se construyen identidades y se emparentan destinos.

   El potencial analítico de esta representación es aún mayor si concebimos los grupos enfrentados en un partido de fútbol como comunidades de hinchas.

Para esto, es de suma utilidad el concepto de «comunidad imaginada» de Benedict Anderson (1983), quien propone analizar las comunidades como construcciones culturales imaginadas a lo largo de una historia, cohesionados por vínculos y sentimientos de identidad. Se dice que son imaginadas porque sus miembros pueden no encontrarse jamás en persona, pero todos comparten una misma pertenencia a una identidad futbolística bien definida. Se podría decir, entonces, que las comunidades no se diferencian por ser buenas o malas, legítimas o ilegítimas, sino por la forma y los contenidos en las que son imaginadas y construidas socialmente. Este proceso no ocurre desconectado de los principales acontecimientos que caracterizan las coyunturas históricas. Por el contrario, el fútbol es parte de la historia misma.

Si trasladamos este concepto al fútbol, mejoramos nuestro entendimiento de la forma en que se constituyen y reproducen las comunidades de hinchas y fanáticos. Identificarse emocionalmente con el destino de un equipo o club determinado produce vínculos y sentimientos de hermandad con otros aficionados con los que se comparte la misma devoción. Como dice Medina Cano (1999), «todos ellos comparten un misma comunión, una pasión extrema por su equipo y una agresividad militante contra el rival histórico o de turno». La unanimidad no debe llevarnos a pensar que las comunidades son homogéneas cuando están formadas por personas de distinta procedencia y, además, con distintos grados de involucramiento: aficionados individuales, hinchas organizados, socios, dirigentes, jugadores y empleados del club. Lo «imaginario» no hay que entenderlo como un artefacto cultural mental carente de existencia real. Por el contrario, es una construcción particular que captura fragmentos de la realidad operante, que luego se convierten en hechos reales.

La formación de una comunidad de hinchas es un proceso complejo. En ella es posible identificar por lo menos dos tipos de factores. De un lado, un conjunto de significados culturales heredados de pertenencias de clase, barrio, territorio, familia o grupo étnico. De otro lado, significados que se adquieren en las experiencias de socialización a las que estamos expuestos en la vida cotidiana hoy en día. La forma en la que estos significados se combinan en una matriz de identidad depende de cada caso específico y del contexto económico y político en el cual se desarrolla, como veremos en varios capítulos que forman parte de este libro. Hay que precisar, eso sí, que las comunidades de hinchas no son comunidades de vida, es decir, no organizan la totalidad de los aspectos de la vida de sus miembros. En la actualidad, con excepción de los fanáticos más entregados, la mayoría de personas tiene adscripciones o militancias múltiples que se originan en el trabajo, la familia, religión, etnicidad y territorio.

Es también interesante observar cómo en el juego mismo del fútbol —pero también en la vida interna de los clubes, en las sociedades de hinchas e incluso en la institucionalidad política de este deporte (FIFA, federaciones nacionales, y asociaciones)— se reproducen prácticas y discursos de cooperación, interdependencia y conflicto que se utilizan en otros ámbitos de su vida social y política. Los repertorios de acción que utilizan los individuos en la competencia por la victoria, el prestigio y la riqueza, son similares en sus distintas esferas de actuación, aunque aparecen de manera más descarnada en el fútbol al involucrar una alta dosis de pasión y subjetividad. En el fútbol no hay que cuidarse de los exabruptos públicos ni reina la etiqueta en los estadios; por el contrario, es la pasión y la defensa irrestricta de los colores la norma de alta estima. Este radicalismo social, al liberarse de las restricciones de la conducta socialmente esperada en el trabajo, el estudio y la familia abre la posibilidad de observar con mayor nitidez prácticas y discursos de confrontación y competencia.

2. No hay que olvidar, además, que el fútbol construye su propia historia, con héroes y villanos propios, jornadas épicas y trágicas, e incluso con sus propias estructuras institucionales y legales que se extienden por todo el planeta. También permite sentir diversas emociones, como alegría y sufrimiento en contraposición con la vida rutinaria y llena de restricciones de conducta y obligaciones. Sin embargo, no debemos olvidar que los sentimientos, cualquiera fuese su naturaleza, tienen formas históricas, son producto de la cultura y el tiempo (Escalante 2000). Por ello, todo grupo de personas necesita transformar los hechos universales de la alegría expansiva y del sufrimiento en una historia que le dé sentido a la vida. Historia que se narra con el lenguaje propio del fútbol, con palabras, alegorías y referencias que nacen en los campos de fútbol e invaden otros públicos, más políticos e incluso académicos.

   La historia del fútbol es siempre una historia de rivalidades, lo cual revela la existencia de antagonismos bastante arraigados en todas las sociedades del mundo (Giulianotti y Armstrong 2001). Según esta perspectiva, el fútbol tiene una naturaleza binaria al involucrar siempre equipos e identidades opuestas y enfrentadas. Precisamente, son estas oposiciones las que dan forma a las rivalidades deportivas, las cuales sirven cada vez más como mecanismos de diferenciación sociocultural. Las rivalidades deportivas, casi siempre, están asociadas a identidades sociales enfrentadas, sean estas de clase social, étnico cultural, políticas, territoriales, o nacionales.

   Richard Giulianotti (1999) afirma que las identidades sociales pueden tomar formas semánticas o sintácticas. Según este autor, la identidad semántica emerge a través de un proceso por el que las personas definen ellas mismas lo que son,

tanto en términos individuales como colectivos. La identidad sintáctica, de otro lado, resulta del proceso por el que las personas definen lo que son a través de un rechazo enfático de lo que ellos no son. En suma, las identidades semánticas tienen sus raíces en la autoafirmación, mientras que las identidades sintácticas se definen por oposiciones externas. Basado en esto, Giulianotti propone la hipótesis de que la lógica subyacente del fútbol está dominada por la rivalidad y el enfrentamiento. Por ello, se colige, hay un predominio de lo sintáctico sobre lo semántico, y se crean así oposiciones en todos los niveles y espacios de la sociedad. Oposiciones que, cruzadas con las desigualdades materiales y de poder que caracterizan todas las sociedades, dan forma específica a las rivalidades deportivas y sociales.

No obstante las ventajas del enfoque binario, es necesario relativizar la rigidez de las dicotomías, más aún si las identidades deportivas son, por lo general, producto de combinaciones entre lo semántico y lo sintáctico. La construcción de la identidad es un proceso doble de autodefinición del yo y, al mismo tiempo, de diferenciación del otro y los otros. Históricamente, es posible que, en la etapa de formación de las identidades futbolísticas tempranas, los elementos semánticos hayan sido más fuertes, por lo que las rivalidades se expresaban en forma decente y caballeresca. De allí, por ejemplo, habría surgido la denominación de «compadres» del fútbol peruano a los clubes *Alianza Lima* y *Universitario de Deportes*. Denominación que, hoy, muy pocos aficionados utilizan y que ha sido remplazada por otras más confrontacionales y antagónicas. Con el desarrollo de la alta competencia y el negocio del fútbol, las formas identitarias sintácticas parecen haber adquirido mayor relevancia. Por ello, la rivalidad hoy es más de rechazo a los significados y colores que identifican al contendiente. Las rivalidades han desbordado los estadios para generalizarse en el barrio, la calle, el centro de trabajo o estudio, e incluso al interior de las familias.

De otro lado, no todas las identidades deportivas enfrentadas dan lugar a rivalidades permanentes o regulares. Hay clubes de fútbol con identidades fuertes, pero amables, a los que muchos, incluso hinchas furibundos de otros clubes, quieren como segunda opción de hinchaje. El caso del club *Deportivo Municipal* es una muestra de ello. El *Muni*, como le dicen los aficionados, no concita rechazo ni encono ni son protagonistas de rivalidades históricas o de clásicos enfrentamientos. Evidentemente, esto resulta de la trayectoria de este club popular, formado por trabajadores de la Municipalidad de Lima, siempre luchando por evitar la baja de categoría. En este sentido, el *Muni* no amenaza la hegemonía de los principales clubes y, por ende, no es considerado un rival de cuidado. Igualmente, hay intentos de construir rivalidades deportivas con fines comerciales por parte de medios de comunicación o empresas privadas, pero en muchos casos estas no prenden ni logran concitar la atención de los aficionados.

Sin embargo, como señala Janet Lever (1985), el fútbol no solo acentúa las diferencias entre grupos o comunidades, sino también promueve la integración y cooperación entre ellos al intensificar la conciencia cívica o nacional de pertenecer a una misma sociedad. En otras palabras, el fútbol, paradójicamente, permite unir la compleja sociedad moderna subrayando el conflicto y la necesidad mutua entre las partes. En sociedades con graves fracturas regionales y étnico culturales como el Perú, el fútbol permite superar los antagonismos e incentivar la conciencia de unidad y pertenencia de diferentes grupos sociales a una identidad nacional más general e incluyente. Identidad nacional que se ha venido consolidando en las últimas décadas, y en la que el fútbol, a pesar de la ausencia de grandes victorias internacionales, ha tenido un rol importante. El nacionalismo tiene en el deporte una de sus mayores vías de difusión, aunque entre nosotros no ha existido una política sistemática de utilización política del fútbol. Lever afirma también que, pese a la hostilidad de la que hacen gala los clubes de fútbol para defender sus colores, ninguno de ellos puede existir solo y, de una u otra manera, forman parte de estructuras e instituciones transversales que organizan y regulan este mundo. La selección nacional, las federaciones y los campeonatos nacionales e internacionales son precisamente parte de estas estructuras.

3. Los clubes de fútbol pueden ser lugares privilegiados para estudiar la vida asociativa y la cultura política dominante de una sociedad determinada. Al respecto, es necesario señalar que los clubes como tales (asociaciones donde los individuos ejercen el derecho de reunirse libremente para practicar este deporte) nacen en Inglaterra como parte del proceso de creación de la burguesía moderna y la democracia. Como anota Norbert Elías (1995), es bastante significativo que el término club fuese adoptado por los revolucionarios franceses cuando se les permitió reivindicar el derecho político a la libre asociación, un derecho ausente en los regímenes tradicionales y autocráticos. Los clubes han tenido un papel fundamental en el desarrollo del fútbol, tanto en la producción de las reglas que regulan la práctica de este deporte y que consagran la competencia en igualdad de condiciones como una de sus premisas centrales, como también en la organización de las primeras competencias entre localidades o comunidades.

   Los clubes de fútbol forman parte del tejido organizativo de la sociedad civil, aunque esto no es muy reconocido por los analistas y la opinión pública. Por lo general, se ve a los clubes de fútbol como mera actividad recreativa y, por lo tanto, no se le considera parte de la sociedad civil ni de la sociedad política. Sin embargo, hay una tradición académica distinta que nos lleva por caminos opuestos. Alexis de Tocqueville, en su libro *Democracia en América* (1969), señala que las asociaciones civiles que forman los ciudadanos para una variedad de fines políticos y no

políticos son muy importantes en el desarrollo de la cultura política democrática. Poniendo más atención a las prácticas y a las costumbres de los ciudadanos que al funcionamiento de las instituciones políticas, Tocqueville sostiene que las asociaciones alientan la participación libre de los ciudadanos en asuntos colectivos, fomentan hábitos de sociabilidad basados en la reciprocidad, el compromiso y el respeto a las normas democrático electorales. En otras palabras, las asociaciones civiles podrían ser espacios de práctica democrática o reflejo de sus limitaciones y desafíos.

Trabajando con esta perspectiva, Carlos Forment (2003) ha estudiado la compleja vida asociativa que caracteriza a la sociedad civil y la democracia en América Latina. En especial, las prácticas cívicas que ocurren al interior de estas asociaciones, como la deliberación pública entre los asociados, la sociabilidad horizontal, la transparencia en la gestión y los procesos de autorización electoral. Se trata, además, de precisar qué tipo de relación existe entre estas prácticas y la cultura política dominante en la sociedad mayor. Los clubes de fútbol, en esta perspectiva, son un tipo de asociación de creciente importancia social y política, más aún cuando los partidos políticos se han debilitado y los líderes políticos concitan la desconfianza de la población. En un trabajo reciente, Forment (2007) profundiza en esta dirección y dice que los clubes de fútbol argentinos tienen un doble y contradictorio papel. De un lado, estos clubes promueven prácticas cívicas y democráticas entre sus miembros; sin embargo, de otro lado, reproducen prácticas no civiles que legitiman una cultura política autoritaria y caudillista.

A diferencia de los clubes más poderosos del mundo, los clubes latinoamericanos son mayormente asociaciones civiles y no sociedades anónimas, y sus asociados son los propietarios colectivos del club. En Argentina y Brasil, los clubes más importantes tienen miles de socios, ofrecen una amplia gama de servicios y son considerados actores económicos y políticos importantes. La situación es bastante diferente en el Perú, donde los clubes de fútbol tienen muy pocos socios, institucionalmente son frágiles e informales y su importancia es más social y cultural que político institucional y civil. En todo caso, la vida interna de los clubes es el escenario donde se expresan formas de accionar que también están presentes en la sociedad civil y en la sociedad política.

En el Perú, la vida asociativa de los clubes de fútbol y su relación con la sociedad civil y la sociedad política no es aún objeto de investigación académica. Tenemos, no obstante, algunas hipótesis que es necesario corroborar o modificar. Una de ellas sostiene que la debilidad institucional del sistema político (Estado y partidos) tiene su correlato en la precariedad e informalidad de los clubes de fútbol y la institucionalidad deportiva del país. Sin embargo, pensamos que el fútbol peruano está en peor situación: los clubes no son espacios donde se

practique o fomente la cultura democrática, sino uno de los reductos más reticentes del autoritarismo social y el caudillismo criollo. Durante los últimos años, la economía y la sociedad han sufrido grandes procesos de transformación y nuevos actores han surgido en casi todos los ámbitos, pero el fútbol peruano, en lugar de progresar, parece haber involucionado.

Actualmente, los principales clubes peruanos de fútbol continúan siendo asociaciones semi cerradas, ofrecen pocos o ningún servicio a sus asociados, y no tienen el menor interés en democratizarse o masificarse, ya que esto significaría el fin de los pequeños grupos o clanes. La poca vida interna, además, está dominada por el fraccionalismo y predomina el machismo, la homofobia y el uso arbitrario y no transparente del poder. En este contexto, muchas veces el fútbol es visto por algunos aventureros como una actividad que permite salir del anonimato, ser reconocido por la opinión pública y, eventualmente, permite saltar a una carrera política. Este es el caso de dirigentes deportivos convertidos en congresistas y autoridades políticas, o abogados dispuestos a cruzar fronteras con el objetivo de aferrarse a sus puestos. En suma, los clubes de fútbol más importantes del Perú, en lugar de ser espacios de ejercicio y aprendizaje democrático, se habrían convertido en espacios legitimadores del caudillismo arcaico.

4. El libro que el lector tiene en sus manos reúne trece trabajos dedicados a analizar, desde distintas perspectivas, la relación entre el fútbol y la sociedad peruana. La mayoría de estos son textos inéditos o publicados fuera del país, con excepción del trabajo de José Deustua, Steve Stein y Susan Stokes que, por su carácter precursor e inspirador, se incluye en este volumen. Los trabajos que componen el libro se pueden agrupar, en términos generales, en tres áreas temáticas. La primera trata del origen y la transformación de las identidades futbolísticas y las formas sociales y culturales que ellas adquieren. La segunda se refiere a las tensiones y rivalidades que caracteriza la vida asociativa de la comunidad de fútbol. Y la tercera a los discursos y a las narrativas que conforman la historia cultural de este deporte.

   La identidad, y sus transformaciones comunitarias, es el área temática en la que se inició el interés académico por el fútbol en el Perú, y donde los avances han sido mayores. En efecto, este interés se originó en el marco del proyecto de investigación *Lima Obrera 1900-1930*, que dirigió Steve Stein de la Universidad de Miami, a inicios de los años ochenta. Si bien el fútbol no era el objeto principal de este proyecto, dirigido a reconstruir la historia del mundo obrero y sus luchas sindicales, los investigadores encontraron reiteradas evidencias de lo central que era el fútbol en la vida cotidiana de los limeños de inicios del siglo XX. Decidieron, entonces, investigarlo a través de la historia oral y la revisión de archivos. Uno los resultados de este esfuerzo es el artículo de José Deustua, Steve Stein y Susan Stokes, *Las clases*

populares limeñas y el fútbol, 1900-1930, que reproducimos en este libro. Es el primero en mirar desde las ciencias sociales la relación clase social y fútbol.

En esta área se incluyen nuevas contribuciones producidas por jóvenes académicos durante sus investigaciones de tesis de pregrado. Nos referimos al historiador Gerardo Álvarez, con su trabajo *El origen y la difusión del fútbol en Lima, 1892-1919*, y al sociólogo Martín Benavides, con su *De la fundación a la invención Aliancista: el Alianza Lima, club de obreros, negros y de La Victoria*. Ambos trabajos sugieren que el rápido desarrollo del fútbol en nuestro medio a inicios del siglo XX fue resultado de dos procesos. De un lado, del aliento de algunas instituciones del Estado a la práctica de este deporte, especialmente en la escuela, como una manera de apoyar la construcción de un hombre nuevo con capacidad de defender la patria ante un eventual conflicto externo. La amarga experiencia de la Guerra del Pacífico afirmó la idea de un sector de las elites de la necesidad de introducir entre los jóvenes actividades atléticas en lugar de pasatiempos tradicionales y señoriales. De otro lado, desde los actores sociales mismos se producen procesos de invención cultural de las identidades fundacionales de los clubes de fútbol más importantes. El trabajo de Benavides, en particular, se centra en la invención de la tradición obrera, popular y victoriana del club *Alianza Lima*.

También en esta área se incluyen los trabajos de Richard Witzig, sobre el ascenso del club *Cienciano* en las competencias y rivalidades nacionales e internacionales, y el de David Wood, sobre el papel del fútbol en la formación de la identidad cultural peruana. El primero trata de la emergencia de una identidad deportiva ganadora desde la ciudad del Cusco, una región con fuerte densidad histórica y cultural y que aprovecha la ventaja de jugar en altura. Un aspecto bien revelado por Richard Witzig, debido a su formación como medico de profesión. El segundo se centra en la formación de la identidad nacional del Perú, a partir de la perspectiva de los estudios culturales.

Sobre las tensiones y rivalidades que caracterizan la vida asociativa de las comunidades de hinchas, el libro tiene las siguientes contribuciones. El artículo de Aldo Panfichi y Jorge Thieroldt, *Identidad y rivalidad: clubes y barras. Alianza Lima y Universitario de Deportes*, donde se describen los procesos de transformación de las formas de identidad y rivalidad de los clubes de fútbol más importantes del país. Una rivalidad que tiene su punto de partida en la trifulca generalizada del primer clásico, y que es motivo del trabajo de Jaime Pulgar Vidal, titulado: *A bastonazo limpio. La historia del primer clásico del fútbol peruano*. La rivalidad y la confrontación como estilo de vida domina también los aspectos informales de organización de los jóvenes que forman las barras de fútbol. El trabajo de Jorge Thieroldt, resultado también de su tesis de Licenciatura en Sociología, titulado: *Barras y pandillas: límites cotidianos a la construcción de igualdades*, muestra cómo ocurre este proceso en las

calles y esquinas de los barrios populares de Lima. Un fenómeno sociológico poco entendido y malinterpretado por sectores de la opinión pública.

En este grupo hemos incluido el trabajo de Carlos Aguirre, *Los usos del fútbol en las prisiones de Lima (1900-1940)*. Esta ha sido una decisión difícil ya que este artículo ofrece varias contribuciones temáticas, entre ellas la práctica del fútbol en las prisiones limeñas como parte de una estrategia de relación con los presos, o el papel del fútbol en el imaginario de la elites urgidas de controlar grupos considerados peligrosos, o el uso del fútbol para la construcción de clientelas con las autoridades. Sin embargo, a nuestro criterio, el trabajo de Carlos Aguirre tiene otra contribución importante que queremos resaltar. Es mostrarnos cómo al interior de la comunidad de presos se reproducen, a través del fútbol, las rivalidades étnicas y raciales entre limeños y costeños criollos de un lado, y «serranos» o indígenas de otro lado. Rivalidad que impide incluso que puedan jugar unos contra otros sin que no hubiera posibilidades de violencia y tensión. El trabajo de Aguirre, además, nos muestra que el proceso de formación de clubes de fútbol ocurre también al interior de las prisiones.

Los discursos y las narrativas que distintos actores construyen a partir de incidentes ocurridos en el fútbol es un área temática que cuenta con varias contribuciones importantes que recogemos en este libro. Ellos muestran que algunos de estos discursos dan lugar a mitos y leyendas que se convierten en «verdades históricas» que sostienen lealtades y definen rasgos de identidad. Evidentemente, estos mitos y leyendas son parte central en la construcción imaginada de las comunidades de fútbol. Lo interesante es que estas son producidas por individuos que se ubican en los entornos cercanos del fútbol, llámense hinchas, dirigentes o periodistas deportivos. Luis Carlos Arias Schereiber hace una contribución importante con su trabajo *Berlín 1936: La verdadera historia de los olímpicos peruanos*, donde analiza con la ayuda de documentos oficiales y registros periodísticos europeos el mito fundador del fútbol peruano. Aquel que dice que en las Olimpiadas de Berlín sufrimos el robo del título por una conjura internacional en la que participó incluso la Alemania nazi. En la misma dirección, Aldo Panfichi y Víctor Vich, con el trabajo *Fantasías políticas y sociales en el fútbol peruano: la tragedia de Alianza Lima, 1987*, muestran cómo un hecho traumático, como fue la caída del Fokker con el equipo integro del club *Alianza Lima*, da lugar a relatos fantasiosos relacionados con la difícil coyuntura política que el Perú vivía por esos años.

Finalmente, este libro incluye valiosos testimonios de vida de dos periodistas de enorme trascendencia en el desarrollo de la prensa deportiva del país, lamentablemente hoy desaparecidos. El primero de ellos, conocido con el seudónimo de Varleiva, fue

un extraordinario periodista y observador de su época, la primera mitad del siglo XX, y tuvo un papel activo en la formación de los primeros semanarios deportivos que se publicaron en el Perú. El segundo, un poco más conocido por las nuevas generaciones, Litman Gallo, ofrece un registro fascinante del desarrollo de la prensa deportiva durante la segunda mitad del siglo XX, en especial la prensa escrita, la radio y la televisión. Ambos trabajos: *Don Varleiva: memorias de una época*, testimonio recogido por Aldo Panfichi, y *Cincuenta años de prensa deportiva en el Perú con Littman Gallo, Gallito*, recogido por Luis Carlos Arias Schereiber, constituyen aportes al casi desconocido campo de la prensa deportiva en nuestro país.

Bueno, se acabó el preámbulo, pitazo inicial, va.

Bibliografía

Anderson, Benedict

1983 *Imagined Communities: Reflections on the origin and spread of natiolism*. New York:Verso.

Escalante, Fernando

2000 *La mirada de dios. Estudio sobre la cultura del sufrimiento*. México: Paidós.

Ehrenberg, Alain

1992 «Estadio sin dioses». En *Revista de Occidente*. N° 134-135, julio - agosto, Madrid.

Foer Franklin, Foer

2004 *How Soccer Explains the World, An Unlikely Theory of Globalization.* New York: Harper Collins Publishers.

Forment, Carlos

2007 «The Democratic Dribbler: Football Clubs, Neoliberal Globalization and Buenos Aires Municipal Election of 2003». En *Public Culture 19*, Duke University Press.

Forment Carlos y Carlos Makler

2004 «Crisis de representación, vida política y clubes de fútbol en Buenos Aires contemporánea». En *Cuadernos de Investigación Social*. Departamento de Ciencias Sociales de la PUCP.

Giulianotti, Richard and Gary Armstrong

1997 «Reclaming the Game. An Introduction to the Anthropology of Football». En *Entering the Field, New Perspectives on World Football*. Berg editorial.

2001 «Constructing Social Identities: Exploring the Structured Relations of Football Rivalries». En *Fear and Loathing in World Football*. Berg publishers.

Lever, Janet

1985 *La locura por el fútbol*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Medina Cano, Federico

1999 «El fútbol: su lúdica y su simbología». En *Pretextos*, Revista de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Lima, N° 12.

El fútbol en Lima: actores e instituciones (1892-1912)*

Gerardo Álvarez

Este trabajo presenta un análisis del origen y la difusión del fútbol durante las primeras décadas de su presencia en Lima. A lo largo de las secciones de este texto, desentrañaremos los orígenes de la práctica de este deporte, presentaremos a los actores que lo jugaron y, posteriormente, prestaremos atención a las instituciones y clubes que apoyaron y permitieron su difusión, para luego revisar los tipos de clubes de fútbol más importantes que, según su origen social, se dedicaron a este deporte.

Antes de proseguir, conviene hacer unas precisiones. Primero, este trabajo se restringe al estudio de la práctica del fútbol en la ciudad de Lima y en el puerto del Callao, así como en los balnearios y pueblos situados en los alrededores de Lima (Miraflores, Chorrillos, Barranco, Magdalena, Vitarte). Segundo, con respecto a las fuentes, empleamos principalmente la prensa dado nuestro propósito de presentar la evolución de este deporte a partir de los registros sobre su desarrollo cotidiano; paralelamente, hacemos uso de la bibliografía de la época (crónicas periodísticas, revistas). Tercero, al ser muy escasas las investigaciones históricas sistemáticas a partir de fuentes primarias sobre el tema que tratamos, la importancia de la información de primera mano es mayor y de ahí el tono descriptivo del trabajo; así, por un lado, el esfuerzo está dirigido a poner al día los estudios que unos pocos estudiosos e investigadores han realizado sobre el tema; por otro lado, queremos oponernos a los lugares comunes y afirmaciones descontextualizadas sobre la práctica del fútbol en este período.

---

* La versión inicial de este artículo (2000), con modificaciones y ampliaciones, pasó a ser el segundo capítulo de mi tesis de licenciatura (2001). La presente versión mantiene las ideas y la estructura original e incorpora la introducción y las conclusiones.

1. Primeros registros del fútbol en Lima

Las noticias más antiguas sobre el primer partido de fútbol refieren que este se jugó el 7 de agosto de 1892; Jorge Basadre nos dice que se disputó en el campo Santa Sofía, de propiedad del club Lima Cricket, fundado por ingleses residentes en el Perú.[1] La procedencia de los jugadores, a juzgar por sus apellidos, demuestra que en su gran mayoría se trataba de miembros de la colonia británica; podían ser ingleses de nacimiento o hijos de inmigrantes ingleses residentes en nuestro país que reprodujeron las principales prácticas y costumbres inglesas, entre ellas el fútbol.[2] Dada esta información, diversos autores han considerado aquel cotejo como el primero realizado en nuestro país; sin embargo, conocemos otra versión que ofrece fechas mucho más antiguas.

El poeta José Gálvez escribió un ensayo sobre los inicios de la práctica del fútbol y el club Lima Cricket. En él, a partir de una conversación que sostuvo con Alfredo Benavides[3] sostiene que la práctica del fútbol se habría iniciado varios años antes. Las fechas que propone remontan sus inicios hasta la década de 1870, antes de la Guerra del Pacífico. El promotor habría sido Alejandro Garland, quien, tras su regreso de Europa, organizó algunos encuentros usando como campos de juego los terrenos desocupados que existían entre la Penitenciaría y el Palacio de la Exposición.[4] Gálvez agrega que la iniciativa no prosperó y que, al iniciarse la Guerra del Pacífico, el fútbol y otros deportes habrían dejado de jugarse.[5]

---

[1] El aviso dice textualmente: «Football.- el domingo 7 de agosto se verificará un desafío de football entre limeños y chalacos en Santa Sofía, Lima, organizado por los señores Larrañaga y Foulkes, principiando a las tres de la tarde»; véase Basadre (1968, T. XVI: 214), la información la recoge de anuncios publicados el 3 de agosto en los diarios *El Nacional* y *El Callao,* y el 4 de agosto en *La Opinión Nacional.* Véase también Federación (1997: 40).

[2] El equipo del Callao fue capitaneado por Foulke y lo completaron John Conder, Walson, Jolly, Corwan, Pearson, Mc Bride, William, Robertson, Roltaston, Vowel y Pearson. El cuadro limeño fue capitaneado por Pedro Larrañaga, y lo integraron Denegri, Cooper, Mateo Biggs, Polis, Tenaud, Hamilton, J. A. Brooke, Solís, Wilson y Enrique Grau. No asistieron Rotalston, Vowel y Pearson, por los porteños; y Denegri, Cooper y Polis, por el de Lima. Los autores que se han referido a este encuentro no dan cuenta del resultado, pero nuestras pesquisas indican que concluyó empatado a un gol y que ninguno de los equipos completó los once jugadores. Para las alineaciones de los equipos, véase Federación (1997: 41); para los ausentes, *El Comercio* (12-8-1923: 5); sobre las referencias al partido, Miró (1998: 11), Gálvez (1966: 215) y Basadre (1968, T. XVI: 214); también Trelles (1995) y Gameros (1998); para el resultado, Robles (1923: 5).

[3] Alfredo Benavides Canseco practicó el fútbol durante la última década del siglo XIX en el *Unión Cricket*, luego se dedicó a la dirigencia. Participó en la fundación de la Confederación Deportiva Peruana (1917) y tuvo influencia directa en el conflicto entre esta institución y la Liga Peruana de Fútbol, la que derivó, una vez resuelto el conflicto, en la Federación Peruana de Fútbol (1922).

[4] Actualmente, esta zona se encuentra ocupada por el Museo de Arte Italiano y el Centro de Altos Estudios Militares, entre la avenida Garcilaso de la Vega (ex Wilson) y el Palacio de Justicia.

[5] Gálvez (1966: 213). No hemos podido establecer si Alejandro Garland, quien introdujo el fútbol antes de la Guerra del Pacífico, es el mismo que fundó el club *Lawn Tennis* el 27 de junio de 1884, aunque es posible que así sea; al respecto véase Basadre (1968 T. IX: 85).

Existe otra fuente que refuerza esta versión. Amadeo Grados, periodista y narrador costumbrista, apoyado en entrevistas personales con algunos jugadores de fines del siglo XIX, afirma también que el fútbol se habría practicado desde antes de la Guerra y que Garland sería el organizador de los primeros partidos (Grados 1939: 189). Tanto Grados como Gálvez coinciden en señalar que sus intentos no prosperaron. La información que ambos presentan desgraciadamente no va acompañada de ningún elemento adicional que ayude a corroborarla —por ejemplo, avisos en diarios y revistas o fotografías de los jugadores—. Sin embargo, consideramos que esta información es verosímil. ¿En qué nos basamos para realizar esta afirmación?

2. ¿Quiénes introdujeron el fútbol en Lima?

A partir de la información recopilada, consideramos que son tres los grupos sociales responsables de la introducción del fútbol en el Perú: los inmigrantes y los marineros británicos y los jóvenes de la élite local con estudios en el extranjero.

Los ingleses estuvieron presentes en el Perú a lo largo del siglo XIX, dedicados principalmente a las actividades comerciales y a la inversión en sectores productivos; pero a mediados del XIX el incremento de la inmigración inglesa estuvo asociado con el apogeo del guano, cuando el país necesitó de mano de obra calificada y contrató técnicos y operarios ingleses. En 1859 ascendían a 1397 residentes, número que puede mostrarnos la dimensión de la colonia inglesa en la ciudad (Bonfiglio 1995: 44);[6] ya establecidos en el Perú, reprodujeron sus diversiones y modos de ocio, incluidos sus deportes. Estas actividades eran muy populares entre las clases medias británicas desde mediados del siglo XIX y empezaban a extenderse entre las clases obreras.[7]

José Gálvez señala que ya desde la década de 1840 se practicó el críquet y el tenis en Bellavista y La Legua, aunque de modo ocasional (Gálvez 1966: 212). Es poco probable que se haya practicado el fútbol, al menos tal como lo conocemos hoy, porque en Inglaterra aún no se había producido la separación entre el fútbol y el rugby, ni se había establecido el primer reglamento de fútbol moderno.[8] Por ello, cuando los ingleses

[6] Conviene señalar que los descendientes de ingleses dejaban de ser considerados extranjeros y, por lo tanto, no eran consignados como tales en los registros de la época.

[7] Este personal tenía formación educativa —escolar o universitaria—. Conviene recordar que en Inglaterra el espacio educativo fue un medio que ejerció gran influencia en la transformación del fútbol en el deporte moderno que conocemos hoy y contribuyó a su difusión entre las clases medias y obreras; al respecto véase Walvin (1994).

[8] Sobre los cambios en el fútbol en Inglaterra, véanse Gameros (1998: 34), Walvin (1994), Dunning y Shread (1989).

empleados de la Peruvian y la Casa Duncan Fox fundaron el Lima Cricket and Lawn Tennis en 1865, no incluyeron al fútbol (Gameros 1998: 34).[9]

La llegada de la Guerra del Pacífico produjo un largo silencio en las actividades deportivas. Los daños a la infraestructura productiva, económica y urbana; la extensión y la generalización de la pobreza; y la casi desaparición de la vida pública, fueron algunas de las consecuencias más visibles. No es casual que no se tengan noticias sobre actividades deportivas sino hasta 1885, cuando se vuelven a efectuar juegos de críquet y tenis, se inicia la práctica del atletismo (Grados 1939: 189), y se organiza un campeonato deportivo en el campo Santa Sofía del Lima Cricket en 1887, en el que participaron exclusivamente ingleses. Es recién en 1892, tal como se ha señalado, que tenemos noticias de ingleses que practican el fútbol junto con algunos jóvenes de la élite limeña.

El principal vínculo con Inglaterra fue el intercambio comercial en tres rubros: productos manufacturados, alimentos y bebidas, y materias primas, rubro este que alcanzó su apogeo durante la época del guano (1850-1870) (Bonilla 1980: 53, 56 y 66 y ss.).[10] Todo ello facilitó el arribo de un gran número de marineros británicos a nuestras costas, quienes practicaban el fútbol jugando entre ellos, y luego pactando encuentros en Lima y Callao, primero con equipos de residentes ingleses y, más tarde, con peruanos.

Los primeros peruanos que practicaron el fútbol fueron los jóvenes de la élite que habían viajado a Inglaterra para estudiar (sea en etapa escolar o universitaria). Una vez allá, aprendieron el juego y, al retornar, iniciaron su práctica en el país; este parece ser el caso de Alejandro Garland (1852-1912), quien introdujo el fútbol en nuestro país.[11]

---

[9] El 3 de febrero de 1865 se publicó un aviso en el diario *El Comercio* en el que se convoca a una sesión en la casa Nº 113 de Melchor Malo —actual Jr. Huallaga—; véase también Grados (1939: 189).

[10] Los informes de los cónsules ingleses señalan que los tratos comerciales con Inglaterra empezaron alrededor de 1826. Durante el apogeo del guano aumentó el volumen del comercio, para luego disminuir durante la Guerra del Pacífico. Se recuperó durante la última década del siglo XIX, época en que se inició la difusión del fútbol. Dichos informes dan cuenta del número de embarcaciones y tripulantes que arribaron al Callao, lo que nos da una idea del flujo de marineros que podrían haber practicado el fútbol: en 1869 arribaron 734 naves con 20.994 tripulantes; en 1871, 235 barcos con 4.477 navegantes; en 1876, 3.060 naves con 90.315 navegantes; en 1877, 198 naves con 4.019 tripulantes, de los cuales 2.578 eran británicos; en 1896, 201 navíos con 11.096 tripulantes; en 1899, 204 naves con 10.589 tripulantes; en 1901, 283 embarcaciones con 12.427 tripulantes; véase Bonilla (1975 T. I: 182, 272-273, 336-337; T. II: 19-20; T. III: 17, 19, 63).

[11] Garland cursó estudios medios y superiores en Inglaterra y Alemania, y a su regreso introdujo la práctica del fútbol. Durante la Guerra del Pacífico participó en las fallidas conferencias de Lackawanna y, tras la guerra, se dedicó a administrar negocios familiares en los rubros bancario e industrial. En la última etapa de su vida se dedicó a escribir sobre asuntos de política internacional. Algunas de sus obras fueron *Las industrias del Perú* (1896), *El fisco y las industrias nacionales* (1900), *El imperio pangermánico y la democracia americana* (1901), *La nueva política internacional americana* (1903), *Ferrocarril del norte* (1905), *Las vías de comunicación y la futura red ferroviaria del Perú* (1906). Basadre agrega que escribió un documento sobre la

Esto adquiere una singular importancia al recordar el rol que tuvieron en Inglaterra las instituciones educativas para la transformación del fútbol en el juego moderno que conocemos (Walvin 1994, Mason 1980).

En la última década del siglo XIX, fue Celso Ríos, que había retornado en 1895, quien impulsó la práctica del fútbol (Cajas 1949: 37). Si bien no debemos magnificar la importancia de los peruanos que viajaron a realizar estudios —dado su escaso número—, esos pocos lo transmitieron a familiares y amigos, quienes también aprendieron el juego al observar y/o participar de las actividades de la comunidad británica.

3. Primeros partidos

Tras el mencionado partido de 1892, en la información recopilada no se encuentran noticias de nuevos partidos sino hasta dos años después. El 23 de junio de 1894, en *El Comercio* se informa sobre «un desafío de football» entre limeños y chalacos a realizarse en el campo de Santa Sofía. Al igual que en 1892, los equipos estaban mayoritariamente formados por ingleses y contaban con pocos peruanos. El 6 de julio del mismo año se informa de un encuentro entre un equipo formado por peruanos y otro formado por ingleses. Durante las Fiestas Patrias de 1895 se organizó otro con la victoria del equipo inglés; y el 1º de septiembre se efectuó uno adicional entre los mismos equipos.[12]

Durante esos años se registran las primeras noticias de los partidos jugados por marineros británicos. En 1895 se jugó el primero entre un equipo formado por peruanos e inmigrantes ingleses frente a marineros del buque *Leander*, al que asistieron tres mil personas. Al año siguiente, un combinado de jugadores de Barranco y Callao enfrentó a uno de Lima, y hubo dos partidos más entre limeños e ingleses. En 1897 se pactó un partido entre Barranco y Chorrillos; este último jugó también contra un combinado limeño al que goleó pocos días después y, finalmente, tenemos el ya habitual encuentro entre peruanos e ingleses (Cajas 1949: 29-33, 38-39).

Pero los partidos de fútbol aún eran escasos y aislados, apenas un par al año. La prensa les brindaba escasa atención y convocaban poco público. La práctica del fútbol se restringía casi exclusivamente a los súbditos de la corona británica, a algunos jóvenes de la élite limeña y a la visita ocasional de marineros británicos —por esta razón el fútbol no fue incluido en los juegos atléticos que se realizaron en el campo de Santa Sofía entre los días 20 y 30 de septiembre de 1897—. El sentido del juego no

política externa del Perú que generó protestas en Chile; véase Basadre (1969, T. XIII: 12-15; 1971, T. II: 664-665, 679-680, 690, 694).

[12] El cuadro de Lima alineó con Benavides, Brenner, J. Brooke, A. Brooke, Coello, Conder, Dean, Larrañaga, Mason, Ramírez y Varela Orbegoso. El equipo chalaco alineó con Barber, Beach, Campbell, Elliot, Mac Bride, Mac Callum, Mac Coll, Morris, Reid, Voell y White. Los limeños vencieron por 9-1; véanse Gálvez (1966: 216), Cajas (1949: 27-28), Gameros (1998: 38) y Grados (1939: 189).

era otro que el de la diversión; sin embargo, aunque ocasionales, los partidos dejaban una fuerte impresión entre los espectadores. Un cronista, al observar un partido de 1896, menciona que:

> [...] se disputaron tenazmente los honores del fútbol, aunque el juego de los jugadores peruanos no era tan experimentado como el de los ingleses, luchó, sin embargo, a brazo partido, y hubo gran entusiasmo siendo al cabo vencidos los peruanos, tanto porque algunos jugadores no pudieron tomar parte en el desafío tanto porque en el grupo de ingleses la mayoría de los que tomaban parte eran más experimentados y contaban entre su número a hombres de buena talla en tanto que los peruanos eran todos jóvenes de pocos años. (*El Amigo de lo Ajeno* 1939: 130)

El poeta José Gálvez, jugador y espectador, resalta la experiencia que significaba jugar el fútbol en esa época:

> [...] al principio llamaron mucho la atención los que se dedicaban a esas distracciones. Casi no practicaban los deportes sino los que habían estado en Europa, que no eran muchos y que, dicho sea de paso, eran mirados con una extraña curiosidad, como si trajeran una muestra reveladora del «otro mundo» en sus rostros y maneras. Poco a poco [...] fueron atrayendo a los jóvenes peruanos, permitieron que algunos colegios se ejercitaran en sus campos, introdujeron el football y auspiciaron el amor a la vida al aire libre. Algo sufrieron. Los mataperros de esos días y muy especialmente los cometeros que frecuentaban las chacaritas y miraban esos juegos extraños, urdieron a costa de los gringos no pocas diabluras. Pero lentamente fueron ganados por la armoniosa belleza de los ejercicios. El cronista recuerda que se hizo una vez la vaca para ir a Santa Sofía y hasta ahora no se ha borrado de su memoria la rara impresión que le produjeron esos señores colorados y rubios que en camiseta y en pantalón corto pateaban sin conmiseración una pobre pelota de cuero. Recuerda también que, de regreso en su casa, hizo una pelota de trapo y sintió la terrible voluptuosidad de romper varios vidrios... su primer *goal* fue una mampara...[13] (Gálvez 1966: 214)

Otra opinión resalta sus beneficios físicos:

> […] la lucha que se entabla en el juego a que hacemos referencia es tan pertinaz y constante, se requiere tanta agilidad, fuerza y audacia que este juego es el mejor sistema para desarrollar las fuerzas físicas y crear tantos hombres enérgicos y hercúleos. (*El Amigo de lo Ajeno* 1939: 190-191)

Estas opiniones muestran dos aspectos. Primero, cuán extraño resulta el juego para quienes recién lo conocen y cuán fácil es jugarlo. Segundo, la importancia que adquirió el fútbol, y el deporte en general, como elemento importante en la formación de una cultura higiénica y de salud física, para lo cual se estableció que el medio más adecuado era el espacio educativo (Álvarez 2001: 33-44). Cuando ello ya estaba en marcha, la práctica del fútbol empezó a alejarse de las escuelas y adquirió una de sus

[13] El campo de Santa Sofía era el terreno de juego del *Lima Cricket*.

primeras características: su capacidad asociativa; su expresión fueron las agrupaciones de futbolistas que fundaban asociaciones civiles, es decir, los clubes deportivos.

4. La formación de los clubes deportivos

La aparición de los clubes como un medio de asociación para realizar actividades de interés común es algo que viene de atrás.[14] Las organizaciones de este tipo ya están presentes a inicios de la República, y fue durante el apogeo guanero que se constituyeron las primeras asociaciones dedicadas a temas tan diversos como la política o las profesiones liberales.[15]

Como señalamos anteriormente, el primer club deportivo fue el *Lima Cricket and Lawn Tennis*, fundado en 1865. Diez años después se fundó el club *Regatas*, dedicado a la práctica de deportes acuáticos. Sin embargo, el progresivo éxito de estos clubes decayó a causa de la Guerra del Pacífico. Concluida esta, la actividad deportiva de estos clubes se reinició; el *Lima Cricket* organizó un campeonato en 1885 en la antigua cancha Meiggs, y otro en 1888 en su recién inaugurado terreno Santa Sofía;[16] el *Regatas* no volvió a tener vida institucional hasta la última década del siglo XIX.

En términos sociales, ambos clubes se asemejaban: la admisión de nuevos miembros estaba definida por criterios de exclusividad. En el caso del *Lima Cricket* era la nacionalidad inglesa y, en el del *Regatas*, el pertenecer a la élite. Así, ser parte de estas instituciones significaba compartir valores y conductas en espacios creados como lugares de encuentro e identificación; en primer lugar, entre sí mismos, pero también

[14] Sobre el debate teórico y los principales modelos, véanse Forment (1998: 3 y ss.) y Guerra y Lempérière (1996: 5-21).

[15] Durante las primeras décadas de la República, la inestabilidad política y la escasa seguridad pública impidieron el surgimiento de formas libres de asociación civil. Esta situación cambió durante el apogeo guanero, cuando se contó con una mayor apertura de la vida pública que derivó en la constitución de las primeras asociaciones civiles. Ello solo pudo ser posible cuando las antiguas concepciones aristocráticas de estatus y honor fueron sustituidas lentamente por nociones burguesas como conocimiento técnico y competencia. Dichas asociaciones tenían objetivos más específicos determinados en sus reglamentos; por ejemplo, el respaldo a una candidatura política (Club Progresista, que devino en el Partido Civil que llevó a Manuel Pardo a ser el primer presidente civil del Perú); un círculo cultural (Sociedad Geográfica el Perú); gremios socio-profesionales (Asociación de Ingenieros y Arquitectos), fines benéficos (Sociedad de Beneficencia de Lima), o simplemente para compartir actividades comunes (Club Regatas Lima). Pero este modo de asociarse cundió solo entre los sectores medios, profesionales y cultos. Tras la Guerra del Pacífico, este tipo de institución surgió entre los sectores populares urbanos. Sobre la base de los gremios artesanales y cofradías, y como resultado de la creciente industrialización, la esfera del trabajo cobijó a las primeras instituciones gremiales. La escuela también incentivó activamente estas organizaciones, así como los cambios en la sociabilidad y sensibilidad cotidiana; véanse Forment (1998: 9-10, 14-16, 17-18, 21) y Del Águila (1997: 46-50).

[16] El terreno de Santa Sofía estuvo ubicado en el lugar que hoy ocupa el Hospital Guillermo Almenara (ex Obrero) en la Avenida Grau.

con los extranjeros, quienes recibían facilidades para ser admitidos y, al mismo tiempo, representaban la imagen que la élite local se había construido de la aristocracia inglesa.[17] De este modo, las actividades deportivas se fusionaban con las actividades sociales a través de la práctica de deportes como el críquet, el tenis o las regatas, o mediante la asistencia al turf —a imitación de la aristocracia británica—.

Estas características eran reproducidas en los nuevos clubes. En 1884 se fundó el *Lawn Tennis* dedicado, como su nombre lo indica, a difundir la práctica del tenis. El 23 de septiembre de 1895 se fundó el *Unión Ciclista Lima*, otro club deportivo formado íntegramente por jóvenes de la élite limeña.[18] Pero dos años antes, en 1893, un grupo de jóvenes de la élite, interesado en las actividades deportivas organizadas por el club *Lima Cricket*, solicitó permiso a los directivos de este club para ingresar al campo de Santa Sofía a fin de practicar deporte. En diciembre del mismo año, tales jóvenes fundaron el *Unión Cricket* para practicar tenis y críquet, club que alcanzó gran importancia durante la primera década del siglo XX.[19] En 1894 son admitidos Pedro Larrañaga y John Conder como socios, quienes se encargaron de introducir el fútbol, y lograron pactar su primer encuentro contra el *Lima Cricket* el año siguiente (Basadre 1968: 214, Gameros 1998: 36). Es en ese momento que nacen nuevos clubes y la práctica del fútbol empieza a diseminarse entre otros sectores de la sociedad limeña.

5. Los primeros clubes de *football*

El *Association FootBall Club* fue el primer club fundado para la práctica exclusiva del fútbol —el 20 de mayo de 1897—. La iniciativa fue de Augusto Brondi, estudiante del Colegio Labarthe, junto con alumnos del Colegio Guadalupe y el Convictorio Peruano.

---

[17] Un caso de las ventajas que tenían los ingleses, y los europeos occidentales en general, para ser admitidos a los clubes, es el del Club Nacional estudiado por Del Águila (1997: 75-80). Acerca de los estereotipos raciales, la definición de lo occidental como sinónimo de lo moderno y la justificación del discurso racista predominante en esta época, véanse Oliart (1995: 270-273) y Portocarrero (1995: 235-236).

[18] El nombre original del club *Ciclista Lima* fue «Unión Ciclista Peruana» y su primer presidente fue Pedro de Osma. Sus actividades se fortalecieron al inaugurarse un velódromo en los campos de Santa Beatriz —donde también se ubicaron los campos de fútbol, tenis y de carreras de caballos—. Con el tiempo amplió sus actividades a otros deportes, entre los cuales destacaba el baseball; en 1925 (aproximadamente) se fusionó con el *Association FBC*, tomando al fútbol como su actividad principal; véase Basadre (1969: 213).

[19] Véanse Grados (1939: 189) y Cajas (1949: 27-28). El club inicialmente tuvo como local de reunión la casa de Francisco Romero Elguera, pero al aumentar el número de socios y frente a la necesidad de contar con un lugar más amplio, obtuvieron permiso para reunirse en el salón principal del diario *El Comercio* por gestión de los socios Miró Quesada con su padre Antonio. La directiva fundadora del *Unión Cricket* estaba formada por Carlos Baella, presidente; Miguel Grau, secretario; Carlos Benavides Canseco, tesorero; Francisco Romero Elguera, capitán; y Carlos Alayza Roel, Francisco Echenique Bryce, Luis Miró Quesada y Alex Morrison, vocales.

El mayor del grupo tenía apenas 13 años, y no contaban con un local ni terreno de juego. Solían reunirse en plazuelas y jugaban en los terrenos desocupados de Lima.[20]

Su nombre se debió a que se trataba de la asociación de muchachos de diversos colegios y a la Copa *Association,* que por entonces se disputaba entre los clubes de Londres (Gameros 1998: 45, Cajas 1949: 34). Sobre este punto, Wilfredo Gameros agrega acertadamente que la intención era diferenciarlo del fútbol-rugby, muy popular en la Inglaterra de esos años. Aquí conviene una aclaración: el fútbol y el rugby que hoy conocemos fueron un solo deporte denominado *football* hasta 1872, cuando se separaron por diferencias en la aplicación del reglamento. Un sector quería jugar el *football* sin usar las manos y, otro, usando tanto manos como pies. Tras esta separación, los que querían jugar el fútbol usando solo los pies denominaron al juego como *football association*. El otro sector lo llamó *football rugby*. En el Perú, por lo menos hasta la primera década del siglo XX, también se mantuvo esta diferencia, pero cuando el fútbol superó largamente en popularidad al rugby, simplemente se le llamó «football».[21]

El club *Association* alcanzó gran importancia en el segundo lustro de la primera década del siglo XX. En esta época solía pactar encuentros con el *Lima Cricket* y el *Unión Cricket*, y viajaba al Callao para jugar con equipos del puerto. Es en esta etapa que empieza a desarrollar su rivalidad con el *Atlético Chalaco* producto de disputados partidos y más de un incidente, rivalidad que mostraría las primeras adhesiones y manifestaciones de competitividad en el fútbol. En la segunda década del siglo XX, y hasta mediados de los años 1920, alcanzó sus mayores éxitos; es la época en la que pasó a ocupar el lugar dejado por el *Unión Cricket* —tras su desaparición hacia al año 1912— como representante de la élite limeña en los eventos futbolísticos.

La fundación de nuevos clubes a fines del siglo XIX expresa la necesidad de afirmar la práctica del fútbol y de diferenciarlo de otras disciplinas —críquet, tenis, turf, atletismo, ciclismo, entre otros—.[22] Por esta razón, los nombres de los nuevos clubes se vuelven más explícitos, y desde 1898 empiezan a llevar la palabra «football» en su denominación. El *Unión Foot Ball* se fundó el 10 de julio, y el *Club Foot Ball Perú*

[20] Véanse *El Comercio* (1922: 5), Cajas (1949: 34, 36) y Gameros (1998: 43). La directiva inicial estuvo conformada por Augusto Brondi (presidente), Juan Muchotrigo (tesorero), Moisés Montoya (fiscal) y Guillermo Valderrama (capitán).

[21] En Inglaterra la separación entre el fútbol y el rugby estuvo influenciada por los debates sobre si el deporte debía continuar como actividad amateur o adoptar un sistema profesional. Tales debates correspondían a las visiones contrapuestas entre las Ligas del Norte y del Sur de Inglaterra. La profesionalización en la que recaló el fútbol tuvo la participación decidida de las clases obreras; véase Dunning y Shread (1989: 93-100).

[22] En el Perú, estos deportes eran aún más populares que el fútbol. A diferencia de Inglaterra, donde la práctica del fútbol debía diferenciarse del rugby, en nuestro país el rugby no alcanzó la aceptación que tuvo en Inglaterra, en las colonias británicas —como Australia y Nueva Zelanda—, en países europeos como Francia o latinoamericanos como la Argentina.

el 17 de septiembre;[23] sin embargo, la vida institucional de ambos fue bastante efímera pues desaparecieron en la primera década del siglo XX.[24]

El aspecto más saltante de todos estos clubes es que al momento de su fundación sus socios eran jóvenes en edad escolar; esta es la característica más sorprendente entre los clubes fundados por peruanos que se dedicaron al fútbol. La más saltante, pero no la única.

6. Fútbol y espacio educativo

Los jóvenes se convirtieron en el grupo que practicaba el fútbol a inicios del siglo XX y fueron quienes iniciaron su difusión entre los peruanos. El espacio favorecido fue la escuela, que fue permeable a la práctica de los deportes porque cumplía con el objetivo de impulsar el ejercicio físico. Conviene señalar que la asistencia de niños y jóvenes a las escuelas (fiscales o privadas) era mayoritaria y ello facilitó su rápida expansión; igualmente, los primeros clubes contaron con el apoyo y/o la iniciativa de las autoridades educativas. Así, las primeras competencias entre clubes de fútbol tuvieron el carácter de campeonatos escolares.

La primera competencia entre equipos escolares se realizó el año 1898 durante el Campeonato Atlético Nacional, en el que participaron el Instituto de Lima, el Colegio de Lima, el Colegio Whilar, el Instituto Científico, el Colegio de la Inmaculada y el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, vencedor del torneo (Cajas 1949: 40-41). Al año siguiente se organizó otro torneo de fútbol; a diferencia del anterior, que había concitado poco interés en comparación con las otras disciplinas, el fútbol fue el deporte que contó con mayor participación. El Comité Organizador invitó al Colegio de la Inmaculada, al Colegio de Lima, al Colegio Santo Tomás de Aquino, al Colegio Whilar, a los Sagrados Corazones, al Instituto de Lima y al Colegio Nuestra Señora de Guadalupe,

[23] Entre los fundadores del *Unión Foot Ball* se encuentran José Gálvez, Arístides Elías, Carlos Samanez, Julio Villar, Roberto Erausquín, Baltazar Caravedo, Aníbal y José Montoya, Alfredo Henriod, Oscar Basadre y Eduardo Smascarone. La directiva del Foot Ball Perú estuvo formada por Carlos Arenas (presidente), Ubaldo Botto (vicepresidente), Luis Becerra (tesorero), Rafael Escardó (secretario), Roberto Erausquín (prosecretario), y Francisco Almenara, Oscar Basadre, Alfredo Rosell y Luis Aubrey (vocales); véanse Cajas (1949: 42), Grados (1939: 190) y Gálvez (1966: 220).

[24] Con la llegada del siglo XX, el *Unión Foot Ball* tuvo como presidente honorario a José Salvador y como capitán de fútbol a Aníbal Montoya; además, realizaba actividades sociales y artísticas. Sin embargo, las informaciones sobre ese club desaparecen rápidamente después de 1901; véase *El Comercio* (25-6-1900, 5-7-1901). Al parecer el *Club Foot Ball Perú* tuvo menos suerte pues no se recogen noticias de él en el nuevo siglo, lo que evidenciaría su desaparición. Las actividades de este club no deben confundirse con las de su homónimo *Club Foot Ball Perú*, formado en julio de 1900 por alumnos del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe y que tuvo en Carlos Monge a su primer presidente. El club fue reorganizado dos años después, y tuvo como presidente a Julio Miles y como capitán a E. Crosby; véase *El Comercio* (2-7-1900, 27-5-1900).

que volvió a vencer. La relevancia del evento fue tal que hasta asistió el Presidente de la República, Eduardo López de Romaña, y contó con un público de 20 mil personas; las crónicas periodísticas señalan que otras diez mil quedaron fuera del terreno deportivo.[25] Este evento se repitió al año siguiente, cuando el Colegio Guadalupe volvió a vencer, y al que también asistió el Presidente de la República. Paralelamente, los clubes *Unión Cricket* y *Ciclista* formaron el Comité Unido que se encargó de organizar un campeonato de fútbol entre escuelas fiscales. El vencedor fue el club *Sport Mercedarias* de la Escuela Municipal Nº 17, que jugó contra el *Pardo* de la Escuela Nº 7 (Cajas 1949: 51-52; *El Comercio* 18-6-1900, 22-6-1900, 29-7-1902).

Con ello empezamos a comprender la relevancia del espacio educativo en la expansión de la práctica del fútbol. Gracias a la información recopilada, consideramos que debemos establecer una división de los clubes en tres tipos:[26] a) escuelas con equipos de fútbol, b) clubes formados por alumnos con apoyo de autoridades educativas y c) clubes formados por alumnos sin apoyo de autoridades educativas.

Las escuelas se interesaron rápidamente en la práctica del fútbol, formaron equipos con la participación de sus alumnos y solían pactar partidos con otros equipos. En Lima, estos colegios eran: Nuestra Señora de Guadalupe, el Colegio Mercedarias y el Colegio José Pardo (a los que nos referiremos después), el Colegio de Lima, el Colegio Whilar, el Colegio Inmaculada, el Colegio Santo Tomás de Aquino y los Sagrados Corazones y, en el Callao, *The Callao High School*. Todos ellos eran escuelas para niños y jóvenes de la élite. Entre los colegios destinados a las clases medias que contaron con equipos de fútbol, los más importantes fueron el Colegio Labarthe, el Dos de Mayo y el Raimondi en Lima; en el Callao, lo fue el Instituto Chalaco, a partir del cual un grupo de alumnos llegaría a formar el *Atlético Chalaco*.

El «Reglamento de enseñanza», promulgado en 1908 durante el gobierno de A. Leguía, favoreció la formación de clubes al interior de los colegios y estableció oficialmente la introducción de los deportes como parte de los planes curriculares escolares (aunque algunos colegios ya los practicaban), así como el patrocinio a la formación

[25] Véanse Cajas (1949: 44-45) y *El Sport* (1899). El Comité Organizador estuvo conformado por Víctor M. Maúrtua (inspector de instrucción del Concejo Provincial), José Vicente Oyague (presidente del Comité de Educación Física y del Regatas Lima), Pedro de Osma (presidente del club Lima y Ciclista Lima), Ricardo Ortiz de Cevallos (presidente del Unión Cricket y vicepresidente del Comité de Educación Física), J. G. Reid (presidente del Lima Cricket), Percy Bachelor (presidente del Lawn Tennis) y Georges Moore (presidente del San Lorenzo Rowling club). El equipo ganador, el Guadalupe, estuvo formado por José Montoya, Manuel Zavala, Alfredo Benavides (capitán), Cesar Gamarra, Francisco Yrigoyen, Aurelio García Godos, Arturo Gamarra, Rafael Escardó, Julio L. Villar, Baltasar Caravedo, Wenceslao Pareja. El Instituto de Lima formó con H. Smith, J. Candamo, A. Jacobi, G. Salinas, E. Ortiz de Zevallos, J. Loayza, F. Ortiz de Zevallos (capitán), J. Alvarez Calderón, L. Rodrigo, F. Barreda, J. Deustua.

[26] Para una clasificación de los clubes deportivos catalanes en función de sus objetivos, véase Pujadas y Santacana (1992: 35-36).

de asociaciones entre los alumnos. Por ello, son varios los casos en los que las autoridades educativas (directores de los colegios o preceptores) fueron las principales impulsoras de estas organizaciones; ellas consideraban necesario estimular a los estudiantes para que estos formasen clubes debido a sus supuestos beneficios educativos, patrióticos y morales. El apoyo se manifestaba a través de asesorías para la elaboración de reglamentos y conformación de directivas, facilitándoles lugares de reunión o medios para conseguir los materiales necesarios, y estimulándolos a organizar y participar en competencias. Es evidente que el apoyo de las autoridades educativas no fue similar en todos los colegios, y se lograron mejores resultados ahí donde los esfuerzos de las autoridades fueron mayores. Para explicar mejor estas ideas tomemos los casos de tres colegios donde las prácticas deportivas estuvieron fuertemente arraigadas: el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, el Colegio José Pardo y el Colegio Mercedarias.

Nuestra Señora de Guadalupe era el colegio más importante de la ciudad hacia el cambio de siglo; participó con su equipo en los campeonatos interescolares de 1899 y 1900 (y venció en el primero). En este centro educativo se formó el *Foot Ball Perú* en 1900. Tras la aplicación del Reglamento de 1908, proliferaron otros clubes, como el *Porvenir FBC* en 1908, el *Sport José Pardo* en 1909 y el *Unión Foot Ball Club Guadalupe* en 1911.[27]

El Colegio Mercedarias (cercano a la Plazuela de Mercedarias en Barrios Altos) fue vencedor del campeonato de 1900 y quedó segundo en un torneo similar en 1910. De este centro educativo surgieron el *Sport Mercedarias* y el *Sport Escolar Mercedarias*, creados bajo el impulso de Ramón Espinoza.[28]

El Colegio José Pardo resultó segundo en el torneo de escuelas fiscales de 1900 y ganó en el torneo interescolar de 1910. En su seno se fundó en 1899 el club *Atlético Pardo,* que tuvo una primera etapa importante cuando participó activamente en encuentros amistosos y desafíos. El club entró en receso entre 1906 y 1910, periodo tras el cual fue relanzado por los ex alumnos bajo el impulso de Armando Filomeno, presidente honorario del club durante la primera época. La iniciativa tuvo éxito porque en esta segunda

[27] El *Sport José Pardo* fue fundado en junio de 1909. El presidente fue E. Armando de Oyague y el capitán Gustavo Rodríguez; véase *El Comercio* (1-7-1909). El *Unión Foot Ball Club Guadalupe* tuvo poca repercusión, pero algunos alumnos del colegio participaron en la fundación de importantes clubes como el *Association FBC*, y el *Sport Alianza*.

[28] Ramón Espinoza era profesor y director del Colegio Mercedarias y preceptor del Liceo Lima. Destacó por su labor educativa y por haber impulsado la constitución de asociaciones civiles y órganos de difusión. Fundó el periódico *La Infancia* (1893) y la Sociedad de Preceptores. Fue diputado desde 1895 por Moquegua, Piura y Lima. Entre 1911 a 1913 fue Concejal de la Municipalidad de Lima. Apoyó decididamente a diversas organizaciones gremiales y a la constitución del Congreso Obrero en 1901. Formó parte de la Sociedad 13 Amigos —que defendía y reivindicaba derechos laborales— y de la Asamblea de Sociedades Unidas —que representaba al mutualismo nacional y cuyo vocero oficial fue el periódico *La Voz Obrera*—; además, creó la biblioteca popular Ricardo Palma en 1911. Falleció en 1914.

etapa llegó a contar con cerca de cien socios.[29] En el Puerto del Callao otras instituciones de este tipo fueron el *Club Juvenil* del Colegio San Pablo y el *Ínclito Julio* de la Escuela Fiscal Nº 4351.[30]

En el tercer caso, alumnos de un mismo colegio o grupos de alumnos de diversos colegios fundaron un club de fútbol sin el apoyo de las autoridades educativas, pero manteniendo a la escuela como marco de referencia. Existen diversos clubes que se ajustan a este modelo; los más importantes eran el *Association FBC* —formado por alumnos de los colegios Labarthe y Guadalupe en 1898—, y el *Atlético Chalaco* —creado por alumnos del Instituto Chalaco del Callao en 1902—. Para ilustrar mejor este punto, prestaremos atención al caso del club *José Gálvez*.[31]

Este club fue fundado por alumnos del colegio Dos de Mayo de Lima en 1908 (año en que se aprobó el «Reglamento de enseñanza»). En sus primeros años tuvo como rivales al *Jorge Chávez* Nº 1 (de Lima), al *Atlético Grau* Nº 2 (del Callao), y pactaba encuentros con el *Sport Vitarte* de la fábrica textil de Vitarte. Los encuentros con este último equipo fomentaron, a juicio de la prensa de la época, la creación de lazos de amistad. En 1912 participó en la fundación de la Liga Peruana, aunque se retiró antes del inicio del torneo y no participó en la primera edición del mismo. Al año siguiente se reintegró y en 1915 ganó la Copa *Dewar* —trofeo otorgado al vencedor de la Liga—. En años posteriores fue un participante habitual de los diversos torneos que se organizaban. Su caso es un buen ejemplo de una asociación civil fundada por escolares, con objetivos recreativos y de encuentro, que condujeron a nuevos objetivos: la competencia y la profesionalización.[32]

---

[29] En 1903 su presidente honorario fue Armando Filomeno, su presidente activo Miguel Iturrizaga y su capitán Ismael Quintana. En esta época solían pactar encuentros con la Escuela Militar de Chorrillos, el *Sportivo Alianza* y el *Unión Cricket*, y contó con tres equipos de fútbol. Los capitanes eran Juan Muchotrigo (capitán general) y el arquero José M. Flores y Arturo Arenas del segundo y tercer equipo, respectivamente. El portero del primer equipo fue Augusto Brondi, fundador del *Association FBC*. El club fue relanzado en julio de 1910 a iniciativa de Filomeno. Contaba con cien socios y mantenía abierta las inscripciones en el local del colegio en Malambito 341; véase *El Comercio* (1-8-1903, 11-4-1904, 25-7-1904, 28-5-1904, 16-6-1905, 2-7-1910).

[30] El primer club femenino fue el *San Martín* y se fundó el 7 de septiembre de 1900. A iniciativa de Beatriz Oliva, directora del colegio, un grupo de alumnas lo organizó para la práctica del críquet y el fútbol. La directiva estaba conformada por Amelia Vásquez de Velasco (presidenta), Rosa Fernández (vicepresidenta), Micaela Montalvo (secretaria), Clementina Vásquez de Velasco (prosecretaria), Leonor Barrios (tesorera), Rosa Fernández (capitana de cancha), Ana Cristina Cobían (capitana de críquet), Amelia Vásquez de Velasco (capitana de fútbol), Frescia Cantuarias, Marcela Blanch (fiscales); véanse *El Comercio* (8-9-1900) y Cajas (1949: 55).

[31] Vale resaltar que en los anuncios de fundación de clubes aparecidos en los diarios se buscaba destacar que los clubes eran formados por jóvenes que pertenecían a un determinado centro educativo; véase *El Comercio* (26-7-1902, 18-9-1905).

[32] Sobre las fechas de los partidos, véase *El Comercio* (10-6-1911, 15-7-1911, 19-7-11, 22-8-1911, 9-11-1911, 30-11-1911). Sobre los partidos con el *Sport Vitarte*, el ambiente de fiesta que reinaba queda

Pero la práctica del fútbol no quedó restringida a la edad escolar. También en las instituciones de educación superior se organizaron equipos; por ejemplo, en las Facultades de la Universidad de San Marcos y las escuelas técnicas (Agricultura, Ingeniería, Artes y Oficios) y en la Escuela Militar. En este caso se mantuvieron algunas de las características presentes en los colegios. La Universidad de San Marcos, a la luz de las fuentes, no contó con un equipo de fútbol que representase a la Universidad; pero durante el período que abarca este estudio se realizaron varios campeonatos universitarios —1899, 1900, 1902, 1908, 1909 y 1911— en los cuales las facultades (Medicina, Letras, Jurisprudencia, Ciencias) presentaron sus respectivos equipos.[33] En los torneos realizados desde 1908 en adelante, invitaron a la Escuela de Ingenieros (hoy Universidad de Ingeniería) y a la Escuela Militar de Chorrillos para que participasen representadas por sus equipos. Del mismo modo, solían pactar frecuentes partidos entre las Facultades y contra equipos de otros centros superiores, como el Instituto Científico, o clubes como el *Club Sportivo* de la Escuela Técnica de Comercio, el *Estrella* de la Escuela de Artes y Oficios y el *Sport Convictorio Peruano* del Convictorio Peruano.

Por lo expuesto, consideramos que el ámbito educativo fue fundamental en la primera etapa de difusión del fútbol, cuando los peruanos lo empezaron a practicar y se sumó a las diversiones de los niños y jóvenes. No obstante, se puede observar que la mayoría de los clubes surgidos en estos espacios tuvieron corta vida. Otros alcanzaron renombre e importancia por algunas décadas —como el *Association FBC* o el *José Gálvez*—, pero al costo de cambiar radicalmente la función para la cual fueron creados.

---

manifiesto en la crónica del partido: «todos los socios que componen el José Gálvez han quedado agradecidos por la atención de sus amigos y compañeros del *Sport Vitarte* [...], antes de terminar hicieron uso de la palabra los presidentes de ambos clubes, Pedro Marchand [Gálvez] y José Luis Velásquez [Vitarte] los que fueron aplaudidos por la numerosa concurrencia que presencia la fiesta» (*El Comercio* 19-7-1911). Sobre la actuación en la Liga, véase Federación (1997: 54 y 60).

[33] La importancia de la Universidad de San Marcos en la difusión y la práctica del fútbol es muy grande. Los primeros equipos de fútbol se organizaron en las facultades el año 1899. Al año siguiente se realizó el primer campeonato universitario, que atrajo mucho público y generó bastante interés. Inicialmente, la participación de los deportistas en estos eventos se restringía a los estudiantes de San Marcos; pero desde 1908 se invitó a deportistas de otras instituciones educativas superiores —p.e., Escuela Militar o Escuela de Ingenieros—. Otro aspecto interesante es que la Federación de Estudiantes se encargó de administrar el campo de Santa Beatriz, inicialmente asignado al *Unión Cricket* por la Municipalidad, y cedido a la Federación tras la desaparición de este club en 1912. En él se realizaron los principales campeonatos de fútbol, incluidos los convocados por la Liga Peruana. En 1922, el terreno fue expropiado por el Estado para la construcción del Estadio Nacional. Ese mismo año se inauguró el Gimnasio Universitario y se organizó un nuevo campeonato universitario en 1923. A raíz de sus exitosos resultados, un grupo de estudiantes fundó el club *Federación Universitaria* en 1924, que participó activamente en los torneos organizados por la Federación Peruana de Fútbol durante la segunda mitad de los años 1920 —ganó el torneo de 1929—. El club se separó de la Universidad en 1931, impulsado, probablemente, por la clausura de la misma durante la dictadura del General Sánchez Cerro. Desvinculado de la Universidad de San Marcos, cambio su nombre al de *Universitario de Deportes*, el cual mantiene hasta hoy.

Así, debieron transformarse de clubes escolares en clubes sociales y de competencia. A la luz de sus logros deportivos, su permanencia en los principales niveles de competitividad y su duración institucional, el más importante de los clubes surgidos en el espacio educativo fue el *Atlético Chalaco*.

7. El caso del *Atlético Chalaco*

El *Atlético Chalaco* fue fundado el 9 de junio de 1902 por iniciativa de Jesús Martínez y Roberto Suárez, alumnos del Instituto Chalaco del Callao. Inicialmente los animó el deseo de practicar el críquet junto a sus compañeros de escuela, y poco después introdujeron el fútbol que llegó a convertirse en el deporte más representativo del club. Su primer presidente fue César Rivera, quien también era capitán del equipo, y el presidente honorario fue Augusto Cazorla, director del colegio. Más adelante se incorporaron Juan A. Tizón y Horacio Arteaga en calidad de socios honorarios. Las primeras reuniones se realizaron en casa de Federico Rincón, capitán de navío y padre de Alberto y Federico Rincón, socios del club.[34] Su primer partido fue uno de críquet contra el *Sport Victoria* jugado en septiembre del mismo año. Pocos meses después pactarían sus primeros partidos de fútbol con equipos del Callao: el *Victoria*, el *Callao High School*, el *Atlético Pardo* y el *Leoncio Prado*. En esta época, el referente de los socios del Chalaco era todavía el ámbito educativo; lo demuestra el hecho de que sus primeros rivales fueran clubes o equipos vinculados a instituciones escolares. Solía jugar en la pampa de Mar Brava y ocasionalmente en la cancha de Bellavista, a falta de un terreno propio.

Durante los años 1903 y 1904 participó en el Campeonato de Fiestas Patrias que organizó la Municipalidad del Callao entre equipos chalacos como el *Libertad*, el *San Martín*, el *Grau Nº 2*, el *Estrella* y el *Chalaco*; poco después amplió su ámbito de competencia cuando realizó sus primeros partidos contra clubes de Lima —como el *Internacional* y el *Sportivo Alianza*—.[35]

---

[34] La primera directiva del *Atlético Chalaco* estuvo compuesta por Augusto Cazorla (presidente honorario), César Rivera (presidente activo), Constantino Dódero (vicepresidente), Roberto W. Suárez (prosecretario), Jesús Martínez (tesorero), Federico Ramón —hijo— (fiscal), N. Mousset, Manuel Reaño (vocales), Roberto W. Suárez (capitán de críquet) y Cesar Rivera (capitán de fútbol); véase *El Comercio* (26-8-1902). El Instituto Chalaco había sido creado ese mismo año y los directores fueron Horacio Urteaga y Augusto Cazorla; véase Basadre (1968, T. XV: 40) y Cajas (1949: 65). La casa del capitán Rincón, que sirvió de primer local, estaba ubicada en los altos de la calle Marco Polo Nº 19. Por otro lado, en esa época tienen su primer uniforme, con casaquilla y gorro azul y pantalón blanco; véase Cajas (1949: 65).

[35] Sobre los primeros partidos con equipos chalacos, véase *El Comercio* (29-11-1902 27-6-1903 25-9-1903 5-11-1903, 27-9-1904, 20-11-1904, 14-8-1905, 31-8-1907). Sobre los primeros partidos con equipos limeños, véase *El Comercio* (25-11-1904, 21-5-1905).

En esta época empezó a manifestar los primeros cambios de su tránsito de «club escolar» a «club de competencia». Un primer indicio del crecimiento institucional lo da el hecho de que dejaran de reunirse en la casa de un socio y pasaran a contar con un local propio; en 1908 el club funcionaba en la calle Lima del vecino puerto y, en la misma época, la prensa dejó de llamarlo «club de escolares» para ser conocido como «club de estudiantes universitarios». En 1909 se trasladó a otro local en la Avenida Buenos Aires y, a fines de ese año, cambió nuevamente de sede a la calle Marco Polo; es también el año cuando presentó a su segundo equipo de fútbol y, asimismo, celebró su aniversario organizando fiestas para los socios. Paralelamente, estableció una sección de fútbol infantil, e introdujo e impulsó la práctica de otros deportes —box, críquet, *waterball*, esgrima y atletismo—. En esta época sus rivales ya no eran solo clubes de centros educativos, como el *English Comercial School*, sino también clubes locales como el *Libertad*, el *National FBC* o el *Almirante Grau*.[36]

Es a finales de la primera década del siglo XX que el Chalaco encontró en el fútbol competitivo un sinónimo de prestigio institucional. Sus repetidos triunfos, ya sea en partidos eventuales o en campeonatos organizados, lo llevaron a ser reconocido como el mejor equipo del puerto y a ganarse la denominación de «campeón del Callao» (*El Comercio* 12-11-1908). A menos de una década de su fundación, el club había alcanzado un importante nivel en la esfera competitiva y poseía una organización deportiva, institucional y social que se nutría de un importante número de socios. Los sucesivos cambios de local se debieron a la necesidad de implementar nuevas disciplinas y de organizar fiestas para los socios, lo cual estableció un activo nivel de sociabilidad interna. Por otro lado, el *Atlético Chalaco* amplió su ámbito de competencia y empezó a pactar encuentros con los clubes de Lima. En la capital encontró dos equipos de primer nivel con quienes desarrolló una fuerte rivalidad: el *Unión Cricket* y, muy especialmente, el *Association FBC*[37]

Los primeros partidos con estos equipos fueron bastante conflictivos. El primero contra el *Association FBC* se jugó en julio de 1908 y fue arduamente disputado, pero se suspendió antes del tiempo reglamentario. Tras la anotación de un gol del *Chalaco*, que fue validado por el árbitro, algunos jugadores del *Association* protestaron por el fallo. Luego vino una gran discusión que degeneró en una «reyerta a puño limpio» que

[36] Sobre el Chalaco como club de universitarios, véase *El Comercio* (15-11-1908). Sobre los cambios de local, véase *El Comercio* (9-6-1905, 12-9-1907, 14-11-1909). Alberto Cajas señala que a pocos meses de su fundación ya contaban con un local, por dos soles mensuales, localizado en la calle Washington Nº 138. Sobre los otros deportes practicados en el Chalaco, véase *El Comercio* (29-10-1908). Sobre los rivales de finales de la década, véase *El Comercio* (14-4-1908, 16-10-1908, 24-10-1908, 17-4-1909).

[37] El primer encuentro entre el *Chalaco* y el *Association FBC* se jugó en la pampa de Mar Brava el 5 de julio de 1908 a las tres de la tarde. El equipo del puerto alineó con Carpio, Viyán, Paulet, Zevallos, Gallardo Elías, Telmo Carbajo, A. Gallardo, Caballero, Rivera, Paz de la Vega, Solórzano, véase *El Comercio* (4-7-1908, 6-7-1908).

dejó «lesionados» en ambos equipos. El primer partido contra el *Unión Cricket* lo jugó en 1909 en el terreno de Santa Beatriz, pero, al igual que el anterior, fue suspendido. Durante el juego, el *Unión Cricket* anotó un gol que a juicio de los chalacos debió ser anulado. Según declaraciones de la época, uno de los jugadores del club limeño —Ortiz de Zevallos— habría sido golpeado en una jugada anterior y se encontraba fuera del terreno, detrás del arco del Chalaco. Al darse un avance del *Unión*, tras un despeje corto, el balón quedó cerca del arco del Chalaco, y es en ese momento que Ortiz de Zevallos habría ingresado al terreno y empujado el balón al interior del arco. El jugador argumentaba que, aunque estaba golpeado, sí estaba participando del juego. Pero vinieron las protestas de los jugadores del Chalaco quienes sostuvieron que él no estaba participando de la jugada y que, de haberlo estado, según el reglamento se encontraba en posición adelantada. Las razones fueron desestimadas por el árbitro, por lo cual decidieron abandonar el campo de juego. Las protestas continuaron fuera del terreno y el público chalaco empezó a lanzar piedras (*El Comercio* 6-7-1908, Cajas 1949: 141).

Frente a esta situación, los clubes limeños emitieron un comunicado:

> […] como no es la primera vez que se realiza un hecho de esta naturaleza con jugadores chalacos, los clubes *Unión Cricket*, *Lima Cricket* y *Association* han acordado, dando una señal de cordialidad y armonía que en esta fiesta debe reinar, no aceptar en ninguna época esta clase de torneos con instituciones que tales hechos hacen. (*El Comercio* 29-6-1909)

La respuesta del *Atlético Chalaco* no se hizo esperar. Publicada el 1º de julio de 1909, en ella se explica que decidieron abandonar el terreno de juego por «la manifiesta parcialidad del *referee*», y que el gol fue anotado por un jugador que en ese momento se encontraba fuera del terreno. Estas razones llevaron a los jugadores a abandonar el partido para «abstenerse de hacer el papel de [...] ciegos en un juego donde no encontraban nuestros jugadores legalidad, justicia, honradez por parte del *referee*» (*El Comercio* 30-6-1909). Estos incidentes y nuevos mensajes entre las directivas de los clubes motivaron una ruptura de relaciones deportivas entre el *Chalaco* y los mencionados equipos limeños durante más de un año (*El Comercio* 29-6-1909, 30-6-1909). En los meses siguientes, el *Chalaco* se limitaría a enfrentar a equipos del puerto, venciendo en los Campeonatos Municipales,[38] lo que permitió que siguiera siendo denominado por la prensa como «el mejor equipo chalaco».

En la segunda década del siglo XX, el *Chalaco* tuvo sus mayores éxitos y fue reconocido como el mejor equipo del Callao por sus constantes victorias en los diversos torneos y en

[38] En el campeonato Municipal de 1909 participaron el *Chalaco*, el *Libertad*, el *Unión Callao*, el *Bolognesi*, el *Leoncio Prado*, el *Atlético Grau*, el *Morro de Arica* y el *San Martín*. En las semifinales el *Chalaco* venció 1-0 al *Libertad* y el *Bolognesi* 1-0 al *Grau*. En la final, el *Chalaco* derrotó por 2-0 al *Bolognesi*; véase *El Comercio* (2-10-1909, 17-10-1909, 30-10-1909, 21-10-1909, 22-10-1909, 28-11-1909, 4-12-1909, 6-12-1909, 18-12-1909).

los encuentros amistosos con clubes locales, provincianos y extranjeros. Mantuvo una fuerte rivalidad con el *Association FBC* y en sus filas estuvieron algunos de los jugadores más representativos de la época: Telmo Carbajo, Manolo Puente y Claudio Martínez.[39]

La importancia del *Atlético Chalaco* radica en tres aspectos: primero, su evolución institucional, desde su formación en el espacio educativo como club de escolares (del Instituto Chalaco) hasta convertirse en un club social de estudiantes universitarios (1908, aproximadamente) cuyo objetivo era la competencia y llegaron a alcanzar una fuerte organización interna y una alta actividad social (fiestas, almuerzos, partidos internos entre socios). En segundo lugar, el haber alcanzado la primacía en las competencias con los clubes del puerto lo llevó a representar simbólicamente al Callao durante las competencias deportivas con clubes de otras localidades, especialmente de Lima. Eso nos lleva a un tercer aspecto: al representar al Callao, adquirió reconocimiento público y raigambre popular en esta localidad, en especial desde la segunda década del siglo XX, lo que lo llevó a construir formas de adhesión basadas en la identificación regional —el Callao— que le dieron un matiz diferente a la antigua rivalidad entre limeños y chalacos, y se reveló así un estilo de juego que personifica una forma de conducta muy aguerrida —la «furia»—.[40]

8. Otras formas de asociación

Si bien el ámbito educativo fue el de mayor importancia en los inicios de la difusión del fútbol, no fue el único. Hubo clubes que se formaron y crecieron al margen de él, cuya presencia puede establecerse en dos espacios sociales bien establecidos: la esfera barrial y el espacio laboral. Estos se manifestaron tímidamente en la primera década del siglo XX, pero alcanzaron mayor desarrollo a partir de la segunda década.

---

[39] Telmo Carbajo tuvo una larguísima campaña deportiva, desde aproximadamente 1904 o 1905 hasta aproximadamente 1929. Era un deportista múltiple, practicaba críquet, natación y atletismo. Como reconocimiento a su labor deportiva, el primer estadio que tuvo El Callao llevó su nombre. Manolo Puente era centrodelantero y alternó en diversos equipos y tuvo en el *Chalaco* sus mejores momentos; una vez retirado del fútbol se dedicó a la dirección técnica y fue campeón con este club el año 1930. Claudio Martínez actuaba como defensa e inició su participación en el *Chalaco* hacia 1908 y jugó hasta 1921. Formó parte de los numerosos combinados limeños y chalacos de ese entonces. Una vez retirado del fútbol, se dedicó a la dirigencia y, paralelamente, a sus labores en la Municipalidad del Callao. Fue el primer Presidente de la Federación Peruana de Fútbol entre 1922 y 1926, y años después presidió la delegación peruana que participó en las Olimpiadas de Berlín en 1936. Su participación fue crucial en la decisión de retirar a la delegación peruana de los juegos en protesta ante la decisión del Comité Olímpico de anular el partido que la selección de fútbol ganó a Austria por 4-2 y porque dicho Comité resolvió que se jugara un nuevo partido.

[40] El *Atlético Chalaco* se mantuvo en Primera División y como un club de importancia hasta mediados de la década de los 1980. En su trayectoria obtuvo títulos en la Primera División (1930, 1948), participó en una larga gira por Centroamérica en 1928 y en la Copa Libertadores de América en 1980. Dejó la Primera División del fútbol profesional en 1985. Actualmente participa en la Liga Distrital del Callao.

En el Callao del 1900, los discursos modernizadores de la educación y la higiene tuvieron mucha influencia. Los municipios favorecieron la práctica de los deportes en general y del fútbol en particular; en varias ocasiones organizaron competencias de diverso tipo (encuentros amistosos, desafíos, torneos), pero con la ventaja que el puerto facilitaba el contacto fluido con los marineros de los navíos británicos con quienes se acordaban partidos, y con ello contaban con un mayor número de rivales con quienes practicar. Otra ventaja fue la disponibilidad para la práctica deportiva de terrenos cercanos a la ciudad, como en el caso de Lima, pero con mayor facilidad de acceso debido a las reducidas dimensiones del Callao de ese entonces. Los clubes chalacos más importantes eran: el *Libertad*, el *San Martín*, el *Independencia*, el *Sport Bolognesi*, el *Sport Sáenz Peña*, el *Unión Callao* y, por supuesto, el *Atlético Chalaco*, al que ya nos hemos referido.

El *Libertad* fue fundado en 1899 y sus actividades están registradas hasta inicios de la segunda década del siglo XX. Fue el club de fútbol más antiguo del Callao, el cual inicialmente solía pactar encuentros con equipos de las naves que estaban de paso por el puerto. Posteriormente, gracias al crecimiento del número de clubes chalacos, se dedicó a establecer partidos con otros clubes porteños como el *Dos de Mayo*, el *Independencia*, el *Alfonso Ugarte*, el equipo de empleados del Ferrocarril Central, el *Bolognesi*, el *Atlético Chalaco*, el *Atlético Grau*, el *Jorge Chávez Nº 2* y el *National FBC* —con el cual acordó varios encuentros—. Además, actuó en los campeonatos municipales por Fiestas Patrias en los años 1903 y 1904, e hizo lo propio en 1908 cuando participó en el campeonato de equipos chalacos. Extendió su ámbito de competencia fuera del Callao y jugó sus primeros partidos en Lima, donde enfrentó al *Unión Cricket* y, en Chorrillos, al *Club Perú*. En el ámbito institucional tuvo a Julio Raygada, Julio Luntmat y Ernesto Lestonat como presidentes honorarios; como presidentes activos a Daniel Woll, B. G. Wilson, C. Brou y Pedro Castro; y como capitanes a Juan Wisslhoft, Alejandro Calderón, Nemesio Herrera, Agustín Airaldi y Germán Durán. De manera similar a otros clubes, sus actividades no se limitaban a las deportivas, dado que organizaban actuaciones de teatro y fiestas para sus socios.[41]

[41] Los marineros con que solía pactar encuentros eran Conway Castle, Phoeston o Blue Bell; véase *El Comercio* (24-5-1900, 8-6-1901, 28-6-1901, 9-10-1901). Para los partidos que jugaba el *Libertad* con otros equipos chalacos, véase *El Comercio* (11-8-1900, 12-12-1903, 11-7-1905, 29-8-1905, 25-6-1906, 27-8-1908, 16-8-1908, 6-11-1908, 22-5-1909, 5-7-1909, 25-6-1911, 2-7-1911). Para los campeonatos de 1903 y 1904, véase *El Comercio* (24-7-1904, 4-8-1905). Para los de 1908, véase *El Comercio* (meses de octubre a diciembre de 1908). En su primer partido en Lima perdió 0-1 ante el *Unión Cricket*. También jugó contra el *José Pardo* y nuevamente contra el *Cricket*. Para los partidos con equipos de Lima y balnearios, véase *El Comercio* (12-7-1908, 18-8-1908, 3-5-1909, 11-9-1909, 12-8-1910). Sobre las directivas, véase *El Comercio* (5-8-1902, 19-9-1903, 12-12-1903, 17-12-1903, 16-9-1904, 17-5-1905, 9-9-1909, 19-9-1909). Hacia 1905, Telmo Carbajo figuraba como suplente del equipo. Sobre las actividades extra futbolísticas, véase *El Comercio* (3-10-1901, 16-9-1902). También debemos agregar que las actividades

El *Independencia* fue fundado el año 1900 y tuvo una vida más corta que el *Libertad*, pero, al igual que este, organizó sus primeros partidos contra equipos de marineros de los buques que llegaban al Callao. Poco después pactó encuentros con otros clubes chalacos como el *Atlético Grau Nº 2*, el *English Comercial School*, el *Libertad*, el *Alfonso Ugarte* y el *Leoncio Prado*. Fue quizás el primer club chalaco que viajó a Lima en 1901 para jugar un *match* de fútbol con el Atlético Pardo, el cual le devolvió la visita en un par de ocasiones. También acordó partidos tanto en Lima como en el Callao con equipos de la capital como el *Sportivo Lima* y el *Sportivo Alianza*. En su directiva tuvo a Frank O'Neill y H. W. Hollard como presidente y vicepresidente honorarios, respectivamente. Sus presidentes activos fueron Carlos Millar y Carlos Pérez, y sus capitanes futbolísticos fueron Samuel Mc Mahon y Demetrio Pajovez. Hacia 1906 sus actividades se espaciaron y luego el club dejó de existir.[42]

El club *San Martín* fue fundado el año 1900, pero en este caso lo que llama la atención es que no existen registros de encuentros con equipos de marineros, como en el caso de los otros clubes porteños. Por el contrario, parece que enfrentó exclusivamente a clubes limeños y chalacos: el *Unión Foot Ball* (de la Escuela Técnica de Comercio) o el *Estrella* (de la Escuela de Artes y Oficios), el *Alfonso Ugarte* y el *Morro de Arica*. Su veloz crecimiento le permitió tener un segundo equipo en 1904 y organizar los primeros programas dobles. El club estaba apoyado por el presidente honorario, Guillermo Mc Bride, y tenía como presidente activo a Romualdo Toro, y como capitanes de fútbol a Augusto Airaldi y Luis Cúneo. El club dejó de tener actividad hacia 1910.[43]

El *Sport Bolognesi* tuvo sus primeras actividades registradas en 1902. A diferencia de los otros clubes, tenía una mayor diversidad de actividades deportivas, entre las que resaltaba el críquet. Pocos años después empezó a practicar el fútbol y entabló sus primeros encuentros con equipos del puerto como el *Dos de Mayo*, el *Bolívar*, el *Libertad*, el *José Pardo* o el *Leoncio Prado*. El año 1908 participó en el torneo municipal de clubes y alcanzó el segundo puesto. Debido a este éxito, extendió sus actividades futbolísticas pactando sus primeros partidos con clubes de Lima como el *Escuela de Artes y Oficios*

deportivas y sociales del club Libertad del Callao reseñadas en los diarios de la época no deben ser confundidas con las de otros clubes del mismo nombre de Barranco y Chorrillos.

[42] Pactó partidos con marineros del buque Wrath, véase *El Comercio* (18-10-1900). Sobre sus primeros partidos con clubes del Callao, véase *El Comercio* (3-11-1900, 11-7-1903, 12-12-1903, 3-12-1904, 26-4-1905, 30-5-1905); con equipos de Lima, *El Comercio* (15-9-1901, 5-9-1903, 28-9-1903, 22-5-1905, 14-8-1905); sobre la directiva, *El Comercio* (11-7-1901, 20-2-1902). Las actividades deportivas del club Independencia tuvieron una importante repercusión; algunos de sus partidos no solo eran anunciados en los diarios sino que incluían la relación de los jugadores titulares que presentaban en los partidos; véase *El Comercio* (11-8-1903, 12-8-1903, 6-8-1904, 3-11-1904).

[43] Para los primeros partidos del *San Martín* con clubes limeños, véase *El Comercio* (12-8-1902, 28-9-1903, 1-7-1904); también organizó un partido de críquet, véase *El Comercio* (27-7-1908), y preparó el primer espectáculo de partidos dobles, véase El Comercio (13-10-1904).

y el *Sport Peruvian*. También realizó *matches* entre socios. En su etapa inicial su directiva fue presidida por Amadeo Dorero, quien también era capitán del equipo. En 1909 fue Pedro A. Castillo su presidente honorario y vitalicio y Juan Romero su vicepresidente, mientras Telmo Carbajo fue el capitán del equipo de fútbol. Dos años después su presidente fue Abraham Barrera y su vicepresidente Augusto Mendieta. En la siguiente década, el *Bolognesi* dejó la práctica del fútbol para dedicarse al críquet casi con exclusividad.[44]

En el caso de los dos últimos clubes —el *Sáenz Peña* y el *Unión Callao*—, su importancia radica en el sitial que alcanzaron en las siguientes décadas. El *Sport Sáenz Peña* fue fundado el 5 de julio de 1906.[45] El nombre fue un homenaje a Roque Sáenz Peña, militar y político argentino que peleó por el ejército peruano en la Guerra del Pacífico, quien había visitado el Perú pocos meses antes invitado para la inauguración del monumento dedicado a Francisco Bolognesi. Su primer presidente fue N. Cabrera y su presidente honorario Alberto Burga. El capitán de fútbol fue Cesar Morales y contaban —de forma novedosa— con un instructor de fútbol: Alberto Burga y Cisneros. Ello demuestra el interés por la enseñanza y preparación de los jugadores. Sus primeros años fueron bastante duros, como para la mayoría de los clubes, pero su importancia creció a lo largo del segundo decenio del siglo XX. Llegaron a actuar en los campeonatos organizados por la Federación Peruana de Fútbol en las décadas de los años 1920 y 1930.

El *Unión Callao* se fundó en 1908 y su presidente fue Humberto Almenara, quien además ejercía de capitán de fútbol y Carlos Becerra su vicepresidente. Su segundo capitán fue Telmo Carbajo. Al año siguiente incluyeron a Enrique Demutti como presidente honorario, y se mantuvieron en sus cargos tanto Almenara como Rafael Ramírez, este como vicepresidente. Al igual que el *Sáenz Peña*, alcanzó a participar en los torneos amateur que en los años 1920 organizaba la Federación Peruana de Fútbol y se mantuvo en primera división hasta mediados de los años 1930, y actuó en segunda división por varias décadas más.[46]

---

[44] Sobre sus primeros partidos con clubes del Callao, véase *El Comercio* (6-9-1907, 13-9-1907, 27-7-1908, 30-7-1908, 12-8-1908, 3-10-1908, 11-11-1909); en el campeonato de 1908, *Bolognesi* perdió 0-2 con *Atlético Chalaco*, véase, *El Comercio* (18-12-1909); sobre los primeros partidos con clubes de Lima, *El Comercio* (26-9-1908, 8-6-1910); sobre sus actividades institucionales, *El Comercio* (28-6-1908, 15-9-1909); sobre sus directivas, *El Comercio* (3-7-1902, 1-1-1908, 26-8-1909, 22-8-1911).

[45] Los fundadores fueron Gustavo Montani, J. Moreno, M. Pazos; véase *El Comercio* (6-7-1906).

[46] Sobre las directivas, véase *El Comercio* (13-11-1908, 12-2-1909, 28-5-1909). Otros clubes formados fueron el *Morro de Arica* y el *Sportivo Colón* en El Callao; en Miraflores, el *Unión Miraflores* y el *Sporting Miraflores* —este tomaría la iniciativa de formar la Liga Peruana en 1912—; en Chorrillos, el *Sport Cuadros* y el *Alianza Chorrillos*; en Barranco, el *Unión Foot Ball*.

La historia y la organización de los clubes chalacos nos permiten precisar las características de la evolución de este deporte en el puerto. En algunos aspectos se diferencia de la experiencia limeña; por ejemplo, en el Callao no existieron los gérmenes de los clubes obreros que sí existieron en Lima y alrededores. Tampoco existió un club de inmigrantes ingleses y los clubes no organizaban torneos deportivos —tarea exclusiva de los Municipios—. Pero, al igual que en el caso de Lima, los clubes chalacos tenían Juntas Directivas establecidas, las que contaban con un presidente, un secretario, un fiscal y un capitán de fútbol. Tales juntas eran renovadas periódicamente; sin embargo, dado el ejercicio simultáneo de dos cargos y la rotación de los mismos, podemos afirmar que tales clubes contaban con un número reducido de socios.

Las actividades que realizaban los socios no se limitaban al fútbol. Con frecuencia organizaban fiestas, partidos internos e incluso representaciones teatrales. Por esta razón puede afirmarse que muchos clubes chalacos eran «clubes de encuentro», pero su desaparición (por ejemplo, el *Libertad*, el *Independencia*) les impidió completar el tránsito hacia «clubes de competencia». Su corta vida explica la fragilidad de este tipo de asociaciones, que en muchos casos dependían de los favores de los presidentes honorarios o de personas con recursos que fungían de «padrinos», antes que de las iniciativas de sus socios. Otros clubes subsistieron pero dejaron la práctica del fútbol por razones que desconocemos (por ejemplo, el *Bolognesi*). No obstante, algunos clubes lograron convertirse en clubes de competencia, como el *Sáenz Peña*, el *Unión Callao* o el *Atlético Chalaco*, que alcanzaron su mejor momento y mayor popularidad en etapas posteriores.

Fue la competencia la que permitió el desarrollo de estas instituciones. Al analizar su evolución cronológica pueden observarse diferentes etapas. Inicialmente se enfrentaban con equipos de marineros y poco después con otros clubes chalacos. Hacia mediados de la primera década, decidieron ampliar su ámbito de competencia viajando a Lima para enfrentar a clubes de esta localidad y de otros balnearios (Barranco, Chorrillos). Asimismo, participaron en los campeonatos municipales que empezaban a ganar mayor importancia que los «desafíos» de los primeros años. El prestigio y popularidad que otorgaban estos torneos, además de los beneficios económicos, eran los que permitían el sostenimiento de los clubes.

En comparación con los del Callao, en esta etapa los clubes de los barrios limeños no tuvieron la difusión que alcanzaron sus pares en el puerto. No obstante, existieron algunos como el *Atlético Unión* —fundado en 1900 y ubicado en la Plazuela de Mercedarias (Barrios Altos)—; igualmente, el *Sportivo Alianza*, fundado en 1903 en el barrio de San Francisco y que alcanzó sus años de mayor actividad entre 1904 y 1905, solía pactar encuentros con la Escuela de Artes y Oficios, la Escuela Militar de Chorrillos y el Atlético Chalaco. Ambos clubes tuvieron vidas efímeras, apenas unos pocos años, como todos los clubes de barrio surgidos en este periodo Sin embargo, hubo una excepción, un sobreviviente, el único hasta nuestros días: el *Alianza Lima*.

9. El caso del *Alianza Lima*

La larga existencia del *Alianza Lima* es un buen ejemplo de un club fundado en el espacio barrial y de una exitosa forma de asociación civil, creada al margen de los espacios oficiales de la República aristocrática. Sus oscuros inicios y la carencia de información acerca de su primera década de vida sugieren lo poco habituales e incluso marginales que resultaban estas instituciones; pero también indican que las asociaciones formadas en barrios no tenían relevancia en esta primera etapa de expansión del fútbol. No obstante, se trata de un raro ejemplo de asociación civil de larga vida en nuestro país.

Los inicios del club son bastante oscuros. Fue fundado el 15 de febrero de 1901 en la calle Cotabambas, en el barrio de Chacaritas. Por mucho tiempo, la versión más difundida señalaba que la institución fue creada por trabajadores de un *stud* de caballos de propiedad de Augusto B. Leguía. El nombre de la caballeriza era «*Alianza*», de donde el club habría tomado su nombre, y habría sido organizado a semejanza de los clubes de élite. Una variante de esta versión señala que fue fundado por los trabajadores del *stud* que eran negros y provenían de sectores populares. Sobre el funcionamiento institucional, esta versión establece que tuvo como presidente honorario a Foción Mariátegui quien, fungiendo como «padrino», habría aceptado el nombramiento porque sentía gran simpatía por la práctica de los deportes. No obstante, estudios recientes han puesto en tela de juicio muchas de estas afirmaciones; así, gracias a los trabajos de Martín Benavides, Aldo Panfichi y el estudio de *El Comercio*, los orígenes del *Alianza* dejan de ser tan borrosos.[47]

En primer lugar, estos estudios han establecido que quienes fundaron la institución fueron Julio Chacaltana, Cirilo Cárdenas, los hermanos Eduardo, Wilfredo, Carlos y Adolfo Pedreschi, José Carreño, Manuel e Ismael Carvallo, José Paulet, Eleodoro y Augusto Cucalón, Alberto Palomino, Eduardo Méndez, Cirilo Cárdenas, Wilfredo Villarreal, Hipólito Venegas, Luis Luitardo, Eduardo López, Manuel Aranda, Alberto Moncada, Julio Rivero y Luis Buitrón (Melgar Mendoza 2001: 8, *El Comercio* 2001: 13). Las primeras sesiones tuvieron lugar en la casa de Carreño, quien ayudó a formar la directiva y redactar los estatutos del club. Sin embargo, no existen datos precisos que señalen quién ocupó la presidencia del club. Algunos dicen que fue Villarreal, otros aseguran que fue Venegas y, para la mayoría, Ramón Aranda.

En segundo lugar, los estudios mencionados demuestran que los fundadores no provenían de los sectores populares. Según Martín Benavides, el barrio de Cotabambas

[47] Para la versión que señala el origen popular de *Alianza*, véase Miró (1998: 18 y ss.). Una vertiente señala que el club *Alianza Lima* no se fundó en el *stud* de A. Leguía sino en la caballeriza, y fue formado por los diversos trabajadores del mismo: «criollos, mestizos y peones» (Roel 2000: 27). Para la visión de la difusión inicial del fútbol desde los sectores populares, véase Salazar (1999). Los estudios que ofrecen nuevas pistas sobre los inicios de *Alianza Lima* son Benavides (2000), Panfichi (2001, 2002) y *El Comercio* (2001).

y la calle de Chacaritas estaban mayoritariamente habitados por personas de clases medias, conclusión a la que llega al establecer los costos de propiedades y alquileres de la zona. Acerca de los fundadores, también demuestra que estos no eran negros. Los hermanos Carlos y Eduardo Pedreschi eran de ascendencia italiana, hijos de un exitoso comerciante de licores y estudiaban en el colegio Humberto I (conocido luego como Antonio Raimondi); los hermanos Eleodoro y Eugenio Cucalón (Ku Ka Long) eran hijos de un comerciante y pescador chino, natural de Cantón, y estudiaban en el colegio Guadalupe (el más prestigioso de la ciudad). José Carreño era hijo de una mujer dedicada a la costura. El padre de Manuel Carballo era comerciante de telas. Alberto López y Julio Rivero eran hijos de unas comerciantes de comida. El padre de Alberto Moncada tenía una cigarrería. De acuerdo con Benavides, se puede concluir que socialmente podían ser considerados «pobres de clase media». Pero el estudio de Benavides precisa un aspecto adicional: los miembros fundadores eran bastante jóvenes, entre 9 y 16 años, todos ellos en edad escolar.[48]

Finalmente, es importante señalar que la calle Cotabambas estaba ubicada a pocas cuadras de la Universidad de San Marcos, donde los estudiantes universitarios organizaban sus equipos para participar en los torneos deportivos universitarios. En la misma calle estaba el Colegio de Lima, que tenía un equipo de fútbol que habitualmente participaba en los torneos escolares. En la Alameda (Avenida) Grau, apenas a cuatro calles del lugar de fundación, estaba ubicado el terreno del *Lima Cricket* y la portada de Santa Catalina (entre las actuales avenidas Nicolás de Piérola y Grau) donde había un terreno que permitía practicar el fútbol. Por otro lado, los hermanos Cucalón estudiaban en el Colegio Guadalupe que había ganado el torneo escolar frente al Colegio de Lima, apenas siete meses antes de la fundación del *Alianza*. Como vemos, en el espacio que rodeaba a la calle Cotabambas el aroma a fútbol fluía en el ambiente y era un indudable incentivo para estos niños y jóvenes.

Con esta información, y en contraste con la versión más conocida sobre los inicios del club, se abre una interrogante: ¿por qué niños y adolescentes se encontraban trabajando en un *stud* de caballos? El ingreso de niños y jóvenes al mercado laboral era muy frecuente en la época y esa podría ser una explicación; pero la investigación de *El Comercio* demuestra que los fundadores no trabajaban en él (2001: 12, 14), de ahí que descartemos el posible vínculo entre el naciente *Sport Alianza* y el *stud Alianza* a partir de supuestas relaciones laborales.

[48] Sobre el tema de las edades, por ejemplo, el mayor de los Pedreschi apenas tenía 13 años y sus hermanos no superaban los diez; véanse Benavides (2000: 54-55) y *El Comercio* (2001: 8, 10). Parker (1995) emplea el concepto de «pobres de clase media» para referirse a los miembros de la élite que se empobrecieron luego de la Guerra del Pacífico, los mismos que se desempeñaban en ciertas actividades (evitando las labores manuales) y que guardaban determinada apariencia («gente decente»); junto a ellos incluye a los profesionales poco adinerados, los empleados de la administración pública y a los pequeños comerciantes.

El año 1900, bajo «la cultura e ideología dominante» (la percepción de los habitantes de sí mismos), existían solo dos clases o estamentos: la gente decente y la gente del pueblo (Parker 1995: 165). Las clases medias era un sector en formación y se encontraban aún poco diferenciadas de otros sectores sociales más establecidos: la élite y las clases populares; a la última pertenecían los pequeños comerciantes y un pequeño número de profesionales, y las familias que en el pasado contaron con posición económica, estatus social o cultural, pero que se habían empobrecido.

Los fundadores del *Alianza Lima* eran jóvenes provenientes de las clases medias de dos grupos: familias de profesionales y de comerciantes y familias de clases medias pobres. Incluso entre ellos había grupos de inmigrantes de segunda generación —italianos y chinos—. Todos ellos buscaban alguna forma de reconocimiento y encontraron en el fútbol un medio de afirmación de su identidad para así distinguirse de otros jóvenes y otros barrios. Practicaban un deporte, una actividad novedosa, que les permitía, además de disfrutar del ocio en común, distinguirse de otros grupos gracias a la confrontación deportiva.

Para que el fútbol les diera el reconocimiento que buscaban debían formar un club; pero en esa época los clubes solo existían en dos ámbitos: la escuela y la élite. La influencia de la escuela ya fue explicada, como resulta claro del vínculo de algunos fundadores con equipos escolares. Con respecto a la élite, sabemos por los estudios de Parker que la asimilación de usos y costumbres de la élite para así «autoinventarse» a sí mismos era una práctica corriente para alcanzar el reconocimiento social (Parker 1995: 170); los clubes fundados buscaban asemejarse a los que organizaba la élite.

Con respecto a tomar el nombre del *stud* para el club, la intención era distinguirse de otros barrios (y otros grupos de niños y jóvenes) a través del fútbol. Las caballerizas no eran abundantes en la ciudad y el barrio que contaba con una de ellas era fácilmente identificable. Por esta razón tomó el nombre del *stud Alianza* para distinguirse rápidamente de otros clubes (fundados en los colegios), de otros jóvenes y otros barrios, a partir de uno de los lugares más representativos de su localidad. Pero la influencia, creemos, no se limita a este aspecto.

Uno de los problemas para la práctica deportiva de esa época era la escasez de terrenos que reuniesen las condiciones mínimas para practicar el fútbol. El *stud Alianza* era una caballeriza para animales utilizados en carreras y quizás para el transporte. Contaba con áreas disponibles en las cuales se paseaban los caballos, las que eran lo suficientemente amplias como para practicar el fútbol. Frente a la necesidad de contar con un terreno donde jugar, estos jóvenes resolvieron hacer uso de los terrenos del *stud* como la mejor opción frente a otras dos. La primera era solicitar su ingreso al campo de Santa Sofía del club *Lima Cricket* de la comunidad inglesa, localizada a pocas calles del jirón Cotabambas, pero existía una alta posibilidad de ser rechazados. La segunda era salir de la ciudad en búsqueda de un terreno, alternativa que podía resultar infructuosa

porque la oportunidad de encontrarlo era incierta; y, de hallar uno, este podría estar ya ocupado. Ante la imposibilidad de contar con un terreno donde practicar, los terrenos del *stud* resultaban bastante adecuados para ello; asimismo, la familiaridad con los trabajadores podía facilitar el ingreso al campo. Por estas razones, los jóvenes fundadores tomaron el nombre de la caballeriza para denominar a su naciente club.

Otra diferencia entre las últimas investigaciones y otras anteriores es que queda claro, y fuera de toda duda, que la composición social del *Alianza Lima* en sus inicios fue muy diversa. En ella convivieron descendientes de italianos y chinos con mestizos y criollos. La presencia de gente de color aparece después. Por ello, habiendo esclarecido estos aspectos, en este momento se abre una pregunta: ¿cuándo se convirtió en un club de gente de color y por qué siempre se creyó que fue así?

Las noticias sobre las actividades del *Alianza Lima* durante sus primeros diez años de vida son prácticamente inexistentes. Se suelen confundir las informaciones sobre un club llamado *Sportivo Alianza*, fundado en octubre de 1903, cuyas actividades son registradas por los diarios entre los años 1904 y 1905, pero este es un club del barrio de San Francisco y no corresponde al *Alianza Lima*. Las primeras informaciones seguras corresponden a partidos jugados el año 1910 y a su participación en la fundación de la Liga Peruana en 1912. Por avisos aparecidos en los diarios, se conoce su directiva de 1911 y se tiene noticia de un partido interno organizado para recaudar fondos. En esta época el club ya tenía un importante prestigio deportivo porque cuando se inscribió en la Liga fue seleccionado para jugar en la Primera División, privilegio que solo alcanzaban aquellos clubes que habían tenido victorias continuas durante los últimos años. Es a lo largo de esta década que el club empezó a lograr sus primeros triunfos ganando el torneo de la Liga y el escudo *Dewar* en 1918 y 1919, mérito que lo convirtió en uno de los equipos más prestigiosos, por lo que fue un permanente invitado a diversos torneos organizados por la Liga, los clubes y las sociedades obreras y laborales en general. También en este periodo, con la intención de diferenciarse, cambiaron su nombre al que conserva hasta hoy, *Alianza Lima*, a raíz de la confusión que había con otros clubes de la época que también se denominaban «*Alianza*». Con esa misma intención cambió el color de sus camisetas a franjas verticales azules y blancas. Finalmente, se mudó al distrito de La Victoria, buscando un local estable y barato para el club.[49]

[49] La directiva del club en 1911 estaba compuesta por Alberto Palomino (presidente honorario), R. Pérez (presidente), Honorio Aranda (secretario), Augusto Cucalón (fiscal), Isaías Zevallos (tesorero), Juan Torres (1º capitán), Artemio Domínguez (2º capitán) y José Paulet (capitán de cancha), véase Cajas (1949: 180, 191). En la historia «tradicional» del *Alianza Lima* se dice que el *stud Alianza*, donde se fundó el club, era propiedad de Augusto B. Leguía, pero ello no es correcto pues Leguía aún no era propietario de ese *stud*. Esta parece ser una de las imágenes creadas durante la reinvención de la historia del *Alianza Lima* en los años 1920 —cuando Leguía era Presidente de la República—, con lo que se buscaba crear una memoria emparentada con el gobernante de turno, signo inequívoco de paternalismo. Un ejemplo interesante de esta opinión lo da el hecho de que cuando *Alianza Lima* cambia el color de

Es en La Victoria, hacia mediados de los años 1920, que el *Alianza Lima* empieza a construir un mecanismo de adhesión en torno suyo, lo que coincide con sus mayores triunfos deportivos. Esta adhesión se apoyó en múltiples factores: el espacio barrial (equipo de La Victoria), valores étnicos (reconocido como equipo de raza negra), sociales (club de obreros y del pueblo), culturales (asociado a la cultura criolla), estéticos (estilo de juego pícaro y alegre) y religiosos (devoción al Señor de los Milagros). Pero la construcción de estos valores debía fundamentarse en un discurso histórico que los legitime. Es en los años 1920 que el *Alianza* adquiere estas características y reconstruye su «propia historia» creando un nuevo pasado que justifique la adopción de los nuevos valores, a todas luces ligados a las clases populares. En esta época surge la historia que asocia los orígenes del *Alianza* con la gente negra que jugaba en los callejones, donde los jugadores familiarizados con bailes afroamericanos construían su estilo de juego pícaro y vistoso.[50]

Cuando el *Alianza* completó estas características, las adhesiones devinieron en identidades. El *Alianza* aglutinó en el ámbito deportivo la representación de lo negro y lo popular; pero la consolidación de identidades vino acompañada de conflictos. El fútbol puede fortalecer los conflictos, pues lleva al enfrentamiento de un club con otro. La creciente popularidad del *Alianza* a lo largo de la década de 1910 lo convirtió en uno de los clubes más representativos de Lima y desarrolló una rivalidad con los clubes del Callao, especialmente con el *Atlético Chalaco*, el más exitoso del puerto. Pero hacia finales de la década de 1920 —cuando enfrentó a los estudiantes universitarios de la *Federación Universitaria*—, esta rivalidad fue reemplazada por otra y se instauró la competencia deportiva más importante de nuestro país. El *Alianza*, instalado ya como el representante de lo negro y lo popular, enfrentaba a la *Federación*, a la juventud «culta» y «blanca».

La competencia fue lo que permitió la supervivencia de los clubes. Estos eran inicialmente lugares de encuentro para sus socios, espacios donde compartir el ocio y fortalecer vínculos interpersonales. Pero los socios no eran capaces de sostener económicamente a la mayoría de sus instituciones, las cuales desaparecían indefectiblemente. Frente a este problema, los mecenazgos constituyeron una solución. El «padrino», bajo la forma de socio honorario, abasteció al club de logística, infraestructura y materiales, pero, además, le otorgó prestigio. Los clubes ganaban para sí el prestigio del personaje que actuaba como patrocinador, quien se convirtió en la «otra razón» para constituir

---

su camiseta —del original color verde del *stud Alianza* al que mantiene hasta la actualidad de franjas verticales azules y blancas—, coincidentemente adopta la misma casaquilla del *stud* Club Hípico que era propiedad de Leguía. Sobre este último dato, véase Basadre (1968, T. X: 92).

[50] Las entrevistas de Deustua, Stein y Stokes (1982) demuestran que el *Alianza* había creado mecanismos de adhesión. Sobre la «invención de tradiciones», véase Hobsbawn y Ranger (1983), y para el caso del *Alianza Lima*, Benavides (2000).

y mantener el club. El prestigio obtenido era un estímulo para el jugador, el cual se multiplicaba cuando este prestigio también se alcanzaba en la competencia futbolística y permitía generar ingresos económicos que, a su vez, mejoraban las condiciones financieras del club y, en algunos casos, como el del *Alianza Lima*, los ingresos de los mismos jugadores. De este modo, desde la segunda década del siglo XX, el aliciente económico y el prestigio creado en la competencia empezaron a adquirir importancia y se convirtieron en los nuevos motores de la expansión del fútbol.

10. Conclusiones

Para concluir queremos presentar los que a nuestro juicio son los principales aportes de este trabajo. La llegada del fútbol a nuestro país forma parte de la primera oleada de exportación de este deporte, que coincide con el apogeo de los imperios coloniales del siglo XIX. En el caso peruano los registros muestran que la primera ocasión que se jugó el fútbol data de 1872. Pero fue a partir del año 1892 que su práctica empezó a extenderse, primero entre emigrantes ingleses, agrupados en el club *Lima Cricket*, y los marineros ingleses de paso por el puerto del Callao. Los primeros peruanos que lo practicaron fueron aquellos que habían realizado estudios en Inglaterra.

La práctica de los deportes era apoyada por las «corrientes higiénicas» de inicios del siglo pasado. Ellas sostenían que la práctica de los *sports*, como les llamaban en ese entonces, traería beneficios para la salud y la moral de quienes los practicaban pues fortalecerían el cuerpo y el carácter, y contribuían de este modo a la erradicación de la fragilidad física y el ánimo medroso de los peruanos. Con este argumento se apoyó la práctica de los deportes en las escuelas y así fueron los niños y los adolescentes (y no los adultos) los primeros en practicar este deporte con asiduidad. Por otro lado, uno de los objetivos de las políticas educativas de inicios de siglo era fomentar el desarrollo de prácticas asociativas, lo cual indujo a muchos maestros a fomentar y apoyar la formación y desarrollo de asociaciones civiles fundadas por los alumnos, entre ellas, los clubes de fútbol.

Existieron tres tipos de clubes de fútbol nacidos en la escuela. El primero, creado con apoyo directo de autoridades y maestros, estaba unido a la institución educativa a la que pertenecían los niños. El segundo tipo correspondía a los clubes formados en las escuelas pero que con el paso del tiempo rompían sus vínculos con ella. El tercero, formado por niños de una misma escuela que, sin embargo, no recibía el apoyo de su institución para esta actividad. El mejor ejemplo de este último tipo es el *Atlético Chalaco*, que progresó desde un club infantil a uno de jóvenes universitarios, logró un gran éxito en la competencia y desarrolló fuertes rivalidades con clubes de Lima (el *Lima Cricket* y el *Unión Cricket*).

La propagación del fútbol encontró en la escuela su primer canal de expansión, pero rápidamente nuevos espacios acogieron su práctica. El ámbito barrial pronto

fue testigo de la multiplicación de este tipo de clubes (especialmente en el Callao): el *Libertad*, el *Independencia*, el *San Martín*, el *Bolognesi*, el *Sport Sáenz Peña* y el *Unión Callao* fueron los más importantes; tales clubes realizaban muchas actividades sociales y de esparcimiento, pero la mayoría no logró alcanzar el momento de expansión de la competencia —hacia 1910—. En Lima existió un menor número de clubes con estas características, pero estuvo el más importante: el *Alianza Lima*. Este club, formado por jóvenes de clases medias empobrecidas, entre los que se contaban descendientes de italianos y chinos, tuvo mucho éxito en la época de la competencia, lo que condujo a la transformación de su entorno y a la construcción de una identidad popular en torno suyo.

A contracorriente de la imagen más difundida, que afirma que los primeros pasos del fútbol en esta ciudad fueron dados por sectores populares que lo practicaban en calles y callejones, las fuentes que hemos revisado nos muestran que no fue así. Primero fueron los emigrantes ingleses y la élite, y después, desde la escuela, fueron los niños y adolescentes de toda condición social los que practicaron este deporte. Pronto nuevos espacios se sumarían como ámbitos propicios para el nacimiento de nuevos clubes y actividades deportivas, como el barrio y el espacio laboral. En todos los casos, la creación de clubes estaba amparada por, o permitía la creación de, lazos de sociabilidad que edificaban roles para los actores, tanto dentro como fuera del terreno de juego. El valor y peso de estos roles se multiplicaba cuando estos clubes participaban en la competencia. Los más exitosos consiguieron prestigio, el cual se transmitió tanto al club como a los individuos que jugaban, los socios y padrinos de la misma, y también al espacio al que pertenecían. Los que pertenecían a un barrio, zona de la ciudad o balneario, se endosaron ese prestigio y este se convirtió en un elemento más que fortalecía la adhesión y la tradición local. Estas adhesiones también se construyeron en los centros laborales, pero estuvieron matizadas por la procedencia socio-económica de los trabajadores: obreros y empleados públicos y privados. Por último, la aparición de adhesiones entre el espacio y el club estuvo estimulada por otro factor: la rivalidad. La competencia estimuló el conflicto y el conflicto facilitó la formación de identidades. Este proceso abarcó entre la segunda y tercera década del siglo XX.

11. Fuentes y bibliografía

Fuentes primarias

El amigo de lo ajeno (seudónimo). «La primera crónica deportiva publicada en *El Comercio*». *El Comercio*, 4 de mayo, 1939, pp. 190.

El Comercio. «Nuevas tendencias populares - La afición del foot ball». *El Comercio*, 18 de junio, 1908.

El Comercio. «Las fiestas patrias y el juego del foot ball». *El Comercio*, 30 de junio, 1908.

El Comercio. «El Centro Sport Inca y su desenvolvimiento». *El Comercio*, 13 de agosto, 1922.

El Comercio. «Sobre el Association F.B.C. – Interesantes datos sobre la Institución. – Conversando con el señor Augusto Brondi». *El Comercio*, 19 de noviembre, 1922.

El Comercio. «El primer match de football que se jugó en el Perú. Una curiosa información». *El Comercio,* 12 de agosto, 1923.

El Comercio. Años 1900-1913.

El Sport. Quincenario Ilustrado, 1899-1900.

El Sport Ilustrado. Semanario de deportes, espectáculos y novedades, 1913.

Gálvez, José. *Nuestra Pequeña Historia*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1966 [1930].

Grados Penalillo, Amadeo. «Apuntes para la tradición deportiva del Perú». *El Comercio,* 4 de mayo, 1939, pp. 189-190.

Miró, Cesar. *Los Íntimos de la Victoria*. Lima: Asociación Civil Pro Niño Íntimo, 1998 [1951].

Robles, Juan. «Origen y desarrollo del deportismo en el Perú. Sucinta información de su marcha evolutiva. Hablando con el señor Pedro Larrañaga, padre de los deportes peruanos». *El Comercio,* 5 de agosto, 1923.

Variedades. 1908-1912.

Bibliografía general

Álvarez, Gerardo

2001 *La difusión del fútbol en Lima*. Tesis de Licenciatura. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Arbena, Joseph

1990 «Deporte y cambio social en América Latina». En *Pretextos*, Nº 1, pp. 77-90.

Basadre, Jorge

1968 *Historia de la República*. Tomos IX-XII, XIV, XVI. Lima: Ed. Universitaria.

1971 *Introducción a las bases documentales para la Historia de la República del Perú con algunas reflexiones*. Tomo II. Lima: Ediciones P. L. Villanueva.

Benavides, Martín

2000 *Una pelota de trapo, un corazón blanquiazul. Tradición e identidad en Alianza Lima 1901-1996*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Bonfiglio, Giovanni

1995 «Los italianos en Lima». En Panfichi, Aldo y Felipe Portocarrero (eds.) *Mundos Interiores 1850-1950*. Lima: Universidad del Pacífico, Centro de Investigación, pp. 43-73.

Bonilla, Heraclio

1975 *Gran Bretaña y el Perú 1826-1919. Informes de los Cónsules Británicos*. Vol. I-IV. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú.

Bonilla, Heraclio

1980 «La coyuntura comercial del siglo XIX en el Perú». En *Un siglo a la deriva. Ensayos sobre el Perú, Bolivia y la Guerra*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 13-46.

Burga, Manuel y Alberto Flores Galindo

1984 *Apogeo y Crisis de la República Aristocrática*. Lima: Ediciones Rikchay Perú.

Cajas, Alberto

1949 *El Fútbol Asociado*. Lima: s.e.

Contreras, Carlos

1993 «La inversión extranjera en el Perú, 1890-1930». En *Alma Máter*, N.º 5, pp. 85-98.

Del Águila, Alicia

1997 *Callejones y Mansiones. Espacios de Opinión Pública y Redes Sociales y Políticas en la Lima del 900*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Deustua Carvallo, José

1981 «El fútbol y las clases populares (I). De la Inglaterra Victoriana al Perú de Leguía». En *El Diario de Marka*, 23 de agosto, p. 11.

1981 «El fútbol y las clases populares: (II) Selección nacional o club de barrio». En *El Diario de Marka*, 6 de junio, p. 11.

1980 «La incorporación nacional del fútbol». *La Revista de Arte, Ciencia y Sociedad*, Nº 7, pp. 42-44.

Deustua C. José, Steve Stein, y Susan Stokes

1986 «Entre el offside y el chimpún: las clases populares limeñas y el fútbol, 1900-1930». En Stein, Steve (ed.). *Lima Obrera 1900-1930*. Tomo I. Lima: Ediciones El Virrey, pp. 119-162.

Dunning, Eric y Kenneth Shread

1989 «La sèparation des deux rugbys». *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N.º 79, pp. 92-107.

Duke, Vic y Liz Crolley

1996 *Football, Nationality and the State*. Nueva Cork: Longman.

El Comercio

2001 *Libro de Oro del Club Alianza Lima 1901-2001*. Lima: Empresa Editora El Comercio S.A.

Federación Peruana de Fútbol

1997 *75 Aniversario*. Lima: Editorial e Imprenta DESA S.A.

Forment, Carlos A.

1998 *The Formation of Civil Society in Nineteenth Century Peru: Democratic or Disciplinary?* Nueva Jersey: Princeton University Press.

Frydenberg, Julio David

1998 «Redefinición del fútbol aficionado y del fútbol oficial. Buenos Aires, 1912». En Pablo Alabarces, Roberto Di Giano y Julio Frydenberg (compiladores). *Deporte y Sociedad*. Buenos Aires: EUDEBA, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, pp. 51-65.

Frydenberg, Julio David

«Espacio urbano y práctica del fútbol, Buenos Aires 1900-1915». *Lecturas: Educación Física y Deportes*, Nº 13, año 4, http://www.efdeportes.com.

Gameros, Wilfredo

1998 *El Origen del Fútbol en el Perú y el Mundo*. Lima: Ediciones Elical Gráfica S.A.

Guerra, François-Xavier, Annick Lempérière y otros

1996 *Los Espacios Públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y Problemas, siglos XVIII-XIX*. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica.

Günther, Juan y Guillermo Lohmann

1992 *Lima*. Madrid: Colección MAPFRE.

Harriman, Brenda

1984 *The British in Peru*. Lima: Pacific Press.

Hobsbawn, Eric y Terence Ranger

1983 *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Karno, Howard

1970 *Augusto B. Leguía: the oligarchy and the modernization of Peru 1870-1930*. Tesis doctoral. Los Ángeles: University of California.

Leite López, J. Sergio

1998 «Fútbol y clases populares en Brasil». En *Nueva Sociedad,* Nº 154, pp. 124-146.

Lever, Janet

1985 *La Locura por el Fútbol*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mandell, Richard

1986 *Historia Cultural del Deporte*. Barcelona: Ediciones Bella Terra S.A.

Mason, Tony

1980 *Association Football and English Society 1863-1915*. Sussex: The Harvester Press.

1995 *Passion of the People? Football in South America*. Londres: Verso.

Melgar Mendoza, Alfredo

2001 «100 años Club *Alianza Lima* 1901-2001». *Todo Sport*, 15 de febrero, pp. 7-9.

Muñoz, Fanni

2001 *Diversiones públicas en Lima 1890-1920. La Experiencia de la Modernidad*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Oliart, Patricia

1995 «Poniendo a cada quién en su lugar: estereotipos raciales y sexuales en la Lima del siglo XIX». En Panfichi, Aldo y Felipe Portocarrero (editores). *Mundos Interiores 1850-1950*. Lima: Universidad del Pacífico-Centro de Investigación,pp. 261-288.

Ortega, Julio

1986 *Cultura y Modernización en el 900*. Lima: CEDEP.

Panfichi, Aldo

2001 «*Alianza Lima* 1901-1935. Los primeros cincuenta años de una pasión centenaria». En *Quehacer*, Nº 129, pp. 96-105.

2002 «*Alianza Lima*: los orígenes de cien años de pasión 1901-2001». En Millones, Luis, Aldo Panfichi y Víctor Vich (editores). *En el corazón del pueblo. Pasión y gloria de Alianza Lima 1902-2001*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 13-36.

Parker, David S

1995 «Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional». En Panfichi, Aldo y Felipe Portocarrero (eds.). *Mundos Interiores. Lima 1850-1950*. Lima: Universidad del Pacífico. Centro de Investigaciones, pp. 161-185.

Portocarrero, Gonzalo

1995 «El fundamento invisible: función y lugar de las ideas racistas en la República Aristocrática». En Panfichi H., Aldo y Felipe Portocarrero (editores). *Mundos Interiores 1850-1950*. Lima: Universidad del Pacífico-Centro de Investigación, pp. 219-259.

Pujadas, Xavier y Carles Santacana

1992 «Del barrio al estadio. Aspectos de la sociabilidad deportiva en Catalunya en la década de los treinta». En *Historia y Fuente Oral*, Nº 7, pp. 31-45.

Roel Pineda, Enrique

2000 *Íntimos de Oro. ¡Alianza 2000!*. Lima: Editorial Brasa S.A., Editorial Gráfica Monterrico.

Salazar, Jorge

1999 «El callejón del gol». *El Comercio-DT,* 24 de octubre, pp. 8-9.

Sánchez León, Abelardo

1992 «Fútbol e identidad en los jóvenes urbanos». En Adrianzén, Alberto y Eduardo Ballón (editores). *Lo Popular en América Latina. ¿Una Visión de la Crisis?* Lima: DESCO, pp. 231-249.

Soares J., Antonio

2000 «Historia e a invençâo de tradiçôes no futebol brasileiro». En Alabarces, Pablo (compilador). *Peligro de Gol. Estudios sobre Deporte y Sociedad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 113-142.

Stein, Steve

1987 «Visual images of the lower classes in early twentieth-century Peru: soccer as a window to social reality». En Levine, Robert (editor). *Windows on Latin America. Understanding Society through Photographs*. Miami: North-South Center, University of Miami, pp. 90-100.

1989 «The case of soccer in early twentieth-century Lima». En Arbena, Joseph L. (editor). *Sport, dependency and the rise of mass culture*. Nueva York: Greenwood Press, pp. 63-84.

Trelles, Efraín

1995 *Una vez una Copa*. Lima: Otorongo.

Walvin, James

1994 *The People's Game. The History of Football Revisited*. Londres: Mainstream Publishing.

Entre el *offside* y el chimpún: las clases populares limeñas y el fútbol, 1900-1930[*]

José Deustua, Steve Stein y Susan C. Stokes[**]

Resulta paradójico que en un país como el Perú de la década de 1920, con todos los problemas sociales y económicos que entonces sufría, 25 mil personas se reunieran en el Estadio Nacional a presenciar un partido de fútbol. ¿Significa esto una manera de escapar a la realidad? ¿Jugar al fútbol los domingos en las calles del barrio de La Victoria o en las haciendas cercanas a la capital, como lo hacían los morenos del *Alianza Lima*, expresaba un divorcio entre sus sufrimientos económicos y sociales y su capacidad para resolverlos? ¿O era, por el contrario, una manifestación de su sentir popular?

---

[*] Este artículo fue publicado originalmente en *Lima obrera 1900 – 1930*, Tomo I, por Ediciones El Virrey en el año 1986. Agradecemos a la familia Sanseveiro por autorizar su reproducción para este libro.

[**] El presente trabajo es el producto de una larga y, a veces, enconada polémica que sus tres autores sostuvimos en el Seminario Lima Obrera organizado por la Universidad de Lima en 1982. A diferencia de lo que ocurre en la mayoría de estos casos, donde los participantes suelen escucharse a sí mismos al mismo tiempo que se mantienen sordos frente a lo que sustentan sus contrarios, nosotros no solo nos oímos con atención sino que llegamos a una serie de acuerdos comunes. Este trabajo es una expresión de esos acuerdos. Pero, además, es también producto de nuestra honda pasión por el fútbol, junto con el igualmente hondo convencimiento de que el estudio del fútbol ofrece una visión particularmente valiosa de la vida y la conciencia de las masas populares de la época. Para elaborar este artículo hemos consultado algunos trabajos generales sobre el fútbol o los deportes como el de Keith Botsford (1967), Jean Le Floc'hmoan (1969), el conjunto de ensayos recogidos en *Partisans: Deportes, cultura y representación* (1978), etcétera. Además, nos han servido mucho los dos trabajos literarios sobre «Manguera» Villanueva y las Olimpiadas de Berlín de 1936 de Guillermo Thorndike, finalmente transformados en un solo relato en el libro *El revés de morir* (1978). La inspiración sociológica provino del precursor artículo de Abelardo Sánchez León (1980): «Fútbol, un espejo para miramos mejor». Nos ha sido muy útil también el tomo XVI de la Historia de la República del Perú de Jorge Basadre (1969-1970). Hemos consultado además algunas publicaciones de la época, el diario *El Comercio* de Lima de 1900, la revista *Variedades* de 1911, y las revistas *Toros y Deportes* y *El Sport* de 1929-1930, de las que hemos extraído buena parte de nuestras referencias con suma exhaustividad. También muchas crónicas periodísticas redactadas a través del tiempo, algunas revistas actuales *Ra*, *U67*, *Ovación*, *El Gráfico* —ciertamente la mejor—, y empleamos además la enorme memoria y tradición oral que guardan algunos futbolistas de la época (en especial Pedro Méndez, Antonio Maquillón, Pedro Frías y Miguel Rostaing), simples contemporáneos dedicados a otros menesteres (Julio Portocarrero) o actuales hinchas y fanáticos del fútbol.

Recientemente se ha desatado entre los científicos sociales peruanos una preocupación por entender los aspectos sociales del «más popular de los deportes»: el fútbol.[1] Hay quienes sostienen que el fútbol es una genuina manifestación popular, con la capacidad de forjar lazos solidarios entre sus participantes y contribuir así a incrementar la conciencia de clase, como hecho social, dentro de los sectores populares. Mientras otros afirman que, por el contrario, resulta ser una forma de *control social* que, de varias maneras, sirve a los intereses de las clases dominantes.[2] Nos proponemos en este artículo discutir estas interpretaciones a través de un estudio sobre los orígenes sociales del fútbol en el caso especial de Lima a comienzos del siglo XX, el que nos puede ofrecer una perspectiva histórica como para orientar esta polémica que todavía sigue girando en torno a la situación presente.

1. Algunas consideraciones preliminares

Las ciencias históricas y antropológicas han constatado que, a través de la historia y en diversas culturas del mundo, los grupos humanos han dedicado cierta porción de su tiempo y energía a una serie de actividades desligadas de las netamente productivas, por ejemplo, a las artes creativas o a la religión. El deporte se ubica dentro de estas; constituiría, según la afirmación clásica y algo esquemática de Louis Althusser o Marta Harnecker, una actividad «super-estructural» (Althusser 1974, Harnecker 1968).[3] Es decir, si lo definiéramos de una manera más rigurosa, se encuentra al margen de la jornada de trabajo en sí, pero no escapa a la sociedad en general. En cierto sentido contribuye a reproducir el sistema de producción y las relaciones de producción, aunque también expresa los antagonismos y las contradicciones de ese mismo sistema y de esas mismas relaciones.

La manera en que el fútbol, como elemento superestructural, contribuía a reproducir la sociedad peruana o limeña a comienzos del siglo XX, pero al mismo tiempo expresaba sus antagonismos y contradicciones, es justamente lo que nos proponemos explorar en este estudio. Varios teóricos han sostenido que la existencia de una clase social definida pos sus condiciones objetivas es una condición necesaria pero no suficiente para la constitución de una clase «para sí»; es decir, una clase con la capacidad

---

[1] Confróntese por ejemplo el artículo de Sánchez León (1980) ya citado, así como otros suyos publicados en las revistas *Quehacer* N° 13, *Debates* y últimamente *Caretas*. El informe de José María Salcedo, el mismo Abelardo Sánchez León y Romeo Grompone (1982) sobre el Mundial de Fútbol de España 1982, titulado: «Entre el abuelo y el "niño terrible", los punteros mentirosos». El artículo de José María Salcedo: «Así jugamos porque así somos» (1982); pero especialmente los de José Deustua (1981a, 1981b, 1982).

[2] Respecto a la problemática del control social (*social control*) puede verse Stein (1981).

[3] Como una crítica de este tipo de concepciones puede verse el trabajo de Guillermo Rochabrún (1976).

de percibir sus intereses y actuar para promover o defender esos mismos intereses. Los obreros de las fábricas de Lima y Vitarte en 1920 no solo limitaban sus preocupaciones a su jornada del trabajo —sobre todo en las fábricas textiles de Santa Catalina y Vitarte Cotton Mill— sino también a las actividades que realizaban más allá de la jornada laboral: el sindicalismo, el teatro, la ópera, el fútbol.[4] Si el fútbol que jugaban los obreros textiles tenía el efecto de legitimar, de alguna manera, su subordinación a los dueños o autoridades de las fábricas, de integrarlos al régimen jerárquico que existía en la fábrica y en la sociedad, o a crear divisiones entre los mismos obreros e inculcarles un espíritu de competencia entre sí, entonces se podrá concluir que, efectivamente, el fútbol contribuía a la subordinación de los obreros y a reproducir así el sistema de producción. Pero, en cambio, si el fútbol servía para hacer más sólidos los lazos sociales o psicológicos que unían a los trabajadores, para promover la idea entre ellos que, como grupo unificado, podían ejercer cierta fuerza frente al régimen de los dueños de la fábrica y así, de cuestionar la autoridad de sus opresores, esos serían ejemplos de la manera cómo el fútbol, aunque producto de una sociedad capitalista, era de una naturaleza contradictoria, y podría llegar a ser un elemento que contribuyera a amenazar la estructura de esa misma sociedad.

Vale desarrollar de una manera más concreta estas dos posibilidades históricas del fútbol. Pero antes, hemos de esclarecer por qué se ha escogido al fútbol para explorar la polémica que hemos mencionado, y no otro elemento de la cultura popular de igual o mayor importancia. Paradójicamente, el fútbol limeño a comienzos del siglo XX mostraba no solo cómo eran las relaciones sociales, en términos de la existencia de conflictos de clase, de grupos étnicos, de explotación económica, sino también cómo no eran. Pensamos que el fútbol era una especie de espejo que reflejaba las relaciones sociales materiales, pero que también las invertía en algunos momentos. En la cancha de fútbol existía cierta democracia que faltaba en la sociedad peruana de entonces: permitía que en algunos momentos los explotados derroten a los explotadores, los pobres a los ricos, los negros a los blancos. Obviamente, estas inversiones se restringían al nivel simbólico, en el sentido de que después de terminado el partido, la vida regresaba a su cause normal y volvían los explotados a su condición social, el obrero a la fábrica, el negro a su misma situación de marginado en una sociedad que despreciaba a los miembros de su raza.

Insistimos en que la palabra «simbólico», como la usamos aquí, no es sinónimo de inútil, ni de ilusorio. Es probable que la inversión simbólica de las relaciones sociales que a veces ocurría en el campo de fútbol hubiese hecho sentir al marginado y al explotado (pobre o negro) más satisfecho con su *status* social y, por lo tanto, menos preparado

[4] Cesar Lévano: «La revolución cultural de los obreros peruanos». *Marka* N° 105; un ejemplo recreativo en donde se combinaban el deporte, el arte y la política era la fiesta de la planta que anualmente se celebraba en Vitarte. Una descripción de la misma se encuentra en «La fiesta de la planta». *Revista Amauta, doctrina, literatura, arte, polémica*, N° 6, 1927, pp. 33-36.

para cuestionar el orden social. Pero también es posible que el fútbol como expresión popular uniera a los oprimidos, los hiciera más solidarios y, por lo tanto, capaces de intentar, en un segundo momento, actitudes más descaradamente políticas. La cancha de fútbol era un lugar de encuentro de miembros de las clases populares con distinta procedencia y tradición. En este sentido, el fútbol podría contribuir a unificarlos y a forjar una *sola* cultura popular. Sin embargo, también la cancha de fútbol era un lugar de encuentro con miembros de las clases dominantes, ya sea en un sentido de rivalidad y enfrentamiento, como también de afinidad y paternalismo.

Por otro lado, el drama que se desarrollaba dentro de la cancha de fútbol a veces servía para esclarecer conflictos que en otros medios —el lugar de trabajo, el barrio— no se podían expresar tan claramente. De ahí la posibilidad de que el fútbol sirviese para fomentar una conciencia de clase o de etnicidad. Los partidos que se jugaban entre el club *Alianza Lima* y la *Universidad* en la década de 1920, por ejemplo, representaban tanto para los jugadores como para el público, un conflicto clasista y racial. Conflictos que en otros medios, y en la ideología dominante, se escondían debajo de la superficie.[5]

Estas son algunas de las razones por las que hemos escogido al fútbol y no a otro elemento de la cultura popular o de la «superestructura» para ser analizado en este artículo. Insistimos de nuevo en que los niveles de lo económico-social e ideológico-político constituyen dos ámbitos de la realidad relacionados aunque diversos. Reconocemos que es la base económica la que permite la reproducción de la vida material y espiritual, y en este sentido, tiene una importancia primordial. Pero dentro de la ideología y cultura —producto y agente de la estructura económica— muchas veces existe espacio y mayor nitidez para la expresión de las contradicciones del sistema de producción. No hay fórmula universal que determine si la cultura o la ideología reproducen (por un lado) o intentan destrozar (por otro) el sistema de producción y las relaciones sociales de las que depende ese sistema. Hay que recorrer la historia específica de esos elementos de la «superestructura» para entender su posición —pasiva o desafiante— con relación a la base económica y a las relaciones de producción. Repitamos entonces la pregunta inicial, ¿era el fútbol una forma de control social o una expresión popular? Valdría hacer aquí unas precisiones más sobre lo que entendemos por control social y expresión popular.

El fútbol habría constituido un elemento de control social en la medida en que su práctica facilitara a las clases dominantes y al Estado canalizar la energía popular hacia actividades fútiles como el deporte, que no representaban ninguna amenaza para el sistema imperante y los intereses prevalecientes, de manera que esta energía no se orientase hacia preocupaciones políticas o el movimiento laboral y sindical.

[5] Una descripción de un encuentro de fútbol entre el *Alianza* y la *U* a mitad de camino entre la realidad y la ficción, aunque muy ilustrativo, puede verse en Thorndike (1978: 103-112).

Pero no solo en este sentido se expresa el control social. También el fútbol podría haber ayudado a crear divisiones entre las clases populares, generando rivalidades y enemistades, estimulando la beligerancia entre sus miembros o fomentando el espíritu de competencia, de forma tal que trasladando esa intención a la actividad laboral se traduzca en una elevación de la productividad.[6]

En cambio, el fútbol habría sido una expresión popular en la medida en que las clases populares lo realizaran espontáneamente, sirviéndoles como un medio de relacionarse entre sí sin intermediaciones. Si generase una emoción colectiva o grupal, el fútbol podría haberles servido como un instrumento de expresión de sus afinidades, de su solidaridad y, a su vez, de las rivalidades con los grupos dominantes. Sería, en este caso, un vehículo de encuentro, de reconocimiento mutuo, sobre todo mientras no estuviera institucionalizado, ni regimentado por mecanismos ajenos —y contrarios— a los que las clases populares utilizan como formas de organización y recreo. Pero siempre será necesario tomar en cuenta la pregunta de si puede existir la autonomía cultural y recreativa de las clases populares y sus formas de expresión independientemente de las propias de las clases dominantes o de la sociedad en general que las engloba. Una polémica similar se generó en torno a la existencia o no de una literatura proletaria dentro de la sociedad capitalista.[7]

Así pues, recapitulando, pensamos que las relaciones de trabajo sustentan la sociedad peruana de comienzos del presente siglo, pero reconocemos que lo ideológico-cultural no solo forma parte constitutiva del Perú de entonces sino que sus funciones son también sumamente importantes. Argumentamos, finalmente, que un análisis de una institución cultural o «superestructural», como el fútbol en este caso, puede iluminar aspectos sustanciales de las relaciones sociales de la sociedad peruana.

2. Entre el *offside* y el chimpún: los clubes, el fútbol y el *Alianza Lima*

Hacia 1900, las páginas deportivas de los diarios y revistas de Lima se encontraban repletas de noticias sobre espectáculos deportivos como el tiro al blanco, la corrida

---

[6] «En todos los sectores de la vida social y cultural se impone la competición entre los grupos y los individuos, con sus efectos inevitables: mito del éxito, agresividad y conflicto, egoísmo y narcisismo. La dominación estructural de la propiedad privada, fundamento de esta competición, reduce la actividad humana a no ser más que una búsqueda de la ganancia, una acumulación de ventajas y beneficios de todo tipo... Este es el fundamento general y el deporte no es más que la perversión sistemática del instinto agónico y lúdico a través de la competición» (Brohm s.d.: 20).

[7] Véase, por ejemplo, la encuesta realizada por *Monde,* la revista de Henri Barbusse, en 1928, reproducida en *Amauta* N° 18, Lima, octubre de 1928, pp. 1-8: «¿Existe una literatura proletaria?». Sobre el tema pueden verse también Marx y Engels (1971); o el trabajo algo weberiano de Lukács (1978). Pueden ser útiles también los escritos de Antonio Gramsci sobre la cultura popular y nacional de las clases subalternas.

de toros, el ciclismo, la carrera de caballos y las regatas.[8] Juegos recreativos acordes con el tipo de sociedad en que se sucedían. No lo decimos solamente porque espectáculos como la corrida de toros referían a la tradición hispánica del país, o el «turf» a ambientes aristocráticos emuladores del hipódromo de Ascot en Inglaterra; sino también porque para practicarse se demandaba una serie de elementos de los que ciertamente carecía la mayor parte del pueblo de Lima. Era poco probable que un residente del Rímac o de Barrios Altos poseyera un velocípedo, fuera socio del club Regatas de Chorrillos o dispusiera de un mauser.

Es ilustrativa, por ejemplo, la noticia que en enero de 1900 se daba sobre la creación de un nuevo recreo:

> Se ha formado en esta capital una sociedad para dedicarse a un *sport* nuevo entre nosotros, por iniciativa de los señores Egidio Sassone, Santiago Poppe y Manuel Llaguno. Se trata de la posesión de un vasto campo de cacería que comprende la laguna de Villa y charcos de Conchán, abrazando cerca de una legua cuadrada, que ha sido escriturada a esa sociedad para formar en él una "Reserva". Laudable es fomentar en la juventud distracciones de este género, que contribuyen a separarla de entretenimientos perniciosos para la salud y la moral. Comprendiéndolo así, el señor Francisco García Calderón ha cedido por escritura pública la exclusiva de las lagunas de Villa a la nueva sociedad de *sport*.[9]

Como se ve, se trataba de un verdadero coto privado de caza.

En consecuencia, tanto el tipo de deporte, como las instituciones en donde se practicaban, eran de élite, de la misma forma en que lo era la sociedad en su conjunto. Deportes de élites, clubes de élites, expresiones propias de la sociedad oligárquica limeña de entonces. Veamos, por ejemplo, quiénes conformaban la directiva del club Regatas de Chorrillos a comienzos de siglo:

Presidente:	J. V. Oyague y Soyer
Vice-presidente:	F. Pérez de Velasco
Secretario:	J. V. Oyague y Noel
Tesorero:	Carlos F. Basadre
Inspectores:	Francisco Tudela Varela
	Francisco Dammert
	Othon Gastañeta
Comisión Revisora de Cuentas:	Pedro Larrañaga
	Miguel Pardo[10]

[8] Pueden verse, por ejemplo, *El Comercio* de Lima de 1900 y la revista *Variedades* de 1911.

[9] *El Comercio* de Lima, jueves 25 de enero, 1900.

[10] *El Comercio* de Lima, lunes 15 de enero, 1900.

O la del club Lima de Tiro al Blanco:

Presidente:	Pedro de Osma
Vice-presidente:	Manuel Morales
Secretario:	Ernesto Araujo Álvarez
Tesorero:	Manuel Zevallos Velásquez
Vocales:	Coronel Arístides Mejía
	Coronel Joaquín Durand
	Max Lecaros
	Salvador Mariátegui
	Abraham Polo[11]

No solo se trataba de gente que disponía de mucho poder económico, propietarios de empresas, haciendas, minas o diarios, o con influencias sociales y políticas, sino que hasta los clubes asumían esas formas familiares, clánicas, que suponían el control familiar, cerrado, de la vida de esas instituciones. Ajenos y segregando a las masas populares, con quienes no debían, ni querían, mezclarse. De ahí esa característica típicamente oligárquica. Puede resultar ilustrativo de lo que venimos diciendo, la siguiente nota de invitación a una competencia deportiva:

> El Comité ha resuelto que la entrada para las regatas del domingo sea por invitaciones que se distribuirán por los socios del club. Los socios que deseen tarjetas de invitación para sus familiares podrán pedirlas en la Secretaría del club...[12]

No se permitía la libre asistencia popular a una competencia deportiva, ni siquiera se implementaba la «democracia del dinero» (la igualdad de la mercancía), es decir, cobrar por la asistencia al evento; sino que estamos frente a un espectáculo cuyo disfrute solo podía lograrse mediante invitación personal. El «summun» de este tipo de relaciones y de un club que ya trascendía lo deportivo, convirtiéndose en símbolo de este comportamiento oligárquico, fue el *Club Nacional*.[13]

Un periodista que comentó el suceso deportivo antes mencionado hizo la siguiente anotación sobre el público asistente: «Ante una concurrencia *escasa*, pero *selecta*, y con marcado entusiasmo efectuose ayer en la bahía de Chorrillos las regatas...»[14].

---

[11] *El Comercio* de Lima, martes 6 de febrero, 1900.

[12] *El Comercio* de Lima, jueves 8 de febrero, 1900.

[13] Sobre la oligarquía y el comportamiento oligárquico puede verse Borricaud y otros (1969), López (1978), Burga y Flores Galindo (1980: 95-103), Pease García (1977: 15-21 y 217-227), Gilbert (1982).

[14] *Lima ilustrado,* 9 de abril, 1900. El subrayado es nuestro.

Es cierto que otros entretenimientos deportivos tenían distinto cariz, como en la fiesta brava, donde asistía numeroso público, y se encontraba en él miembros de sectores populares. En este caso regía el criterio de la capacidad económica, lo que también daba lugar a la segregación y el elitismo; se concentraban los sectores oligárquicos en los palcos de sombra mientras que Sol era hasta cierto punto «reservado» para la gente del pueblo. Hemos encontrado una tarifa del valor de las entradas para la corrida de toros:

Tipo de asiento	Precio
Cuartos de sombra sin entrada	8 soles
Galería sin entrada	6 soles
Cuartos de sol sin entrada	4 soles
Arcos para vivanderas	2 soles
Ochavo de primera banca con entrada	1,50 soles
Ochavo de segunda a séptima banca con entrada	1 sol
Entrada a galería o cuarto	1 sol
Entrada al paraíso	50 centavos
Sillas de galería de sol	30 centavos
Media entrada	De 50 a 30 centavos[15]

El límite entre el sector popular y el privilegiado ciertamente lo marcaban los 2 soles que pagaban las vivanderas para poder ofertar sus productos en pleno espectáculo. Pero, en todo caso, este ejemplo nos refiere al consumo del evento, no a su producción donde las masas populares estaban definidamente marginadas de estos juegos oligárquicos.

De todas maneras, es interesante destacar que los toros, a diferencia de las regatas, por ejemplo, estaban organizados como un espectáculo comercial, un negocio. De ahí la importancia de cobrar la entrada. Mientras que las otras constituían reuniones sociales o familiares.[16]

Pero con el siglo se comenzaban a notar una serie de cambios sociales y económicos de notables repercusiones, producto del impulso capitalista que se venía dando en el país desde finales de la centuria pasada.[17] Para la Lima de 1900 era notorio el desarrollo industrial y mercantil que se venía generando, el surgimiento de fábricas y locales

[15] *El Comercio* de Lima, 23 de marzo, 1900. Un buen salario para la época era aproximadamente de 1 sol, véase, por ejemplo, Hunt (1980). Cabría agregar que la entrada al Jockey Club de Lima costaba 3 soles.

[16] Para la regata del primero de abril de 1900, por ejemplo, el Concejo Provincial de Lima donó la copa en disputa; se formó una Asamblea Patriótica para, con el espectáculo, «acrecentar los fondos del monumento a Bolognesi»; participó la Banda del Regimiento de Artillería y concursaron señoritos deportistas como Luis Miró Quesada, M. Ortiz de Zevallos, V. Oyague y J. Althaus. Cfr. *El Comercio* de Lima, jueves 5 de abril, sábado 7 de abril y lunes 9 de abril, 1900.

[17] Cfr. Thorp y Bertram (1978: 21-144), Bonilla (1980: 71-105), Burga y Flores Galindo (1980), Yepes (s.d.). Para el caso de Lima y las clases populares pueden verse Stein (1973), Sulmont (1975), Pareja (1978).

comerciales, edificios y céntricas avenidas, la urbanización que esto suponía. Y dentro de los sectores populares, pese a la sobrevivencia de viejos grupos artesanales, se notaba el surgimiento y crecimiento de un proletariado urbano-industrial, de nuevos sectores populares no obreros, de sectores medios —en especial empleados y estudiantes— y de nuevos lugares de asiento fabril y popular (Vitarte, La Victoria). Estas crecientes masas populares, que contribuían al grueso de la población limeña, no solo iban a buscar activamente su derecho a mejores condiciones de vida y trabajo, sino también buscaban participar en las actividades recreativas y los clubes.

La irrupción de las masas populares en la vida limeña se manifestó en la lucha social con los paros de 1913 y 1919, en la actividad política con el respaldo de la candidatura de Guillermo Billinghurst en 1912, y en el deporte y los juegos recreativos con la creciente importancia del fútbol, también desde la década de 1910. Tanto en el deporte como en la vida política y económica de la ciudad, la misma presencia de las masas populares dictaba su integración.

Pero antes de eso, en su primer momento, el fútbol asumió las formas de los otros juegos de élite. Todos los deportes que surgieron a fines del siglo XIX fueron el reflejo, hasta cierto punto una imitación consciente, de las modas europeas. Y eso no es extraño en una época en que el Perú, y particularmente Lima, se integraba más que nunca al mundo capitalista, tanto en lo cultural como en lo económico. Igual que muchas otras nuevas importaciones, el fútbol llegó al Perú en la década de 1880 a bordo de un barco inglés. La raíz inglesa aparecía inmediatamente cuando se escuchaba cualquier referencia al deporte. Por ejemplo, el primer partido que fue anunciado en los diarios se jugó en 1892 y llevó el nombre de *Football*: «El domingo 7 de agosto se verificará un desafío de *football* entre limeños y chalacos en Santa Sofía, Lima, organizado por los señores Larrañaga y Fonkes, principiando a las 3 de la tarde».[18] Y hasta la actualidad se habla de *off-side*, *corner*, *half*, *forward*, *wing*. Esos eran los frecuentes vocablos que utilizaron los deportistas de la época; representan una clara expresión de la dependencia cultural en el terreno deportivo.

Algunos años después de ese «primer partido» se formaron dos clubes selectos en donde se practicaba el fútbol: el *Lima Cricket and Folltball Club*, compuesto casi exclusivamente por extranjeros; y el *Unión Cricket*, donde se mezclaban foráneos con señoritos de la capital.[19] De ahí que ambos clubes combinaran el juego del fútbol con otro tipo de deportes como el cricket, el polo, las regatas o la esgrima, de caracteres también excluyentes. Fue el caso también del *Ciclista Lima* a comienzos de siglo, que combinaba la práctica del fútbol con el ciclismo. No es por esto extraña la idea de «un conocido sport-man» de crear una sociedad «sportiva» confederada «que tendrá por

[18] *El Callao,* Callao, 3 de agosto, 1892.

[19] Basadre (1969-1970. T. XVI, pp. 214-216) y Deustua (1981a).

su objeto reunir todos los practicados en esta capital: *foot-ball*, *lawn tennis*, *cricket*, esgrima, carrera de caballos, id. al tiro al blanco, bicicleta, etc. [...] de tal modo que los socios que pertenezcan a esta gran asociación podrán, mediante una cuota moderada, practicar todos estos ejercicios».[20]

En los últimos años del siglo XIX se comenzaron a jugar partidos entre grupos, no siempre tan institucionalizados como el *Lima Cricket* o *Unión Cricket*, provenientes de Lima, el Callao, Chorrillos y Barranco. Hubo un lento crecimiento en asistencia a los partidos jugados en campos abiertos, sin tribunas o asientos de ninguna clase. Comenzaron a salir equipos favoritos entre el público, todavía un público casi enteramente de origen oligárquico. En 1897 se cobró entrada por primera vez para un partido de fútbol y con el comienzo del nuevo siglo algunas personas empezaron ocasionalmente a «ir al fútbol», como también iban a las carreras de caballos o a los toros.

Era propio de esta euforia por los nuevos juegos que surgieran en Lima una serie de «sport-man», sobre todo dentro de la juventud de la nueva oligarquía. Fue el caso de las directivas del *Unión Cricket* que en 1897 se componía de personas tan «distinguidas» como Pedro de Osma, Carlos Gildemeister, J. Garland, Miguel Grau, Luis Alayza y Rafael Benavides. Fue el caso también de Telmo Carbajo en el Callao, del promotor de la *Sociedad Sportiva Confederada*, antes mencionada, y más tarde de Plácido Galindo en la Universidad, de Fernando Ortiz de Zevallos Vidaurre, de Alberto Benavides Canseco, de Luis Miró Quesada, todos ellos entre 20 y 25 años de edad.[21]

En otras palabras, el fútbol, cuando ingresaba en la sociedad peruana, repetía los mismos moldes oligárquicos de los otros juegos recreativos de entonces. Sin embargo, con los profundos cambios que comenzaban a ocurrir en el contexto social de Lima, otro iba a ser el papel que cumpliría. El carácter de juego colectivo, en equipo, en una sociedad que se colectiviza y se masifica, fruto del desarrollo capitalista, posibilitó que fueran otras personas las que empezaran a practicar el fútbol, personas que provenían de otros estratos sociales.

Al parecer los primeros equipos populares de fútbol surgieron en el puerto, en el Callao, justamente por donde espacialmente lo introdujeron los inmigrantes ingleses, ya que muchos marineros enseñaron a los porteños este alegre deporte. Un poco después se veía, de vez en cuando, un partido espontáneo jugado entre los aristocráticos jugadores del Lima Cricket y algunos trabajadores que habían estado observando con curiosidad los entrenamientos.

Rápidamente estos encuentros informales entre marinos ingleses, por un lado, y estibadores y pescadores, por otro, en el puerto o entre jugadores del Lima Cricket

[20] *El Comercio* de Lima, miércoles 9 de mayo, 1900.

[21] Un ejemplo muy hermoso, aunque extremo, de este tipo de personaje para la época, es Teddy Crownchield Soto Menor, el protagonista de la novela *Duque* de José Diez Canseco, escrita en 1928 y 1929. Hemos consultado la tercera edición (1973).

y obreros limeños en la capital, dieron el estímulo para una mayor participación popular en el fútbol. También los mismos clubes oligárquicos patrocinaban la formación de conjuntos de jugadores de los sectores populares para tener contra quien competir y demostrar su superioridad deportiva. Estos clubes animaban a los jugadores populares pagándoles pequeñas propinas por cada partido. Por lo demás, con mucha mayor frecuencia, los mismos participantes de las clases populares comenzaron a formar sus propios clubes.

Fue en febrero de 1901 que se formó el primero de ellos, el «*Club Sport Alianza*» que después sería el legendario *Alianza Lima*. Un año más tarde se fundó el más encarnizado rival del *Alianza* en las primeras décadas del fútbol peruano: el *Club Atlético Chalaco*. Ya por 1910 habían aparecido una serie de clubes de clara procedencia popular. Entre ellos estaban además del *Sport Alianza* y el *Atlético Chalaco*: *Unión Buenos Aires Callao*, *Sport José Gálvez*, *Sport Tarapacá*, *Miraflores Sporting Club*, *Club Atlético Grau*, *Sport Inca*, *Sport Jorge Chávez*, *Club Atlético de Lima*, *Sport Vitarte*, *Sport Progreso* y *Sport Tabaco* (luego *Sporting Cristal*).[22]

Estos clubes, que reunían a jugadores de los estratos más pobres de la sociedad, se formaron bajo diversas circunstancias. Algunos respondían a la dinámica de determinados barrios populares con los que se identificaban, como fue el caso del *Unión Buenos Aires Callao*, con el barrio popular de Buenos Aires en el Callao, o del *Sport Alianza* con La Victoria. Los clubes de barrio generalmente tuvieron una formación enteramente espontánea. El *Alianza*, por ejemplo, originalmente estaba compuesto por los trabajadores del *stud* de caballos de carrera «*Alianza*», perteneciente al futuro Presidente del Perú, Augusto B. Leguía. Estos solían jugar en la calle frente al *stud* después del trabajo. Según un cronista, un buen día alguien dio la idea de fundar un club de fútbol al igual que los «gringos» del *Lima Cricket* y los «blancos» del *Unión Cricket.*[23] Al principio, el club se reunía en plena calle, y terminó pronto en el cuarto interior de una callejón que era la casa de uno de sus fundadores.

Don Pedro Frías, un observador incisivo que vivía las primeras décadas del fútbol peruano, nos cuenta de la creciente importancia para las masas populares de los clubes de barrio:

> Cada barrio tenía su club, pero los clubes, pues, sin reglamento, y su interés de ellos era jugar. Ud. veía desde las 8 de la mañana hasta las 8 de la noche fútbol. Me salían más equipos. Toditos, distintas clases de equipos con sus uniformes. Muchachos que jugaban por deporte, ¿no? No había ningún interés de nada, jugaban por deporte. Cuando ganaba el *Alianza*, ganaba La Victoria.[24]

---

[22] *El Comercio*, en el año 1900; revista *Variedades* N° 174-192, julio-noviembre 1911; Basadre (1969-1970. T. XVI, pp. 216-221).

[23] Miró (1958: 22-23).

[24] Pedro Frías. Entrevista, 10 de noviembre, 1981.

Cuando se formaron estos primeros equipos de barrio, Lima era, más que una ciudad integrada, una serie de barrios algo autónomos. Uno era primero bajopontino o victoriano y después limeño. Y muchas veces los representantes más visibles del barrio. Como dijo un viejo hincha del *Alianza*: «La mayoría de La Victoria han sido aliancistas. La mayoría. Toditos han sido aliancistas. Raros son los que no han sido aliancistas».[25]

La victoria de un club en un partido llegó muy pronto a significar la victoria de todo un barrio sobre otro.

Pero desde los primeros años del siglo, hasta la época actual, las clases populares llegaron al fútbol en formas aún más espontáneas que a través de clubes formales. Saliendo del colegio, o simplemente paseando por el barrio, no faltaban partidos entre muchachos. La experiencia de la mayoría debe de haber sido parecida a la de Antonio Maquillón, el que llegaría a ser el primer capitán de una selección peruana en la Copa Mundial de Montevideo en 1930: «Comencé a jugar en el colegio. Hasta la *vaca* me hacía para jugar al fútbol. Jugábamos en los potreros donde había que recoger la piedra para hacer *cancha*».[26] Miguel «Quemado» Rostaing, el hombre orquesta del fútbol peruano entre 1918 y 1936, cuenta una historia parecida sobre su iniciación en el fútbol: «Jugábamos en el barrio, a veces cinco contra cinco. En una pampa que siempre hay en diferentes sitios. En ese tiempo Lima era casi toda chacras. Jugábamos grupos de muchachos».[27] Se jugaba por el puro goce recreativo y a veces, como cuenta Maquillón, «jugábamos once colas. Se llamaba cola o soda una botella que se hundía la bola y se tomaba. El que ganaba tomaba esas colas. El que no ganaba, veía pues».[28]

Para los jóvenes de los sectores más pobres, que carecían mayormente de instituciones que orientaran su vida social, el fútbol llegó a tomar una importancia en la vida cotidiana mucho más allá de lo deportivo. El pequeño equipo de fútbol se volvió en muchos casos en grupo de amigos íntimos que se veían tanto fuera como dentro de la cancha. Cuenta Maquillón que «los del equipo éramos muy unidos. Íbamos al cine. Hacíamos palomilladas. A jugar trompos, a jugar las bolas. Mis mejores amigos eran los que jugaban conmigo».[29] O en las palabras de Rostaing: «siempre parábamos juntos. Íbamos al cine, y como era muy oscura La Victoria (en 1912-1914), así que íbamos de cuatro, cinco, hasta el Omnia. Así que de La Victoria nos íbamos y penaban. ¿No ve que era muy oscuro? Sapos, culebras, de todo había. Hasta tales que a mi compadre Alberto Montellanos una noche lo persiguió la Viuda».[30]

---

[25] Pedro Méndez. Entrevista, 24 de mayo, 1982.

[26] Antonio Maquillón. Entrevista, 19 de junio, 1982.

[27] Miguel Rostaing. Entrevista, 15 de abril, 1982.

[28] Antonio Maquillón. Entrevista, 19 de junio, 1982.

[29] Antonio Maquillón. Entrevista, 19 de junio, 1982.

[30] Miguel Rostaing. Entrevista, 6 de mayo, 1982.

En esos años, el fútbol de barrio se jugaba con escasos elementos materiales. Las canchas eran de tierra con arcos formados con piedra. Se usaban las llamadas pelotas de trapo que eran confeccionadas de medias de mujer llenadas con trapo, lana y, a veces, una piedra para dar peso. Los que jugaban en equipos más establecidos usaban pelotas de jebe y comenzaban a ponerse uniformes, «un poco a la buena de Dios», según Pedro Frías.[31] Estos, que eran en la mayoría de los casos solamente camisetas de un mismo color y corte, fueron comprados con las cuotas mensuales de los mismos jugadores o, en algunos casos, con el donativo de algún vecino más acomodado a quien se nombraba presidente del equipo.[32]

Es importante notar que en estos años, aun en los equipos de mayor prestigio como el *Alianza Lima* o el Atlético Chalaco, se jugaba «por amor a la camiseta». Los jugadores no recibían sueldos, pero, además del placer que sentían jugando, sí lograban ciertos beneficios particulares. A algunos los atraía el entusiasmo y la veneración del público, sea grande o pequeño: «allí comenzaba una *zumbadita* —cuenta Miguel Rostaing—, jugando ya se burlaba del otro, *cabreándolo.* El público lo llamaba a uno».[33] Y, según otro jugador de la época, «cuando se hacía una buena jugada, lo aplaudían hombres, mujeres. Le hacían barra, pues. Uno que hacía una jugada buena y le hacían barra, uno se sentía Dios, pues. Uno se sentía, ya se sentía allí, que yo soy *capazote*».[34] Sobre todo para un trabajador que diariamente sufría derrotas en su vida, estas sensaciones cobraban una especial importancia.

Para muchos jugadores otra atracción importante del fútbol era, «la simpatía del barrio, del amigo y de la amiga. Entonces esa era la satisfacción que tenía el futbolista: atraer a amigos, a amigas, para bailar. Entonces venía la consideración, el respeto, la estimación del amigo».[35] Muchas veces esta estimación se traducía en invitaciones a tomar cervezas u otros tragos por los hinchas, y después de los partidos, en *jaranas*. Como dijo Israel Bravo Ríos, «no se terminaba un partido de fútbol si no había baile. Lo más importante para nosotros era que después del partido nos reuníamos en el local. Entonces venían chicas, se formaba la música, la jarana. Y uno era como un héroe, gozaba de gran simpatía con las chicas. Claro, no todo era por asuntos maliciosos, no todo era por pretensiones de saciarse pero, sin embargo, gozábamos de una gran

[31] Pedro Frías. Entrevista, 13 de noviembre, 1981.

[32] Miguel Rostaing (Entrevista, 6 de mayo, 1982) dice que cuando él jugaba en su primer equipo de «segunda», el *Huáscar*, entre 1914 y 1918, pagaba 50 centavos por mes de cuota, mientras Israel Bravo Ríos (Entrevista, 20 de junio, 1982), jugador de *Sporting Tabaco* a partir de 1930, dice que abonaba 20 centavos por semana en los años veinte cuando jugaba en las «divisiones de menores».

[33] Miguel Rostaing. Entrevista, 17 de junio, 1982.

[34] Francisco Real. Entrevista, 28 de abril, 1982.

[35] Israel Bravo Ríos. Entrevista, 3 de junio, 1982.

simpatía, más claro, reinaba el respeto, la estimación. Claro que había intenciones; eso lo lleva uno en la naturaleza».[36]

Además, con creciente frecuencia se recibían recompensas más tangibles. Se organizaban torneos en que se jugaba por diplomas o medallas, o a veces por copas. Los mismos jugadores junto con los socios o presidentes de clubes contribuían para la compra de estos premios. Para muchos futbolistas, ganar un diploma o una medalla de oro, aunque fuera en realidad hecha de cobre, fue un acontecimiento de importancia. Es remarcable la observación de un jugador de la trayectoria tan impresionante como la de Miguel Rostaing. Preguntado sobre lo más positivo de su carrera de futbolista, respondió: «para mí, las medallas de oro, los diplomas, esos son los recuerdos más gratos. Pero ahora cuesta muy caro ponerlos en un cuadro. Y esas medallas en tiempo malo se han tenido que empeñar».[37]

Este mundo futbolístico, creación de los mismos jugadores de las clases populares, fue para ellos un mundo *amateur*. Aunque no ingresó el fútbol peruano en el profesionalismo hasta mucho después de los años treinta, los comienzos de este fenómeno se pueden ver muy tempranamente en la evolución de este deporte por lo menos a nivel popular. Porque el origen de los clubes populares no tuvo siempre una iniciativa popular. En algunos casos fueron miembros de las clases dominantes los que contribuyeron a formarlos o apadrinaron su fundación. El ejemplo más claro de esto, y un primer paso hacia el profesionalismo, fue la creación de equipos de fútbol por las principales fábricas textiles de Lima y Vitarte. Parece que la idea surgió cuando lo gerentes veían que algunos de sus operarios jugaban al salir del trabajo en los descampados al lado de las fábricas. Primero se formaban equipos de las diferentes secciones de las fábricas y los gerentes regalaban un sol al ganador. Poco después nacieron los elencos que representaban a estas fábricas: *Sport Inca*, de la Inca Cotton Mill; *Sport Progreso*, de la Fábrica del Progreso; *Sport Vitarte*, de la Fábrica de Tejidos Vitarte; y *José Gálvez*, de la Fábrica de La Victoria. Pedro Frías cuenta de la fundación de este último equipo: «el *José Gálvez* se formó el 2 de mayo de 1907. Lo formaron por medio de los trabajadores de la Fábrica de Tejidos de La Victoria. El que presidía allí era el Sr. Ricardo Tizón y Bueno. La Fábrica donó uniformes, zapatos, donó todo. Les dio local gratis. No le cobraba alquiler. Y todo el que era jugador de ellos le daba trabajo en la Fábrica».[38]

Al reclutar a jugadores a través de la oferta de un trabajo relativamente privilegiado para las clases populares limeñas, las fábricas textiles dieron los primeros pasos hacia el eventual profesionalismo. El jugador se acercaba a la gerencia ya sea en forma directa o a través de un amigo de la fábrica. Según la descripción de un hombre que llegó así

[36] Ibídem.

[37] Miguel Rostaing. Entrevista, 13 de mayo, 1982.

[38] Pedro Frías Entrevista, 13 de noviembre, 1981.

a jugar por el *Sporting Tabaco*: «decía el gerente, "Vamos a darle una oportunidad para verlo jugar". Entonces lo veían jugar. Les gustaba, y entonces le daban trabajo, aunque sea recogiendo, barriendo. El caso es que usted trabajaba en la fábrica. Tenía un buen salario».[39] Y había algunos beneficios adicionales. Los jugadores salían temprano del trabajo para poder entrenar, sin perder el salario. A veces se les ayudaba con préstamos que no recibían los otros operarios.

Esta práctica se dio mayormente, pero no solamente, en las fábricas textiles. Además del equipo *Sporting Tabaco*, que fue creado por el Estanco de Tabaco, varias haciendas en los alrededores de Lima formaron sus propios elencos. Así lo relata un jugador de una hacienda:

> Cuando yo trabajaba en la hacienda, yo jugaba pelota también, entre la peonada de la hacienda. A don Enrique Pardo, el hijo del propietario, le hicimos presidente. Nos regaló una copa y nos daba de comer. Fuimos los días domingo a otras haciendas. Jugábamos por gusto. A los hacendados los hacíamos capitanes, no para que jugaran, sino para que nos regalaran, pues. Eran los dueños. Nos regalaban un juego de chompas, zapatos, pelotas. Nos aprovechábamos.[40]

Como observa perspicazmente este jugador, los peones no solo apoyaban estos intentos porque facilitaban su participación en una actividad que les gustaba, sino también se podía interpretar como una forma de «oposición» a las clases dominantes. Por su parte, estas patrocinaban sus equipos por motivos que no eran puramente deportivos. Más bien realizaban esta acción con fines propios. Las contiendas de fútbol entre estos equipos fabriles creaban otras preocupaciones y llevaban a divisiones entre los miembros de las clases populares. Según los sindicalistas de la época, estas iniciativas tuvieron un impacto considerable sobre sus intentos de forjar la solidaridad obrera:

> A la fábrica le convenía romper por medio del deporte al sindicalismo. Jalaban a la gente. Hacían campeonatos entre las fábricas y ya ese sindicalismo de lucha iba un poco muriendo. Porque el que menos, dentro de la fábrica, se dedicaba al deporte, a difundir deporte. Fue una táctica de los industriales para desunir a la organización. Allí comenzaron a venir las rivalidades y había *trompeaderas* entre los clubes. En Vitarte, cuando jugó Vitarte con La Victoria, hubo *trompeaderas*.[41]

Trabajadores que habían llegado a pelear entre sí en la cancha de fútbol encontraban que era difícil unirse más tarde para las reivindicaciones sociales.

El fútbol popular ocasionaba el mismo tipo de rivalidades en las contiendas entre los equipos de barrio. Independientemente de cualquier influencia patronal, con frecuencia estos partidos terminaban en batallas campales entre jugadores e hinchas

---

[39] Israel Bravo Ríos. Entrevista, 3 de junio, 1982.

[40] Pedro Méndez. Entrevista, 24 de mayo, 1982.

[41] Pedro Frías. Entrevista, 13 de noviembre, 1981.

que se identificaban con los diferentes barrios de la ciudad. Este elemento de conflicto dentro de las clases populares surgía tanto en el fútbol «espontáneo» como en el más «institucionalizado». En ambos casos dificultaba la emergencia de lazos de solidaridad, hasta cierto punto de una conciencia de clase, para las masas urbanas.

Volviendo al caso específico de los clubes de fábrica, el establecimiento de estos también respondía a una dinámica patronal que buscaba forjar lazos de lealtad entre los trabajadores —no solo entre los jugadores, sino entre todos los trabajadores— y la gerencia de la fábrica. Al apadrinar los equipos, comprar la indumentaria deportiva, proveerlos de locales y, a veces, costear las jaranas, los presidentes de los clubes, como Ricardo Tizón y Bueno, gerente de la Fábrica de La Victoria, o el famoso Mr. Smith, gerente de la Fábrica de Vitarte, creaban fuertes clientelas entre sus propios obreros. El relato de un jugador del *Sporting Tabaco* demuestra la fuerte infusión de paternalismo que encerraban estas iniciativas:

> Llegaba (a las jaranas después de los partidos) el presidente de la institución que era Don Juan Carbone, que era muy animoso. Partidos ganados o perdidos o de empate, siempre él llegaba y hacía un aporte para ver cómo nos comportábamos, si había rivalidades entre nosotros. Llegaba un rato, estaba allí, veía y agarraba su auto y decía: "Sigan divirtiéndose. Aquí tienen una donación para su cervecita. No se vayan a pasar mañana a las siete de la mañana a su trabajo». Esa era su palabra de él. Entonces nosotros, agradecidos, seguíamos. Y el estado físico en ese tiempo era tan poderoso que llegaban las seis de la mañana, nos amanecíamos, y a las siete estábamos en la fábrica. Él no participaba en la jarana. Él miraba a ver si no había enemistad, dificultades, problemas. Era como un padre. Efectivamente. Y todos cumplían, porque lo estimábamos tanto a él, como él a nosotros.[42]

Un jugador de otro club interpretaba esos gestos de su «patrón» de una manera distinta: «Es que esa gente es inteligente. Entonces uno lo cuida, pues, al señor. Si usted tiene personal, tiene que agradarlo. Entonces el personal lo cuida, no le roba».[43]

El advenimiento del fútbol popular fue, ciertamente, un fenómeno contradictorio (seamos presumidos dialécticos). El deporte pasaba a ser un espacio de las clases populares, pero era también, y a la vez, un instrumento de control, una forma de reproducir dentro de nuevas dimensiones relaciones de dominación, de clientelaje, de las que los futbolistas no solo no escapaban sino que querían también usufructuar. Así, por un lado se trataba de enfrentar al equipo de otro barrio o fábrica, y por otro se pedía al patrón las camisetas, el trofeo, el préstamo o los tragos después del partido.

Tenemos, pues, una iniciativa de las clases populares de hacer del fútbol su terreno, de ganar la arena de la sociedad pública; pero también otra, de las clases dominantes,

[42] Israel Bravo Ríos. Entrevista, 3 de junio, 1982.

[43] Pedro Méndez. Entrevista, 24 de mayo, 1982.

para transformarla en una nueva forma de dominación, de manera que persista el orden establecido. Pero no por esto —o cabría mejor decir, justamente por esto— no deja de ser una zona de conflicto. Como decíamos en las consideraciones preliminares, los conflictos sociales se encuentran también en el terreno del deporte, como *aussi* las permanencias, el orden, la estabilidad.

Cualquiera que fuera el caso a nivel de la recreación deportiva, la sociedad se ampliaba, abarcando ahora el grueso de la población limeña e incluyendo a los sectores populares, los que ya no podían continuar segregados. El fútbol constituyó, entonces, un verdadero barómetro de la sociedad limeña, que en todas sus facetas se encontraba en pleno proceso de masificación. A la vez, seguían existiendo por un tiempo clubes de élite conformados exclusivamente por gente rica, blanca, «decente», «de buena familia» (*Unión Cricket*, *Lima Cricket*); pero al mismo tiempo ocurría una inundación de nuevos clubes populares. Varios factores llevaron a la eventual desaparición de los clubes oligárquicos de la esfera pública. Por un lado, estos se veían derrotados en la cancha por los clubes populares que tenían mucho mayor radio de acción en el reclutamiento de sus jugadores. Estas derrotas deben de haber dolido bastante a los decanos del fútbol peruano. Además, para los socios exclusivos del *Lima Cricket*, no sería en absoluto aceptable jugar en el mismo equipo al lado de un negro o un cholo, lo que implicaba no solo el contacto cercano con ellos en los entrenamientos y en la cancha sino, lo que era peor, el contacto en los camarines. Todavía al comienzo de la década de 1920 el *Lima Cricket*, el último sobreviviente de los clubes oligárquicos, de vez en cuando realizaba competencias con el *Alianza Lima*, pero en esos mismos años dejó de hacerlo, convirtiéndose exclusivamente en un club privado. La esfera pública en general, y específicamente la deportiva, estaba siendo absorbida por los sectores populares. Esta invasión de lo popular haría crisis, a nivel político, en la década de 1930.[44]

Pero hay una razón más por la que los clubes populares de fútbol en la Lima de 1910 en adelante comenzaban a ganar espacio público, y es la de la existencia de los consumidores del espectáculo, el público espectador que asistía a los eventos deportivos. A diferencia de las reuniones sociales y familiares de los clubes elitistas de comienzos del siglo, el fútbol tenía una creciente asistencia de masas. Las multitudes que concurrían a los partidos de fútbol poseían, sobre todo, una composición popular. Las integraban esos obreros, obreras, empleados, trabajadores de servicios, albañiles, peones, que se reunían en sus escasos ratos libres —sobre todo los domingos y feriados— para observar ese juego mágico practicado por sus iguales, lo que les servía como entretenimiento y diversión, de manera que podían descargarse momentáneamente de sus angustias y preocupaciones económicas. Era un espectáculo y una diversión alegre, social, es decir, colectiva.

[44] Para el análisis de la irrupción de las masas populares en la crisis de 1930, véase Stein (1973).

Las primeras canchas carecían de paredes y de bancos. Eran aquellos descampados de tierra rodeados en un sábado o domingo por unas cien personas, al principio familiares y amigos de los jugadores. Por supuesto, no se cobraba entrada. Más adelante, en las décadas de 1910 y 1920, este cuadro daba paso a los primeros estadios, aunque fueran solo unos tabladillos, colocados alrededor de un campo. Estos primeros estadios fueron luego divididos entre la primera y la segunda, y se pagaba 50 centavos por entrar a la sección preferencial y 20 para popular en el año de 1914.[45]

Los partidos se volvieron verdaderas fiestas con la venta de chicharrones y cerveza. A un partido jugado en Lima en 1918 entre *Atlético Chalaco* y *José Gálvez*, se estimaba que asistieron unas siete mil personas, un *récord* para esa época.[46]

Ya en las postrimerías de los años veinte no solo se habían multiplicado los estadios en número y tamaño sino también el precio y la variedad de las entradas. Para un encuentro entre *Alianza Lima* y *Universitario de Deportes* ya en 1930, se publicaron los siguientes precios de las localidades:

Entrada a primera	S/. 1,50
Media entrada a primera	1,00
Preferencia sin entrada	1,50
Baranda sin entrada	2,00
Segunda	0,80 [47]

Aunque no se publicaban números exactos de las personas que asistían a estos partidos, el reportaje sobre aquel encuentro entre el *Alianza* y la *Universidad* nos puede dar alguna idea: «Días antes del señalado para la realización del *match*, la demanda de boletos fue verdaderamente extraordinaria, al punto que la afluencia de personas al Estadio nacional, hacía pensar que el *match* se realizaría dentro de breves momentos. La demanda de localidades superó en mucho la capacidad del Estadio para la normal ubicación de los espectadores. En consecuencia, se produjeron desórdenes, millares de personas no pudieron ingresar al Estadio, no obstante de exhibir en la mano sus respectivas localidades».[48]

En la segunda y tercera década de este siglo, el fútbol de Lima se había vuelto popular, tanto en la extracción de los clubes y jugadores como en su evolución de deporte espectáculo. Una faceta importante del creciente número de asistentes a los partidos

[45] Pedro Frías. Entrevista, 13 de noviembre, 1981. Compárese con los precios de las entradas a los toros: el fútbol era, obviamente, mucho más barato.

[46] Borodi (1982: 28).

[47] *El Sport,* Lima, abril 19, 1930, p. 5.

[48] Ibídem, abril 26, 1930, p. 4. Para información de los interesados, *Alianza* ganó 2-0.

fue la aparición de las *barras*, los grupos de espectadores que se juntaban para alentar a un equipo en particular. El cariño de la *barra*, o del integrante de la *barra*, el *hincha*, por el club o por el jugador de sus preferencias, tenía que ver con fenómenos sociales y también psicológicos. En el caso de la composición urbana de la Lima de entonces existía la ligazón intrínseca entre el club y el barrio, sobre la que ya nos hemos referido. Además, Lima entre 1910 y 1920 era más la conjunción de una serie de barrios con cierta autonomía e identidad, antes que una ciudad moderna. Existía una cultura de barrio, local, que justamente tenía sus máximas expresiones en los sectores populares que buscaban alguna identidad, ya sea en la música, la danza, la jarana, etcétera, fenómeno que no ocurría en los barrios de las clases altas que imitaban modelos y la cultura extranjera. De ahí que el valse criollo y la Guardia Vieja, surgidos justamente en estas épocas, hayan tenido origen en barrios como el Rímac o Barrios Altos.[49]

Estas barras comenzaron a surgir con fuerza en los años veinte, sobre todo alrededor de los primeros grandes clásicos del fútbol peruano entre *Alianza Lima* y *Atlético Chalaco*. Como el Callao no tenía todavía un estadio cerrado, estos partidos generalmente se realizaban en Lima. La barra chalaca, compuesta mayormente por pescadores y estibadores, era realmente temida tanto por los jugadores como por el público limeño. Llegaban en tren del Callao y, según el relato de Antonio Maquillón, «Se iban a pie al Estadio. Las barreadas que venían, y por todas las calles, el jirón de la Unión, todas, *¡chimpún, Callao, chimpún Callao!*».[50] El término *chimpún* proviene de los pequeños petardos de dinamita que llevaban los pescadores consigo. Pedro Frías, asistente inevitable a estos clásicos, cuenta del comportamiento de las barras en el Estadio:

> Se agarraban entre el público. Era cosa brava cuando jugaban los chalacos con los limeños. Era como un *boche*. Enemigos desde ese tiempo los chilenos con los peruanos: así era entre ellos. Mucho pasionismo había. Allí un equipo que perdía. Que le ganaba *Alianza*, ¡uf! Por eso los *referees* no querían un *match* que jugara Atlético Chalaco con *Alianza Lima*. Una vez tocaba a este Sarmiento ser *referee*, y él les dijo: No, aunque me paguen el doble.[51]

El entusiasmo de las barras afectaba no solo a los espectadores, sino también a los jugadores. Miguel Rostaing, que jugaba por *Alianza* en estos partidos, relata las experiencias con los hinchas enfervorecidos, desde la perspectiva de la cancha:

> Había que jugar, pues, con cuchillo en la mano para hincar a cualquiera de esta hinchada, para hacerle tener miedo. Eran bravos los chalacos. Mucha gente bandida. Los pescadores venían con dinamita. Tenían su dinamita preparada. Entonces la barra limeña no aguantaba. ¿Con qué se defendía? Tenían que salir corriendo. Esos pescadores casi vuelan a un

[49] Cfr. Stein (1982) y Llorens (1983).

[50] Antonio Maquillón. Entrevista, 19 de julio, 1982.

[51] Pedro Frías. Entrevista, 13 noviembre, 1981.

> *back* que teníamos nosotros, con dinamita al lado de donde iba a sacar la bola. Casi lo vuelan con pelota y todo. Y otra vez nos ganaron un partido cuando hinchas, que estaban detrás del arco, le cortaron el *potingo* a Segala (el arquero de *Alianza*). Segala volteó la cara y ya el gol estaba hecho. Y a Segala se lo llevaron y le cosieron con 5 puntos. Temible por su barra. ¡Uf! Había que salir con el pantalón en la mano corriendo.[52]

Entre otras cosas, estas escenas demuestran lo profundo que había entrado el fútbol en la conciencia popular limeña. Se creaban expresiones propias del lenguaje popular, como aquella del *chimpún* referida ahora al zapato deportivo. Se había hecho casi el único deporte de las masas urbanas y para muchos se convirtió en una preocupación central de la vida cotidiana. En las palabras de uno que sentía esa atracción:

> Cuando era joven, el fútbol era lo que más me gustaba. No había otro deporte más que el fútbol. Y después es la fiesta de 28 de julio, carnavales, casi nada, nada más. Pero el fútbol fue lo más emocionante, porque allí se juntaba, pues, todo. Todo era fútbol. De política, nada. El fútbol era más que nada, más que las chicas.[53]

Otro fenómeno que ocurría era el de la transferencia o el simbolismo. Transferencia no exclusivamente en el sentido psicoanalítico, sino sobre todo en el sentido social. El ídolo futbolístico a finales de la década de 1920, Alejandro «Manguera» Villanueva, por ejemplo, siendo un miembro de las clases populares (qué lejos estaban ya los «sport-man» de 1900), era considerado un personaje público, merecía la totalidad de las páginas deportivas y en las competiciones internacionales su nombre era voceado por los «señores de la sociedad». Era pues el sinónimo del triunfador, si bien nunca salió de su condición de marginado económica, social y racialmente. De este modo, los jóvenes de los barrios populares, también marginados, veían en aquel ídolo el modelo a imitar. Este fenómeno consciente e inconsciente, creaba fidelidad y admiración. Y además estimulaba el juego popular del fútbol espontáneamente a nivel local.

A este fenómeno va a contribuir sustancialmente la extensión paulatina del periodismo deportivo, principalmente en los años veinte. Esto se corrobora en el siguiente cuadro que muestra el aumento de las publicaciones deportivas entre 1918 y 1930:

Años	1918	1919	1920	1921	1922	1923	1924
N°	2	6	10	-	-	4	9
Años	1925	1926	1927	1928	1929		1930
N°	13	13	15	13	-		19

Fuente: Ministerio de Hacienda y Comercio. *Extracto Estadístico del Perú.* Dirección Nacional de Estadística. Lima. Años 1918-1930.

[52] Miguel Rostaing. Entrevista, 22 de abril, 1982.

[53] Francisco Real. Entrevista, 28 de abril, 1982.

Como se ve, las publicaciones deportivas casi no existentes en 1918 alcanzan el número de 19 en 1930, esto sin contar los diarios que también contenían páginas deportivas. El cuadro anterior muestra las revistas o publicaciones especializadas exclusivamente en el deporte. Todo eso no es ajeno a la dinámica internacional de auge deportivo antes referida. Europa, sobre todo, vivía el extraordinario despliegue que conllevaba la formación de las Asociaciones Deportivas Internacionales, la restauración de las Olimpiadas y el establecimiento de los campeonatos europeos, sudamericanos y mundiales de fútbol.

Tampoco debemos perder de vista que esta extensión y generalización del deporte a nivel de toda la sociedad entre 1900 y 1930 es solo parte del proceso de extensión y generalización de las relaciones capitalistas y del trabajo colectivo, fruto del desarrollo de las fábricas y de la producción y circulación de mercancías. Al igual que se extienden y generalizan la educación, la prensa, etcétera, lo mismo ocurrió con el deporte, los juegos colectivos y en equipo, en especial el fútbol.

El importante crecimiento en la popularidad del fútbol para jugadores y espectadores no escapaba a la atención de las clases dominantes. Fueron iniciados varios intentos de controlar este crecimiento a través de la creación de instituciones para regular el deporte. Las primeras señales de esto fueron los torneos organizados por las fábricas que tenían equipos donde se regalaban copas y banderines y que terminaban en bailes patrocinados por la empresa. En 1912 se tomó un paso decisivo al respecto; se fundó la Liga Peruana de Fútbol. La Liga, formada en primera y segunda división, hacía sus campeonatos en el campo deportivo de Santa Beatriz. Los dos dirigentes máximos de la institución eran Eduardo Fry, representante de la élite social limeña, y H. G. Redshaw, miembro prominente de la comunidad inglesa. El deportista inglés Sir Thomas Dewar, a través de la colonia inglesa, regaló un escudo de plata que serviría de premio para el equipo ganador de cada temporada. Es con la fundación de la Liga que se comenzó a cobrar las entradas a los partidos de fútbol. A pesar de realizar campeonatos todos los años entre 1912 y 1921, la Liga estuvo plagada de dificultades desde el comienzo. No tenía local y carecía de fondos suficientes. No lograba imponer su autoridad sobre los clubes, y en 1922 se produjo un cisma en su seno que llevaría a su desaparición. Un sector de la Liga terminó fundando la Federación Peruana de Fútbol el 23 de agosto de 1922, que en 1924 se afilia a la FIFA.[54]

La aparición de la Federación coincidió con la apertura del Estadio Nacional, regalo de la colonia inglesa con motivo de la celebración del centenario de la Independencia Nacional. Se había producido la institucionalización del fútbol y su reconocimiento como deporte oficial. «A Leguía le cupo convertir esa afición de masas en estructuras

[54] Para información sobre la formación de la Liga y la Federación, consúltese Borodi (1982: 24, 32-33), y *El íntimo*, Nº 1, vol. I, 1962, pp. 23-24.

institucionales de práctica del deporte. Es decir, el Estado, por primera vez en el país, se encargaba de la organización y difusión del deporte. Pero ya el fútbol estaba preñado de pueblo y de lo popular, solo que esta esencia ahora se distorsionaba por la mediación de un Estado de clase».[55]

Aunque el fútbol popular seguía manteniendo su *status amateur*, la espontaneidad popular de los primeros años, sobre todo en lo que respecta a la formación y funcionamiento de clubes, venía declinando velozmente.

Otro aspecto aún más importante de la desaparición del fútbol espontáneo fue el progresivo uso de las llamadas «propinas» para remunerar, aunque todavía informalmente, a los jugadores. Estas se hicieron posibles a partir de la cobranza de entradas para asistir a los partidos. Sin embargo, al comienzo, debido al escaso público y los precios baratos, lo que el club ganaba en una tarde no cubría ni el costo de la indumentaria deportiva. Por muchos años los mismos jugadores seguían abonando su cuota para mantener al club. Antonio Maquillón relata su experiencia en el Club Tarapacá al respecto:

> Nosotros en Tarapacá jugábamos amateurmente. Y no recibíamos nada. No había propina entonces. Lo único que compraban eran los uniformes y los zapatos. Eran pobres las entradas porque en el Estadio Nacional se cobraba un sol y dos soles. Y se repartían entre los cuadros, pero para que esos cuadros pudieran comprar sus uniformes. Nos daban dos, tres entradas para la familia. Y nos daban para el pasaje. Y si había, nos ayudaba (el presidente del club) con plata.[56]

En los años 20, sobre todo después de la aparición de la Federación, la propina llegó a ser la norma en todos los equipos grandes. Esa propina no era un sueldo fijo sino un porcentaje de las entradas. La Federación cobraba su proporción, el Club su 20% y el resto era repartido entre los jugadores por igual. Aunque a los ojos de la afición habían comenzado a destacar ciertas estrellas, eso todavía no se reflejaba en pagos preferenciales a los jugadores más hábiles. Por supuesto, no se ganaba igual en todos los partidos; los clásicos y los partidos internacionales arrojaban un mayor beneficio. También el jugador podía ganar más cuando reforzaba a otro equipo o cuando integraba un combinado local. Según los jugadores de la época las propinas eran también mayores cuando el equipo salía en giras a las provincias:

> Teníamos una propina, *sí*, cuando salíamos en gira, por ejemplo, a jugar a cualquier provincia, así sea la provincia más cercana, como decir Cañete, Chincha, Huacho. El público se volcaba a ver muy especialmente cuando iba *Sporting Tabaco* a una provincia, *Alianza*

[55] Deustua (1981a, 1982).

[56] Antonio Maquillón. Entrevista, 9 de junio, 1982.

Lima o *Universitario de Deportes*. El público se volcaba porque tenía, pues, la curiosidad de ver jugar al cuadro limeño.[57]

A pesar de la difusión de las propinas y del creciente público en los partidos, hasta los años treinta ningún futbolista vivía exclusivamente del deporte. Tal fue el caso del famoso puntero derecho del *Alianza Lima*, José María Lavalle, que era adobero de oficio. Lavalle se levantaba a las 4 o 5 de la mañana todos los días para preparar los adobes y después, según su compadre Miguel Rostaing, «trabajaba todo el día, y en las tardes se venía aquí a Santa Beatriz a entrenar. Ese era su entrenamiento, y cuando había tan barato las entradas, ¿cuánto le pagaban? Una miseria, no tenía».[58]

Esta tendencia hacia la integración o captación del fútbol popular por las clases dominantes, sea con la institucionalización o con la propina, no tuvo un mismo impacto sobre todos los clubes. Muchos equipos de fútbol no alcanzaron la escena pública pero germinaban en los barrios, a través del desarrollo de competencias locales. Ese fue el caso de elencos como el Club *Atlético Guillermo Gastañeta* (que llevaba el nombre de su presidente honorario, el Dr. Gastañeta) de los Barrios Altos, el *Centro Sportivo Capitán Ruiz* del Callao, el *Aliados Sporting Club* del Cercado, el *Club Juventud Sporting* de la Magdalena y el *Club Enrique Rup* de Manzanilla.

El mismo *Alianza*, fundado en 1901, no pretendía en sus orígenes nada más que cubrir el ámbito del barrio y de las competencias locales con otros barrios o equipos populares no oficiales. Su calidad, el tiempo y alguna gestión de dirigentes o padrinos de las clases dominantes fue lo que lo obligó a salir de ese nivel.

Pero con el *Alianza Lima* ocurría un fenómeno particular. No solo se trataba del club más popular y con más acogida en la Lima de 1920, por citar una fecha, sino, como ya hemos mencionado, era un club de composición y extracción popular, muy ligado a la vida local de un barrio limeño de la época, La Victoria.

La popularidad del *Alianza* se debió a varios factores. En parte fue el club *más popular* por sus orígenes independientes, o sea, nunca estuvo ligado a ninguna fábrica o empresa. Más bien, sus jugadores trabajaban en una variedad de oficios que incluía a choferes, albañiles, gráficos y obreros textiles. Pero por sobre todo esto tenía como característica peculiar su composición étnica, el *Alianza Lima* —tal vez como hasta cierto punto el barrio de La Victoria— era un club de morenos (¡qué lejanos se deberían ver ahora los clubes oligárquicos y elitistas de 1900!). Aquí se mezcla, por lo tanto, el factor social y económico, de dominación y pobres niveles de ingreso, con el factor étnico y cultural. Los negros en el Perú tenían una larga tradición de creación propia y aporte cultural para el país, que los identificaba y valoraba entre sí, pero que a la vez los desmerecía frente al resto de la sociedad y en especial frente a las clases dominantes,

[57] Israel Bravo Ríos. Entrevista, 3 de junio, 1982.

[58] Miguel Rostaing. Entrevista, 22 de abril, 1982.

étnicamente blancas y procedentes de otra tradición cultural, que los despreciaban sobre todo por su pasado esclavista y su condición, aún entonces vigente, de inferioridad económica y social.[59] De nuevo, insistimos, los fenómenos sociales y económicos que el *Alianza Lima* como club popular produjo, tenían también claramente una expresión étnica: el acceso de la tradición y población negra, con su sapiencia e ingenio, a la esfera pública.

Cuando el club *Alianza Lima*, en la década de 1920, con «Manguera» Villanueva, José María Lavalle, Alberto Montellanos y el «Quemado» Rostaing, se convirtió en el ídolo de la afición limeña y llenaba las páginas deportivas de diarios y revistas, ¿no estaba ocurriendo, en cierto modo, que lo negroide adquiría relevancia nacional? ¿No se convertía en un símbolo de la nacionalidad Alejandro Villanueva, el moreno centrodelantero peruano, que con su virtuoso juego destacaba en las confrontaciones internacionales? En 1929, un periodista reconocía que «se ha acentuado en el público aficionado la idea de que el *Alianza Lima* es el equipo que está más capacitado para defender nuestro prestigio deportivo en la actual temporada, no se puede negar que el club *Alianza Lima* constituye el más poderoso conjunto de jugadores nacionales».[60]

Esta revaloración de lo negroide, o si se quiere, esta asimilación de lo negroide como parte integrante de la sociedad nacional, no solo se manifiesta con el ejemplo del fútbol y el *Alianza Lima*, también se muestra en la aceptación de la marinera como baile nacional, la instauración de la procesión del Señor de los Milagros como culto oficial y el apogeo estertóreo de la décima. Sucesos todos que ocurrieron en la década de 1920.[61] Sin embargo, hay que tomar en cuenta la posibilidad —una posibilidad que se realizó, por ejemplo, en el caso de *Alianza Lima* y el fútbol peruano— que esta misma asimilación o inserción de lo étnico o lo popular en la vida nacional conllevara, desde la perspectiva de los oprimidos, cierta apropiación cultural.

Tampoco hay que perder de vista el carácter de la «superestructura» —en este caso del fútbol— que no solo es el mero reflejo de las contradicciones y evolución económico-social, sino que es también agente, es decir, invierte la relación entre los componentes básicos de la sociedad. Con esto queremos decir que el apogeo del *Alianza Lima*, como club popular negroide dentro de los deportes nacionales, alcanzando la escena pública oficial, no supuso tan solo el impacto de la cultura popular en la sociedad nacional. También pudo ser el resultado de un nuevo mecanismo de control y sometimiento social, que además adquiría características étnicas.

---

[59] Cfr. Cuche (1973), Romero (1980) y especialmente Stokes (1987).

[60] «El público reclama al *Alianza Lima*». *Toros y deportes*. Lima, 28 de diciembre, 1929.

[61] Para la marinera véanse los trabajos de Rosa Mercedes Ayarza y la referencia de Jorge Basadre en *La vida y la historia*. Para la procesión del Señor de los Milagros, confróntese el trabajo ya citado de Stokes, y para la décima, el libro de Nicomedes Santa Cruz. *La décima en el Perú*.

«El fútbol es un deporte de negros» era la expresión consensual que explicaba, por un lado, la especialización de este grupo étnico en esta peculiar actividad (de ahí su virtuosismo) y, por otro lado, la misma incapacidad de este grupo étnico para desarrollar otras actividades (científicas, intelectuales, empresariales). Los soportes racistas de la sociedad limeña de comienzos de siglo, así como la organización de explotación económica, encontraban otra razón de ser en el fútbol. Dejad que los negros sean los ases del fútbol, para los otros grupos étnicos (en especial los blancos), y para las otras clases sociales estaban destinadas las funciones realmente importantes, y dirigentes, de la sociedad.

No es ajeno, sin embargo, a este proceso social —de nuevo, contradictorio y dialéctico— el conflicto social. El apogeo, gloria y popularidad de los jugadores del *Alianza Lima* en la década de 1920, mal que bien representaba que las clases populares ganasen la hegemonía, si no total, por lo menos abrumadora en un espacio importante de la sociedad (el recreativo), y en una dimensión de la escena pública. Fue esta ascendencia, un motivo importante para la creación en 1927 del *Universitario de Deportes*, el club de los estudiantes de la Universidad, compuesto básicamente por sectores medios y altos, el que comenzó a rivalizar con el *Alianza* a fin de captar las simpatías del público aficionado. Los duelos futbolísticos entre el *Alianza* y la *U* se transformaron muchas veces en verdaderas batallas campales, como lo ha reseñado literariamente Guillermo Thorndike, las que mostraban una oposición (conflicto) social, económico y étnico, expresión de la lucha de clases en la Lima de entonces. Los contemporáneos eran conscientes de este fenómeno, así la revista *Sport* evaluaba el clásico que la *U* y el *Alianza* disputarían el 20 de abril de 1930 de la siguiente manera:

> El team universitario, formado en su mayoría por jóvenes que han aspirado siempre a la conquista del primer sitial en el fútbol peruano, encarna, por decirlo así, el ideal de *renovación* de nuestros valores en este deporte. Tras de ellos está una juventud animosa y entusiasta que los estimula con su aliento y su aplauso. […] El *Alianza Lima*, club popular que se ha granjeado la simpatía y admiración de todos los buenos aficionados, representa el valimento deportivo de la clase más modesta: el pueblo. […] De un lado está la juventud estudiosa y del otro de los obreros.[62]

En forma análoga a como en 1915 José de la Riva Agüero y la juventud civilista y demócrata pretendieron renovar la historia política peruana con el fin de continuar hegemonizando el cambiante orden social, en la década de 1920 Plácido Galindo, un heredero de esos «sportman» de 1900, y algunos estudiantes universitarios, pretendían renovar el fútbol limeño con el fin de ganarle la hegemonía a «el pueblo», «los obreros», es decir, a los morenos del *Alianza Lima*.

[62] *El Sport*. Lima, 19 de abril, 1930, p. 5.

La revista *Toros y deportes* en las mismas fechas reconocía que la rivalidad entre la *U* y el *Alianza* era también étnica y por eso, con cierta sorna, comentaba:

> Un café con leche.
> Con leche de calidad
> (léase *Universidad*)
> y un café de gran estima
> como es el «*Alianza Lima*»
> la Señora Federación
> ofrece «algo» de sensación.
> Habrá que tener cuidado
> no salga el café quemado
> o por alguna trastada
> la leche resulta aguada.
>
> ... el match de los negritos con los doctores será una competencia entre la leche y el café, en el que se impondrá la mejor calidad de estos productos.[63]

A la semana siguiente, y luego del triunfo del *Alianza Lima*, el mismo órgano periodístico tuvo que reconocer, insistiendo en la analogía, que «con el triunfo del *Alianza Lima* sobre la *Universidad* se ha impuesto el café sobre la leche».[64]

Los jugadores también reconocían este antagonismo racial en los partidos *U-Alianza*, y parece que eso influyó en su nivel de juego. Según Miguel Rostaing, «estos choques se convertían en luchas entre negros y blancos. Eso ponían ellos (los periódicos) como *réclame*, para atraer... Más claro, se jugaba con más ahínco contra la *U*, porque había esa rivalidad: *Alianza* negros y *U* blancos».[65]

Pero esta oposición y conflicto no solo se mostraba en el contraste de los jugadores y equipos, sino que también se manifestaba en el diferente público, ya sean *barristas* o simples espectadores, que concurría a alentar a ambos cuadros; y en general, en el aficionado común que abrigaba simpatías por cualquiera de los dos clubes. El club de la *Universidad* se veía respaldado sobre todo por miembros de las clases altas y medias de la Lima de entonces, sectores étnicamente blancos y socialmente privilegiados, «los universitarios tendrán de su parte (también) el aplauso femenino».[66] Los del *Alianza*, por el contrario, encontraron una gran receptividad entre las clases populares limeñas, lo que les dio justamente su gran arraigo. Miguel Rostaing describe a la hinchada del *Alianza* en los siguientes términos:

---

[63] «Un café con leche». *Toros y deportes*. Lima, 19 de abril, 1930.

[64] Ibid. 26 de abril, 1930, p. 15.

[65] Miguel Rostaing. Entrevistas, 15 y 22 de abril, 1982.

[66] *El Sport*, Lima, 19 de abril, 1930, p.13.

> Los hinchas eran de diferentes barrios, claro mayor cantidad de La Victoria, y después de Abajo el Puente, de Malambo. Era popular *Alianza*, de obreros. Los de la U eran universitarios. *Alianza* representaba a la gente pobre y la U a la gente rica. Por eso los llamaron blanco y negro.[67]

En estos años, en un contexto de creciente institucionalización, accedemos a un nuevo nivel de lo contradictorio, de lo conflictivo. Por definición, en estas nuevas condiciones, el Estado, representante de las clases dominantes antiguas y modernas, debía por ejemplo, apoyar al *Alianza Lima*, el club popular de los morenos del barrio de La Victoria. Lo que significaba, ciertamente, socavar su propio poder, porque ampliaba la hegemonía de las clases populares. Pero, por otro lado, también significaba que el Estado se legitimaba frente a estas mismas clases populares como un Estado o gobierno populista, que de paso, admitía cierta democracia étnica. Generándose, de esta manera, un proceso similar al que vivió la procesión del Señor de los Milagros en esos mismos años o la música indígena con la celebración oficial del Día del Indio.[68] Al respecto, un comentarista de fútbol decía que, «en el campo de la democracia que es hoy día el deporte, no tiene cabida ninguna distinción de clase, de raza, ni tampoco intelectual»,[69] lo que no es sino una justificación de las desigualdades que realmente existían. Esta institucionalización del fútbol popular y del *Alianza Lima*, por añadidura, contribuía a mistificar la realidad, aunque, nos parece, no anulaba la existencia del conflicto social y, sobre todo, de la posibilidad de un proyecto de actividad recreativa y sociedad diferentes. Veamos estos fenómenos en el caso concreto de los sucesos del año 1929.

3. La dialéctica del conflicto: confraternidad popular o selección oficial

En 1929 se iba a realizar una edición más de los campeonatos sudamericanos de fútbol, esta vez en Argentina. La Federación Peruana de Fútbol convocó entonces a los principales clubes y jugadores de Lima con el fin de formar la selección nacional. Para ello, además, dictó disposiciones a fin de que no se realizase en ese año el Campeonato Nacional, para no distraer la atención de la selección (lo cual reflejaba, a propósito, la afinidad de los miembros de la Federación con la cultura internacional, y su desprecio por lo nacional). No se contrató, sin embargo, un entrenador para preparar debidamente al equipo. Los jugadores del *Alianza*, club de características cooperativas, se negaron a integrar la selección «alegando que no querían que recayera a ellos la responsabilidad de un fracaso que más tarde la afición haría efectivo, prefiriendo continuar participando en el campeonato de competencia».[70] También había surgido la posibilidad de una gira

---

[67] Miguel Rostaing. Entrevista, 24 de abril, 1982.

[68] Stokes (1987) y Núñez y Llorens (1981).

[69] *Toros y deportes.* Lima, 19 de abril, 1930.

[70] «La falta de orientaciones técnicas». *Toros y deportes,* Lima, 21 de diciembre, 1929.

a los Estados Unidos para *Alianza*, y no iban a dejarla pasar por seguir con la incierta empresa de la selección. Y, sobre todo, existía en el *Alianza* el interés por mantener el contacto con su popular hinchada y con otros equipos locales que pedían competir con ellos, lo que además era su forma de subsistir. Pasar un año entero abocado exclusivamente a las actividades del seleccionado, sin entrenar y sin poder seguir ejerciendo sus funciones de club popular en el campeonato nacional o en las competiciones locales, era algo que iba en contra de los intereses de los miembros del *Alianza Lima*. Por ello decidieron no participar.

Además, habría que agregar que desde que se convocó a la selección nacional, los jugadores del *Alianza* sufrieron cierta discriminación y racismo. Para conformar el equipo se prefirió a los jugadores «distinguidos», para que en el exterior no pensasen que el Perú era un país de bárbaros. Los jugadores del *Alianza Lima* fueron segregados y marginados por su condición social y étnica, colocándoseles simplemente como suplentes. Una nota periodística de la época refiriéndose a este asunto mencionaba:

> El último reducto en que se baten los que solo reconocen el mérito técnico del *Alianza Lima*, es el relativo al prejuicio de raza. ¡Cómo vamos a mandar un equipo de negros a un campeonato —exclaman—. Dirán que somos un país de esa raza![71]

En última instancia, se impuso el criterio racista sobre el deportivo y, aun, el nacional.

La renuncia de los miembros del *Alianza Lima* motivó una amarga respuesta de la Federación de Fútbol, que expulsó al club de su seno, incapacitándolo, por lo tanto, para jugar cualquier torneo o partido oficial. Para los dirigentes de la Federación resultaba realmente insolente que los morenos futbolistas se negarán a integrar la selección nacional. Se les acusó de antipatriotas y disolventes. La sanción impuesta por la Federación implicaba, además, que los estadios oficiales o cualquier evento que contase con el reconocimiento o auspicio oficial le estaban negados al *Alianza Lima*. En otras palabras, no podían participar en ningún partido donde se vendiesen entradas, por lo que el *Alianza* no tendría ingresos monetarios por partido jugado. La negativa a participar en la selección significaba para el *Alianza*, en otras palabras, no poder seguir siendo un club oficial de fútbol.

Ante la aplicación de la sanción, los jugadores del *Alianza Lima* decidieron, entonces, retomar los lineamientos del fútbol como confraternidad popular, lo que no deja de suponer, obviamente, ciertos beneficios o recompensas materiales, producto de las competiciones que realizaban contra los equipos y clubes locales de los barrios de Lima y en provincias.

---

[71] «El prejuicio de la raza». *Toros y deportes,* Lima, 22 de febrero, 1930, p. 2.

> Se han popularizado más, si cabe, los jugadores del *Alianza Lima*, quienes se vienen *pachamanqueando* en los alrededores de Lima por dentro y por fuera, lo que nos hace recordar la frase muy criolla y algo antigua que dice: "Hay que jugar carnavales por dentro y por fuera". Por dentro era el "come" y por fuera los baldazos de agua que le echaban al más pintado y más guapo. […] Por eso decimos que los jugadores del *Alianza* se *pachamanqueaban*, o lo que es lo mismo, se divierten por dentro y por fuera. […] Por fuera meten goles como cancha a sus contrincantes, y por dentro se banquetean de lo lindo con sendas anticuchadas, que asientan con chicha de jora o con el rico licor peruano de caña con azúcar o de pura uva de Ica, según como venga. […] En Vitarte no fue tan mansa la cosa, porque se vieron con los zapatos ajustados, pero los "negritos" saben componérselas para siempre ser los que ganan de todas mangas, porque si les falta manguera acuden a Villanueva que tiene hasta para vender. […] En Pachacamac la cosa fue a pedir de boca. Banda de músicos, muchas palmas y un almuerzo criollo que a una legua de distancia hacía abrir el apetito de los vecinos. […] En Lurín fueron recibidos en el local del Concejo y declarados huéspedes de honor como los grandes héroes. Se repitió el plato de los goals, almuerzo, música, baile criollo, distinguiéndose don Kochoy y Lavalle. […] Después de todo, y como bien se ha dicho, el *Alianza* está haciendo una efectiva campaña en beneficio del fútbol en los alrededores de Lima, porque van dejando sus enseñanzas.[72]

Las relaciones entre la Federación y el *Alianza Lima* se rompieron definitiva y totalmente. Algunos testimonios mencionan que los dirigentes de la Federación eran «presidentes de los clubes privilegiados», miembros de las clases dominantes y beneficiarios de los productos que resultaban de los partidos de fútbol, los que de ningún modo iban a admitir esta rebeldía de «los morenos de La Victoria».[73] Por ello, luego de sancionar tan drásticamente al *Alianza*, pasaron a conformar la selección prescindiendo de los rebeldes. Es más, declararon en *El Comercio* de Lima que «sin los del *Alianza* el equipo había ganado en eficiencia y que debía irse al campeonato para cumplir la palabra empeñada».[74]

Mientras tanto el *Alianza Lima* jugaba en Chilca donde ganó por 10 goles a cero:

> Previamente a la realización del encuentro, los jugadores del *Alianza Lima* fueron recepcionados espléndidamente por los clubes *Progreso* y *Alianza Bolognesi* de Chilca, en cuyos locales se realizaron sesiones conmemorativas de la visita […]. Los dirigentes de ambas instituciones se esmeraron por atender en la mejor forma a los visitantes a quienes recibieron con una banda de músicos que precedió la gran manifestación que le tributó el pueblo. [...] Es digna de aplauso la labor de difusión de la técnica futbolística que viene haciendo el *Alianza Lima* en los pueblos vecinos a Lima, donde dejan enseñanzas que serán bien aprovechadas. Y tan lo estiman así los dirigentes de clubes que no omiten

[72] *Toros y deportes.* Lima, 7 de diciembre, 1929, p.13.

[73] Ibídem, p. 6.

[74] Citado en «El sabio mascapucho y sus fracasos». *Toros y deportes,* Lima, 7 de diciembre, 1929, p. 15.

> esfuerzos ni sacrificios para conseguir que el referido club limeño los visite, prodigándoles atenciones en forma que no tiene precedentes.[75]

El capitán del equipo, Jorge Kochoy Sarmiento, «eximio guitarrista, cantor y bailarín», de rasgos y ascendencia chinos —otro de los grupos étnicos segregados en la sociedad limeña y peruana de entonces—, comentó de la siguiente manera la acogida que le brindaron, según el relato del comentarista deportivo:

> Me llamó la atención ver tanta gente de Lima que había llegado en autos de plaza y en particulares, no faltando algunas admiradoras […]. Me olvidaba decir que el vinito que pusieron los entusiastas dirigentes de los clubes de Chilca era como se pide. Nunca lo había tomado en mi vida, los jugadores del *Alianza* salieron medios zarazones a la cancha, viendo que estaba medio alarmado Rivero, el otrora terrible delantero centro del *Alianza* y hoy convertido en el entrenador del cuadro. "Muchachos —les decía— cuidado con ese vino que pueden perder", y alejó a Filomeno [García] que se había adherido a una garrafa.[76]

También jugaron en Manzanilla y en la hacienda Infantas, donde excesos de entusiasmo derivaron en otros menesteres:

El *Alianza* iba ganando el match con un goal que colocó Kochoy, cuando Villanueva, sin saber las costumbres del lugar, se le ocurre pechar al arquero. Apareció en el espacio un ladrillo que fue a posarse con el cuerpo de Villanueva y este, sin esperar el segundo, se lanzó contra el agresor y le dio su merecido. Se armó el gran lío. Se movilizó en un instante las aguerridas huestes de la localidad contra los jugadores del *Alianza*, siendo el objetivo Villanueva […]. Se formaron dos bandos, uno defendía al *Alianza* y otro la combatía a puño limpio. Los que fueron de Lima se solidarizaron con el *Alianza* junto con otros del lugar, de aquellos fanáticos del club limeño.[77]

En todo este tiempo, mientras se realizaban estas contiendas en provincias, el *Alianza* seguía castigado por la Federación. En un —pensamos— supuesto diálogo entre el comentarista deportivo de la revista *Toros y deportes* y Jorge Kochoy Sarmiento, se discutió la sanción. El diálogo resulta interesante porque muestra cómo los jugadores del *Alianza* percibían un camino distinto para el fútbol peruano al que se estaba trazando con la institucionalización del deporte, la formación de la Federación y la regimentación por el Estado —ciertamente instrumento de las clases dominantes— de esta actividad recreativa popular, que había generado niveles de confraternidad y comunicación entre los diversos segmentos de las clases populares limeñas. Un camino distinto no muy claro, pero sí propio y popular. Dice Kochoy en terminología que le adultera el periodista deportivo:

---

[75] «*Alianza Lima* jugó en Chilca». *Toros y deportes,* Lima, 14 de diciembre, 1929, p. 4.

[76] «Nuevas declaraciones del capitán del *Alianza Lima*, don Jorge Kochoy Sarmiento». Ibid, p. 15.

[77] «El club *Alianza Lima* jugó el domingo en la Hacienda Infantas». *Toros y deportes,* Lima, 28 de diciembre, 1929, p. 3.

Periodista: Dicen, señor Kochoy, que le levantarán el castigo al *Alianza* para que juegue con el Tucumán.

Kochoy: *Alianza* no necesita levantar el castigo. Sus jugadores están contentos con la atención que le hacen todita la gente cuando jugamos en el pueblo. Buena comida, buen vino y jugamos siempre pelota.

Periodista: Sí pero no ganan ni siquiera para comprarse un par de zapatos o una camiseta.

Kochoy: Con Federación la misma cosa. Tampoco ganamos nada y friegan.

Periodista: ¿De modo que el *Alianza* está conforme con su situación?

Kochoy: Tú puedes decir en el gráfico que *Alianza* está contenta.[78]

La crisis terminó cuando la selección nacional fracasó estrepitosamente en el campeonato sudamericano y la crítica deportiva la emprendió contra los dirigentes de la Federación, reconociendo que los miembros del *Alianza Lima* tenían razón. Hay acusaciones y culpabilidades aceptadas por la Federación de Fútbol, mientras los del *Alianza* eran conocidos como «los ídolos del día».[79] Se pensaba que la labor del *Alianza* en ese año había sido más productiva que la de la Federación, pues mientras esta pecaba de centralismo y oficialismo, de abandono del deporte en provincias y del fútbol *amateur* por la dedicación exclusiva a la selección nacional, de improvisación y arbitrariedad, las confrontaciones del *Alianza* habían «constituido valiosas enseñanzas».[80] La prensa pasó así de censurar al *Alianza* por su alejamiento de la selección a elogiarlo en su campaña por difundir el deporte, del mismo modo que criticó a *El Comercio* por «servir los intereses» de la Federación contra la opinión pública.

Finalmente el castigo al *Alianza* le fue levantado, luego de que firmaran una carta de arrepentimiento. Los voceros de la Federación comprendieron «porque al fin y al cabo esa gente por su falta de cultura no tiene tanta conciencia de lo que hacen».[81] Y así el *Alianza* volvió a formar parte del sistema oficial jugando su primer partido contra el Tucumán, que había derrotado estrepitosamente a los otros equipos capitalinos. Los morenos de La Victoria le ganaron por 3 goles a cero volviendo a manifestarse la solidaridad del público espectador: «No tiene precedentes la forma como el público recepcionó al *Alianza Lima* al ingresar a la cancha. La *Ovación* que le tributó fue estruendosa y que hay que interpretarla, por lo menos, como un reconocimiento de su tan discutida valía».[82]

---

[78] «Nuevas declaraciones del capitán del *Alianza Lima*, don Jorge Kochoy Sarmiento». *Toros y deportes,* Lima, 14 de diciembre, 1929, p. 15. Hemos corregido el texto, intencionalmente distorsionado para acentuar sus rasgos chinos, con el fin de hacerlo más legible.

[79] «Los ídolos del día». *Toros y deportes,* Lima, 7 de diciembre, 1929, p. 13.

[80] «El público reclama al *Alianza Lima*». *Toros y deportes,* Lima, 28 de diciembre, 1929, p. 5.

[81] *Toros y deportes.* Lima, 8 de febrero, 1930, p. 2.

[82] *Toros y deportes.* Lima, 15 de febrero, 1930, p. 4.

Al mismo tiempo que el *Alianza* volvía «a la legitimidad», lo tomaba a su cargo un nuevo presidente, Juan Bromley, un alto empleado de la Municipalidad de Lima. No sabemos hasta qué punto la dirección de Bromley fue una condición previa para levantar el castigo, pero lo que sí es cierto es que él «estableció el orden» entre los «indisciplinados» aliancistas. Una revista de la época al principio cuestionaba su habilidad para lograr esto:

> Hay quienes dudan de la capacidad de don Juan Bromley para dirigir con éxito al *Alianza*. Su decencia personal, su hombría de bien, unidos a su desconocimiento del medio en que se desenvuelve el fútbol, se consideran como inconvenientes para una labor, en la que se necesita más que capacidad en el deporte, poseer "viveza criolla"; dedicar su tiempo a quemar incienso a determinados personajes y estar al corriente de las mil intrigas que se suscitan diariamente.[83]

No hay evidencia de que el Sr. Bromley llegara a quemar incienso, pero tenía, quizás, un arma más potente para lograr la «pacificación» de sus jugadores: el dinero y la oferta de trabajo relativamente bien remunerado. Actuando de acuerdo con el modelo paternalista que había sido introducido años atrás por los clubes de fábrica, Bromley consiguió empleos en la Municipalidad para todos los jugadores que los quisieran, y hacía los acostumbrados préstamos a los jugadores que los pidieran.[84]

El *Alianza*, que nunca había tenido un presidente con los recursos suficientes para realizar estos actos, y presionado por el fútbol institucionalizado, se vio forzado a abandonar *su* fútbol, que representaba, en cierto modo, la cultura popular autónoma —la única forma de la cultura popular, pensamos, que hubiera dejado espacio a que surgiera a través del deporte la solidaridad y conciencia colectiva de los sectores populares—. En cambio, el fútbol que practicaba *Alianza*, como el de otros equipos, se volvió a encuadrar más o menos bien dentro de una serie de relaciones sociales que predominaban en todos los niveles —materiales, sociales, políticos— de la sociedad. De esta manera, se podría afirmar que este elemento de la cultura terminó siendo otra forma de socialización, que justificaba y legitimaba la subordinación de los sectores populares en todas las esferas de la sociedad. O, por lo menos, es obvio que en casos como el aquí explicado, los eventos ciertamente no ofrecieron finalmente una lección del poder autónomo de los sectores dominados (en este caso tanto étnica como económicamente) frente a sus opresores.

El fútbol durante el período aquí tratado y después siguió englobando, a un nivel menos formal y menos asimilado, el régimen impuesto por los dueños de los equipos, las fábricas, clubes profesionales, patrones, la Federación y el Estado. Pudo quizás haber mantenido otra función, la de solidaridad popular y fuerza colectiva, sobre todo

[83] «Villanueva literato». *El Sport,* Lima, 5 de abril, 1930, p. 15.

[84] Miguel Rostaing. Entrevista, 22 de abril, 1982.

con la rebeldía del *Alianza Lima* en 1929. Es más, clubes como el *Alianza* siguieron estando en cierto modo ligados a sus barras populares, pese a su formalización y (luego) profesionalización. Pero la historia que hemos relatado es ilustrativa, sin embargo, de las fuertes presiones que forzaban a los practicantes, si no de abandonar, por lo menos dejar de lado, el fútbol como expresión popular.

4. Bibliografía

Althusser, Louis

1974 *Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado.* Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

Basadre, Jorge

1969-1970 *Historia de la República del Perú.* Tomo XVI. Lima: Editorial Universitaria.

1975 *La vida y la historia.* Lima: Fondo del libro del Banco Industrial del Perú.

Bonilla, Heraclio

1980 «La emergencia del control norteamericano sobre la economía peruana, 1850-1930». En *Un siglo a la deriva, ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 71-105.

Borodi, Reco

1982 *Historia de la selección: En los campos de antaño*. Lima: s.e.

Borricaud, Francois, Henry Favre, Jorge Bravo Bresani y Jean Piel

1969 *La Oligarquía en el Perú.* Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Botsford, Keith

1967 «Para una estética del fútbol». En *Mundo Nuevo*, N° 10, pp. 59-64.

Brohm, Jean Marie

1982 «Sociología política del deporte». En *Deporte, Cultura y Represión.* México: FCE.

Burga, Manuel y Alberto Flores Galindo

1980 *Apogeo y crisis de la república aristocrática*. Lima: Ediciones Rikchay Perú.

Cuche, Denys

1973 *La condición del negro en el Perú, 1855-1900.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Deustua, José

1981 «El fútbol y las clases populares (I). De la Inglaterra Victoriana al Perú de Leguía». En *El Diario de Marka,* domingo 23 de agosto, p. 11.

1981 «El fútbol y las clases populares (II). Selección Nacional o club de barrio». En *El Diario de Marka,* domingo 6 de septiembre, p. 11.

1982 «La incorporación nacional del fútbol». *Revista de arte, ciencia y sociedad.* N° 7, Lima, pp. 42-44.

Diez Canseco, José

1973 *Duque.* Lima: Ediciones Peisa, 3ª Edición.

Gilbert, Denis

1982 *La oligarquía peruana. Historia de tres familias*. Lima: Editorial Horizonte.

Harnecker, Martha

1968 *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. París: Editorial Arnier Hnos.

Hunt, Shane

1980 «Evolución de los salarios reales en el Perú, 1900-1940». En *Revista Economía,* vol. III. Nº 5.

Le Floc'hmoan, Jean

1969 *La génesis de los deportes.* Barcelona: Editorial Labor.

Llorens, José Antonio

1983 *Música popular en Lima: criollos y andinos.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

López, Sinesio

1978 «El estudio oligárquico, un ensayo de interpretación». En *Estudios Sociales Centro-Americanos*, mayo-agosto.

Lukács, Georg

1978 «Consciencia de clase». En *Historia y consciencia de clase.* Barcelona: Editorial Grijalbo.

Marx, Carlos y Federico Engels

1971 *Escritos sobre literatura.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Miró, Cesar

1958 *Los íntimos de la Victoria*. Lima: El Deporte.

Núñez Rebaza, Lucy y José A. Llorens

1981 «La música tradicional andina en Lima Metropolitana». En *América Indígena,* vol. XLI. Nº 1.

Pareja, Piedad

1978 *Anarquismo y sindicalismo en el Perú.* Lima: Ediciones Rikchay Perú.

Pease García, Henry

1977 *El ocaso del poder oligárquico*. Lima: Desco.

Rochabrún, Guillermo

1976 «*El Capital*. Crítica de la autonomía relativa». Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Programa Académico de Ciencias Sociales (mimeo).

Romero, Fernando

1980 «Papel de los descendientes de africanos en el desarrollo económico-social del Perú». En *Movimientos Sociales,* N° 5. Lima: Universidad Nacional Agraria.

Salcedo, José María, Abelardo Sánchez León y Romeo Grompone

1982 «Entre el abuelo y el *niño terrible*, los punteros mentirosos». En *Quehacer,* N° 16, pp. 42-67.

Salcedo, José María

1982 «Así jugamos porque así somos». En *El Diario de Marka,* domingo 23 de junio.

Sánchez León, Abelardo

1980 «Fútbol, un espejo para miramos mejor». En *Quehacer,* Nº 7, pp.119-127.

Santa Cruz, Nicomedes

1982 *La décima en el Perú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Stein, Steve

1973 *Populism and mass politics in Peru, the political behavior of the Lima working class in 1931 election*. Tesis doctoral, Stanford University.

1981 *Populism in Peru. The emergence of the masses and the politics of social control*. Wisconsin: Wisconsin University Press.

1982 «El vals criollo y los valores de la clase trabajadora en la Lima de comienzos del siglo XX». En *Socialismo y Participación,* N° 17.

Stokes, Susan Carol

1986 «Etnicidad y clase social: los afroperuanos de Lima, 1900-1930». En Stein, Steve (compilador). *Lima obrera, 1900-1930.* Lima: Ediciones El Virrey, pp. 171-252.

Sulmont, Denis

1975 *El movimiento obrero en el Perú, 1900-1956.* Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Thorndike, Guillermo

1978 *El revés de morir.* Lima: Mosca Azul Editores.

Thorp, Rosemary y Geoffrey Bertram

1978 *Perú 1890-1977. Growth and policy in an open economy*. Nueva York: Columbia University Press.

Varios autores

1978 *Partisans: Deportes, cultura y representación*. Barcelona: Editorial Gustavo Pili.

Yepes, Ernesto

1980 «Los inicios de la expansión mercantil capitalista en el Perú (1890-1930)». En *Historia del Perú.* Tomo VII. Lima: Juan Mejía Baca Editores.

De la fundación a la invención de la tradición aliancista: el *Alianza Lima*, club de «obreros», de «negros» y de «La Victoria»[1]

Martín Benavides

En el intento de explorar los orígenes sociales del Club *Alianza Lima*, este artículo analiza la construcción cultural de la tradición aliancista como club de obreros, de negros y de La Victoria, proceso que la literatura denomina como el de la «invención de una tradición». El artículo está divido en tres partes. En la primera se ubica el problema de los orígenes y su vínculo con la tradición, en la segunda se analiza el proceso de la fundación del club y, en la tercera, la construcción de la tradición obrera, popular y victoriana de este importante equipo de fútbol.

1. *Alianza Lima* y la invención de su tradición

A pesar de haberse fundado en 1901, fue solo a partir de la década del veinte que el *Alianza Lima* empezó a ser reconocido públicamente como un club popular, tal como refiere la siguiente noticia de los años 30: «El *Alianza Lima*, club popular que se ha granjeado la simpatía y admiración de todos los buenos aficionados, representa el valimento deportivo de la clase más modesta: el pueblo».[2]

Dicho discurso sobre el carácter popular del equipo tenía dos referentes sociales concretos. Estos eran el popular-obrero y el negro. En palabras de Miguel Rostaing:

> *Alianza* fue siempre un equipo del pueblo, hasta cierto punto, de los negros. Esa fue la idea del *Alianza*. Los jugadores del *Alianza* fueron miembros del pueblo trabajador. La mayoría trabajaba en construcción, y uno que otro tenía otro tipo de trabajo. A veces nos decían: "Allí vienen los albañiles", a veces "allí vienen los negros".[3]

---

[1] Originalmente publicado en Benavides (2000).

[2] Periódico *Sport* 19-04-1930, citado en Stein (1986: 152).

[3] Autobiografía de Miguel Rostaing, uno de los principales jugadores del *Alianza Lima* de los años 20 y 30. Véase Stein (1987: 23).

Estos dos referentes se representaban, además, a través del vínculo metafórico con el barrio de La Victoria:

— ¿Usted también era hincha de algún equipo?
— Acá fuimos de *Alianza*.
— ¿Y por qué *Alianza*? ¿Por qué le gustó el *Alianza*?
— Es del barrio, pues, acá, de La Victoria.
— ¿Y usted vivía en La Victoria en esa época?
— Bueno, es cierto que he sido hincha de cuando estuve allí [en Ica]. Y ahora que estuve acá, mucho mejor todavía.[4]

Ese vínculo con el barrio se daba a pesar de que los propios jugadores procedían de barrios distintos a La Victoria. Este es el caso de tres de los principales ídolos del *Alianza Lima*: Juan Valdiviezo, Alejandro Villanueva y José María Lavalle, quienes nacieron en Barrios Altos, en el Rímac y en Breña, respectivamente.[5] Según Rostaing: «nuestros hinchas venían de diferentes barrios. De hecho, la mayoría eran de La Victoria, Abajo el Puente y Malambo» (Stein 1987: 23).

Documentos de inicios del siglo XX nos llevan a preguntarnos por la forma como surgieron esas identificaciones con lo negro, lo popular y La Victoria. De hecho, si se observa una foto del *Alianza* de 1912, se verá que el equipo representaba algo muy distinto en dicha época. No es una casualidad entonces que el equipo haya tenido otro nombre —*Sport Alianza*—, y haya estado ubicado en otro lugar —la calle Cotabambas—.

En esa foto se advierte la presencia de un solo negro: el negro «Quintín», que según entendidos de la época hacía de hincha-empresario; es decir, se encargaba de conseguir partidos, y no era, por lo tanto, jugador. ¿Qué nos dice este documento? Si bien no hay información suficiente para afirmarlo, puede sugerirse que la matriz conocida como la principal fuente del sentido del *Alianza* —la negra y obrera-popular— se habría constituido en el período que va desde fines de los años veinte hasta fines de los treinta.

Lo interesante es que la «memoria colectiva» del *Alianza* asocia dicha matriz con el origen social del Club. De alguna manera, al crear el propio pasado se está delimitando el sentido de la comunidad: el *Alianza Lima* fue, es y será siempre un club del pueblo, de negros y de La Victoria. Pero, como hemos visto, no lo fue realmente en sus inicios, e incluso sería difícil decir que lo es en la actualidad. Así, siguiendo a Hobsbawn (1983), esas asociaciones entre el *Alianza* y los trabajadores, los negros y La Victoria, pueden considerarse como parte de su «tradición inventada».[6]

---

[4] Entrevista a los hermanos Ramírez, viejos hinchas del *Alianza*, véase Stokes (1986: 239).

[5] Información obtenida en mis entrevistas con el periodista deportivo Vargas Leyva, «Varleiva», amplio conocedor de la historia del fútbol, y con Juan Valdiviezo, gloria del *Alianza Lima* de los años treinta. Los barrios citados son aquellos donde se concentraba la mayor cantidad de población negra de Lima (véase Stokes 1986).

[6] «Tradición inventada» se refiere a un conjunto de prácticas, normalmente dirigidas por reglas aceptadas abierta o tácitamente, cuya naturaleza es ritual o simbólica, y que busca inculcar ciertos valores y normas

Lo negro y lo popular no solo son los elementos que tratan de delimitar el sentido de la comunidad. También operan como los elementos que establecen o simbolizan una cohesión social. Esa es una de las funciones que Hobsbawn atribuye a las «tradiciones inventadas». Siguiendo al mismo autor, esta cohesión social se representa metafóricamente a través de determinados símbolos o emblemas. En el caso del *Alianza*, la identificación es con un barrio. Todos se refieren a La Victoria «como si fuera» su barrio:

> La afirmación de que *Alianza* fue el equipo del barrio no solo para personas negras que vivían en La Victoria, sino en el Callao o hasta en Ica, nos sugiere el sentido metafórico que adquiría el término barrio, más allá del lugar de residencia. Afirmamos que existe todavía para los años veinte un vínculo de conciencia étnica entre los negros, un barrio negro en este sentido metafórico que —no casualmente— salía a la luz cuando se hacía referencia al fútbol y específicamente al *Alianza Lima* (Stokes 1986: 239).

El cambio del *Alianza*, de equipo de barrio a equipo del «pueblo», se da a fines de los años veinte. En ese momento empezó a despertar lealtades emocionales entre personas que probablemente no se conocían entre sí pero que guardaban un sentimiento de pertenencia e identidad con la comunidad. Se fue definiendo, así, como una comunidad cultural de tipo imaginario.[7]

¿Por qué solo en los años veinte nace la tradición aliancista y se constituye como comunidad imaginaria?, ¿por qué la vinculación con lo negro y lo popular?, ¿por qué el barrio de La Victoria? Para responder estas preguntas hay que hacer una distinción clara entre la fundación del Club (1901) y su constitución como comunidad imaginaria a partir de una matriz de sentido —su tradición— que la cohesiona. Hay que preguntarse por el sentido de la pertenencia al *Alianza* en una y otra época, por las condiciones que permitieron que solo a partir de los años veinte se inventara la tradición negra, popular y victoriana del *Alianza*, y, finalmente, reconstruir los significados de las asociaciones que sustentan la idea del *Alianza* popular, *Alianza* club de obreros, *Alianza* club de negros y de La Victoria.

¿Qué procesos permiten distinguir entre las dos épocas de los orígenes del Club? Entre la Lima de 1890-1919 y la de los años veinte a los cuarenta hay diferencias sustanciales. Solo desde los años veinte se empieza a hablar de un verdadero auge modernizador de la ciudad, del paso de la plebe urbana al sujeto popular urbano, del cambio de una ciudad aldeana a una ciudad moderna, de una masificación de lo popular saliendo de espacios privados a conquistar la arena pública, del paso de la Guardia Vieja a la generación de Pinglo. En lo que sigue del texto, se hablará de la

---

a través de la *repetición de conductas,* que automáticamente implican una continuidad con el pasado histórico (Hobsbawn 1983: 12).

[7] Aldo Panfichi (1994) utiliza la categoría de «comunidades imaginadas», propuesta por Benedict Anderson (2000), para analizar las lealtades futbolísticas.

etapa de fundación como parte de los procesos anteriores a los años veinte, mientras que se situará la etapa del establecimiento de la «tradición inventada» como parte de los cambios que se originaron en los años veinte y treinta. Se hablará en primer lugar del *Sport Alianza* y luego del *Alianza Lima*.

2. La cotidianidad de la Lima popular de inicios de siglo: el *Sport Alianza* de Cotabambas (1901-1918)

Las categorías sociales para denominar «lo popular» difieren para las dos épocas en las que se ubica el origen social del *Alianza*. En la Lima de 1910 a 1920, «no era el barrio sino el tipo de domicilio lo que contribuía a marcar el estatus del habitante» (Parker 1995: 163). Esto debido a que a inicios de siglo la ciudad no estaba dividida en distritos ricos y distritos pobres. En teoría, la casona era el domicilio de la familia aristocrática, mientras que el callejón y el solar destacaban como las viviendas populares de la época (Panfichi inédito). El asunto se hacía más complejo aún debido a que eran pocas las familias de la élite que no alquilaban algunos cuartos de sus casas. No obstante, no cualquiera podía entrar a una casona: las habitaciones de las casonas eran alquiladas a cierto «tipo» de personas: la gente decente. Esa delimitación social se debe a que en la Lima de la época las personas eran socialmente ubicadas básicamente en dos estamentos: la gente decente y la gente de pueblo: «la gente decente consistía de aquellas personas que reunían ciertas cualidades "superiores de raza, apellido, educación, profesión y estilo de vida"» (Parker 1985: 165).

Estas cualidades no podían ser adquiridas sino que más bien debían ser adscritas, lo que —dado los procesos de modernización incipiente— era cada vez más difícil de sostener: «la ideología dominante imaginaba que la riqueza, debido a que tiene por definición un carácter transitorio y no innato, jamás podía determinar el estatus del hombre. En la práctica, por supuesto, la fortuna sí importaba, y docenas de nuevos ricos entraban a la élite cada año» (Parker 1985: 165).

Por su parte, los pobres eran divididos en dos grupos: el primero conformado por «trabajadores de humilde condición, artesanos, obreros y jornaleros», y el segundo conformado por las personas que pertenecían a lo que se conocía como la «clase media». Dado el desencuentro entre dos formas de valorar socialmente a las personas (los criterios de estatus y de riqueza), la clase media integraba a todos aquellos que no podían ser ubicados entre la gente «decente» ni entre los «pobres»;[8] por ejemplo, comerciantes o gente «decente» venida a menos. Estos últimos eran aquellos que no tenían poder en términos de acceso a recursos materiales, pero lo tenían aún en términos de estatus y, por lo tanto, podían convivir con «pobres» pero manteniendo

[8] Como bien afirma Parker (1985), este concepto de «clase media» tenía poco que ver con lo que posteriormente se conoció como dicha categoría.

a la vez ciertas diferencias: eran pobres pero hidalgos, una de las características de los criollos de la época (Del Águila 1994: 67). Dadas las características antes mencionadas de los barrios, unos y otros coexistían en espacios residenciales reducidos. Esto último llevó a que pobres y pobres de clase media terminaran socializando en «microespacios públicos»: la calle, la plazuela de las iglesias, los pasadizos de los callejones, entre otros.[9] Por ello, autores de la época no se refieren a identidades ciudadanas sino a identidades más localizadas, en tanto Lima era una ciudad poco comunicada y los habitantes construían sus propiedades en función de los microespacios públicos: «Lima […] era más la conjunción de una serie de barrios con cierta autonomía e identidad antes que una ciudad moderna. Existía una cultura de barrio, local, que justamente tenía sus máximas expresiones en los sectores populares que buscaban alguna identidad ya sea en la música, la danza, la jarana» (Stein, citado por Del Águila 1994: 16).

En esos microespacios se compartió un estilo de vida marcado por la predominancia de un código festivo con el que se sobrellevaba una cotidianidad marcada por la ausencia de beneficios sociales (de estatus, de riqueza o de ambos a la vez): «[...] las jaranas eran espacios de identidad ritual donde individuos de diverso origen compartían una práctica de juegos, indulgencias y licencias» (Ortega 1986, citado en Panfichi 1995).

Dicho lo cual, y según la información obtenida, se podría sugerir que el *Alianza Lima* de la primera época —*Sport Alianza*— habría sido un equipo que nació como resultado de la «socialización» callejera de un grupo de adolescentes que habrían pertenecido a las familias pobres y pobres de clase media.[10] Para la época (1900-1920), no habría sido un club ni del estamento «decente» ni totalmente del segundo grupo.[11] A continuación, veremos las características de la zona de la fundación del Club, de la vivienda, las ocupaciones y la educación de algunos de sus fundadores,[12] que sustentan el argumento anterior.

Cuenta la historia que un 1º de febrero de 1901,[13] un grupo de muchachos que se reunía en el corral *Alianza*, habría fundado el Club. Este corral, en el que se guardaban caballos, era de propiedad de Augusto B. Leguía. A él acudía un muchacho llamado Foción Mariátegui, sobrino de la esposa del ex presidente de la República y amante

[9] Alicia Del Águila construye esa categoría para diferenciarla de lo que serían los macro-espacios públicos (1994: 67).

[10] Se ha reconocido como fundadores a Julio Chacaltana, Carlos y Eduardo Pedreschi, José Carreño, Luis Buitrón, Alberto López, Alberto Palomino, Guillermo Carballo y Cirilo Cárdenas.

[11] Desde sus inicios, el *Alianza Lima* fue un club «criollo», en el sentido de que participan en él miembros de sectores sociales distintos.

[12] A pesar de solo haber jugado desde la década de 1910, he incluido entre los fundadores a los hermanos Cucalón (Augusto y Eleodoro).

[13] No se tienen archivos de la fundación. No obstante, esta fecha logra el acuerdo más amplio.

de los caballos. Este personaje solo posteriormente llegaría ser dirigente, pues en el momento de la fundación, de acuerdo con datos del Congreso de la República, tenía 16 años (en mérito a ello no tendría tanta importancia la relación del Club con el presidente Leguía). El corral habría sido lo que actualmente es una «canchita», y habría funcionado como «potrero» para los fundadores del Club.

No obstante, la versión más conocida y difundida cuenta que fueron trabajadores del *stud* propiedad de Leguía quienes habrían fundado el Club, y que, además, el ex presidente —por intermedio de su sobrino Foción Mariátegui— colaboró con tal fundación. La presente investigación muestra, sin embargo, una historia que parece ser diferente. En primer lugar, además del dato sobre la edad de Foción Mariátegui, en 1901 algunos de los «fundadores» resultan tener menos de 20 años. En segundo lugar, sus nombres no aparecen en los archivos históricos del Jockey Club, donde se han registrado los trabajadores de las caballerizas. En tercer lugar, el *stud* como tal solo aparece posteriormente, con las competencias que se inauguran en 1905.

Por ello, dicha «historia» parece ser el resultado de la necesidad de crear un pasado que guarde coherencia con los sentidos de la «tradición inventada». La tradición define el sentido de la comunidad aliancista no solo como equipo de trabajadores sino también como escenario de relaciones interclasistas de tipo paternalista, que en este caso se estarían expresando en el vínculo establecido con el presidente Leguía.

El *Alianza Lima* se fundó en la calle Cotabambas, en el antiguo barrio de las Chacaritas situado en el perímetro interno de las murallas de Lima. Este barrio estaba localizado en la zona que iba de la avenida Nicolás de Piérola hacia la avenida Grau, en lo que era la portada de Santa Catalina. Esta portada

> comunicaba los fundos y haciendas de San Isidro y Monterrico con la Facultad de Medicina de San Fernando, el Cuartel y el convento de Clausura Santa Catalina, el Parque Universitario y la salida al Callao (la actual plaza Dos de Mayo). Hasta esa portada de Santa Catalina fue que se ubicó la urbanización Chacaritas, construida en 1857 por Mariano Felipe Paz Soldán, y que estaba formada por los actuales jirones Bambas, Cotabambas, Inambari y Sandia (Ponce 1994: 39).

El carácter «popular» que a inicios del siglo XX caracterizaba al barrio de las Chacaritas se puede definir a partir del precio de las propiedades de sus calles principales. El de la calle Cotabambas era de 0,9 libras peruanas el metro cuadrado, equivalente al precio de las propiedades en el barrio de Cocharcas o al de las viviendas más próximas a Cinco Esquinas de la calle Junín (cuadra 14), ambas zonas populares. No respondían, por lo tanto, a las características de las viviendas de la élite: casonas próximas al centro de Lima, valoradas entre 5 y 30 libras peruanas el metro cuadrado. No obstante, tampoco eran de las viviendas más pobres, que estaban valoradas a 0,2 libras peruanas el metro cuadrado (Paulet 1908).

A continuación, veremos las ocupaciones de las familias de los principales fundadores y la educación que recibieron algunos de estos.[14] Los hermanos Pedreschi —Carlos y Eduardo— eran descendientes de italianos. En 1874, sus padres llegaron de Florencia, donde habían sido campesinos. En Lima, su padre —quien llegó a ser fundador de la Sociedad Nacional de Industrias— fue dueño de bodegas y de una fábrica de licores. Sin embargo, luego de que este muriera en 1901, la familia empezó a perder su dinero. Eduardo nació en 1884 y Carlos en 1892.[15] Ambos estudiaron en el colegio Humberto I (que luego sería el Antonio Raimondi), y cuentan sus descendientes que eran amantes de la jarana criolla. Esta familia jugó un papel muy importante, pues según se dice colaboraban económicamente con el Club. Si bien toda la familia ayudaba,[16] las distancias sociales estaban marcadas por el hecho de que ninguno de los jugadores podía entrar a la casa Pedreschi:[17] «Chacaltana [otro de los fundadores] cortejaba a una de las hermanas, pero Eduardo [Pedreschi] no dejaba que la viera».[18] Dadas esas características, los Pedreschi podrían ser considerados dentro de aquello que se conocía como los «pobres de clase media». Su riqueza no fue heredada sino adquirida por el trabajo de su padre como comerciante. Por lo tanto, no pertenecían a las principales familias. Pero su educación los hacía distintos a otros adolescentes del barrio, lo cual podría interpretarse en la actitud de no permitir el ingreso a «cualquiera» dentro de su hogar.

El padre de los hermanos Cucalón —Eleodoro y Augusto— era un comerciante y pescador chino natural de Cantón. Traía personas para trabajar en el campo y comerciaba artículos de pan llevar. Los Cucalón estudiaron en el Colegio Guadalupe y tenían dieciséis años en el momento de la fundación.[19] El caso habría sido bastante parecido al de los Pedreschi, aunque por razones étnicas los Cucalón probablemente hayan estado más cerca de los «pobres».

---

[14] Traté de ubicar alguna pista de José Carreño. Preguntando a los Carreño que figuraban en la Guía Telefónica, me informaron que podía encontrarse en Huacho, ciudad a donde viajé. Al entrevistarme con miembros de las diferentes familias Carreño de Huacho, uno de ellos me dijo que los familiares más cercanos de José habrían muerto. Opté entonces por buscar las guías de calles de la época. En la *Guía de calles* de Pedro Paulet (1908), figura una señora Carreño como habitante de la misma cuadra de José; por eso la he considerado como familiar suyo. Lo mismo sucedió con Julio Chacaltana, quien, según lo que pude recoger, vivía a la vuelta de los Pedreschi. En la *Guía* se consigna un Chacaltana, que vivía justo a la espalda de Cotabambas. Con los Pedreschi y Cucalón tuve más suerte: pude llegar a ellos a través de la Guía Telefónica. Es necesario precisar, sin embargo, que la información de los Carreño y Chacaltana es solo referencial.

[15] Según sus familiares, Carlos llegó al club posteriormente.

[16] Las primeras camisetas aliancistas fueron tejidas por las hermanas Amelia y Amasili Pedreschi. Copiaban el modelo de las casacas de los jinetes, a quienes los fundadores veían a diario en la caballeriza, y tenían rayas verdes, dicen que en honor a la bandera italiana.

[17] Casa que era alquilada y tenía un huerto grande, una mampara detrás de la puerta grande, un aparador de mármol, etcétera.

[18] Entrevista con la sobrina nieta de Eduardo Pedreschi.

[19] Entrevista con Luis Cucalón, hijo de Augusto y Eleodoro Cucalón.

Finalmente, la madre de José Carreño[20] habría sido costurera, una de las ocupaciones típicas de las mujeres «pobres de clase media»: el trabajo femenino fue visto por la élite como una vergüenza triste, y si alguien de buena «familia» tenía que hacerlo, era mejor que ocultara el hecho. Por eso, encontramos que la ocupación habitual de la mujer decente era la costura a domicilio (Parker 1995: 175). No obstante, no podría asegurar que ese sea el caso de la familia Carreño. Finalmente, el personaje que figura como de apellido Chacaltana tenía la ocupación de carpintero (Paulet 1908).

En síntesis, los primeros jugadores del Club *Alianza Lima* habrían sido miembros de familias que podrían ubicarse socialmente dentro de lo que Parker ha denominado «pobres de la clase media» y «pobres» de la época. En todo caso, esto se da en una Lima en la que no había aún un referente colectivo de lo popular y donde más bien predominaban los barrios y las «socialidades» que en ellos se generaban. El *Alianza* no era entonces, todavía, «el equipo del pueblo», sino el equipo del barrio.

3. De Cotabambas a La Victoria: se «inventa la tradición» y se constituye el referente imaginario (1920-1940)

Según el periodista «Varleiva», a fines de la década de 1910 *Alianza* habría salido del barrio de las Chacaritas para pasar al naciente distrito de La Victoria. Luego de un casi anonimato[21] y una etapa poco gloriosa, este movimiento cambiaría la naturaleza del Club. Gracias a su nueva ubicación, el *Alianza* se insertó en la dinámica cambiante de la Lima de esos años, dinámica que señalaría los inicios de la ciudad moderna. De todos los cambios que se dieron en la ciudad producto de la modernización, nos interesa el de sus comunicaciones. En esa época se construyeron importantes vías de comunicación, como la avenida Leguía (ahora Arequipa), El Progreso (ahora Venezuela), Piérola y La Unión (Argentina). Al mismo tiempo, se desarrolló el transporte masivo y se unieron los barrios, en contraste con la etapa anterior.

Lima pasó a estar más interconectada, gracias a lo cual sus miembros pudieron reconocer su pertenencia a un espacio-temporal homogéneo que los unía por encima de sus diferentes domicilios. Y es esto último una de las principales condiciones para que pueda imaginarse un referente común más allá de las diferencias territoriales.[22] Dada la enorme dispersión de, por ejemplo, los negros en Lima, el hecho de saber

[20] Se dice que fue en su casa donde se hacían las primeras reuniones, véase Salazar (1992).

[21] A pesar de ser conocido en las zonas más cercanas, no hay mucha información sobre las actividades de los primeros veinte años del club.

[22] Para explicar el nacimiento de las comunidades imaginadas, Anderson subraya la importancia de los medios de comunicación, como el periódico y la novela, que permitirían la formación de una idea del tiempo homogéneo, vacío. Así, «un norteamericano jamás conocerá, ni siquiera sabrá los nombres de un puñado de sus 240 millones de compatriotas. No tiene idea de lo que estén haciendo en un momento dado. Pero tiene una confianza completa en su actividad sostenida, anónima, simultánea» (Anderson 2000: 48).

y conocer de la existencia de esas otras zonas en las que se ubicaban personas como ellos, les permitió reconocerse como parte de una comunidad imaginada. La dispersión residencial de ese grupo étnico puede observarse en el siguiente cuadro.

Cuadro 1
Los afroperuanos en los distritos de Lima, 1908

Número del distrito	Afroperuanos en distritos	Del total de negros en Lima (%)
1	797	11,8
2	192	2,8
3	273	4,0
4	517	7,6
5	1104	16,3
6	647	9,6
7	675	10,0
8	1310	19,4
9	783	11,6
10	465	6,9
Total	**6763**	**100,0**

Fuente: tomado de Stokes (1986: 193)

4. El nuevo sujeto popular: el *Alianza* como equipo de los obreros

En los años veinte, y como resultado de un proceso iniciado en años anteriores, se empezó a definir un nuevo sujeto popular. Tanto en la vida gremial y política como en la vida cotidiana, se expresaban los intentos de estos sujetos por incorporarse a la vida pública del país, para lo cual se creaban conexiones entre movimientos representativos de las esferas mencionadas:

> en los años veinte, al tiempo que se extiende la sindicalización en las minas, industrias y el campo costeño respondiendo a diversas exigencias sociales y al pedido generalizado de cumplimiento de la ley de ocho horas, la juventud radical universitaria de Lima, Cusco, Trujillo, Jauja y Arequipa estrecha sus vínculos con el proletariado urbano y rural de la vanguardia [...]. A estas dos juventudes se suma una tercera, heterogénea y dispersa: la formada por periodistas, poetas, artistas y organizadores culturales de diverso origen (Tapia 1992: 191).

Alrededor de ese nuevo sujeto popular —cuyo núcleo más dinámico era el de los trabajadores textiles—, se forma un movimiento cultural, una comunidad emocional.

Alianza Lima era del «pueblo» o era «equipo de los obreros»,[23] en primer lugar, porque sus jugadores eran obreros. Gracias a ello, se articulaban a las distintas actividades

[23] Como Rostaing señala en la entrevista antes citada, se usaba indistintamente el calificativo de «pueblo» y el de «obrero». La razón es que en aquellos años veinte los obreros eran el núcleo más importante del pueblo.

de este nuevo sujeto popular, sobresaliendo en aquellas en las que podían jugar al fútbol. La Fiesta de la Planta en Vitarte fue un espacio en el que los aliancistas expresaron su compromiso con las actividades de la naciente comunidad.[24] Don Julio Portocarrero, otrora líder sindical, constató la presencia de los aliancistas en dicha celebración:

> Los textiles presentaron un equipo de los mejores jugadores de las mejores fábricas y los choferes también formaron un equipo. Los choferes tenían la ventaja que en esa época casi todos los jugadores del *Alianza* eran choferes: Lavalle (Víctor), "Cochoy" (Sarmiento), Neyra (Demetrio), Villanueva (Alejandro), eran choferes. El equipo del *Alianza* lo integraban también Alberto Montellanos y Eulogio García, pero Montellanos y García trabajaban, uno en la fábrica de La Victoria y el otro en El Progreso, y nosotros no podíamos permitir que siendo de nuestro gremio, jugaran por los choferes: esto los desintegraba del equipo de los choferes. Pero eso no importaba, porque ellos podían llenar su equipo con otros buenos jugadores, pero nuestro equipo lo integramos con Montellanos y con García, lo integramos con Quintana (Julio) que era textil, que trabajaba en El Progreso, con Bulnes (Juan), el "Gato" Bulnes, que también trabajaba en El Progreso, con Rojas, *goalquiper* de Santa Catalina. Conformado por algunos de Vitarte, como Juan Manuel Vásquez, como Ernesto Heredia, Juan Carranza, Pedro Villena. Era un juego caluroso, para que ganara su gremio. Ellos no jugaban por el *Alianza*, sino por su gremio, los choferes. Los textiles jugaban también por el gremio de textiles (Portocarrero 1987: 96).

A los mencionados habría que agregar los nombres de Juan Valdiviezo, Juan el «Quemado» Rostaing, Alberto Soria, Eugenio Segal, José Arana, Adelfo Magallanes, Julio Rivero, Tenemás y el gran José María Lavalle. De ellos Valdiviezo era ebanista, José María adobero, Rostaing albañil, Segal comerciante, Tenemás mecánico y Soria cobrador de agua potable.[25]

Pero la articulación de los jugadores del *Alianza* con la sociedad popular tenía otro canal: el ser miembros de los barrios populosos. Si bien este canal se daba simultáneo al otro y, a la vez, era menos articulador de prácticas sociales, no era menos importante. Esto se manifestaba en las constantes demandas para que jugadores aliancistas fuesen a jugar a los barrios. Uno de los «clásicos» era el que jugaban las haciendas de Lince y Lobatón:

> Lince representaba la urbe. Lobatón las chacras. Veintiocho de Julio es la gran fecha. Comenzaba la fiesta con carrera de encostalados y de burros, palo encebado, competencia de vendados. En la tarde, cerrando la fiesta, venía el fútbol. Por Lince jugaban José María Lavalle y Julio García. Por Lobatón lo hacía Domingo García, que trabajaba en la hacienda.

[24] Sobre la «Fiesta de La Planta», Tapia dice que se trataba de una: «Celebración obrera de la naturaleza. Institución que logró original unidad entre arte, cultura y política en un movimiento cultural que actuando sobre la sensibilidad, la creatividad y la inteligencia del movimiento social limeño de los años veinte, devino expresión de sus capacidades expansivas lúdicas y recreativas. Organizó el goce colectivo y la celebración de la alegría» (Tapia 1992: 187).

[25] Entrevistas con Juan Valdiviezo y «Varleiva».

> En 1925, muchos nombres que se harían famosos se han agregado al equipo de Lince: Eulogio García, Juan Valdiviezo, Víctor Lavalle, Alejandro Lavalle, hermano de José María.[26]

El contacto de los jugadores del *Alianza* con la sociedad popular se daba también a partir de las constantes «giras» fuera y dentro de Lima que el equipo realizaba.[27] Estas giras informales se difundían oralmente, a través de las redes de obreros, vecinos, amigos y familiares, de tal manera que a la hora del juego se concentraban cientos de personas, que a su vez fueron propagando el aliancismo por toda la ciudad y creando identificaciones populares y masivas.[28]

Finalmente, el *Alianza Lima* era del pueblo y de los obreros no solo porque sus jugadores eran trabajadores y miembros de los barrios populares, sino porque también representaban simbólicamente las «luchas populares».[29] Como ya se dijo, esta fue una época en la que los trabajadores empezaron a luchar por derechos en la vida pública. Como la práctica del fútbol ya era masiva,[30] este escenario era un lugar privilegiado de representación de los intentos populares de querer ganar en el terreno público. Eran su expresión futbolística: «de ahí la posibilidad de que el fútbol sirviese para fomentar una conciencia de clase o de etnicidad. Los partidos que se jugaban entre el club *Alianza Lima* y la *Universidad* en la década del veinte, por ejemplo, representaban tanto para los jugadores como para el público, un conflicto clasista y racial» (Deustua, Stein y Stokes 1986: 125). El nuevo sujeto popular empezó a hacer suyos los triunfos del *Alianza Lima* y disfrutaba de las presentaciones de este equipo. Así, «cuando ganaba el *Alianza*, ganaba el pueblo».

5. El *Alianza* como institución afroperuana

Uno de los hechos más sorprendentes de la historia de los afroperuanos es que, a pesar de haber estado muy dispersos residencialmente, tendieron a concentrarse en determinadas actividades: ocupaciones, instituciones culturales y religiosas, entre otras.

Lo que sucedía era que el medio por el cual los miembros de dicha etnia se vinculaban a las distintas actividades era el de sus relaciones personales:

---

[26] Thorndike (1978: 21). A pesar de ser esta una novela, he podido corroborar muchas de sus historias.

[27] Jugaban con otro nombre: «Los íntimos», debido a que los dirigentes no les permitían jugar con el nombre original del equipo. Entrevista con Juan Valdiviezo.

[28] Declaraciones de Juan Valdiviezo.

[29] No es casual, por ello, que en las páginas de *Amauta*, revista dirigida por José Carlos Mariátegui, aparecieran referencias al *Alianza Lima*.

[30] Para los trabajadores, el fútbol era la actividad con la que terminaban los días de trabajo y con la que pasaban sus días de descanso: «El domingo era el día de jugar. Así, los muchachos que no venían a Lima, desde las ocho de la mañana ya estaban todos levantados, desayunados y pasándose la voz: "vamos al terreno"» (Portocarrero 1987: 28).

> la importancia de esta red de relaciones personales descansa en el hecho de que servía como un mecanismo conservador, reproduciendo generación tras generación la misma estructura racial de trabajo. Las personas que constituían los contactos de un obrero —su red— habrían de ser, hasta cierto punto, de la misma etnía, esto sobre todo en la medida en que fueran los miembros de la misma familia del obrero (Stokes 1986: 207).

Los negros se conocían unos a otros a través de las distintas redes —familiares, barriales, de compadrazgo, entre otras— que los unían. Las redes no solo servían para que se conocieran, sino también permitían que se fueran formando comunidades en las que igualmente todos se conocían. En medio de relaciones sociales que no les daban seguridad, era preferible para ellos juntarse con personas de confianza. Así, la concentración de los negros en el *Alianza Lima* obedece, en primer lugar, a la operación centralizadora de esas redes personalizadas.

Veamos, por ejemplo, cómo a partir de los contactos del «Quemado» Rostaing se fue formando el equipo aliancista de los años veinte: «nosotros buscamos primero a José María Lavalle. Desde hace un tiempo yo ya lo conocía del barrio. Y nosotros lo vimos jugar y lo trajimos al equipo». Y el moderno equipo del *Alianza* empezó a ser formado: unos se conocían por el barrio, otros por el trabajo. Según Rostaing, «nosotros los convencíamos a ellos con amistad, a través de la amistad» (Stein 1987: 21).

Igual sucedió con «Manguera» Villanueva, aunque en este caso el vínculo era familiar: «ya habías cruzado el río, estabas en la ciudad. El tío Patuto se entusiasmaba esa tarde en la tribuna. —¿Quién es esa maravilla?/—¿Cómo?, ¿no conoces? ¡Tu sobrino Alejandro, el hijo de la Melchora!» (Thorndike 1978: 57). Luego el Patuto Arana se lo presentaría a Guillermo Rivero, ambos ex jugadores aliancistas:

> — Hola Alejandro.
> Alejandro reconoce.
> — Qué hay—costaba hacerlo hablar.
> — Oye, te presento a Guillermo Rivero... mi sobrino Alejandro.
> — Qué hay.
> — Date una vuelta por *Alianza* a que practiques un poco. Hay otros muchachos y no siempre jugamos en el estadio. (Thorndike 1978: 57)

Pero la diferencia esencial entre las comunidades negras y las otras se podría encontrar en el tipo de relaciones que se generaban al interior de las primeras. En las comunidades negras guardaba un papel importante la alegría y la amistad. A lo dicho por el «Quemado» en torno a la amistad, habría que agregar las palabras de este señor aliancista sobre la alegría:

> Te hacías hincha de eso, de la alegría para el fútbol que se veía. Cuando yo venía a Lima con mi madre a ver a mi hermano —él era compadre de Alejandro Villanueva—, mi hermano y su señora cantaban, luego cantaba Villanueva con Felipe Pinglo. Mi vieja me traía donde mi hermano y él me llevaba donde su compadre. Luego llegaban los otros

> jugadores. Yo los miraba, los contemplaba, hasta que con la chompa en la mano decidían irse al estadio. Yo lloraba porque me decían que no vaya, y lloraba. Hasta que me llevaron al estadio. Yo me hice hincha allí [...].[31]

Por otra parte, este club canalizó la necesidad de los miembros del grupo negro de querer afirmarse como parte de un colectivo: «si bien *Alianza Lima* no representaba solamente a los negros —sino también, por ejemplo, al distrito de La Victoria o los obreros—, este grupo étnico no tuvo mejor canal de expresión o de identificación colectiva durante la época que ese equipo de fútbol» (Stokes 1986: 235). El *Alianza Lima* formaba parte de las instituciones afroperuanas a partir de las cuales los miembros de dicha comunidad recreaban su conciencia colectiva.

A todo ello contribuía el hecho de que los jugadores aliancistas vivían en los barrios populares y que trabajaban en ocupaciones tradicionalmente afroperuanas. Además, el sentimiento de pertenencia de los jugadores a la comunidad negra se evidenciaba en cómo solían relacionarse con otros personajes afroperuanos destacados en la vida social de la época. Uno de ellos era «Bom-Bom» Coronado, boxeador de la época, a quien sus amigos aliancistas visitaban luego de cada uno de sus combates.[32]

En segundo lugar, el éxito de los primeros jugadores negros del *Alianza* llevó a que este equipo se constituyese como un medio exitoso de vinculación de dicho grupo étnico con la sociedad nacional. El *Alianza Lima* y sus jugadores eran motivo de orgullo para la comunidad afroperuana y satisfacían su necesidad de reconocimiento, en medio de una sociedad que aún los despreciaba por su pasado esclavo y su posición de inferioridad económica y social:[33]

> efectivamente, *Alianza Lima*, quizás más que cualquier otra institución cultural, formaba parte de la imagen del negro durante las primeras décadas del siglo XX. Como fue el caso también del culto religioso del Señor de los Milagros, *Alianza Lima* funcionaba como un canal a través del cual lo negroide se insertaba en lo nacional (Stokes 1986: 235).

Las «derrotas» de la vida cotidiana eran atenuadas por la capacidad de ganar en la «cancha». Esto permitía generar espacios de reconocimiento en medio de su situación de inferioridad económica y social. No debe sorprender, por lo tanto, la fuerte identificación de la población negra con el *Alianza Lima*, el hecho de que cuando jugaba el *Alianza*, jugaba la «familia».

---

[31] Entrevista con Juan Rodríguez, vinculado al *Alianza Lima* desde 1930, primero como jugador y luego como hincha.

[32] Información proporcionada por «Varleiva».

[33] Incluso a través de la ritualización del conflicto. Si para algunos el *Alianza* representaba en los clásicos al equipo del pueblo, para los miembros de la comunidad afroperuana representaba a los «negros» enfrentándose a los «blancos».

6. La Victoria como el barrio metafórico

La cohesión de la comunidad aliancista, como se dijo antes, se representaba a través de la pertenencia imaginaria al barrio de La Victoria. Esta pertenencia imaginaria no negaba realidad al vínculo, más bien era una construcción cultural de una realidad operante.[34] Entonces, ¿por qué el vínculo con La Victoria? Más allá del hecho concreto de que el nuevo local del Club quedase en La Victoria, estaba el significado que para la comunidad obrera y negra —los dos elementos centrales de la tradición— tenía el distrito mencionado.

Entre fines del siglo pasado e inicios del siglo XX, y gracias al crecimiento económico de la época, basado en el incremento de las exportaciones (caucho, azúcar, algodón, minerales), Lima inició una serie de transformaciones urbanas. Estas «buscaban modernizar lo que hasta entonces era una ciudad tradicional y con fuertes rezagos coloniales» (Panfichi 1995: 35).

Esta modernización se manifestó, entre otros, en el desarrollo de las primeras urbanizaciones tanto en los terrenos baldíos al interior de las antiguas murallas como en las huertas y chacras ubicadas en los extramuros de la ciudad (Panfichi 1995). La Victoria es resultado de ese intento modernizador. Surgió a partir de 1896, en los terrenos de la antigua huerta de doña Victoria Tristán de Echenique. En 1871, Enrique Meiggs ya había diseñado parte del nuevo barrio. No obstante, su muerte, la guerra con Chile y las restricciones presupuestarias detuvieron temporalmente el proceso de modernización de la ciudad. La Victoria se constituyó como uno de los primeros distritos industriales: «hasta 1913 existían en el país diez fábricas textiles, tres de las cuales estaban en el interior del país; de las siete ubicadas en la capital, tres estaban en La Victoria, una en Vitarte, una en el Rímac y dos en el cercado de Lima» (Ponce 1994: 43).

Es necesario resaltar una de las características principales de La Victoria: ser un distrito pujante, identificado con la nueva Lima. Pero, además, desde sus inicios adquirió un carácter popular: «en los alrededores de la Plaza principal, junto a numerosos pequeños comercios, artesanos y pequeñas fábricas, se establecieron casas de vecindad y callejones donde residían mestizos, negros, mulatos, los primeros migrantes de provincias y, en menor medida, los japoneses» (Panfichi inédito: 14). Su popularidad se debía al gran contingente de trabajadores que demandaba no solo la industria sino el comercio que existía en la época. Según el censo de 1931, existían 342 establecimientos comerciales: 102 pulperías, 72 panaderías, 46 zapaterías, 30 sastrerías, talleres de moda y sombrererías, y cuatro hoteles (Ponce 1994: 51). Es por ello que en la década de los treinta se construye el barrio obrero de La Victoria, e incluso, en 1940, el Hospital Obrero. Dicho lo cual, es pertinente destacar la segunda

[34] Tomo las ideas de Panfichi (1994: 19).

característica de este barrio: estar ligado al afán obrero de la época, a la cotidianidad del nuevo sujeto urbano.

Por otro lado, en dicha época La Victoria era el barrio principal de los negros limeños. Si bien la heterogeneidad étnica fue una característica de las zonas populares, La Victoria era el distrito que concentraba el mayor número de población afroperuana en 1931 (Stokes 1986). Como se observa en el cuadro antes mostrado, en el cual se reseña la ubicación de los afroperuanos en los distritos de Lima, La Victoria (distrito 8) era el de mayor concentración, con casi la quinta parte del total de negros en Lima.

Finalmente, es importante destacar a La Victoria como barrio alegre y jaranero: «ha sido siempre un distrito, un barrio alegre, de gente alegre, igual que los Barrios Altos y el Rímac. La Victoria era un barrio de alegría, de jarana, de amistad».[35] Jarana que, según Juan Valdiviezo, estaba vinculada a la música criolla: «toda música, sobre todo la música criolla. En esa época la música criolla era distinta a la de ahora. La música criolla era la muerte. Se oía de una cuadra a otra en La Victoria».[36] El *Alianza* se representaba plenamente, pues, en el distrito de La Victoria: barrio pujante, alegre[37] y jaranero, vinculado al afán obrero, en el que vivía una gran parte de la población afroperuana de la época. La Victoria, a su vez, representaba al Club *Alianza*.

7. Bibliografía

Anderson, Benedict

2000 *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.

Benavides, Martín

2000 *Una Pelota de Trapo, Un Corazón Blanquiazul. Tradición e Identidad en Alianza Lima. 1901-1996*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Del Águila, Alicia

1994 *Callejones y mansiones. Espacios de opinión pública y formas de acción política en Lima: el funcionamiento de una democracia restringida (1895-1919)*. Tesis de maestría. México: Flacso.

Hobsbawn, Eric

1983 *The Invention of Tradition.* Cambridge: Cambridge University Press.

Ortega, Julio

1986 *Cultura y modernización en la Lima del 900*. Lima: CEDEP, pp. 95-130.

[35] Entrevista con Juan Rodríguez.

[36] Entrevista con Juan Valdiviezo.

[37] Una de las características del juego del *Alianza* es su alegría, el «juego bonito», la «quimba» por encima de la fuerza.

Panfichi, Aldo

1990 *La Victoria*. Inédito.

1992 *Formas de sobrevivencia y cambio cultural en barrios tradicionales de Lima. Tesis de maestría*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1994 «Fútbol e identidad: esta urgencia de decir nosotros». En *Fútbol. Identidad, violencia y racionalidad.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Facultad de Ciencias Sociales, pp. 17-20.

1995 «Urbanización temprana de Lima, 1535-1900». En Panfichi, Aldo y Felipe Portocarrero (editores). *Mundos interiores: Lima 1850-1950.* Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, pp. 15-42.

Parker, David

1985 «Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional». En Panfichi, Aldo y Felipe Portocarrero (editores). *Mundos interiores: Lima 1850-1950*, pp. 162-185.

Paulet, Pedro

1908 *Guía de calles de Lima*. Lima: s.e.

Ponce, Carlos

1994 *Gamarra. Formación, estructura y perspectivas*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.

Portocarrero, Julio

1987 *Sindicalismo peruano: primera etapa, 1911-1930*. Lima: Gráfica Labor.

Salazar Canaval, Teodoro

1992 *Arriba Alianza*. Lima: Brasa.

Deustua, José, Steve Stein y Susan Stokes

1986 «Entre el offside y el chimpún: las clases populares limeñas y el fútbol 1900–1930». En Stein, Steve (compilador). *Lima Obrera 1900 – 1930*. Tomo I. Lima: Ediciones El Virrey, pp. 119-162.

Stein, Steve

1986 *Lima obrera: 1900-1930.* Tomo II. Lima: Ediciones El Virrey.

1987 «Miguel Rostaing: Dodging blows on and off the soccer field». En Beezley, William y Judith Ewell (editores). *The Human Tradition in Latin America. The Twentieth Century.* Wilmington, Del: Scholarly Resources Inc., pp. 15-25.

Stokes, Susan

1986 «Etnicidad y clase social: los afro-peruanos en Lima. 1900-1930». En Stein, Steve (compilador). *Lima obrera: 1900-1930.* Tomo II. Lima: Ediciones El Virrey, pp. 171-252.

Tapia, Rafael

1992 «La fiesta de la Planta de Vitarte». En *Pretextos.* Nº 3/4, pp. 187-206.

Thorndike, Guillermo

1978 *El revés de morir.* Lima: Mosca Azul.

A bastonazo limpio: la historia del primer clásico del fútbol peruano

Jaime Pulgar-Vidal Otálora

El 23 de setiembre de 1928, en el viejo Estadio Nacional se jugó un partido de fútbol correspondiente al torneo oficial de aquel año. Se enfrentaron los equipos de *Alianza Lima* y el de la *Federación Universitaria*. Ambos estaban igualados en el primer lugar de la tabla de posiciones de la liguilla —un mini torneo final donde jugaron los cinco mejores equipos— con cuatro unidades. Mientras el cuadro aliancista había obtenido los títulos de 1918, 1919 y 1927; el de la universidad debutaba en un torneo oficial.

Por un lado, el equipo de *Alianza* estaba conformado por jugadores negros, albañiles, obreros y choferes, que pertenecían al barrio de La Victoria. Por otro, el universitario estaba integrado en su totalidad por estudiantes de la Universidad de San Marcos y, dentro de los patrones raciales de la época, eran considerados blancos.

Aquel encuentro lo ganó la *Federación* por un gol a cero. Sin embargo, lo que más se recuerda no es que el jugador Pablo Pacheco haya anotado el gol. Lo que ha quedado registrado es que al final, el árbitro debió concluir el partido antes del tiempo oficial porque *Alianza* se había quedado con seis jugadores, tras sufrir la expulsión de cinco.[1] En tales circunstancias y, de acuerdo al reglamento, un equipo no puede continuar jugando, dando como resultado final la victoria de la *Federación*.

Mientras los jugadores de *Alianza* salían de la cancha, los aficionados universitarios reclamaron al aliancista Filomeno García por su juego excesivamente brusco. Algunas frases duras surgidas desde la tribuna contra el jugador García hicieron que este reaccionase, y así se generó una gresca. Cuando todos los aliancistas fueron en defensa de su compañero, los aficionados rivales les lanzaron bastones, lo que hizo que años

[1] De los cinco jugadores de *Alianza* que fueron expulsados, uno era obrero; dos eran albañiles; el cuarto era cobrador del servicio de agua potable y el restante, de profesión desconocida.

después este primer partido entre *Alianza* y la *Federación Universitaria* fuera conocido como el «Clásico de los bastonazos».

1. ¿Negros contra blancos?

Tal vez algún longevo aficionado al fútbol aún recuerde los sucesos ocurridos en las tribunas del viejo estadio Nacional de Lima aquel 23 de setiembre de 1928. Sin embargo, por el tiempo transcurrido, las imágenes reaparecerán vagas en su mente. No podrá determinar si fueron palos o bastones los objetos arrojados al campo.[2] Tampoco podrá establecer con claridad quién dio el primer golpe: si los jugadores o los aficionados. Dependiendo del color de su camiseta, este viejo hincha podrá decir que fueron los aliancistas los que iniciaron los escandalosos sucesos o que fueron los bulliciosos estudiantes de la Federación Universitaria los que armaron la gresca.

Si pudiesemos encontrar a este viejo aficionado, estamos seguros de que su memoria habrá reinterpretado los hechos a partir de elementos posteriores, «porque la memoria humana no es como la de la computadora donde los datos se acumulan y quedan intactos, sino es como el procesador, que transforma los datos incesantemente, con un continuo descartar de materiales que no tienen sentido o que tienen demasiado para poder hablar de eso, para después rellenar los vacíos (a menudo inventando)» (Portelli 2004: 43). Es poco lo que podríamos obtener de una fuente oral como la que sugerimos. Así, el primer enfrentamiento entre los equipos de *Alianza Lima* y la *Federación Universitaria* —llamada hoy en día *Universitario de Deportes*—, el primer clásico, es un acontecimiento que ha quedado registrado en la leyenda.

En 1999, la revista deportiva *Don Balón* entrevistó al, por ese entonces, único jugador sobreviviente del primer clásico. El universitario Mario de las Casas tenía 93 años y había estado inmiscuido en el inicio del escándalo desatado en aquel primer partido entre aliancistas y universitarios. La respuesta «no me acuerdo bien del gol, ¿dice que fue de Pacheco?»[3] (Don Balón Extra N° 6, 1999: 11) nos exime de mayores comentarios acerca de la fragilidad de la memoria.

---

[2] En las primeras décadas del siglo XX era común observar a caballeros paseando por las calles de Lima vistiendo «de sarita y bastón». Esta vestimenta se impuso también en los gustos de la clase media y de los «obreros cultos», al punto que la mayoría de los espectadores varones a los partidos de fútbol vestían esta combinación.

[3] El primer gol en un clásico llegó en el minuto siete del primer tiempo. Las incongruencias entre los medios periodísticos contemporáneos y los del día siguiente del primer clásico, nos muestran la falta de precisión en los primeros. La misma revista *Don Balón* cuenta que llegó «tras una serie de rebotes en el área aliancista». En cambio *El Comercio,* en su edición del 24 de setiembre de 1928, cuenta que «la pelota llegó cerca de Pacheco y este con certero shot batió a Segalá» y el diario *La Crónica,* del mismo día, habla de un buen pase de Góngora que fue aprovechado por Pacheco para anotar.

La investigación periodístico-deportiva más seria acerca del clásico del fútbol peruano, el *Libro de Oro*, publicado por los 100 años de *Alianza*, incluye palabras del jugador aliancista Miguel Rostaing. «Los partidos se convertían en luchas de negros con blancos. Eso ponían los periódicos como réclame, para atraer» (*Libro de Oro* 2001: 48).

La cita nos demuestra dos cosas: la primera es que la prensa de la época informaba que, cada vez que se enfrentaba *Alianza Lima* contra el equipo de la Universidad, se medía un equipo de jugadores negros contra otro conformado por blancos, lo que era habitual por aquellos años. Lo segundo es que Rostaing, así como cualquier otro protagonista de aquellos enfrentamientos, pudo reinterpretar el clásico como un enfrentamiento entre negros y blancos a partir de las diversas notas periodísticas publicadas desde entonces hasta ahora.

Son numerosos los periodistas deportivos que han escrito sobre el nacimiento del clásico del fútbol peruano. Sus fuentes han sido, en la mayoría de los casos, periódicos y revistas de la época.[4] Desde años tan tempranos como 1930, los hombres de prensa detectaron que tal acontecimiento se suscitó por el enfrentamiento entre un equipo de blancos y otro de negros. Steve Stein cita en *Lima Obrera* un verso publicado en la revista *Toros y deportes* del 19 de abril de 1930. Allí se lee:

> Un café con leche.
> Con leche de calidad
> (léase *Universidad*)
> y un café de gran estima
> como es el "*Alianza Lima*"
> la Señora Federación
> ofrece "algo" de sensación,
> habrá que tener cuidado
> no salga el café quemado
> o por alguna trastada
> la leche resulta aguada […]
> ...el match de los negritos con los doctores será una competencia entre la leche y el café, en el que se impondrá la mejor calidad de estos productos (Stein 1986: 153).

La idea de un enfrentamiento racial ha quedado registrada en las páginas de artículos de periódicos y revistas deportivas. Aún hoy, pese a que el color de piel de los

[4] Pese a las fuentes, la mayoría de medios periodísticos se han acostumbrado a repetir un error. Mientras en la edición de *El Comercio* del día siguiente al primer clásico se lee que el quinto jugador de *Alianza* en salir expulsado fue Filomeno García, versión que se repite en los diarios *La Crónica* y *La Prensa*, *El Libro de Oro de El Comercio* menciona a Juan Rostaing como el sancionado, lo que repite erróneamente la revista *Don Balón*.

jugadores es tan heterogéneo como poblaciones hay en el Perú, la prensa deportiva sigue diciendo que *Alianza Lima* es el equipo de los negros y *Universitario* es de los «blanquiñosos».

Pero una rápida mirada a los equipos que jugaban el torneo de 1928[5] nos da cuenta que en aquel torneo eran varias las escuadras integradas por jugadores «blancos». Basta citar tres casos: el equipo de los inmigrantes italianos, el *Circolo Sportivo Italiano*; y los de los acomodados limeños, el *Lawn Tennis* de la Exposición y el *Ciclista Lima Association*. Muchas veces, *Alianza Lima* se había enfrentado con aquellos equipos. Sin embargo, a nadie se le ocurrió decir que de aquellas confrontaciones nació un clásico por el enfrentamiento entre negros y blancos. Fanni Muñoz cita como «clubes deportivos formados por miembros de los sectores altos de la sociedad limeña (al) *Club Lawn Tennis* de la Exposición, creado a instancias del Sr. Antonio Garland en junio de 1884. [...] La *Unión Ciclista Peruana*, que posteriormente se llamó *Club Ciclista* de Lima, fue creado en 1896» (Muñoz 2001: 213).

Las citas periodísticas añaden un enfrentamiento entre estudiantes y obreros. La revista *Sport*, en su edición de abril de 1930, agrega que en este partido jugaban «de un lado [...] la juventud estudiosa y del otro [...] los obreros».[6] Sin embargo, es bueno decir que algunos de los más importantes jugadores de *Alianza* eran albañiles y choferes y no obreros, un matiz que marcará grandes diferencias, como veremos más adelante.

En un análisis del fútbol en el Perú como literatura y como texto, David Wood utiliza la obra de Guillermo Thorndike, *El revés de morir* para afirmar que la población negra posee cualidades físicas excepcionales que no le permiten, sin embargo, acceso a la civilización:

> [las] construcciones del futbolista (sobre todo del futbolista negro) se refuerzan mediante apelativos que lo ubican en el terreno de prácticas culturales primitivas, como por ejemplo, el "negro diablo" José María Lavalle, el "Mago" Valdivieso o el "Rodillo Negro". Tales actitudes se hacen explícitas después del partido de *Sport Alianza* contra *Atlético Progresista* de Buenos Aires en 1926, cuando algunos cronistas criticaban a los aliancistas por su forma de juego y abogan por perder como caballeros que ganar de manera deshonrosa: "¿No se habían portado los negros como unos salvajes? ¿Dónde estábamos? ¿En el Perú o en el Congo?" (Wood 2005: 133).

---

[5] Los equipos que participaron el torneo de 1928 fueron *Alianza Lima*, *Atlético Chalaco* (Callao), *Sportivo Tarapacá Ferrocarril*, *Sportivo Unión*, *Alianza Chorrillos*, *Santa Catalina*, *Lawn Tennis de la Exposición*, *Asociación Alianza*, *Alberto Secada*, *Sport Progreso*, *Federación Universitaria*, *Circolo Sportivo Italiano*, *Ciclista Lima*, *Unión Buenos Aires*, *Jorge Washington* (Callao), *Jorge Chávez*, *Alianza Callao* (Callao), *José Olaya*, *Unión Futbol Club*.

[6] Revista *Sport* abril de 1930.

Con esta aseveración, Wood parece generalizar el estatus inferior de la población negra de la ciudad de Lima de las primeras décadas del siglo XX, equiparando estatus y raza. Consideramos que olvida que otros factores, como comportamiento y consumo, inciden decididamente en la construcción del estatus, con lo que podemos tener estatus superiores e inferiores dentro de la misma población negra.

En una nueva investigación sobre *Alianza Lima*, el sociólogo Aldo Panfichi sostiene que el evidente favoritismo de la Federación Peruana de Fútbol hacia la *Federación Universitaria* motivó que los de *Alianza* vieran en el equipo universitario el rival a vencer. Para Panfichi, el favoritismo queda demostrado en el hecho de que en 1927 el equipo de la Universidad fue aceptado para participar en el torneo de primera división de 1928, sin antes haber pasado por la segunda división (Panfichi 2002). Sin embargo, para el torneo de 1928 no solo fue aceptado el equipo de la Universidad. Se aceptó masivamente la llegada de nuevos clubes que, hasta ese entonces, jugaban en la segunda. En el primer torneo organizado por la Federación Peruana de Fútbol, en 1926, participaron 11 equipos. En el de 1927, ocho. En cambio, para el de 1928 el número de equipos ascendió a 19, es decir once más que el año anterior. Así, la Federación Universitaria llegó directamente a primera no por un afán de favorecerla, sino con el propósito de aumentar el número de equipos participantes en ese torneo.

Panfichi agrega que el enfrentamiento entre *Alianza* y la *Universidad* «daba la posibilidad de ritualizar en un campo de fútbol los conflictos étnicos y culturales (negros y cholos versus blancos) y de clase (trabajadores pobres y estudiantes acomodados) que dividían a la sociedad peruana de entonces». (Panfichi 2002: 32).

En general, el análisis del primer clásico jugado entre *Alianza* y *Universitario* ha llevado a los investigadores a caer en determinismos raciales y económicos para explicar el origen de esta rivalidad. Análisis socioculturales podrán dar cuenta que en la Lima que dio origen a esta rivalidad era más importante el estatus. Definido no por cuestiones biológicas de raza ni por asuntos meramente económicos, el estatus se marcaba por patrones de comportamiento y consumo que determinaban quién era decente y quién no. Cuestiones como el honor y la apariencia eran más importantes que la mera riqueza. Como señala David Parker, «lo importante es que el dinero por sí solo no tenía significación: era el dinero correctamente empleado en el consumo lo que ganaba posición social» (Parker 1995:170).

Dentro de este estatus, quien realizase un trabajo manual estaba en el último nivel en la escala. Pero habría que hacer aquí una salvedad. En el caso de *Alianza Lima*, el trabajo manual que realizaban sus integrantes podía ser de tres tipos: choferes, albañiles y obreros. Mientras el obrero trabaja dentro de un local cerrado y bajo el control de un patrón, el albañil y el chofer trabajan en la vía pública, donde todos pueden observar que realiza un trabajo manual.

En la época del Oncenio de Augusto B. Leguía era común la presencia de «arribistas», aquellos que ganando poco, imitaban los comportamientos del grupo social superior. Por una cuestión económica, era difícil que un jugador de *Alianza Lima* pudiese imitar tales comportamientos, pero no imposible. Al obrero le podía resultar más fácil hacerlo que al simple albañil o chofer: por un lado, pocos podían saber que realizaba trabajo manual y, por el otro, veía en el patrón los comportamientos que finalmente imitaba. Como sostiene Augusto Ruiz Zevallos en *La multitud, las subsistencias y el trabajo. Lima de 1890 a 1920,* «la construcción podía brindar empleo, pero también podía significar un descenso de categoría laboral» (Ruiz 2001: 71).

La creencia popular, generalizada por los medios de comunicación, sostiene hasta hoy que los escandalosos sucesos del primer clásico aparecieron por el enfrentamiento entre jugadores negros y blancos, obreros los unos y aristócratas los otros. Nosotros, sin embargo, afirmamos que dicho escándalo se dio entre integrantes de una sociedad marcadamente dividida en torno a la figura del Presidente de la República, Augusto B. Leguía.

En la década de 1920, la institución *Alianza Lima*, que participaba en los torneos oficiales, estaba integrada por jugadores negros albañiles, choferes y obreros que laboraban en las fábricas que existían por aquellos años en Lima. Parte de la élite limeña consideraba que el fútbol era un deporte que podían practicar los caballeros y aquel sector popular sometido a control social, que le permitiese tener un estatus superior al del resto de su grupo social, debido a imitación de comportamiento y consumo. Por ello, a esta élite le parecía adecuado que los obreros practicasen fútbol, no así los albañiles y los choferes. Muchas veces los jugadores de *Alianza* fueron incapaces de dirigir a la institución,[7] como por ejemplo en las coyunturas de 1911 y 1929. En esos momentos invitaban como presidentes a personajes de piel blanca, vinculados o, a la política, o simplemente a la intelectualidad y, en algunos casos, cercanos al presidente Augusto B. Leguía, debido a que estos pertenecían a un grupo modernizante e incluyente, totalmente opuesto a la élite limeña a la que hacíamos referencia.

[7] En un paper del sociólogo Aldo Panfichi, titulado «Clubes y barras: *Alianza Lima* y Universitario de Deportes» y que de manera preliminar fue presentado en el seminario «Fútbol, futebol, soccer: football in the Ameritas», se sostiene que *Alianza* «adopta una forma organizativa colectivista o cooperativa, donde algunos jugadores, crecientemente idolatrados por los hinchas, manejaron directamente el club sin mayor diferenciación de roles». Este hecho, sin embargo, no invalida nuestra apreciación. Aquellos jugadores estuvieron al frente de lo que el mismo Panfichi denomina «una cultura de participación colectiva que los hizo conocidos como *Los Íntimos de La Victoria*», pero por distintas razones no mantuvieron el control de la institución cuando tuvieron que lidiar con problemas por su participación en un torneo oficial. Ahí aparecieron los presidentes honorarios vinculados al presidente Leguía.

Jugadores de Alianza en el primer clásico

NOMBRE	PROFESIÓN
Eugenio Segalá 1	Posiblemente albañil ya que Circolo Sportivo Italiano lo contrató entregándole un volquete
Alberto Soria 2	Cobrador de servicio de agua potable
Juan Rostaing 1	Albañil
Julio Quintana 1	Obrero fábrica *El Progreso*
Domingo García 1	Chofer
Filomeno García	desconocida
Miguel Rostaing 1	Albañil
Alberto Montellanos 1	Obrero en fábrica textil *La Victoria*
Alejandro Villanueva 3	Adobero
Juan Bulnes 1	Obrero fábrica *El Progreso*
Jorge Koochoi 1	Obrero en fábrica textil *La Victoria* y chofer

Fuentes:
1 *Libro de Oro* de El Comercio
2 Miró, César *Los Íntimos de La Victoria*, 1998
3 Wood, David. *De Sabor Nacional. El impacto de la cultura popular en el Perú*, 2005

Los universitarios, en cambio, procedían de San Marcos,[8] de aquella universidad progresista que empezaba a tener entre sus estudiantes a muchachos de clase media y también a opuestos al gobierno del Oncenio y, en algunos casos, opuestos también a los planes incluyentes del presidente Leguía. Así, mientras un equipo tenía entre sus dirigentes a hombres que, en algunos casos pertenecían al entorno de Leguía; el otro contaba con sus opositores. Esos fueron los jugadores y dirigentes que se enfrentaron el 23 de setiembre de 1928.

2. La modernidad excluyente de los universitarios

Cuenta Rafael Quirós Salinas, en el libro *La U y su historia,* que la idea de organizar en San Marcos la Federación Deportiva Universitaria «no prosperó por la idea de la

[8] Aunque hemos puesto en tela de juicio la memoria nonagenaria del ex jugador de *Universitario*, Mario de las Casas, sus datos pueden darnos una idea de cómo se formó el primer plantel de la *U*. En la revista *Don Balón* recuerda que «llamé a Pablo Pacheco, que jugaba en el Gálvez del Callao y estudiaba ingeniería; a Abraham Rubio, que estudiaba odontología [...] a Denegri, que trabajaba en la escribanía de los Aspauza, lo quise hacer entrar en la Facultad de Ciencias Políticas; llamé a Alva, uno bajito que era nuestro arquero; a Sabroso, que jugaba en el Circolo y trabajaba en la fábrica de los Raffo...».

reelección planteada por Leguía. Surgieron protestas. «Se produjeron los luctuosos sucesos del 23 de mayo de 1923 en que Haya de la Torre, presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, fuera protagonista de múltiples protestas. Obviamente, los afanes deportivos de los estudiantes quedaron pospuestos» (Quirós 1997: 46).

Hay que tener presente que a finales de la década de 1910, San Marcos ha cambiado en relación a aquella universidad de los primeros años del siglo XX. Como señala Marcos Cueto en un cuadro que publica en sus tesis de licenciatura, y que es citado por Alicia del Águila, los provincianos pertenecientes a la clase media habían desplazado por completo a los limeños. En 1901 había 140 alumnos de provincia contra 127 de Lima. En 1919 las cifras eran 134 frente a 65 a favor de los de provincias (Del Águila 1997).

El movimiento de la Reforma Universitaria, que buscaba la modernización, fue «dirigido por las clases medias de la población estudiantil buscando extender los estudios a temas de actualidad nacional». Pero estas ideas eran parecidas a las que había expresado unos años antes un personaje vinculado al deporte sanmarquino y al diario *El Comercio*, Luis Miró Quesada de la Guerra. Este habló de «la urgencia de vincular la acción educativa con las necesidades sociales y políticas del país»[9] (Ccente y La Torre 2003: 219, 220). Por ello, en el grupo de la Federación Universitaria se juntaron, en pos de lograr una población ilustrada, modernizantes y excluyentes.

Los universitarios pertenecían a un sector que aspiraba a una modernidad excluyente, en donde los rasgos de tal modernidad solo podían ser compartidos por la élite ilustrada y por cierta plebe. Para ellos, el deporte «es una cosa elegante [...] La universidad no va a producir solamente al teorizante y de ella ha de salir también el hombre físicamente sano e intelectualmente fuerte».[10] Para los universitarios, modernidad implicaba racionalidad, un elemento que consideraban solo apropiado para aquella plebe sometida al control social de la élite y que tenía un estatus mayor que el resto de la plebe, es decir los obreros.

Así como en el siglo XIX, donde un plebeyo artesano tenía mayor estatus que un plebeyo marginal, algo similar ocurre para esta época. Como señala Jesús Cosamalón, los proyectos inclusivos del civilismo de la segunda mitad del siglo XIX atribuían «al artesano el valor de ser el defensor de la legalidad, en eso reside su potencial político. No se trata del artesano indisciplinado en su trabajo, sino en un personaje dedicado y que ambiciona la paz y el orden para trabajar» (Cosamalón 2004: 185). De igual

[9] Resulta paradójico que otro de los Miró Quesada, Oscar, y Víctor Raúl Haya de la Torre hayan tenido algo en común: «Miró Quesada fue [...] el impulsor de otra actividad que de alguna manera es predecesora de las universidades populares aprobadas en el Congreso Universitario del Cusco (1920) y lideradas por Haya de la Torre. Se trata de la *Extensión Universitaria*» (Gonzales 1996:87). A través de esta Extensión Universitaria, Racso quiso poner al alcance de todos los asuntos de interés de su época.

[10] *El Comercio*, 8 de julio de 1923.

manera, para algunos, un obrero de comienzos del siglo XX podía tener más estatus y autocontrol que un albañil, un chofer o un simple poblador barrial, y por eso podía ser incluido en el proyecto modernizador.

En *El Comercio* del 12 de febrero de 1922 se lee que para organizar el corso carnavalesco de aquel año, en un afán por modernizar el carnaval, se solicita la colaboración de la Municipalidad, la prensa, los industriales y comerciantes, los universitarios y los «obreros cultos» (Rojas 2005: 147). Se pone bajo el mismo rótulo modernizante a instituciones manejadas por la élite y a los obreros cultos. Aunque no los definen, imaginamos se trata de aquellos que laboran en fábricas, bajo la mirada del patrón, y que, fuera de las horas de trabajo, realizan actividades culturales.

De acuerdo a Peter Gay, citando a Sigmund Freud, «La chusma mostraba sus sentimientos con una espontaneidad que los burgueses bien educados habían aprendido a controlar». (Gay 2002: 46). En el pensamiento de Gay los valores modernos contrastan con las costumbres de la plebe.

En el caso del fútbol, mientras los equipos de obreros, como el *Sport Progreso* o el *Sport Inca* contaban con el apadrinamiento del patrón, un equipo barrial como *Alianza* andaba a la deriva. Esto ocurrió durante sus primeros diez años de vida, hasta 1911, durante el primer gobierno de Leguía.

Existía una muy buena relación entre el equipo de la Federación Universitaria y los obreros.[11] Los equipos de fútbol de los obreros, a diferencia de *Alianza* que procedía de un entorno barrial, tenían una participación activa del patrón de la fábrica, lo que tenía «un efecto positivo, en términos de fidelidad» (Del Águila 1997: 129). Debido a esta buena relación, el equipo de la Federación jugó en la Fiesta de la Planta, un evento que, a partir de 1921 y cada año, celebraba el sindicato textil en Vitarte. El equipo de la Federación asistió a la organizada en 1925 y jugó frente al equipo de Sport Vitarte.[12] Como veremos más adelante, a diferencia de *Alianza*, los jugadores universitarios sí se presentaron con la denominación oficial de su institución.

3. Las dos caras de *Alianza*: tradición y paternalismo

Cabría preguntarse los motivos por los cuales hombres vinculados a Leguía apadrinaron a un equipo barrial de albañiles y choferes.

Steve Stein ofrece una interpretación. En 1986, un trabajo pionero referido a los patrones sociales y culturales de los obreros limeños de principios del siglo XX

[11] En el libro de Rafael Quirós, *La U y su historia*, el autor afirma que el equipo de la *Federación Universitaria* se fundó «en la época en que la juventud vibraba ante la consabida frase "emoción social" y que con su actitud supiera llegar a las entrañas del pueblo» (Quirós 1997: 57).

[12] El partido entre la *Federación Universitaria* y el *Sport Vitarte* se jugó el 18 de abril de 1925 y terminó con el marcador 0-0.

fue publicado por Stein. Allí analiza las diferentes actividades de la vida cotidiana de estos actores de la capital peruana. Uno de sus trabajos está referido al fútbol. Para el autor, al igual que para otros investigadores, el fútbol puede ser entendido de dos maneras totalmente opuestas: como una forma de control social de parte de los grupos dominantes hacia los sectores populares y, de otro lado, como una manera de crear enemistades entre los grupos populares, incentivando la rivalidad y la beligerancia.

Para el mismo Stein, que el Estado, representante de las clases dominantes antiguas y modernas, tuviese que apoyar a *Alianza* significaba, ciertamente, socavar su propio poder, porque ampliaba la hegemonía de las clases populares. Pero, por otro lado, también significaba que el Estado se legitimaba frente a estas mismas clases populares como un Estado o gobierno populista que, de paso, admitía cierta democracia étnica. Se generaba, de esta manera, un proceso similar al que vivió la procesión del Señor de los Milagros en esos mismos años, o la música indígena con la celebración oficial del Día del Indio (Stein 1986: 151, 154).

Así, a diferencia de lo que ocurría con los universitarios, el gobierno de Leguía era totalmente incluyente, por lo menos en el discurso, lo que le servía para granjearse las simpatías populares. Incluso pretendió, sin éxito, ganarse los aprecios de los universitarios, promoviendo una ley de reforma universitaria. A Leguía, aquella idea de estatus a través de la apariencia y el consumo, le debe haber parecido trasnochada y perteneciente a la oligarquía, sus enemigos políticos. Sin embargo, muchos de sus partidarios parecen haber sido esos mismos arribistas, a los que se conocía como «huachafos». Parker agrega que «no es por casualidad que un artículo publicado en la revista *Hogar* en 1920 identifica al huachafo como partidario de la Patria Nueva de Augusto B. Leguía. Así, vemos la conexión entre la insurgencia política del Oncenio y la insurgencia social que dio origen a la palabra» (Parker 1995: 173).

El sociólogo Martín Benavides Abanto publicó en el año 2000 un análisis sobre *Alianza Lima* titulado *Una pelota de trapo, un corazón blanquiazul. Tradición e identidad en Alianza Lima, 1901-1906.* Allí sostiene que

> el discurso sobre el carácter popular del equipo tenía dos referentes sociales concretos. Estos eran el popular-obrero y el negro: —citando a un jugador de los años 20, Miguel Rostaing, agrega— "*Alianza* fue siempre un equipo del pueblo, hasta cierto punto, de los negros. Esa fue la idea de *Alianza*. Los jugadores del *Alianza* fueron miembros del pueblo trabajador. La mayoría trabajaba en construcción, y uno que otro tenía otro tipo de trabajo. A veces nos decían: allí vienen los albañiles, a veces allí vienen los negros" (Benavides 2000: 45).

En la década del 20 del siglo pasado, *Alianza Lima* proyectaba dos fachadas: una como equipo popular, conformado por negros; y otra como una institución que participaba de los torneos oficiales, sometida a control social, y que estaba dirigida por blancos. Los jugadores de *Alianza Lima* se presentaban como tal cada vez que tenían

que jugar partidos en un torneo oficial o en amistosos convenidos por algún dirigente o empresario extranjero. Cada vez que los aliancistas se presentaban en partidos pactados por ellos mismos, abandonaban el nombre de la institución. Por ejemplo, los jugadores de *Alianza* se presentaron a jugar en la Fiesta de la Planta, pero no como *Alianza*. Se enfrentaron los choferes frente a los textiles. «En el equipo de los choferes jugaban José María Lavalle, Alejandro Villanueva, Jorge Kochoy y Demetrio Neyra, trabajadores del municipio, mientras por los textiles actuaban Alberto Montellanos, de la fábrica La Victoria, y Eulogio García, Julio Quintana y Juan Bulnes, obreros de la fábrica El Progreso» (*Libro de Oro* 2001: 29). Aunque la mayoría de investigadores que han citado estos partidos sostienen que allí jugó *Alianza*, lo cierto que en la Fiesta de la Planta jugaron los choferes contra los obreros textiles, lo que era normal ya que el evento era organizado por un sindicato de obreros.

De otro lado, en 1929, *Alianza Lima* fue desafiliado de la Liga Peruana de Fútbol porque siete de sus jugadores, que estaban seleccionados, fueron suspendidos por abandonar la concentración del equipo nacional. Durante tres meses, el equipo se presentó a jugar en canchas de haciendas, pero bajo el nombre de *Los Íntimos*. De acuerdo al *Libro de Oro*, lo hicieron para evitar que los rivales sean también desafiliados si enfrentaban a *Alianza*. Lo que no dice el libro es que los rivales eran equipos de distritos y haciendas, fuera de Lima, y que no estaban afiliados a la Liga por lo que no corrían peligro alguno.

Nosotros creemos que estos dos ejemplos nos hablan de las dos caras de *Alianza*. Por un lado son *Los Íntimos*, aquel equipo de estirpe popular y morena surgido de un barrio y, por otro, *Alianza Lima*, como institución con dirigentes blancos que «pasaron a tener un rol protagónico». Martín Benavides agrega que con estos dirigentes «el equipo dejó de lado su estructura colectiva y de cooperación. No obstante, la relación establecida entre dirigentes y jugadores pasó a expresar otra de las metáforas familiares: los dirigentes eran como padres para los jugadores, mientras los jugadores eran como hijos para los dirigentes» (Benavides 2000: 76).

Es importante saber cómo terminó la suspensión de 1929. Un alto empleado de la Municipalidad de Lima, Juan Bromley Seminario, se hizo cargo de la presidencia de *Alianza* y solucionó el impase. De acuerdo a Steve Stein, «Actuando de acuerdo con el modelo paternalista que había sido introducido años atrás por los clubes de fábrica, Bromley consiguió empleos en la Municipalidad para todos los jugadores que lo quisieran, y hacía los acostumbrados prestamos a los jugadores que los pidieran» (Stein 1986: 161). Hay que agregar que la Municipalidad de Lima era un ente que no gozaba de autonomía. Fue el mismo Presidente de la República, Augusto B. Leguía, quien había nombrado al alcalde en ejercicio por aquel entonces, Andrés F. Dasso. En un discurso que ofreció luego de retornar de Buenos Aires, y que fue publicado en el diario *La Prensa,* Dasso expresó que esperaba seguir sirviendo «con el mismo

entusiasmo, devoción y constancia que antes, en el elevado puesto que su bondad (refiriéndose a Leguía) me ha confiado y dejaré de hacerlo cuando él y la ciudad así me lo indiquen».[13] Las gestiones de Bromley se realizaron entre marzo y abril de 1930. Leguía fue Presidente de Perú hasta el 25 de agosto de ese año.

4. La modernidad incluyente de Augusto B. Leguía y la despopularización de *Alianza*

El trabajo de Alicia del Águila, Callejones y Mansiones, hace referencia a la despopularización de la celebración de las Fiestas Patrias en la Plaza de Armas. Para esta investigadora, «la modernización que se entendía entonces implicaba despopularizar el Centro, reforzar su carácter simbólico de poder» (Del Águila 1997: 156). Luego agrega que este mismo poder se acercó a las fiestas populares tratando «de integrar como culto nacional [...] al Señor Morado, del mismo modo que institucionalizó el carnaval, y, años atrás, apadrinara al equipo de fútbol que luego se convertiría en el *Alianza Lima*» (Del Águila 1997: 152, 153). Este acercamiento del poder a las prácticas de la plebe, despopularizaron a la institución de *Alianza Lima*, mas no a *Los Íntimos*.

El gobierno de Leguía se caracterizó por dictar medidas populares, pero el Presidente no solo hizo eso, sino que se acercó a los sectores populares, como un demagogo a sus prosélitos. El gobierno de Leguía se caracterizó por ser de dominación carismática.[14] Así por ejemplo, José Reaño García, un hombre del leguiísmo, nos dice que Leguía poseía

> gran temperamento de trabajador, es asombrosa la actividad desplegada por el presidente Leguía. En el hipódromo, en la Plaza de Acho, en los teatros, en los Te-deums, en los desfiles escolares y del Ejército, en la clausura de las instituciones dependientes del Estado, en la inauguración de obras públicas, en los lugares en que se emprenden las labores de cualesquier especie, en todas partes se presenta el señor Leguía a derrochar el estímulo de su presencia y el consejo y mientras tanto ello no implica que descuide sus deberes políticos y administrativos (Reaño 1928: XXXVIII – XXXIX).

A diferencia del civilismo liberal, incongruente entre su postura modernizadora y a la vez excluyente; Leguía se mostró dispuesto, por lo menos en el discurso, a incluir a todos los sectores. Tuvo cuidado, sin embargo, de que sus actividades públicas en las que departía con un grupo de estrato bajo no fueran interpretadas como excluyentes hacia otro grupo del mismo estrato. Cuando las manifestaciones culturales pertenecían

[13] *La Prensa*, 21 de diciembre de 1927.

[14] Utilizando las categorías sociológicas de Max Weber, planteamos que el presidente Leguía rompió con la dominación patrimonial del civilismo y, en base a designaciones cuasi divinas como el «Júpiter Presidente», el «Gigante del Pacífico», el «nuevo Viracocha», fue visto por sus numerosos seguidores como una figura carismática.

a la mayoría, aparecía en medio de los representantes de la masa o en medio de la masa misma.

> El cortejo del Señor de los Milagros es abigarrado, heterogéneo, inmenso, amoroso, devoto, creyente. Es aristocrático y canalla. Junta al dechado de elegancia con el ejemplar de jifería. Hay en él dama de alcurnia y buen traje, moza de arrabal, barragana de categoría, mondaria plebeya en arrepentimiento circunstancial, criada y fregona humildes. Y hay, por otra parte, varón pulcro y de buen tono, obrero mal trajeado y mal aseado, mendigo plañidero, hampón atrito, gallofero fervoroso y campesino zafio y rústico, todos ellos codeándose sin disgustos, grimas ni desazones. [15]

La descripción que José Carlos Mariátegui hace de la procesión del Señor de los Milagros demuestra que para esos años, una costumbre de negros fue ganada de a pocos por los miembros de la élite, que se fueron mezclando con la plebe y al final ocuparon el lugar de honor tras el anda del Señor. El uso simbólico de lo popular para legitimarse llegó también a esta ceremonia. En 1922, Leguía se convirtió en padrino de las nuevas andas de plata de la imagen que, hasta ese entonces, era llevada en humildes andas de madera.

En lo que respecta al indio, Leguía legalizó la propiedad de las comunidades indígenas; estableció el «Día del Indio»; ofreció discursos en quechua, pese a que no conocía la lengua; asistió a la inauguración del monumento a Manco Cápac, donado por los japoneses para el centenario de la Independencia. Fue conocido como el nuevo Viracocha. Por lo menos en su discurso, Leguía dio la impresión de favorecer al indio.

El Presidente de la República también hizo oficial una fiesta popular: el carnaval. De acuerdo a la investigación de Rolando Rojas, *Tiempos de Carnaval: el ascenso de lo popular a la cultura nacional. Lima, 1822 – 1922*, «Leguía apoyó decididamente la modernización del carnaval. Asumió el patronato del mismo y ofreció "contribuir al mejor éxito de estas fiestas"». (Rojas 2005: 147).

Asimismo, la vinculación entre Leguía y el fútbol es de larga data. En 1923, el presidente fue el invitado central a la inauguración del Estadio Nacional, donado por los ingleses. Más de 20 mil personas asistieron al estadio el 29 de julio de ese año y aplaudieron al presidente. Años más tarde, el primero de noviembre de 1927, fue Leguía el encargado de dar el puntapié inicial de honor del Campeonato Sudamericano de Fútbol que organizó por primera vez nuestro país. Lo que ocurrió el 13 de noviembre, sin embargo, es para no creerlo. Leguía llegó tarde al estadio a presenciar el partido entre Perú y Bolivia. Se llevaban jugados cinco minutos cuando

> a las 3 y 55 las bandas tocan la Marcha de Banderas anunciando la presencia del Jefe de Estado [...] Los jugadores de ambos bandos, luego que advirtieran la presencia del Jefe

[15] *El Tiempo*, 12 de abril de 1917.

> de la Nación, abrieron un paréntesis en la recia lucha dándose breve tregua para acudir a la tribuna oficial a presentarle su saludo. Ambos conjuntos, acompañados por el *referee*, señor Nai Foino, se aproximaron a la tribuna oficial y saludaron al señor Leguía con entusiastas hurras.[16]

Luego continuó el partido.

Al año siguiente, en febrero de 1928, el diario *La Prensa*, que se caracterizaba por su apego al leguiísmo, inició una campaña en contra del presidente de la Federación Peruana de Fútbol, Alejandro Garland, que quería reelegirse. Lo acusó de haber querido vender la sede del Sudamericano de 1927 a Uruguay. El periodista Eugenio Batistta, que firmaba sus notas bajo el seudónimo de Amateur, decía, refiriéndose a Garland, que «va a ser por lo mismo interesante que el público conozca a las personas que apoyan al grupo de oligarcas [...] Sabemos que algunos delegados no se atreven a declarar públicamente que están al lado de la oligarquía».[17]

Días después, el diario *La Prensa* promovía para la presidencia de la Federación Peruana de Fútbol a Juan Bromley, el mismo que luego fue nombrado presidente de *Alianza Lima*. Al no lograrse los votos requeridos para su nominación, se logró colocar a un candidato de consenso: el diputado leguiísta por Tarata, Dr. León M. Vega. Este fue nombrado presidente de la Federación Peruana de Fútbol. Una de sus primeras medidas consistió en rendirle un homenaje al Presidente Leguía por el apoyo brindado para la realización del Sudamericano de 1927. En su discurso de agradecimiento, Leguía dejó establecido lo que creía con respecto a la práctica deportiva:

> Hacéis bien en exaltar la noble finalidad del deporte. Yo pienso como vos. El aire y el campo tonifican el espíritu de los pueblos, avivan su inteligencia, los desperezan de la apatía y los alejan del vicio. El deporte es salud. Y un pueblo de hombres sanos puede mirar de frente al porvenir.[18]

Estas palabras de Leguía contrastan con aquellas de los estudiantes universitarios que consideraban el deporte como «una cosa elegante».

El apego de *La Prensa* a la figura de Leguía se explica por el hecho de que la noche del 22 de marzo de 1921, el gobierno se apoderó de la redacción y talleres de ese diario, que pertenecía al opositor de Leguía, Augusto Durand. De acuerdo a Jorge Basadre se trató «de un flagrante atentado en contra de la libertad de imprenta y de la libertad de opinión, a la vez que de un ataque frontal a la propiedad individual» (Basadre s/f: 2895).

Leguía se vinculó públicamente con el mundo del fútbol en general, pero no lo hizo con *Alianza* en particular. Aunque muchos elementos de su propiedad —como

[16] *La Prensa*, 14 de noviembre de 1927.

[17] *La Prensa*, 6 de marzo de 1928.

[18] *La Prensa*, 15 de abril de 1928.

el nombre y el color de la camiseta—[19] fueron utilizados por *Alianza Lima*, él nunca apareció en medio de los aliancistas porque aquello lo hubiera distanciado de otros sectores. Los equipos de fútbol de Lima representaban al total de la sociedad. Así, por ejemplo, los obreros jugaban en el *Sport Progreso*; los universitarios en la *Federación Universitaria* de San Marcos; los inmigrantes italianos, en el *Circolo Sportivo Italiano* y la antigua oligarquía en el *Ciclista Lima* o el *Lawn Tennis*. Un político como Leguía debía saber que, aunque parcializarse públicamente con *Alianza* le hubiera brindado satisfacciones en el nivel deportivo, le hubiera, sin embargo, acarreado inconvenientes en el ámbito político.[20]

No todos, sin embargo, están de acuerdo en que Leguía haya apadrinado a *Alianza*. El historiador Gerardo Álvarez Escalona afirma que

> es en La Victoria, hacia mediados de los años 20, que *Alianza Lima* empieza a construir un mecanismo de adhesión a su alrededor, que coincide con sus mayores triunfos deportivos. Esta adhesión se apoyó en múltiples facetas: el espacio barrial (equipo de La Victoria), valores étnicos (reconocido como equipo de raza negra), sociales (club de obreros y del pueblo), culturales (asociado a la cultura criolla), estéticos (estilo de juego pícaro y alegre) y religiosos (devoción al Señor de los Milagros) (Álvarez 2001: 89).

Llama la atención, sin embargo, que aunque Álvarez niega la participación del presidente Leguía en el equipo de *Alianza*, reconoce que esa relación «parece ser una de las imágenes creadas en la reinvención de la historia de *Alianza Lima* durante los años 20, cuando Leguía era Presidente de la República, en la cual se buscaba crear una memoria emparentada con el gobernante de turno —signo inequívoco de paternalismo—» (Álvarez 2001: 89). Es decir, aunque duda de que Leguía haya efectivamente apadrinado a *Alianza*, está de acuerdo en que esa situación era algo que se tenía como cierta en los años 20.

Álvarez tiene razón en que durante los primeros años de la vida de *Alianza*, aquellos de los que casi no existen fuentes, Leguía no tuvo ningún vínculo con el equipo. Sin embargo, todo cambió a partir de 1911. Por ello, a los limeños de aquella época no les faltaron motivos para creer en la figura del padrinazgo de Leguía. Hubo elementos que sustentaron tal creencia. En primer lugar, el equipo de *Alianza* lleva el nombre del haras y luego del stud que Leguía poseía cerca de la calle Cotabambas. Los colores de la camiseta eran idénticos a los que usaban los jockeys del stud de Leguía. En 1911,

---

[19] Una curiosa coincidencia resulta el hecho de que la camiseta de *Alianza* de los años 20 y la que usó la selección peruana entre 1927 y 1929 hayan tenido el mismo diseño. Dos franjas blancas gruesas y una de color oscuro en el centro. Azul, en el caso de *Alianza*, y roja, en la de la selección.

[20] Revisando el diario *La Prensa* no hemos encontrado referencia alguna a la presencia del presidente Leguía en los partidos de *Alianza*. Sin embargo, David Wodd, en su libro *De sabor nacional, el impacto de la cultura popular en el Perú,* afirma que «el presidente Leguía asistió a varios partidos de *Alianza*» (Wodd 2005: 136).

durante el primer gobierno de Leguía, el administrador del stud, Foción Mariátegui, se hizo cargo honoríficamente del equipo de *Alianza*. Fueron los propios jugadores de *Alianza* los que buscaron el apoyo del stud, con lo que Mariátegui se convirtió en su protector. En el Oncenio, Mariátegui llegó a ser Presidente de la Cámara de Diputados.

Para Del Águila, «cuando la relación no resulta tanto un intercambio relativamente recíproco de favores y atenciones, sino que la concesión o protección se da de un lado hacia el otro, podemos hablar de padrinos y apadrinados. Estos últimos son también llamados clientes, pues están a la espera de los favores y la protección de los primeros». (Del Águila 1997: 58). Así, podríamos considerar a Foción Mariátegui como el padrino de *Alianza*. Pero no Foción Mariátegui de manera personal, sino como aquel administrador de un stud que pertenecía a un hombre de mucho más prestigio: Augusto B. Leguía.

Ahora bien, la identidad de *Alianza Lima* ha sido un tema tratado por historiadores y sociólogos. Para Steve Stein, *Alianza* es un equipo de barrio. «Para los jóvenes de los sectores más pobres, que carecían mayormente de instituciones que orientaran su vida social, el fútbol llegó a tomar una importancia en la vida cotidiana mucho más allá de lo deportivo. El pequeño equipo de fútbol se volvió en muchos casos en grupo de amigos íntimos que se veían tanto fuera como dentro de la cancha» (Stein 1986: 136).

Utilizando como fuente «la enorme memoria y tradición oral» (Stein 1986: 122) de algunos jugadores de los años 20, Stein sostiene que

> los mismos clubes oligárquicos patrocinaban la formación de conjuntos de jugadores de los sectores populares para tener con quien competir [...] Por lo demás, con mucha mayor frecuencia, los mismos participantes de las clases populares comenzaron a formar sus propios clubes. Fue en febrero de 1901 que se formó el primero de ellos, el Club *Sport Alianza* que después sería el legendario *Alianza Lima* (Stein 1986: 134).

Estamos de acuerdo en que *Alianza* fue formado por muchachos de un barrio. Pero su cercanía con el haras de Augusto B. Leguía posibilitó una perfecta simbiosis entre jugadores que requerían un apoyo económico y algunos miembros de la élite interesados en tener una base de apoyo popular y en convertir al fútbol «en un medio para erradicar el vicio y la inmoralidad de una sociedad en pleno proceso de cambios» (Muñoz 2001: 233). Esta simbiosis hizo que el equipo de *Alianza* fuera percibido por los aficionados de entonces como un equipo vinculado al presidente Leguía. Su rango popular quedaba aquí al margen.

5. *El Comercio* y *La Prensa* toman partido

Por aquel entonces, hacia el final del Oncenio de Leguía, los diarios *La Prensa, El Comercio* y *La Crónica* mantenían una importante página deportiva. Los dos primeros

diarios coincidieron en darle la página completa a los sucesos escandalosos del clásico. Pero eso fue en lo que único que coincidieron.

Mientras para *El Comercio* «Los footballistas (sic) atacaron a los espectadores y se trabó un recio pugilato con ellos, sin reparar que en los palcos había elemento femenino, digno del más alto respeto»;[21] *La Prensa* sostenía que «No podemos aceptar que se diga que los jugadores del *Alianza* provocaron al público, porque hemos sido testigos del hecho. Los insultos y la provocación partieron de la tribuna de preferencia donde se hallaban los partidarios del equipo universitario, y la actitud de estos no puede ser más censurable».[22] La subjetividad propia del individuo está presente en los cronistas que relataron lo ocurrido aquel 23 de setiembre de 1928. Más aún, parece que el cronista de *El Comercio* hubiera sido hincha de los universitarios, mientras que el de *La Prensa* lo habría sido de *Alianza*.

Las incongruencias entre ambos relatos continúan. Mientras el de *El Comercio* cree que el escándalo se inició cuando «el juego fue tornándose brusco, (debido a que) las intervenciones del *Alianza* notoriamente eran mal intencionadas»;[23] el de *La Prensa* afirma que todo se inició cuando el árbitro, «el señor Borelli demostró falta de energía al no obligar al jugador universitario Galindo a que cumpliera la orden que le impartió de abandonar la cancha, por haber cometido un foul y responderle en mala forma al notificarle el castigo».[24]

El Comercio escribe que tras la expulsión del jugador aliancista Filomeno García, este «se dirigió a las tribunas de preferencia y como uno de los espectadores le dirigiera algunas frases duras, saltó sobre la valla que separa los palcos y tribunas acometiendo a los espectadores. Los espectadores castigaron al jugador»;[25] *La Prensa*, en cambio, señala que «cuando algunos de los jugadores del *Alianza* abandonaban la cancha, luego que el *referee* dio por terminado el partido, fueron objeto de insultos de parte de un grupo de partidarios de los universitarios, y estos insultos se concretaron al jugador Filomeno García, quien exasperado se lanzó contra la persona que le insultaba. En ese momento más de 20 bastones cayeron sobre este jugador, siendo agredido, además, a puñadas con verdadero ensañamiento».[26] Basta, por ahora, con los ejemplos citados para demostrar las marcadas diferencias entre uno y otro relato.

---

[21] *El Comercio*, 24 de setiembre de 1928.

[22] *La Prensa*, 24 de setiembre de 1928.

[23] *El Comercio*, 24 de setiembre de 1928.

[24] *La Prensa*, 24 de setiembre de 1928.

[25] *El Comercio*, 24 de setiembre de 1928.

[26] *La Prensa*, 24 de setiembre de 1928.

El *Libro de Oro* agrega que

> resulta imposible, a estas alturas, saber las razones exactas que llevaron al cronista deportivo del diario *El Comercio* a introducir dentro de una nota puramente informativa la siguiente advertencia: "Bien saben los futbolistas que el público no quiere ver malos modales, gestos antideportivos, ni acciones innobles. Los aficionados van a los estadios a ver competencias de football y no permiten que los malos jugadores hagan gala de sus instintos malévolos, proscritos por las leyes del juego". La nota salió publicada en la página 20 de la edición matutina de *El Comercio* correspondiente al domingo 23 de setiembre de 1928, horas antes del partido inaugural en la historia de los enfrentamientos entre *Alianza Lima* y *Universitario*» (*Libro de Oro* 2001: 44).

Nosotros creemos que las razones que llevaron al cronista a escribir tales palabras se deben a un partido que protagonizó *Alianza Lima* contra *Progreso* el 9 de setiembre de 1928. Es pertinente decir que en la crónica de ese partido, mientras *El Comercio* ataca duramente a los de *Alianza*, el cronista de *La Prensa* parece tratar de excusarlos.

El partido entre *Alianza* y *Progreso* terminó con el marcador de 2-1 favorable a los primeros. Lo que destaca *El Comercio*, sin embargo, no es el fútbol sino que «no solamente jugaron pésimamente, sino que con sus modales antideportivos disgustaron aún más al público. Bien lo comprendieron ellos cuando el *referee* se vio obligado a expulsar del campo a dos jugadores —uno de cada bando— ya que sus intenciones no eran nobles ni caballerescas. Antes del partido de estos clubs (sic), se hablaba de un posible arreglo entre ambos equipos. El rumor se difundió notablemente y llegó a intensificarse aún más cuando desarrollaron el partido».[27]

La crónica del pro-leguiísta diario *La Prensa*, en cambio, habla de que

> el match del *Alianza Lima* con el Progreso defraudó las espectativas (sic) que había despertado en la afición. El Progreso no repitió su última performance, y por lo que hace al *Alianza*, tampoco se mantuvo a la altura de sus antecedentes. Por ambas partes dieron la impresión desde el primer momento de que reservaban sus energías.[28]

Mientras que el periodista de *La Prensa* se siente defraudado por la presentación de ambos equipos, el de *El Comercio* cree que

> algo hacían los del Progreso por dejar buena impresión en el público, pero los de *Alianza*, en cambio, no se preocupaban y jugando de mala gana, fallaban en sus tiros, no se entendían entre los delanteros; viéndoseles jugar desordenadamente por todos lados, menos por el que debían ocupar. Los fouls de parte de los del *Alianza* se repitieron y mientras tanto en las tribunas el desagrado por el mal partido y la forma poco deportiva como se presentaban los fouls, se exteriorizó en manifestaciones de descontento. [...] Poco a poco, comenzaron las fallas, que parecían deliberadas, la bola era constantemente enviada al out

[27] *El Comercio*, 10 de setiembre de 1928.

[28] *La Prensa*, 10 de setiembre de 1928.

> y el partido degeneró por completo. [...] Momentos después Loyo incurrió en foul penal y Rosteing (sic) se encargó de cobrarlo, y sucedió lo que ya se decía: Rosteing falló el tiro, enviando la pelota sobre el arco, a notable altura. Esta actitud provocó aún más protestas de las tribunas.[29]

La precisión en los detalles de cómo fallaron los de *Alianza* es llamativa, y más aún cuando exculpa a los del *Progreso*. Es conveniente notar que *Progreso* era un equipo compuesto íntegramente por obreros. En cambio, el de *La Prensa* termina culpando a los dos diciendo que «debemos recordar a los jugadores de ambos equipos, la obligación moral que sobre ellos pesa de actuar siempre en la cancha, aportando sus mayores esfuerzos por salir airosos, vale decir por corresponder al prestigio de que gozan y a las simpatías que la afición les dispensa».[30]

Vemos que no solo los relatos de *El Comercio* y *La Prensa* no coinciden, sino una vez más son diametralmente opuestos. El apoyo total del diario *El Comercio* a las actividades deportivas de los universitarios queda demostrado cuando al final del primer enfrentamiento entre *Alianza Lima* y el equipo de la Universidad

> un numeroso grupo de entusiastas, entre los que la mayor parte eran estudiantes, cargó en hombros a los jugadores, organizando un desfile. [...] Llegados a las puertas de *El Comercio*, requirieron la presencia de alguno de sus redactores. El jefe de redacción salió y recibió una calurosa manifestación de simpatía. El señor De las Casas (jugador de la *Universidad*) reveló el objeto de los manifestantes, quienes habían querido venir a testimoniar su reconocimiento a este diario por la forma cómo habían sido siempre estimulados en sus prácticas deportivas. Se dieron tres hurras por *El Comercio* y por la *Universidad*.[31]

El estímulo que los redactores del diario *El Comercio* brindaron a las prácticas deportivas que los universitarios realizaban en 1928 no era novedoso. Fanni Muñoz sostiene que

> en 1910, *El Comercio* emprende una campaña sobre la importancia del fútbol, de la educación física y la necesidad de promoverlo a escala nacional a través de escuelas, universidades y asociaciones en las que participan las clases populares. Se consideraba que los defectos de que adolecían los peruanos se debían a la falta de voluntad, de disciplina, de perseverancia metódica en sus actos, y que ellos podrían ser modificados a través de los deportes (Muñoz 2001: 231).

Pero el discurso de *El Comercio* con respecto a la práctica deportiva es similar al de los muchachos del equipo de la Universidad: es excluyente. Es solo para dos determinados grupos sociales, uno ilustrado y el otro, aunque plebeyo, sometido a control

[29] *El Comercio*, 10 de setiembre de 1928.

[30] *La Prensa*, 10 de setiembre de 1928.

[31] *El Comercio*, 24 de setiembre de 1928.

social por parte de la élite, es decir los obreros. Por ello la distinción de «asociaciones en las que participan las clases populares» y no simplemente «las clases populares». Los de *Alianza Lima*, equipo barrial, eran solo de la clase popular. Por ello los ataca mencionando «sus instintos malévolos, proscritos por las leyes del juego».

Los vínculos de la familia Miró Quesada, propietaria del diario *El Comercio* y la Universidad San Marcos son de larga data. También lo son los vínculos entre San Marcos y la práctica deportiva. El 13 de setiembre de 1900, los alumnos de la facultades de Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Letras establecieron un centro permanente para la práctica deportiva, creando el *Club Carolino*, para algunos el antecedente inmediato del equipo de la *Federación Universitaria*. Uno de los secretarios de los «carolinos» fue Luis Miró Quesada de la Guerra.

Conviene decir aquí que el cronista del diario *La Crónica* concuerda con el de *El Comercio.* Para él, la culpa de los sucesos desagradables en el partido entre *Alianza* y la *Federación Universitaria* la tuvieron los primeros. Los universitarios son

> hombres de verdadera moral deportiva, que reúnen admirables condiciones para imponerse en nuestros fields, honrándose a si mismos y honrando el noble y caballeroso deporte del balompié, que no puede ni debe ejercitarse por medio de la ofuscación y de la torpeza [...] Exceptuemos a Montellanos. Y con Montellanos —el caballeroso y pulcro jugador— a unos pocos del *Alianza*. (Otros olvidaron) el deber y la obligación de mantenerse, (controlando sus pasiones y sus instintos) en el terreno deportivo, leal y noble».[32]

Cabe recordar que Montellanos era obrero. Imaginamos que los otros jugadores a los que se refiere el cronista, también lo eran. El comentario del cronista, a nuestro entender, está referido al mayor estatus de un obrero.

6. Conclusiones

Ese 23 de setiembre de 1928 llegaron al estadio Nacional no solo dos equipos de fútbol que representaban a grupos raciales diferentes. También eran cuadros que, por las características socioculturales de la sociedad limeña de aquel entonces, eran percibidos como peligrosos, violentos y desordenados, los unos; y modernos, racionales y decentes los otros. En el equipo de *Alianza* jugaban albañiles y choferes, que estaban en la parte más baja de la pirámide del estatus social. Los universitarios, como gente decente, se consideraban en la parte más alta de la misma pirámide.

Durante el gobierno de Augusto B. Leguía, el gobierno proporcionó un discurso incluyente para todos los grupos sociales considerados plebeyos. Así, Leguía apareció como el nuevo Viracocha ante las poblaciones indígenas. También buscó incluir en su proyecto político a la población negra. Se convirtió en padrino de las andas de plata

[32] *La Crónica*, 24 de setiembre de 1928.

del Señor de los Milagros. En esa misma línea, creemos, se convirtió en protector del equipo de los albañiles y chóferes negros: *Alianza Lima*. Es cierto que *Alianza* era un equipo conformado por albañiles, obreros y choferes, es decir hombres de pueblo. Ellos jugaban como tales. Sin embargo, los dirigentes de *Alianza* que lo vinculaban con los torneos oficiales no pertenecían al pueblo. Para los universitarios, la actividad deportiva era propia de la élite y de cierta plebe pero no de su totalidad.

El gobierno de Leguía apoyó las manifestaciones culturales de los grupos marginales para legitimarse ante ellos. A nuestro entender, fue Leguía el primer presidente de la República, pero definitivamente no el último en utilizar al fútbol como una forma de lograr legitimación y respaldo del pueblo. Este discurso incluyente de Leguía contrastaba con la práctica excluyente de los universitarios que veían en el deporte una forma de cultivar las virtudes elegantes de los intelectuales y «uno de los propulsores más eficaces de la grandeza de un pueblo».[33]

Como sostienen Manuel Burga y Alberto Flores Galindo en *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, «el Oncenio de Leguía, de 1919 a 1930, fue el intento sistemático, a veces temerario y maquiavélico, de construir la "Patria Nueva" quitando el poder político a la antigua oligarquía civilista y entregándolo a un nuevo grupo que iba surgiendo y ampliándose a medida que avanzaba el proceso leguiísta» (Burga y Flores 1991: 125). Una pequeña parte de esta oligarquía controlaba la Federación Peruana de Fútbol. Leguía intervino esta institución a partir de 1928.

Aunque no se ha confirmado una intervención directa del Presidente de la República en la institución de *Alianza*, sus vínculos indirectos permiten suponer que mantenía su padrinazgo sobre los jugadores aliancistas que practicaron el fútbol al lado de su corral y luego stud. Este padrinazgo hizo que el común de los aficionados percibiese a *Alianza* como el equipo cercano a Leguía. Así, *Alianza* era percibido por los aficionados como el equipo de la élite leguiísta, pese a que sus jugadores sentían una identificación con el barrio y la fábrica.

De la misma manera, el apoyo brindado por los universitarios a las luchas obreras y el ambiente progresista y democrático que se vivía en el claustro sanmarquino hizo que el equipo de la *Federación Universitaria* sea percibido como uno opositor a Leguía. Aquellos estudiantes fueron a la huelga en 1919, soportaron el receso de la universidad ordenado en 1921 por el propio Presidente Leguía. También se opusieron a su reelección: «Los choques entre los universitarios y la policía, harto frecuentes desde 1923, aumentaron en 1924 al surgir el momento de la sucesión presidencial». Era la época en que «muchos obreros y otras personas tomaron la costumbre de acudir a San Marcos en los días de inquietud pública» (Basadre 1981: 8). Son los momentos en

[33] *El Comercio*, 8 de julio de 1923.

que José Carlos Mariátegui dictaba conferencias a estudiantes y obreros en el local que la Federación de Estudiantes del Perú tenía en el Palacio de la Exposición.

Mientras que *Alianza* era un equipo dividido, con jugadores del barrio —*Los Íntimos*— y dirigentes de élite; la Federación era una institución netamente universitaria. Hay que tener en cuenta que en la Universidad de San Marcos de aquella época no solo estudiaban los hijos de la élite sino también habían accedido a ella integrantes de la clase media, que llegaron a la *Universidad* debido a la apertura de Leguía. Sin embargo, la mayoría de estos estudiantes universitarios era opuesto al gobierno de Leguía, mientras que el Presidente de la República era visto como padrino de *Alianza Lima*.

Finalmente, los equipos que se enfrentaron aquel 23 de setiembre de 1928 no solo eran rivales deportivos. También cargaban consigo ideales totalmente opuestos con respecto a la vida. *Los Íntimos* mantenían la tradición como una forma de cohesión social. De acuerdo a Eric Hobsbawm, citado por Martín Benavides, «esta cohesión social se representa metafóricamente a través de determinados símbolos o emblemas. En el caso presente (de *Los Íntimos*) la identificación es con un barrio» (Benavides 2000: 48). Los de la *Universidad*, en cambio, consideraban a la modernidad como racionalidad, su valor supremo. Veían en los albañiles y choferes a los representantes del sector más bajo dentro del estatus de la sociedad limeña de entonces. Estas dicotomías legista-antileguiísta, tradición-modernidad, fueron las que se expresaron de forma violenta el 23 de setiembre de 1928. Dicen las notas periodísticas que mientras los jugadores negros de *Alianza* se enfrentaban con los barristas blancos de la *Universidad* utilizando los tradicionales cabezazos; los universitarios daban rienda suelta a sus pasiones e instintos recurriendo al siempre caballeresco y elegante bastón. La mayoría de los elementos surgidos en la gresca se fueron mimetizando con el correr de los años. Al final, la rivalidad quedó expresada en términos de blanco y negro.

7. Bibliografía

Prensa

El Comercio. Lima, 1923, 1928.

El Tiempo. Lima, 1917.

La Prensa. Lima, 1927, 1928.

La Crónica. Lima, 1928.

Revista Don Balón. Lima, 1999.

Revista Sport. Lima, 1930.

Fuentes secundarias

Álvarez, Gerardo

2001 *La difusión del fútbol en Lima*. Tesis de Licenciatura. Lima: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Basadre, Jorge

(s/f) *Historia de la República del Perú 1822 - 1933*. Octava edición. Lima: La República.

1981 *La vida y la historia; ensayos sobre personas, lugares y problemas*. Segunda edición. Lima: Talleres Industrial Gráfica.

Benavides, Martín

2000 *Una pelota de trapo, un corazón blanquiazul. Tradición e identidad en* Alianza Lima *1901 – 1996*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Burga, Manuel y Alberto Flores Galindo

1991 *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Ediciones Rikchay Perú.

Ccente, Elmer y Fabriciano La Torre.

2003 *El devenir de la geografía en el Perú*. Tesis para optar el título profesional de geógrafo. Lima: Facultad de Ingeniería Geológica, Minera, Metalúrgica y Geográfica, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Cosamalón, Jesús

2004 «El lado oscuro de la Luna. Un ensayo acerca de los sectores populares limeños en el siglo XIX». En: *La experiencia burguesa en el Perú (1840 - 1940)* / Carmen Mc Evoy (editor). Madrid: Iberoamericana.

Del Aguila, Alicia

1997 *Callejones y mansiones*. Lima: PUCP.

El Comercio

2001 *Libro de Oro de Alianza Lima.* Lima: Empresa Editora El Comercio.

Gay, Peter

2002 *Schnitzler y su tiempo. Retrato cultural de la Viena del siglo XIX*. Barcelona: Paidós.

Gonzales, Osmar

1996 *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima: Ediciones Preal.

Muñoz, Fanni

2001 *Diversiones públicas en Lima 1890 – 1920. La experiencia de la modernidad*. Lima: Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Panfichi, Aldo

2002 «*Alianza Lima*: los orígenes de cien años de pasión. 1901 – 2001». En *En el corazón del pueblo. Pasión y gloria de Alianza Lima 1901 - 2001.* Luis Millones, Aldo Panfichi y Víctor Vich (editores). Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Parker, David

1995 «Los pobres de clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional». En: *Mundos Interiores: Lima 1850 - 1950*. Aldo Panfichi H. y Felipe Portocarrero S. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.

Portelli, Alessandro

2004 «El uso de la entrevista en la historia oral». En: *Anuario.* N° 20. Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario.

Quirós, Rafael

1997 *La U y su historia*. Lima: Enotria.

Reaño García, José

1928 *Historia del leguiísmo, sus hombres y sus obras*. Lima: Ernesto Balarezo.

Rojas, Rolando

2005 *Tiempos de Carnaval: el ascenso de lo popular a la cultura nacional. Lima, 1822 - 1922*. Lima: Institut français d'études andines. IFEA - Instituto de estudios peruanos. IEP.

Ruiz, Augusto

2001 *La multitud, las subsistencias y el trabajo. Lima de 1890 a 1920*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Stein, Steve

1986 *Lima Obrera 1900 - 1930.* Tomo I. Lima: Ediciones El Virrey.

Wood, David

2005 De sabor nacional. El impacto de la cultura popular en el Perú. Lima: IEP, BCRP.

Berlín, 1936: la verdadera historia de los olímpicos peruanos

Luis Carlos Arias Schereiber

No hay pasaje más legendario en el fútbol peruano que la participación de nuestra selección en los Juegos Olímpicos de Berlín 1936. Generación tras generación se han ido exagerando los hechos, deformando las circunstancias, directamente contradiciendo lo que recogen los documentos de la época, hasta llegar a la historia que manejamos hoy en día y que los peruanos aceptamos como verdadera. La intención de este artículo es aproximarse a los sucesos del campeonato de fútbol de los Juegos Olímpicos de Berlín 1936 desde una perspectiva diferente —no la basada en hechos distorsionados y verdades a medias que tradicionalmente se acumulan con respecto a este punto en la prensa peruana—, explicar las circunstancias en las que se dieron estos hechos y derrumbar algunos mitos que han impedido un entendimiento cabal de lo que fue el fútbol peruano en los años treinta. Debemos tener en cuenta que la participación de los futbolistas peruanos en los Juegos Olímpicos de Berlín está asociada a otros mitos menores que, en buena medida, han distorsionado la historia de nuestro fútbol hasta crear el convencimiento de que todo tiempo pasado fue mejor. Apoyados en la mítica campaña de Berlín, los cañonazos de Lolo Fernández, la habilidad de «Manguera» Villanueva, las atajadas del «Mago» Valdivieso, la picardía del futbolista peruano que asombra en Europa, han ido creciendo hasta crear la impresión de que en la década de los treinta nuestro fútbol estaba entre los mejores del mundo. Y, a la luz de los resultados, puede afirmarse que no es así.[1]

---

[1] En la década de los treinta la selección peruana participó en cinco competencias internacionales aparte de los Juegos de Berlín: en la Copa del Mundo de Uruguay de 1930 perdió los dos partidos que jugó ante Rumania y Uruguay. En el Sudamericano de 1935 disputado en Lima perdió ante Argentina y Uruguay y solo le ganó ajustadamente a Chile. En el Sudamericano de 1937 disputado en Buenos Aires, Perú perdió ante Brasil, Uruguay y Argentina, empató con Chile y ganó solamente su último partido ante Paraguay. En los Juegos Bolivarianos de Bogotá 1938 Perú campeonó, superando a Bolivia, Ecuador, Colombia

1. La versión peruana

> Faltan cuatro minutos, tres minutos, Perú ataca sin pausa, como si la ventaja de un gol no fuera suficiente. Los sofocados austriacos no podían contener aquella ofensiva incesante, sobrehumana. Dos horas tardaba la contienda. Los hombres superiores, la gran raza que debía dominar el mundo daba lástima, así, apiñada en su área, despejando a ningún lado. Lolo Fernández no se acuerda de quién recibió la pelota, pero está próximo a la valla cuando lo derriban entre tres austriacos. Pito. El árbitro Christiansen no cobrará penal aunque sobraban razones (…). Dice que arriba, que no le hagan teatro. Lolo se incorpora, como aturdido, y Villanueva acomoda la pelota. Escupe en el centro y la acaricia como a un animal.
>
> –¡Primo, con toda tu alma!
>
> Lolo asintió. ¡Cojones, qué barrera más extraña! Diez jugadores cerraban el arco. Eso no es lícito. Iba a protestar cuando sonó el silbato. Dios mío, dame fuerzas para meterla como sea. Embistió la pelota, nada más que cinco pasos. Al fin hincó la zurda en el pasto, envió la derecha a demoler la bola. ¡Pom! Zumbó como un proyectil que se curvaba por alto y a la izquierda hasta entrar al gol.
>
> –¡Uuuuuuuuuuu! –, volvió a asombrarse el estadio. ¡Cuarto gol! ¡Y otros tres anulados a la mala! Lolo baja la cabeza, sonríe. Otros corren a abrazarlo. Allá, en el arco de Kainberger, los austriacos se pelean. Anochecía en Berlín cuando Christiansen sopló el pito, recogió la pelota y salió hoscamente. Había ganado el Perú cuatro goles a dos, por lo menos. En las tribunas del Hertha los peruanos cantaban el Himno Nacional.

El texto anterior es solo un extracto del libro de Guillermo Thorndike, «Una historia del fútbol peruano»,[2] dedicado a la actuación de la selección nacional de fútbol en los Juegos Olímpicos de Berlín 1936. Entre los peruanos, de ese tono es más o menos la historia que se maneja acerca de los legendarios olímpicos de Berlín. Una historia que, a grandes rasgos, solemos resumir así:

El fútbol peruano tuvo su primera participación olímpica en los Juegos de Berlín 1936 con una selección encabezada por Lolo Fernández y Alejandro Villanueva, y en la que figuraban los once jugadores del Sport Boys, campeón local.[3] Tras una sacrificada travesía, los bravos futbolistas peruanos llegaron a Alemania y asombraron al mundo

---

y Venezuela, países que por esos años no tenían mayor desarrollo futbolístico. Y en el Sudamericano de 1939, disputado en Lima, Perú volvió a campeonar superando a Uruguay, Paraguay, Chile y Ecuador. Sin pretender quitarle méritos a este título, cabe anotar que estuvieron ausentes Argentina y Brasil.

[2] Guillermo Thorndike. *Una historia del fútbol peruano*. Lima, Mosca Azul Editores, 1975.

[3] Los 22 futbolistas peruanos inscritos en los Juegos fueron: Juan Valdivieso, Alejandro Villanueva, José Morales, Adelfo Magallanes, Víctor Lavalle, Enrique Landa, Eulogio García (Alianza Lima), Carlos Tovar, Orestes Jordán, Arturo y Teodoro «Lolo» Fernández (Universitario), Andrés Álvarez, Arturo Paredes, Segundo «Titina» Castillo, Teodoro «Prisco» Alcalde, Jorge «Campolo» Alcalde, Miguel Pacheco, Carlos Portal, Raúl Chappell, Pedro Ibáñez, Guillermo Pardo, Víctor Marchena (*Sport Boys*). El entrenador era Alberto Denegri.

con su juego exquisito. En la primera ronda golearon 7-3 al exigente seleccionado de Finlandia y en su segundo partido derrotaron 4-2 a Austria —uno de los mejores equipos del mundo—, pese a la actuación del árbitro noruego Khristiansen, que favoreció descaradamente al equipo europeo.

Ese triunfo le dio al Perú el pase a las semifinales del torneo y por la calidad de su fútbol los blanquirrojos eran grandes candidatos a ganar la medalla de oro. Sin embargo, Adolfo Hitler no podía permitir que en esos Juegos Olímpicos organizados para demostrar la superioridad de la raza aria, un equipo compuesto en su mayoría por negros y mestizos le ganara a Austria. Suficiente amargón había tenido con que el corredor negro Jesse Owens derrotara en las pruebas de velocidad a los atletas alemanes. En un arrebato de cólera, el Führer ordenó que se jugara de nuevo el partido Austria-Perú bajo cualquier pretexto, a puertas cerradas y rodeado el campo de amenazantes agentes de la policía alemana, no fuera que a los peruanos se les ocurriera ganar de nuevo. Con el argumento pueril de que la cancha del estadio Hertha donde se había llevado a cabo el primer juego no tenía las medidas reglamentarias, las autoridades olímpicas —presionadas por Hitler—, ordenaron que se repitiera el partido. Los dirigentes peruanos no aceptaron tamaña injusticia y retiraron a todos sus deportistas de los Juegos, y fueron acompañados en su protesta por delegaciones de otros países del continente en valioso gesto de solidaridad americana.

Detalles más o detalles menos, los peruanos nos hemos creído esa historia a pie juntillas.

2. El viaje a Berlín

Los de Berlín 1936 fueron los XI Juegos Olímpicos de la Era Moderna. Se celebraron del 1 al 16 de agosto con la participación de 3.959 deportistas de 49 países. Bajo el impulso de Alfredo Benavides, miembro del Comité Olímpico Internacional (COI), el Perú se inscribió por primera vez en los Juegos y participó con una delegación conformada por 70 personas (59 deportistas, cinco entrenadores, cuatro dirigentes y dos masajistas). El presidente de la delegación peruana fue el señor Claudio Martínez, y las disciplinas en las que Perú se inscribió fueron fútbol, básquet, atletismo, natación, ciclismo, boxeo y esgrima.

«El equipo peruano de Berlín 1936 ha sido el más numeroso que ha asistido a unos Juegos Olímpicos», escribe Katharina Zacarías en su tesis dedicada a la historia de las participaciones nacionales en Juegos Olímpicos.[4] «El financiamiento para la participación del equipo olímpico en Berlín es una historia única en el deporte peruano. Para hacer posible el viaje, el Comité Olímpico Peruano (COP) inició una

[4] Zacarías Föhrding, Katharina. *Die Teilnahme Perus an den Olympischen Spielen*. Colonia, tesis presentada ante la Deutsche Sporthochschule Köln, 1999.

colecta entre firmas, instituciones y personas privadas de Lima y Callao. El gobierno del General Óscar R. Benavides financió parte de los gastos y se obtuvo algún dinero colocándole un sobreprecio a las entradas de los espectáculos deportivos de la época. Esta primera participación peruana en unos Juegos Olímpicos tuvo metas concretas: el COP quería darle a la juventud peruana ejemplos a través del deporte; con una participación olímpica, además, se esperaba acercar el deporte a las masas y presentar al Perú ante el mundo como una nación joven y deportiva».

El viaje de la delegación peruana a Berlín fue posible, en gran medida, a aportes privados, pues el Gobierno Central solamente contribuyó con 20 mil soles de los 100 mil necesarios para cubrir el presupuesto original.[5] La colecta llevada a cabo por el COP logró juntar 61.247,81 soles, estando entre los principales donantes la Municipalidad de Lima, el Circolo Sportivo Italiano, el Banco Central de Reserva y diversas empresas de origen alemán afincadas en el Perú. El viaje hasta Berlín tuvo que realizarse en condiciones franciscanas: la delegación peruana viajó de Lima a Génova en la tercera clase del Orazio, trasatlántico de bandera italiana, en travesía que duró más de tres semanas (del 13 de junio al 7 de julio de 1936). Llegados a Genova, los deportistas peruanos se trasladaron en tren hasta la capital alemana, y se instalaron en la Villa Olímpica de Berlín el 8 de julio por la noche.

El protagonismo que cobró la selección de fútbol opacó la presencia de otros brillantes deportistas peruanos en estos Juegos: el nadador Walter Ledgard, por ejemplo, que había clasificado a la final de los 400 metros estilo libre, competencia en la que no pudo participar porque toda la delegación blanquirroja se retiró de los Juegos por el escándalo del fútbol. A esas alturas, la selección de básquet dirigida por Koko Cárdenas había ganado los dos partidos que había disputado (ante Egipto y China), pero dejó la competencia por el mismo motivo. Otros destacados deportistas que integraron la delegación olímpica fueron el nadador Daniel «Carpayo» Carpio, los atletas José «Pavo» Farías, Antonio Cuba y Carlos de la Guerra, y el boxeador Eulogio Quiroz.

3. Versiones fuera del Perú

Ya ha quedado reseñada la manera en la que los peruanos tenemos registrada la participación de nuestra selección de fútbol en Berlín 1936. Sin embargo, fuera del Perú, y no en castellano, son otras las historias que se cuentan de la participación peruana en estos Juegos Olímpicos. En la «Memoria del Comité Nacional de Deportes y Comité

[5] Para dar una idea de las cifras manejadas en la época, el Presupuesto General de la República en 1936 fue de 139'715.120,28 soles. El gobierno de Benavides, en medio de grandes discursos, apenas aportó 20 mil soles (el 0.015% del Presupuesto General de la República) para la expedición olímpica en el gran evento deportivo del año. El Estado peruano, siempre mezquino con el deporte.

Olímpico Peruano (año 1936)», el presidente de esta institución, Eduardo Dibós Dammert, recoge una de estas versiones.[6] Dice así:

> El Daily Sketch de Londres estampó que mil peruanos con fierros, cuchillos y revólveres habían invadido el campo de juego inutilizando a tres jugadores austriacos que habían tenido que ser sacados en camillas, terminando el partido con ocho jugadores contra once peruanos. Y así por el estilo se difundieron toda clase de grotescas e inverosímiles versiones en Bélgica, Francia, Noruega, etc. Después de la partida de la delegación de Berlín, nos informaron los delegados y adjuntos que por pocos días quedaron y conocen el idioma alemán, que los altoparlantes de las estaciones de radio en numerosas calles se encargaron de propagar acres censuras contra los peruanos, tildándolos de cobardes que habían huido ante los valerosos jugadores austriacos.[7]

No quedan ahí las versiones del otro lado del famoso Austria-Perú. Mientras los olímpicos peruanos eran recibidos como héroes nacionales en el Callao, en Europa se contaban otras historias, según el propio Dibós Dammert, «como reacción de la FIFA, que en forma indirecta y por medio de escribidores que, a tanto por línea, están dispuestos a estampar falsedades y canalladas. Los diarios de Berlín guardaron un mutismo raro, pero los corresponsales alemanes de periódicos ingleses y franceses esparcieron por Europa toda clase de versiones fantásticas y malévolas». En estas versiones europeas se cuestionaba, primero, la condición amateur de los futbolistas peruanos —requisito indispensable para participar en los Juegos Olímpicos—, y para probar su carácter profesional se difundió la noticia de que la selección peruana había ofrecido sus servicios para presentarse a jugar en diferentes ciudades europeas una vez retirada de Berlín, obviamente, previo pago.[8] Como antecedente se mostró la gira que realizara entre 1933 y 1934 por Europa el llamado «Combinado del Pacífico», equipo

---

[6] Como su nombre lo indica, esta «Memoria del Comité Nacional de Deportes y Comité Olímpico Peruano (año 1936)», firmada por Eduardo Dibós Dammert, es un recuento de las actividades desarrolladas por esta institución en 1936, teniendo como punto central la participación peruana en los Juegos Olímpicos de Berlín. Una copia de este documento puede encontrarse en la biblioteca del COP (Av. Hipólito Unanue 290, Lince).

[7] Página 61 de la «Memoria del Comité Nacional de Deportes y Comité Olímpico Peruano (año 1936)».

[8] Tal parece que estas ofertas sí existieron y que los rumores de estas acusaciones llegaron pronto a Lima. Al salir de la Villa Olímpica apresuradamente el miércoles 12 de agosto de 1936, la delegación blanquirroja no tenía los medios para regresar al Perú y pudo barajarse la posibilidad de hacer algunos partidos de fútbol para recaudar el dinero necesario. En las sesiones del COP realizadas en los días posteriores en Lima, cuyas actas se encuentran recogidas en el «Libro de Actas del Comité Olímpico Peruano del 15 de julio de 1936 al 11 de abril de 1947», se detallan las gestiones realizadas para obtener el dinero que pagara los gastos del regreso de la delegación. Se menciona en esas páginas que el dinero finalmente salió de una partida extraordinaria del Gobierno Central, pero es significativo el hecho de que, insistentemente, los dirigentes del COP desde Lima instruyeran a Claudio Martínez, presidente de la delegación olímpica, a no aceptar de ninguna manera la realización de partidos de fútbol a cargo de la selección peruana en Europa después de la salida de Berlín.

integrado por algunos olímpicos peruanos, que jugó 39 partidos recibiendo no pocas sumas de dinero.[9]

Ya refiriéndose al mismo partido ante los austriacos, otras pestes se contaron de los jugadores peruanos. Que abusaron del juego fuerte ante la pasividad del árbitro noruego Khristiansen, quien dejó pasar faltas terribles por temor a las amenazas de algunos aficionados peruanos que ingresaron al terreno de juego. Y que amparados en la dificultad de los jueces para identificar a los jugadores —las camisetas no tenían números—, los peruanos hicieron más de un cambio en sus filas antes del inicio del tiempo suplementario (entonces las sustituciones estaban prohibidas en el fútbol). Todo eso, fuera de la invasión al campo de los aficionados peruanos y de las agresiones a los jugadores austriacos. Por todos esos problemas, la FIFA decidió que el partido se jugara nuevamente el martes 11 de agosto en el Estadio Olímpico con público. Como Perú no se presentó, fue eliminado del torneo.

4. La versión oficial

Hay una historia oficial de los Juegos Olímpicos de Berlín. Es el «Amtlicher Bericht, Organisationskomitee für die XI Olympiade Berlín 1936»,[10] obra monumental dirigida por el doctor Carl Diem, secretario general del Comité Olímpico Alemán, que consta de 1222 páginas divididas en dos tomos. Es un informe completísimo en estadísticas, resultados, textos y fotos de los Juegos Olímpicos de 1936. En esta obra hay ocho páginas dedicadas al torneo de fútbol (1047-1055), entre las cuales se hace referencia al caso Austria-Perú. Transcribimos:

> El torneo de fútbol transcurrió sin incidentes hasta el partido Austria-Perú. Se jugó con devoción y espíritu deportivo (…). Los últimos cuatro partidos del torneo —semifinales, definiciones del tercer puesto y primer puesto—, se jugaron en el Estadio Olímpico de Berlín ante asistencias promedio de 95 mil espectadores. Los partidos de las rondas pre-

[9] Efectivamente, un equipo de futbolistas peruanos y chilenos, llamado el «Combinado del Pacífico», realizó una gira por Europa entre el 25 de agosto de 1933 y el 7 de marzo de 1934. Esta gira fue organizada por los empresarios Jack Gubbins, de Perú, y Waldo Sangüeza, de Chile, y el equipo sudamericano cobraba dinero por cada presentación, lo que le quitaba, en sentido estricto, el status de amateur. El «Combinado del Pacífico» jugó 39 partidos en Irlanda, Inglaterra, Escocia, Holanda, Checoslovaquia, España, Francia, Italia y la propia Alemania (en Berlín los sudamericanos derrotaron 3-0 a un seleccionado local y en Munich empataron 0-0 con el Bayern Munich). En este «Combinado del Pacífico» estuvieron Juan Valdivieso, Alejandro Villanueva, Carlos Tovar, Arturo y Lolo Fernández, quienes regresaron menos de tres años después a Berlín para participar en los Juegos Olímpicos, reservados para deportistas amateur. El libro «Lolo, ídolo eterno» de Teodoro Salazar Canaval (Lima, Editorial Brasa S.A., 1992, 160 pp.) le dedica un capítulo a esta gira del «Combinado del Pacífico»: es el Capítulo X, titulado «Europa aplaudió los goles del gran cañonero» (pág. 63-68).

[10] Carl Diem. *Amtlicher Bericht, Organisationskomitee für die XI Olympiade Berlín 1936*. Berlín: talleres de Wilhelm Limpert, 1937, 1222 pp.

vias, jugados en otros campos pertenecientes a asociaciones deportivas de la ciudad, también fueron vistos por muchos espectadores, registrándose un total de 507.469 asistentes en los 16 partidos del torneo. Solo un incidente enturbió el espíritu de camaradería deportiva de la competencia, surgido en el partido Austria-Perú. Sobre el mismo, este fue el pronunciamiento oficial del Jurado de Apelación, integrado por J. Rimet (Francia), G. Mauro (Italia), R. W. Seeldrayers (Bélgica), R. Pelikan (Checoslovaquia) y A. Johanson (Suecia).

A solicitud de la Asociación Austriaca, en la forma y dentro del plazo reglamentario para presentar un reclamo sobre el resultado del partido jugado el 8 de agosto de 1936 entre Austria y Perú, y atendiendo a que la competencia del Jurado de Apelación en la materia resulta del texto del artículo 10º de las Disposiciones Generales para el Torneo de Fútbol («los reclamos formulados después del comienzo del torneo serán solucionados por el Jurado de Apelación»). Resulta de los informes obtenidos durante el curso de las indagaciones a que se ha procedido, que se han producido hechos que han podido impedir el desarrollo normal del partido. No se puede hacer ninguna observación de carácter técnico, pero la organización del partido ha sido perturbada por circunstancias imprevistas. Notoriamente ha sido imposible impedir que los espectadores entren al terreno de juego y que particularmente uno de ellos, después de haber penetrado al terreno, ha podido dar un golpe a uno de los jugadores. Estas circunstancias pueden ser consideradas como causantes de haber colocado a los equipos en estado de inferioridad, contrarias al buen espíritu deportivo. No estando en condición de fijar las responsabilidades respectivas, el Jurado de Apelación tomando una resolución de carácter deportivo decide:

Que el partido se vuelva a jugar a puerta cerrada y sin boleterías el lunes 10 de agosto a las 17.00 horas. Solo tendrán acceso al terreno los dos equipos y tres acompañantes (14 personas en total), los árbitros oficiales, los miembros del Comité Olímpico Internacional y del Comité Organizador, los miembros del Comité de la FIFA, los miembros del Comité de la Federación Alemana de Fútbol, los presidentes de las dos Asociaciones y dos representantes de la prensa. Queda el jurado de campo encargado de tomar las medidas necesarias. Firmado: Jules Rimet (presidente).

Como Perú no cumplió con presentarse al partido de repetición establecido para el 10 de agosto ni al partido de repetición nuevamente previsto para el 11 de agosto, Austria fue declarado ganador sin jugar y avanzó a la siguiente etapa. Antes de la partida de los peruanos, el representante del Perú explicó que los dirigentes de la delegación simplemente no habían quedado satisfechos con la cuestión del partido de repetición ante Austria. La posición peruana, sin embargo, no estaba de ninguna manera dirigida en contra de la Federación Alemana de Fútbol, que no intervino en este conflicto. El embajador peruano en Londres, Benavides, amigo cercano del presidente de su país del mismo apellido, lamentó que se hubiera producido este incidente. Como representante peruano en el Comité Olímpico Internacional, se sintió obligado a dejar constancia públicamente ante todo el mundo, que en este penoso asunto ningún organismo alemán tuvo algo que ver.

Hasta ahí llega el Informe Oficial de los Juegos de Berlín 1936 preparado por el Comité Olímpico Alemán.

5. Derrumbando mitos

Resulta claro que existen notorias diferencias entre lo que se cuenta en el Perú y lo que se cuenta fuera de nuestro país sobre los legendarios olímpicos de Berlín. La verdad, como suele suceder, debe encontrarse en el medio de dos versiones extremas. Revisando datos de aquí y allá, pueden ensayarse algunas conclusiones.

Perú no le ganó a uno de los mejores equipos del mundo en Berlín 1936

«Su punto de partida es un momento cumbre: el campeonato mundial que se nos robó en Alemania», dice en la contracarátula de *Una historia del fútbol peruano* de Thorndike, al presentar el tema tratado en el libro.[11] Dentro de la mitología deportiva local, así se ha presentado el campeonato de fútbol de los Juegos Olímpicos del 36, como un torneo que reunió a los mejores equipos del mundo. No fue así. Ubiquemos el contexto.

En 1930, bajo la organización de la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociado), se disputó en Uruguay la primera Copa del Mundo, ganada por la selección local. Como la FIFA estaba decidida a manejar el fútbol internacional, este deporte fue retirado de los Juegos Olímpicos de Los Angeles 1932, certamen organizado por el COI. En 1934 se jugó la segunda Copa del Mundo en Italia —ganada también por la selección local—, y en el Congreso de la FIFA realizado en Roma durante este torneo se decidió volver a la órbita olímpica. Como el fútbol se estaba profesionalizando a pasos agigantados y los Juegos Olímpicos eran exclusivamente para deportistas amateur, la FIFA reservó las Copas del Mundo para futbolistas indistintamente amateur o profesionales —que tenían mejor nivel—, y dejó los Juegos Olímpicos solo para los amateur. Ambos torneos de fútbol serían manejados por la FIFA y disputados bajo sus estatutos, pero existía la clara disposición de apuntalar las Copas del Mundo como el torneo más fuerte del fútbol internacional.

---

[11] Tomar este libro como una referencia histórica —como pretende indicar su título— puede parecer excesivo, pues los errores en que incurre hacen tenerlo mejor como una recreación ficticia. Baste mencionar, como ejemplo, el «hecho» del partido Austria-Perú relatado en la página 65. Dice así:

> «Pero el partido no ha terminado. Faltan ocho, siete, seis minutos. Alguien tiene que romper el empate. Cinco, cuatro, tres minutos. Van y vienen los ataques. Austria avanza, quiere arrollar a sus contrarios. Un minuto. Austria tiene que ganar. El árbitro cobra un penal.
>
> —¿Penal de qué, juna gran puta?—, casi solloza de rabia Víctor Lavalle.
>
> Mago, ahora todo depende de ti. Lo mismo que en Chile, cuando tapaste seis penales. No puede ser, Juan, que por una cochinada del árbitro vayamos a perder. Pateará Steinmetz. La bola a doce pasos: es casi un crimen. Valdivieso apenas se encoge. Más adentro, todo su ser se contrae como un resorte aplastado. Será preciso moverse al mismo tiempo que la bola. Partir a su encuentro en el instante del puntapié. Adivinar su destino en los ojos de Steinmetz. Encuentra la mirada azul que a su vez lo mide. ¡Ya! El disparo va hacia la esquina izquierda, a interceptarlo vuela Valdivieso. Manotea. Steinmetz ha fallado el penal por cinco centímetros».
>
> En el partido Austria-Perú, sin embargo, esá documentado que el árbitro Khristiansen no sancionó penal alguno.

En abril de 1936, 16 federaciones nacionales inscribieron a sus selecciones para el torneo de fútbol de Berlín 1936, entre ellas la peruana, única representante de Sudamérica. Los países europeos que tenían más desarrolladas sus competencias de fútbol acudieron con equipos conformados por jugadores amateur. Como por entonces el fútbol peruano no tenía status profesional (recién desde 1951 los campeonatos locales pasaron a ser profesionales), Perú llevó a su selección nacional, conformada por jugadores de *Sport Boys*, *Alianza Lima* y *Universitario*, que habían participado en temporadas internacionales, jugado Campeonatos Sudamericanos y hasta la primera Copa del Mundo en Uruguay hacía seis años.[12]

Por antecedentes, las 16 selecciones olímpicas fueron divididas en dos grupos. Perú entró en el grupo de los equipos fuertes junto a Italia, Alemania, Noruega, Gran Bretaña, Polonia, Suecia y Egipto. En el grupo de los débiles quedaron China, Finlandia, Japón, Luxemburgo, Turquía, Austria, Hungría y Estados Unidos. Perú y Egipto entraron en el grupo de los fuertes atendiendo a la experiencia de sus selecciones en torneos internacionales (los olímpicos egipcios, en situación similar a la de los jugadores peruanos, habían jugado la Copa del Mundo de Italia 1934 y perdió 4-2 ante Hungría en la primera fase). Hungría y Austria, siendo en aquellos años potencias futbolísticas de primer nivel mundial, fueron colocadas en el grupo de los equipos débiles porque asistieron a los Juegos de Berlín con futbolistas amateur, no con sus selecciones principales.

Se sortearon parejas para la primera fase y el jueves 6 de agosto de 1936 Perú debió enfrentar a Finlandia, equipo al que eliminó sin mayores apremios por goleada de 7-3. Lolo Fernández fue la gran figura al anotar cinco goles.[13]

Dos días después, ya por cuartos de final, Perú enfrentó al combinado amateur de Austria, que nada tenía que hacer con el famoso «Wunderteam» (equipo maravilla) que encabezaba Mathias Sindelar, considerado por muchos entendidos como el mejor

---

[12] Alejandro Villanueva, olímpico en Berlín 1936, había participado en el Sudamericano jugado en Lima en 1927, en la Copa del Mundo de Uruguay 1930 y en el Sudamericano jugado en Lima en 1935. El arquero Juan Valdivieso también jugó en la Copa del Mundo de Uruguay 1930 y en el Sudamericano de 1935. En este último certamen tomaron parte siete jugadores olímpicos: Valdivieso, Villanueva, Carlos Tovar, José Morales, «Campolo» Alcalde, Arturo y Lolo Fernández.

[13] Esta es la ficha técnica de ese partido:
Finlandia (3): P. E. Salminen; F. M. Karjagin, A. Närvänen; Y. V. Kanerva, J. E. Malmgren, E. A. Lathi; K. G. Vecström, E. Gustafsson, P. K. Larvo, E. Grönlund, E. A. Lehtonen.
Perú (7): J. Valdivieso; V. Lavalle, A. Fernández; C. Tovar, S. Castillo, O. Jordán; T. Alcalde, A. Magallanes, T. Fernández, A. Villanueva, J. Morales.
Goles: T. Fernández (P) 18', 35', 47', 68' y 72'; A. Villanueva (P) 22'; J. Morales (P) 70'; Y. V. Kanerva (F), de penal, 45'; E. Gustafsson (F) 80'; P. K. Larvo (F) 82'.
Fecha: jueves 6 de agosto de 1936
Estadio: Hertha BSC Platz (Berlín)
Árbitro: Rinaldo Barlassina (Italia)

futbolista de la primera mitad del siglo XX. El «Wunderteam» austriaco había llegado a semifinales en el Mundial de Italia 1934 con un equipo conformado por los siguientes jugadores: Platzker; Cisar, Sesta; Wagner, Smistik, Urbanek; Zischek, Bican, Sindelar, Schall y Viertl. Ninguno de ellos estuvo presente en los Juegos Olímpicos de Berlín porque eran futbolistas profesionales.[14]

Karel Stokkermans, miembro de la RSSSF (asociación mundial de estadísticos e historiadores de fútbol) y especialista en fútbol austriaco, dice respecto a la participación de Austria en los Juegos de Berlín 1936 y el partido ante los peruanos:

> La historia que tenemos es la siguiente: Austria ganaba 2-0 hasta el minuto 75. Adolf Laudon, una de las figuras del equipo, fue lesionado por una falta malintencionada de un defensa peruano y Austria se quedó con diez jugadores en el campo. Perú igualó 2-2. Hacia el final del partido, los aficionados peruanos invadieron el campo y corretearon a los jugadores austriacos. Perú hizo dos goles y ganó 4-2. Austria protestó el resultado y la FIFA decidió que el partido se jugara otra vez, pero Perú no se presentó. En realidad, no creo que haya habido interferencias políticas en este caso. Austria jugó con un equipo totalmente amateur y no se esperaba que llegara muy lejos en el torneo (el equipo profesional, por supuesto, era muchísimo más fuerte). En 1936, Austria tenía un régimen político autocrático, pero no era exactamente nacional-socialista ni parte de Alemania. En todo caso, en 1936 los lazos políticos entre Alemania e Italia (que finalmente ganó el torneo de fútbol de Berlín 1936) eran mucho más fuertes que los lazos entre Alemania y Austria.

Esta versión nos introduce a una segunda conclusión:

---

[14] La década de los treinta es histórica para el fútbol austriaco y la participación de su selección amateur en los Juegos de Berlín, pese a haber llegado hasta la final —que perdió 2-1 ante Italia—, es casi un hecho secundario. Dos personajes marcaron esa década del fútbol austriaco: Hugo Meisl y Mathias Sindelar. El primero fue el técnico que formó el *Wunderteam*, uno de los mejores equipos de la historia, que deslumbró entre 1931 y 1935. Meisl fue uno de los primeros grandes estrategas del fútbol y creó un sistema de juego basado en el ataque en bloque, ejerciendo un pressing ofensivo. Acuñó la frase «la mejor defensa es el ataque» y contó a su disposición con una generación de extraordinarios jugadores que, entre otras hazañas, golearon 6-0 a Alemania y 8-2 a Hungría. Favorito al título en la Copa del Mundo de Italia 1934, el *Wunderteam* austriaco se quedó en semifinales al perder 1-0 ante el dueño de casa, a la postre campeón del certamen, que contó a su favor con una serie de fallos arbitrales claramente localistas. Meisl fue también árbitro internacional, miembro de la FIFA y secretario general de la Federación Austriaca. Falleció en 1937. Sindelar es el otro personaje clave del fútbol austriaco de los años treinta. Conocido como el «Hombre de Papel» o el «Mozart del fútbol», fue el intérprete estelar en el campo de las tácticas diseñadas por Meisl. Fino, inteligente, habilísimo y capaz de enviar pases precisos a larga distancia, jugó 27 partidos por su selección hasta 1935. Se negó a jugar en el Mundial de Francia 1938, pues Austria se había fusionado con Alemania y presentó un equipo conjunto en ese certamen. Acosado por los nazis, decidió suicidarse junto a su esposa, de origen judío, el 22 de enero de 1939 en Viena, poco antes de cumplir 36 años. Más de 40 mil personas acompañaron el cortejo fúnebre de Sindelar por las calles de la capital austriaca, en lo que puede considerarse una de las mayores manifestaciones públicas en contra del accionar nacional-socialista antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Ni Meisl ni Sindelar, figuras cumbres en la historia del fútbol austriaco (y mundial), participaron en los Juegos Olímpicos de Berlín.

Adolfo Hitler no tuvo participación alguna en la eliminación peruana

Se le podrán atribuir multitud de crímenes, pero en el asunto Austria-Perú el Führer no tuvo responsabilidad alguna. Como ya quedó dicho, la FIFA manejaba el campeonato de fútbol de los Juegos de Berlín y los partidos se disputaban bajo sus estatutos. Se instituyó un Jurado de Apelación integrado por cinco miembros de la FIFA para resolver cualquier problema que se presentara en el torneo. Este Jurado estuvo integrado por el francés Jules Rimet, presidente de la FIFA, el italiano G. Mauro, el belga R. W. Seeldrayers, el checoslovaco R. Pelikan y el sueco A. Johanson. Este Jurado fue el que dictaminó la repetición del partido Austria-Perú. Ellos eran la autoridad en el campeonato, no los miembros del Comité Olímpico Alemán, sobre quienes, ciertamente, Hitler ejercía fuertes influencias. No olvidemos que estos Juegos fueron utilizados por el Ministerio de Propaganda del Tercer Reich como parte de la presentación ante el mundo de una Alemania poderosa y disciplinada bajo el gobierno del Führer. Por eso, no se quería que ningún incidente empañara los Juegos. El Comité Olímpico Alemán solo intervino en el caso Austria-Perú cuando se anunció el retiro de toda la delegación peruana y algunas sudamericanas, e intercedió para buscar una salida al conflicto.[15]

En el Perú, sin embargo, hubo una confusión al respecto y se implicó en el asunto a todo aquello que remitiera a Alemania. Algunas casas comerciales de ciudadanos alemanes fueron atacadas y el presidente de la colonia alemana en el Perú se vio obligado a publicar un anuncio en los periódicos en el que deslindaba responsabilidades.[16]

---

[15] Que no se vinculara a Alemania con la decisión de la FIFA fue una preocupación inmediata no solo del Comité Olímpico Alemán, sino también de los residentes alemanes en el Perú. En la edición de la tarde de *El Comercio* correspondiente al martes 11 de agosto de 1936 se lee esta noticia:
«Reunión de la colonia alemana con motivo de los sucesos de Berlín.

> En la noche de ayer, un grupo de 340 personas aproximadamente, pertenecientes a la colonia alemana residente en la capital, se reunió en el local de la Casa Alemana ubicada en el balneario de Miraflores. En esta reunión, según se nos ha informado, se contempló la situación creada a la colonia de Lima con motivo de lo ocurrido en la sede de la XI Olimpiada que se desarrolla en la ciudad de Berlín, a raíz del fallo que anula el notable triunfo del equipo peruano de football sobre el austriaco, acordándose expresar en contra de lo opinado por la FIFA. "La unión que nos ocupa tiene como objetivo manifestar la protesta adoptada por la colonia a fin de expresar el pensamiento de los alemanes residentes entre nosotros", declaró un representante. Además indicó que estaban en todo momento con el Perú y que todas sus simpatías eran por la causa peruana. Igualmente leyéronse algunos cables recibidos en las últimas horas de la tarde de ayer en los que se comunica la decisión del Comité Olímpico, organizador del certamen, de esperar hasta las seis de la mañana de hoy para definir la situación de nuestros competidores olímpicos. Según sabemos, la reunión en la Casa Alemana se prolongó hasta minutos antes de las once de la noche, hora en la que se retiraron los asistentes».

[16] En la edición de la tarde de *El Comercio* correspondiente al lunes 10 de agosto de 1936 se publica el siguiente cable dirigido por el señor Ostern, representante del Comité Olímpico Alemán en Lima, a las autoridades olímpicas alemanas en Berlín: «En vista de la resolución de la FIFA anular juego Perú-Austria exigiendo repetición juego esta tarde, recomendamos encarecidamente de acuerdo con la delegación de Alemania —agrupación local del Partido Nacional-socialista—, hacer todo lo posible ante

Esta es la versión de una fuente imparcial como la del periodista estadounidense David Wallechinsky en su monumental recuento de la historia de los Juegos Olímpicos.[17] En la página 454 de esta publicación se habla del partido Austria-Perú. Transcribimos:

> El fútbol olímpico, ya debilitado por la introducción de las Copas del Mundo desde 1930 y la exclusión de este deporte en los Juegos de Los Angeles de 1932, recibió un duro golpe con los incidentes antirreglamentarios suscitados en 1936. En un partido por cuartos de final, Austria ganaba 2-0 hasta el mediotiempo, pero Perú empató con dos goles en los últimos quince minutos. Se jugaron entonces dos tiempos suplementarios de quince minutos cada uno. Para entonces, un pequeño pero bullicioso grupo de espectadores peruanos estaba ya exaltado de la emoción. Lo que sigue, depende del continente en el que sea contada la historia. Evidentemente, algunos aficionados peruanos invadieron el campo mientras el juego se desarrollaba y, efectivamente, atacaron a uno de los jugadores austriacos. El equipo peruano tomó ventaja de este caos y anotó rápidamente dos goles para ganar 4-2. Austria protestó de inmediato y el Jurado de Apelación, compuesto por cinco europeos, ordenó que el partido se jugara nuevamente dos días después a puertas cerradas. Los peruanos se negaron a presentarse y toda su delegación olímpica abandonó los Juegos, como los colombianos, que apoyaron a sus vecinos de Sudamérica. En Lima, manifestantes peruanos lanzaron piedras contra el Consulado alemán y el presidente Benavides denunció "la maquiavélica decisión de Berlín". Cuando los diplomáticos alemanes apelaron ante Benavides para puntualizar que la decisión no había sido tomada por alemanes, sino por dirigentes de la FIFA, el presidente cambió su posición y culpó de las manifestaciones a los comunistas.

En el informe presentado a la Federación Peruana de Fútbol (FPF) por Claudio Martínez, presidente de la delegación olímpica peruana en Berlín, se dan algunos alcances de la discutida decisión de la FIFA y se responsabiliza directamente a esta organización por la injusticia cometida.[18]

---

la FIFA para conseguir reconsiderar resolución reconociendo el triunfo peruano, tomando nota que de otro modo Gobierno Perú ordenará regreso inmediato de delegación peruana íntegra en señal de protesta por resolución unilateral de la FIFA, compuesta solamente por miembros representantes europeos y sin representación sudamericana». Un ejemplo del repudio que causó la eliminación peruana y el sentimiento antialemán que se generó en Lima se encuentra en esta misma edición de *El Comercio*. Leamos el siguiente aviso publicado en la primera página del periódico: «Como protesta por el injustificado acto cometido en perjuicio del equipo peruano de football, participo al público en general que he decidido cambiar el nombre de mi establecimiento de la calle Bodegones No. 393, que durante diez años ha llevado el nombre de Sastrería Berlín, por el de Sastrería Lerner, que es el que tendrá en adelante».

[17] David Wallechinsky. *The complete book of the Summer Olympics Games*. Overlook Press, 1024 pp. Esta obra es utilizada como base de datos de los Juegos Olímpicos por la prestigiosa revista *Sport Illustrated*.

[18] Este informe de Claudio Martínez se encuentra incluido en la *Memoria del Comité Nacional de Deportes y Comité Olímpico Peruano (año 1936)*, firmada por Eduardo Dibós Dammert, presidente de esta institución.

> Error fundamental del Comité Organizador de la Olimpiada fue el dar cabida a la comercializada FIFA en un certamen amateur. Error que no fue capaz de corregir poniendo en su sitio a los mercaderes del deporte cuando ultrajaron y befaron con un fallo inicuo a una delegación como la del Perú, que concurrió a honrar con su presencia de nación joven e idealista, unas justas que suponía controladas con justicia y corrección (…). Salta a la vista, pues, en forma inobjetable, el deliberado propósito de la FIFA de impedir por todos los medios a su alcance que el Campeonato Olímpico fuera obtenido por el Perú. Entre las razones que para ello pudiera tener —todas de interés particular para esa institución y en pugna con los intereses del deporte, cuyo control ha asumido—, está la de no verse privada de los porcentajes que recibe cuando el equipo campeón juega en Europa, porcentajes de los cuales se iba a ver privada si el Perú traía el campeonato a Sudamérica. Se trata, pues, de un interés exclusivamente económico de una organización esencialmente comercializada como la FIFA, explotadora del football profesional y socia de todos los grandes partidos que se juegan en Europa.

En todo caso, si aún se cree que Adolfo Hitler intervino en el asunto, habría que hacerse una pregunta. Mientras Perú le ganaba a Austria, en otro partido de cuartos de final, Noruega sorprendió eliminando a Alemania con victoria de 2-0. Ese resultado nunca se discutió. ¿Por qué el Jefe de Gobierno alemán movió todas sus influencias para favorecer abyectamente al equipo austríaco en vez de hacerlo para favorecer al propio equipo alemán? Algunos podrían decir «es que el enemigo racial y político era el Perú, no Noruega, aliado de Alemania». La historia los desmentiría: cuatro años después, Noruega fue uno de los primeros países invadidos por las fuerzas del Tercer Reich en la sangrienta ofensiva de la *Blitzkrieg*, primera etapa de la Segunda Guerra Mundial.[19]

[19] En el capítulo correspondiente a la Segunda Guerra Mundial de la «Historia Universal» de Carl Grimberg se encuentran algunas referencias a la invasión de Noruega por las fuerzas alemanas. «Hitler dispuso la invasión de Noruega. En la noche del 2 al 3 de abril de 1940, los primeros navíos de guerra y de transporte zarparon de los puertos alemanes con órdenes de atacar durante la noche del 9 de aquel mismo mes (...). Hitler ordenó a las unidades alemanas aferrarse al suelo de Noruega; después mandó ocupar el país, cualesquiera fuesen las circunstancias de la lucha. Con tal finalidad, el Führer había comprometido efectivos importantes: seis divisiones, mil doscientos aviones y casi toda la marina de guerra, además de numerosos buques de transporte (...). La defensa noruega demostró ser poco eficaz. A partir del 9 de abril, los alemanes fueron ocupando todo el litoral hasta Narvik. Hicieron fracasar la movilización decretada por Haakon VII, rey de Noruega, y se apoderaron de la mayoría de los almacenes y de los aeródromos del país escandinavo. La aviación germana era dueña del cielo. No obstante, Noruega siguió resistiendo durante dos meses, hasta el 7 de junio de 1940, en una lucha sin ayudas y sin esperanzas, ya que la acción de las potencias occidentales era insuficiente. Aunque la marina de Hitler experimentó graves pérdidas, Noruega quedó ocupada por entero, y así permaneció hasta terminar la contienda: en poder de un ejército alemán y de una policía hitleriana para proteger al colaboracionista Vidkun Quisling. La familia real y el gobierno noruego se trasladaron a Inglaterra alentando la lucha del pueblo contra los nazis». Queda claro que Hitler no consideraba a Noruega como un aliado.

Por último, no deja de ser curiosa la manera en la que se ha involucrado a Adolfo Hitler en el caso de la selección peruana de Berlín 1936. Si bien es cierto que en un inicio hubo un sentimiento antialemán generalizado en Lima por lo que se consideraba que era una enorme injusticia cometida contra nuestra selección de fútbol, no se ha encontrado ninguna fuente de entonces que responsabilizara al Jefe de Gobierno alemán por tal medida. Para entenderlo, hay que ubicarse nuevamente en el contexto: en 1936 Hitler era un líder político que contaba con miles de admiradores en todo el mundo, incluyendo el Perú. En nuestro país, uno de los candidatos presidenciales a las elecciones convocadas ese año, Luis A. Flores, jefe del partido Unión Revolucionaria, adhería claramente a la ideología nacional-socialista, adoptó la camisa negra y el saludo de los fascistas, y proclamó una política intolerante ante comunistas y apristas; llegó a ser ministro durante el gobierno de Sánchez Cerro. A Hitler se le consideraba el principal responsable de haber levantado a la nación alemana del estado de postración en el que le había dejado la Primera Guerra Mundial, hasta conducirla con mano firme, orden y trabajo, a la opulenta situación que podía exhibir a través de los Juegos Olímpicos de Berlín. El propio presidente peruano, General Óscar R. Benavides, adoptó un modelo de gobierno que bien podría considerarse de inspiración hitleriana. Bajo el lema de «orden, paz y trabajo», tomó una serie de medidas populistas y utilizó crasamente a la Fuerza Armada para afirmar su autoridad, la que ejercía de manera dictatorial al gobernar sin Congreso. Benavides estableció un rígido sistema de control sobre la prensa y prohibió toda propaganda que considerara disociadora. A sus opositores comunistas y apristas los acusó de diversos crímenes, los persiguió, y muchos de ellos fueron desterrados. Dentro de este panorama fundamentalmente anticomunista y antiaprista, las referencias que se hacían de Adolfo Hitler —en 1936— estaban cargadas de elogios y admiración, y en ningún momento se le vinculó a la decisión de la FIFA que perjudicaba a la selección olímpica peruana. ¿Cuándo, entonces, surgió aquella versión de nuestro mito olímpico que debe a una rabieta de Hitler la arbitraria separación de la selección peruana, compuesta por mestizos y negros, de un torneo donde debían triunfar los representantes de la raza aria? No se ha podido ubicar el momento exacto, pero sin duda, es posterior a la década de 1930. Con el ingreso de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial, la fuerte propaganda antihitleriana difundida en películas y libros provenientes de ese país, y posteriormente el descubrimiento de los horrores perpetrados por los nazis bajo el gobierno de Hitler, este pasó a ser ante los ojos del mundo el personaje abominable que recuerda la historia desde la década de 1940. Cuando —en reportajes de los años cincuenta y sesenta— se recuerda la campaña de la selección peruana en los Juegos Olímpicos de Berlín, ya aparece la maquiavélica figura de Hitler como responsable del clamoroso despojo sufrido por los blanquirrojos. Aproximadamente veinte años después de ocurridos los hechos, una nueva vuelta de tuerca le daba mayor esplendor a leyenda de los olímpicos peruanos en Berlín 1936.

No se ordenó la repetición del partido Austria-Perú ya que se adujo que la cancha no tenía medidas reglamentarias

Puede cuestionarse el dictamen emitido por los cinco miembros europeos del Jurado de Apelación de la FIFA que decidieron repetir el partido Austria-Perú, pero no es cierto que el argumento utilizado fuera el absurdo de las medidas antirreglamentarias del campo del estadio Hertha.

El reclamo austriaco, presentado el mismo sábado 8 de agosto, se basaba en tres puntos entrelazados: las condiciones del campo que no daba seguridades a los protagonistas, la agresión a los jugadores austriacos por parte de aficionados peruanos que invadieron el campo y la actuación del árbitro Khristiansen, condicionada precisamente por la falta de seguridad existente. Si se lee el fallo del Jurado de Apelación firmado por Jules Rimet —transcrito líneas arriba en el apartado «La versión oficial»—, se entenderá que solo se considera válido el punto de las agresiones. El fallo a la letra dice así:

> Resulta de los informes obtenidos durante el curso de las indagaciones a que se ha procedido, que se han producido hechos que han podido impedir el desarrollo normal del partido. No se puede hacer ninguna observación de carácter técnico, pero la organización del partido ha sido perturbada por circunstancias imprevistas. Notoriamente ha sido imposible impedir que los espectadores entren al terreno de juego y que particularmente uno de ellos, después de haber penetrado al terreno, ha podido dar un golpe a uno de los jugadores. Estas circunstancias pueden ser consideradas como causantes de haber colocado a los equipos en estado de inferioridad, contrarias al buen espíritu deportivo.

En ningún momento se dice que las medidas del campo no fueran reglamentarias. Es más, en el estadio Hertha se jugaron tres partidos por el torneo olímpico, no solo el Austria-Perú. Los últimos cuatro encuentros del campeonato de fútbol por semifinales y las medallas se jugaron en el Estadio Olímpico de acuerdo al programa establecido con anticipación. El estadio Hertha, remodelado después de la Segunda Guerra Mundial, es utilizado aún por el equipo más popular de la capital alemana —el Hertha Berlín— para los partidos que juega como local en la Bundesliga.

La dirigencia peruana, esforzada pero inexperta, no tuvo la firmeza necesaria para defender su posición

Algo anuncia el periodista Teodoro Salazar en su libro «Vamos Boys».[20] Salazar escribe: «Algunas versiones culpan a los dirigentes que acompañaron a la delegación peruana, de incapaces. Se dice, incluso, que la FIFA solo requería la presencia de un dirigente peruano para desechar la protesta de Austria. Pero ningún dirigente se hizo presente en el momento oportuno».

[20] Teodoro Salazar Canaval. *Vamos Boys*. Lima, Editorial Brasa S.A., 1992, 248 pp.

Los acontecimientos se sucedieron así: el sábado 8 de agosto se jugó el partido que por cuartos de final del campeonato de fútbol olímpico ganó Perú 4-2.[21] Una vez finalizado el mismo, los delegados austriacos presentaron su reclamo ante el Jurado de Apelación. Los dirigentes peruanos no se dieron por enterados hasta el lunes 10 a las ocho de la mañana, cuando a la Villa Olímpica llegó un mensajero de la FIFA citando a nuestros delegados a una sesión en el Hotel Russicher Hoff a las 10 a.m. Claudio Martínez, presidente de nuestra delegación, recoge así esos momentos en el informe que presentó posteriormente a la FPF:

> Los delegados peruanos salieron de la Villa Olímpica a las 9 a.m., pero como la prueba de bicicletas en carretera tenía lugar en esos momentos, debiendo pasar los ciclistas por la vía que comunicaba a la Villa con Berlín, los omnibuses recibieron orden de no avanzar hasta que no pasaran los ciclistas. Esto demoró la salida hasta cerca de las 10 a.m. y aún después de partir, el ómnibus desvió su recorrido habitual llegando con más demora que lo normal.

Los delegados peruanos (Claudio Martínez, Miguel Dasso, Manuel Mujica Gallo y Cerro Cebrián) se presentaron recién a las 11:30 a.m. en el Salón de Actos de la FIFA ubicado en el Hotel Russicher Hoff. Enterados del reclamo austriaco, los «pueriles argumentos merecieron la sonrisa de los delegados peruanos», según el propio Martínez. Así continúa el informe del presidente de la delegación nacional.

> Terminada la lectura de los indicados documentos (reclamo austriaco e informe del árbitro Khristiansen), los cuatro delegados peruanos abandonaron el salón y se dirigieron al vestíbulo del hotel en espera de la decisión del Jurado de Apelación. En vista de las inconsistentes razones aducidas por la delegación austriaca, se suponía que el reclamo después de breve deliberación sería desechado.

Suposición errónea, pues poco después de la una de la tarde, Jules Rimet leyó en francés el fallo del Jurado ordenando la repetición del partido para esa misma tarde. Hechas las traducciones respectivas, Claudio Martínez increpó a los miembros de la FIFA por lo que consideraba un atropello y la delegación peruana abandonó de

---

[21] Esta es la ficha del partido Austria-Perú:
Austria (2): E. Kainberger; E. Künz, M. Kargl; A. Krenn, K. Wahlmüller, M. Hofmeister; W. Werginz, A. Laudon, K. Steinmetz, J. Kitzmüller, F. Fuchsberger.
Perú (4): J. Valdivieso; V. Lavalle, A. Fernández; C. Tovar, S. Castillo, O. Jordán; A. Magallanes, J. Alcalde, T. Fernández, A. Villanueva, J. Morales.
Goles: W. Werginz (A) 22´; K. Steinmetz (A) 37´; J. Alcalde (P) 75´; A. Villanueva (P) 81´, 115´; T. Fernández (P) 119´.
Fecha: sábado 8 de agosto de 1936
Estadio: Hertha BSC Platz (Berlín)
Árbitro: T. Khristiansen (Noruega)
Detalle: Como el partido acabó 2-2 en el tiempo reglamentario, se acudió a un suplementario de 30 minutos para definir al ganador.

inmediato el Hotel Russicher Hoff, anunciando que el equipo blanquirrojo no jugaría nuevamente ante Austria. Extraña que antes de tomar su decisión el Jurado de Apelación no escuchara a los dirigentes peruanos —¿será por la tardanza con que llegaron, será que no le dieron importancia al reclamo presentado por los austriacos?—, y que, conocido el fallo, estos abandonaran la reunión sin intentar alguna negociación pese a las «súplicas» —según el propio Martínez—, del ingeniero suizo Schirker, secretario de la FIFA.

Nuestros delegados se dirigieron a la Embajada peruana en Berlín y enviaron un cable a Lima —dirigido a Eduardo Dibós, presidente del COP—, para explicar los hechos: «Opino por el retiro íntegro de la delegación peruana de las Olimpiadas dejando protesta escrita. Consulte presidente de la República impartiendo instrucciones inmediatamente a la delegación del Perú», escribió Claudio Martínez. Alfredo Benavides, dirigente peruano que era miembro del COI y se encontraba en Berlín, fue informado el lunes por la tarde de lo sucedido y apoyó la decisión del retiro. Consultado en Lima el General Óscar R. Benavides, presidente de la República, fue de la misma opinión.[22]

En Lima, esa misma noche del lunes 10 de agosto, se celebró una sesión extraordinaria del COP presidida por Eduado Dibós en el local de la Federación de Football, como consta en el «Libro de Actas del Comité Olímpico Peruano del 15 de julio de 1936 al 11 de abril de 1947».[23] En esa sesión se dio lectura a los cables recibidos y enviados a Berlín y se informó que pese a repetidos intentos, no había sido posible comunicarse telefónicamente con los delegados peruanos en los Juegos. Se levantó la sesión con mociones de aplauso para el señor Claudio Martínez y el Presidente de la República General Óscar R. Benavides «por haber demostrado el particular interés

[22] Esta noticia fue publicada en la edición de la tarde de *El Comercio* correspondiente al lunes 10 de agosto: «Una numerosa manifestación se dirigió a la Casa Ostern. La bandera olímpica fue destrozada por los manifestantes. Varias personas trepáronse por el edificio de la Compañía de Seguros La Popular y descolgándose por medio de sogas obligaron a que la bandera fuera bajada. Otro grupo de manifestantes, compuesto de más o menos tres mil personas, se dirigió a la Plaza de Armas en tanto que por el Jirón de la Unión desfilaban más grupos. Como hemos dicho, un numeroso grupo de manifestantes se dirigió a la Plaza de Armas y se instaló bajo los balcones del Palacio pidiendo la presencia del Jefe de Estado. Mientras este salía, iba llegando más gente, pudiendo asegurarse que había unas cinco mil personas. Momentos después se presentó en los balcones el Presidente de la República acompañado de algunos ministros de Estado. Dos de los manifestantes le dirigieron la palabra, a la que contestó el Jefe de Estado manifestando que estaba hondamente impresionado por la grande injusticia que representaba para el Perú el acuerdo tomado por la FIFA. Dijo que él ya había impartido órdenes al presidente de la delegación olímpica para que retirara al equipo íntegramente y que el Perú en esos momentos no se encontraba solo, porque había recibido cables de Chile, Argentina, Uruguay y México manifestando que acompañarían a Perú en la actitud que tomase, porque la protesta no era solo peruana sino sudamericana y americana en general. Terminó invitando al público a que se serenara y esperara los resultados de las gestiones que se hacían con relación a este incidente».

[23] El volumen original de este *Libro de Actas del Comité Olímpico Peruano del 15 de julio de 1936 al 11 de abril de 1947* puede ser consultado en la biblioteca del COP (Av. Hipólito Unanue 290, Lince).

que tiene por el deporte nacional. Con su actitud de patrocinar oficialmente el retiro de nuestra delegación como la única solución compatible con la dignidad del país, ha dado a esta medida extrema toda la autoridad que significa el respaldo del primer ciudadano de la República».

Recién en la tarde del martes 11 de agosto en Berlín, el señor Claudio Martínez envió un documento escrito ante el Jurado de Apelación de la FIFA para sentar la posición peruana. Por mediación de Alfredo Benavides —en su condición de miembro del COI—, y del Comité Olímpico Alemán —preocupado por el retiro de toda una delegación nacional que podía deslucir los Juegos—, se lograron algunos avances: se desconoció el triunfo por walk over obtenido por la selección austríaca el día anterior y se negoció un nuevo partido para el martes 11 de agosto en el Estadio Olímpico, ya no a puertas cerradas. Sin embargo, el presidente de la República ya se había pronunciado desde Lima y no había marcha atrás: la delegación peruana abandonó la Villa Olímpica el miércoles 12 de agosto.[24]

En Lima, mientras tanto, en otra sesión extraordinaria del COP, se iniciaron gestiones para que las federaciones de fútbol americanas se retiraran en masa de la FIFA en protesta por el fallo emitido contra Perú. El jueves 13 de agosto, sin embargo, llegó un comunicado del Comité Olímpico Argentino, que lamentó «la imposibilidad moral de acordar la solidaridad requerida, porque nuestra organización ha proclamado y

[24] Hubo una cierta utilización política del tema de los olímpicos por parte del régimen de Benavides. Tener en cuenta que 1936 no solo fue año de elecciones, sino de elecciones anuladas. A los comicios presidenciales convocados por el General Óscar R. Benavides se habían presentado Manuel Vicente Villarán, Jorge Prado Ugarteche, Luis A. Flores y Luis Antonio Eguiguren, quien se convirtió en virtual presidente electo por el apoyo de votos que le dio el APRA. En la página 251 de su libro «Clases, Estado y Nación en el Perú» (Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1978, 408 pp.), Julio Cotler escribe: «El APRA pretendió competir en las elecciones, pero Benavides, valiéndose del artículo 53 de la Constitución dictada en 1933, que prohibe la participación en la política del país de partidos de naturaleza internacional, le negó ese derecho. De allí que el APRA optó por dar su voto a Eguiguren, con lo que este obtuvo mayoría. Ante esta situación, Benavides suspendió y anuló dichas elecciones, autoproclamándose presidente por un periodo de tres años más. A fin de legitimar tal situación constituyó un gobierno militar designando como vicepresidentes a tres generales y formando un gabinete militar». El 13 de noviembre de 1936 el Congreso Constituyente aprobó la prórroga del mandato de Benavides hasta 1939 «junto con la tremenda potestad para ejercer las facultades inherentes al Poder Legislativo», escribe Jorge Basadre en la página 658 de su libro *La vida y la historia* (Lima, Industrial Gráfica, 1981, 728 pp.). Parece evidente que el escándalo de la selección peruana en los Juegos de Berlín, con toda la carga nacionalista que se le dio al tema, fue una «cortina de humo» excelentemente aprovechada por Benavides para granjearse el apoyo popular y soslayar la grave situación política que vivía el país. Así analiza Basadre el gobierno de Benavides en la página 655 del libro ya citado: «Dio, además, el futuro Mariscal (a diferencia de Leguía) a su programa de gobierno una orientación populista que se concretó al ser implantado el Seguro Social, de tan enorme importancia; y al iniciarse, aunque en pequeña escala, la construcción de viviendas para gente de escasos recursos. Buscó y obtuvo, a su manera, apoyo multitudinario al proteger el deporte y al tomar iniciativas como la de la abolición del peaje en los caminos».

mantiene como principio fundamental el acatamiento absoluto a las resoluciones de la autoridad instituida para dirimir divergencias producidas en torneos deportivos».

Hubo mucha confusión, más pasos vacilantes de la dirigencia deportiva peruana. Leído ese texto, algunos dirigentes optaron por dar marcha atrás. El señor Matute recordó que la desafiliación de la FIFA implicaba la automática desafiliación de la Confederación Sudamericana. «Si Perú se separa de estos organismos», razonó, «¿quién defendería nuestras tesis en el próximo Congreso de la CSF?». Se optó por la no desafiliación. Para mayores sobresaltos, después llegó un comunicado de la Federación Chilena de Fútbol, declarando que sí estaba dispuesta a desafiliarse de la FIFA. ¿Qué hacer? Una solución a la peruana: preparar un discurso.

En sesión extraordinaria del COP realizada el sábado 15 de agosto de 1936, el dirigente Alfredo Hohagen dio lectura a este pronunciamiento: «El Comité Olímpico Perano no hace sino enorgullecerse patrióticamente de las actitudes tomadas por el país entero en defensa de su dignidad herida y felicitarse de haberlas llevado adelante con prescindencia de la opinión de los demás, pues está demostrado que salvo excepciones que nos honran, es ingenuo suponer que quienes no son peruanos sientan como propias las ofensas inferidas a peruanos, y es mucho solicitar que por ideales que sobrepasan los linderos nacionales, existan organismos capaces de afrontar un sacrificio. Reiteramos nuestro vivo agradecimiento a las naciones hermanas, cuyos espíritus han vibrado al unísono del nuestro, levantándose y protestando efectivamente ante la justicia». Una vez leído este comunicado hubo salva de aplausos.

El jueves 17 de setiembre de 1936 los olímpicos peruanos fueron recibidos como héroes en el Callao. Hubo más discursos, proclamas, votos de aplauso, homenajes, aclamaciones. Nacía la leyenda.[25]

[25] Como parte de la investigación realizada para publicar este artículo, entre 1999 y el año 2000 se hicieron sendas entrevistas con los dos únicos sobrevivientes del seleccionado olímpico de fútbol de 1936: el «Mago» Juan Valdivieso, de 90 años, y Carlos Tovar, de 86 años, figuras históricas de nuestro deporte cuyos nombres se encuentran, con justicia, inscritos entre laureles en el frontis del Estadio Nacional. El paso de tantos años, sin embargo, había auspiciado el olvido. Ni Juan Valdivieso en su plácida casa de la Urbanización Los Cipreses, en Lima, ni Carlos Tovar en su finca de Chancay, mirando al mar, recuerdan puntos precisos de la campaña cumplida en Berlín 1936.

Los usos del fútbol en las prisiones de Lima (1900-1940)

Carlos Aguirre

A comienzos del siglo XX el fútbol se convierte, de una manera asombrosamente rápida, en el deporte más popular en el Perú, especialmente en los centros urbanos de la costa y, ciertamente, en Lima. La popularidad del fútbol, que atravesó fronteras de clase y raza (aunque no las de género), ha quedado demostrada en una serie de estudios recientes que nos permiten entender los mecanismos a través de los cuales el fútbol arraigó entre las clases populares urbanas, se institucionalizó gracias a la formación de clubes que representaban distintas colectividades (escuelas, fábricas, universidades, barrios), y reflejó —de maneras no siempre claras ni inequívocas— los conflictos sociales y culturales de comienzos del siglo XX.[1] En años recientes, el desarrollo del fútbol viene siendo estudiado desde perspectivas novedosas —conectadas con la historia social, cultural y política— que superan las visiones tradicionalistas que se concentraban en lo meramente deportivo y anecdótico. Así, estos estudios enfatizan las conexiones entre el fútbol y los mecanismos clientelistas de la sociedad y la política peruanas, por ejemplo; o la forma en que los enfrentamientos entre clubes como *Alianza Lima* y *Universitario*, como ha sugerido Aldo Panfichi, convertían a los estadios de fútbol en escenarios simbólicos de los enfrentamientos raciales y de clase que atravesaban la sociedad peruana de esa época.

Para las élites modernizantes de comienzos del siglo XX, los deportes en general, y el fútbol en particular, eran vistos como actividades que debían ser alentadas pues permitían a quienes los practicaban desarrollarse física y espiritualmente, dejando de lado inclinaciones peligrosas o nocivas, y mejorando de ese modo la calidad (racial) de la población peruana. Como ha demostrado Fanny Muñoz en su excelente monografía sobre las diversiones públicas en Lima durante este período, el deporte fue visto como

[1] Véanse Álvarez (2001), Millones y otros (2002), Deustua y otros (1986), Ramírez (2002).

«una recreación muy saludable que, al mismo tiempo, permitía que las personas se mantuviesen alejadas de vicios o pasatiempos poco educativos, actividades muy comunes en Lima» (2001: 200). Por tanto, al deporte se le asignó, desde las élites, una función educativa, regeneradora y, en última instancia, de control social y político. Además, como nos ha recordado María Emma Mannarelli, el ejercicio físico fue considerado por los higienistas peruanos un «modificador higiénico poderoso» de la raza (Barriga 1902, citado en Mannarelli 1999: 55). El fútbol, en particular, fue visto como un instrumento para producir «este nuevo hombre de acción y con iniciativa al que se aspiraba para que el país progresara» (Muñoz 2001: 229); es decir, un hombre «moderno». De entre todas estas funciones atribuidas al deporte, sin embargo, la más atractiva para las élites modernizantes era la de constituir «un medio para erradicar el vicio y la inmoralidad» al interior de los grupos populares (Muñoz 2001: 233).

Este discurso sobre las ventajas del deporte y el fútbol para crear sujetos «modernos», mejorar la raza y eliminar los vicios entre los sectores populares, resultaba emparentado con una preocupación social, cultural y política mucho más amplia por el control social, el cual tenía en los mecanismos legales y punitivos su bastión más poderoso —al menos, desde el punto de vista de la intervención del Estado en la regulación del conflicto social—. Como hemos demostrado en otros trabajos, un proceso gradual de afinamiento de los mecanismos de control social se puso en marcha desde mediados del siglo XIX, el cual se hace más «científico» (y más autoritario) en las postrimerías de ese siglo y comienzos del siguiente.[2] La justicia penal en general, y la prisión en particular, fueron vistas como parte de un esquema más amplio de represión de conductas «desviantes» y de formación de individuos obedientes, disciplinados y laboriosos. A través de distintos modelos y mecanismos punitivos —la reforma penitenciaria, el reformatorio de menores, el trabajo obligatorio para los vagos, el empleo de técnicas modernas de identificación por parte de la policía, entre otros—, y de ciertas técnicas «regeneradoras» —especialmente la educación, el trabajo y la prédica religiosa—, las élites buscaban afanosamente eliminar lo que ellas consideraban un peligro para la estabilidad social y política del país: las conductas contrarias a la autoridad, las tradiciones populares que se resistían a los intentos de las élites por eliminarlas, y ciertas formas de socialización que se veían como opuestas a los sueños de «modernidad» y civilización que querían imponerse.

En todos estos casos, sin embargo, los diseños controlistas de las élites se vieron sujetos a serios ajustes y no pocas distorsiones cuando fueron implementados en la práctica. Las prisiones —y, dentro de ellas, los programas de «regeneración» basados en el trabajo y la educación— no funcionaron como había sido planeado; la labor de la policía distaba mucho de ser todo lo eficiente que se quería; la religión no

[2] Véase sobre todo Aguirre (2005a).

alcanzaba a modificar sustantivamente las conductas populares; y el deporte, quizás el más «benigno» de todos estos mecanismos y prácticas sociales, se convertía en una herramienta que, si bien no desafiaba frontalmente los afanes controlistas de las élites, permitía a sus practicantes una gran capacidad para articular una serie de expectativas, agendas e incluso demandas sociales y políticas. El fútbol se convirtió en una arena de contención en la cual se ponían en juego agendas sociales, culturales, simbólicas y políticas muchas veces radicalmente divergentes. En ello radica, probablemente, una de las claves de su popularidad; allí, también, la riqueza de significados que su estudio nos permite descubrir.

En su importante estudio sobre el fútbol en Lima a comienzos del siglo XX, José Deustua, Steve Stein y Susan Stokes proponen una interpretación del fútbol que combina la perspectiva «controlista» y el contenido relativamente «autónomo» y «popular» que adquirió; situando su desarrollo, además, al interior de ciertas formas de cultura política propias de la sociedad peruana de esa época:

> El advenimiento del fútbol popular fue, ciertamente, un fenómeno contradictorio. El deporte pasaba a ser un espacio de las clases populares, pero era también, y a la vez, un instrumento de control, una forma de reproducir dentro de nuevas dimensiones relaciones de dominación, de clientelaje, de las que los futbolistas no solo no escapaban sino que querían también usufructuar. (1986: 141)

Aunque hay aspectos de la historia del fútbol que no aparecen incluidos en la formulación de estos autores —mencionemos, por ejemplo, las relaciones entre el fútbol y las identidades étnicas, nacionales y de género que han venido siendo estudiadas con mucho énfasis recientemente—, la hipótesis de estos autores apunta a desentrañar el complejo y contradictorio desarrollo del fútbol en una sociedad como la peruana de comienzos del siglo XX.[3]

Este artículo busca contribuir al estudio de estas múltiples dimensiones de la historia del fútbol peruano, enfocándose en la práctica de dicho deporte dentro de uno de los espacios privilegiados de la estrategia punitiva del Estado: la prisión. Se juntan aquí varios de los elementos que hemos mencionado anteriormente, y que formaban parte del imaginario de las élites en su incesante afán de mejorar y expandir sus formas de control sobre los grupos subalternos de la sociedad. La población carcelaria, supuestamente culpable de crímenes punibles y portadora de valores contrarios a la ley y la civilización, era sometida a una serie de tratamientos y terapias (no siempre, sin embargo, aquellas mandadas por los reglamentos) que buscaban imponer sobre ella la voluntad punitiva de la ley, al tiempo que (en teoría, al menos) trataban de modificar los rasgos no conformistas de su conducta. Dentro de este esquema dual —represión y

[3] Un buen resumen de las nuevas perspectivas sobre fútbol y sociedad en América Latina se puede encontrar en Archetti (2003).

reforma, castigo y regeneración—, la práctica del fútbol, y el deporte en general, vino a acompañar, desde comienzos del siglo XX, al trabajo y la educación como fundamentos básicos de la terapia carcelaria de control y regeneración. De hecho, su popularidad entre las clases populares y las élites convertía al fútbol en un mecanismo de reforma penal mucho más atractivo que la educación (bastante más difícil de implementar) y el trabajo (que generaba múltiples conflictos de orden económico y práctico).[4] Por tanto, era de esperar que el deporte, y especialmente el fútbol, se convirtieran en elementos centrales de la vida cotidiana de la prisión. Pero, al igual que ocurrió con otros elementos de la realidad carcelaria, y de manera similar a lo que ocurría con su práctica en la sociedad en general, el fútbol en la cárcel habría de convertirse en un elemento de conflicto y negociación que abrió para muchos presos la posibilidad de avanzar algunas de sus agendas individuales y colectivas, contribuyó a generar y reforzar estructuras jerárquicas y de poder existentes al interior de la prisión, y permitió la creación o ampliación de espacios relativamente autónomos al interior de la sociedad carcelaria.[5]

Desde que, a mediados del siglo XIX, el Perú adoptó legalmente el modelo penitenciario según el cual el objetivo principal de la privación de la libertad era la búsqueda de la reforma del delincuente, los reglamentos de las cárceles y la práctica cotidiana de las autoridades carcelarias empezaron a hacer uso de premios y castigos en sus afanes de modular la conducta de los presos —sea con vistas a su reforma permanente, sea con el propósito inmediato de mantener el orden interno de las prisiones—. Detrás de esta idea existían dos premisas: primero, que los criminales eran «reformables», es decir, que su conducta no estaba biológica ni racialmente predeterminada (postura esta que, sin embargo, no era universalmente aceptada), y que podían ser «regenerados» gracias a la combinación de varias formas terapéuticas;[6] segundo, que esta regeneración debía ocurrir, al menos en parte, como producto de los «incentivos» (morales y materiales) que se otorgaban a los presos/criminales, lo cual suponía un cambio respecto a la idea —aún *supérstite*, sin duda— de que el puro castigo o la coerción bastaban para modificar o reprimir conductas. El reglamento de la penitenciaría de Lima, aprobado en 1862 por su fundador y director Mariano Felipe Paz Soldán, por ejemplo, estipulaba que los presos de buena conducta se harían acreedores a visitas, tiempo libre, y permiso para cultivar flores y plantas, leer libros y consumir tabaco y coca «estando solos».[7] Este reglamento, sin embargo, no contemplaba la actividad física como un elemento de la terapia reformista ni como un incentivo para los presos. El nuevo reglamento de

[4] Sobre los conflictos y tensiones alrededor del uso del trabajo como mecanismo de regeneración en las prisiones, véase Aguirre (2005a: capítulo 6).

[5] Sobre las dinámicas de negociación y conflicto al interior de las cárceles de Lima, véase Aguirre (2005a).

[6] Sobre los orígenes de la reforma penitenciaria en el Perú, véase Aguirre (1995).

[7] *Reglamento de la penitenciaría de Lima*, en Manuel Atanasio Fuentes y M. A. de la Lama (1877).

la penitenciaría aprobado en 1901 tampoco incluía ejercicios físicos o deportes como elementos constitutivos del «tratamiento» a los presos, aunque sí consideró la salida a los «patios» o «pampas» por media hora cada día y por tres horas los domingos y feriados.[8] Conforme avanzaba el siglo XX, sin embargo, la práctica del deporte se fue popularizando y, en el discurso de las élites, empezó a ganar terreno como un mecanismo de regeneración y mejora racial y espiritual; como consecuencia, la práctica de varios deportes, y especialmente el fútbol, se hizo popular también en las prisiones, auspiciada por el atractivo que tenía tanto para presos como para las autoridades —por razones distintas, ciertamente, como veremos más adelante—. De esta manera, el fútbol y otros deportes se fueron convirtiendo en un componente importante de la vida cotidiana dentro de las prisiones, especialmente en la penitenciaría de Lima (también conocida como «panóptico») y en la colonia penal de El Frontón, las únicas prisiones de Lima que contaban con el espacio físico necesario para su práctica.[9]

Lo que es interesante subrayar es que todo indica que fueron los propios presos los que gradualmente impusieron la práctica del fútbol al interior de las prisiones. Muchos de ellos, sin duda, ya lo habían practicado en sus escuelas y barrios,[10] y una vez que se vieron sujetos a la privación de la libertad y enfrentados a la necesidad de encontrar no solo actividades para llenar las largas horas de encierro, sino también formas de entretenimiento que ayudasen a aliviar el dolor y el sufrimiento, encontraron en la práctica del fútbol una solución casi ideal. Enfrentadas a esta realidad, las autoridades de las prisiones —claramente influenciadas además por la prédica oficial y periodística en torno a las ventajas del deporte como reformador de conductas— buscaron tomar ventaja y utilizar el fútbol (y, en menor medida, otros deportes como el box y el voleibol), no solo para producir «mentes sanas» sino también para mejorar su capacidad de control sobre los presos: una adecuada administración del deporte como

---

[8] *Memoria que presenta el Ministro de Justicia, Instrucción y Culto al Congreso Ordinario de 1901*. Lima: Imprenta del Estado, 1901, p. 271.

[9] No hemos encontrado evidencias sobre la práctica de deportes en la cárcel de Guadalupe —que existió hasta 1928—, aunque esto puede deberse a vacíos en la documentación. Lo que sí es cierto es que dicha cárcel tenía serios problemas de sobrepoblación, por lo que los espacios abiertos no eran muchos ni muy grandes. Recordemos, además, que funcionaba en un antiguo convento, cuya estructura no dejaba demasiado espacio libre.

[10] Es interesante insertar aquí el testimonio del futbolista Miguel Rostaing, quien se refiere a su amistad con«muchos chicos [que] se malograban, se volvían ladrones» en el barrio de La Victoria. Estos «eran rateros» pero «eran nuestros amigos fuera, en las calles», donde se juntaban a jugar fútbol. Fue su madre, dice Rostaing, quien, gracias a su severidad, lo salvó de la vida delictiva y lo hizo «bueno». «Esquivando los golpes dentro y fuera de la cancha de fútbol», testimonio de Miguel Rostaing recogido por Steve Stein, en Millones y otros (2002: 37). La popularidad del fútbol era muy grande en los barrios populares —Malambo, La Victoria, Tajamar—, precisamente los barrios de donde venían los llamados rateros y faites que poblaban las prisiones limeñas. Sobre el fútbol en las escuelas limeñas, véase sobre todo Álvarez (2001), quien sostiene que fue en las escuelas donde primero se difundió el fútbol en el Perú.

entretenimiento —su uso como «recompensa» por buena conducta—, les permitía ejercitar una cuota importante de presión sobre los presos con relación a su comportamiento. En consecuencia, el fútbol se convirtió, con el paso de los años, en un ingrediente importante en la permanente negociación entre las autoridades y los presos en torno a la conducta de estos últimos.

¿Cuándo se populariza la práctica del fútbol en las prisiones de Lima? Nos es imposible contestar a esta pregunta con total certidumbre, pero nos arriesgamos a sugerir que se trata de un proceso gradual que marcha paralelo a la difusión del fútbol en la sociedad limeña en general y que cristaliza hacia la década de 1920, cuando empiezan a aparecer en las cárceles limeñas clubes deportivos, se organizan festivales en los que se mezcla deporte, música y entretenimiento, y las autoridades empiezan a tomar cartas en el asunto, buscando promover y controlar al mismo tiempo la práctica del fútbol. Estas evidencias sugieren un ritmo de difusión muy parecido al que tuvo lugar en Lima: poco a poco, entre 1900 y 1920, el fútbol se apoderó de la afición limeña gracias a un proceso de difusión/apropiación que lo lleva de ser un deporte de élite a constituir una práctica masiva y popular.[11] Este proceso cristaliza durante los años 20 cuando, según expresión de Guillermo Thorndike, el deporte (y no solo el fútbol) «enloqueció» a los peruanos (1978: 77). Una tesis de 1914 sobre las prisiones de Lima sugiere que ciertas prácticas deportivas, como «el salto, la carrera, la pelota», eran más bien reprimidas por las autoridades de la penitenciaría de Lima, lo que podría indicar que para los presos no era fácil ejercitarse en la práctica del deporte, y para las autoridades se trataba de una práctica innecesaria o hasta peligrosa (ver Valdez 1914). Hacia finales de la década de 1920, sin embargo, ya el fútbol se había convertido en una actividad cotidiana e importante. Por esa época, la práctica del deporte —principalmente fútbol, pero también voleibol y box— se convirtió en protagonista central de las varias jornadas de esparcimiento y adoctrinamiento que se organizaban en las prisiones.

A fines del gobierno de Leguía, una campaña dirigida por la conocida escritora Ángela Ramos intentó generar en la opinión pública y en los medios gubernamentales una corriente de simpatía hacia los presos. Motivada por una preocupación sincera de solidaridad humana y conmiseración hacia los internos, y alentada por sus múltiples contactos con miembros de la administración de Leguía, Ángela Ramos consiguió que, al menos durante ciertas fechas simbólicas, los presos tuvieran un momento de alegría y entretenimiento. Así nació la celebración de «La navidad del preso», una jornada que se repetía cada año en la penitenciaría, la cárcel de Guadalupe, la colonia penal de El Frontón, la cárcel de mujeres de Santo Tomás y otros centros de reclusión.[12] Otras fechas, como el Día de la Madre, Fiestas Patrias, o las fiestas de Santa Rosa de Lima o

[11] Véanse los trabajos antes citados de Deustua y otros (1986), Millones y otros (2002) y Ramírez (2002).

[12] Véanse las crónicas de esta campaña en Ramos (1990).

la Virgen del Carmen, eran también celebradas en las prisiones gracias a iniciativas de personas como Ángela Ramos o algunas instituciones filantrópicas. Los programas que se desarrollaban en estas ocasiones eran muy similares: discursos de las autoridades, palabras de agradecimiento de algunos presos, lectura de poemas, interpretación de canciones y bailes, competencias deportivas —en las que participaban los presos y, a veces, incluso las guarniciones militares que tenían a su cargo la custodia de las prisiones—, entrega de regalos y premios (que incluían, por ejemplo, cigarrillos y artículos de uso personal), y a veces una comida especial para los detenidos. Por citar solo un ejemplo, el programa de Fiestas Patrias celebrado en la penitenciaría de Lima en julio de 1937 incluía los siguientes actos: Misa, Himno Nacional, las canciones «Cuando el indio llora» y «El obrerito», los tangos «La Cumparsita» y «Traición», el huayno «Una estrella se ha perdido», poesías a San Martín, la Patria y Bolívar, y la danza «La huaccha», todos ellos interpretados por reclusos. El programa concluía con un campeonato de fútbol.[13] Partidos de fútbol y voleibol, y algunas otras competencias deportivas, eran parte importante de estos eventos, y los equipos deportivos se preparaban para ellos con bastante anticipación. La combinación de elementos religiosos, patrióticos y deportivos revela el contenido pedagógico que se le quería dar a estas conmemoraciones.

Una prueba de la importancia que había adquirido el fútbol en la vida cotidiana de los presos —y también de las tensiones raciales que informaban su práctica—, fue el incidente que se produjo en 1929 cuando las autoridades de la penitenciaría de Lima propusieron la construcción de un aula en el terreno conocido como «Pampa del Tahuantinsuyo». Existían por entonces dos terrenos relativamente amplios dentro de los muros del panóptico, que eran utilizados para diferentes actividades, incluyendo la práctica del fútbol. En el diseño original de Paz Soldán, ciertas porciones de estos «patios» debían usarse para que los presos cultiven flores u hortalizas, lo que les permitiría hacer «ejercicio» y obtener algún ingreso. Sin embargo, el uso de estos terrenos, sugería Paz Soldán, debía estar sujeto a la «buena conducta» de los presos (1853: 131). De hecho, no solo los presos, sino también guardias y autoridades de la penitenciaría, se dedicaron con comprensible entusiasmo al sembrío de hortalizas y, también, a la crianza de aves de corral, negocio este que, al parecer, resultó muy lucrativo (y que habría de generar numerosos episodios de tensión y conflicto entre autoridades y presos). Pero conforme se fue popularizando el fútbol, estos dos patios o «pampas»[14] empezaron a

[13] Archivo General de la Nación (de aquí en adelante, AGN), Ministerio de Justicia (MJ), legajo 3.20.3.1.12.5.4.

[14] El término «pampa» se usaba en esa época para designar pedazos de terreno donde se practicaba el fútbol amateur, generalmente por jóvenes pertenecientes a las clases trabajadoras de Lima. Guillermo Thorndike menciona, entre otras, la «Pampa del Pellejo», en La Victoria, «donde juegan descomunales campeonatos de barrio» (1978: 14). Miguel Rostaing cuenta que él y sus amigos jugaban «en una pampa que siempre hay en diferentes sitios» (citado en Deustua y otros 1986: 136). Véase también Álvarez (2001).

ser utilizados para la práctica de ese deporte, con la característica peculiar de que fueron apropiados por grupos distintos de presos, divididos según su pertenencia étnica y regional. Uno de los patios pasó a ser conocido como la «pampa de los criollos» y el otro como la «pampa del Tahuantinsuyo». En el primero jugaban fútbol y se entretenían los presos limeños y costeños en general, mientras que en el segundo lo hacían los «serranos» o «indígenas». Al parecer, esta división, generada por los mismos presos, había sido aceptada sin problemas por las autoridades. Dudamos que estas divisiones hayan sido absolutamente rígidas, pero sí es cierto que al interior de la penitenciaría de Lima, como en otras prisiones (y como en el resto de la sociedad), las tensiones étnicas enfrentaban a grupos que se percibían mutuamente como distintos —y, en el caso de los «criollos», como superiores a los indígenas—. Para el director de la penitenciaría de Lima en 1929, sin embargo, esta «animadversión» entre presos de la costa y de la sierra se debía «en gran parte, a los juegos que se practican por separado, en diferentes terrenos». Para el director de la escuela de penados de la misma prisión, «las rivalidades existentes entre los reclusos de la sierra y de la costa, son efectivas», pero se hicieron más «tirantes» al adjudicárseles las pampas a cada grupo.[15]

En abril de 1929, las autoridades de la prisión aprobaron el proyecto de construir un aula para presos en una de las pampas, lo cual habría obligado a los reclusos a compartir el único espacio que les iba a quedar para practicar su deporte. Al parecer —puesto que no contamos con todos los documentos del caso—, los presos hicieron conocer su oposición verbalmente, y la formularon en términos raciales: criollos y andinos querían tener cada uno su propia pampa para no tener que mezclarse. No resultaría sorprendente constatar —aunque no tenemos las pruebas documentales— que fueron los criollos los más insistentes en su reclamo por mantener la separación. De acuerdo a los patrones raciales de la época, los criollos se sentían superiores a los indígenas y, por tanto, procuraban no mezclarse con ellos. En su respuesta a esta oposición de los reclusos, las autoridades enfatizaron que dichas rivalidades resultaban inaceptables, no necesariamente por los contenidos racistas o raciales que ellas conllevaban, sino porque las tensiones derivadas de ellas ponían en riesgo la disciplina interna de la prisión. Las tensiones étnicas, explicó el director de la escuela de la penitenciaría cuando fue consultado, basadas «en el pigmento de la piel o en el hecho accidental de haber nacido en tal o cual ciudad de la costa», originaban discordias que el deporte podía hacer desaparecer: «procuremos, entonces, vincular a los hombres tratando de destruir toda actitud egoísta». Luego de exigir que «en un [solo] campo deportivo jueguen costeños y serranos, indígenas y blancos», cierra su reflexión con una encendida proclama igualitaria: «en un país democrático no se pueden propiciar odiosidades, edificadas sobre caracteres raciales. La superioridad no nace de los signos morfológicos, sino de la virtud, del talento o de

[15] El expediente de este caso se encuentra en AGN, MJ, 3.20.3.1.12.1.2.

la capacidad sobresaliente del trabajo». Sin embargo, casi a continuación, fustigó la pretensión de los presos de influir sobre las decisiones en torno a la administración de la prisión. No se debe tolerar, dice, que los presos «opinen, discutan y se opongan a los proyectos de carácter técnico», pues no se debe confundir «el tratamiento humano con la sensiblería, incompatible con reclusos que por algo son delincuentes».

Pero los presos, como he demostrado en otro estudio, no solo se oponían a ciertas decisiones de la autoridad, sino también formulaban sus propias iniciativas —verbalmente o por escrito— con respecto a las condiciones de su encierro (Aguirre 2001). Estar presos no los inhibía de la capacidad de contestar las acciones de las autoridades, aunque para ello tuvieran a veces que disfrazar sus argumentos o utilizar métodos aparentemente serviles. Cuando las autoridades replicaron cuestionando la pertinencia de utilizar argumentos raciales para mantener las dos pampas, los presos —de nuevo, probablemente sobre todo los criollos— cambiaron de estrategia: no se negaban a la clausura de la pampa por cuestiones raciales, sino porque no querían ver reducidos los espacios para la práctica del deporte. Una carta, firmada por el preso Faustino Navarro, aseguraba que la propuesta los iba a privar «de uno de los mejores complementos de su salud: cual es, la alegría, el ejercicio sembrador de entusiasmo; los hombres enfermizos de espíritu, malhumorados, etc., encuentran allí un momento de alegría que les brinda el deporte». El deporte ayuda a promover la buena salud y esta, a su vez, ayuda a cultivar «sentimientos nobles». El deporte, agrega, «científicamente es uno de los factores de la vida ya sea en el anciano, joven o niño». Dejar a los presos con solo un canchón «tiene que traer infaliblemente graves consecuencias para la salud». Finalmente, dice, los ejercicios al aire libre son una «necesidad imperiosa para la salud», y a la vez creadores de una «raza vigorosa», como ha sido el caso de países como Inglaterra, Alemania o Estados Unidos, donde existen «hombres fuertes, realistas y emprendedores».

Resulta claro que el discurso del preso Faustino Navarro utilizaba la retórica elitista respecto a la importancia del deporte para la buena salud física y mental, para la formación de hombres «fuertes» y «emprendedores», e incluso para la mejora de la raza, con el objeto de cuestionar la idea de suprimir la pampa del Tahuantinsuyo y obligar a los presos criollos y andinos a compartir el mismo espacio. Convencidos de que el argumento racial antagonista —aquel que exigía dos pampas para que cada grupo practique deporte por separado— no tendría eco entre las autoridades, los presos utilizan un discurso que las autoridades no podrían cuestionar: el deporte es bueno y, de hecho, ayuda a mejorar la raza (entendida como «raza» criolla, naturalmente). Con ello, trataban de presionar a las autoridades, quienes, si bien teóricamente veían con buenos ojos la práctica del deporte, en los hechos querían asegurarse que el fútbol no se convirtiera en una fuente de entretenimiento o indisciplina que, en última instancia, otorgara ventajas a los presos y subvirtiera la autoridad de los administradores de la prisión. Como dijera el director de la escuela de presos, «ambicionar más campos

deportivos sería convertir la penitenciaría en un club de deportes, o algo parecido. La penitenciaría, antes que todo, es una prisión». Es esta tensión entre el afán de hacer un uso controlado del deporte por parte de las autoridades y el deseo de los presos por participar de la toma de decisiones, lo que queda al descubierto en este incidente. Que el conflicto girase en torno a la práctica del fútbol, revela lo importante que era en la administración del tiempo y el espacio carcelarios.

No conocemos el desenlace de este conflicto. Todo indica que no se construyó el aula planeada —lo que podría ser explicado no solo por la resistencia de los presos sino también por las dificultades económicas e, incluso, por algún cálculo de las autoridades respecto a las tensiones que surgirían necesariamente entre criollos y andinos si fueran obligados a compartir la misma pampa—.[16] Lo más interesante de este episodio, sin embargo, radica en la constatación de que la práctica del fútbol se había convertido ya para esta época no solamente en una afición popular entre los presos, sino también en un tema de interés para las autoridades. Aunque discursivamente ambos actores compartían los mismos objetivos (la mejora de la salud y de la raza), en la práctica buscaban instrumentalizar la práctica del fútbol en función de sus propias estrategias de poder y autoridad dentro de la prisión.

Estas pugnas y su conexión con la práctica del deporte nos remiten a los varios «usos» del fútbol como manifestación cultural, simbólica y política al interior de las cárceles de Lima. Uno de esos usos tuvo que ver con la forja de relaciones de clientelismo que daban forma a muchas de las iniciativas y acciones tanto de las autoridades como de los presos. Las celebraciones y competencias deportivas aludidas antes ofrecían a ambos grupos la posibilidad de desplegar tácticas que apuntaban a algo más que la práctica del deporte como entretenimiento o como formador de cuerpos sanos y conductas dóciles. Desde el punto de vista de las autoridades, y en la medida que la participación en estos eventos estaba sujeta a la buena conducta de los presos, las celebraciones deportivas y festivas aparecían como mecanismos para reforzar el control y la disciplina al interior de las cárceles. Más aún, el programa, los discursos y hasta las canciones que se interpretaban, tenían como objetivo claro reforzar la ideología de conformidad y obediencia que las autoridades penales buscaban imponer sobre la población carcelaria. Desde el punto de vista de los presos, estas eran ocasiones no solo para aparecer como voluntariosos y obedientes colaboradores de las autoridades, sino también para establecer vínculos de clientelismo con autoridades de diferentes niveles (ministros, funcionarios, autoridades de las prisiones, etc.). En una sociedad donde el clientelismo

[16] Lo que definitivamente no desapareció fueron las divisiones étnicas entre reclusos. Diez años más tarde, en 1938, existían los equipos de fútbol «Tahuantinsuyo» y «Nacional» (cuyo nombre revela un interesante giro en la imagen que los «criollos» tenían de sí mismos), aunque al parecer las tensiones habían aflojado un poco, pues jugadores de ambos equipos formaron un combinado para enfrentarse al Club «Libertad». AGN, MJ, 3.20.3.1.7.4.

político y la adulación constituían los principales bastiones de la legitimidad política, no debe resultar sorprendente que los presos buscasen mejorar sus condiciones de vida y encierro apelando a la búsqueda de lazos verticales de clientelismo.[17]

Los discursos que se leían en estas ocasiones son particularmente reveladores. Durante la celebración del Día de la Madre en la colonia penal El Frontón, en mayo de 1928, el detenido V. M. Briceño Yáñez pronunció el discurso de agradecimiento a nombre de los presos. Luego de una larga alocución sobre la madre, no dejó de mencionar a «nuestro ilustre mandatario Excmo. Señor Augusto B. Leguía; amoroso hijo y amoroso padre», quien les servía, dijo, como «sublime ejemplo» a través de su «inmortal obra progresista» (Ramos 1990: 193). En una actuación organizada en homenaje a Leguía en la cárcel de Guadalupe en febrero de 1928, el delegado de los presos emitió estos juicios:

> Maneja las riendas del Estado, un hombre que guarda parangón con la época de luz en que vivimos [...], un hombre que, al sentir general, es el que con el momento, verdaderamente encuadra. Nosotros que al margen de esta misma sociedad nos encontramos no renegamos de ella porque de su seno nos expulsó justa o injustamente.
>
> Reconociendo la autoridad de la ley, obedecemos sus mandatos, y desde nuestras celdas, aplaudimos al representante del pueblo peruano y a los miembros de él, que como Ud. señora [se refiere a Ángela Ramos], tienden su mano piadosa a quienes por disposición legal, se encuentran fuera de la sociedad.
>
> Con talento, son manejadas hoy las riendas del Estado; de allí el progreso que ella experimenta en todas sus diarias manifestaciones.
>
> El Señor Leguía, dentro del amplio radio de acción que su mirada abarca, para todo lo que al bien nacional concierne, tuvo muy en cuenta la Administración de justicia, pues dentro su gobierno se reforman los Códigos de ella haciéndose más sapientes y por ende más humanos.
>
> ¡Oh señor Leguía!, con perseverancia poco común, y poseedor de una energía a toda prueba, llega ya a la meta de sus patrióticas aspiraciones, sin importarle un ápice los sinsabores pasados ni los por venir. El tiene un arma: el Carácter. Un escudo: la patria […]. (Ramos 1990: 174-175)

El diario *La Crónica*, de donde fueron tomadas estas transcripciones, culmina así la descripción del evento: «Con grandes vivas al Perú, al Presidente Leguía y a la Justicia Social terminó la ceremonia, entregándole los presos a la señora Ramos un retrato de ella hecho en la Cárcel por uno de los detenidos y un Memorial con más de 200 firmas, suscrito por todos los presos, en el que piden al Presidente Leguía que la señora Ángela Ramos de Rotalde forme parte del Patronato de Presos» (Ramos 1990: 177).

[17] Hemos estudiado este rasgo de las estrategias de negociación de los presos en Aguirre (2001). Sobre el clientelismo y la adulación durante el oncenio leguiísta, véase Burga y Flores Galindo (1979).

En estos, como en muchísimos otros casos de discursos, memoriales y cartas escritos por presos, la retórica utilizada buscaba enfatizar su aceptación resignada de la condición de detenidos, su satisfacción con la forma en que eran tratados, y su gratitud por el interés que por sus casos mostraban las autoridades. En otras palabras, decían lo que ellos sabían que las autoridades querían escuchar.[18] Pero al mismo tiempo, y a veces sutilmente, presentaban sus peticiones o demandas: en el caso arriba citado, se trató del pedido de que una persona que había demostrado conmiseración y solidaridad con ellos pasara a formar parte de un ente —el patronato de presos— que podía influir sobre sus solicitudes de indulto, traslado u otros aspectos de su situación legal. En otras ocasiones, los pedidos eran mucho más directos: indultos, mejoras en sus condiciones de vida o cambios en la legislación penal. Aunque el clientelismo no fue la única estrategia que los presos desarrollaron para enfrentar su situación, sí fue probablemente la más común, en parte porque se trataba de una estrategia ampliamente difundida en la sociedad peruana, y en parte porque para los presos era probablemente la que menos riesgos implicaba.

Es al interior de este juego de relaciones de clientelismo que el fútbol pasa a adquirir una dimensión más instrumental que la meramente deportiva o de control social. Los presos no solo participaban de las actividades deportivas programadas durante los eventos mencionados anteriormente, sino que se convencieron de que organizándose en clubes y estableciendo las bases para una relación de clientelismo más permanente con las autoridades, podrían obtener diversas ventajas. Así, empiezan a proliferar diversos clubes deportivos dentro de las prisiones con ese propósito: el *Club Deportivo Adán del Río*, formado en 1928 en El Frontón, y que tomó el nombre del propio director de la prisión, es un buen ejemplo de esta tendencia.[19] En mayo de 1930, el secretario de dicho club, Armejo Rivera, dirigió una carta al Director General de Prisiones, Bernardino León y León, pidiéndole apadrinar la bendición de la Santísima Cruz, acto que tendría lugar luego de la misa por la salud del Presidente Leguía. Pocos meses después, el mismo Rivera encabezó las 28 firmas que acompañaban una carta al presidente Leguía en la que proclamaban lo siguiente:

> Que, aprestándose su ilustrado, prestigioso y americanista Gobierno a encabezar la celebración continental del primer centenario de la muerte de Simón Bolívar, en el próximo

[18] En esto, los presos de Lima no se diferenciaban de otros grupos subalternos, como campesinos, esclavos o trabajadores, que con frecuencia presentan sus reclamos bajo la máscara de un discurso de «conformidad» que esconde lo que James Scott llama el «discurso oculto» (*hidden transcript*) en sus clásicos libros (1985, 1990).

[19] AGN, MJ, 3.20.3.1.12.2.2. Fueron nombrados como presidente honorario Bernardino León y León y como «protectora» Ángela Ramos. En la penitenciaría de Lima se formó el *Club Deportivo Cultural Bernardino León y León*, que llevaba el nombre del Inspector General de Prisiones. Vale la pena mencionar que León y León se opuso al uso de su nombre para el club y al nombramiento que le hicieron los presos como «presidente vitalicio y honorario» (AGN, MJ, 3.20.3.1.12.1.3).

> diciembre, se avecina con ello el caso de que todos los peruanos coadyuven en el fausto suceso, dando muestras y haciendo estremecida profesión de fé en una amplia, recta y engrandecedora observancia del precioso legado democrático y de sana convivencia social que los próceres de nuestra libertad sublimados por el genio del Libertador nos legaron.
>
> Que podria propisiarse un muy significativo aspecto de este edificante movimiento cívico facilitando una oportunidad para refrendar su buena disposición de espíritu hacia la sociedad y hacia la patria a los penados que, durante un suficiente período de prueba trascurrido en los establecimientos represivos y correccionales de la república, han acreditado unos que, no obstante su caída una vez, no habían perdido lo que guarda digno de confianza el fondo de toda alma capaz de asimilarse al bien, y otros que se han redimido ya de su pasajero extravío, gracias a la iluminación dada a sus conciencias por el humanitario, racional y científico régimen penitenciario que el estado imparte a sus condenados;
>
> Que, sin duda, esta oportunidad es optimamente merecida y acrecería en significado americano y peruano genuino si fuese alcanzada por el elemento indígena que, con evidentes circunstancias de escasa responsabilidad, sufre, resignado y ejemplar, penas que en él nada corrigen por lo general y, acaso, más bien, producen efectos negativos para el presente y el porvenir de esta raza, circunspecta y pura por naturaleza.

Piden los presos al presidente Leguía ejercer su «magnánima influencia» ante el Congreso para que este sancione una ley de indulto para indígenas y otros penados.[20] Aunque dudamos que Leguía se haya sentido motivado a intervenir en este caso, lo cierto es que los acontecimientos políticos no le iban a dar mucho tiempo para atender esta petición: solo días después de escrita la carta, Leguía sería depuesto por Sánchez Cerro y enviado él mismo a la penitenciaría de Lima en calidad de detenido.

El caso del Independiente Sporting Club, formado en la penitenciaría de Lima, nos ofrece otro ejemplo de esta estrategia. En diciembre de 1935, pocos meses después de su fundación, un grupo de 10 miembros de este club envían, en correcto papel membretado, una carta al Presidente Oscar Benavides:

> Los suscritos, en la humilde hoja de nuestro Centro Deportivo, nos honramos en saludarlo y expresarle nuestras más calurosas felicitaciones por la ampliación de su Gobierno a 3 años más. Pues estamos seguros del enorme progreso que alcanzará nuestro País en ese lapso de tiempo, si se cumple, como no dudamos, el programa de Gobierno que escuchamos por radio la noche del 8 del corriente.
>
> Pero como nosotros deseamos contribuir con nuestro grano de arena a su Gobierno, pues aunque alguna vez incurrimos en falta, nos hemos arrepentido de ella, nos hemos regenerado en la prisión, hemos aprendido oficio y observamos por esto buena conducta —le pedimos que nos indulte el tiempo que nos queda de condena [...]. Estamos dispuestos a dar la vida por su persona y su gobierno y ser elementos de progreso.

[20] AGN, MJ, 3.20.3.1.12.2.3.

> [Somos] elementos de orden en este Establecimiento Penal y no constituyendo moralmente ningún peligro en la vida de reclusión, nos sentimos dignos de un indulto. Aspiramos pasar esta Pascua en compañía de nuestros hijos.
>
> Nos repetimos sus humildes servidores.[21]

El mismo club solicita al Director General de Prisiones en mayo de 1936 su ayuda para construir una cancha de bochas: «Tenemos el alto honor en comunicar a Ud., ilustre Dr., por intermedio de la Pte. acoja las simpatias de nuestro afectisimo saludo, que desde los claustros de este ataud de piedra le envian seres que sufren las inclemencias de la vida». Los miembros del Club han acordado, dicen, otorgar un voto de aplauso al director general de prisiones «por su digna labor en bien del recluso en general». El deporte, agregan, sirve a su salud pero, además, «en los momentos de juego, nos sentimos libres de toda pesadumbre, haciéndonos olvidar la sombra dolorosa a nuestro perpetuo solaz, dado al estado psicológico en que nos encontramos I marchan a la vanguardia de los combatientes en el terreno del deporte».[22]

Entre los firmantes de la primera carta, como socio del Independiente Sporting Club, figura nada menos que Emilio Willman, el famoso «Carita», quien veinte años atrás había saltado a la fama cuando mató, en un famoso duelo en el Tajamar, al reconocido faite «Tirifilo», y cuya historia fue inmortalizada por Ciro Alegría en su cuento «Duelo de caballeros».[23] Desde su último ingreso a la prisión, en 1924, Carita se había convertido en uno de los más activos colaboradores de cuanto evento se organizara en las prisiones, así como en un miembro destacado de los clubes deportivos, todo con el claro objetivo de conseguir el indulto (una gracia que había ya conseguido en 1918 para librarse de una condena anterior). Para ello no solo se presentaba a sí mismo como un preso ejemplar (lo cual no era necesariamente cierto), sino que también ofrecía «dar la vida» al servicio del gobierno de turno —es decir, a trabajar en la policía secreta, una actividad en la que faites como él tenían harta experiencia—. Lo encontramos en El Frontón, por ejemplo, a fines de los años veinte, en las varias ocasiones en que Ángela Ramos organizó eventos para los presos. Willman había formado un dúo musical, recitaba poemas y cantaba canciones, y hasta le obsequió a Ángela Ramos un cuadro del Corazón de Jesús hecho por los presos y, luego, unos versos que compuso para ella y que interpretó con música de un «valse» titulado «Ricardo Palma»:

> Señora Ángela
> Es usted un alma tan generosa, que ha implorado
> piedad para esta pobre humanidad
> invocando a la sociedad de Lima

[21] AGN, MJ, 3.20.3.1.7.4.

[22] AGN, MJ, 3.20.3.1.12.1.6. Hemos mantenido la gramática y puntuación originales.

[23] He reconstruido la historia de «Carita» en Aguirre (2005b).

nos favorezca en la Pascua y Navidad.
Esta hermosa iniciativa
Todo Lima la ha aceptado
por Ángela fragante
Ramos de flores, querida.
Cesaremos ya de tanto sufrimiento
porque Dios lo habrá querido así,
al enviarnos el Ángel de la Guarda
que hoy tenemos en el Castillo del lif [sic].
Es hermosa y escritora
a quien todos aclamamos
por su noble corazón:
Que viva Ángela Ramos.
Un aplauso merecido
démosle, pues, compañeros,
por los años venideros
un aplauso merecido
démosle, pues compañeros. (Ramos 1990: 169)

Aunque Carita no consiguió su indulto (saldría de la cárcel recién en 1939, luego de cumplir una condena de 15 años de encierro), y muchas de las demandas o peticiones que los presos formulaban a través de cartas, memoriales y discursos nunca fueron atendidas, la estrategia clientelista funcionó en la medida que muchos de los presos que se dedicaban al deporte mantenían una relación relativamente cordial con las autoridades, y recibían de ellas, si no privilegios, al menos un trato menos severo que el común de los detenidos. Su actitud de «colaboradores» les hacía merecedores de ciertas atenciones especiales.

Es obvio que para las autoridades la difusión del fútbol entre la población penal era percibida, generalmente, como un elemento positivo, pues permitía reducir tensiones, dar entretenimiento a los presos y ofrecerles un estímulo para que mejoren su conducta. Los teóricos de la reforma carcelaria empezaron a incorporar el deporte dentro de las terapias regeneradoras —que antes solo incluían el trabajo, la educación y la prédica religiosa—. Ya en 1914, en su tesis «La patología de los delincuentes en el Panóptico de Lima», el bachiller en medicina César Valdez propuso el fomento del deporte como mecanismo para la reforma de los presos y para eliminar vicios que, como el juego de azar, afirmaba, eran tolerados por las autoridades, quienes, por el contrario, castigaban la práctica de ejercicios físicos por parte de los reclusos (Valdez 1914). En su trabajo sobre «El problema sexual en las prisiones», el jurista Bernardino León y León ofreció una serie de recomendaciones para combatir el onanismo, la homosexualidad y otros

casos de «anormalidad sexual». Entre ellas, la práctica de «ejercicios sanos, tanto en juegos como en el trabajo», de modo que los presos se acuesten cada noche «cansados físicamente»: «Las horas de recreo deben pasarlas tanto como sea posible en reunión unos con otros, pero dedicados a la práctica de agradables pasatiempos». El deporte, afirmó León y León, es una de las «medidas profilácticas» que ayudarían a combatir los vicios y las tendencias criminales (León y León 1934: 79, 81). El nuevo director de la cárcel central de varones, Celso Gamarra, propuso enérgicamente en 1933 que para combatir la ociosidad de los detenidos había que incentivar el deporte. Aparte de apoyar el fútbol también construyó una cancha de básquetbol en la cárcel.[24] Y en su anteproyecto de reglamento de la cárcel de varones, el penalista Gabriel Seminario Helguero sugería, en 1937, incluir una hora diaria de ejercicios físicos obligatorios, de 7 a 8 de la mañana, dirigidos por el profesor de educación física, y que incluirían media hora de gimnasia y media hora para jugar un *match* de *basketball* o de *foot-ball*. Quienes no formasen parte de los equipos debían ser obligados a espectar los encuentros (1937: 102-104).

Gracias al entusiasmo de los presos y el apoyo de las autoridades, por tanto, la práctica del fútbol y otros deportes creció en las prisiones a partir de 1930 de manera verdaderamente asombrosa.[25] Existen evidencias de que, durante ciertos períodos, los presos (al menos, los más afortunados) jugaban fútbol en la pampa de la penitenciaría todos los días. En El Frontón, una cancha de fútbol fue oficialmente inaugurada en enero de 1929 con un *match* entre diversos equipos de la colonia penal, lo que impulsó su práctica entre los cientos de detenidos allí recluidos (Ramos 1990: 207). La proliferación de clubes deportivos muestra la popularidad que fue tomando la práctica del fútbol en las prisiones. En la penitenciaría se formarían, a comienzos de los años 30, varios de estos clubes: El Club *Deportivo Libertad*, el ya mencionado *Independiente Sporting Club*, el Club *Libertador San Martín*, entre otros. En la contigua cárcel central de varones —creada en 1928 para remplazar a la cárcel de Guadalupe, y que ocupaba una sección de la penitenciaría de Lima—, también proliferaron los clubes, entre ellos, uno llamado el Club *Sucre*. Cada uno de estos clubes nombraba un padrino, generalmente una autoridad carcelaria o política, a quien además los presos le solicitaban la donación de uniformes y otros implementos para la práctica del deporte. Con la participación de estos clubes se organizaban campeonatos ya no solo en los eventos benéficos antes mencionados, sino también para conmemorar diversos aniversarios patrióticos o religiosos: la Virgen del Carmen, la fiesta de la Independencia, el Día de la Raza, la fiesta de Santa Rosa, el aniversario de Miguel Grau, y muchos más.

[24] AGN, MJ, 3.20.3.1.12.5.2.

[25] Cabe mencionar que otras actividades de «esparcimiento» empezaron también a ser promovidas en las prisiones durante esta época: proyección de películas, permiso para escuchar radio, formación de grupos musicales, etcétera.

También se organizaban *matches* de fútbol entre equipos de presos y equipos de afuera, que venían a ofrecer exhibiciones para la población penal. Hemos encontrado también referencias a competencias «inter-prisiones» en diversos momentos. En enero de 1937, por ejemplo, la Asociación Cristiana de Jóvenes donó una copa para disputarse en un campeonato a realizarse en la penitenciaría.[26] En julio de 1938 se jugó en la penitenciaría de Lima la «Copa Municipalidad del Rímac» con la participación del Deportivo Estrella, un equipo «de la calle», y varios equipos de internos.[27] Hacia fines de la década del 30 se llevaban a cabo «olimpiadas» deportivas en la penitenciaría: durante diez días seguidos, los presos competirían en fútbol, básquetbol, voleibol, atletismo, tiro libre al cesto, bochas, ping pong, sapo, ajedrez y damas. Para participar en estas competencias, las autoridades les exigían que se organizaran en clubes.[28] En la década de 1940 el entusiasmo por el fútbol seguiría en aumento. En abril de 1946 se llevó a cabo un partido entre el Sucre Football Club, de la cárcel central de varones, y un equipo de la penitenciaría, a jugarse en la cancha de esta última. El Director General de Prisiones aprovechó la ocasión para advertir a los jugadores que «la menor falta de disciplina dará motivo a que las justas deportivas se prohíban en lo sucesivo».[29] lo que revela una vez más el uso controlado del deporte por parte de las autoridades para procurar imponer orden y disciplina entre la población reclusa.

Como en el caso de los clubes deportivos que existían en la sociedad «libre», aquellos formados dentro de la cárcel cumplían además otras funciones, aparte de la búsqueda de crear o reforzar estructuras clientelistas: forjaban (o consolidaban) relaciones de solidaridad y ayuda mutua, permitían desarrollar formas de identidad y amistad relativamente estables —algo que, en la prisión, resultaba ciertamente crucial para sobrevivir condiciones generalmente inhumanas—, y, quizás aun más importante, contribuían a mantener abiertos los canales de comunicación simbólica y material con la sociedad de afuera, lo cual contribuía poderosamente a subvertir la lógica detrás de su propio encarcelamiento. Los clubes deportivos —más allá de los intentos de manipulación por parte de las autoridades y su instrumentalización clientelista por parte de los presos— se convirtieron así en bastiones importantes de una cultura carcelaria de solidaridad y fraternidad.

El entusiasmo por el fútbol era compartido también por los presos políticos que, por centenares, pasaban largas temporadas en la penitenciaría de Lima, el Frontón o la cárcel central de varones durante los períodos dictatoriales de las décadas de 1930 y 1940. Sin embargo, por razones más o menos obvias —restricciones en sus movimientos, constantes castigos en celdas de aislamiento, o el deseo de los presos

[26] AGN, MJ, 3.20.3.1.7.4.
[27] AGN, MJ, 3.20.3.1.7.4.
[28] AGN, MJ, 3.20.3.1.7.4.
[29] AGN, MJ, 3.20.3.1.16.32.

políticos de no juntarse con los comunes—, la práctica del fútbol no fue al parecer tan constante entre los presos políticos como lo fue entre el resto de la población carcelaria. No obstante, varios presos políticos habían sido deportistas asiduos antes de caer presos,[30] por lo que era casi natural que buscaran esas actividades una vez que caían detenidos. En sus memorias, Armando Villanueva del Campo hace varias menciones a la práctica del fútbol en el Frontón en la década de 1930, y reproduce en su libro una carta dirigida a su familia en la que les solicita le envíen «accesorios de botiquín» para poder tratarse contusiones o heridas resultantes de los partidos de básquetbol o fútbol (Villanueva y Thorndike 2004: 183, 192).[31] Todo indica que El Frontón resultaba el lugar ideal si se trataba de practicar deporte mientras se purgaba condena por delitos políticos, pues la abundancia de espacio permitía a los políticos no mezclarse con los comunes, algo que, por ejemplo, era virtualmente imposible en las pampas de la penitenciaría. Quizás por eso el preso político aprista Juan Seoane casi no habla del fútbol en su relato novelado sobre la experiencia en la penitenciaría de Lima, y cuando lo hace, es más para enfatizar el carácter sufriente de la experiencia carcelaria, al lado de la cual el fútbol aparece como una fugaz distracción: «La pampa llama al fútbol. ¿Qué se va a hacer? La juventud, la vida, todo es más fuerte que el dolor» (Seoane 1937: 334).

Como es de esperarse, la práctica del fútbol dentro de las prisiones terminaría por convertirlo en un ingrediente central dentro de la estructura de la vida cotidiana de los presos, los guardias y las autoridades. Como tal, alrededor del fútbol se fueron articulando una serie de elementos de la vida carcelaria que queremos ilustrar con varios ejemplos para mostrar hasta qué punto el fútbol —en la cárcel como en la sociedad de afuera— resulta imbuido de significados, tensiones y expectativas: en suma, un artefacto cultural polivalente y complejo. El fútbol, por ejemplo, traía consigo la posibilidad de ajustar cuentas pendientes con otros reclusos: el ingrediente de competitividad que trae consigo el deporte —sumado, naturalmente, a los muchos otros factores de conflicto que existen al interior de las prisiones—, hizo inevitable que con frecuencia partidos «amistosos» de fútbol se convirtieran en escenarios de peleas sangrientas entre reclusos. En mayo de 1930, un recluso murió como resultado de las heridas producidas por arma cortante durante un partido de fútbol en la

[30] Luis Felipe de las Casas, un dirigente aprista que sufrió largos años de encierro, era ya un consumado deportista al momento de iniciar sus actividades políticas a comienzos de la década de 1930. Fue miembro del *Club Bolognesi* de Barranco, por ejemplo, que él mismo describe como «integrado por los elementos más modestos de la localidad: negros, zambos, chinos, cholos, etc., trabajadores manuales de San José de Surco, Barranco, otros barrios» (1981: 28).

[31] La afición de los presos políticos apristas por el fútbol quedó reflejada en una interesante fotografía tomada en 1936 en Chile, en la cual aparece un equipo de fútbol de desterrados políticos y universitarios peruanos donde figuran, entre otros, Manuel Seoane, Luis Alberto Sánchez, Juan Manuel Ugarte Eléspuru, Hugo Otero y Luis Felipe de las Casas; reproducida en De las Casas (1981: 49).

penitenciaría de Lima.[32] También se producían robos durante los partidos, tanto a los propios jugadores como a las diversas instalaciones de las prisiones, aprovechando la distracción de la mayoría de presos y guardias. En junio de 1939, el tesorero del Club San Martín, Martín Luque, sufrió el robo de 180 soles mientras jugaba fútbol en la penitenciaría. La mayor parte del dinero robado (120 soles) pertenecía al Club y estaba destinado a la compra de sus camisetas.[33] En otras ocasiones la distracción producida por el fútbol era aprovechada por algunos presos para intentar fugarse. Ese fue el caso de Santiago Salcedo, un marinero acusado de sedición política, quien en julio de 1935 logró fugarse de El Frontón aprovechando de una competencia de fútbol y béisbol organizada con ocasión de las fiestas patrias.[34] Pocos meses antes, en abril del mismo año, tres reclusos del Frontón, Pablo Aguirre Arguedas, Máximo Febes Paredes y Domingo Velásquez Cruz, intentaron fugar de la colonia penal en una balsa hecha con los parantes de los arcos de la cancha de fútbol, las mesitas de noche que tenían en sus celdas, unas latas de agua y un pedazo de cuero de lobo. Lamentablemente, la balsa se desintegró en el mar y los tres fueron recapturados.[35] Otro efecto frecuente de los partidos de fútbol eran los golpes y las lesiones que sufrían los presos, lo que constituía un motivo de preocupación para las autoridades, habida cuenta de que los inhabilitaba para el trabajo. En mayo de 1930, al final de un partido de fútbol, seis presos necesitaron atención médica y solicitaron descanso debido a las contusiones sufridas. El médico de la prisión, Carlos Bambarén, expresó su preocupación porque dichas lesiones podrían «aminorar su trabajo en los talleres».[36] En otros casos, el argumento de la práctica del deporte era utilizado por las autoridades para denegar solicitudes de traslado a otros centros de reclusión —una costumbre muy común entre los detenidos que buscaban (a veces ilusamente) mejorar sus condiciones de encierro trasladándose a otra prisión—. Este fue el caso del aprista José Melgar Márquez en 1934 y del detenido Dagoberto Bentura en 1936, cuyas solicitudes de traslado a El Frontón por razones de salud fueron denegadas bajo la excusa de que se encontraban gozando de «perfecta salud», dedicado al deporte el primero, mientras que el segundo «forma parte de uno de los equipos de fútbol del penal y juega diariamente».[37]

---

[32] AGN, MJ, 3.20.3.3.1.3.45. Más adelante, sin embargo, un vigilante denunciaría que este crimen tuvo como verdadera causa una disputa entre presos por un homosexual. AGN, MJ, 3.20.3.1.12.1.3.

[33] AGN, MJ, 3.20.3.1.12.7; véase también AGN, MJ, 3.20.3.1.16.32.

[34] AGN, MJ, 3.20.2.1.80.

[35] AGN, MJ, 3.20.2.1.80.

[36] AGN, MJ, 3.20.3.3.1.3.45.

[37] AGN, MJ, 3.20.3.1.12.1.6. José Melgar Márquez fue el autor del atentado contra el presidente Sánchez Cerro en la iglesia de Miraflores en marzo 1932, por lo cual fue condenado, junto con Juan Seoane, acusado de ser su cómplice, a 25 años de penitenciaría.

Conclusión

Este artículo ha querido mostrar una faceta desconocida en la historia del fútbol peruano, pero una que confirma que las relaciones entre cárcel y sociedad son más porosas de lo que usualmente imaginamos. Una de las conclusiones que se desprenden de este ensayo es que la práctica del fútbol en las prisiones de Lima siguió un derrotero similar al de la sociedad peruana en su conjunto, adquiriendo una popularidad notable entre las décadas de 1920 y 1930. Sus características no se diferenciaban mucho de aquellas que tenía el fútbol que se practicaba en las canchas, calles, pampas y estadios de Lima y otras ciudades peruanas. Los jugadores volcaban un entusiasmo contagiante que a veces se tornaba violento; intentaban utilizar el deporte como medio de esparcimiento, pero también para reforzar o crear mecanismos verticales de clientelismo social y político; y la proliferación de clubes y asociaciones revela la importancia del fútbol en la forja de lazos de solidaridad horizontal al interior de los grupos subalternos de la sociedad. Por otro lado, y desde el punto de vista de las élites y las autoridades, la preocupación radicaba en auspiciar y controlar a la vez la práctica del fútbol: lo primero —la promoción del fútbol—, en vista del potencial que ellas veían en el deporte para contribuir a «civilizar» y «regenerar» a los grupos «desviantes» de la sociedad; y lo segundo —los esfuerzos por controlarlo—, en virtud de la amenaza potencial de que el fútbol sirviera (como efectivamente sirvió) para promover y reforzar formas populares de socialización y conducta política. Por tanto, en torno al fútbol —en las prisiones al igual que en la sociedad «libre»— se congregaron una serie de ingredientes que lo convirtieron en un elemento muy importante dentro de la dinámica social y la vida cotidiana. Al final de esta breve e incompleta historia, nos queda la sensación de que presos o libres, limeños o serranos, guardias o reclusos, y al margen de sus respectivas agendas e intenciones, todos disfrutaban del fútbol con la misma intensidad. Y quizás esto se explique porque para todos ellos, más allá de su ubicación en la jerarquía social, racial o legal, el fútbol se había convertido ya en una pasión difícil de remplazar.

Bibliografía

Aguirre, Carlos

1995 «La penitenciaría de Lima y la modernización de la justicia penal en el Perú del siglo XIX». En Panfichi, Aldo y Felipe Portocarrero (editores). *Mundos Interiores: Lima, 1870-1950*. Lima: Universidad del Pacífico, pp. 343-372.

2001 «Disputed Views of Incarceration in Lima, 1890-1930: The Prisoner's Agenda for Prison Reform». En Salvatore, Ricardo, Carlos Aguirre y Gilbert Joseph (editores). *Crime, and Punishment in Latin America. Law and Society Since Late Colonial Times.* Durham: Duke University Press.

2005a *The Criminals of Lima and their Worlds. The Prison Experience, 1850-1935*. Durham: Duke University Press.

2005b «Duelo de Caballeros». *Libros & Artes*, Nº 9.

Alegría, Ciro

1963 *Duelo de caballeros.* Lima: Populibros peruanos.

Álvarez, Gerardo

2001 *La difusión del fútbol en Lima a inicios del siglo XX. Inmigrantes y marineros ingleses, jóvenes de élite, clubes y centros educativos*. Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Archetti, Eduardo P.

2003 «The spectacle of identities: football in Latin America». En Hart, Stephen y Richard Young (editores). *Contemporary Latin American Cultural Studies.* Londres: Arnold.

Barriga, Macsimiliano

1902 «El ejercicio y la salud», Tesis de Bachiller, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Burga, Manuel y Alberto Flores Galindo

1979 *Apogeo y crisis de la república aristocrática*. Lima: Ediciones Rikchay Perú.

De las Casas, Luis Felipe

1981 *El sectario.* Lima: Editora Ital Perú.

Deustua, José, Steve Stein y Susan C. Stokes

1986 «Entre el offside y el chimpún: las clases populares limeñas y el futbol, 1900-1930». En Stein, Steve (editor). *Lima Obrera*, Tomo I. Lima: Ediciones El Virrey, pp. 119-162.

Fuentes, Manuel Atanasio y M. A. de la Lama

1877 *Diccionario de jurisprudencia y legislación peruana. Parte criminal*. Lima: Imprenta del Estado.

León y León, Bernardino

1934 «El problema sexual en las prisiones». En *La Revista del Foro*, vol. XXI. Nº 1-4.

Mannarelli, María Emma

1999 *Limpias y modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*. Lima: Ediciones Flora Tristán.

Millones, Luis, Aldo Panfichi y Víctor Vich

2002 *En el corazón del pueblo. Pasión y gloria de Alianza Lima, 1901-2001*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Muñoz Cabrejo, Fanny

2001 *Diversiones públicas en Lima, 1890-1920. La experiencia de la modernidad.* Lima: Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú,.

Paz Soldán, Mariano Felipe

1853 *Examen de las penitenciarías de los Estados Unidos*. Nueva York: Imprenta de S.W. Benedict.

Ramírez Cruz, Eugenio M.

2002 *Historia y leyenda del Club* Alianza Lima*, 1901-2001*. Lima: Edición del autor.

Ramos, Ángela

1990 *Una vida sin tregua*. Tomo I. Lima: Concytec.

Scott, James

1985 *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press.

1990 *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.

Seminario Helguero, Gabriel

1937 *Los presos.* Lima: Editorial Lumen.

Seoane, Juan

1937 *Hombres y rejas.* Santiago de Chile: Editorial Ercilla.

Thorndike, Guillermo

1978 *El revés del morir.* Lima: Mosca Azul Editores.

Valdez, César

1914 «La Patología de los delincuentes en el Panóptico de Lima», Tesis de Bachiller, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Medicina.

Villanueva, Armando y Guillermo Thorndike

2004 *La gran persecución.* Lima: Universidad de San Martín de Porres.

Clubes y barras: *Alianza Lima* y *Universitario de Deportes*[1]

Aldo Panfichi y Jorge Thieroldt

Este artículo examina el papel del fútbol en la generación de identidades emocionales, rivalidades sociales y prácticas confrontacionales entre grupos organizados de aficionados. Se argumenta que a lo largo del siglo XX estas identidades y prácticas se han convertido de manera paulatina en uno de los mecanismos más importantes de diferenciación social y cultural en la sociedad peruana. Esta diferenciación —que hoy atraviesa las tradicionales fronteras de clase, etnicidad, comunidad e incluso género— en las ultimas tres décadas, paradójicamente, ha adquirido un carácter más confrontacional y antagónico. Este argumento se desarrolla mediante un ejercicio comparativo entre los orígenes y las características fundacionales de las identidades de los dos clubes más importantes del país (un proceso que se ubica en la primeras décadas del siglo XX) y los orígenes y la evolución de sus grupos organizados de hinchas o barras, los cuales reformulan y expanden estas identidades fundacionales, sobre todo en las décadas finales del siglo XX.

1. Identidades fundacionales (1900-1930)

La práctica del fútbol se inicia en el Perú, como en otros países de América Latina, a fines del siglo XIX, cuando comerciantes ingleses asentados en la ciudad de Lima, y peruanos de las élites que habían seguido estudios en Europa, fundan los primeros clubes dedicados a la práctica de este entonces novedoso deporte. Casi de inmediato, los sectores populares mostraron interés y entusiasmo por el fútbol. Aprender y jugar fue fácil: bastaba rellenar una media con trapos viejos y encontrar un terreno vacío. A inicios del siglo XX, las heridas de la Guerra del Pacifico aún estaban vivas, y los

[1] Una versión anterior de este trabajo se ha publicado en *Football in the Americas: fútbol, futebol, soccer*, edited by Rory Miller and Liz Crolley. London: Institute for the study of the Americas, 2007.

debates sobre las razones del fracaso bélico y la viabilidad del Perú como nación eran parte importante del quehacer intelectual y las conversaciones cotidianas. Para muchos, el problema fue racial: lo habitaban razas inferiores poco aptas para el «progreso»; más aún cuando a la población negra e indígena, se sumaba la inmigración china considerada por algunos como viciosa y decrépita (Portocarrero 1995).

Pero, también fueron años de grandes transformaciones de la entonces tradicional sociedad peruana. En efecto, Perú logró una relativa prosperidad económica debido a los buenos precios internacionales de algunos productos de exportación, principalmente la caña de azúcar y el algodón. Esta situación permitió, a su vez, el desarrollo de un temprano proceso de industrialización alentado por capitales ingleses, americanos e italianos. Lima crece demográficamente y moderniza su infraestructura urbana. En el campo de las ideas, el positivismo echa fuertes raíces en escuelas, universidades e importantes medios de prensa (Muñoz 2003).

En este contexto, el fútbol se difunde rápidamente desde los clubes de inmigrantes ingleses y jóvenes de élite hacia las escuelas públicas y las fábricas textiles, y de allí a los barrios populares de Lima (Álvarez 2002). La temprana pasión por el fútbol parece estar relacionada con el hecho de permitir que grupos de individuos organizados en clubes pudieran competir en igualdad de condiciones por el triunfo, sin que el color de la piel, la capacidad económica, o el linaje de los apellidos intervengan decisivamente en el resultado final del encuentro. De esta manera el fútbol producía un hecho inédito: un espacio público gobernado por reglas igualitarias de competencia entre diversos colectivos étnicos y sociales, todos ellos integrados en la práctica y pasión por este deporte moderno, pero al mismo tiempo expresando las fracturas culturales, discriminatorias o clasistas de nuestra sociedad.

Dos clubes de fútbol, *Alianza Lima* y *Universitario de Deportes*, surgen en estos años como las identidades rivales y antagónicas por naturaleza. Esta rivalidad se ha incrementado sustantivamente hasta convertir el enfrentamiento entre ambos equipos en uno de los momentos de mayor diferenciación y polarización entre los peruanos de toda condición social. En efecto, las identidades fundacionales de estos clubes nacen fuertemente enraizadas en sectores sociales específicos y en una década específica: los años finales de la década del veinte. De un lado, se encuentran trabajadores, negros y mestizos detrás de *Alianza Lima*. Del otro estudiantes universitarios de clases medias y altas, identificados con *Universitario de Deportes*. Alrededor de ambos clubes se congregó un entorno (espectadores, periodistas, socios y trabajadores) que tuvo un activo papel en la producción y reproducción de sus identidades iniciales.

En momentos de gran confusión y cambios, desde estos núcleos o entornos rivales surgen versiones o relatos unilaterales sobre la actuación de los jugadores, que reducen la complejidad de la vida social imaginando una sociedad más simple y estática, donde negros y blancos, pobres y ricos, aliancistas y universitarios, no solo no se mezclan sino

que se enfrentan sin que exista la certeza de quién obtenga la victoria. El fútbol permite reclamar pertenencias distintivas o proclamar exclusiones sociales.

2. *Alianza Lima*

Son tres los factores sociales y culturales que confluyeron en la formación de la identidad inicial del club *Alianza Lima*: el sentimiento comunitario de barrio, la cultura urbana de la plebe negra y mestiza, y la pertenencia a la clase obrera. Estos factores integraron en una identidad futbolística común a individuos que, en el Perú de entonces, gobernado por rígidos criterios de estratificación social, eran considerados seres inferiores y despreciables. Sin embargo, estos mismos individuos —gracias al fútbol y la competencia en igualdad de condiciones— tienen la oportunidad de invertir el orden social y político vigente, y obtener aquellas victorias que resultaban imposibles de lograr en otras esferas de la vida diaria. La pasión popular por el *Alianza Lima*, entonces, al igual que el activismo de los sindicatos y las luchas obreras de inicios del siglo XX, sería una expresión complementaria de los deseos de integración al sistema político y económico de los pobres y excluidos de entonces.

En sus primeros años, el club *Alianza Lima* estuvo dirigido por sus fundadores (jóvenes, obreros y trabajadores), que provenían de los antiguos barrios pobres del centro de la ciudad. Algunos de ellos primero fueron jugadores y luego dirigentes. Conforme este club fue ganando reconocimientos por sus éxitos deportivos, *Alianza Lima* se convirtió en uno de los símbolos positivos de la identidad afro peruana, y un medio para ganar prestigio y respeto individual y colectivo. También devino en una forma de obtener dinero extra para complementar los magros ingresos que los jugadores recibían como obreros textiles, peones de construcción o choferes de transporte público.

Quizá por ello este club adopta una forma organizativa colectivista o cooperativa, donde algunos jugadores, crecientemente idolatrados por los hinchas, manejaron directamente el club sin mayor diferenciación de roles: una especie de comunidad o familia extendida fuertemente cohesionada por vínculos de amistad, vecindad o parentesco ficticio. Muchos jugadores fueron reclutados a través de redes étnicas o de barrio y con una cultura de participación colectiva que los hizo conocidos como «Los íntimos de La Victoria», metáfora de un grupo de amigos y compadres entrañables que crecieron juntos en el barrio haciendo adobes de barro o trabajando en las fábricas, capaces de vencer a cualquiera, incluso a los patrones o a los jóvenes blancos de los clubes de élite. Pareciera que el *Alianza Lima* de esos años cultivó algunas características organizativas a semejanza de las viejas cofradías religiosas de los esclavos negros o de las sociedades de ayuda mutua de artesanos y trabajadores.

Desde este núcleo social y cultural, *Alianza Lima*, gracias a la habilidad de sus jugadores, se convirtió en el mejor equipo peruano de esos años al derrotar a los clubes

locales y a los equipos extranjeros que pasaban por Lima en gira por América del Sur. La superioridad de *Alianza Lima* en el terreno competitivo permitió que los negros y mestizos reivindicaran su derecho a representar al Perú en el campo de juego. En efecto, cuando los clubes extranjeros vencían e, incluso, goleaban a los clubes peruanos, *Alianza Lima* se encargaba de «defender el honor patrio». De esta manera, desde los sectores urbano-populares, al igual que las guerrillas indígenas de los Andes centrales durante la Guerra del Pacífico, surge el actor social que gana «en la cancha» el derecho a representar a la patria. No hay que olvidar que estos son años de nacionalismo acrecentado. En el debate intelectual y político sobre las causas de la derrota en la guerra se señalaba la ausencia de un estado nacional, el carácter pasivo de las élites y la composición racial del pueblo. Es decir, demasiados negros, cholos y chinos como para hacerle frente al ejército chileno.

Sin embargo, desde la sociedad misma hay afirmaciones positivas de la idea de patria, como los numerosos clubes de barrio que se fundan por esos años con nombres de héroes o situaciones vinculadas a la guerra. También hay nuevos héroes y nuevas batallas, esta vez en los espacios públicos por excelencia que son los campos de fútbol, sean estos las calles, los potreros o los estadios: estos héroes populares capaces de ir más allá de lo imaginado, como vencer a quienes nos vencieron antes y hacer realidad el sentimiento de victoria.

Sin embargo, el éxito deportivo también provocó reacciones conservadoras y racistas. En 1929, *Alianza Lima* fue suspendido un año de toda competencia por la Federación Peruana de Fútbol. El motivo: sus jugadores se negaron a suspender el campeonato local para dedicarse exclusivamente a preparar la selección nacional que jugaría el Campeonato Sudamericano de Argentina, argumentando que ellos necesitaban el dinero de las taquillas para vivir. Parte de la prensa conservadora acusó a los jugadores aliancistas de ser «anti-peruanos», de pensar solo en el dinero y no en el «honor» de jugar por la patria. No faltó alguna personalidad pública que celebró las sanciones, diciendo que era bueno que los aliancistas no fueran seleccionados, porque así los argentinos no pensarían que todos los peruanos éramos «negros» (Deustua, Stein y Stokes, 1986).

3. *Universitario de Deportes*

El club *Federación Universitaria* (luego *Universitario de Deportes*), fundado en 1924 por estudiantes universitarios de sectores medios y altos, se convirtió rápidamente en el principal rival de *Alianza Lima* —tanto en el plano deportivo como en el simbólico— pues pasó rápidamente a representar a las élites modernas y cosmopolitas pero, sobre todo, a la población educada, de raza blanca o con pretensiones de serlo. Al margen de este proceso, quedaron los sectores más conservadores que preferían

entretenimientos tradicionales como los «carnavales», las corridas de toros y las peleas de gallos. La difusión de las ideas y prácticas modernas tuvo una gran aceptación en todos los sectores sociales. Las élites modernizadoras asumieron activamente la promoción del deporte, aunque muchas veces combinando ideales democráticos con prácticas tradicionales como el racismo, la discriminación y el derecho «natural» de ser consideradas superiores.

En efecto, la proximidad de clase de los estudiantes universitarios con las élites del país —junto con su calidad de estudiantes blancos, deportistas y «decentes»— le permitió al club *Federación Universitaria* obtener favores y privilegios. Las autoridades deportivas aprobaron en 1927 la afiliación del recién formado club directamente en primera división, sin pasar por los torneos de ascenso como cualquier otro club. Es cierto que su afiliación se concedió luego de exitosos encuentros deportivos con otros equipos reconocidos, pero el hecho real es que no se respetaron los propios procedimientos instituidos por las autoridades. Esta decisión no correspondía con el principio de competencia en igualdad de condiciones que se pregonaba con el fútbol.

Son años en los que la juventud universitaria emerge en toda América Latina como un actor social y político que cuestionaba el orden y la enseñanza tradicional en la universidad, y que encuentra en el deporte una arena más para la expresión de sus actividades. La prédica por una juventud saludable y vigorosa, con sentido del honor y decencia, y con la fuerza necesaria incluso para defender a la patria ante potenciales conflictos bélicos. Eran parte de los discursos modernizantes. En este contexto, el fútbol fue concebido como un medio para crear al «nuevo hombre peruano», y las élites universitarias no podían estar al margen de ello, más aún cuando el fútbol, que se había convertido en el principal espacio público de competencia, estaba dominado por clubes de obreros y trabajadores, con jugadores negros y mestizos que, a juicio de muchos, no representaban la modernidad cosmopolita a la que se aspiraba.

De esta manera, un importante sector de la población identificada con los ideales del progreso y la modernización encontraron en *Universitario de Deportes* el medio para ingresar a la competencia deportiva con una organización y una identidad propia, que les permitió reclamar también en este terreno prestigio y superioridad. Desde un inicio el club *Universitario de Deportes* se dota de elementos simbólicos, en especial sus héroes deportivos, que representan la antítesis de los bohemios, hábiles e idolatrados jugadores del *Alianza Lima*. Para ello se propusieron encarnar una conducta deportiva «modelo», valorando positivamente el esfuerzo físico, la disciplina táctica, la fuerza en el juego y la decencia como rasgos principales.

4. La rivalidad y el clásico

El primer encuentro jugado entre ambos clubes, el 23 de septiembre de 1928, constituye el hito fundador de la más importante rivalidad deportiva de la sociedad peruana, dando lugar al nacimiento de lo que hasta hoy se considera el clásico de los clásicos del fútbol peruano, un enfrentamiento que se repite varias veces al año y que reproduce el enfrentamiento entre dos comunidades consideradas antagónicas por esencia. Este primer encuentro fue suspendido a los treinta y cinco minutos del segundo tiempo, cuando el *Universitario* iba ganando uno a cero y después de una pelea entre los jugadores que produjo la expulsión de cinco jugadores de *Alianza Lima* y dos de *Universitario de Deportes*. Luego de este incidente, las peleas se generalizaron en las tribunas, cuando espectadores ubicados en la tribuna de preferencia lanzaron insultos racistas y golpearon con sus bastones a los jugadores de *Alianza Lima*, quienes ingresaron a dicha tribuna para responder con golpes a las ofensas.

Lo interesante es que estos partidos se viven como el enfrentamiento de dos identidades futbolísticas que representan formas opuestas de concebir y encarar la vida. Cada una de estas identidades está asociada a estrategias y estilos de juego propios. En opinión de fanáticos y comentaristas deportivos, *Alianza Lima* se caracteriza por un juego donde predomina la habilidad y la destreza con el balón. Se trata, sobre todo, de ganar pero jugando «bonito». La superioridad debe quedar así claramente establecida. *Universitario*, por el contrario, apela a la rigurosa preparación, la fuerza, el coraje y el esfuerzo físico para acortar ventajas e imponer condiciones. Según viejos ex jugadores de la época, para enfrentar al *Alianza Lima* había que tener «empuje» para no dejarlos jugar y hostigarlos hasta «ganarles la moral». Esta fue precisamente la estrategia utilizada por *Universitario de Deportes* para sorprender a los hábiles jugadores de *Alianza Lima* y ganar el primer e histórico «clásico», un resultado que no fue aceptado por los Aliancistas argumentando que ni el árbitro ni las autoridades fueron imparciales. Estas versiones encontradas siempre aparecen cuando se juega un nuevo clásico.

5. Identidades reformuladas: 1970-2000

Las décadas finales del siglo XX en el Perú se han caracterizado por grandes transformaciones y convulsiones sociales y políticas. Un gobierno militar autoritario (1968-1979) implementó un conjunto de reformas redistributivas (reforma agraria, por ejemplo), al mismo tiempo que buscó reorganizar la sociedad de acuerdo a un modelo corporativista. Masivas movilizaciones sociales encabezadas por los supuestos beneficiarios de las reformas confrontaron a los militares, forzando la transición a la democracia y el retorno al poder de los partidos históricos del país (1979-1980). La democracia trajo enormes expectativas de progreso y mejora material. Sin embargo, los gobiernos del partido Acción Popular (1980-1985) y del Partido Aprista (1985-1990), ambos de

orientación centrista, culminaron en medio de profundas crisis económicas, agitación social y violencia política.

A inicios de los años noventa, la convergencia de una catástrofe económica, el avance de la violencia política y el descrédito de los partidos políticos e ideologías crearon las condiciones para la emergencia de un profundo sentimiento antipolítico entre los ciudadanos. Esta situación fue aprovechada por Alberto Fujimori, un desconocido candidato sin partido ni organización, para ganar sorpresivamente las elecciones generales de 1990 y convertirse en presidente del Perú. Fujimori, una vez en el poder, aplicó con dureza un programa de estabilización económica neoliberal patrocinado por la banca internacional y acentuó el poder militar con el objetivo de derrotar a la subversión. Los efectos de ambos procesos marcaron profundamente las características actuales de la sociedad peruana: mayor pobreza, prepotencia y corrupción. En este contexto, como señalamos en un artículo anterior, el fútbol fue tomado como un medio para canalizar rivalidades sociales. Pero, sobre todo, como un espacio para el ejercicio de distintas formas de violencia física y simbólica por parte de grupos de jóvenes, en su mayoría pobres, organizados territorialmente en pandillas que tenían en común una lealtad futbolística determinada (Panfichi y Thieroldt 2002).

En esta oportunidad queremos prestar atención al proceso cultural que acompaña la formación y consolidación de las barras que siguen a los clubes *Alianza Lima* y *Universitario de Deportes*, específicamente, la manera en que los grupos organizados de barristas heredan y cuestionan algunos aspectos de las identidades primigenias de ambos clubes, sobre todo sus identificaciones de clase y raza, para proponer elementos de identidad más generales e inclusivos apelando a todos los grupos sociales. La propuesta de los grupos de barristas organizados tuvo un fuerte asidero en la realidad: ambos clubes ya habían trascendido sus fronteras simbólicas originales. Los discursos rezaban una cosa y la realidad otra: detrás de cada equipo habían hinchas de toda condición social, económica y cultural.

Para esto, los hinchas han conservado aquellos valores de las identidades fundacionales que hacen referencia a estrategias de organización y competencia (intimidad-corazón, empuje-garra), desechando anclajes de clase y raza. Así, los amigos y enemigos no se diferencian por su condición económica o color de piel, ni por la militancia partidaria o religiosa, sino por la aceptación o el rechazo de los significados que encarna cada una de estas identidades colectivas. Los esfuerzos de los barristas por superar los anclajes iniciales de clase y raza dieron lugar a fuertes luchas o rupturas generacionales al interior de las barras, formándose bandos antagónicos e irreconciliables, donde unos decían defender la manera tradicional o histórica de hacer las cosas frente a los que proponían «cambios radicales».

El resultado de los cuestionamientos, a la larga, fue la pérdida de centralidad que sufrieron las referencias raciales, frente a la cada vez mayor importancia que cobraron

los símbolos referidos a los estilos de organización al interior de las barras y las formas de competencia con las barras enemigas.

Hoy, la «intimidad» de los barrios de negros y obreros pobres se expresa mediante la representativa frase «*Alianza* Corazón». En esta conversión hacia contenidos más emocionales, ha tenido un papel importante en la memoria colectiva de los hinchas el accidente aéreo del Fokker, que ha producido discursos y representaciones de tragedia y renacimiento, de perdida y recuperación, que han cohesionado y vuelto aún más militante la devoción de los aficionados por este club (Panfichi y Vich, 2004).

Del mismo modo, el «empuje» con el que los estudiantes universitarios de la década del veinte enfrentaron a los experimentados y bohemios jugadores del *Alianza Lima* se expresa hoy en la representativa frase «Garra Crema». Desde la fundación del club, esta estrategia de competencia fue encarnada por Teodoro «Lolo» Fernández, recordado como el «cañonero» del fútbol peruano por la potencia de sus disparos contra las redes enemigas y famoso por su correcta conducta dentro y fuera de las canchas. Ya en los años noventa, periodistas y analistas coincidieron en señalar a José «Puma» Carranza como el jugador que mejor representaba el ímpetu a veces violento de los nuevos pobladores de Lima, en su mayoría migrantes, informales y un tanto anómicos (De la Puente 1997). Actualmente, encontramos los rostros de ambos jugadores, símbolos del «empuje» de los universitarios, en las banderolas que los barristas cuelgan de las tribunas.

En este contexto, estas identidades reformuladas cruzan transversalmente todas las clases, grupos e instituciones, reclutando hinchas y seguidores, convirtiéndose en uno de los mecanismos más importantes de diferenciación y articulación en el Perú de hoy. Las barras organizadas expresan este proceso, sobre todo en sus aspectos más violentos.

6. Comando Sur

La barra del club *Alianza Lima* fue fundada en 1972 con el nombre de «Asociación Barra Aliancista» por un grupo de jóvenes de clase media, empleados bancarios y residentes de uno de los distritos que albergaba a gente con alto poder adquisitivo en aquella época: Miraflores. Estos jóvenes, mayormente blancos y mestizos, se habían hecho socios del club atraídos por el estilo de juego y la bohemia aliancista. Inicialmente veían los partidos desde la tribuna más cómoda y costosa: «occidente» (preferencia), y es allí donde deciden fundar la barra. Para ello se organizan teniendo como referencia el comportamiento de los hinchas de otros países vecinos como Brasil y Argentina. Se trasladaron con banderolas e instrumentos a la tribuna popular sur, ya que según sus observaciones era esa tribuna la que celebraba más cálida y ruidosamente los goles del *Alianza Lima*.

La idea de estos jóvenes fundadores fue organizar la barra «oficial» del club de acuerdo con su identidad original. Para esto, deciden buscar o reclutar hinchas concentrando sus esfuerzos en La Victoria (distrito de gente «pobre», «negra» y «obrera»), en el que se ubica el mítico origen del *Alianza Lima*. Es interesante notar cómo estos jóvenes, a manera de peregrinaje a la tierra santa, «recorrieron» La Victoria en busca de los auténticos aliancistas. Detrás de este primer grupo de fundadores se fue cultivando en la tribuna popular sur la «tradicional mística» aliancista. Los barristas comenzaron a reproducir en su local los ritos religiosos que realizaban los jugadores aliancistas antes de salir al campo. Prender velas, orar juntos y encomendarse al Señor de los Milagros (la imagen de un cristo pintado en la colonia por un esclavo negro). Además, el centro de la barra fue ocupado por un bombo, instrumento de percusión que marcaba con ritmos afro peruanos las canciones de aliento de la tribuna.

Durante los primeros años, el poder de la barra fue controlado herméticamente por este primer grupo de fundadores y sus seguidores más jóvenes, muchos de ellos llegados a las tribunas tanto desde los barrios más populares como desde los de las clases medias, todos sumamente interesados en reproducir imaginariamente las raíces de la identidad aliancista. Pero también llegaron otros barristas que exigían «cambios». Por ejemplo, un importante grupo disidente de composición popular, los «Cabezas Azules», fue hostigado y expulsado por algún tiempo de la tribuna sur. Otro grupo de clase media, «Los de Surco», tuvo más éxito en proponer nuevos símbolos y estilos en la barra. Principalmente, se reclamó que la barra fuera conducida por una directiva «democráticamente» elegida, que se reemplazaran las viejas canciones de influencia afro peruana por nuevos cánticos menos excluyentes y monótonos, y que se asumiera una actitud más agresiva contra los barristas del *Universitario de Deportes*, quienes estaban ampliando su influencia en los barrios populares, un terreno considerado ajeno al origen de este club rival.

El principal éxito de los «innovadores», que cuestionaron y se enfrentaron a la «tradicional mística» aliancista, fue el cambio de nombre de la barra. En efecto, las versiones recogidas señalan que los jóvenes que se hacían llamar «Los de Surco» se convirtieron en una especie de «comando», encargado de realizar acciones de amedrentamiento contra barristas rivales. Siguiendo el ejemplo de una barra italiana denominada «Comando Tigre», «Los de Surco» llevaron al estadio banderolas con el nombre de «Comando Sur». Poco a poco ese nombre y ese estilo beligerante se impusieron en la tribuna. Rápidamente, jóvenes de todos los sectores sociales se identificaron con la emoción de confrontar violentamente a los barristas de los equipos rivales para robarles sus banderas y luego mostrarlas como trofeos de guerra. De un momento a otro la barra entera fue conocida como el «Comando Sur», lo que fue plasmado en la bandera principal que se colocaba al centro de la tribuna. El antiguo nombre, «Asociación Barra Aliancista», pasó a designar al grupo de herederos de los fundadores y a los nuevos jóvenes interesados en cultivar el aspecto más «tradicional» del club *Alianza Lima*.

Los años noventa trajeron grandes transformaciones en la tribuna sur. La barra del *Alianza Lima* se convirtió en un fuerte polo de atracción para cientos de jóvenes miembros de «pandillas» articuladas territorialmente. Estos jóvenes hicieron suyos los símbolos y estilos propuestos por «Los de Surco». Así, esas osadas acciones de pequeño grupo, tipo «comando», se convirtieron en multitudinarias caminatas callejeras en las que cientos de jóvenes armados de piedras, palos y cuchillos transitaban la ciudad en búsqueda de los hinchas del *Universitario de Deportes* para borrar sus emblemas dibujados en las paredes, robarles sus banderolas, golpearlos alrededor de los estadios, cometiendo toda clase de atropellos en contra de la propiedad privada y pública.

Actualmente, el grupo más fuerte de la barra de *Alianza Lima* es «Barraca Rebelde», un grupo de jóvenes del distrito de La Victoria. En 1997, este grupo estuvo conformado por jóvenes de distintos barrios de ese distrito, quienes dieron una especie de «golpe de estado» arrebatando por la fuerza el poder a los adultos y jóvenes herederos del grupo fundador. Desde ese momento, «Barraca Rebelde» articuló alrededor suyo una extensa red de grupos y «pandillas» provenientes de casi todos los distritos de Lima, incluyendo distritos pobres, de clase media e incluso alta.

Antiguos miembros de «Barraca Rebelde» recuerdan que el nombre se inspira en las oscuras barracas en las que dormían los esclavos negros en los tiempos de la colonia. Esta permanencia del elemento «negro» en la identidad de la barra aliancista se expresa también en los nombres de decenas de grupos diferentes que emplean la palabra negro al revés: «Gro-Ne». Por ejemplo, «Cercado Grone» y «Callao Grone». Del mismo modo, cuando «Barraca Rebelde» tomó el poder, se preocupó por cultivar el rito que los más antiguos de la barra (a quienes ellos arrebataron el poder) realizaban semana a semana antes de un partido: las oraciones cristianas, la veneración al Señor de los Milagros y el canto del himno aliancista en sus reuniones. En conclusión, podemos observar cómo los barristas han seguido el estilo de los «innovadores», pero sin desechar esa intimidad, característica de las barracas y de los barrios de negros, que aún parece seguir viviendo en sus corazones.

7. Trinchera Norte

La barra del club *Universitario de Deportes* se organizó en 1968 cuando un grupo de estudiantes de clases medias y altas del colegio jesuita Inmaculada, residentes en el exclusivo distrito de San Isidro, decidieron, espontáneamente, asistir cada vez más seguido al estadio (específicamente a la tribuna occidente) para alentar a su equipo. Con el paso del tiempo, el grupo de hinchas se hacía cada vez más numeroso resultando difícil congregar a todos en la costosa tribuna «occidente». Por ello, deciden migrar hacia la tribuna «oriente» (menos costosa que occidente, pero más costosa que las

tribunas populares) donde no había restricciones de espacio ni de movimiento. En esta tribuna pasó algo inesperado para los estudiantes de San Isidro: cada fin de semana se plegaban más hinchas, se multiplicaban las banderas y las canciones sonaban más fuerte. Ese fue el origen de la barra «oficial» del club, ubicada en la tribuna oriente. Durante muchos años, esta barra estuvo conformada por jóvenes y adultos de clases medias que prepararon y ejecutaron elaboradas coreografías y coordinados gritos de aliento.

El principal problema de los barristas del *Universitario de Deportes* fue el constante hostigamiento que sufrían por parte de los barristas de *Alianza Lima* ubicados en la tribuna popular sur: robo de banderolas, sabotajes a sus coreografías y golpizas alrededor de los estadios. Los aliancistas parecían estar mejor preparados para el manejo de situaciones violentas y las presiones callejeras. Pero también fue importante la decisión de los líderes de la barra del *Universitario de Deportes* de no confrontar físicamente a los aliancistas, sino diferenciarse como un grupo de hinchas decentes. Existía la idea que contestar los insultos y provocaciones de los agresores significaba descender al nivel poco civilizado del enemigo. De esta manera, para mantener la «decencia» de la tribuna oriente, los líderes de la barra no dudaron de hacer operaciones de «limpieza» suspendiendo y expulsando a los barristas que consumían drogas o alcohol, que insultaban a los jugadores o que respondían violentamente las provocaciones de la tribuna sur.

En 1989, un grupo de jóvenes barristas de oriente, descontentos con el liderazgo oficial de la barra a la que acusaron de «pasiva» y «aburguesada», decidieron romper con ella y migrar hacia la tribuna popular norte para ocuparla y reclamarla como suya. Hasta ese momento, norte era la única tribuna «vacía» simbólicamente, ya que ningún grupo de hinchas la reclamaba como suya. Se trataba de una tribuna ocupada indistintamente por hinchas de varios equipos, dependiendo de los partidos jugados, los cuales fueron violentamente desalojados por los barristas de *Universitario de Deportes*.

El propósito de estos barristas fue crear una fuerza que pudiese enfrentar a los rivales aliancistas, al mismo tiempo que rompiera con la idea del *Universitario de Deportes* como el club de los «blancos» y los «ricos». El reto para estos barristas fue hacer más «popular» (en el sentido de acercamiento al pueblo) la identidad del equipo, resaltando la heterogénea composición de su hinchada. Para ello, los barristas instalados en la tribuna norte rescataron de la identidad original la idea de la «fuerza» o el «empuje» como estrategia para alcanzar el éxito, idea que se contiene actualmente en la frase «Garra Crema» y el rostro de «Lolo» Fernández (el «cañonero») como icono distintivo en polos y banderolas. De alguna manera, esta es la misma estrategia de «fuerza» que utilizaron los jugadores del *Universitario de Deportes* en el primer clásico de 1928, cuando enfrentaron a un rival que todos consideraban superior. A fines de

los años ochenta, el reto fue adueñarse, a cualquier costo, de la última tribuna popular sin identidad definida, para desde allí hacerle frente a un enemigo, en ese entonces, superior: la barra del *Alianza Lima*.

La necesidad de consolidarse en la tribuna norte, y desde allí llegar a los barrios populares, explica, en parte, por qué durante los primeros años de la década del noventa muchos barristas se sintieron atraídos por símbolos de proyectos políticos «intolerantes» o «radicales», como la esvástica nazi. Este símbolo aparece hasta hoy en banderas, camisetas y graffiti hechos por miembros de la barra. Esta atracción se encuentra también en los nombres de algunos de sus grupos, como por ejemplo el grupo «Ultras Cremas» (en alusión al ejército nazi), y el grupo «Holocausto» del distrito del Rímac (en alusión al holocausto nazi).

Del mismo modo, en 1993 los miembros de la barra norte de *Universitario de Deportes* adoptaron el nombre de «Trinchera Norte», inspirados en los militantes de Sendero Luminoso que desde el interior de las cárceles resistían a las fuerzas del orden en las denominadas «Trincheras Luminosas». Al año siguiente, en 1994, la directiva de la barra se auto denominó la «Cúpula», el mismo nombre con el que la policía y la prensa se referían al Comité Central de Sendero Luminoso. Igualmente, en 1995, otro grupo de barristas se autodenominó «El Buró», nombre de la Comisión Política del mismo movimiento subversivo.

De acuerdo a nuestra investigación, la apelación a la esvástica nazi, y los nombres inspirados en el fuego cruzado entre militares y subversivos, fue realizada libre de contenidos políticos. En realidad se trató de recursos simbólicos para expresar la «radicalidad» y la «violencia» del proyecto que le daba sentido a sus vidas. Fue una versión de fin de siglo de las ideas de «fuerza» y «empuje», ensayadas por primera vez en la década del veinte, en defensa de los colores del equipo dentro de su gran proyecto: romper con la barra oficial instalada en la tribuna oriente y construir una nueva casi de la nada y contra todos.

8. Conclusiones

La primera conclusión de este trabajo es que los contenidos y los símbolos de identidad que se construyen alrededor de los equipos de fútbol son una suerte de estructuras culturales que permiten reducir la complejidad social que agobia a los individuos en determinado contexto histórico, y que los ayuda a definir con gruesos trazos quiénes son ellos y qué representan.[2] La vida social es sumamente compleja:

[2] Los autores de este artículo quieren indicar que se encuentran trabajando alrededor de esta idea tomando como referencia el concepto de «estructuras de reducción de complejidad», propuesto por Marcela Gleizer en su texto *Identidad, Subjetividad y Sentido en las Sociedades Complejas*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1997.

múltiples pertenencias, lealtades cruzadas, mezclas y fronteras borrosas. El fútbol permite imaginar un escenario social más simple, con menos matices y grandes distancias: de un lado el club de los negros, junto con el cristo moreno, compuesto por jugadores hábiles y bohemios que hacen vibrar a los más pobres de la ciudad. Del otro lado, el club de los estudiantes vistos como la posibilidad de forjar ciudadanos modernos, decentes, blancos y disciplinados que harían del Perú finalmente una nación moderna, similar a la sociedad europea añorada. En este proceso estas narrativas sirven como recursos culturales para cohesionar a los hinchas y dar forma a sus sentimientos y emociones.

La segunda conclusión es que desde un inicio han sido grupos y redes de aficionados, periodistas, dirigentes, socios y trabajadores congregados alrededor de cada club, los que crean los contenidos de identidad sobre sí mismos y sobre los rivales. Estos transmiten generacionalmente estos contenidos a otros grupos e individuos que se van incorporando a estas comunidades emocionales del fútbol. La rivalidad se mantiene, mejor dicho, se radicaliza, con el tiempo; pero en este proceso han perdido peso los factores de identidad fuertemente enraizados en criterios de clase, territorio y etnicidad, frente a apelaciones más generales, emotivas y transversales.

Finalmente, la última conclusión señala que los aficionados organizados en las barras de fútbol constituyen formas de afirmación y cuestionamiento a las identidades fundacionales de los clubes. La historia de Comando Sur está marcada por la lucha entre una generación joven que quiso «modernizar» la barra (tarea que necesariamente pasaba por la «democratización» y el intento por superar las fronteras de lo «negro») contra una generación mayor que se sentía cómoda dentro de una tradición «patrimonialista» y «negra». El resultado de dicha confrontación fue una mayor apertura simbólica sin abandonar la idea de «intimidad» como forma distintiva de organización interna. Esta forma de relacionarse hacia adentro del grupo (representada a través del «corazón» como símbolo central) es sostenida hoy en día por miles de hinchas y barristas sin importar la clase social o el color de la piel.

Los fundadores de Trinchera Norte cuestionaron el estigma «blanco» y «decente» para lo cual rompieron con la barra oficial del club instalada en la tribuna oriente y conquistaron violentamente la tribuna popular norte. Para ello tomaron la «garra» (histórica característica de los jugadores de *Universitario de Deportes*) como el elemento central de su discurso. Esta forma de relacionarse con los rivales (que se ha expresado en símbolos como la esvástica nazi y nombres como «Trinchera» o «Cúpula») es sostenida hoy en día por miles de hinchas y barristas sin importar la clase social o el color de la piel.

9. Bibliografía

Álvarez, Gerardo

2001 *La difusión del fútbol en Lima*. Tesis de Licenciatura en Historia. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

De la Puente, Carlos

1997 «Los de antes». En Panfichi, Aldo (editor). *Fútbol. Identidad, violencia y racionalidad*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 53-56.

Gleizer, Marcela

1997 *Identidad, Subjetividad y Sentido en las Sociedades Complejas*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Muñoz, Fanni

2001 *Diversiones públicas en Lima 1890 - 1920: la experiencia de la modernidad*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

Panfichi, Aldo y Jorge Thieroldt

2002 «Barras Bravas: representation and crowd violence in Peruvian football». En Dunning, Eric, Patrick Murphy, Ivan Waddington y Antonio's Astrinakis (editores). *Fighting Fans, football Hooliganism as a world phenomenon*. Dublin: University College Dublin Press, pp. 143-157.

Panfichi, Aldo, Luis Millones y Víctor Vich

2002 *En el corazón del pueblo. Pasión y gloria de* Alianza Lima *1901-2001*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Panfichi Aldo y Víctor Vich

2004 «Political and Social Fantasies in Peruvian Football: The Tragedy of *Alianza Lima* in 1987». *Soccer and Society.* Vol. 5. Nº 2, pp. 285-297.

Portocarrero, Gonzalo

1995 «El fundamento invisible: función y lugar de las ideas racistas en la República Aristocrática». En Panfichi, Aldo y Felipe Portocarrero (editores). *Mundos Interiores: Lima 1850 - 1950*. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, pp. 221-259.

Deustua, José, Steve Stein y Susan Stokes

1986 «Entre el offside y el chimpún: las clases populares limeñas y el fútbol 1900–1930». En Stein, Steve (compilador). *Lima Obrera 1900-1930*. Tomo I. Lima: Ediciones El Virrey, pp. 119-162.

Barras y pandillas: ¿límites cotidianos a la construcción de igualdades?[1]

Jorge Thieroldt Llanos

1. Introducción

¿Qué es lo que algunos jóvenes de nuestra ciudad hacen para ser señalados como *pandilleros*? ¿Qué sentido tienen las acciones y motivaciones de un joven *pandillero*? ¿Por qué es tan difícil para estos jóvenes tratar como «iguales» a quienes no pertenecen a sus barrios? Estas constituyen las preguntas que guiaron la investigación (una experiencia que puede ser considerada «micro sociológica») desde la cual pretendo contribuir a la reflexión en torno a la noción de *sociedad civil*.

La información fue recogida dentro del marco de una investigación mayor acerca de los jóvenes y la violencia alrededor de los estadios de fútbol en Lima[2] que me permitió conocer, entre 1998 y el 2001, a jóvenes de distintos sectores de la ciudad etiquetados bajo el rótulo *pandillero*.

Con respecto a la metodología quiero detallar lo siguiente. Los seis primeros meses me dediqué a desentrañar el significado de las palabras que caracterizaban la jerga de los jóvenes *pandilleros* y que hasta ese entonces nunca había escuchado, pese a vivir en la misma ciudad y tener la misma edad que muchos de ellos. Transcurrido ese lapso consideré que ya había observado lo suficiente como para empezar a realizar entrevistas semiestructuradas que buscaron corroborar qué tanto había yo entendido su jerga y conversar acerca de las situaciones que los había visto enfrentar (como las

---

[1] Este documento ha sido elaborado sobre la base de la tesis de licenciatura en sociología, sustentada por el autor en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú en julio del 2003, titulada *Pandilleros y ciudadanos: el retorno a lo básico*.

[2] Investigación, a cargo del profesor Aldo Panfichi, que actualmente se encuentra en la etapa de redacción final.

peleas colectivas y los robos a los transeúntes). Luego, poco a poco, comencé a explorar en sus recuerdos biográficos.

Mi interés principal fue construir un modelo que nos permita comprender cómo los jóvenes en cuestión ordenan el mundo, cómo construyen pequeños grupos con límites definidos y por qué es que se alejan de ellos. De ahí el interés en recoger sus propias categorías. Por lo tanto, debe quedar claro que el punto de partida de la investigación fueron las experiencias de los jóvenes considerados *pandilleros*.

Queda pendiente acercarse a los jóvenes que, viviendo en los mismos vecindarios, no integran dichas agrupaciones ni reciben la misma etiqueta social. Consideramos de importancia recoger las voces de los jóvenes *no pandilleros*, pues contar con dicha información nos permitiría realizar un ejercicio comparativo de trayectorias de vida mucho más completo para poder conocer mejor estas peculiares formas de socialización.

2. Las tensiones de la sociedad civil

Como es de conocimiento general, la expresión *sociedad civil* ha recogido diferentes ideas y significados a lo largo de los años por parte de distintas corrientes de pensamiento. De acuerdo a Norberto Bobbio, el difundido uso residual que hoy le damos a esta noción, como aquella «esfera de las relaciones sociales que no está regulada por el Estado» o aquella área que queda fuera de la «esfera de relaciones políticas», se debe a escritores alemanes y en particular a Hegel y a Marx.[3] Según Bobbio, dentro del esquema planteado por Marx, *sociedad civil* vendría a significar «aquel conjunto de las relaciones interindividuales que están fuera o antes del estado», relaciones establecidas por hombres independientes y unidos por vínculos de intereses privados.[4]

Para el estudio de las *pandillas* juveniles dentro de un contexto social más amplio, la definición de Jeffrey Alexander sobre *sociedad civil* tiene gran pertinencia, ya que este autor no pierde de vista que los seres humanos son grandes tejedores de relaciones sociales y por lo tanto permanentes constructores de pequeños y grandes sentidos de comunidad. A diferencia de su punto de vista, según Alexander, «Marx y la teoría crítica han empleado el concepto para confirmar la desaparición de la comunidad, para levantar acta del mundo de los individuos egoístas y autorregulados surgido al calor de la producción capitalista».[5]

La definición de Alexander coincide en parte con ese sentido de contraposición con el Estado, en tanto la define como una «esfera o subsistema de la sociedad

---

[3] Bobbio, Norberto. *Estado, gobierno y sociedad, por una teoría general de la política*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 39-40.

[4] Bobbio, Norberto, pp. 46-47.

[5] Alexander, Jeffrey. *Sociología cultural: formas de clasificación en las sociedades complejas*. Barcelona: Anthropos; Flacso, 2000, p. 141.

que está analítica y, en diferentes grados, empíricamente separada de las esferas de la vida política, económica y religiosa», pero para este autor, *sociedad civil* es, sobre todo, «una esfera de solidaridad en la que el universalismo abstracto y las versiones particularistas de la comunidad se encuentran tensionalmente entrelazados».[6] En mi opinión, imaginar la *sociedad civil* como una «esfera de tensiones» es una inteligente manera de evitar la reducción en la que incurren muchos enfoques analíticos, algunos por priorizar las partes (los individuos) y otros por priorizar el todo (los colectivos).

De acuerdo con Rafael Gobernado, la contraposición y complementariedad que existe entre el Estado y la *sociedad civil*, junto con otras duplas de conceptos (como por ejemplo entre actor y estructura, o entre acción y relación), es parte de la disyuntiva que embarga a quienes confeccionan mapas sociales y que tiene su origen en dos tradiciones sociológicas de antiguas raíces difícilmente reconciliables: la tradición individualista y la tradición colectivista.

De acuerdo con Gobernado, es gracias a esta disyuntiva de tradiciones sociales que usualmente «entendemos por sociedad civil el resultado organizacional del libre juego de los intereses individuales (privados). Por el contrario, el Estado, en principio, pretende un resultado organizacional basado en el interés colectivo mediante el ejercicio legítimo de la coacción».[7]

A mi entender, el concepto de *sociedad civil* que Jeffrey Alexander propone resulta bastante ágil ya que permite visualizar un mapa social en el que se encuentran y negocian constantemente discursos individualistas y discursos colectivistas. En ambos lados, en el que supuestamente reina un sentimiento de igualdad absoluta (*sociedad civil*) y en el opuesto, en el que debe predominar una ideología colectivista (Estado), las personas de carne y hueso establecen vínculos cotidianamente e institucionalizan múltiples sentimientos de comunidad que se traslapan entre sí.

Constantemente las personas reales (ya sean simples ciudadanos de a pie o importantes autoridades públicas) tienen que decidir sus cursos de acción en medio de la «tensión» que produce el tener que optar entre intereses comunitarios de todo tipo y beneficios propios.

Adela Cortina, con un lenguaje muy sencillo, nos permite visualizar cómo dentro de esa esfera conocida como *sociedad civil* coexisten, «tensamente», tanto intereses individuales y colectivos, como sentidos de igualdad y comunidad:

> En la sociedad civil hay de todo, como en botica: asociaciones movidas por intereses solidarios y universalizables, como ciertas Organizaciones Cívicas [...] grupos religiosos y de voluntariado; pero también sociedades secretas, fundadas para defender solo a los

[6] Ibídem, p.142.

[7] Gobernado, Rafael. «Individualismo y colectivismo en el análisis sociológico». En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas.* N° 85, 1999. p.12.

> asociados, grupos profesionales corporativistas, mafias de todo tipo, narcotraficantes, grupos de amigos de un artista de cine. En estos casos los grupos no se crean para enseñar civilidad, sino con fines diversos, algunos de los cuales pueden ser abiertamente *anticívicos*.[8]

Alexander presta también una gran atención a la dimensión simbólica que define quiénes se encuentran y se sienten aceptados dentro de una sociedad y quienes quedan fuera de sus márgenes: «cuando los ciudadanos vierten juicios sobre quién debería ser incluido en la sociedad civil y quién no, sobre quién es amigo y quién enemigo, cuentan con el apoyo de un código simbólico sistemático y enormemente elaborado».[9]

Este código simbólico se levanta sobre la base de un discurso binario o bipolar ya que «quienes se consideran a sí mismos miembros legítimos de una comunidad (como muchos individuos dan por supuesto) se definen a sí mismos a partir del polo positivo de este asentamiento simbólico; definen a aquellos que no pertenecen a la comunidad desde un punto de vista de la maldad».[10]

De acuerdo con Alexander, dicho discurso binario contempla los *motivos* de los actores, las *relaciones* que establecen y las *instituciones* que construyen. El polo positivo, el de la «bondad», estaría fuertemente asociado al ideal «democrático»; mientras que el polo negativo, el de la «maldad», sería el «contrademocrático».

Ya que este autor presenta una larga lista de características atribuidas a cada polo, para el objetivo de este texto basta con realizar una breve reseña. Con respecto a los *motivos*, la racionalidad, la sensatez, el autocontrol, el activismo y la autonomía, entre otras, serían las características de quienes se ubican en el polo positivo del discurso. Por el contrario, la irracionalidad, la imprudencia, la excentricidad, la pasividad y la dependencia, serían las características de quienes ocupan el polo negativo.

Con respecto a las *relaciones* sociales, del lado «democrático» estarían quienes establecen relaciones abiertas, se muestran confiados, y tratan «a sus prójimos más como amigos que como enemigos».[11] Del otro lado se encontrarían quienes construyen sociedades cerradas, se muestran suspicaces, y consideran a «los foráneos como enemigos», en otras palabras, «el polo negativo hace referencia a la estructura solidaria en la que el respeto mutuo y la integración social expansiva han quebrado».[12]

De acuerdo con Alexander, este discurso acerca de los motivos y las relaciones se extiende hasta la comprensión de las *instituciones* que se construyen en sociedad: «si los miembros de una comunidad nacional son irracionales en cuanto a los motivos

---

[8] Cortina, Adela. *Ciudadanos del mundo, hacia una teoría de la ciudadanía*. Madrid: Alianza Editorial, 1998, p.138.

[9] Ibídem, p.145.

[10] Ibídem, p.146.

[11] Ibídem, p.148.

[12] Ibídem, p.149.

y desconfiados en las relaciones sociales, edificarán, naturalmente instituciones que son arbitrarias más que reguladas por normas, que subrayan más el poder bruto que la ley y la jerarquía más que la igualdad, que son más excluyentes que integradores y fomentan la lealtad personal por encima de la obligación impersonal y contractual».[13]

3. Vinculaciones y desvinculaciones

Líneas arriba se ha visto cómo corremos el riesgo de mirar la sociedad como un conjunto de partículas sin vinculación o como un conjunto de colectivos irreconciliables. Tal vez ese riesgo nos acecha porque generalmente perdemos de vista ese poco concreto cuerpo de intereses y obligaciones mutuos que nos permite sentirnos miembros de un colectivo mayor y diluir nuestras membresías e identidades particulares.

Una de las tareas más importantes para la coexistencia social es el fortalecimiento de sentidos de pertenencia cada vez más abstractos y de mayor amplitud que nos permitan entrar en diálogo y reconocimiento con otros que tenemos por distintos. Para ser efectivos, dichos sentidos de pertenencia tienen que facilitar sentimientos de «igualdad» entre personas distantes cultural y geográficamente. Pero, la «igualdad» no es una condición intrínseca a la naturaleza humana, sino que se define alrededor de una gran diversidad de elementos (lo mismo que la «desigualdad»).

El modelo que traté de construir luego de mi trabajo de campo para entender las acciones y motivaciones de los jóvenes etiquetados como *pandilleros*, considera los *sentimientos* y las *normas* como elementos teóricos claves para entender las «igualdades» y «desigualdades» que se construyen cotidianamente.

Hoy en día, el sentido de pertenencia más efectivo con el que contamos es el nacional, pero también es uno de los más problemáticos ya que su vigencia depende de un equilibrio de inclusiones y exclusiones, a nivel externo e interno. Edgar Morín, por ejemplo, opina que aunque en apariencia nuestros estados-nación han agotado su «función histórica», aún representan «una fuerza antropohistórica considerable que debe avanzar tanto en la democratización interna como en su integración en asociaciones más amplias, hasta la consideración de una ciudadanía planetaria».[14]

La naturaleza de este texto nos obliga a prestar atención hacia el interior de estos agregados sociales y para ello, tomaremos una de las ideas de Ander Gurruchaga. Para este autor, pese a que el discurso nacional es un invento «moderno» que intenta homogenizar culturalmente el interior de sus territorios disolviendo sentidos particulares de pertenencia, en la práctica este discurso no operaría «racionalmente», ya que pretende convertirse en el sustituto ideal de dichos sentidos, en un nuevo motivo de

[13] Alexander, Jeffrey. p.149.

[14] Morín, Edgar. «Identidad nacional y ciudadanía». En *Las ilusiones de la identidad*. Pedro Gómez García (coordinador). Madrid: Ediciones Cátedra, 2000.

adscripción.[15] Dentro de este esquema, para Gurruchaga los conflictos intra nacionales son episodios en los cuales dentro de un territorio «estatalmente definido, emerge un grupo que ha elaborado un sentimiento de comunidad y lo lanza contra la definición de la realidad dominante en ese territorio».[16]

Usualmente los dialectos lingüísticos regionales, los mitos de origen disidentes, la diversidad religiosa y la variedad étnica son considerados factores potenciales de desintegración nacional, pero ¿qué pasa cuando dentro de una misma ciudad sus habitantes, hablando un mismo idioma, creyendo en el mismo dios y cantando el mismo himno nacional construyen nosotros distintos en cada esquina?

En mi opinión, la característica más distintiva y peculiar del proceso de socialización primaria de los jóvenes *pandilleros* es la temprana construcción de vínculos de intercambio teniendo la calle, y no el hogar, como escenario principal. Las escenas iniciales de los relatos autobiográficos que recogí, con y sin grabadora, están marcados por el recuerdo de un esfuerzo por la sobrevivencia en compañía de vecinos de similar o de mayor edad en la misma situación: grupos de niños y jóvenes que salen de sus barrios a vender golosinas, cantar en los microbuses y arranchar carteras. Escenas que además veía repetirse mientras caminaba por sus esquinas.

La propuesta de este artículo consiste en señalar que el origen de esos grupos que señalamos con la palabra *pandilla* se encuentra precisamente en ese ejercicio de intercambios o prestaciones de ayuda entre niños y jóvenes que no encuentran otra manera de satisfacer sus múltiples necesidades.

Si nos detenemos por un instante para pensar en las actividades que distinguen a los jóvenes *pandilleros* del resto de jóvenes de la ciudad (de Lima), vamos a llegar a la conclusión que son dos: las peleas colectivas en las que se enfrascan dos grupos distintos, y los robos. Actividades en las que demuestran un escaso sentido de responsabilidad hacia los otros en general que no pertenecen a sus grupos: hacia los jóvenes de otros barrios a los que buscan lastimar físicamente en cada uno de los enfrentamientos y hacia los transeúntes que se encuentran con ellos en sus esquinas.

Estos jóvenes satisfacen un sinfín de necesidades mediante su participación en pequeñas redes de intercambio y, esa dinámica de vinculaciones y desvinculaciones, provoca una suerte de sobrevaloración de algunas pocas relaciones locales y el desinterés por comprometerse con un colectivo mayor. De esta manera, una gran cantidad de jóvenes construyen sentidos de pertenencia extremadamente particulares sobre la base de cooperaciones cotidianas.

---

[15] Gurruchaga, Ander. «La problemática realidad del estado y la nación». En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. N°49, 1990.

[16] Gurruchaga, Ander, p.112.

Si bien las *pandillas* no construyen discursos políticos, esta dinámica de pequeñas sobrevaloraciones y grandes desprecios constituye una peligrosa manera de definir la realidad que se expresa en palabras y frases curiosas, que en Lima resulta cada vez más frecuente encontrarlas, por ejemplo, en programas cómicos y periódicos de bajo costo.

4. Contornos de comunidad

Sobre la base de conceptos como *sentimientos* y *normas*, la propuesta teórica de Agnes Heller resulta bastante útil para delinear contornos de comunidad dentro de una sociedad, y estudiar cómo sus miembros construyen pequeños colectivos desentendiéndose de sus compromisos y responsabilidades con la comunidad mayor.

Heller define los *sentimientos* en general como aquellas «señales» que nos indican si es que «todo se encuentra en orden» con respecto a la implicación (o relación) de mi «yo» con «algo».[17] Es decir, cómo nos relacionamos con otras personas, ideas, objetos materiales e incluso con nosotros mismos. Los *sentimientos* nos indican acerca de nuestro estado de «normalidad» biológica (aquí podemos pensar en lo que entendemos por «salud») y acerca de nuestro estado de «normalidad» social (aquí podemos pensar en lo que entendemos por lo «deseable»).

Según esta autora, los *sentimientos*, en general, cumplen una importante función de regulación y preservación. Los *sentimientos* son señales que nos orientan, entre otras cosas, acerca de la marcha de nuestras relaciones sociales.

Básicamente, una *norma* es una idea que ocupa las mentes de los miembros de un grupo, idea que surge sobre la marcha de las relaciones sociales, cobra «vida propia», trasciende a los individuos, e influye sobre ellos en tanto es una idea que expresa y especifica lo que los miembros de dicho grupo, en determinadas circunstancias, deben hacer o se espera que hagan.[18]

En general, cuando nos referimos a una *norma* nos referimos a una «expectativa» con respecto a la acción de los otros miembros del colectivo. Por lo tanto, la construcción de *normas* sociales puede ser entendida como un proceso de construcción de seguridad o certeza, ya que establece márgenes de predictibilidad acerca de la conducta de otras personas.

Esta última cualidad de las *normas* sociales no solo nos lleva a colocar este concepto en la esfera del deseo, sino que también nos lleva a pensar en su cercanía con el concepto anterior: ¿una expectativa no es un *sentimiento*? Ya que todos los teóricos coinciden en que no hay *norma* sin castigo, ¿no son los *sentimientos* los fundamentos de las *normas*?

---

[17] Heller, Agnes. *Teoría de los sentimientos*. Barcelona: Fontanamara, 1982.

[18] Homans, George. *El grupo humano*. Buenos Aires: EUDEBA, 1971.

¿*Sentimientos* y *normas* son conceptos que expresan una sustancia similar? Frente a interrogante, Jon Elster nos dice que ambos conceptos son como «hermanastras»,[19] ya que se apoyan, limitan y sobrepasan entre sí. De acuerdo con Elster, las *emociones* participan de todas las *normas* sociales, como factores de imposición externa (por ejemplo, los ojos indignados del colectivo que nos hacen sentir vergüenza) o interna (por ejemplo la culpa que nos castiga en solitario). Al mismo tiempo, las normas regulan la expresión de las emociones y hasta las emociones mismas.[20]

Desde la propuesta teórica de Heller podemos dibujar contornos de comunidad utilizando su conceptualización de *sentimientos* formulando preguntas del tipo ¿frente qué nos movilizamos?, ¿qué ideas o hechos suscitan nuestra atención?, ¿qué nos indigna o qué nos conmueve? En este sentido, el mundo de las emociones o sentimientos se convierte en un importante indicador sobre la fortaleza de aquellos cada vez más amplios y abstractos sentidos de pertenencia que queremos construir: «cuanto más extensas sean la integraciones y más generales los conceptos con los que me identifico, más amplio es el círculo de mi implicación; no solo me produce un impacto la muerte del vecino, sino que me hago capaz de llorar incluso la muerte de un héroe en un país distante».[21]

El concepto de *norma* también puede ser tomado como referencia para dibujar contornos de comunidad. De la propuesta de Heller se desprende que la construcción, aplicación y sostenimiento de un cuerpo normativo es una de las maneras más eficaces con las que cuenta la humanidad para «construir» igualdad: «si se aplican las mismas normas y reglas a todos y cada uno de los miembros de toda una sociedad (independientemente de los grupos sociales a que estos miembros pertenezcan), estas normas y reglas *hacen a todos iguales* desde el punto de vista de las normas y reglas en cuestión».[22]

Tomando en cuenta la posibilidad efectiva de construir igualdad sobre la base de cuerpos normativos compartidos, esta autora ofrece un modelo «simplificado» de la realidad para entender las relaciones sociales entre miembros de colectivos distintos que poseen estructuras normativas diferentes. «Simplificado», ya que las relaciones sociales son sumamente complejas y sobrepasan ampliamente cualquier enfoque teórico, pero adecuado para el objetivo de este texto.

Según Heller, dentro de cada grupo, las expectativas y las acciones (incluidos los actos de habla) se caracterizarían por la *simetría* (como ideal) ya que cada miembro espera que el otro haga por él, lo mismo que él haría por el otro. Esto por la simple y

---

[19] Elster, Jon. *Egonomics*. Barcelona: Gedisa, 1997.

[20] Elster define «emociones» de la misma manera que Heller define «sentimientos».

[21] Heller, Agnes. *Teoría de los sentimientos*. p.19.

[22] Heller, Agnes. *Más allá de la justicia*. Barcelona: Crítica, 1990, p. 29.

poderosa razón que ambos observan las mismas normas. Por el contrario, las expectativas y las acciones (incluidos los actos de habla) entre miembros de grupos distintos serían *asimétricas*, ya que no existen normas que garanticen conductas similares o actos recíprocos. Por lo tanto, las conductas internas y las conductas externas al grupo pueden entenderse en función a la existencia o inexistencia de mantos normativos comunes.[23]

Es difícil encontrar, por lo menos dentro del mismo país o de la misma ciudad, dos grupos humanos que no se encuentren, por lo menos, tenuemente «igualados» por un manto normativo que los cubra a ambos. Lo más probable es encontrar individuos que «conocen» las normas que los igualan entre sí, pero que no las «practican» cuando se relacionan con miembros de grupos externos. Aquí la pregunta es ¿qué pasa si no existen esos mantos normativos que tienden puentes de responsabilidad entre muchos pequeños nosotros o si esos buenos deseos, pese a existir, se han convertido en letra muerta?

Dentro del esquema teórico de Heller una de las consecuencias más graves es que esos vacíos normativos nos impiden hablar de «justicias» o de «injusticias», ya que para esta autora, «el concepto formal de justicia significa la aplicación consistente y continuada de las mismas normas y reglas a todos y cada uno de los miembros del grupo social al que se aplican las normas y reglas».[24]

Los hallazgos aquí condensados nos permitirán apreciar cómo, paradójicamente, la facilidad de los jóvenes entrevistados para desentenderse del prójimo o del conciudadano, responde a ese temprano ejercicio de cooperación: para estos jóvenes sus responsabilidades hacia los otros no van más allá de los vínculos que han establecido en la vida. Desde la manera en que han ordenado el mundo, y entienden su funcionamiento, les resulta sumamente complicado hablar de bondad, maldad, justicia o injusticia cuando hablan de sus relaciones con personas que no pertenecen a sus comunidades locales.

5. Rodolfo y el Loco Javier

Gracias al trabajo de campo pude comparar distintas trayectorias biográficas y encontrar elementos comunes. Si bien no todos los jóvenes entrevistados se unieron a sus respectivos grupos a la misma edad ni por los mismos motivos, para ilustrar el «inicio» temprano de mis observados en la construcción de vínculos en las calles tomé como caso representativo el relato de Rodolfo.

Resulta fácil de observar que para muchos niños y jóvenes, agobiados por una profunda pobreza económica, el ser parte de uno de estos grupos se convierte en una

[23] Heller, Agnes. *Más allá de la justicia*, p. 12.

[24] Ibídem, p. 16.

oportunidad para obtener dinero mediante el robo o la venta de artículos robados. Pero, una observación más cercana y atenta pone en evidencia que las motivaciones son mucho más complejas, como por ejemplo el deseo de lograr algún prestigio social, el sentido de pertenencia o la búsqueda de seguridad en un entorno sumamente peligroso.

Rodolfo es un joven que al momento de la entrevista tenía 26 años y trabajaba como empleado en una empresa de cajas de productos alimenticios. Anteriormente había trabajado en gasfitería, albañilería y parchado de llantas, entre otras labores. Rodolfo fue uno de los primeros miembros de un grupo de jóvenes del distrito de La Victoria conocido como «Barraca Rebelde». Durante la entrevista le pedí que me cuente acerca de su primer «trabajo» y me respondió que fue en el cementerio y a la edad de cinco años:

> Cuando yo era chiquito me iba de frente al cementerio. Recogía estampillas, me robaba las flores del cementerio y las vendía a fuera. Yo me iba a los cajones de los muertos, me sacaba las flores y las vendía, y de ahí me recurseaba.

Le pregunté cómo un niño de cinco años pudo llegar a un cementerio que quedaba en otro distrito. Respondió que gracias a un amigo de su barrio que era de mayor edad que él:

> ¡Con un loco! ¡El Loco Javier! Del Porvenir. Que ahora recoge cartones. Ahorita tendrá algo de 33 años ¡por lo menos! Me veía que yo a veces a los tíos les pedía plata: «Tío, ya pe...» Él me decía: «Oe... ¿Para qué pides plata? ¡Si yo tengo plata!», él hablaba así. «Yo tengo plata», me decía. «¿Tu quieres ganar plata? ¡Yo te voy a hacer ganar plata!», me dice. (...) Yo le dije: «Ya pues, ¡vamos!» Y él... o sea, me utilizaba ¿no? Pero ya después yo fui aprendiendo. Él necesitaba un pata para que le pueda sacar las flores. Él miraba, marcaba y decía: «Ya anda, y sácate las flores y vete por allá...», él era como campana. De lo que vendíamos él siempre se llevaba la mayor parte ¿no? Después como fui creciendo yo, él ya me daba normal. Vendía todo. Yo ya ganaba y contento. Yo nunca me compraba ropa, no me interesaba la ropa, solo el qué llevar para la casa. ¡Pa! le daba a mi mamá, y contento, ¡pa! con toda la gente.

Como se aprecia en su relato, Rodolfo aprendió a obtener dinero gracias a las enseñanzas y apoyo de un miembro de su vecindario, no de un familiar. Es importante tener en cuenta que el autor del relato no fue un niño «abandonado» que vivía y dormía en las calles, sino un niño que por una serie de factores pasaba casi la mayor parte del tiempo fuera de su casa angustiado por la pobreza que aquejaba a su familia. Durante la entrevista Rodolfo nos señaló algunos de esos factores que lo empujaron a desarrollarse precozmente en las calles: una familia de ocho hermanos, algunos de ellos drogadictos, padre ausente y madre desempleada que iba de un empleo informal a otro. También es importante subrayar que, de acuerdo al testimonio de Rodolfo, sus primeras ganancias no fueron destinadas a la compra de artículos personales, sino que se las entregaba a su madre.

Luego de esa primera experiencia «laboral», Rodolfo contó haber elegido a sus hermanos como sus nuevos socios en la tarea de sobrevivencia en las calles, junto con los cuales practicó una nueva estrategia:

> De ahí me fui a cantar en los micros con mis hermanos. Todititos mis hermanos... ¡pa! A mí siempre me agarraban, como yo era el más chibolito de todos mis hermanos... hasta ahorita yo soy el menor de todos los hombres. Nos subíamos a los carros, ellos cantaban y yo pedía. Después nos íbamos a los restaurantes: «Oye Rodolfo, tengo hambre, entra tú pe». Yo entraba con mi peine y con mi... no me acuerdo ya cómo se llama esa cosa que sonaba así... Yo agarraba, iba donde las parejas que estaban comiendo su pollo, comenzaba a cantar y los señores me sobaban la cabeza y... se miraban los dos la cara y me dejaban el pollo ahí. Se iban. Pagaban y se iban. Yo hacía la finta, pero no podía comer. Yo hacía la finta que iba a comer y esperaba que salieran. Cuando salían, agarraba, me acercaba a la puerta, y le silbaba a mis hermanos. Venían todos mis hermanos y ya, ahí recién comía. Siempre hacíamos eso cuando teníamos hambre, me mandaban a mí.

Empezar la construcción de nuestro modelo con el caso de Rodolfo nos permite comprender cómo una experiencia caracterizada por la temprana construcción de vínculos provoca que estos jóvenes se desentiendan fácilmente de las personas con las que no se encuentran vinculados de manera significativa.

Debido a experiencias de ese tipo, estos jóvenes consideran que la responsabilidad hacia los otros en general y los discursos como el de la solidaridad no tienen utilidad fuera de los límites de los grupos de los que se sienten parte. Como se desarrollará a lo largo de este texto, esta peculiar forma de entender el mundo se expresa en las palabras que caracterizan el vocabulario que los distingue del resto de ciudadanos.

Por ejemplo, en la jerga de estos jóvenes, la frase *salir a la cancha* significa salir a las calles a robar y la palabra *batería* es la palabra que usan para referirse a los grupos a los que ellos se suman desde niños en las esquinas de sus barrios y que nosotros —desde fuera— señalamos con la palabra *pandilla*. Ellos no hablan de sus *pandillas*, sino de sus *baterías*.

Durante la entrevista Rodolfo me contó que a él le gustaba bailar acrobáticamente y que llegó a adquirir tanta habilidad que durante un tiempo se dedicó a realizar coreografías en algunas discotecas. Ya que según su relato el baile parecía ser su actividad principal, le pregunté acerca de la primera vez que fue invitado a participar de un robo:

> Un día me fui a Huascarán, estaba bailando y me dijeron: «Oe, que te crees bailarín, vamos a la cancha», me dicen.
>
> -¡Vamos a la cancha!
>
> -¿Qué es eso?
>
> -¡Vamos a fuiii...! [silba y hace un gesto con la mano que significa robar]

-¡Ah... ya...! Nooo... —le digo— tengo miedo, no soy de esas cosas...

-¡Vamos pe...!

Y ya... agarre y... «Bueno, vamos», los seguí pe ¿no?, eran cuatro. Doblamos una esquina y ya habían diez. Venían otros y ya éramos quince. Veinte... ¡Un baterión!

La experiencia de Rodolfo como precoz constructor de vínculos estuvo acompañada de un cotidiano e imperceptible aprendizaje de ese vocabulario que distingue a quienes se han socializado en las calles como él. Vocabulario que facilita el reconocimiento entre personas que ordenan el mundo de manera similar y que navegan socialmente con un esquema de solidaridades restringidas: ellos, con la seguridad que les otorgan sus compromisos mutuos (en *batería*), salen del barrio (*a la cancha*) para apropiarse de lo que encuentren en su camino.

Con respecto al acercamiento y la participación activa de un grupo, el análisis de los testimonios recogidos nos indica que estos jóvenes han pasado lentamente de haberse *encontrado por* diversas carencias e intereses a *juntarse para* disfrutar de los beneficios que reportan el ser parte de un grupo fuertemente cohesionado.

La idea es que muchos niños y jóvenes se *encuentran por* causas y motivos similares a los que tuvo Rodolfo a los cinco años, establecen vinculaciones intergeneracionales en el entorno cercano como las que Rodolfo estableció con el «Loco» Javier (un niño mayor que él) y, armados con la seguridad que otorgan los compromisos y expectativas que surgen con el establecimiento de un vínculo, inician una larga serie de peripecias cotidianas por la satisfacción de toda clase de necesidades. Aquí podemos señalar desde la identidad y el afecto, hasta la protección y la subsistencia. Luego de un espontáneo descubrimiento de ventajas colaterales, estos jóvenes empiezan a *juntarse para* disfrutar de las satisfacciones que se encuentran en, por ejemplo, las peleas colectivas con grupos similares.

6. El guerreo y sus recompensas

Desde su jerga, estos jóvenes denominan *guerreo* o *guerreada* al acercamiento de dos masas de individuos provistos de objetos punzo cortantes, piedras y palos, con el objetivo de capturar a algún miembro de la masa contraria. Los que se encuentran delante de ambas masas se miran las caras, esquivan las piedras y tratan de atrapar a algún contendor. Pero, al mismo tiempo, impiden que alguno de los suyos sea absorbido.

Los grupos se llegan a acercar bastante, a veces, a escasos dos o tres metros de distancia, pero nunca el enfrentamiento es cuerpo a cuerpo. Muy raras veces sucede eso y, cuando sucede, la confusión es generalizada, por muy breves instantes el pánico se funde con la ira, todos tratan de salvar su propio pellejo e inmediatamente los involucrados intentan volver a distanciarse. Lo hacen corriendo desesperadamente en pequeños grupos que se buscan y se van sumando hasta recomponer el colectivo.

Cuando conversamos acerca de las peleas colectivas (*guerreos*) que protagonizan los jóvenes de *pandillas* enemigas o barrios distintos desde la lejanía del recuerdo y frente a alguien que maneja otros horizontes normativos (yo), los entrevistados aseguraron que la mayoría de las veces se producen por «tonterías». Pero, al mismo tiempo, una atenta lectura de sus testimonios y una sostenida observación de sus actos, demuestra que le otorgan una gran importancia al desarrollo del conflicto en sí mismo.

Desde un primer nivel de análisis se puede afirmar que las colectivas peleas que protagonizan los grupos de jóvenes considerados *pandilleros* tienen su origen en los compromisos que resultan de la articulación de redes de ayuda mutua construidas por los jóvenes de un mismo vecindario desde muy pequeños. La naturaleza e importancia de estos vínculos facilitaría que los conflictos individuales sean asumidos rápidamente por los colectivos que hay detrás de cada uno de los contendores.

Franchesco es un joven que en el momento de la entrevista tenía 19 años, él nos contó que había crecido en el Callao, pero que gracias a vínculos familiares ha vivido varios años en el distrito de La Victoria, lo que le permitió ser miembro del grupo «Barraca Rebelde». En la época en que fue tomado su testimonio, este joven se ganaba la vida micro comercializando drogas. Cuando conversé con él acerca de las peleas entre personas de barrios distintos, su explicación puso énfasis en las fuertes expectativas normativas y emocionales que existen entre quienes cooperan cotidianamente:

> ¡Es gente que siempre ha estado contigo pe! Ponte por ejemplo, si yo paro con él, no me gusta que a él le peguen pe, ¡ni cagando! ¡voy y le pego pe...! ¡Es que la gente del barrio es desde chibola pe! Por ejemplo, hay varios huevones que son hijos únicos. No tienes hermanos, tú tienes tu causa, tu pataza que es de tu barrio, que es como tu hermano, entonces, cuando le pasa algo a él, te duele ¿no es cierto? Y si tú puedes ayudarlo en algo, lo haces ¿no es cierto? ¡Eso es el barrio pe!

Apadrinar es la palabra con la que estos jóvenes designan la intervención de un tercero que tiene como misión restablecer el equilibrio en una relación que en opinión de los involucrados ha tomado matices de abuso. Acción que la mayoría de veces termina generando un nuevo desequilibrio mediante un nuevo abuso. Con este término se describe la acción de un tercero «justiciero». Franchesco nos explicó cómo funciona esta dinámica de prestaciones de ayuda mutua celebrada, por lo general, de manera intergeneracional:

> Por ejemplo ya, tú eres mi pata. Yo me mecho, alguien me pega. Yo sé que tú mechas más que yo y te digo: «¿Sabes qué? ¡Me han chancado!»... «¿Quién te ha chancado ¡Está huevón! ¡Tú eres mi pata! ¡Está huevón!» Tú vas y me apadrinas: «¿Tú por qué le has pegado a mi pata? ¿Te crees pendejo?» Tú lo chancas. Ya, ese huevón trae a su padrino. Ya, tú eres su padrino, te chancan a ti. Tú, como ya eres más viejo, más peso, traes a tu padrino, los chanca... ¡y ya! ¡se mete el barrio! ¡y se mete el otro barrio! Y así comienza la bronca de barrio pe.

La práctica de estos *padrinazgos* (así como la existencia y el uso de la palabra en sí misma) ilustra perfectamente cómo las *broncas de barrio* o *guerreos* son, en el fondo, el resultado de la articulación colectiva de pequeños compromisos individuales. Además, el *padrinazgo* puede ser entendido como una forma institucionalizada de transmitir de una generación a otra los conocimientos y las soluciones desarrolladas entre agentes socializados de la misma manera, que han abrazado elementos identitarios comunes y que han tomado decisiones parecidas.

Como se puede apreciar, según las explicaciones que nuestros observados nos ofrecen sobre sus propios actos, importa poco el origen del conflicto en el que se hayan involucrado sus compañeros de grupo, lo que realmente importa es respaldar al compañero frente a una situación de peligro. En el futuro se va a esperar la misma reacción por parte del resto del grupo. Algunos de los entrevistados fueron bastante claros al explicar que literalmente cualquier cosa puede provocar que dos redes se enfrasquen en un conflicto violento: roces dentro de una fiesta, silbidos en la calle a la pareja o un intento de asalto. Tengamos en cuenta que la seguridad frente a las agresiones con las que se pueden tropezar en las calles fue una de las primeras necesidades que los jóvenes entrevistados aprendieron a satisfacer con el establecimiento de importantes vínculos tempranos.

Desde un segundo nivel de análisis podemos construir una explicación más cercana a la realidad de estos jóvenes si tenemos en cuenta que, dentro y al rededor de cualquier actividad social con objetivos aparentemente precisos o específicos, existe una gran cantidad de «recompensas colaterales».

Sobre la base de los testimonios y de lo observado, se puede señalar una larga lista de satisfacciones que estos jóvenes encuentran y descubren participando de violentos enfrentamientos colectivos. Estas peleas se convierten en momentos en los que se puede trabajar con el cuerpo y experimentar sensaciones que difícilmente se encuentran en otros momentos de la vida cotidiana: esquivar piedras, sentir dolor o causarle daño a un otro desconocido. Además, se encuentra la posibilidad de sentirse poderoso gracias al respaldo de un colectivo dispuesto a todo: los participantes pueden sentir poder, más allá de la edad, de los atributos físicos o de la condición económica.

Los recuerdos de los jóvenes entrevistados coinciden en que las generaciones anteriores de sus vecindarios ya protagonizaban frecuentes enfrentamientos con miembros de barrios cercanos. También coinciden en cómo se fueron acercando a dichas actividades, llegando a encontrar placer al participar en ellas. Franchesco fue bastante expresivo al recordar sus primeras incursiones:

> Yo iba desde chibolo, de sapo iba. Me botaban ¿ah? A mí me botaban de mi barrio del Callao, me botaban. Y yo de sapo iba. De sapo. Y comenzaba a tirar piedras. Así, de atrás, de al último, de los que tiran de al último, de los que ven algo y se corren, una huevada así. De ahí poquito a poquito me gustó la huevada y ¡po! ¡po! ¡po! y ¡pum!

Hay que agregar que los *guerreos* ofrecen la posibilidad de conseguir prestigio y escapar del anonimato. Lo primero que hace un niño recién iniciado en estas luchas colectivas, cuando finalmente logra estar en primera fila (gracias al entrenamiento constante y la consecuente habilidad para manejar el miedo) es gritar su nombre junto con el nombre de su barrio o *pandilla* frente a los contrincantes. Es una de sus pocas maneras de «existir» frente a un otro enemigo o frente a los otros que se consideran significativos. Una de las pocas maneras de ser considerado alguien «importante» por los amigos del barrio.

Finalmente, podemos agregar también a nuestra lista, la posibilidad de construir colectivamente una especie de institucionalización incipiente. Al participar de violentos enfrentamientos colectivos, estos jóvenes pueden construir de manera imaginaria un pasado glorioso en el que han luchado otros hombres que crecieron en el mismo lugar y que ven el mundo de la misma manera.

7. Lenguaje y valoración: sanos y solos

Nosotros y los jóvenes entrevistados sabemos perfectamente que somos dueños de nuestras decisiones y que nuestras acciones responden a motivaciones totalmente particulares. Incluso, sabemos que al cooperar lo hacemos teniendo siempre un margen de maniobra que nos permite desentendernos de compromisos o mandatos previos cuando estos resultan incómodos.

En el caso específico de los jóvenes *pandilleros*, existe todo un sistema de recompensas, sanciones y obligaciones alrededor de quienes sí cooperan juntos y de quienes optan por no cooperar. Sistema de valoraciones cuya huella está registrada en la jerga de estos jóvenes.

Uno de los datos que me interesó registrar durante las entrevistas fue la percepción que tenían estos jóvenes acerca de sus pares generacionales que, viviendo en la misma cuadra o vecindario, no participaban en los violentos enfrentamientos colectivos que a veces se celebraban.

En la jerga de los jóvenes entrevistados, la palabra *sano* sirve para referirse a aquel chico que no participa de las típicas actividades de una *pandilla*. Y si es que alguna vez lo hubiera hecho, consideran que lo hizo por compromiso, sin ninguna convicción, y al término de su actuación no le quedaron ganas de volver a hacerlo. Podemos decir que con esa palabra estarían siendo etiquetados aquellos jóvenes que, a pesar de vivir en los mismos barrios pobres y peligrosos, sus apuestas de vida se mantienen dentro de lo socialmente aceptado.

Tenemos que advertir que aquellos jóvenes considerados *sanos* reciben ese adjetivo calificativo principalmente en función de la mezcla de satisfactores elegidos por ellos: no hacen cosas que la ciudadanía reprueba. Esto no quiere decir que las relaciones con

estos jóvenes sean difíciles o inexistentes. Existen vínculos entre los jóvenes considerados *sanos* y los miembros de la *pandilla*, pero estos vínculos son débiles con respecto a la importancia y frecuencia de los intercambios. Teóricamente podemos afirmar que entre las partes no hay mayores obligaciones y se podría decir que el nivel afectivo es bajo.

Solo es el término con el que los miembros de una *pandilla* sancionan a aquel vecino que está totalmente desvinculado con ellos y que no demuestra ningún interés por vincularse. Es fácil deducir que los jóvenes considerados *solos* no reciben el mismo trato que los jóvenes considerados *sanos*, ya que en opinión de los entrevistados, se trata de vecinos que con sus actos parecen decirles que no los necesitan, que tienen otros intereses, que a ellos no les importa ni sus vidas ni sus destinos. Mientras la sociedad considera a los jóvenes *solo*s como «tranquilos» por ser lo opuesto a sus peligrosos vecinos, ellos los consideran «sobrados», es decir autosuficientes y hasta «soberbios», ya que ni siquiera les hablan.

Resulta elocuente la utilización de palabras como *sano* y *solo* por parte de los entrevistados para señalar a los jóvenes *no pandilleros* de sus barrios. En el especial lenguaje que manejan para referirse a su realidad social particular y distintiva, no existe palabra alguna para referirse a sí mismos, mientras que en el de fuera (el nuestro) usamos el término *pandillero*. La utilización de una palabra que evoca salud (*sano*) y otra que refiere a individuos que no necesitan construir redes (*solo*), permite suponer que en alguna medida se consideran a sí mismos fuera de una «normalidad» que desearían disfrutar.

8. Participación, reconocimiento y salida

Cuando nos acercamos por primera vez a jóvenes que son considerados *pandilleros*, ya sea en persona o mediante lo escrito en prensa, resulta irresistible preguntarse por el tema del liderazgo. Lo primero que viene a nuestras mentes cuando pensamos en el rol de un líder es la palabra «mando». Imaginamos a alguien que ocupa una especie de cargo desde donde ostenta la facultad de disponer del resto.

Esas mismas imágenes también están en las mentes de los jóvenes en cuestión, así que cuando se comienza a indagar acerca del individuo que posee ese supuesto don de mando, lo más probable es que obtengamos una respuesta del tipo: «*aquí nadie manda a nadie, aquí somos todos*». No obstante declaraciones de ese tipo, en todo grupo humano podemos identificar sujetos dueños de características que usualmente clasificamos bajo la palabra *liderazgo*.

Lo que sucede es que la naturaleza de ese heterogéneo colectivo generacional que denominamos *pandilla* no es otra que la de servir como satisfactor a un número indeterminado de necesidades. No podemos olvidar que estamos hablando de un grupo humano en donde no hay recursos que administrar, ni voluntades que doblegar.

No he encontrado palabras en el lenguaje de los jóvenes denominados *pandilleros* para señalar personas en puestos claves. No existe ninguna palabra del tipo «jefe». Se puede afirmar que dentro de estos grupos de jóvenes se vive una especie de ilusión de igualdad y solidaridad. No hay palabras para señalar personas de carne y hueso. Solo palabras para expresar el ideal y su opuesto.

La palabra *parador* expresa la categoría ideal del compañero, lo que todos debieran ser. La palabra viene de «estar parado», «detenido». De «parar» o «detener» al barrio rival. En los combates callejeros los jóvenes que siempre están adelante son señalados por el resto de esa manera. Se trata de los compañeros que en esas circunstancias representan el máximo de seguridad posible. De ellos se espera que no corran (pase lo que pase, esté quien esté al frente), que no permitan que capturen a algún miembro del grupo, que recojan del suelo a los caídos antes que llegue la turba contraria. Así se denomina a los que más se ajustan a la norma ideal de reciprocidad.

Dentro de la jerga de estos jóvenes, la palabra *aflojar* es el antónimo de la palabra *parar*. *Aflojador* o *aflojón* es la palabra que designa a aquellos en los que no se puede confiar en una situación de peligro. Aquellos que nunca están ni remotamente cerca de la primera línea o aquellos que desaparecen rápidamente de la escena cuando las cosas parecen complicarse.

Hay que tener en cuenta que *parador* es una palabra que el colectivo utiliza para recompensar al compañero. Nadie utiliza esa palabra para referirse a sí mismo. Tampoco se dice frente a frente. Es un tributo que sirve para recompensar a un ausente ante terceros. Es usual escuchar que alguien diga de un compañero que no está presente algo así como: «ese pata es *paradorazo*». Pero nunca le va a decir «tú eres un *parador*», a menos que se trate de un sarcasmo. Lo que sí vamos a escuchar es: «aquí todos *paramos*», con la intención de decir que todos son iguales, que en ese barrio todos se involucran de la misma manera. También es posible escuchar «allá todos *paran*» cuando se habla de otro barrio, enemigo o amigo, como una especie de reconocimiento al valor ajeno. Algo así como: «yo lo pensaría dos veces antes de ir hacia allá».

Es importante anotar que nadie es *parador* a solas. La noción de *parador*, en tanto ideal, pertenece a una dimensión más colectiva que individual. El *parador* necesita otros *paradores* como él a su lado y una masa de gente detrás. Los jóvenes considerados *paradores* no acuden a una pelea sin otros jóvenes a su lado que ellos también consideren como *paradores*. Saben que por más admiración que les tenga el colectivo, muy pocos van a tener el valor de recogerlos del piso segundos antes que lleguen los enemigos.

Hasta aquí, hemos apreciado cómo una de las recompensas que pueden encontrar los participantes de estas actividades es el reconocimiento. El *guerreo* es aquel momento especial en donde se reafirma la existencia social que se obtiene al ser parte de una red de intercambios. Quien no participa no es aplaudido, no es valorado socialmente por sus pares.

Así como el ingreso al grupo consiste un largo y emocionante proceso de vinculaciones y compromisos, se puede afirmar que la salida es otro largo proceso en el cual la intensidad y la frecuencia de los intercambios va disminuyendo hasta lograr cierta «independencia» frente al grupo. En la jerga de la cárcel *plantarse* significa abandonar las actividades delictivas. Palabra que nos hace pensar en algún jugador de cartas que decide ya no seguir arriesgando. En el caso específico de la jerga de estos jóvenes, y desde la perspectiva de las recompensas colaterales, se puede decir que esta palabra (*plantarse*) les sirve para señalar aquel momento en el que finalmente la prudencia le ganó a la fascinación.

Adrián es un joven que al momento de la entrevista tenía 20 años, trabajaba en una fábrica de cartones y pertenecía a un grupo conocido como «Los Caciques» en el que se reúnen decenas de jóvenes que habitan en la Urbanización Palermo, en el Cercado de Lima. Con este joven conversé sobre el momento del retiro y le pregunté qué pasaría si se encuentra con un ex rival:

> Si tú sigues en pandillaje, y yo sigo en pandillaje, entonces te puedo cagar. Pero si yo me abro de la pandilla, también formo mi familia y él tiene su familia... ya puta pe: ¡ya pasó! ¡qué lo voy a cagar! ¡me meten preso! ¿y a mi familia quién la va a mantener? ¡ah no...!

Lo primero que tenemos que advertir es que al imaginar el momento de su salida del grupo se ubicó del lado de la «normalidad», como si hubiera abandonado una esfera separada y hubiera ingresado en otro mundo. Lo que se evidencia en el uso de esa palabra con la que la prensa, la policía y la ciudadanía en general describe sus actividades actuales: *pandillaje*.

También resulta interesante cómo para Adrián el *pandillaje* es una etapa más en su vida. Al parecer en su opinión se trata de una de las tantas maneras que existen de ser joven. Otro elemento importante es que este joven considera que una de las señales más objetivas que marcan el final de la participación de actividades como el *guerreo*, es la conformación de una familia. Adrián nos describe la aparición de otros vínculos de responsabilidad en su vida (*¿y a mi familia quién la va a mantener?*). Nuevos vínculos (nuevos compromisos) que lo obligan a cuestionar el presente y pensar en el futuro. Y, como resultado de ese proceso reflexivo, decide no seguir corriendo riesgos que dentro del nuevo panorama resultan innecesarios.

Recordemos que, en el juego de intercambios recíprocos que practican los jóvenes entrevistados, el nivel de reconocimiento (el acercarse o el alejarse del ideal del *parador*) depende del nivel de entrega hacia el colectivo. Participar es intercambiar, e intercambiar es comprometerse. En opinión de los jóvenes entrevistados, al alejarse del grupo, quienes participaron activamente tienen mucho de qué sentirse orgullosos.

Paulo es un joven que en el momento de la entrevista tenía 22 años, vivía en el distrito de La Victoria y también era parte del grupo «Barraca Rebelde». Durante la entrevista,

este joven expresó muy bien el malestar que experimenta el resto de los compañeros frente a la salida de alguien significativo, aunque se sabe que es «normal» ya que tarde o temprano todos van a tomar esa decisión:

> La gente también ve que cuando el hombre ya está pe... ¡ya fue! Ya sabe que ya está en otras cosas... Ya no le pide más pe. Pero la clase siempre queda pe. Como un jugador pe: se retira, pero siempre le queda la clase.

De acuerdo a la explicación de este joven, el nivel de exigencias del grupo disminuye (*ya no le pide más*) al mismo tiempo que disminuye el cumplimiento de los compromisos por parte del nuevo prudente. Para Paulo, quienes se retiran del «juego» tienen ahora algo que contar a las nuevas generaciones: tuvieron un pasado glorioso, saborearon la fama, y se convirtieron en parte de la historia del barrio (*la clase siempre queda*).

9. El barrio y los atorrantes

Debido a la gran importancia que tienen las relaciones de cooperación en la vida de los jóvenes observados, las palabras que distinguen su forma de hablar expresan claramente cercanías y distancias en función de las expectativas depositadas en las personas con quienes se van relacionando cotidianamente. Dicha experiencia de vida se evidencia en cómo estos jóvenes clasifican a los distintos miembros de sus vecindarios (adultos, jóvenes, mujeres y niños) y en general a todos aquellos con los que interactúan socialmente.

La noción de *barrio* que manejan estos jóvenes es una noción mucho más humana que geográfica y está fuertemente asociada con esas pequeñas comunidades que han tejido. Esto hace que al pensar en su concepción de *barrio*, piensen en un mundo social cerrado en sí mismo y radicalmente distinto al resto de sociedad que queda fuera de sus límites.

Barrio es una palabra con la que estos jóvenes tratan de manera afectuosa y cercana al conocido. La usan para saludarse entre sí quienes son amigos. Es una palabra que tiene como sustancia principal una solución permanente a un problema permanente: la importancia de la construcción de vínculos de intercambio para la sobrevivencia en las ciudades. Esta palabra es halago y advertencia a la vez. Se trata de un halago en tanto el que es tratado de esa manera es considerado como igual, como un otro significativo con el que hay compromisos y responsabilidades, tal vez de muy baja intensidad, pero la suficiente como para desarrollar una interacción agradable.

Pero esta palabra contiene también una advertencia velada. Quienes la utilizan cuentan con grupos de respaldo que los apoyarían en caso de solicitar ayuda. Cuando dos grupos de jóvenes se encuentran al borde de la agresión mutua se evidencia con claridad este sentido de la palabra. Por lo general quienes toman la iniciativa de asumir el rol de mediadores, se tratan mutuamente de *barrio*. En este caso se trata de un intento

por hacer ver que ambas partes cuentan con redes extensas a las que se podría acudir para prolongar, en el tiempo y el espacio, el conflicto que está a punto de estallar. Es una especie de llamado a la razón del tipo: «aquí todos sabemos que, pase lo que pase, va a haber represalias y también sabemos que, en cierto sentido, no nos conviene».

El antónimo de la palabra anterior es la palabra *atorrante*. En líneas generales, con la palabra *atorrante* se sanciona al compañero que defrauda las expectativas de la contraparte. Se trata de la palabra que sirve para explicitar el incumplimiento de la norma (ideal) más importante: la reciprocidad. Es la palabra que una vez pronunciada desvanece la magia en torno a estos vínculos sociales de función múltiple.

El colectivo barrial señala de esa manera a aquel que pone en riesgo la supuesta armonía que debe reinar en la red. Cuando alguien asalta a alguien del barrio o golpea a los menores, es estigmatizado con el término *atorrante*. Ser considerado así por la comunidad local es sumamente grave. Se le considera un verdadero peligro ya que no es capaz, siquiera, de respetar las elementales normas construidas en la intimidad del barrio. En resumen, dentro de este campo social un *atorrante* es un sujeto públicamente ganado por el autointerés.

Hay que tener en cuenta que también se trata de una palabra frecuente para juzgar interacciones no trascendentales. Al parecer esta palabra se ha trasladado, de su función original como sanción para faltas graves, al lenguaje de la vida cotidiana, ámbito en donde sirve para sancionar con humor los pequeños egoísmos. Por ejemplo, cuando no se deja que el compañero tome un trago de la misma bebida o no se comparten las galletas.

Pero cuando el sujeto se siente defraudado en un episodio de trascendencia (como por ejemplo haber sido abandonado en las calles frente a los enemigos o no haber sido defendido de las reacciones violentas de una víctima de robo) esta palabra vuelve a su función original y sirve para manifestar la rabia y la indignación. No solo el significante y el significado pueden llegar a ser distintivos, un tercer elemento es la carga emocional con la que se utilizan las palabras.

10. Solidaridades restringidas y sospechas

«Culpa», en su calidad de sentimiento que nos advierte que no hemos obrado de acuerdo a norma (que no hemos hecho lo que se esperaba), puede ser considerado un sentimiento «reparador». Pero, ¿qué sucede cuando se trata de relaciones entre individuos que no se consideran parte de la misma comunidad?, ¿qué pasa cuando no hay un vínculo previo que reparar?

Lo que se evidencia en las actividades distintivas de los jóvenes considerados *pandilleros* (las peleas y los robos) es que sus vínculos de responsabilidad más allá del grupo son demasiado escasos y limitados. En el caso de los *guerreos* estos jóvenes aseguran no sentir ninguna «culpa» cuando lastiman a alguien del grupo contrario. Argumentan

que se trata de una actividad en la que se participa «voluntariamente» y en la que todos los participantes se atienen a las «consecuencias».

En el caso de los robos encontramos el mismo mecanismo: les resulta muy fácil desentenderse de quienes no conocen. Con la palabra *parroquiano* estos jóvenes señalan a los otros en general que ante sus ojos califican como potenciales víctimas de asalto. Si bien se trata de una palabra muy poco usada en el lenguaje corriente, es hallada con facilidad en las noticias policiales de la prensa escrita. La palabra *parroquiano* evoca la imagen de alguien que se encuentra de paso, en calidad de cliente en algún local comercial, o de concurrente en alguna ceremonia religiosa.

Los jóvenes entrevistados aprenden a utilizar esta palabra para señalar a esos anónimos ciudadanos con los cuales no existe ningún tipo de responsabilidades previas. Se podría decir que con esa palabra se refieren a quienes no cuentan con redes barriales de auto defensa y ayuda mutua (*solos*) o a quienes no se han socializado en las calles como ellos (*sanos*).

Se ha señalado que la experiencia temprana de los jóvenes entrevistados ha estado fuertemente marcada por la construcción de importantes vínculos de intercambio con personas del entorno cercano, del mismo vecindario, pero ajenas a la esfera familiar. Esta experiencia temprana ha generado en ellos un contradictorio sentido de «independencia», ya que ganan un considerable margen de independencia frente a sus familiares, pero para mantener ese margen necesitan el apoyo de un colectivo: el grupo de pares se convierte en el satisfactor para gran parte de sus necesidades.

Se puede afirmar que en esta experiencia temprana los jóvenes en cuestión aprendieron básicamente dos cosas. Primero, que en esta vida hay que construir vínculos de intercambio para sobrevivir. Segundo, que sus responsabilidades y compromisos no van más allá de sus relaciones cara a cara.

El primero de los aprendizajes, la importancia de los vínculos, explica esa exagerada dimensión colectiva que los distingue del resto de ciudadanos. Se saludan empleando la palabra *barrio* y no demoran en articular una larga lista con las «bondades» de una vida en comunidad: defensa colectiva, confianza, reciprocidad, lealtad, etcétera.

Al mismo tiempo, el segundo de los aprendizajes, el de las responsabilidades limitadas, explica el nivel de desconfianza y sospecha que caracteriza su percepción de las relaciones sociales. De acuerdo a sus experiencias, consolidar un conglomerado de relaciones implica necesariamente una ruptura con el exterior y, en este sentido, se entrenan en el manejo de solidaridades restringidas. Aprenden desde muy pequeños a sobrevivir en función a un otro desconocido al que se le roba, se le vende algo o se le golpea (o a la inversa: que nos roba, que nos vende algo o que nos golpea).

Esto hace que esa solidaridad vivida en el interior del grupo sea parcial. En el fondo de ellos está instalada la sospecha, ya que «aprovecharse» del prójimo es una estrategia empleada hacia fuera, pero, ¿qué podría evitar efectivamente que se emplee hacia dentro?

Las normas son solo expectativas, deseos compartidos. Al fin y al cabo, entre ellos no hay reglas escritas ni instancias superiores. Se trata de una negociación constante. Así las cosas, estos jóvenes saben que cualquiera del grupo podría *atorrantearse* y actuar con ellos como se actúa con cualquier *parroquiano*.

Esta característica nos permite entender también por qué es que hay tanto peligro alrededor de sus vecindarios. Así como ellos construyeron desde sus esquinas un mundo lleno de muchos otros generales y muy pocos otros importantes, sus vecinos han hecho lo mismo. La paradoja aquí es la siguiente: al mismo tiempo que dentro de ese contexto la desconfianza aparece como algo natural e incuestionable, ese mismo contexto de desconfianza hace que los involucrados le asignen gran valor e importancia a los pocos vínculos significativos.

Esa sospecha instalada explica cómo estos jóvenes pueden darnos convincentes argumentos a favor de la vida en comunidad y, segundos después, pueden afirmar que «en esta vida no se puede confiar en nadie». Explica también cómo en ellos coexiste la ilusión de la solidaridad junto con la ilusión de convertirse en personas totalmente independientes (de cualquier grupo).

11. Conexiones finales

En este texto he presentado un caso en el cual individuos que viven dentro de una misma ciudad tienen grandes dificultades para imaginar vínculos de responsabilidad entre sí, condición necesaria para la circulación y apropiación de discursos más abstractos y generales. Las experiencias de socialización primaria de estos jóvenes nos indican que, sin intenciones previas de cálculo, se han desentendido de una gran cantidad de ciudadanos. Tan cotidianamente, que sus relatos autobiográficos y mis observaciones de campo me indican que lo primero que hicieron al salir de sus casas fue cooperar, los conflictos vinieron después, como una consecuencia «natural» de esos iniciales ejercicios de cooperación.

Desde este punto de vista, se puede afirmar que una *pandilla* es más una peculiar forma de relacionarse que un grupo sólidamente estructurado. Esta forma de relacionarse pasa de, *encontrarse por* diversas causas y asumir colectivamente conflictos individuales, a *juntarse para* disfrutar los múltiples beneficios de un colectivo y sus enfrentamientos con otros grupos similares.

La lógica de compromisos selectivos con la que estos jóvenes navegan socialmente provoca que se pierda lo que dentro del esquema teórico de Heller constituye una de las posibilidades más eficaces de «construir» igualdad. Utilizando las palabras de los jóvenes entrevistados podemos afirmar que diariamente cientos de niños en nuestra ciudad construyen una sociedad de *paradores*, en la que los que quedan fuera de los límites de la pequeña comunidad local son simples *parroquianos* o *sanos* desconocidos.

Utilizando el esquema teórico de Alexander podemos afirmar que la palabra *pandillero* es parte de ese elaborado código simbólico que la sociedad civil emplea para señalar quién es amigo y quién enemigo. Con esta palabra hablamos de jóvenes de bajos recursos económicos que construyen sociedades cerradas, desconfían de sus semejantes, personalizan sus lealtades, y no manifiestan conformidad con las normas que nos igualan (aunque no sean los únicos ciudadanos que privilegian sus compromisos personales y sus intereses individuales).

Es cierto que la jerga que los distingue les sirve para dar cuenta del peculiar mundo de vinculaciones y desvinculaciones que han construido. En este sentido, estas palabras son el resultado de prácticas sociales distintas. Pero también es cierto que las palabras sirven para pensar, aprehender, ordenar y limitar nuestra manera de ver el mundo. Aprender desde pequeño a dividir la sociedad entre *paradores* y *parroquianos* dificulta la expansión y el fortalecimiento de esos sentidos de pertenencia de mayor amplitud que nos permiten asumir compromisos con personas distantes y diferentes.

El común denominador de las palabras que caracterizan la jerga de estos jóvenes es esa lógica de compromisos hacia adentro y desconexiones hacia afuera. En dos dimensiones: normativa y emotiva. Por ejemplo, *abasar* es la palabra que usan para expresar que, las personas con una socialización similar a la de ellos, se sienten seguras dentro de los límites de sus barrios porque saben que ahí cuentan con el «apoyo» de los vecinos. *Apeligrarse* es la palabra que les sirve para señalar el cuadro emocional que embarga a alguien que actúa como si tuviera que «defenderse» contra todos: o de manera agresiva y confrontacional o de manera temerosa y huidiza. Tanto ellos, como los *parroquianos*, se *apeligran* de vez en cuando.

Es muy difícil determinar cuántos jóvenes *pandilleros* hay en Lima. Según los cálculos realizados por la Policía Nacional del Perú, en el año 2000 existían en nuestra ciudad doce mil jóvenes agrupados en 395 *pandillas*.[25] Por el contrario, es muy sencillo comprobar cómo el lenguaje de grupo cerrado que manejan estos jóvenes, y la producción estética que realizan, resultan extremadamente útiles para que otros jóvenes y adultos *no pandilleros* expresen la desconfianza que sienten hacia los otros en general y su desprecio frente a ese manto normativo común que tendría que «igualarnos».

En 1998 tuve la oportunidad de observar un diagnóstico de valores con jóvenes que pertenecían a grupos del distrito de La Victoria y del Agustino. En aquella ocasión les pregunté qué harían ellos si fueran presidentes del país. Casi todas las respuestas obtenidas indicaban lo mismo: el descrédito del quehacer político y el pesimismo frente al futuro. Sin embargo, una de las respuestas resaltó sobre las demás por reflejar mejor cómo estos jóvenes hablan cotidianamente: si fuera presidente «chapo todo el billete

[25] Diario *La República*, domingo 9 de julio del 2000.

que pueda y saco la vuelta pues en este país no se hace nada».[26] Cinco años después, ya en el 2003, leí en la carátula de un periódico de bajo costo que se caracteriza por escribir lo más parecido posible a la forma de hablar de los sectores populares: «General estafó a 25 mil tombos. Con cuento de la casa propia chapó más de medio palo verde de mutual. Investigación PNP establece que mal oficial Guillermo Cáceres ya fugó a Miami».[27]

Chapar es una de las palabras más usadas por los jóvenes entrevistados porque es sinónimo de «agarrar»: *chapar* piedras, palos o cuchillos, *chapar* a alguien por el cuello, *chapar* un reloj y salir corriendo, etc. *Sacar la vuelta* es, también, una de las frases más usadas por estos jóvenes, ya que significa literalmente «abandonar la escena» o «huir». Se *saca la vuelta* luego de un robo, o cuando se llevó la peor parte en algún conflicto violento. En el caso del titular de periódico, el general, después de *chapar* medio millón de dólares, *sacó la vuelta* a Miami.

Es usual que los jóvenes *pandilleros* se dibujen a sí mismos en las paredes de sus barrios luciendo gorras de béisbol, pantalones bastante anchos, sean cortos o largos, y chompas holgadas, dos o tres tallas mayores de las que necesitan. Pude obtener un ejemplo de esta auto representación cuando un joven *pandillero* participó de un taller de arte y dibujó una historieta acerca de la vida cotidiana en su barrio. La viñeta que adjunto representa el momento cumbre de un *guerreo* en el que dos grupos se acercan a muy pocos metros de distancia (ver figura 1). Esta forma de representarse

[26] Thieroldt, Jorge. «Entre la lealtad y la deslealtad: modelos y valores de un grupo de barristas de Comando Sur». En Revista *Debates en Sociología*, N° 23-24. Lima: Fondo Editorial de la PUCP, 1999.

[27] Diario *El Popular*, miércoles 21 de mayo del 2003.

gráficamente también se encuentra como tatuaje en los cuerpos de algunos de estos jóvenes (ver figura 2).

Luego de iniciada la investigación que se condensa en estas páginas, me llamó la atención la aparición de calcomanías en las unidades de transporte público en las que se dibuja un joven vestido de igual manera que los jóvenes *pandilleros*, orinando en la calle o haciendo gestos agresivos con los dedos de la mano. Imagen que también aparece estampada en polos o bordada en pantalones. A veces, este dibujo es acompañado de la frase *habla barrio.*

Con esto no trato de dar a entender que todos los conductores y cobradores de microbús en Lima participen de la dinámica de alguna *pandilla* barrial (aunque uno de los trabajos más usuales entre mis entrevistados halla sido el de cobrador de combi), lo que intento resaltar es que la producción simbólica de los jóvenes entrevistados le sirve a muchos otros ciudadanos (sin distinciones de edad) para proclamar públicamente cómo quieren ser mirados, cómo y en qué términos se van a relacionar con los demás.

Otro aspecto que llamó mi atención fue la dificultad que tenían muchos de estos jóvenes para imaginar la posibilidad de actos solidarios o desinteresados en beneficio de «todos», no solo de alguien en particular o de unos pocos. En cierta oportunidad, un joven del Callao me hizo el siguiente comentario:

> Yo no creo lo que dicen de Bolognesi o lo que dicen de Alfonso Ugarte... ¡No va a quemar el último cartucho! O qué ¿lo va a guardar de recuerdo? Ta' que si estoy en peligro me defiendo hasta con piedras, no entiendo por qué lo han hecho héroe, en mi barrio hacemos eso todos los días. ¡Se va a tirar por defender la bandera! Ese huevón fue un traidor, lo que pasa es que les fue a vender la bandera a los chilenos pero lo descubrieron los peruanos.[28]

Resulta claro que este joven se encuentra cuestionando las acciones de los héroes nacionales desde su propia experiencia de vida. De acuerdo con Sidney Verba, la socialización en grupos primarios o pequeños, de contactos cara a cara, desempeña un importante papel ya que en ellos los individuos forman las predisposiciones que llevan consigo cuando participan en los asuntos políticos.[29]

Es posible que experiencias de vida caracterizadas por el desprecio hacia los mantos normativos comunes (sea como actores directos o como espectadores de las conductas de otros), expliquen por qué, para muchos ciudadanos (*pandilleros* o *no pandilleros*), la única solución a los problemas del país sea un gobierno autoritario. Exigir, aceptar y apoyar figuras tiránicas puede interpretarse como manifestación de la desconfianza que muchos ciudadanos tienen sobre ellos mismos, en tanto les parecería muy difícil asumir y respetar compromisos que estarían sobre sus intereses particulares.

[28] Thieroldt, Jorge. «Escuela: participación y construcción». En *De la Exclusión a la Inclusión: Derecho a la Participación y la Educación*. Lima: Comisión Nacional por los Derechos de las Niñas, los Niños y los Adolescentes, 1999.

[29] Verba, Sidney. *El liderazgo, grupos y conducta política*. Madrid: Ediciones Rialp, 1968, p. 45.

Fantasías políticas y sociales en el fútbol peruano: la tragedia del *Alianza Lima* en 1987*

*Aldo Panfichi y Víctor Vich***

Quien no ha sentido la tristeza en el fútbol,
no sabe nada de la tristeza.

Julio Ramón Ribeyro

1. Los hechos

Luego de la primera rueda del mundial de 1978, la revista Argentina *El Gráfico* calificó al mediocampo peruano, al mediocampo del *Alianza Lima* (Cesar Cueto, Teófilo Cubillas, José Velásquez) como el mejor del mundo. Ese año, el equipo blanquiazul volvería a salir campeón nacional (también lo había sido el año anterior), pero luego vendría una mala racha que realmente pareció interminable: tuvieron que pasar dieciocho años para que el *Alianza Lima* volviera a conquistar un título de esa categoría y para que sus hinchas dejaran de sufrir.

A la mitad de ese período, específicamente en 1987, el equipo se encontraba totalmente renovado, con una generación de jóvenes estrellas —conocidos popularmente como los «potrillos»— que provenían de sus divisiones menores y que constituían una nueva esperanza del fútbol peruano. Sin embargo, cuando solo faltaban tres fechas para concluir el campeonato nacional y este *Alianza* se encontraba en el primer puesto de la tabla de posiciones, todos los aliancistas murieron ahogados en un trágico accidente frente al mar de Ventanilla a pocos minutos de aterrizar en la ciudad de Lima.

---

* La versión en inglés de este ensayo ha sido publicada como «Political and Social Fantasies in Peruvian Football: The Tragedy of Alianza Lima in 1987». En *Soccer and Society.* Vol. 5. N° 2, summer 2004, Taylor and Francis Ltd, U.K : Oxon.

** Queremos agradecer a José Carlos Rojas por ayudarnos con la realización de las entrevistas, y a los amigos de Tempo (Taller de Estudio de las Mentalidades Populares) por sus valiosos comentarios a una versión anterior de este texto.

El último partido se había desarrollado el 8 de diciembre, en la selva peruana, contra el *Deportivo Pucallpa*, y *Alianza* había ganado 1-0. La tradición oral cuenta que los jugadores estuvieron «raros», que ni siquiera celebraron el gol que los situó en el primer puesto de la tabla de posiciones. Luego del partido se cuenta que regresaron al hotel, se bañaron, recogieron sus pertenencias y sin perder tiempo se trasladaron al aeropuerto para regresar a Lima lo antes posible. En efecto, el club había alquilado un avión *charter* de la Marina de Guerra, el Fokker F-27 (matrícula A-560) que se encargaría de regresarlos a la capital ese mismo día. Dicho avión salió de Pucallpa a las 6:30 de la tarde y tuvo su último contacto con la torre de control de Lima a las 8:05 de la noche. A las 8:15 p.m. fue declarado en emergencia y no se supo más de él.

Un problema con el tablero de mando en la cabina del avión parece haber sido la causa primera del accidente. Ese día la neblina en Lima era intensa y el avión comenzó su descenso. Asustado al no constatar el descenso del tren de aterrizaje, el piloto se conectó con la torre de control para que verificaran lo sucedido. Desde ahí los técnicos le aseguraron que no había ningún problema y que podía aterrizar. Se cree que el avión fue perdiendo altura y que, al intentar dar la vuelta para regresar al aeropuerto, el ala derecha chocó contra el mar. Este impacto fue fatal.

Curiosamente, esta tragedia solo tuvo un sobreviviente: el piloto y Teniente de la Marina Edilberto Villar. En ella murieron 43 personas: 16 futbolistas, 5 miembros del cuerpo técnico, 4 dirigentes, 8 barristas, 3 árbitros y 7 tripulantes. La estrella máxima era Luis Escobar, quien había debutado en el primer equipo a los 14 años (al momento del accidente tenía 18) y se había convertido en la sensación del torneo. Francisco Bustamante (21 años) y José Casanova (24 años) era jugadores que habían alcanzado mucho renombre y ya integraban la selección nacional. También destacaban el goleador Alfredo Tomasini (22 años), y los defensas Daniel Reyes (21 años) y Tomas Farfán (21 años). Marcos Calderón, el mejor entrenador peruano de todos los tiempos, murió en el accidente, como también José Gonzáles Ganoza (33 años), «Caico», arquero mítico que llevaba 14 años como titular defendiendo la valla aliancista. Como hemos subrayado líneas arriba, el consenso general en la prensa deportiva era que este joven y talentoso plantel representaba la renovación del fútbol peruano, y la convicción que nuevos tiempos de victoria eran inminentes.

Todos los medios de comunicación mantuvieron en primera plana los pormenores de la tragedia y así permitieron que el sentimiento de pesar permanezca vivo y renovado por varios días consecutivos. Al día siguiente, desde muy temprano, la radio y la televisión difundieron la infausta noticia. Una sensación de desconcierto y tristeza se respiró por todo el Perú. De manera espontánea, familiares, hinchas y amigos se dirigieron hacia las playas de Ventanilla o hacia el estadio del club en el distrito de La Victoria para conseguir mayores noticias y participar conjuntamente del dolor.

Los días siguientes, expresiones colectivas de sufrimiento se repiten conforme los cadáveres fueron apareciendo en el mar.[1] Multitudes participaron de dramáticas misas, asistieron a fervorosos partidos de homenaje y despidieron a sus ídolos en dolidos peregrinajes desde los barrios de origen de los jugadores hasta el estadio de Matute, y desde allí, hasta el Cementerio General. De más está decir que los fanáticos agotaron las ediciones especiales de la prensa, así como el conjunto de objetos de recuerdo que comenzaron a simbolizar a los muchachos caídos (fotos, camisetas, *posters*, etc. Según el decir popular, ellos se fueron de «La Victoria a la gloria»).

Las élites y las instituciones políticas se hicieron también presentes. El presidente de la República Alan García, el Cardenal Juan Landázuri Ricketts y varios ministros de Estado asistieron a las principales manifestaciones públicas de pesar, y la mayoría de ellos se declararon aliancistas desde niños. El Consejo Municipal de La Victoria declaró el embanderamiento general del distrito y tres días de duelo en honor a los muertos. Teófilo Cubillas, retirado del fútbol el año anterior, anunció que si *Alianza* lo necesitaba volvería a vestirse de corto y, en efecto, lo hizo tres semanas después cuando el campeonato nacional fue reanudado. Desde Londres, Bobby Charlton hizo pública su tristeza ante la noticia de la tragedia, rememorando el accidente aéreo sufrido por el club Manchester United, el 6 de febrero de 1958, que provocó la muerte de 8 jugadores, el entrenador, un dirigente y ocho periodistas. Asimismo, el Peñarol de Montevideo salió a jugar la final de la Copa Intercontinental, en Tokio, con crespones negros en señal de solidaridad con su contraparte peruana.

Hasta aquí el más breve recuento de los principales acontecimientos del accidente. Hay, sin embargo, un actor adicional en el que nos interesa ahondar con mayor profundidad y detenimiento: la Marina de Guerra del Perú. Como hemos anotado, la Marina era propietaria del avión que esa noche se precipitó al mar y que había sido alquilado por el club, como vuelo *charter*, para viajar a Pucallpa. Que un avión militar tuviera uso comercial es realmente algo controvertido que muestra no solo la debilidad económica de las instituciones militares sino, además, la desorganización del fútbol peruano: un Estado pobre cuyos aviones se caen y un club sin recursos que se apoya en la informalidad.

Por ello, desde el principio, la Marina se mantuvo hermética y sus comunicados sobre el accidente fueron parcos y bastante escuetos. Inclusive el día 9 de diciembre la prensa escrita registró tensos enfrentamientos entre los familiares de los deudos y centinelas encargados de la seguridad de la base naval a donde los primeros habían acudido en busca de noticias y mayor información. Hay testigos que afirmaron que con el objetivo de ahuyentarlos se produjeron algunos disparos al aire.

[1] Es necesario anotar que nunca aparecieron los cadáveres de Luis Escobar, Francisco Bustamante, Alfredo Tomasini, Gino Peña y William León.

Lo cierto es que el hermetismo de la Marina fue notorio y se radicalizó aún más cuando prohibió que los familiares de los deudos participaran de la búsqueda de los cadáveres en el mar del accidente. Ante los rumores de que el jugador Alfredo Tomasini había mantenido un diálogo con el piloto mientras ambos luchaban por sobrevivir en el mar, los familiares de este quisieron alquilar una embarcación privada pero no les fue permitido hacerlo. La Marina prohibió el ingreso de toda embarcación civil, encargándose ella sola de las labores de búsqueda y rescate.

Como podrá suponerse, estos hechos despertaron muchas sospechas en el mundo popular, y ello activó la producción de un conjunto de historias destinadas a interpretar lo ocurrido desde una perspectiva no oficial. En este artículo queremos sostener que el conjunto de imágenes que se produjeron por aquellos días articuló una serie de imágenes relativas a la expresión de los hondos desencuentros culturales del Perú contemporáneo, y fue además una especie de denuncia sobre el comportamiento de las Fuerzas Armadas en el contexto de la «guerra sucia» que, en ese tiempo, azotaba cruelmente al país.

2. El contexto

1987 fue un año dramático e importante en la historia del Perú. Iniciada en 1980, la violencia política se había extendido por todo el país e inclusive había llegado a alcanzar a la capital de la República: la ciudad de Lima. La estrategia maoísta de llevar los horrores de la guerra del «campo a la ciudad» tuvo éxito durante estos años en los que la situación económica empezó a declinar aceleradamente —fue el año del intento de la estatización de la banca y el sistema financiero—, y el gobierno de turno, a un ritmo impresionante, comenzó a perder todo tipo de legitimidad social.[2]

En un primer momento, Sendero Luminoso (SL) llevó la guerra a Lima cometiendo una serie de asesinatos a altos oficiales de la Marina, quienes, desde 1982, se habían hecho cargo de los combates contra SL en las denominadas «zonas de emergencia». En efecto, formados en la llamada Escuela de las Américas en Panamá, los agentes de la Marina de Guerra del Perú intervinieron en Ayacucho durante los primeros años de la violencia política, y son los responsables de la mayor cantidad de violaciones de derechos humanos durante aquel periodo. Hoy se sabe que los aniquilamientos, desapariciones y torturas fueron una práctica común de las fuerzas del orden y, por lo mismo, los pobladores llegaron a tenerles tanto miedo a los terroristas de SL como a los propios militares (CVR 2003).

[2] Entre 1986 y 1987 la inflación se aceleró de 63 a 110 por ciento anual. En 1989 llegaría a la cifra récord de 6.000 por ciento anual. 1987 fue el año del intento de estatización de la banca y de la pérdida de control del gobierno de su capacidad de negociación política.

Sin embargo, el hecho que aquí nos interesa resaltar fue que las masacres y las ejecuciones extrajudiciales comenzaron a trasladarse a la capital y tuvieron en ella poderosos símbolos. En mayo de 1986, un comando de aniquilamiento de SL asesinó al Contra-Almirante Carlos Ponce, miembro del Estado Mayor de la Marina de Guerra del Perú. El hecho tuvo un gran impacto en el escenario nacional y anticipó la contundente reacción política que meses después el gobierno tuvo ante el amotinamiento en las cárceles de Lima. En efecto, el 18 y 19 de junio de 1986 se produjo en Lima la «Matanza de los Penales». Aprovechando la realización del Congreso de la Internacional Socialista, los presos por terrorismo se amotinaron en diferentes cárceles exigiendo beneficios penitenciarios. El presidente Alan García tomó la decisión de ordenar que las Fuerzas Armadas sofocaran a los rebeldes y ello causó alrededor de 300 muertos. Según el informe de Amnistía Internacional, muchos de los presos, después de haberse rendido, fueron ejecutados con tiros en la nuca por miembros de la Infantería de Marina (CVR 2003).

La reacción de SL no se dejó esperar y una nueva ola de asesinatos a líderes políticos y sociales invadió la capital. En octubre, el ex Comandante General de la Marina, vicealmirante Jerónimo Cafferata, fue asesinado por los miembros de Sendero Luminoso. Así, para 1987 —año de la tragedia aliancista—, el Perú se encontraba en medio de un ciclo de violencia y confrontación generalizada. Las voladuras de torres de energía eléctrica, los denominados «coches bomba» y los asesinatos selectivos fueron prácticas comunes durante aquellos tiempos. Nuestra investigación nos ha permitido reconstruir algunas de las historias populares más relevantes que, al interpretar el accidente, introducían nuevos significados en la vida social.

3. Las historias

Sostenemos que estos relatos son construcciones fantasmáticas producidas a partir de los temores y los deseos que coexisten en el sentido común de la cultura popular. Un acontecimiento traumático permite que un conjunto de fragmentarias imágenes —que bien podían haber estado latentes en instancias imaginarias relacionadas con distintas experiencias históricas previas— pasen a ser organizadas al interior de una narrativa mayor. Como puede suponerse, la «verdad» de estas historias no está referida al hecho histórico en sí mismo sino que más bien ellas dan cuenta de la forma en que los individuos procesan culturalmente algunos acontecimientos de su existencia, vale decir, están destinadas a dar cuenta de otro nivel de conocimiento de la realidad social. A través de estos relatos los fantasmas sociales irrumpen, de manera violenta, en los espacios públicos denunciando la falsedad de la historia oficial y revelando la «verdad» de lo sucedido.

Si hemos subrayado que por aquellos años el conflicto armado pasó del «campo a la ciudad», dicho cambio trajo consigo la reaparición de una serie de personajes de la tradición oral andina en la ciudad. Por ejemplo, el *Pishtaco* o degollador. En su versión más conocida, los *pishtacos* son descritos como «gringos» altos, armados de cuchillos y pistolas. Si las historias tradicionales contaban que el *pishtaco* aparecía solo en medio de la noche para cazar a los pobladores desprevenidos, durante los años de la violencia política este personaje se transformó en un enviado del gobierno que tenía como objetivo vender la grasa de sus víctimas para poder pagar la deuda externa.[3]

Con este conocido ejemplo solo queremos sostener que la generalización del enfrentamiento armado no solo produjo muerte y destrucción sino también relatos que sirvieron de canales expresivos para que la población peruana pudiera simbolizar buena parte del horror que por ese momento se vivía. Las violaciones a los derechos humanos por parte de los grupos terroristas y de las Fuerzas Armadas eran recurrentes, y el pánico se había realmente apoderado de todos los peruanos. Desde la muerte emergen fantasmas sociales y políticos que reaparecen vivos en tres tipos de historias sobre la tragedia del *Alianza Lima*. Las primeras se estructuran poniendo especial énfasis en la representación del Estado peruano como el mayor responsable de la tragedia, las segundas remiten a la construcción de los jugadores muertos como héroes populares, y las últimas asumen como objetivo central poner en escena toda la problemática referida a las tensiones raciales y clasistas presentes en la sociedad peruana.

Comencemos entonces por el primer grupo: la historia más común que circuló por aquellos días fue la que aseguraba que el avión de la Marina traía grandes cantidades de cocaína escondida en sus bodegas. Se dice que, en pleno vuelo, los jugadores del *Alianza* se habrían percatado de tal hecho y habrían amenazado a los oficiales con denunciarlos públicamente. Así, el descontrol fue tal que los militares decidieron ejecutar a los jugadores aliancistas fusilándolos sin compasión. Ello ocasionó el accidente antes de aterrizar.

> Yo lo tengo claro: el avión traía droga y los marinos se bajaron el avión. Tengo indicios. La libreta electoral de mi esposo estaba casi intacta, solo con un poco de agua. ¿Tú crees que con el agua salada del mar, esa libreta se va a quedar así? No, con tantos días en el mar, esa libreta tendría que estar destruida. Seguro los marinos le pusieron un poco de agua para pasar desapercibidos. Estoy segura que a los muchachos los secuestraron con la intención de desaparecerlos, y así lo hicieron. Hubo otro hecho: el calzoncillo de Marcos Calderón tenía una mancha de sangre que, según su esposa, estaba ahí desde antes del accidente.

[3] Así, por ejemplo, un día apareció la siguiente noticia en una conocida revista peruana: «Durante el apagón del 11 de septiembre de 1987, provocado por SL, la población ayacuchana aterrorizada encendió fogatas en las esquinas de los barrios y pasó la noche en vela esperando la aparición de los pishtacos que los rumores decían habían sido enviados por el gobierno para atacarlos. La población se organizó en rondas para repeler estos ataques» (*Quehacer*, diciembre 1987).

> ¿Cómo es posible que después de tantos días en el mar, esa mancha de sangre siga ahí? Por otro lado, los maletines y los chimpunes estaban reventados, ¿qué raro no? Yo creo que los jugadores que no aparecieron [es] porque estaban baleados. Seguro ellos se opusieron a los militares. Mi esposo apareció 8 días después, pero no sé cómo lo han matado. (Entrevista con uno de los familiares de las víctimas)

> El avión había venido cargado de cocaína y los marinos lo derribaron. Fue parte de una guerra del narcotráfico. El que no se hayan encontrado algunos cadáveres fue porque le cayeron balas, y tenían que desaparecerlos para que no se vean las evidencias. Incluso las partes laterales del avión no fueron encontradas; un vecino marino me dijo que fueron cortadas con soplete. Esto es verosímil por la relación del gobierno, especialmente del Ministro del Interior de ese entonces, Mantilla, con el narcotráfico. Al piloto le dieron de baja y se fue a Estados Unidos, nunca dio declaraciones o se confrontó con los familiares, esta es otra evidencia de que estaban coludidos con el narcotráfico. (Entrevista con Guido de Lucio, barrista, fundador de los «Cabezas Azules»)

> Unas personas de la Marina nos contaron que era la tercera vez que ese avión venía de Pucallpa y que en las dos anteriores vino con coca. Cuando los periodistas fuimos a averiguar al día siguiente nos metieron bala. ¿Dónde está el piloto?, ¿por qué no declaró? En ese entonces no se podía decir nada, todo el mundo tenía miedo de hablar. Se dijo que el Dr. Orestes Rodríguez tenía un orificio de bala en la nuca, que Caico había sido baleado, y que algunas prendas de Marcos Calderón ni siquiera estaban mojadas. Seguro el avión traía coca y lo estaban esperando, por eso, cuando quiso dar la vuelta, lo derribaron; eso fue lo que sucedió. (Entrevista con Tito Navarro, periodista deportivo)

Como decíamos líneas arriba, debemos subrayar que este tipo de historias es producido con el objetivo de intentar proporcionarle orden y sentido a un acontecimiento que se presenta como inexplicable y traumático. Dice Žižek que la fantasía es una narrativa que proporciona una significación ahí donde hay mucho más caos que sentido (1999: 15). Vico agrega que esta fantasía, o «imaginación poética», es capaz de inteligir verdades profundas y emocionales que la mera razón no alcanza a comprender (Citado en Bauza 1998: 156). Así, podemos afirmar que la producción fantástica es un lugar de ensayo de interpretaciones.

En esta historia, por ejemplo, aparecen dos actores enfrentados. De un lado, los jugadores del *Alianza Lima* y, de otro, los oficiales de la Marina, representantes del Estado peruano. Los primeros descubren la naturaleza corrupta sobre la que se asienta una institución tutelar del país (o sea, la naturaleza del poder en el Perú contemporáneo), y, los segundos —para evitar que dicha verdad sea revelada— no dudan en secuestrarlos, asesinarlos y desaparecerlos. Para este relato el accidente no fue, entonces, producto de un error técnico ni de una contingencia azarosa, sino de una especie de complot político capaz de explicar en buena cuenta el funcionamiento de país.

Aquí nos interesa detenernos en la representación de la «verdad» que el cuento produce en la construcción de su propio argumento. Para este relato, la verdad nunca

puede salir a la luz pues de lo contrario caerían los fundamentos mismos de la vida comunitaria. Nos explicamos mejor: en estas imágenes la corrupción aparece representada como el fundamento principal de la vida social en el Perú. Si sabemos que el Estado es el principal garante de la vida social, y si se descubre que el Estado es corrupto, entonces la corrupción pasa a convertirse en el principal garante de la vida comunitaria. Desde este punto de vista, la «verdad» se vuelve algo incompatible con el funcionamiento del orden social, una especie de elemento disruptivo que es necesario ocultar y reprimir. En esta historia son los jugadores del *Alianza* los que descubren tal problemática y por ello deben morir, pues de otra manera revelarían el secreto y destruirían la ilusión sobre la que se funda el pacto social.

De hecho, la sociedad se funda en una ilusión, una especie de fantasía socialmente necesaria que garantiza la neutralización de los antagonismos, produce la idea de unidad y termina por constituirla simbólicamente. Con la verdad oculta la sociedad seguirá funcionando como si nada hubiese ocurrido. Dicho de otra manera: esta historia muestra que el orden social vigente no puede funcionar sin ocultar el núcleo obsceno que la fundamenta. En tanto la sociedad no puede constituirse como una totalidad racionalmente unificada, y nunca es completamente transparente a sí misma (Laclau y Mouffe 1987), necesita de una fantasía que la apuntale y sostenga la ilusión de su sutura (Žižek 1999).

De esta manera, lo que los jugadores aliancistas descubren en ese fatídico vuelo es que el gran Otro ha fallado, que el garante tutelar es corrupto y, por lo tanto, que la vida social está fundada, si no en una mentira, al menos en una imposibilidad. Žižek (1999) afirma que «la fantasía da cuenta de cómo las cosas le parecen al sujeto», y, por lo mismo, los familiares se esfuerzan en mostrar evidencias de su interpretación a partir de símbolos que marcan la persistencia de la identidad (la libreta electoral), la persistencia de la vida (la ropa manchada de sangre) y la ejecución como masacre (los maletines reventados).

El segundo grupo de historias está destinado a enfatizar el heroísmo y la resistencia de los aliancistas frente a la adversidad. Se trata de fragmentos de rebeldía frente al infortunio, apuesta por la vida y de resistencia ante el dolor. Una de ellas, la más conocida, afirma que al sufrir el desperfecto mecánico, los jugadores aliancistas —para evitar que el Fokker se precipitase sobre los barrios pobres causando numerosos muertos— decidieron inmolarse obligando al piloto a lanzar el avión al mar (*El Nacional* 10/12/87, *La Crónica* 10/12/87).

> Se indica de manera especulativa que los integrantes de la delegación aliancista, en un dramático diálogo con el piloto del avión, tras conocerse del percance sufrido por la máquina, prefirieron inmolarse para no causar la muerte de numerosas personas, que de hecho habría ocurrido si el avión se precipitaba a tierra (*La Crónica* 10/12/87).

Como puede observarse, los jugadores aliancistas son aquí convertidos en héroes por el imaginario popular. Los héroes —subraya Fenn (2001)— son la representación corporal del sentido de posibilidad de una sociedad frente a circunstancias adversas; se trata de personas virtuosas que con actos extraordinarios de sacrificio y desprendimiento buscan cambiar el curso de acontecimientos trágicos y, de esta manera, abrir nuevas posibilidades de acción. Así, los héroes con sus acciones expanden el rango de posibilidades existentes en una situación determinada, por más difícil y desventajosa que esta sea, permitiendo que la sociedad pueda imaginar otro destino. Frente a la tragedia los héroes expresan el máximo potencial humano de generosidad, muy por encima de los límites de los individuos ordinarios. Según estos relatos, los aliancistas con su sacrificio le dieron a la tragedia un sentido de heroísmo que contrasta, como algo éticamente superior, con la supuesta corrupción que estaría detrás de estos hechos.

Lo cierto es que el mundo popular necesita de la producción de héroes, y los jugadores aliancistas tenían todas las características para convertirse en ellos: eran jóvenes, mayormente negros y mestizos pobres, tenían un futuro brillante y —según la historia anterior— estaban comprometidos con la verdad. Entonces, no es difícil sostener que la necesidad de heroicidad corresponde con la voluntad de sustento simbólico que los grupos socialmente excluidos y marginados necesitan para legitimarse socialmente. En medio de una cultura como la peruana, donde el racismo es estructural y la cultura del «ninguneo» es una práctica cotidiana, los potrillos aliancistas representaban la imagen nueva del mundo popular, aquella que en el momento crucial de la tragedia lo representa como honesto y virtuoso.

El tercer grupo de historias tiene que ver con la representación de las tensiones raciales que estructuran a la sociedad peruana. El relato más conocido se refiere a los avatares de aquellos que sobrevivieron la caída del avión: el piloto Ediberto Villar y el goleador aliancista Alfredo Tomasini. Según un testimonio que la prensa recogió por aquellos días, ambos habrían sobrevivido al accidente, nadando por horas aferrados a restos del avión en espera que alguien los rescatase. Los relatos afirman que Tomasini luchó con mucho coraje por mantenerse a flote mientras le confesaba al piloto el enorme amor que sentía por su madre. El marino habría alentado esta conversación de manera que el jugador no desfalleciera por el agotamiento. Sin embargo, justo cuando un helicóptero de salvataje se preparaba para rescatarlo, Tomasini no pudo resistir más y se perdió en el mar de Ventanilla. (*La Crónica* 10/12/87).[4]

[4] La variante racista de este grupo de historias afirma que el avión se precipito a causa de la falta de experiencia de los jugadores aliancistas. Se dice que a la hora de aterrizar uno de ellos se habría puesto muy nervioso y que contagió el pánico al resto de sus compañeros. Frente a esta situación, el piloto tuvo que abandonar la cabina para tranquilizar a los jugadores y así, fuera de control, el avión se precipitó al mar.

Lo interesante aquí son las razones que en el mundo popular se invocan para explicar el destino de Tomasini. Lo primero que se menciona es que este no era un jugador nacido en «cuna aliancista» como el resto de los «Potrillos». Es decir, no provenía de las divisiones menores del club, un factor crucial para el sentido comunitario y familiar de la identidad aliancista. Tomasini tenía un origen diferente: era blanco y pertenecía a una familia de clase alta. Esto significaba que era una persona fuerte, bien alimentada y que sabía nadar perfectamente.

No obstante las diferencias, Tomasini se había declarado aliancista desde niño. Un trabajador del club cuenta que la madre del jugador apoyó a su hijo cuando este buscó jugar en el *Alianza*, y en poco tiempo logró integrarse muy bien en el equipo formado mayormente por jugadores negros, mulatos y mestizos de origen humilde. Su estilo de juego fuerte y potente se convirtió en el complemento ideal de la riqueza técnica de sus compañeros. Por ello, si bien Tomasini sobrevivió algunas horas, como aliancista no podía salvarse sino que debía compartir el mismo destino de sus amigos y hermanos espirituales: los «potrillos». Tomasini era aliancista y entonces también tenía que morir.

En líneas generales, hay que decir que la integración de Tomasini al imaginario aliancista tiene su correlato con la expansión de la hinchada aliancista más allá de las fronteras de «clase» y «raza» que vieron nacer al club a inicios del siglo XX. En efecto, la identidad fundacional del *Alianza Lima* señala que se trata de un equipo nacido en un barrio pobre, de trabajadores textiles y de construcción civil, en su mayoría de raza negra. Por décadas, el *Alianza Lima* fue uno de los pocos símbolos de prestigio y reconocimiento de los negros en el Perú. Sin embargo, los éxitos de los «potrillos» terminaron por debilitar las iniciales fronteras raciales y clasistas en favor de factores emocionales y culturales que apelaban con mucha más fuerza a los individuos de todos los grupos sociales. Así, el *Alianza Lima* pasó de ser el club del pueblo al equipo de todos, teniendo en el heroísmo y los sentimientos comunitarios la base del grito ¡*Alianza* Corazón!

4. Comentarios finales

¿Cuáles son los deseos y experiencias que articulan la producción de estos relatos? ¿Cuál es la relación entre las imágenes ahí representadas y la historia social de un país atravesado por la inestabilidad política, la violencia social y la exclusión de la mayoría de sus pobladores? En principio, podemos afirmar que estas fantasías son formas históricas culturalmente determinadas que articulan experiencias vitales y deseos inconscientes. Por lo tanto, no pueden ser reducidas a contenidos meramente racionales, sino que ellas, con sus propios símbolos y paradojas, apuntan a dar cuenta de otro tipo de

verdad y, de alguna forma, a otro tipo de conocimiento de la realidad social del Perú contemporáneo.

En principio, no es difícil darse cuenta de que dichas historias expresan una profunda suspicacia de la sociedad respecto del comportamiento del Estado, en particular de las fuerzas armadas. Terrorismo, ejecuciones extrajudiciales y tráfico de drogas aparecen como los motivos reales detrás de las contingencias. También existe una necesidad de inteligibilidad, vale decir, de comprensión de un acontecimiento traumático, algo que en primera instancia se presenta confuso e impenetrable. Es decir, ante la imposibilidad de aceptar un hecho que no ha tenido una explicación clara, este tipo de historias es una respuesta a la necesidad de control emocional sobre lo sucedido. En efecto, ellas postergan el duelo, hacen tolerable el dolor y dotan de coherencia racional a un hecho contingente. La necesidad de que exista un otro culpable y la urgencia de convertir a los jugadores en mártires o héroes, son reacciones características de este tipo de episodios cuya finalidad principal consiste en convertir el dolor en rabia.

Como puede notarse, en todas las historias hay un implícito relato de heroicidad, y ello tiene que ver con la historia de salvación que los propios acontecimientos desataron. Es curioso que la única persona que se salvó haya sido una fundamentalmente distinta al grupo y, además, miembro del poder político y militar del país. Frente a esto, la muerte heroica de un grupo de jóvenes promesas tiene la virtud de restituir valores e ideales que, hasta ese momento, estaban oscurecidos por la corrupción y el crimen. Mediante estas historias la imagen de los potrillos perdura en el imaginario popular como la posibilidad de sortear obstáculos, transgredir los limites y alcanzar la inmortalidad. En este proceso, como dice Bauza (1998), los héroes rompen con el estrecho marco cultural e histórico en el que nacieron y se convierten en ídolos populares.

Por otro lado, también queremos subrayar que estas historias transforman el sufrimiento aliancista en un hecho político destinado a revelar algo de la verdad a través de la fantasía, es decir, a visualizar el ejercicio del poder en el Perú en el marco de la conciencia subalterna. La supuesta complicidad de las Fuerzas Armadas con el narcotráfico y las ejecuciones extrajudiciales son dos imágenes que aparecen obsesivamente en los distintos relatos y que, en nuestra opinión, señalan la aterradora (casi terrorífica) percepción que el mundo popular ya tenía del funcionamiento del Estado peruano en aquellos momentos. En ese sentido, sostenemos que ellas tuvieron como finalidad última la denuncia política, y funcionaron como un canal por donde salió a la luz un conjunto de denuncias sobre lo que estaba sucediendo en el Perú de aquellos días. En ese sentido, terminaron por representar al Estado como una institución corrupta y criminal

No se trata, por ello, de producciones imaginarias sin ninguna conexión con la realidad ni, menos aún, de la construcción de un mundo paralelo dominado por la alucinación y el delirio, sino, más bien, de una voluntad por «atravesar la fantasía»

y encontrarse con el fundamento de lo real. Para Ubilluz (inédito) esta necesidad implica la identificación con los antagonismos reales que sobreviven en la realidad, y se deben, por tanto, a la construcción de un espacio de reconocimiento y reflexión. Aunque estas historias circulan sobre todo en ambientes desprestigiados socialmente y, desde el mundo oficial, son catalogadas como absurdas, lo que aquí vemos es un verdadero síntoma de la realidad social, es decir, una verdad que todos conocen, incluso murmullan, pero que nadie se atreve a denunciar.

Queremos concluir con un último testimonio sobre toda esta problemática. Apareció hace unos días en la prensa peruana a propósito de los 16 años de la caída del avión. Su autora es María Carolina López, la madre de Carlos «Pacho» Bustamante, uno de los potrillos más destacados de aquel recordado equipo:

> No, no, mi hijo no está muerto; por eso yo nunca le he hecho misa de difunto sino de salud. Acá no hubo mano de Dios sino mano del hombre; acá pasó algo raro. Sigo teniendo esperanza de volver a verlo. Él no ha podido morir ahogado, porque mi hijo era muy católico, iba siempre al oratorio de María Auxiliadora. ¿Dónde están? No sé, se lo han llevado a otro lugar, o no viajaron. Algo raro: una vez le dije a Jaime Bayly en TV —ya había pasado eso del barco de la Marina que encontraron con droga en San Diego—. Entonces yo le dije que la Marina estaba metida en droga. Ese avión traía droga y no cayó al mar, sino en la orilla. Además, qué casualidad que solo el piloto se salvó. Si tuviera al piloto frente a mí, lo trataría de cobarde: ¿Por qué nunca se entrevistó con las madres de los muchachos para decir qué pasó? Porque él sabe la verdad. Ahora yo puedo decir la verdad: ¡qué me va a pasar! Si ya estoy vieja y no tengo miedo a nada. Además, yo tenía otro hijo de la Marina, Mario de 32 años, y a un año y medio de la tragedia, murió, de un momento a otro se le presentó la leucemia. Para mí que pensaban que estaba investigando. Para mí que hubo represalias contra él. (Ojo 01/04/03)

5. Fuentes consultadas

Periódicos

El Nacional: 12-10-87; 12-11-87; 12-12-87; 12-13-87; 12-14-87; 12-16-87; 12-17-87.

La Crónica: 12-10-87; 12-10-87.

El Comercio: 12-10-87; 12-13-87.

La República: 12-12-87; 12-13-87; 12-17-87; 12-22-87; 1-3-88.

Hoy: 12-9-87.

Expreso: 12-10-87; 12-11-87; 12-12-87; 12-18-87.

Ojo: 12-12-87; 12-18-87; 12-21-87.

Revistas

Caretas: Nº 985 (12-14-1987); 986 (12/30/1987).

Oiga: Nº 359 (12-14-1987); 360 (12-21-1987).

SÍ: Nº 43 (12-14-1987).

Quehacer: Nº 86 (10-12-87); 87 (12-12-87).

Debate*:* «Balance político 1987», diciembre, 1987.

Entrevistas

Club *Alianza Lima*: Juan Sulca (portero), Alex Berrocal (jefe de equipo), Rafael Castillo (entrenador y forjador de los potrillos), Rolando Sánchez (dirigente en 1987), Armando Levaud (dirigente en 1987), Víctor Cueto (dirigente en 1987).

Familiares y aficionados: (viuda de un jugador); (padre de un jugador), Cesar Espino (jugador de *Alianza* en 1987, no viajo por lesión.), Eugenio Ramírez (historiador del club), Rafael 'Pato» Arias (histórico jefe de barra), Guido de Lucio (jefe barra cabezas azules).

Periodistas deportivos radiales: Ricardo Correa, Tito Navarro, Hernán Vega y Oscar Valderrama.

6. Bibliografía

Amnesty International

1989 *Annual Report 1988.* Londres: Amnesty Internacional Publications.

Bauza, Hugo

1998 *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Comisión de la Verdad y la Reconciliación

2003 *Informe final*. Lima: CVR.

Desco

1990 *Violencia política en el Perú: cronología 1980-1988*. Lima: DESCO.

Fenn, Richard

2001 *Beyond Idols. The shape of secular society*. Nueva York: Oxford University Press.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe

1987 *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. México: Siglo XXI.

Millones, Luis, Aldo Panfichi y Víctor Vich (editores)

2002 *En el Corazón del Pueblo. Pasión y Gloria de* Alianza Lima *1901-2001*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Panfichi, Aldo
1994 «La *Alianza* de todos los colores». En *Revista Quehacer.* Nº 87, p. 19.

Ubillus, Juan Carlos
«El sujeto criollo y el monte*cinismo*». Inédito.

Žižek, Slavoj
1999 *El acoso de las fantasías*. México: Siglo XXI.

Fútbol, cultura e identidad en el Perú

David Wood

Este ensayo se propone explorar los temas de fútbol e identidad, cada vez más presentes en recientes trabajos de investigación. Nuestra contribución a este creciente campo de estudio será la de relacionar estos dos temas con diversos aspectos culturales que, desde comienzos del siglo XX, han servido para ofrecer representaciones de la práctica del fútbol, contribuyendo así a la formación de una identidad cultural peruana.

Si tomamos como punto de partida la observación bastante obvia de que el estudio del fútbol en el Perú, como en muchos otros países de América Latina, es un fenómeno relativamente reciente, hay que reconocer que la década de 1970 marcó un hito con respecto al más importante de los deportes en el Perú. Además de ganar la Copa América en 1975, la selección tuvo una excelente participación en el Mundial de México 1970, llegó a cuartos de final, y en 1972 *Universitario de Deportes* fue el primer equipo peruano en llegar a la final de la Copa Libertadores. Por otro lado, la misma década presenció la publicación (en periódicos y revistas) de los primeros ensayos de análisis de la tradición futbolística del país hechos por sociólogos, y también aparecieron varias obras literarias inspiradas en el fútbol. Esta convergencia futbolística tiene que entenderse en el contexto de profundos cambios en los patrones culturales y políticos del país, ya que el gobierno de Velasco Alvarado buscó incorporar, como sujetos en vez de como simples objetos, a sectores tradicionalmente marginados en el proyecto de nación.[1]

Con la emergencia y aceptación de los estudios culturales como disciplina académica, el fútbol se ha venido estableciendo paulatinamente como tema de investigación,

[1] Ejemplos de esta tendencia serían la nueva Constitución de 1979, que introdujo por primera vez en el país el sufragio universal, o en el campo cultural el otorgar el Premio Nacional de Arte al retablista ayacuchano Joaquín López Antay.

sobre todo en las ciencias sociales. Sin embargo, es solo a partir de los años 90 que se ha consolidado su presencia en las universidades peruanas, gracias en buena medida al impulso investigador de Aldo Panfichi, para quien la importancia del fútbol «radica en el hecho de ser este un instrumento central en la construcción imaginaria de identidades socio-culturales» (1994: 18). Lo que se propone el presente estudio es considerar, desde un enfoque que asume más bien una perspectiva de las humanidades, una serie de textos y prácticas donde el fútbol sirve como el vaso comunicante que permite, justamente, la mediación de diversos discursos en el proceso de esta construcción de identidades socio-culturales.

Los orígenes de una identidad socio-cultural que puede considerarse peruana se encuentran, como podría esperarse, en las décadas de la Independencia, cuando sectores criollos buscaron afirmar su ruptura con España mediante discursos que marcaran su diferencia. A pesar del proceso de formación de la nueva República y la expulsión de las autoridades coloniales españolas en las primeras décadas del siglo XIX, la formulación de la identidad peruana permanecía en manos de una élite blanca, cuya visión de la nación «corresponde al concepto colonial de *castas*, sustentado en una jerarquía racial y cultural donde lo blanco europeo es superior a lo americano nativo» (Rebaza-Soraluz 2000: 33). Uno de los sectores que encarnaba esta influencia blanca y europea fueron los británicos, quienes buscaron aprovechar el vacío en el comercio y las finanzas que dejaron los españoles, aunque de mayor importancia en el contexto de este estudio fue el hecho de que importaran el fútbol al Perú a mediados del siglo XIX, cuando se jugaba en clubes británicos exclusivos (y más tarde italianos) como el *Lima Cricket* y el *Lawn Tennis*. Es tan solo a finales del siglo, con la derrota del Perú frente a Chile en la Guerra del Pacífico, que se llegó a cuestionar de manera seria la íntima conexión existente entre identidad nacional hegemónica y herencia europea. Así, luego del fracaso de la élite blanca en la defensa de «su» país, Manuel González Prada daría expresión a una identidad nacional alternativa. En lo que pueden leerse como las palabras fundadoras del movimiento indigenista, González Prada propuso en su famoso «Discurso del Politeama» (1888) que: «No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera» (1976: 45-46).

Otra dimensión del debate que provocó la debacle de la Guerra del Pacífico, muy pertinente para nuestro estudio, fue la supuesta debilidad física y moral de los peruanos, taras que el deporte podría ayudar a corregir; como reconoce Muñoz Cabrejo: «Si bien al inicio la práctica del deporte fue promovida y difundida por la comunidad extranjera […] muy pronto el Estado y la élite comprendieron la utilidad del deporte en la formación del hombre viril, con voluntad y capacidad de acción, que el Perú necesitaba» (2001: 199). El fútbol, en particular por sus leyes y trabajo en equipo, además de las

connotaciones de modernidad y progreso que conllevaba por sus orígenes ingleses, gozó de mucho apoyo entre algunos sectores de la élite para el fomento de las cualidades físicas y morales que se consideraban apropiadas para mejorar la nación.

En las primeras décadas del siglo XX, el indigenismo recibió el apoyo de una serie de importantes intelectuales, figuras políticas y productores culturales, sobre todo en los campos del arte y la literatura. Al mismo tiempo, la cultura criolla hegemónica incorporó algunas prácticas culturales de la población afro-peruana de Lima, tales como la procesión del Señor de los Milagros y el baile de la marinera, y el gobierno de Leguía trató de encauzar el apoyo popular al fútbol a través de una creciente institucionalización del deporte. En aquella época, los dos modelos culturales —indigenista y criollo— ocupaban espacios (sean estos geográficos, étnicos, económicos o culturales) claramente separados, pero la migración masiva, sobre todo de los Andes a las ciudades de la costa, hizo que las delimitaciones entre lo indígena (tradicionalmente andino) y lo criollo (tradicionalmente costeño) se volvieran cada vez más borrosas a mediados del siglo XX, lo cual dio lugar a tentativas de reconciliar las dos posiciones a través de los conceptos de «mestizaje» y «mestizo», celebrados por José María Arguedas en su estudio de 1958 sobre el escultor ayacuchano López Antay. El suicidio de Arguedas, una década más tarde, marcó acaso una muerte simbólica del mestizaje y de su visión de una convivencia armoniosa entre lo europeo y lo andino; no obstante, en los años 70 el gobierno de Velasco Alvarado promovió la cultura chola como identidad nacional, poniendo en un primer plano, como nunca antes, características étnicas y culturales andinas. Con el retorno de un gobierno de índole tradicional en 1980, el concepto de «cholo» perdió vigencia como expresión oficial de la cultura nacional, y el surgimiento de Sendero Luminoso, asociado ante todo con la región sur-andina, provocó un nuevo cuestionamiento de la relación entre el Estado y los modelos socioculturales que provenían de los Andes. Ahora, a comienzos del siglo XXI, la crisis de las hegemonías que ha venido caracterizando a diversos ámbitos de la vida pública peruana, ha conducido a una cada vez mayor aceptación del carácter heterogéneo del panorama cultural nacional, en el cual la impresión dominante es la de la inexistencia de un modelo hegemónico único.

A finales del siglo XIX, la cara pública del fútbol en el Perú tenía rasgos ingleses, ya que era un deporte que jugaban amateurs de la comunidad británica y la élite anglófila, en canchas de césped separadas por murallas de la realidad limeña cotidiana, aunque también parece que marineros ingleses jugaban partidos con obreros en el puerto del Callao. En aquella época, se podría sugerir que las asociaciones de fútbol, mayormente elitistas, hacían que fuera representativo de la identidad nacional, por lo menos como reflejo de sus estructuras institucionales y su producción cultural «oficial». Sin embargo, todo esto cambió durante las primeras décadas del siglo XX, cuando la apropiación del fútbol por las clases obreras de la capital, y la simultánea emergencia

de partidos políticos que buscaban representar sus intereses, condujeron a una mayor presencia pública de sectores que hasta entonces habían tenido una presencia político-cultural muy limitada. La máxima expresión de este fenómeno en el campo del fútbol fue la aceptación del *Alianza Lima*, íntimamente asociado con el distrito de La Victoria, lugar de residencia de un alto porcentaje de la población afro-peruana,[2] como el mejor equipo de la capital. Puesto que no se había organizado campeonatos de fútbol en provincias, el *Alianza Lima* también llegó a reconocerse como el mejor equipo del país. De esta manera, la excelencia futbolística dejó de asociarse con la élite blanca, pasando a percibirse como parte de las prácticas culturales de la población afro-peruana en cuestión de dos décadas. El que sectores de las clases populares adoptaran este deporte a comienzos del siglo XX, significó una ruptura en la asociación entre fútbol y élite socio-económica; pero frente a la posibilidad de que el fútbol se convirtiera en una forma de cultura popular con características autónomas en cuanto a su organización y práctica, y que sirviera para forjar vínculos de clase entre el nuevo proletariado urbano cada vez más movilizado por el sindicalismo naciente, la élite no permitió que esta ruptura durara mucho.

Según Steve Stein, las primeras décadas del siglo XX fueron un período de «importante crecimiento institucional a nivel de gobierno» (1986: 13), y la culminación de esta tendencia puede verse en el régimen de Leguía, quien buscó socavar a los nuevos partidos de masa a través de medidas populistas, que incluían la incorporación del fútbol en estructuras institucionales del Estado, el cual asumió, por primera vez, el rol de organizador y patrocinador de este deporte. Fue también durante el régimen de Leguía que se formó la selección nacional, que jugó (y perdió) sus primeros partidos en el Campeonato Sudamericano de 1927, jugado en Lima en el flamante Estadio Nacional, construido por Leguía sobre el terreno obsequiado al Estado peruano por la comunidad británica para conmemorar el centenario de la Independencia. Por tanto, la práctica y la infraestructura del fútbol ya se mostraban capaces de juntar conceptos de lo nacional con diversos sectores de la población, aunque episodios como la exclusión de jugadores del *Alianza Lima* de la selección que debía jugar en el Mundial de Uruguay 1930, indican que era problemática la manera en la que se realizaba la integración de la nación mediante el fútbol.

Otra estrategia cultural que empleó el Presidente Leguía para vincular la expresión popular a su régimen, fue el apoyo que brindó a la industria del cine, y varios documentales de las obras del gobierno recibieron fondos estatales; de hecho, a partir de 1924 el régimen dio una subvención a una de las principales compañías cinematográficas para «hacer propaganda del país por medio de películas cinematográficas» (Bedoya 1997: 45).

[2] Según Stokes (1986: 193), un 19,4 por ciento de la población afroperuana de Lima vivía en La Victoria en 1908.

El Campeonato Sudamericano de 1927, celebrado en Lima, fue el motivo de la aparición de las primeras imágenes del fútbol en las pantallas, ya que Leguía se servía de este deporte —y del cine— para promover el carácter moderno y cosmopolita de su régimen. Otras escenas de fútbol pasaron por las pantallas de la capital en un documental que conmemoraba las Fiestas Patrias de 1928, cuando el deporte de nuevo gozó de una relación implícita con la identidad nacional. Por tanto, en aquella época el fútbol sirvió para enlazar nociones de lo popular, de la modernidad y de la nación como comunidad imaginada —construida por primera vez a través de los medios masivos—. Una situación parecida se presentó con la fundación de la primera empresa radio-emisora del país en 1925, y hacia mediados de los años 30 ya se podía escuchar comentarios de partidos locales en ciertos programas radiales. Gracias a tales avances tecnológicos, incluso se podía seguir partidos jugados en el extranjero, como fue el caso del partido de cuartos de final de las Olimpiadas de Berlín, jugado entre Perú y Austria en 1936, cuando unas 5000 personas se reunieron frente a las oficinas de *El Comercio* para tener noticias de la participación del Perú en el ámbito internacional, con una sensación de identidad nacional generada a través de los medios masivos y del fútbol como expresión de una cultural nacional. Sin embargo, de nuevo se trata de un público restringido mayormente a la élite socio-económica, y en vez de representar un medio de difusión del fútbol entre las clases populares, la radio era un símbolo de modernidad en la mediación de prácticas culturales populares.

En contraste, las canciones populares de los años 20 y 30, varias de las cuales estuvieron dedicadas a los futbolistas de la época, se difundían de boca en boca entre las clases menos privilegiadas, así como mediante su presencia en eventos públicos y fiestas privadas. De alguna manera, la canción criolla es el equivalente peruano del tango y la ranchera, formas difundidas por los medios masivos en los años 30 que gozaron de un reconocimiento nacional e internacional, y que luego fueron adoptadas por las clases medias como símbolos de una cultura nacional. Esta tradición musical tiene sus orígenes en el siglo XIX, y por lo general se deriva de apropiaciones de formas europeas como el vals y la polca, que dieron lugar al vals criollo y la polca criolla, respectivamente. La figura más destacada de la música criolla en los años 30 fue sin duda Felipe Pinglo, y el hecho de que este fuera hincha del *Alianza Lima* y amigo de varios de los jugadores del club, aseguró que tanto estrellas como Villanueva, Valdivieso y Juan Rostaing, como el equipo entero, fueran tema de *one step*, pasodobles o marineras. Sin embargo, este honor no fue patrimonio único del *Alianza Lima*, y jugadores como Lolo Fernández de la *U*, Valeriano López de *Sport Boys* y el equipo de *Atlético Chalaco* gozaron de homenajes parecidos que inscribían figuras populares en la memoria colectiva. Un caso interesante, pero inverso, de esta relación entre fútbol y música, es José María Lavalle, quien tenía fama por su «dribleo» al ritmo de la marinera que se tocaba en las tribunas, y quien al celebrar sus goles sacaba un pañuelo para acompañar sus pasos. Lo que todos estos

ejemplos nos indican es que en la época en la que la cultura criolla incorporó aspectos de la cultura afro-peruana, que llegó a constituir así un elemento central de la cultura nacional, el fútbol era una práctica cultural capaz de combinar formas populares de creatividad y participación con una perspectiva nacional e internacional.

Si la canción criolla llegó al escenario nacional en los años 30, su popularidad ha sido duradera, y la relación continua entre esta forma musical, el fútbol y la identidad nacional se ilustra claramente con la polca criolla —bastante optimista— «Perú Campeón», dedicada a la selección que participó en el Mundial de 1970.

Para volver al uso que el Estado hizo del fútbol como forma de legitimación, otra vía por la cual la élite retomó el control de la práctica floreciente del deporte entre la población de la capital, fue a través de la creación de una estructura organizadora que se encargaría de los partidos competitivos. La Federación Peruana de Fútbol, fundada en 1922, asumió el control de las ligas locales después del colapso de la *Peruvian Soccer League*, que había sido formada una década antes por amateurs de varios clubes limeños exclusivos, y la estrecha relación entre las clases hegemónicas y la FPF se refleja en el hecho de que cada uno de sus 39 presidentes ha sido de descendencia europea, y que todos han sido abogados, empresarios o militares. Las tensiones entre la oligarquía tradicional, que administraba el fútbol, y las clases populares, que ya dominaban su práctica, se ejemplificaron en el notorio episodio de la expulsión del *Alianza Lima* de la Liga en 1929, después de desacuerdos acerca del trato a sus jugadores en los preliminares para el Mundial de 1930. A pesar de los malos resultados de la selección en el Mundial, que sin duda se debían en parte a la ausencia de las estrellas del *Alianza Lima*, muchos no lamentaban la ausencia de los excelentes jugadores negros, ya que temían dar la impresión en el escenario internacional de que el Perú era un país cuya producción cultural estaba dominada por los negros. Después de ser expulsado de la Liga, el *Alianza Lima* se vio obligado a jugar partidos no oficiales en los alrededores de Lima, y, según Stokes, «no sería una exageración decir que, en cierto modo, los aliancistas optaron en 1929 por un fútbol popular y nacional, y rechazaron el fútbol centralizado y orientado hacia el extranjero que era el deporte en manos de la Federación» (1986: 245). Esta situación es sintomática de las tensiones que existían entre visiones en conflicto acerca de la identidad nacional, donde la versión que se basaba en lo blanco, con miras europeas, buscaba seguir imponiéndose sobre otras versiones que ya le hacían competencia. Sin embargo, esta versión tradicionalmente hegemónica salió perdiendo, tanto en la cancha (la selección «blanca» perdió los tres partidos que jugó en el Mundial de Uruguay) como en la sociedad en términos más amplios. Un año después de ser expulsado, el *Alianza Lima* pudo reincorporarse a la Liga, pero solo después de una reorganización administrativa del club, que vio a Juan Bromley, un alto funcionario de la Municipalidad de Lima, asumir la presidencia. Esta situación, que representó de cierta forma la asimilación del *Alianza Lima* a las

estructuras oficiales de la capital, se ve reflejada en el escudo del club que se diseñó bajo la presidencia de Bromley, en el que las rayas blancas y negras del club se ubican por debajo de tres coronas y una estrella de Belén —símbolos, con claras connotaciones coloniales, que forman parte del escudo de la ciudad de Lima—. Para Stein, todo esto significó que el club «se vio forzado a abandonar *su* fútbol que representaba, en cierto modo, la cultura popular autónoma —la única forma de la cultura popular, pensamos, que hubiera dejado espacio a que surgiera a través del deporte la solidaridad y conciencia colectiva de los sectores populares—» (1986: 161). Lo que nos enseña este episodio, es que mientras las estructuras de los sectores hegemónicos buscaban (con cierto éxito) poner freno a la autonomía popular, manteniendo así el *statu quo*, por lo menos de manera superficial, no se podía negar la entrada de las clases populares en el ámbito nacional. De hecho, en otra ejemplificación del valor simbólico del fútbol como conflicto ritualizado, varios de los miembros de la selección que ganó a Austria en los cuartos de final de las Olimpiadas de Berlín eran negros, mulatos y mestizos (de ahí el disgusto de Hitler); y cuando la delegación peruana regresó a Lima, Alejandro Villanueva fue recibido como héroe por el presidente Benavides. En esa época, entonces, el fútbol servía como barómetro de los esfuerzos del Estado oligárquico por afirmar su posición y de los esfuerzos simultáneos de las clases populares por establecer un lugar y una voz propios en la sociedad nacional.

Para Muñoz Cabrejo, «La difusión y el lugar que el deporte comienza a ocupar a finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del siglo XX, marcarán una clara diferencia con el estilo de vida de la Lima de 1950, donde el deporte ocupaba un lugar sin importancia» (2001: 206), y las décadas de los años 40 y 50 fueron sin duda menos significativas en términos del desarrollo del fútbol nacional. Aun así, habría que mencionar que el arribo del profesionalismo en 1951 y el hecho de que la élite siguiera administrando un fútbol que ya era una práctica completamente dominada por las clases populares, se observan en la decisión de la FPF (1952) de prohibir a Valeriano jugar de por vida porque este insultó involuntariamente al embajador peruano en los camarines después de una derrota frente a Chile en Santiago. Los años 50 también vieron nuevas tentativas de un presidente populista que buscaba aprovechar la popularidad del fútbol, como con la reconstrucción del Estadio Nacional en 1952 —parte de un programa de medidas populistas que llevó a cabo el gobierno militar de Odría—. La reapropiación estatal del fútbol por un régimen que favorecía los intereses de la oligarquía, encontró expresión simbólica en el hecho de que, al prenderse las flamantes luces del Estadio, muchos hogares del distrito de La Victoria, cuna del fútbol popular y del *Alianza Lima*, sufrieran apagones. Sin embargo, el fenómeno más trascendental de esas décadas fue la migración masiva, que produjo la inversión de la tasa de población rural/urbana del 72 por ciento rural en 1950 al 72 por ciento urbana en 1993. Con respecto al tema de la identidad, este proceso de migración hizo borrosas las dicotomías de la tradicional

identidad cultural binaria que funcionaba sobre la base de marcadas diferencias entre la costa y la sierra. Al mismo tiempo que la población de la capital aumentó en un 500 por ciento entre 1961 y 1993, según los censos de esos años (comparado con un aumento nacional de 260 por ciento en el mismo período), la condición hegemónica de Lima experimentó un profundo cuestionamiento al convertirse en lugar de residencia de un amplio espectro de prácticas culturales que habían sido consideradas como *Otras* por la tradicional élite de la costa. Como ya se mencionó, esta es la época en la que la cultura criolla, basada en la cultura de la élite costeña con la incorporación de algunos elementos de la cultura popular afro-peruana, recibió un desafío a su posición como cultura nacional oficial de la cultura mestiza y, más adelante, de la cultura chola. Varios gobiernos emprendieron medidas que privilegiaron como nunca antes a las provincias y a los migrantes: por ejemplo, la serie de obras públicas realizadas en provincias por el primer gobierno de Belaúnde, o la reforma agraria que implementó el régimen de Velasco Alvarado, que asimismo dio valor oficial al quechua y buscó incorporar a los migrantes en instituciones políticas y culturales.

Otra puerta de entrada a estos procesos socio-culturales lo da el análisis de la producción cultural del país durante este período, en el que se hace cada vez más evidente el reconocimiento y la aceptación del fútbol como práctica cultural emblemática, no solo de las clases tradicionalmente subordinadas sino también de la nación entera. Aunque los años 20 y 30 habían visto una producción cultural regular con respecto a documentales cinematográficos y canciones, y el periodismo deportivo ya se había establecido (de ahí las crónicas de fútbol en *La Lima que se fue* de José Gálvez, única figura literaria que ha dado nombre a un equipo), la presencia del fútbol en otros medios culturales de aquella época era prácticamente nula, ya que tanto al arte como la literatura se caracterizaban por el indigenismo (donde se daba expresión a la cultura andina) o por tendencias vanguardistas importadas de Europa (caracterizadas por su abstracción). De hecho, casi la única literatura futbolística de aquella época que podría considerarse peruana fue la de algunos poemas de Juan Parra de Riego, nacido en Huancayo pero residente en Uruguay; en efecto, su «Polirritmo dinámico a Gradín, jugador de fútbol» se inspiró en uno de los crack de ese país, y su «Oda al fútbol» es una expresión más universal que estrechamente peruana. También hay varias referencias al fútbol en *Duque*, la novela de Diez Canseco que describe la decadencia de miembros de la vieja oligarquía limeña. En esta obra cabe destacar que el fútbol sirve como punto de referencia a períodos de residencia en Inglaterra (afirmación de una identidad criolla tradicional), como sujeto de patronazgo (afirmación de superioridad socio-económica), o como espectáculo que emociona a mujeres y a hombres cuya masculinidad se cuestiona (afirmación de jerarquías de género). Si nos dejamos guiar por el rol que desempeña el deporte en esta obra, el fútbol parece haber perdido su encanto como deporte practicado por la élite, que prefería el tenis, el golf y el polo (a diferencia del fútbol, estos seguirían siendo deportes elitistas

debido a los implementos costosos y a la necesidad de contar con amplios terrenos especializados). En los años 30 y 40 el fútbol mantuvo una mínima presencia con respecto a su representación en la producción cultural nacional, pero figura en una de las novelas claves de los 50, obra que había comenzado a escribirse ya en los 40, a saber, *Los ríos profundos*. En la famosa novela de Arguedas presenciamos partidos de fútbol en varias oportunidades, pero su función principal parece ser la de simbolizar el conflicto entre los Andes y la costa con respecto a tradiciones y valores, perpetuando así la visión dualista de la experiencia cultural —y la identidad— del país. En este período, otras muestras de la paulatina penetración del fútbol en formas culturales tradicionalmente de élite se encuentran en el arte: con el ocaso del indigenismo como discurso político y cultural a partir de los 50, quizás cumplida su misión, algunos artistas prestaron atención a otros sectores marginados más allá de la población indígena. Dos ejemplos de este proceso son *Muchacho de pelota roja* de Julia Codesido y *El Taquito* de Aquiles Ralli, obras que comunican el goce del fútbol practicado por niños de la calle, descalzos pero ágiles y hábiles, captados por una mirada que reconoce que constituyen una parte tan representativa de la cultura nacional como el arte culto que los representa.

Es recién a finales de los años 60, y sobre todo en los 70, que el fútbol llega a ocupar un espacio más central con respecto a su representación y mediación en otras formas culturales. Contribuye así a la penetración de experiencias y prácticas culturales populares en la vida nacional, y obras como *Los cachorros* de Vargas Llosa y *Huerto cerrado* de Bryce Echenique le dan importancia al fútbol como elemento significativo de la realidad del espacio urbano habitado por sus protagonistas adolescentes de clase media. *Un mundo para Julius*, novela de Bryce Echenique de 1970 que trata de la vida de una familia oligárquica, ofrece algunos puntos de comparación interesantes y reveladores con respecto a *Duque*, novela que se escribió 40 años antes: si en la novela de Diez Canseco el fútbol figura exclusivamente como espectáculo para los oligarcas, en *Un mundo para Julius* se ve como una práctica cotidiana de los chicos de un colegio exclusivo, y como elemento importante en la creación de identidades. En este sentido, también se puede establecer comparaciones con *Los ríos profundos*, donde la identidad que comunica el colegio religioso a sus alumnos se basa en valores tradicionales de la élite criolla, y donde los conflictos raciales siempre están latentes. Por contraste, en el colegio de Julius en Lima se acepta que niños de la élite blanca sean hinchas del *Alianza Lima*, a pesar de que sea todavía el club asociado con los negros de la clase obrera. Por otro lado, la marginación de Cano en ese ambiente se confirma mediante su afición por *Sport Boys* y su falta de habilidad en los partidos que se armaban en los recreos. Hacia 1970 parece que el fútbol había sido aceptado como parte del panorama cultural nacional y representaba un medio para la forja de identidades que iban más allá de las visiones maniqueístas de décadas anteriores, facilitando, así, vínculos de asociación entre sectores antiguamente antagónicos de la sociedad nacional.

A pesar de la publicación en 1972 de «Fútbol» de Blanca Varela y «Estadio Vaticano» de Carlos Germán Belli, poemas que toman el fútbol como su punto de partida, el primer texto dedicado totalmente al fútbol no fue literario, sino cinematográfico: la película *Cholo*, del mismo año, es una suerte de biografía de Hugo Sotil, migrante a Lima de primera generación, quien luego jugaría por el club Barcelona y por la selección nacional en sus mejores momentos. Esta película, al lado de la publicación en la misma década de una serie de entrevistas con jugadores y artículos periodísticos que analizaban al fútbol desde una perspectiva sociológica, marcó el comienzo de la penetración del fútbol en la cultural nacional como nunca antes. De hecho, como afirma Abelardo Sánchez León, «solo un partido de fútbol permite al cholo y al negro aparecer en las cámaras de la televisión o en las primeras planas de los diarios, arroparse en la bandera con el dorso desnudo y ser, por única vez, los representantes del Perú» (1981: 115). Los años 70 y comienzos de los 80 también vieron la publicación de las primeras obras literarias centradas en el fútbol, reflejando cómo se privilegiaba a las clases populares en el ámbito político y, simultáneamente, se contribuía a la sensación de apertura cultural que experimentaban. Este fenómeno literario también puede ser visto como la continuación de un proceso iniciado con la reforma del sistema educativo en los años 60, la misma que abrió las puertas al consumo y a la producción de literatura entre sectores para quienes la palabra escrita no había sido, hasta esas fechas, una opción con respecto a su experiencia cultural. Los años 70 vieron una nueva incorporación del fútbol en la obra de Vargas Llosa, esta vez en su novela *La tía Julia y el escribidor*, en la que la presencia de diversos aspectos de la cultura popular sirven al narrador y autor para afirmar su superioridad frente a tales prácticas; pero otras novelas buscaron dar voz a las experiencias de sectores marginados, usando el fútbol como elemento clave en este proceso. Tal sería el caso de la novela *El revés de morir* de Guillermo Thorndike, publicada en 1978, que se centró en la carrera futbolística de Alejandro «Manguera» Villanueva para volver a evaluar, desde la perspectiva ciertamente muy propicia de la época, la contribución de los afro-peruanos a la tradición futbolística del país y al prestigio nacional. Eventos históricos del fútbol nacional también sirven como base para la novela *La ópera de los fantasmas*, publicada por Jorge Salazar en 1980; si bien el fútbol en sí no ocupa un lugar tan central en esta obra, el autor toma la tragedia del Estadio Nacional de 1964 como punto de partida para denunciar los abusos de las autoridades y las injusticias sociales del Perú contemporáneo. Más interesante, tanto por su contenido futbolístico como por su valor literario, es *Tiempo al tiempo*, una novela de Isaac Goldemberg publicada en 1984 que se sirve del fútbol como metáfora de la problemática integración del protagonista judío-peruano en la sociedad nacional. Mediante la narración que va y viene entre un partido imaginario Perú-Brasil y la rememoración de episodios de la adolescencia de Marquitos Karushansky Ávila, se procede a una exploración del

conflicto que surge a raíz de las expectativas de las tradiciones culturales peruanas y judías, que resultan imposibles de conjugar. Asimismo, la estructura de la novela se basa en el fútbol, ya que se divide en un «Primer tiempo» en el que Marquitos está en un colegio judío, y un «Segundo tiempo» que se centra en sus experiencias en la escuela militar Leoncio Prado. En total, la novela consiste de doce capítulos que podrían representar un equipo de fútbol, más un suplente. Tal lectura puede parecer un tanto precaria, pero se ve consolidada por el hecho de que en el partido imaginario contra Brasil, Marquitos solo entra a jugar como suplente en el segundo tiempo, ya que las heridas que recibió como resultado de la circuncisión impidieron su participación desde el comienzo del partido. El impacto de su entrada es dramático y mete tres goles que aseguran un empate, pero aun así el Perú pierde el Campeonato Sudamericano por diferencia de goles. Con su contribución al partido, ya restringida a causa de su participación en prácticas culturales judías, la posibilidad de que Marquitos meta el gol de la victoria nuevamente se ve frustrada por la intervención del rabino Goldstein, esta vez como resultado de una terrible entrada que le hace al protagonista desde su nueva posición como defensa central brasileña. Las lesiones que recibe de esta mala jugada ponen fin a la participación de Marquitos en el partido e impiden de manera simbólica su plena participación en la cultura peruana.

Después de varios años de relativo silencio durante la segunda mitad de los 80, en términos tanto de representaciones culturales del fútbol como de éxitos internacionales en la cancha, debido acaso a los convulsionados años del gobierno de García y al terrorismo que ocupó la psique nacional, la década de los 90 vio una suerte de resurgimiento en el fútbol peruano. Como fue el caso en los 70, esta segunda generación de textos tiene que leerse en el contexto de las condiciones políticas y socio-culturales del momento, ya que la elección del ahora desacreditado Fujimori dio mayor prominencia a las clases populares y condujo a una mayor presencia en las instituciones del Estado de personas de grupos sociales que hasta entonces no habían formado parte de la élite política. Por otro lado, la derrota del terrorismo en 1992 abrió de nuevo un espacio cultural para la consideración de temas que se habían dejado de lado bajo el terrible peso de la violencia que acarreó el conflicto entre Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas. La novela de Oscar Malca, *Al final de la calle*, publicada en 1993, trata de la juventud limeña de clase media-baja, tan fuertemente afectada por el terrorismo, y en la que el fútbol se presenta como una de las principales prácticas culturales de este sector en la construcción de un cuadro convincente de la cultura urbana joven; al mismo tiempo, representa una clave en la creación de identidades nacionales y de barrio. La discusión animada acerca del fútbol y su práctica, muchas veces violenta, se contrasta con la existencia bastante aletargada y estancada de los protagonistas, sugiriendo que el deporte puede cumplir un papel dinámico entre los problemas sociales que experimentan las generaciones limeñas más jóvenes.

La poesía, muchas veces considerada una forma cultural elitista, pero que comparte varios rasgos con la música y que —en el contexto peruano por lo menos— goza de una larga tradición oral en formas tales como la décima, también ha dado expresión al fútbol como otra dimensión de lo que Higgins describe como «la democratización de la literatura» (1987: 325). Ya se citaron ejemplos de la obra de Parra de Riego y de cantores de décadas pasadas, pero a partir de los años 70 se produjeron importantes novedades en este campo, ya que poetas —y poetisas— se han servido del fútbol como medio para sus fines poéticos. Después de que Blanca Varela empleara el fútbol en 1972 como punto de mediación entre lo personal (sus hijos que juegan) y lo universal (la condición humana en un mundo que se asemeja a una gran pelota de fútbol), el internacionalmente reconocido Carlos Germán Belli publicó en el mismo año «Estadio Vaticano», donde el tema clásico del sufrimiento humano se trata desde la óptica de futbolistas que han sido goleados 6-0. En «Damas al dominó», de *Noches de adrenalina*, la impresionante primera obra de Carmen Ollé, el fútbol marca una escisión entre los sexos, y, de hecho, funciona como sublimación sexual: un grupo de jóvenes ve un partido en una televisión, ignorando por completo los gestos provocativamente sensuales de las narradoras que están sentadas frente a ellos, y el goce de los chicos llega a un clímax al celebrar un gol en la pantalla que tienen por delante. El fútbol desempeña un papel parecido en «El sueño del Domingo (por la tarde)» de la colección *Entre mujeres solas* de Giovanna Pollarolo, publicada en 1991. En este poema, una familia se ubica en el espacio que sigue al almuerzo dominical, con la esposa y la hija a la espera de «el *click* de la radio/para ser expulsadas al lado de la cocina» (p. 21), mientras el esposo-padre escucha un partido tumbado en la cama, donde «él vibra por la pasión de un gol/olvidado ya del amor» (p. 22). Además de representar de nuevo la sublimación sexual masculina, Pollarolo expresa a través de la hija la esperanza de que los cambios que se han venido produciendo en la sociedad continúen hasta llegar a una situación en la que la pareja ideal del hombre no sea el fútbol, sino la mujer: «Me juro que cuando sea grande/no seré como ella/y él, al que aún no conozco/no será como él:/en mis días no habrá plancha/ni fútbol ni lamentos» (pp. 21-22). Las poetas serán menos entusiastas con respecto al fútbol como práctica social y deportiva, pero reconocen su potencial como símbolo de las relaciones de género y de poder, y lo usan de manera eficaz para hacer hincapié en las desigualdades que existen en estas relaciones.[3]

Ya se mencionó la importancia de los medios masivos en los años 20 y 30 para la construcción de lo que Benedict Anderson denomina una «comunidad imaginada», pero fue solo a finales de los años 60, con la introducción de las radios a transistores, que la radiodifusión en particular se puso al alcance de la mayoría de los peruanos de zonas

[3] Para una consideración más detenida de la presencia de las mujeres en el deporte a comienzos del siglo XX, véase Muñoz Cabrejo (2001: 201-226).

rurales o de los sectores más bajos de la población urbana. El mayor acceso a la radio, y al periodismo deportivo (gracias a más altos niveles de alfabetización a consecuencia de la rápida expansión del sistema educativo en la misma época), facilitaron los esfuerzos del régimen de Velasco por construir una identidad nacional más abarcadora. Las 35 estaciones de radio en la Lima de finales de los años 60 reflejan el espectro cada vez más amplio de experiencias y prácticas culturales que se venían aceptando como parte de la cultura nacional, y en 1974 había unas 530000 casas con radio, con un promedio de 6,5 oyentes por casa (Gargurevich 1987: 159-177, 222), cifras que indican que más de una cuarta parte de la población del país tenía acceso a programas radiales, incluidos los numerosos comentarios de partidos de fútbol. Más allá del periodismo deportivo en los medios impresos, 1962 presenció el estreno de «Supercholo» en *El Comercio*, donde el genial futbolista sintetizó la cada vez mayor presencia nacional del fútbol y la creciente aceptación de la identidad y las prácticas culturales de la población «chola». En una suerte de visión alegórica, la actuación protagónica del Supercholo en el campeonato intergaláctico siempre aseguraba la victoria para la selección terrestre, pre-configurando acaso la participación de Sotil y Chumpitaz en la selección de los 70. La tira cómica se ha usado no solo para celebrar el valor del fútbol y de lo cholo, sino también para cuestionar la manipulación que el régimen militar hizo del rey de los deportes durante los años 70: en uno de los episodios más memorables de «Pobre Diablo» de Juan Acevedo (alias El Cuy), el protagonista huye de la cancha para escabullirse entre el público cuando el general Morales Bermúdez entra a la cancha para pedirle la camiseta, parodiando así los eventos de un partido de la selección bajo la conducción de Marcos Calderón.

El auge de la televisión en el Perú se inicia también en la década de los 60, poco después de la aparición de las primeras imágenes en 1958. En 1969 (justo a tiempo para las hazañas de la selección en el Mundial de México) había siete canales y casi 300.000 casas con televisor, de las cuales la mitad pertenecía a la clase baja, según categorías socio-económicas tradicionales (Gargurevich 1987: 183-197). La rápida y generalizada expansión de los medios masivos, que creó una serie de vínculos entre el fútbol y las nociones de modernidad, también contribuyó de manera crucial a la sensación de una comunidad nacional imaginada, y el fútbol fue una vez más el punto de enfoque para mediar la convergencia de diversos cambios tecnológicos, políticos y sociales.

La sensación de apertura y expansión de los años 60 en los campos de la política, la economía y la educación, tuvo su equivalente futbolístico en la creación en 1966 del Campeonato Descentralizado y la inauguración de la Copa Perú, dos iniciativas de las autoridades deportivas para responder a la presencia más prominente de las provincias bajo el régimen desarrollista del primer gobierno de Belaúnde. El Campeonato Descentralizado fue el resultado de un acuerdo entre el Comité Nacional de Deportes

y la Federación Peruana de Fútbol, pero la concesión a las provincias fue más simbólica que real, ya que los cuatro clubes nuevos que ingresaron a la Liga venían de ciudades de la costa, la zona tradicionalmente hegemónica, y es recién en la década de 1970 que pasaron a la primera categoría equipos de zonas andinas (*León de Huánuco*) o amazónicas (CNI). La Copa Perú, por contraste, sí dio lugar a una participación masiva a lo largo del país, con más de mil equipos que disputaron la primera versión de la Copa para conseguir un pase a la primera categoría. Al mismo tiempo, fue otro elemento que jugó un papel importante en la creación de la comunidad imaginada de Anderson, puesto que unió a todas las regiones del país bajo una sola práctica cultural y con un propósito común: subir de categoría. Sin embargo, esta comunidad fue doblemente imaginada, ya que el ganador de la Copa Perú en sus primeros cinco años fue un equipo de la costa, sede de poder desde la época colonial, y cada año el equipo que perdía la categoría en el Campeonato Descentralizado (muchas veces de provincias) era remplazado con el campeón de la segunda división limeña. Como en otros campos, la aparente descentralización del fútbol enmascaraba esfuerzos por mantener las relaciones de poder tradicionales.

Dentro de este contexto de relaciones de poder, dos eventos futbolísticos recientes nos permiten reflexionar sobre la posibilidad de que la sierra haya logrado cambiar los términos de su relación con la costa. La victoria del *Cienciano* en la Copa Sudamericana de 2003 fue celebrada a lo largo del país como un triunfo nacional, y coincidió con historias periodísticas que proclamaban el poder de la maca en la dieta de los jugadores del *Cienciano*, y con la participación del primer jugador quechua-hablante en la selección (Ccahuantico). Sin embargo, el centrocampista era una excepción en el *Cienciano*, donde la gran mayoría de los jugadores procedían de clubes de Lima (por ejemplo, Ibáñez, Bazalar, Maldonado y Carty) o del extranjero (el paraguayo Lugo, o —en el 2002— los mexicanos Hernández y Olvera). En los años de la crisis de las visiones hegemónicas a nivel nacional, lo que parece producirse más bien es una serie de relaciones más fluidas entre costa y sierra, según las cuales el Cusco puede entrar en el imaginario nacional como símbolo de éxito, un papel que asume plenamente por primera vez quizás desde el siglo XVI.

El otro gran evento al cual nos referimos, esta vez del 2004, fue la Copa América que ganó Brasil. Con respecto a la organización del torneo, las doce selecciones jugaron en tres grupos, para pasar luego a una fase eliminatoria que comenzaba con cuartos de final. Los partidos se jugaron en siete ciudades, donde varios estadios gozaron de ampliaciones para poder satisfacer los requisitos de los organizadores, pero el reparto de los grupos y partidos revela la pervivencia de las desigualdades tradicionales: el único estadio propiamente serrano fue el Garcilaso de la Vega de Cusco, donde se jugó el partido para el tercer puesto. Todos los demás partidos se jugaron en ciudades costeñas (se incluye aquí a Arequipa, junto con Chiclayo, Trujillo, Piura y Tacna), con los partidos

principales en Lima, donde el Estadio Nacional fue el escenario del partido de apertura, las dos semifinales y la final; Lima fue, además, la sede del Grupo A, en el que jugó la selección peruana. Si esta situación se compara con la organización del Campeonato Sudamericano de Fútbol jugado en Lima en 1927, se puede apreciar que el fútbol es ahora un deporte que goza de una identificación que no se reduce a la capital. Esto es un reflejo del hecho de que se ha producido cierta descentralización, no solo del fútbol, sino también de la presencia provinciana dentro del concepto de nación y como cara pública del Perú frente a un público *mass* mediático internacional (recuérdese que uno de los problemas para la selección que fue al Mundial de 1930 en Uruguay, era que no se quería dar la impresión de que el Perú era un país de negros). No obstante, el fútbol nos confirma de nuevo que hasta cierto punto Lima sigue representando el Perú, asumiendo el rol de mediador de la más alta representación de lo nacional (como sede de la selección), con la participación del país en el ámbito internacional (como escenario de los partidos claves). Al mismo tiempo, para el público televisivo internacional del torneo, el Perú fue sobre todo un país costeño, y si esto podría explicarse en parte por razones futbolísticas (cuestiones de altura, oxígeno e infraestructura), la identidad del país en términos de su representación para el público internacional parece seguir siendo más bien costeña, por lo menos con respecto al escenario de eventos claves. Las tensiones inherentes en la identidad peruana, entre nacionalismo y cosmopolitismo, y entre tradición y modernidad, convergen también en el logo seleccionado para la Copa América 2004, donde una pelota sirve como el eje que conecta al Chasqui con las palabras «Perú 2004» y «Copa América». Tal diseño tiene resonancias inevitables con respecto al triunfo del equipo cusqueño en la Copa Sudamericana del año anterior, y el fútbol logra de nuevo tejer conexiones entre las culturas milenarias (la figura del chasqui sonriente) y conceptos modernos de la nación («Perú 2004») que se desenvuelven en un ámbito internacional (el lema «América unida por su pasión» que aparece debajo de «Perú 2004»). Sin embargo, como ya se vio en cuanto a la organización del torneo, la integración armoniosa y equilibrada de estos factores diversos es más difícil en la práctica que en la producción de un logo publicitario.

Regresando a los años 60, es curioso, pero nada casual, que los procesos que se han descrito antes sirviesen como antecedentes de los mejores resultados de la selección peruana en los Mundiales, ya que se clasificó para la etapa final en 1970, 1978 y 1982, perdiendo en los cuartos de final de México 70 frente a la poderosísima selección brasileña. El Perú también ganó la Copa América en 1975, por segunda vez en su historia, y a nivel de clubes la *U* fue el primer equipo peruano en llegar a la final de la Copa Libertadores, perdiendo en 1972 frente a Independiente de Argentina. Para dar cuenta de este período único de éxitos internacionales, se han propuesto varias posibles explicaciones, como por ejemplo la migración masiva a Lima y otras ciudades de la costa en los años 1960 y el impacto de la sensación de apertura y optimismo de

esa década en una generación de jugadores. Quizás más trascendental aun fue el impacto en la psique nacional de la incorporación del fútbol (y otras prácticas culturales de las clases populares, como las artesanías) al programa de un gobierno altamente nacionalista. Al mismo tiempo, las clases populares gozaron de un reconocimiento y una participación nacionales nunca antes vistos, proceso que culminó con el establecimiento del derecho al sufragio universal en la nueva constitución política de 1979. Para Carlos Iván Degregori, «Hasta las décadas del cincuenta y sesenta, el Perú era un país fragmentado, definido como archipiélago, como país dual, como nación en formación» (1994: 23), y si los años 1970 vieron una reducción en esta fragmentación, no hay que subestimar el papel jugado por el fútbol en la formación de un concepto más coherente y abarcador de la nación.

Por último, volcamos nuestra atención a una de las formas más obvias —pero quizás más problemáticas— en las que el fútbol se identifica con lo nacional: mediante la construcción y definición de un estilo nacional de juego. Los éxitos en la cancha durante los 70, al lado del reconocimiento estatal que recibieron las clases populares y sus prácticas culturales, sobre todo el fútbol, fueron los catalizadores decisivos en este proceso, que se expresó en la novela de Thorndike de 1978 y en ensayos sociológicos de Abelardo Sánchez León y José María Salcedo, publicados en 1980 y 1981, y en 1982, respectivamente. Estos textos marcan un hito en la consideración del fútbol por sociólogos que han producido un creciente cuerpo de trabajos que tratan sobre todo temas de identidad y violencia. Es difícil negar la importancia de los eventos deportivos y político-culturales de los 70 para la creación de este discurso, pero el período que goza de un amplio consenso como origen de un estilo nacional es la década de los 20, y es sobre todo la figura de «Manguera» Villanueva la que es identificada como su fundador por su capacidad de marcar una ruptura tanto simbólica como futbolística con lo que se había venido practicando hasta esa fecha. El lugar privilegiado que ocupan el delantero de *Alianza Lima* y la selección confirma hasta qué punto la cultura popular y la cultura afro-peruana se habían incorporado a la cultura nacional entre 1930 y 1970, y si los años 20 se caracterizaron por la (re)apropiación del fútbol por el Estado oligárquico para afirmar su posición, en los años 1970 se volvió la mirada al mismo período como un tiempo que marcó los comienzos de una nueva identidad nacional.

El Perú ha experimentado profundos cambios desde comienzos del siglo XX, y de ser un país que tenía una oligarquía blanca eurófila, que gozaba de una hegemonía política, económica y cultural, se ha convertido en una nación más representativa en la que se acepta cada vez más la naturaleza heterogénea de la práctica y la producción culturales. El fútbol ha experimentado cambios que son parecidos de muchas maneras, pasando de sus orígenes entre la comunidad europea ex-patriada para más tarde ser un deporte que se caracterizó por la excelencia primero de jugadores afro-peruanos,

como Villanueva, Montellanos o Cubillas, y luego por mestizos, como Sotil, Roberto Palacios o Nolberto Solano. Los intentos del Presidente Leguía de encauzar la afición por el fútbol hacia su régimen constituyeron la primera manipulación política de este deporte por un gobierno, y coincidieron con una época en la que se dio valor nacional a la cultura afro-peruana como elemento constituyente de la cultura criolla imperante, época descrita por Muñoz Cabrejo como «un momento de cambio en la ubicación y pertenencia de lo criollo desde la élite hacia el pueblo. […] A la larga, […] la hegemonía la obtendrían los grupos identificados con lo criollo, ya que fueron los rasgos de esta cultura los que se convirtieron en símbolos de la cultura nacional» (2001: 237). Al mismo tiempo, el fútbol (y, en términos más amplios, la práctica del deporte) entró en juego no solo como elemento de la cultura criolla sino también como elemento importante en el debate sobre la formación del carácter nacional como respuesta a la crisis de finales del siglo XIX, ya que lograba unir nociones de fuerza física, orden y modernidad.

Si bien el debate de comienzos del siglo XX dio como resultado el mestizaje de los años 40-50, desde la perspectiva de los años 70 y 80, las décadas de los 20 y 30 se evalúan como la época en la que se formó un estilo nacional, y el fútbol así hizo una contribución importante a una sensación de orgullo nacional y a un cambio en visiones las «oficiales» de la identidad cultural del país. Una segunda etapa de intervención gubernamental en este deporte, esta vez en los 70, junto con la rápida expansión de los medios masivos como resultado de innovaciones técnicas, se sirvió del fútbol para promover, quizás por primera vez, una comunidad realmente nacional, sobre todo a través del éxito de la selección y las modificaciones del Campeonato Descentralizado, que se amplió para incorporar más equipos de provincias. Durante este mismo período, el fútbol llegó a ser incorporado en diversas formas artísticas, y su presencia como representación cultural da constancia del nuevo valor simbólico del fútbol dentro de la cultura nacional. Archetti reconoce la importancia de la relación entre el fútbol y diversas formas culturales, al afirmar lo siguiente:

> Si aceptamos la idea de que una nación se construye a través de sus diferentes narrativas, la comparación entre las estrategias literarias serias y las populares es pertinente. A través de estas representaciones […] lo nacional aparece claramente en toda su ambigüedad e indeterminación conceptual. (1995: 267)

Aunque estas palabras se refieren a la situación en Argentina en las primeras décadas del siglo XX, se pueden aplicar a otros contextos geográficos y temporales. En el Perú, al penetrar formas culturales que podrían haberse considerado de élite, por lo menos hasta los 60, el fútbol ha contribuido a que estas sean más representativas de la cultura del país, y también ha facilitado la expresión de una cultura nacional que busca incorporar sectores tradicionalmente dispersos de la población. Por tanto, el

fútbol en el Perú sirve para revelar las ambigüedades e indeterminaciones de la historia cultural del país y, hasta cierto punto, ayuda a resolverlas: si bien se define en parte por la cultura nacional dominante, al mismo tiempo, como hemos visto mediante los ejemplos estudiados aquí, realiza una contribución importante al definir y refinar lo que significa ser peruano.

Bibliografía

Anderson, Benedict

1983 *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.

Archetti, Eduardo P.

1995 «Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*. La creación del imaginario del fútbol argentino». *Pretextos.* N.º 7, pp. 239-271.

Arguedas, José María

1958 «Notas elementales sobre el arte popular religioso y la cultura mestiza de Huamanga». En *Revista del Museo Nacional*. Vol. XXVII, pp. 140-194.

1998 *Los ríos profundos*. Madrid: Cátedra [1958].

Bedoya, Ricardo

1997 *Un cine reencontrado. Diccionario ilustrado de las películas peruanas*. Lima: Universidad de Lima, Fondo de Desarrollo Editorial.

Belli, Carlos Germán

1979 «Estadio vaticano». *Hispamérica* 2 (1972), 67. El poema aparece en la colección *En alabanza del bolo alimenticio*. México D.F.: Premià.

Bryce Echenique, Alfredo

1990 *Huerto cerrado.* Barcelona: Plaza & Janés, [1968].

1993 *Un mundo para Julius*. Madrid: Cátedra, [1970].

Degregori, Carlos Iván

1994 «Dimensión cultural de la experiencia migratoria». *Páginas.* Nº 130, pp. 18-29.

Deustua Carvallo, José, Steve Stein y Susan Stokes

1986 "Entre el *offside* y el chimpún: las clases populares limeñas y el fútbol, 1900-1930». En Stein, Steve (editor). *Lima obrera 1900-1930.* Tomo I. Lima: El Virrey, pp. 119-162.

Diez Canseco, José

1973 *Duque*. Lima: Peisa, [1934].

Gálvez, José

1965 *La Lima que se fue.* Lima: Editorial universitaria, [1947].

Gargurevich, Juan

1987 *Prensa, radio y tv: historia crítica*. Lima: Horizonte.

Goldemberg, Isaac

1984 *Tiempo al tiempo*. Hanover, N.H.: Ediciones del Norte.

González Prada, Manuel

1976 *Pájinas libres. Horas de lucha.* Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Higgins, James

1987 *A History of Peruvian Literature.* Liverpool: Francis Cairns.

Malca, Oscar

2000 *Al final de la calle*. Lima: Libros de Desvío, [1993].

Muñoz Cabrejo, Fanni

2001 *Diversiones públicas en Lima 1890-1920. La experiencia de la modernidad*. Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales.

Ollé, Carmen

1992 *Noches de adrenalina*. Lima: Lluvia Editores, [1981].

Panfichi, Aldo

1994 «Fútbol e identidad: esta urgencia de decir nosotros». En Panfichi, Aldo (editor). *Fútbol: identidad, violencia y racionalidad*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 17-20.

Parra del Riego, Juan

1943 *Poesía.* Montevideo: Biblioteca de la cultura uruguaya.

Pollarolo, Giovanna

2000 *Entre mujeres solas*. Lima / Bogotá: Peisa / Arango, [1991].

Rebaza Soraluz, Luis

2000 *La construcción de un artista peruano contemporáneo. Poética e identidad nacional en la obra de José María Arguedas, Emilio Adolfo Westphalen, Javier Sologuren, Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy, Fernando de Szyszlo y Blanca Varela*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Salazar, Jorge

1980 *La ópera de los fantasmas*. Lima: Mosca Azul / Ediciones Treintaitrés.

Salcedo, José María

1982 «Así jugamos porque así somos». En *El Diario de Marka,* 20 de junio, pp. 8-9.

Salinas Benavides, Roberto

1997 *Federación peruana de fútbol. 75º aniversario*. Lima: Desa.

Sánchez León, Abelardo

1980 «Fútbol: un espejo para mirarnos mejor». En *Quehacer.* Nº 7, pp. 119-127.

1998 *La balada del gol perdido*. Lima: Peisa, [1993].

Stein, Steve

1986 «Los contornos de la Lima obrera». En Stein, Steve (editor). *Lima Obrera 1900-1930.* Tomo II. Lima: El Virrey, pp. 11-28.

Stokes, Susan

1986 «Etnicidad y clase social: los afro-peruanos de Lima 1900-1930». En Stein, Steve (editor). *Lima Obrera 1900-1930.* Tomo II. Lima: El Virrey, pp. 171-252.

Thorndike, Guillermo

1978 *El revés de morir*. Lima: Mosca Azul.

Varela, Blanca

1972 *Valses y otras falsas confesiones.* Lima: Instituto Nacional de Cultura.

Vargas Llosa, Mario

1977 *La tía Julia y el escribidor*. Barcelona: Seix Barral.

1982 *Los cachorros*. Madrid: Cátedra, [1967].

Villanueva, Lorenzo y Jorge Donayre

1987 *Antología de la música peruana. Canción criolla*. Tomo I. Lima: Latina S.A.

El fútbol en la cima del mundo: crónica del ascenso del *Club Cienciano*

Richard Witzig

1. Introducción

El Perú posee tres regiones naturales donde tienen su sede algunos equipos de fútbol de primera división: la región desértica de la costa a nivel del mar; la región amazónica de bosques tropicales, que va desde los 100 hasta los 1500 m. de altitud; y la región montañosa de los Andes, que alcanza una altitud de 6800 m. En el Perú hay más equipos de fútbol de «gran altitud» que en otros países del mundo, aunque sus hermanos países andinos —Bolivia, Ecuador y Colombia— comparten esta cultura futbolística.

El año 2000, en el Perú existían tres equipos de primera división que jugaban en ciudades ubicadas por sobre los 3000 m. de altitud: el Deportivo Wanka de Huancayo (3200 m.), el Club *Cienciano* del Cusco (3360 m.) y el Unión de Minas de la ciudad minera de Cerro de Pasco, localizada a la abrumadora altitud de 4340 m. Jugando en el estadio Daniel Alcides Carrión[1], el *Unión Minas* se distinguía por ser el equipo de primera división con la sede a mayor altitud en el mundo. Este equipo dejó la primera división el año 2001, pero el 2004 el *Deportivo Wanka* programó gran parte de sus partidos del torneo de clausura en Cerro de Pasco. Por otro lado, el club puneño Alfonso Ugarte juega sus partidos cerca del Lago Titicaca (3827 m.), aunque ya hace algún tiempo que salió de la primera división (su última aparición fue en 1988). Sin embargo, el *Sport Ancash* pasó a la primera división el año 2005, y hoy en día juega

[1] Este estadio lleva su nombre en honor al estudiante de medicina Daniel Alcides Carrión de la Universidad de San Marcos (Lima), quien murió en 1885 al inyectarse el microbio *Bartonella bacilliformis* para probar que la Verruga Peruana era la misma enfermedad que la Fiebre de la Oroya —que entonces asolaba en las alturas alrededor de Cerro de Pasco, y ocasionaba la muerte de miles de obreros del ferrocarril—. El intento científico de Carrión fue satisfactorio, pero su resultado fue extremo pues ofrendó su vida en aras de una investigación médica. La Bartonelosis ahora se conoce también como la enfermedad de Carrión.

sus partidos como local en la ciudad de Huaraz (3090 m.), también conocida como «la Suiza peruana» debido a sus pintorescos paisajes de montaña.

El *Cienciano* del Cusco, junto con el legendario club limeño *Alianza Lima*, son los clubes peruanos de fútbol más antiguos (ambos fueron fundados el año 1901 y festejaron su centenario el 2001). Este capítulo se refiere a las actividades futbolísticas a gran altitud —especialmente en los Andes—, e incluye, precisamente, la dramática crónica del ascenso del *Cienciano*, un pequeño equipo provinciano que alcanzó el éxito en su año centenario y que, posteriormente, ganó el primer torneo continental en la historia del fútbol peruano.

Las competencias deportivas a gran altitud ya eran motivo de serias discusiones el año 1974 durante el Congreso Mundial de Medicina deportiva llevado a cabo en Melbourne (Australia), donde se sugirió que los eventos deportivos realizados a altitudes superiores a los 2600 m. debían practicarse con extrema cautela, y se recomendaba restringir las competencias por encima de los 3000 m.

El fútbol a gran altitud es más bien un fenómeno americano, ya que los equipos europeos no necesitan prepararse para esta contingencia. Por ejemplo, el estadio más alto en Inglaterra es el Hawthrons de West Bromwhich en Albion, ubicado a solo 168 m. de altitud. En Norteamérica, entre las ciudades grandes, Denver es la que se halla a mayor altitud, a 1609 m., de ahí que sea conocida como la «Ciudad de la milla de alto». La ciudad de México (2286 m.) fue sede de las Olimpiadas 1968 y de las Copas Mundiales FIFA 1970 y 1986. Desde entonces, Denver y Ciudad de México están libres de las preocupaciones acerca de los eventos deportivos a gran altitud.

Con relación a la práctica del deporte en Sudamérica, las conclusiones del congreso de Melbourne recomendaron clasificar a las ciudades de Cajamarca (Perú), Quito (Ecuador) y Sucre (Bolivia) como «zonas de riesgo deportivo» (entre los 2600 y 3000 m. de altitud); y a las ciudades de Huaraz, Cusco, Puno y Cerro de Pasco (Perú), y La Paz y Potosí (Bolivia), como zonas fuera de los límites admisibles para el deporte competitivo. Esta conclusión circunscribía la práctica deportiva a ciudades costeras y amazónicas de menor altitud, con la consiguiente exclusión de buena parte de la población andina del fútbol competitivo. Sin embargo, debe notarse que el Campeonato Sudamericano de Voleibol Femenino (1993) se realizó en Cusco, donde ganó el equipo brasileño sin incidentes; por lo tanto, las atletas ya han participado en competencias continentales a altitudes como las del Cusco, y sin daño evidente.

2. El desempeño a gran altitud

Los clubes de fútbol dependen de su público local, y la experiencia geográfico-climática contribuye en gran medida a definir mejor la «ventaja» del equipo local. Si un equipo entrena rutinariamente a gran altitud, tendrá con toda seguridad una mayor ventaja

física y mental al jugar en su propio campo debido a la aclimatación física y la preparación psicológica; de ahí que mantener un buen desempeño atlético sea el mayor reto físico y emocional para los equipos visitantes cuando juegan a grandes altitudes.

Si bien el fútbol es considerado como el juego en equipo de mayor demanda física, correr noventa minutos a gran altitud en un partido de fútbol es mucho pedir de un jugador «estándar».[2] Así, cuando en el Perú los grandes equipos limeños visitan a los equipos serranos, se encuentran en gran desventaja y frecuentemente tienen suerte si salen airosos con un empate.

En el ámbito internacional, el mejor ejemplo de ventaja (o preparación) a gran altitud fue el partido clasificatorio para la Copa Mundial 1993 jugado en La Paz entre Brasil y Bolivia, y en el que la selección brasileña perdió 2-0. Hasta este juego, el *Scratch* ostentaba el sorprendente récord de nunca haber perdido un partido clasificatorio para una Copa Mundial desde que se inicio esta competencia en 1930. Otro ejemplo muy ilustrativo de la ventaja que le da la altitud al equipo local, es la experiencia de la selección mexicana que se mantuvo imbatible durante 20 años jugando en el Estadio Azteca de la Ciudad de México, hasta que perdió ante Costa Rica en el clasificatorio de la Copa Mundial 2001 —en este caso, además de la altitud de 2240 m., los equipos visitantes deben competir bajo la contaminación atmosférica de la Ciudad de México, la que puede provocar crisis de asma—.

Las selecciones nacionales tienen el derecho a jugar sus partidos clasificatorios para la Copa Mundial en sus ciudades capitales. Bolivia utilizó la altitud de La Paz, así como Ecuador la locación de Quito (2811 m.), durante los clasificatorios para las Copas Mundiales 2002 y 2006. Ya en anteriores ocasiones el Ecuador había jugado algunos partidos internacionales sin mucho éxito en la ciudad costera de Guayaquil, que se encuentra a nivel del mar. Bogotá, la capital colombiana, es otro caso que merece mención pues se halla a 2556 m. de altitud.

La capital del Perú, Lima, está casi al nivel del mar (a solo 130 m. de altitud), así que los peruanos no han podido explotar aún la experiencia de sus equipos de altitud para jugar como locales en partidos internacionales. Pero después de las victorias del *Cienciano* en la Copa Sudamericana y la Recopa 2003, se creó un debate con respecto a la posibilidad de utilizar el Cusco como futura sede de los torneos clasificatorios del Perú para la Copa Mundial. Sin embargo, durante la Copa América Perú 2004 el único encuentro que se autorizó a jugar en el Cusco fue el partido por el tercer puesto (Uruguay ganó a Colombia 2-1). Por otro lado, durante el Campeonato Mundial FIFA Sub-17, Perú 2005, no se utilizaron sedes por sobre los 150 m. de altitud. Tampoco se

[2] Según se estableció en una investigación de la cadena de cable ESPN (*Entertainment and Sports Programming Network*) entre 40 disciplinas deportivas, el fútbol es el deporte que demanda mayor esfuerzo y agilidad, y requiere de una gran aptitud física (véase www. Sports.espn.go.com/espn/page2/sportSkills).

utilizaron sedes de gran altitud (Arequipa, Cusco) para el campeonato clasificatorio de la Copa Mundial FIFA 2006, y el Perú no logró clasificar para las finales de Alemania.

Debemos notar que a mayor altitud la presión atmosférica decrece, por ello hay menos gas atmosférico para respirar —el aire es más «ralo»—, lo que incluye al gas más importante: el oxígeno. Como todos los gases atmosféricos decrecen proporcionalmente con la creciente altitud, el oxígeno aún representa el 21 por ciento del aire disponible —solo que hay menos aire y, por ende, menos oxígeno—. Asimismo, a nivel del mar la presión atmosférica es de 760 bar (bar = mm. de Mercurio), mientras que en La Paz llega a tan solo 497 bar; es decir, la presión atmosférica decrece un 34,6 por ciento.[3] En comparación con ambientes de litoral costero, en el Cusco se dispone de dos tercios de oxígeno, y en Cerro de Pasco solamente del 60 por ciento. Como consecuencia de esta diferencia ambiental, algunas personas empiezan a hiperventilar no bien descienden del avión en ciudades de gran altitud. ¡No es de sorprender, entonces, que los equipos teman jugar a altitudes tan extremas!

¿Cómo afecta todo esto a los jugadores? La respuesta simple es que les afecta de diverso modo, dependiendo de sus atributos físicos y mentales y de su preparación. Por ejemplo, Teófilo «Nene» Cubillas ha jugado en locaciones sobre los 3000 m. en numerosas ocasiones a lo largo de su carrera deportiva, y para él la altitud es el gran «empatador» físico (lo que significa que uno debe llegar a estas alturas en muy buenas condiciones físicas para competir satisfactoriamente). Aun así, hasta una determinada altitud «la diferencia es mayormente mental», y la actitud que el jugador tenga frente a la altitud será un factor crítico para su desempeño. Cubillas mencionó también que nunca tuvo problemas en Huancayo o inclusive en el Cusco —para jugar a esta altitud podía prepararse mental y físicamente volando a alturas andinas la misma mañana del día del partido—.

Pero inclusive Cubillas, un jugador estrella acostumbrado a adaptarse a la altitud, tenía limitaciones para adaptarse y vencer físicamente. Según Cubillas, La Paz (3636 m.), Puno (3900 m.), y especialmente Cerro de Pasco (4340 m.), son ambientes «brutales» para adaptarse, salvo que se haya realizado entrenamientos de aclimatación significativos. El cuerpo simplemente no recibe suficiente oxígeno y los jugadores pueden desarrollar una taquicardia (latidos rápidos) después de correr tan solo algunos minutos, lo que puede resultar atemorizante para los que no están mentalmente preparados. Por ello, desempeñarse a altitudes superiores a los 3000 m. es la prueba suprema de condición física y mental que atraviesan los jugadores, y solamente hay dos formas de prepararse adecuadamente para una contingencia de este tipo: (1) llegar al

[3] O sea, el aire en La Paz es más «ralo» que en Nueva York, de modo que uno tendría que respirar el 53 por ciento más de aire en La Paz para recibir la misma cantidad de oxígeno que en Nueva York.

lugar del partido la mañana del partido, o (2) tener de 2 a 3 semanas de aclimatación y prácticas a gran altitud.

Los equipos que viajan a las sedes de gran altitud (sobre los 2600m.) idealmente deberían programar un período de aclimatación. Esta opción es la más deseable, pero, dado el calendario de juegos, la de mayor dificultad logística. En áreas que presentan contaminación atmosférica —como Ciudad de México—, es aconsejable que los jugadores entrenen en altura en una zona libre de contaminación, ya que no existe un régimen de «aclimatación» a la contaminación ambiental.

La mayoría de los equipos no tiene tiempo para aclimatarse totalmente y llegan al lugar del partido el mismo día. Así, los jugadores tienen solo algunas horas para adaptarse a la altitud antes de la hora del partido. Ya que resulta imposible lograr una adaptación física completa, los jugadores deben estar preparados mentalmente para jugar en un ambiente con poco oxígeno —algunos equipos contratan un psicólogo para ayudar a sus jugadores a enfrentar diversas situaciones, incluyendo la de las altitudes extremas—.

Existen dos razones por las cuales no es recomendable que los equipos lleguen la noche anterior al partido: (1) el «mal de altura» puede empeorar al día siguiente (el día del juego), y (2) los jugadores pueden dormir mal, lo que tendría un mal efecto sobre ellos al momento del partido. No obstante, siempre existe un pequeño riesgo de que un jugador bien preparado no se sienta bien debido al mal de altura. Esto es impredecible y es probable que tenga que ver con la psicología del jugador. Inclusive algunos jugadores del *Cienciano* sentían el mal de altura cuando regresaban al Cusco después de un mes de vacaciones a nivel del mar, y necesitaban varias semanas para volver a aclimatarse satisfactoriamente.

Los equipos locales que entrenan en terrenos sobre los 2600 m. adaptan su juego a esa altitud y, en general, se encuentran en buen estado. Ellos también conocen las temperaturas y los niveles de humedad del campo de juego y cómo se comporta la pelota en este clima particular. Sin embargo, una vez en el campo, todos los jugadores se desempeñan en el mismo ambiente y, luego del primer golpe de adrenalina, cualquier ventaja grupal del equipo local puede desaparecer si el equipo visitante está física y mentalmente preparado para jugar en una zona de poco oxígeno.

Viajar para competir en sedes que se encuentran a 2000, 3000 y a más de 4000 m. de altitud, complica cualquier preparación deportiva y crea el riesgo de padecer de mal de altura, conocido en el Perú como «soroche». Este mal fue descrito por primera vez en los Andes peruanos en 1590 por el sacerdote jesuita, y cronista, José de Acosta. Consiste en un cúmulo de síntomas que van desde el dolor de cabeza, pasando por problemas de respiración y vómitos, hasta sueño y jadeos involuntarios (sensación de ahogo). Normalmente la cura para el soroche es el descanso y la ingesta de algunas infusiones y medicamentos. Si los síntomas no desaparecen, se debe suministrar

inmediatamente oxígeno suplementario o llevar al paciente a un lugar de menor altitud. En la mayoría de los casos el malestar no dura más de 24 a 48 horas.

Una medida preventiva tradicional para el mal de altura es la agradable infusión de coca (también llamada «mate de coca») que se prepara con las hojas del arbusto *Erythroxylum coca*, una bebida milenaria de uso común en los Andes.[4] El diurético Acetazolamida[5] es una profilaxis alternativa contra este mal; sin embargo, no está permitido que los futbolistas tomen esta droga como medida preventiva porque está listada entre las sustancias prohibidas por la FIFA.

El típico soroche ocasionalmente puede avanzar hacia formas más severas, tales como edema pulmonar de gran altitud (EPGA, agua en los pulmones; HAPE,[6] por sus siglas en inglés), o edema cerebral (cerebro hinchado). En estos casos críticos, los síntomas son problemas respiratorios y confusión mental como resultado de la falta de oxígeno o hinchazón del cerebro, respectivamente. El tratamiento en ambos casos es oxigenación al 100 por ciento (y/o llevar al paciente a un lugar de menor altitud), y recibir ayuda médica experta (con frecuencia son necesarias otras medicinas como esteroides y/o Nifedipino). En muy raras ocasiones un jugador tiene un colapso físico durante o después del juego —de suceder, es probable que el jugador tenga un problema cardiaco o pulmonar no diagnosticado, o esté predispuesto al EPGA o al edema cerebral—.

3. Fútbol de primera división en la cima del mundo: el *Cienciano* del Cusco

La Biblioteca Municipal del Cusco es un lugar imponente e ideal para escribir sobre el club profesional local: el *Cienciano*. Construida sobre restos originales incas, es el lugar donde los cuzqueños pueden investigar sus antiguas tradiciones e inventar nuevas. Los bloques de piedra de la biblioteca encajan perfectamente sin argamasa, y sus muros han soportado toneladas de presión desde hace cinco siglos sin modificarse. Aun los terremotos más devastadores no han dañado estos muros incas —el terremoto del 21 de mayo de 1950 en el Cusco dañó severamente la catedral colonial construida por los españoles a excepción de la base estructural diseñada por los arquitectos incas, que permanecieron intactas—.

---

[4] En el mate de coca hay una minúscula porción de cocaína y los jugadores pueden dar positivo en los dosajes si las mediciones de la droga en orina son lo suficientemente sensibles. Esto ocurrió con dos jugadores después de que Brasil perdiera en 1993 en La Paz. Afortunadamente para ellos, se comprobó que la causa era el mate de coca, generalmente inofensivo y no-adictivo, y no fueron suspendidos.

[5] «Diamox» es una de las marcas comerciales.

[6] *High Altitude Pulmonary Edema*.

El Cusco (que también se escribe Cuzco, Qosqo o Qusqu) es la ciudad arqueológica más importante de las Américas; hace quinientos años fue la capital del Imperio Inca, que se extendía desde Bolivia pasando por el Perú hasta Ecuador y Colombia, y donde se formó la civilización indígena más grande de Sudamérica. En ninguna otra parte de América se preserva mejor la antigüedad indígena, a pesar de los impresionantes esfuerzos coloniales por destruirla. Hoy en día el Cusco es aún el centro del antiguo Imperio Inca y la entrada a las espectaculares y bien preservadas ruinas arqueológicas de Machu Picchu y Vilcabamba.

El Cusco se encuentra ubicado en la Cordillera de los Andes, a una altitud de 3360 m., y donde la presión barométrica es de tan solo 514 bar, en comparación con 760 bar al nivel del mar; lo cual indica que el aire andino es 30 por ciento más «ralo». Algunas personas desarrollan síntomas de soroche después de llegar al aeropuerto del Cusco; no obstante, es a esta ciudad a la que el *Cienciano* denomina su «hogar».

El Cienciano deriva su nombre del Colegio Nacional de Ciencias, un afamado colegio secundario del Cusco fundado por el Libertador Simón Bolívar en 1825. Miles de estudiantes graduados de este colegio forman parte de la ferviente barra de este club. Originalmente, el colegio fue el dueño de este club, un asunto que resulta inconcebible en el mundo del deporte moderno; en la actualidad, el Cienciano es un club privado administrado por un presidente y un directorio conformado por 14 miembros, aunque aún mantiene fuertes lazos con el colegio.

Otros clubes deportivos latinoamericanos han tomado su nombre de universidades. Algunos ejemplos prominentes incluyen la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) en México; Estudiantes de La Plata en Argentina; Universidad Católica de Chile; y Estudiantes de Medicina en Ica, Perú. Pero encontrar nombres de clubes derivados de colegios secundarios es muy poco usual (otro ejemplo es el del CNI, equipo que jugó en primera división y que toma su nombre del Colegio Nacional de Iquitos).

El club *Cienciano* fue fundado en 1901, luego de que en enero de 1900 el gobierno nacional dictaminara en Lima que los colegios debían incluir en su currículum el entrenamiento deportivo. El Dr. Zenón Ochoa, entonces Director del Colegio Nacional de Ciencias, contactó al inglés William H. Newell para que enseñara a los chicos el «deporte inglés».[7] Newell debió haber causado una muy buena impresión entre los estudiantes peruanos, pues pasados 18 meses fue creado el Club Deportivo *Cienciano* (8 de julio de 1901), y él fue elegido por unanimidad como presidente y entrenador del equipo. El primer partido que jugó este nuevo club fue contra el «Club Atlético», un equipo conformado por ingleses expatriados. El *Cienciano* contaba con 10 jugadores

[7] William Newell no está relacionado con Issac Newell, otro inglés fundador del Club Newell's Old Boys de Rosario, Argentina (1903).

peruanos y con Newell como centro delantero, y ganó su partido inaugural con una alineación de 2-3-5.[8]

A lo largo del siglo XX, el *Cienciano* ganó permanentemente el campeonato de la liga cuzqueña, y en 1973 fue el único equipo cuzqueño en ascender a las ligas mayores peruanas (participando en el Torneo Descentralizado entre 1973 y 1977). Con excepción del período 1978-1983, el Cienciano ha participado en el fútbol de «alto vuelo» (Zona Sur 1984-1985, 1989, 1990-1991; Segunda Fase 1986; Torneo Descentralizado 1987; Regional Final 1988) y en la Primera División Profesional (1992-2006). El equipo juega en el estadio Inca Garcilaso de la Vega —propiedad del Instituto Peruano del Deporte (IPD), la entidad pública responsable del deporte en el Perú—. Este estadio lleva su nombre en homenaje a Inca Garcilaso de la Vega, hijo de una princesa inca y un soldado español y el más grande historiador inca de la colonia.[9]

4. La celebración del centenario del *Cienciano*

El *Cienciano* presentó su equipo centenario, «Furia Roja»,[10] antes de que empezara la temporada del año 2001, el 1º de febrero del 2001, que a su vez precedió a la fecha del 100º Aniversario del club: el 8 de julio del 2001. La cena de presentación fue en el restaurante Don Antonio en el Cusco antiguo, donde se presentó la excelente banda folclórica cuzqueña Arco Iris. El presidente del club habló sobre sus expectativas para la nueva temporada y acerca de su esperanza de clasificar para la Copa Libertadores (el campeonato sudamericano de clubes). El equipo de entrenadores estuvo presente y los jugadores ingresaron por un túnel rojo escoltados por dos representantes de la empresa «Cerveza Cuzqueña».

El entrenador del Cienciano era Freddy Ternero, un ex defensa del club *Universitario* y de la selección peruana en los años 1980, y, anteriormente, entrenador de la selección peruana que jugó en la Copa América en Bolivia el año 1997 (se convirtió en el entrenador de la selección peruana nuevamente en el 2005). Sus jugadores provenían de todo el país, de las ciudades costeras de Lima y Talara, de la ciudad selvática de Pucallpa, y del mismo Cusco y sus regiones montañosas.

---

8 El esquema táctico 2-3-5 fue uno de los preferidos hasta los años 1950. El alineamiento fue el siguiente: Augusto Ochoa (arquero), Eduardo Cáceres (defensa derecha), Juan Samanez (defensa izquierda), Luis Alberto Arguedas (volante derecho), Juan J. Loayza (volante central), Luis Alberto Aranibar (volante izquierdo), Mateo Morán (delantero interior derecho), Bonifacio Monteagudo (delantero interior izquierdo), Humberto de la Soto (alero derecho), William H. Newell (centro delantero) y Miguel del Castillo (alero izquierdo)

9 Inca Garcilaso de la Vega escribió *Los Comentarios Reales de los Incas* en 1609; un trabajo embrionario sobre la invasión española al Perú.

10 «Furia Roja» es el sobrenombre del Club *Cienciano*.

El hecho de que los clubes ya establecidos y de mayores ingresos de la costa limeña atraigan a los jugadores mejor calificados que se han preparado en la sierra, ha provocado que la escuadra del *Cienciano* haya atravesado constantes cambios. Pero a pesar del gran flujo de jugadores en la década pasada, el *Cienciano* se mantuvo como el mejor club de provincias compitiendo con los tres grandes de Lima (*Alianza Lima*, *Universitario* y *Sporting Cristal*)

A finales de la temporada del 2000, el *Cienciano* terminó en el tercer puesto en la liga nacional, perfectamente posicionado para su triunfo en el 2001. Aun así, el equipo perdió cinco de sus mejores jugadores durante su descanso de vacaciones y tuvo que buscar nuevos. El Equipo Centenario se formó con peruanos de varias partes del país y con algunos extranjeros traídos de Argentina, Brasil y Uruguay. Como volante quedó el argentino Gabriel Rodríguez y como defensas el brasileño Roggiero Da Silva y el uruguayo Mauricio Martínez. Los peruanos más conocidos fueron el arquero Maurinho Mendoza y el volante Carlos Cumapa, originario de la ciudad amazónica de Pucallpa.

Durante la celebración por el Centenario del club se rindió tributo en vida al jugador del *Cienciano* más antiguo, un octogenario que jugó en los años 1930. Acompañado de su esposa, se trataba de un hombre muy animado y dueño de una sonrisa rápida, pese a estar encorvado debido a muchos años de escoliosis. Sin embargo, para todos el momento más importante de la ceremonia fue sin duda cuando él vistió nuevamente la camiseta roja del *Cienciano* y abrazó al presidente del club, Juvenal Silva, y a otros más. El vínculo con el pasado es muy importante en el Cusco, especialmente en los tiempos modernos cuando la lealtad hacia los clubes está desapareciendo.

Luego hubo una rueda informal de prensa; los reporteros fueron a la vez jocosos y pesimistas debido a las difíciles circunstancias por las que atravesaba el *Cienciano* y por su fracaso en el campeonato de la liga peruana. Un periodista preguntó con cinismo si su estadio (Garcilaso) estaría listo para jugar, ya que se encontraba en remodelación, o si tendrían que jugar en Urcos o Urubamba —dos pequeños pueblos del interior—.[11] Otros se preguntaban cómo es que el club prometía buenos resultados y cómo es que, dejándose llevar por la euforia de su Centenario, el club prácticamente garantizaba un ingreso a la Copa Libertadores.

Finalmente, durante la ceremonia se otorgó un premio al diseñador de la camiseta del Centenario del *Cienciano*. La parte delantera de la misma tenía estampado un gran «100» hecho de piedras Incas, un Sol Inca en altorrelieve, y los años «1901-2001» grabados en la parte superior. El año anterior la camiseta del *Cienciano* había incluido

[11] En realidad el *Cienciano* jugó varios partidos en pequeñas ciudades entre Cusco y Urubamba, en el Valle Sagrado de los Incas, cuando el estadio Garcilaso se encontraba en proceso de restauración (2003-2004).

un estampado de Machu Picchu —tal vez la única camiseta de fútbol profesional en el mundo que modelaba un monumento arqueológico—.[12]

5. 2001: el campeonato peruano

El cronograma de la liga peruana de fútbol profesional se divide en dos partes: el torneo de apertura y el torneo de clausura, con 22 partidos cada uno. El ganador de cada torneo clasifica para la Copa Libertadores —el campeonato sudamericano de clubes—. Al mismo tiempo, el equipo que obtenga el mayor puntaje total clasifica también para la Copa, y en esa ocasión el Perú logró tres ingresos. Históricamente los equipos limeños dominaban la clasificación para la Copa Libertadores, pero en ciertas ocasiones equipos pequeños se habían «colado» a la competencia —tal fue el caso del *Melgar* proveniente de Arequipa, la segunda ciudad más grande del Perú—. Antes de su centenario, el provinciano *Cienciano* nunca se había acercado a la clasificación para la Copa.

Al no contar con su propia sede de entrenamiento, el *Cienciano* practicaba en varios locales cercanos al Cusco. Las sesiones tácticas se llevaban a cabo en Huaro, un pueblo montañoso a 43 km. del Cusco, y ocasionalmente en «El Hueco», un pequeño campo dentro de la misma ciudad. La preparación física del Cienciano se realizaba en una plataforma ubicada a una altitud de 3555 m., justo frente al lugar sagrado inca de Sacsayhuamán, una masiva construcción de piedra del antiguo imperio. Medio milenio después de su construcción, las enormes piedras de Sacsayhuamán aún se mantienen unidas sin argamasa. Los muros están hechos de grandes bloques de roca que fueron transportados por medios misteriosos desde una distante cantera: ¡cada piedra pesa más de 140 toneladas![13] En este lugar se recrea cada 24 de junio el Inti Raymi, el festival del Sol Inca. Con el monolítico monumento observándolos durante los entrenamientos matinales, los jugadores del *Cienciano* estaban permanentemente conscientes de estas miles de toneladas de piedra e historia cultural de Sacsayhuamán.

Los jugadores del *Cienciano* también toman Maca (*Lepidium meyenii*), una raíz peruana que crece en regiones extremadamente altas (a más de 4000 m.), de la que se dice que mejora las capacidades físicas y mentales (en el partido contra *Boca Juniors* de la Recopa 2004, el *Cienciano* portaba un estampado publicitario de «MACA» en la pierna derecha del pantalón corto). Parte de su fuerza deriva de la ingesta de dicho producto como de su entrenamiento físico a gran altitud, así como de la fuerza espiritual proveniente del sitio donde entrenan: Sacsayhuamán.

---

[12] Es importante mencionar que en la Copa Mundial Sub-17 2005, que se jugó en el Perú, se incorporó una silueta de Machu Pichu al logo oficial de la FIFA.

[13] Como en el caso de las antiguas pirámides egipcias, aún se discute cómo es que fueron transportadas estas enormes piedras y cómo se construyó Sacsayhuamán en tan exactas proporciones para crear ese eterno monumento de gran significado espiritual para la civilización inca.

Jugadores del Cienciano entrenando en Sacsayhuamán, 2001.

El *Cienciano* empezó bien el Torneo de Apertura 2001. Llegó a ocupar un puesto en la mitad superior de la división. Temprano en la temporada, Da Silva y Martínez se tiñeron el cabello de rojo, aparentemente para demostrar su compromiso con el *Cienciano* y con los hinchas de su «Furia Roja»; lo que pareció funcionar ya que ellos dieron puntos a su equipo. Martínez inclusive metió cuatro goles en un juego luego de levantársele la suspensión por el crimen de «tocar al referí».

El *Cienciano* flaqueó un poco al final del Apertura, mientras que los dos gigantes limeños *Sporting Cristal* y *Alianza Lima* se acercaban al título. También modificó su alineación al reemplazar al defensa Da Silva con el uruguayo Ernesto Zapata y el mexicano Héctor Hernández sucesivamente, y al sustituir al volante creativo Rodríguez por el mexicano Oscar Olvera. El entrenador uruguayo Carlos Daniel Jurado reemplazó a Ternero.

El *Cienciano* necesitaba ganar el Torneo de Clausura para clasificar a la Copa Libertadores. Empezaron a entrenar muy fuerte y al final de la temporada subieron su puntaje junto al, igualmente sorprendente, Estudiantes de Medicina —un equipo de Ica—. Era la primera vez que dos clubes provincianos se acercaban al título. En la ciudad pactada para jugar la final (Arequipa, a medio camino entre Cusco e Ica), el *Cienciano* venció a Estudiantes de Medicina 2-1 por el título del Torneo de Clausura.

El *Cienciano*, como ganador de este torneo, se ganó el derecho a jugar en el Campeonato Peruano 2001 con el ganador del Torneo de Apertura, el también centenario club *Alianza Lima*. *Alianza* ganó 2-1 en Lima, pero *Cienciano* ganó 2-1 en el Cusco, por lo que el campeonato se resolvió por penales. Frente a más de veinte mil fanáticos en el estadio del Cusco, el *Cienciano* perdió la competencia por 5-3. El *Cienciano* había perdido el Campeonato Peruano 2001 solo por penales, pero los cuzqueños celebraron tumultuosamente: ¡su equipo provinciano había clasificado para la Copa Libertadores en su 100º aniversario!

6. La campaña por la Copa Libertadores 2003

No se tenían muchas esperanzas ante las competencias por la Copa Libertadores debido a que el Cienciano enfrentaría a los equipos más poderosos de Sudamérica. El *Cienciano* estaba en el mismo grupo que el gran *Gremio* de Brasil, dos veces campeón de la Copa Libertadores (1983 y 1995) —los otros equipos del grupo fueron *Oriente Petrolero* de Bolivia y *12 de Octubre* del Paraguay—. El partido más notable del grupo fue cuando el *Cienciano* le ganó 2-1 al *Gremio* en el Cusco, ya que así quedó segundo en el grupo, después del *Gremio*, y logró pasar a la segunda ronda. Los otros dos equipos peruanos, el *Alianza Lima* y el *Sporting Cristal*, fueron eliminados de la competencia después de perder un juego en sus respectivos grupos.

La experiencia del *Cienciano* en su año de Centenario acabó en la segunda ronda al perder de visitante frente al excelente Club *América* de México. *Olimpia* del Paraguay ganó la Copa Libertadores 2002 contra *Sao Caetano* de Brasil —coincidentemente, también era el año centenario del *Olimpia*—.

7. La Copa Sudamericana 2003

En el 2003 al *Cienciano* se le presentó la oportunidad de jugar en una competencia sudamericana recientemente creada: la Copa Sudamericana, disputada por primera vez el año 2002, siendo el San Lorenzo de Argentina su primer ganador. El año 2003 se inscribieron treinta y cinco equipos sudamericanos, incluidos 12 equipos brasileños y 7 siete argentinos. Al Perú solo le otorgaron dos puestos representados por el *Alianza Lima* y el *Cienciano* —por ese entonces Freddy Ternero era nuevamente su entrenador—.

El *Cienciano* inició la competencia eliminando al *Alianza Lima* por 1-0, tanto de local como de visitante. Luego la «Furia Roja» ganó a la *Universidad Católica de Chile*, jugando de local en Cusco con un convincente 4-0. El jugador Cristian Álvarez de Universidad Católica, que metió un autogol en cada tiempo del partido, contribuyó inadvertidamente al triunfo del Cienciano.

Muchos no creyeron en el Furia Roja cuando enfrentó al entonces poderoso *Santos* del Brasil en los cuartos de final. Después de todo, el *Santos* era el antiguo equipo de Pelé, con una historia comprobada de dos Copas Libertadores y una Copa Intercontinental (1961-1962) ganadas, y habiendo llegado recientemente al juego definitorio del campeonato para la Copa Libertadores en julio del 2003 (pero donde perdieron frente al *Boca Juniors* de Argentina). El *Santos* también se vanagloriaba de tener a las superestrellas más jóvenes del fútbol brasileño, Diego y Robinho, y al defensa central de la selección brasileña, Alex.

El *Cienciano* marcó primero en el partido de visitante, pero Robinho igualó con un brillante tiro de 22 yardas; el partido terminó 1-1. Los peruanos quedaron contentos pero cautelosos para el segundo partido que jugarían de locales. En este encuentro en el Cusco, Germán Carty, rodeado por dos defensas, abrió el marcador a los 11 minutos con un rápido tiro de 19 yardas luego de que Julio García le pasara la pelota después de realizar algunas jugadas brillantes. El liderazgo duró poco pues Elano empató dos minutos después; su tiro de 17 yardas encontró la malla luego de un complicado gambeteo. Carty luego apagó la estrella de Alex cuando superó a este y cabeceó a 8 yardas en el minuto 34. Las antiguas pétreas construcciones incas del Cusco vibraron con las celebraciones, y en los periódicos apareció el encabezado que jugaba con el doble sentido: «Ni los santos pudieron con *Cienciano*».

Las semifinales trajeron al peligroso *Atlético Nacional* de Colombia, un antiguo campeón de la Copa Libertadores (1989). El *Cienciano* ganó ambos partidos 2-1 y 1-0, con Carty quien metió dos goles y Paolo Maldonado uno. El gol de Maldonado en Medellín empezó con un lindo «sombrerito» desde la esquina izquierda del área de penal, para luego recogerla y colocarla en la esquina derecha superior. Los titulares decían: «*Cienciano* hace vibrar a todo el Perú».

El *River Plate* de Argentina, bicampeón de la Copa Libertadores (1986 y 1996), y un gigante del fútbol sudamericano, fue el rival del *Cienciano* en la final. La escuadra del River Plate incluye regularmente al volante argentino Marcelo Gallardo y a la estrella chilena «El Matador» Salas; realmente era un partido de David contra Goliat. El primer partido se jugó en el estadio Monumental de Buenos Aires y fue un clásico del fútbol moderno. El *Cienciano* sorprendió a los espectadores al abrir el marcador cuando Giuliano Portilla relanzó la pelota que provenía del cabezazo de su compañero Santiago Acasiete, quien, a su vez, la traía desde la posición izquierda del *River*. *River* no perdió tiempo e igualó dos minutos más tarde con un tiro de Maxi López pegado al poste derecho. El primer tiempo terminó 1-1, y el segundo tiempo continuó con un juego abierto y eficiente de ambos equipos. Los partidarios de *River Plate* empezaron a relajarse cuando López metió su segundo gol rompiendo la barrera defensiva del *Cienciano* en el minuto 50, y cuando el peligroso Salas ingresó al juego en el minuto 61. Sin embargo, Germán Carty apareció en el minuto 67 para igualar el marcador

con un tiro de cabeza a 12 yardas; lo que probablemente hizo pensar a los jugadores del *River Plate*, «¿Qué hacemos para mantener a este equipo abajo?». Portilla marcó de cabeza su segundo gol en el minuto 79, luego de recibir un tiro libre de Maldonado desde la derecha, y puso adelante al *Cienciano* nuevamente. La idea de que era imposible ganarle al *River Plate* en su propia casa se estaba desvaneciendo, pero finalmente *River* se levantó nuevamente en el minuto 85, cuando Salas tuvo el coraje de lanzar por su cuenta una peligrosa bola libre. Luego de algunos momentos de angustia para ambas partes, incluyendo el momento en que Oscar Ibáñez repelió un tiro corto de Salas, el partido terminó 3-3; un buen resultado para los cusqueños. Los titulares mencionaban: «*Cienciano* enmudece a toda Sudamérica».[14]

El partido de vuelta se jugó en Arequipa, Perú, porque el estadio Inca Garcilaso de la Vega del Cusco no contaba aún con la capacidad mínima de 40,000 espectadores requerida para los partidos del campeonato Conmebol. Arequipa brindó el estadio de la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa (Unsa) ubicado a 2525 m. de altitud. Este era un juego más justo que el anterior y ninguno de los equipos estaba dispuesto a ceder ninguna ventaja. El *River Plate* atacó desde el principio, destacando un disparo de Gallardo que dio en el poste derecho en el minuto 23. La expulsión de Juan Carlos La Rosa en el minuto 51, debido a lo que pareció ser una patada inofensiva, parecía diluir cualquier chance de que el *Cienciano* ganara. Pero el equipo cuzqueño continuó su ataque contando con solo 10 hombres y, en el minuto 77, su defensor paraguayo Carlos Lugo envió un tiro libre desde las 26 yardas, que logró atravesar la defensa argentina y dejó fuera de alcance al portero Franco Costanzo (que también es paraguayo). La multitud del estadio Unsa entró en éxtasis cuando el «David» *Cienciano* le metió el gol al «Goliat» *River Plate* con solo 10 hombres. Entonces el *Cienciano* perdió a otro hombre más: su volante creativo Julio García fue expulsado por cometer una falta a los 86 minutos. Con solo nueve hombres, el *Cienciano* defendió su espacio y ganó el juego 1-0, y logró la serie y el campeonato con un marcador neto de 4-3. Germán Carty fue el goleador de la competencia con 6 goles, y Carlos Lugo ganó el premio como el Mejor Jugador de la Copa Sudamericana.[15]

---

[14] Jugaron por el Cienciano: Oscar Ibáñez, Santiago Acasiete, Miguel Llanos (Abel Lobatón ´87), Carlos Lugo, Giuliano Portilla, Alessandro Morán, Juan Carlos La Rosa, Juan Carlos Bazalar, Julio Cesar García, Rodrigo Saraz (Pablo Maldonado ´46, Cesar Ccahuantico ´91) y Germán Carty. Entrenador: Freddy Ternero.

[15] Jugaron por el Cienciano: Oscar Ibáñez, Santiago Acasiete, Carlos Lugo, Giuliano Portilla, Alessandro Morán, Juan Carlos Bazalar (Miguel Llanos ´92), Juan Carlos La Rosa, Julio Cesar García, Paolo Maldonado (Cesar Ccahuantico ´58), Rodrigo Saraz (Martín García ´83) y Germán Carty. Entrenador: Freddy Ternero.

El *Cienciano*, un modesto club con una larga historia, se convirtió en el segundo campeón de la Copa Sudamericana y en el primer equipo peruano en ganar una competencia continental. Muchos jugadores eran ex estrellas «rechazadas» de los más famosos equipos limeños. Juan Carlos Bazalar (ex *Alianza*), Paolo Maldonado (ex *Universitario*), Germán Carty (ex *Sporting Cristal*) y Oscar Ibáñez (ex *Universitario*) eran todos jugadores de mediana edad (el volante Bazalar y el goleador Carty tenían 35 años, y el arquero Ibáñez 36) que se habían hecho de un nombre en otra parte. Pero ahora se leía en los titulares «¡*Cienciano* Campeón¡» y «*Cienciano* ya es parte de la historia».

A raíz de este triunfo, en diciembre de ese año el *Cienciano* fue nombrado «El Equipo del Mes del Mundo» por la *International Federation of Football History and Statistics* (IFFHS, véase www.iffhs.de). En la votación del año 2004, el *Cienciano* se ubicó en el puesto 17º dentro de los mejores clubes del mundo. Sin embargo, la IFFHS no lo consideró dentro de los 25 mejores del 2003, a pesar de haber vencido al número 3 (*Santos*) y al número 12 (*River Plate*).[16]

8. Partido de la Recopa 2003 para definir al Campeón Sudamericano

La Recopa es un campeonato entre los campeones de una copa sudamericana y/o continental. El torneo de Recopa 2003 enfrentaba a los ganadores de la Copa Libertadores y la Copa Sudamericana, el *Boca Juniors* y el *Cienciano*, respectivamente. Luego de vencer al *River Plate* en la final de la Copa Sudamericana, el *Cienciano* debía enfrentarse al *Boca Juniors*, el otro gigante de Buenos Aires y del fútbol argentino.

La Recopa 2003 debió jugarse inicialmente en Los Ángeles, pero el partido fue pospuesto varias veces durante el 2004 debido a que no se llegaba a un acuerdo sobre la fecha. Finalmente, se programó para el 6 de septiembre en el Lockhart Stadium de Fort Lauderdale. Ambos equipos llegaron al sur de Florida justo cuando el huracán Frances abatía la zona, por lo que el partido fue aplazado nuevamente hasta el 7 de septiembre.

---

[16] El contraste entre la publicidad en el uniforme de un equipo como River Plate y en el de uno «provinciano» como el Cienciano era fascinante. El uniforme del River Plate fue auspiciado por la multinacional Adidas; Cienciano fue auspiciado por la compañía peruana de ropa deportiva Walon, que ni siquiera tenía una página web. En el primer partido el Cienciano mostraba a cinco auspiciadores en su camiseta y pantalón: Cerveza Cuzqueña (su auspiciador de muchos años) en el pecho, AeroContinente y Perú Rail en la espalda, y Nazcaro (zapatillas) en las mangas. En sus pantalones cortos llevaban a Mibalon. Aparentemente River Plate recibía suficiente dinero de su único auspiciador —la cerveza estadounidense Budweiser—. La camiseta del River mostraba un estampado «Budweiser» en el frente y «Bud» en la espalda —por si alguien no se daba cuenta del mensaje tan obvio de adelante—. Irónicamente, la Cerveza Cuzqueña, proveniente de una pequeña ciudad del Perú, es una cerveza largamente superior frente a la Budweiser que es de sabor promedio.

El *Boca Juniors* se sentía confiado con la sede del partido, ya que el juego se realizaría en la noche, a nivel del mar, y con una humedad y temperatura aceptables. *Boca* tenía también la ventaja de conocer el terreno pues en 1989 había ganado la Recopa jugando contra el *Nacional de Medellín* (Colombia) en Miami. Así, no habría altura, ni frío, ni lluvia ni ventaja histórica alguna para el Cienciano en esta final.

La estrella del *Boca*, Carlos Tévez, acababa de participar en las sorprendentes Olimpiadas Argentinas 2004 por la medalla de oro, donde metió ocho goles en seis partidos y fue reconocido como la estrella del torneo (Argentina metió 17 goles y no permitió que nadie le ganara los seis partidos que jugó).

El *Cienciano* llegó el 4 de septiembre, justo dos días antes del partido y solo 12 horas antes de que el huracán Frances pisara tierra al norte de Fort Lauderdale. Aun así, dos miembros de cada equipo (el portero Oscar Ibáñez y el defensa Santiago Acasiete, del *Cienciano*; y el portero Robeto Abbondanzieri y Tévez, del *Boca Juniors*) llegaron a Miami el 5 de septiembre después de participar en el partido clasificatorio Perú-Argentina para la Copa Mundial, el 4 de ese mismo mes, y en el que la selección argentina ganó 3-1. Muchos vuelos se cancelaron entre el 4 y el 5 de septiembre debido al inminente huracán, y los últimos jugadores tuvieron suerte de llegar a tiempo.

Era imposible encontrar entradas para la Recopa, tanto en el servicio de venta de boletos por Internet como en el mismo estadio. Los fuertes rumores que aparecieron antes del juego acerca de que ya no había entradas disponibles en el estadio de Fort Lauderdale resultaron no ser ciertos: las boleterías nunca abrieron. Se negó tontamente el ingreso a las personas que no habían recibido entradas de parte de los equipos, y resultó muy peculiar cómo *Boca Juniors* recibió muchas más entradas que el *Cienciano* —el autor tuvo que ingresar al estadio en el automóvil de un agente de futbolistas que transportaba a dos jugadores del *Cienciano*, ya que no había otra forma de ingreso—.

¿Por qué no se vendieron las entradas como en cualquier campeonato convencional? La venta de las entradas de la Recopa hubiese sido un éxito en Miami, pero no hubo publicidad a pesar de que el partido se había programado mucho antes de que el huracán Frances revoloteara por la vecindad. ¿Se escamotearon las entradas, y/o la ganancia de los canales de televisión garantizaba el ingreso para ambos equipos de tal forma que el público en vivo se volvió superfluo? En los tiempos en que solo algunos espectadores se presentan a los juegos, no es muy sabio despreciar a aquellos que sí desean participar activamente.

Se estimó generosamente en siete mil a los espectadores de la Recopa; el 85 por ciento mostraba su afiliación al *Boca Juniors* vistiendo de azul y amarillo. La mayoría de los hinchas del *Cienciano* se presentó con camisetas de color rojo y blanco del Perú, y solo algunos con la camiseta roja de su equipo favorito. Varios hinchas llevaban

camisetas muy originales divididas en dos partes, una con los colores del *Cienciano*, y otra con los de la selección nacional del Perú.

El *Cienciano* llegó tarde al estadio *Lockhart* porque el ómnibus programado para recoger al equipo se retrasó y los jugadores tuvieron que tomar una movilidad privada para llegar lo antes posible. No fue la forma más auspiciosa de organizar el transporte de un equipo para un partido de final. El último jugador del *Cienciano* llegó al estadio a las 8.25 p.m., solo cinco minutos antes del arranque oficial. Sorprendentemente, la Furia Roja mantuvo la calma y logró concentrarse antes de ingresar al campo varios minutos después de que la escuadra del *Boca* ya se hubiera presentado.[17]

Al partido asistieron varias celebridades, entre ellos el célebre roquero argentino Charly García. A pesar de que los espectadores argentinos sobrepasaban notoriamente a los peruanos, la barra de estos últimos se mantuvo muy activa todo el tiempo.

La cancha del *Lockhart* se encontraba en muy buen estado, con un pasto suave y mullido a pesar de las fuertes lluvias que había dejado a su paso el huracán en los días anteriores. El partido empezó parejo y ambos equipos tantearon y calcularon el ritmo de la defensa contraria. En el primer tiempo el juego del *Boca* progresaba hacia una ligera posición de ventaja, y en el minuto 33 Carlos Tévez rompió la defensa izquierda solo para ser confrontado por el arquero del *Cienciano* Oscar Ibáñez, que se encontraba adelantado. Ibáñez se tiró hacia la derecha pensando que tenía el balón bajo su control, pero Tévez pateó la pelota fuera de su alcance y logró que rebotara a su favor para lanzarla luego al fondo de la red. El *Cienciano* estaba indignado, incluido el usualmente equilibrado Ibáñez, quien se ganó una tarjeta amarilla por reclamos que detuvieron el partido durante varios minutos. Con tal discutido gol, el *Boca* ingresó al segundo tiempo ganando 1-0.

El *Cienciano* controló el segundo tiempo tratando de igualar pacientemente el marcador. La barra de la Furia Roja vitoreó a su equipo con más fuerza de lo que parecía posible, teniendo en cuenta que era un grupo pequeño. En los minutos 60 y 73, el entrenador Freddy Ternero hizo cambios y metió a dos jugadores de ofensiva. Finalmente, pasados dos minutos del tiempo suplementario, Rodrigo Saraz saltó para atrapar el balón proveniente de un tiro libre de Daniel Gamarra, y lo lanzó hacia la esquina derecha del arco, y anotó ante la sorpresa del arquero Abbondanzzieri del *Boca Juniors*. La sección roja del estadio perteneciente a la barra del *Cienciano* se puso frenética y lanzó vivas cuando su equipo empató al gran *Boca Juniors*.

---

[17] Jugaron por el Cienciano: Oscar Ibáñez, Paolo de la Haza, Santiago Acasiete, Manuel Arboleda, Giuliano Portilla, Alessandro Morán (Carlos Lobatón ´60), Juan Carlos Bazalar, Juan Carlos La Rosa, Daniel Gamarra, Miguel Mostto (Rodrigo Saraz ´60) y Germán Carty (Sergio Ibarra ´73). Entrenador: Freddy Ternero.

Óscar Ibáñez trata infructuosamente de razonar con nueve miembros de la guardia de seguridad de los Estados Unidos después de la victoria de la Recopa en *Fort Lauderdale*, el 7 de septiembre del 2004. (Wrtzig, Richard. *The Global Art of Soccer*. 2006, CusiBoy Publishing, New Orleans)

Los últimos minutos de tiempo extra fueron frenéticos pues ambos equipos buscaban denodadamente ganar. Después del tiempo reglamentario, el partido se definió por penales y el *Cienciano* no falló. Tévez dio una tibia patada que Ibáñez anticipó, y este también atajó un balón de Vargas. El defensa Santiago Acasiete selló la victoria con el cuarto tiro fríamente colocado.[18] Con ello el *Cienciano* y sus fanáticos finalmente pudieron celebrar su segundo campeonato internacional.

Hubo una corta ceremonia en el centro del campo donde el *Cienciano* recibió sus medallas. Luego los jugadores del equipo ganador trataron de dar la vuelta al campo al estilo olímpico, pero fueron ruda y físicamente interrumpidos por el personal de seguridad estadounidense, que obviamente desconocía las celebraciones futbolísticas normales y tradicionales. Este lamentable espectáculo de seguridad en *Fort Lauderdale* hubiese sido impensable si el partido se hubiera realizado en Sudamérica. Los titulares de los diarios peruanos señalaban: «*Cienciano* se baña de gloria nuevamente» y «Todo el Perú celebra triunfo histórico de *Cienciano*».[19]

---

18 Luego del triunfo de la Recopa, Acasiete, también defensa central regular de la selección nacional peruana, fue sorprendentemente transferido al UD Almería de la Segunda División Española por solo 140.000 dólares. Esto demuestra cuán difícil es para un jugador peruano calificado jugar en Europa a pesar del hecho de que la liga peruana fue clasificada como una del las 10 mejores del mundo por la IFFHS en el 2004, justo después de la liga danesa. Dado el desempeño de Acasiete en la Copa Sudamericana y la Recopa, muy bien se le pudo destinar a un equipo de primera división en España. A modo de comparación, señalamos que Tévez fue vendido al Corinthians de Brasil por cerca de 20 millones de dólares.

19 Jugaron por el Cienciano: Oscar Ibáñez, Paolo De la Haza, Santiago Acasiete, Manuel Arboleda, Giuliano Portilla, Alessandro Morán (Carlos Lobatón '60), Juan Carlos Bazalar, Juan Carlos La Rosa,

El eufórico equipo del *Cienciano* es campeón de la Recopa 2003 y despliega la bandera peruana después de derrotar al *Boca Juniors*. Nótese la publicidad de MACA en la pierna derecha del pantalón. (Wrtzig, Richard. *The Global Art of Soccer*. 2006, CusiBoy Publishing, New Orleans).

Luego de ganar la Recopa, el *Cienciano* debió jugar su primer partido del Torneo de Clausura 2004 contra el *Deportivo Wanka* solo 4 días después, el 11 de septiembre. Para empeorar las cosas, el *Deportivo Wanka* había programado jugar la mayoría de sus partidos en Cerro de Pasco, a 4340 m. de altitud. Jugar fútbol profesional viajando desde el nivel del mar en *Fort Lauderdale* al estadio más alto del mundo para las ligas mayores es la tarea más dura en cualquier deporte. Tal vez por ello no sorprendió que el *Cienciano* perdiese el partido 1-0 después de realizar un vuelo internacional y virtualmente sin preparación.

A pesar de perder a esta altitud tan extrema por encontrarse agotado, el equipo del *Cienciano* ganó la mayor parte de los puntos en el campeonato peruano de primera división en la temporada 2004 (103 puntos), y obtuvo un récord de 30 partidos ganados, 13 empatados y 9 perdidos en 52 partidos. El ganador del torneo de apertura, el *Alianza Lima*, quedó a cuatro puntos, y el ganador del torneo de clausura, el *Sporting Cristal*, a ocho puntos, debajo de *Cienciano*. En general, en las ligas de fútbol del mundo el *Cienciano* hubiese ganado el título de la temporada por puntaje, pero debido a que la liga peruana copió el sistema Apertura-Clausura argentino, se le negó dicho título. En

Daniel Gamarra, Miguel Mostto (Rodrigo Saraz '60) y Germán Carty (Sergio Ibarra '73). Entrenador: Freddy Ternero.

el 2005 el *Cienciano* empezó con buen pie ganando el torneo de apertura y asegurando su participación en la Copa Libertadores 2006.

¿Podría el *Cienciano* llevar al Perú hacia su tercera época dorada del fútbol? Con seguridad el Perú está buscando otra época dorada. Existen 31 años de diferencia entre la primera época (1933-39) y la segunda (1970-1978), por lo tanto, la siguiente época dorada podría empezar en el 2009; justo antes de la Copa Mundial 2010. Tal vez el público peruano vea a más jugadores del *Cienciano* vistiendo la camiseta roja y blanca de su patria.

Don Varleiva: memorias de una época

Aldo Panfichi

1. Presentación

Tuve la suerte de conocer a Don Víctor Andrés Rodríguez Leiva, más conocido en el mundo de la prensa deportiva como Varleiva, en agosto de 1988 cuando buscaba información sobre la práctica del fútbol en los viejos barrios populares del centro histórico de Lima. Recuerdo con precisión la noche cuando un anciano dirigente del Club Unión Carbone, el Señor Alejandro Durand, me dijo que la persona que más conocía sobre estos temas era Don Varleiva, y que tenía que conocerlo de «todas maneras»; me dijo también que Varleiva «atendía» a media mañana en un viejo cafetín llamado «Mark Anthony», ubicado en el Jirón Junín cerca de la Maternidad de Lima.

Luego de varios intentos fallidos, efectivamente un sábado por la mañana encontré a Don Varleiva tomando café con leche y comiendo su favorito pan con aceituna; estaba rodeado de un grupo de vecinos de toda edad que escuchaban embelesados las leyendas deportivas que contaba. Tomé una silla de madera de la mesa contigua y, pidiendo permiso, me uní respetuosamente al grupo que escuchaba en silencio. Un rato después, cuando Don Varleiva se aprestaba a retirarse, me presenté y le pedí unos minutos para explicarle por qué quería conversar con él.

Primero se sorprendió que alguien de la Universidad Católica se interesara por estos temas, bromeó con sus ojos chispeantes sobre los «doctores» que creían entender al pueblo desde las aulas universitarias, para luego permitir que lo acompañase de regreso hasta su modesta vivienda en el solar El Madero, en el Jirón Huamalíes, muy cerca de Cinco Esquinas, el corazón de los Barrios Altos, una de las zonas populares más antiguas de Lima donde Don Varleiva vivió la mayor parte de su vida, en medio de callejones y solares ubicados en calles de origen colonial como Carmen Alto, Carmen Bajo,

del Prado y Huamalíes —hoy las cuadras 11, 12, 13 y 14 del Jirón Junín—, que unían el centro de Lima con la puerta principal del Cercado de Indios, hoy Cinco Esquinas.

Quedamos en volver a vernos la siguiente semana, y desde ese sábado de septiembre de 1998 tuve el honor de conversar con Don Varleiva numerosas veces por espacio de tres o cuatro meses, y de acompañarlo en sus caminatas de regreso a casa por el Jirón Junín. Producto de estas conversaciones, la mayor parte de ellas grabadas, he podido reconstruir momentos de la fascinante trayectoria biográfica de don Varleiva, un veterano y reconocido periodista deportivo, pero sobre todo un extraordinario personaje que registra memorias y acontecimientos indispensables para la historia cultural del fútbol peruano.

Pocas semanas antes de culminar la versión final de este libro, en junio del 2006, los diarios dieron la noticia. Don Varleiva, de 93 años, fue encontrado muerto por sus vecinos del solar El Madero, luego que estos notaran su ausencia durante un par de días. El periodista afirma que vivía solo como siempre, que casi ya no salía a caminar por el barrio, y que murió el día de la Madre. ¡Vaya coincidencia! Como verán en las siguientes líneas, Varleiva sentía un profundo amor por su madre, e incluso siempre la visitaba en el cementerio, hablaba con ella, y algunas veces le pedía que se lo llevara. La noticia de *La República* me estremeció, no lo había vuelto a ver desde esos meses finales de 1989 —poco después salí del país a estudiar el doctorado—, y la vida nos llevó por otros caminos, pero las notas y transcripciones quedaron a buen recaudo. También las memorias de esas inolvidables conversaciones.

Hace algunos meses volví a sentirlo cerca, abrí cajas en busca de los materiales de las conversaciones tenidas hace ya 18 años, y decidí trabajar un texto que pudiera incluir en este libro. Al terminar la tarea la noticia golpea. Pero no, el maestro Varleiva no ha muerto, su memoria queda en los recuerdos de muchos que lo conocieron y en las siguientes páginas donde nos habla de su propia vida. Honor al maestro.

2. Primeros años

Nací en Lima el 17 de octubre de 1913, en el Callejón Huarochirí de la calle Carmen Alto en Barrios Altos. He vivido allí hasta 1946, luego me mude al Jirón Maynas, y de ahí, en 1956, al Jirón Huamalíes, donde vivo actualmente. Siempre he vivido en Barrios Altos, por aquí nomás.

Fui a un colegio que quedaba en el barrio Los Naranjos, allí terminé la primaria en 1929, casi a los 17 años; antiguamente así terminábamos la primaria, no como ahora que los muchachos terminan a los 12 años. Cuando terminé mi primaria estudié la carrera comercial en un colegio de varones que fundó Sánchez Cerro por los años 30, y allí aprendí taquigrafía y mecanografía. En ese colegio enseñaban carpintería, dibujo, comercio, todo. Ahí enseñaba carpintería el Mago Valdivieso, y el jefe

del taller era el papá del cabezón Mifflin; en esa época había pocos colegios cerca del barrio. Después estaba el Guadalupe donde iban los hijos de los militares, de los doctores. No había muchos colegios pues, así que mi hermano vio una publicación de ese colegio vocacional y mi vieja me inscribió y ahí aprendí. Estudié dos años y me pasé a la Academia Augusto Bambarén que quedaba por el Jirón Cailloma. El último año, para recibirme no pagué nada pero en cambio les enseñaba a los muchachos de la sección mecanografía.

Mi vieja quería que yo siguiera la profesión de contador pero no me gustaban los números, a mí me gustaba leer, fíjate que me devoraba los periódicos, pero mi vieja se amargaba, me decía: «¡qué vas a sacar con esos papeles!», ¡uy!, se daba unos amargones, pero yo no daba mi brazo a torcer. Empecé a trabajar en una zapatería y eso me ayudó bastante, el dueño no me pagaba siempre pero me daba pares de zapatos, y yo los vendía a la gallada. Eso fue creo en 1933.

3. Barrios Altos

El equipo de mi barrio era el *Juventud Carmen Alto*. Era un club de muchachos que vivíamos en callejones de la misma cuadra, antes cada cuadra tenía su nombre: Carmen Alto, Carmen Bajo, la Huaquilla; nosotros éramos *Juventud Carmen Alto*. Lo organizamos los muchachos del barrio, pues en esa época las cosas eran baratísimas, se mandaba hacer un sello, se mandaba hacer los papeles timbrados, comprábamos las pelotas. El club lo formamos una noche, de humorada, todos nos conocíamos porque jugábamos pelota pues en el callejón, y un día, como íbamos creciendo, decidimos, formamos un club y a jugar en cancha de barrio pues. En ese tiempo existía la cancha de Manzanilla —que ahora está bien urbanizada—, Manzanilla, Santoyo, ahí íbamos a jugar los primeros partidos. El club era de barrio nomás, no estaba afiliado a la liga, nosotros jugábamos así, como se dice, por amor al deporte nomás. A veces también jugaban muchachos del Prado, de la otra cuadra.

Había otros equipos en el barrio, como el *Kodak*, que lo formó un italiano —don Juanito le decían—, un italiano que tenía una casa de prestamo. El *Kodak* era el nombre de la máquina fotográfica, y ese prestamista también compraba los útiles deportivos y los llevaba a la cancha para jugar partidos amistosos pues. Ahí mismo se fundó el *Calpor*, el *Deportivo Calpor*, que era de la calle del Prado, cerca de donde está ahora la Quinta Baselli. Todos íbamos a jugar hasta Manzanilla que no estaba pues urbanizado, incluso ahí, a Manzanilla, fueron los negros del *Alianza* cuando estaban castigados el año 29, fueron a jugar al costado de la pista de Chosica.

En Carmen Alto había tres callejones: la Olla de los Pobres, el Callejón de Huarochirí y el Callejón de Yauyos. El club de nosotros era del Huarochirí, el más grande, tenía 65 viviendas y al fondo la gente guardaba sus animales, caballos, burros

—acémilas, mejor dicho—. Igual era el callejón de Yauyos, también se guardaban animales. El único que era callejón neto era La Olla de los Pobres, ese sí era callejón neto, neto. El nuestro era un inmenso…, fíjate que jugábamos partido adentro, pero las vecinas colgaban su ropa y, como se dice, nos llevaban bronca porque les ensuciábamos la ropa que tendían en los cordeles. Me acuerdo incluso que al fondo había una herrería del Señor Moreno, que hacía faroles y esas cosas. Su hijo, que es mi amigo, ha seguido la profesión, y ahora es el dueño de la herrería que está frente al Hospital Obrero, ¿no hay una galería ahí?, ahí está.

Había otros equipos de Barrios Altos que sí estaban afiliados a la liga, como el *Lusitania* que se funda el año 24, y que todavía tiene su local en Cinco Esquinas. Este club se funda a raíz de que hubo un hundimiento de un barco Lusitania, y a raíz de ese hundimiento es que le ponen el nombre, al menos eso me decían los jugadores antiguos del club. Otro club importante es el Melgar, que quedaba en Maynas y que llegó a jugar en primera, llegó a estar entre los grandes, pero luego desapareció. También está el Club *Unión Carbone* que fue fundado el año 25 por los muchachos que vivían en una quinta de una familia de italianos. El hijo de ellos, don Juan Carbone, que se había criado palomilla con los muchachos del barrio, fue el benefactor del club, hasta que se pasó al *Alianza* y allí se hizo presidente. Un tiempo el *Carbone* tenía bastante jale, incluso el 33, en un *match* con *Boys* que definía el ascenso a primera, terminó en una trompeadera general, nunca había visto una trompeadera así. Yo no participé en ninguno de estos clubes, pero todos nos conocíamos; amigos del barrio, como el Señor Durand, fundador del Carbone, me han contado bastante.

En el callejón El Ponce (Jirón Huánuco) estaba el *Deportivo Universal*, y en el Callejón de San José estaba el *Once Amigo Buenos Aires*, que hoy está en la liga como *Porvenir Buenos Aires*. Entre estos dos equipos había una gran rivalidad; se dieron grandes pugilatos no solamente entre los jugadores sino entre las hinchadas pues, porque ellos querían tener el dominio del barrio de Buenos Aires. Los dos estaban en Buenos Aires y eran partidos bien encarnizados, *matchs* bien belicosos. El Ponce era un callejón de guapos, pero ahí es peligroso entrar, se ha vuelto maloso, es estrecho y de ahí salen los «ketes», la gente que vende «ketes». Antiguamente la gente no era malosa como ahora, la gente era más sana pues, los guapos peleaban a puño limpio, ahora no, ahora te cuadran con chaveta y toda esa cosa.

Claro que he jugado fútbol, no he sido malo ni bueno pero sí la movía, pero en ese tiempo para llegar a un club grande era bien bravo, difícil, dificilísimo, no como ahora que cualquiera juega en un club grande. Yo era zaguero y la muchachada me decía «maqui», y es que hubo un zaguero Maquillón que fue capitán en el *match* contra Uruguay, que no tenía físico pero era guapo y arriesgado, jugaba con carretillas. Yo me identificaba con él, les decía a los muchachos que yo era Maquillón, que jugaba con carretillas, y entonces me quedé con esa chapa. Maquillón era guapo pero no era

machetero, hay mucha diferencia entre guapo y machetero, guapo es valiente y vehemente, como Chito la Torre, así era Maquillón.

No salíamos. Rara vez salíamos de los Barrios Altos y caminábamos hasta el Jirón de la Unión, solo cuando había algún acontecimiento; por ejemplo, con la Olimpíada de Berlín yo me pegué un salto a *El Comercio*, porque en ese tiempo no había radio, así que *El Comercio* ponía una pizarra y, a medida que iban llegando los cables, ponían en la pizarra algunas incidencias de los partidos; te estoy hablando del año 36, no había radio, nada, no se escuchaba sino que uno veía en la pizarra, veíamos ahí en la pizarra. Toda la gente se amontonaba adelante del edificio de *El Comercio*, gente no solo de nuestro barrio, de todos lados pues, porque era un suceso, un equipo peruano, ¡uf…!, mucha emoción, había mucha emoción.

La distracciones era las bicicletas en la calle, la natación en el verano, el fútbol siempre, y en los callejones el juego de los ñocos era muy popular y también los trompos. Algunas personas tenían como negocio un establecimiento de bicicletas, tenían unas 10 o 15 bicicletas y las alquilaban; ahí uno alquilaba una hora, media hora, y seguramente que esos propietarios ganaban pues, porque había abundancia de bicicletas. Nos dábamos la vuelta por ahí, por los Naranjos, por Cinco Esquinas, nos íbamos a veces hasta Barbones; regresábamos, nos metíamos por Maravillas, todo el circuito de Barrios Altos.

Mayormente íbamos a la piscina de Maravillas porque la de Pellejo, donde está el Hospital Obrero, era más lejos; nosotros preferíamos ir a Maravilla, por la entrada del cementerio, por ahí íbamos; a veces yo estaba casi todo el día, sí, nadando, y ahí en la piscina de Maravillas conocí a Alejandro, me hice bien amigo de Alejandro que vivía cerca de la piscina, en Santo Cristo. Yo siempre me he acordado de él, y cuando se conmemora la fecha de su nacimiento, donde he estado yo —en cualquier periódico, revista—, yo siempre le he hecho nota, tengo cualquier cantidad de notas de Villanueva, incluso la señora me conoce, la señora Rosa Falcón me conoce.

Me acuerdo que cuando tenía 13 años, en 1926, se inicia oficialmente el fútbol con la Federación y ese año campeonó el club *El Progreso* que quedaba en la calle La Cruz, que ahora es el Jirón Quilca. La mayor parte de los jugadores de este club trabajaban en la Fábrica Textil El Progreso. En esa época yo tenía 13 años y en un cuaderno apuntaba las formaciones, recortaba las fotos de los jugadores, por eso me acuerdo mucho de ese equipo campeón, con el loco Julio Quintana, el gato Gómez, Narvarte, Pavón, Montellanos, el «cabecita» García y todo ese equipazo de *El Progreso*. Varios se fueron al *Alianza*; el 27 campeona *Alianza*, pero el primer campeón fue *El Progreso*, el 26.

El 27, cuando ya tenía 14 años, mi hermano me llevaba al estadio, que tenía tribunas de madera, a ver el campeonato sudamericano que hubo el año 27 acá, ahí ya me enamore del fútbol. Me acuerdo cómo fue el equipo peruano, con Patrón, Saldarriaga, Moscoso, Filomeno García, Ulloa, Basurto, Lavalle, Montellano, Villanueva y Muro

—que acaba de morir ahora poco—, yo me acuerdo de este equipo, los vi jugar; fíjate que estoy hablando del año 27.

Después ya me iba solo o con los amigos, porque tú sabes, uno al comienzo es todavía un poco inocentón; así, cuando tenía 17 años, vi jugar al *Sportivo Buenos Aires* con sus grandes estrellas, Lauri y Escopelli. También vino a jugar el Bellavista de Montevideo, el Tucumán, el Alajuela de Costa Rica, buenos equipos pues, pero los mejores eran los argentinos. Incluso me acuerdo que el día de la clausura del colegio tenían que darme el título, el certificado, no sé, pero yo me fui a ver un *match* internacional entre el *Defensor de Uruguay* y el *Progreso*, en el Circolo Sportivo Italiano. Mi hermana Francisca había ido a la ceremonia del colegio y yo no estaba presente, ¡ay!, vino más amarga mi hermana…, porque yo había preferido irme a ese match. Francisca trabajó bastante por nosotros, incluso ella nos llevaba al colegio cuando estábamos chiquillos, ella era un poquito mayor así que nos llevaba; ella pues fue ese día con una amiga a la entrega del título y yo no estaba presente, yo me había ido pues. Tanta era mi afición al fútbol que a pie me fui al Círculo, por allá, por la Avenida Brasil.

Como anécdota te cuento que sí vi el *match* del Tucumán del 30, fui con mi hermano. El *Alianza* había estado castigado por la Federación porque los jugadores no fueron al sudamericano el 29; pero viene el Tucumán y barre con todos los equipos, así que la afición pide que le levanten el castigo. *Alianza* jugó con el Tucumán, estadio de bote a bote, ¡de bote a bote!, claro que en esa época no tenía gran capacidad, 18.000 personas, y sabes dónde veo este *match*..., en una azotea frente al estadio por 20 centavos, 40 centavos pagamos con mi hermano, 20 cada uno, vimos desde la azotea cómo *Alianza* los goleó.

Fue memorable, nunca había visto algo así, la gente se abrazaba y sacó a los jugadores en hombros por la calle. El *Alianza* venía a jugar en los potreros, en las haciendas. Estaban castigados porque no llevaron a Domingo García al Sudamericano del 29, y como ellos eran íntimos, dijeron, «si no va Domingo no va nadie», y se plantaron y la Federación los castigó. Los jugadores, como dicen ahora, se «recurseaban»; *Alianza* vino a jugar por acá, en Manzanilla. Todo el barrio fue a verlos jugar, grandes, chicos, señoras, todos, pero también venían de otros barrios, de distintas partes seguían a los negros, eran un equipo popularísimo. No había tribuna, nada de esas cosas, Manzanilla era despoblado, y hasta vinieron los blancos en los carros, eran blancos pero seguidores de los negros, tú sabes que hay un montón de blancos que son hinchas de los negros, siempre ha sido así, todo Manzanilla estaba rodeado de autos, nunca había pasado. El único *player* que no vino a jugar ese día fue Montellanos, después todito el equipo vino. A los jugadores la gente los llevaba de un sitio a otro sitio, los llevaban a sus casas, en jarana vivían, tomando, comiendo, bailando, a ellos no les faltaba nada. Todos querían estar con ellos, los idolatraban.

4. Periodismo deportivo

Mi primera experiencia fue en 1938 cuando escribí una crónica del aniversario del club de mi barrio *Juventud Carmen Alto*, y la mandé a la revista *Foul* y la publicaron. Así empecé nomás mandando notas pero no era periodista, solo aficionado. El 40 mandé por correo una nota a *La Prensa* y me la publicaron, salió con nombre propio, y eso fue un incentivo, así que empecé a mandar más notas. Un día no tenía los 12 centavos que valía el correo, y yo mismo baje hasta *La Prensa*, y me encuentro con el Señor Chávez Boza, que era el jefe de redacción ese día. El señor Chávez rompió el sobre, vio dentro y me dice, «¿Quién es el señor Varleiva?». Le digo, «a sus órdenes». «Ah —me dijo—, lo felicito porque todas sus notas han sido publicadas, ¿por qué no se viene a trabajar acá?». Al día siguiente ya estaba, hasta máquina me dieron.

Estuve en *La Prensa* cinco años y aprendí todo el teje y maneje, a escribir, a hacer titulares, a hacer la leyenda de la foto, me metí a los talleres a ver la armadura. Antes no había diagramadores como ahora, al que armaba las páginas le daban el texto y él se guiaba nomás por la diagramación, pam, pam, pone las fotos, así nomás, el armador tenía que ingeniársela para armar la página, ahora no, ahora sale todo diagramado, lo montan encima, así nomás. Antes uno hacía todo, así aprendí todo en cinco años.

Cuando entré a *La Prensa* lo primero que hice fue comprarme un diccionario pequeño que llevaba en el bolsillo. No tenía para comprar uno enciclopédico, así que compre uno chiquito nomás, y cuando encontraba una palabra que no la conocía, ahí mismo consultaba el diccionario. Pero los pequeños no tienen todas las palabras pues, me daba rabia. Ese fue mi primer libro, me ayudó bastante pero en realidad lo que me ayudó más para el periodismo deportivo fueron las «Afiladas» de Borocotó.

En la época que estaba en *La Prensa,* salía también el *Mundo Gráfico* de Eugenio Batista, un semanario bien combativo que salía todos los sábados, y yo le hacía una columnita, glosa deportiva, le hacía tres glositas con su foto, le daba incluso el grabado, ese tiempo le llevaba el cliché listo ya, tres glosas. *Mundo Gráfico* fue fundado por Eugenio Batista, el año 28, como revista netamente deportiva, pero después, el 34 o 35 más o menos, se convirtió en revista política, por la misma efervescencia que había por la política. Batista se hizo fama como un periodista combativo, insobornable, que defendía al pueblo y no se casaba con nadie. Recuerdo cuando la revista hizo una campaña contra los japoneses por eso de la Segunda Guerra Mundial, que llegó al extremo que la gente saqueó todos los bazares japoneses. Incluso los japoneses le hicieron una bolsa para que se callara, pero él no aceptó, siguió la campaña, la siguió, hasta que se produjeron los saqueos. Como era combativa, *Mundo Gráfico* tuvo problemas con el gobierno de Benavides, incluso estuvo clausurada y Batista fue deportado al Ecuador. ¿Pero sabes qué? Al último Batista se echó con Odría para colocar en un ministerio a sus dos hijas. Una pena, después de haber luchado bastante, bastante, echó por tierra

su nombre. La revista ha durado creo que hasta el 50. En esa misma época salió *Cascabel* de Federico More, *El Hombre de la Calle*, que era más humorística pero bien combativa también. Todas combatían al Apra. More era un enemigo acérrimo del Apra.

En el *Mundo Gráfico* yo hacía glosas deportivas, y cuando llevaba mis notas a la imprenta de los Salas, veía que ellos tiraban 5000 ejemplares semanales todos los sábados. Un día uno de los hijos de los Salas, Alfredo, me dice: «Vea Varleiva, podríamos hacer una revista deportiva». Y es que ellos también veían que *Mundo Gráfico* se vendía bastante. Yo le dije: «bueno pues, pásame la voz», y le dejé el teléfono de *La Prensa*.

Una noche me llamó y me dice: «vente, Varleiva, ven para conversar». Yo no ganaba ni diez libras mensuales, y me ofrece 20 libras, así que el 45 salgo de *La Prensa* para fundar *Sport*. *Sport* sale en julio del 45, y yo me desvinculo de ellos casi a los dos años, sí, a comienzos del 47 saco *Golazo* por mi cuenta. Cuando me abrí, *Sport* estaba en 14.000 ejemplares semanales, con carátula de papel periódico, de dos colores, pero papel periódico.

En esa época las revistas se vendían bien, a la gente le gustaba el fútbol y la publicidad no pesaba sino las ventas. Cuando yo sacaba *Sport* no tenía avisos pero vendía 10.000 ejemplares y allí ganaba. Además, un aviso, ¿sabes cuánto costaba?, una libra en esa época, un aviso así, más o menos de dos columnas por 15 centímetros, una libra nomás costaba. *Golazo* era una revista netamente deportiva, salió el 47 e hicimos 100 ediciones, pero me planté porque comenzó a subir el papel y la tinta; fue la época que escaseaba la subsistencia, no había carbón, no había arroz, y la gente tenía que hacer colas. Por eso tuve que cerrar, cerraron todas las otras revistas, cerro la competencia, la revista *Equipo* que sacó el Gordo Villarán. *Equipo* tenía buen tiraje, salía con carátula de papel cuché; nosotros salíamos con carátula de papel periódico nomás.

Después de *Golazo* me hice independiente, rodaba de un sitio a otro sitio. Solo en *La Tribuna* me estabilicé siete años; en *La Prensa* estuve tiempo, ocho años, pero colaborando nomás. A mí nunca me ha gustado que me mandaran, pero por el mismo hecho de haber editado revistas y haber escrito en periódicos, fui formando discípulos que después los he encontrado en las redacciones y me han contado que me han leído, porque como ellos estudiaban periodismo tenían que buscar revistas pasadas para leer, y así como yo seguía a Borocotó, esa gente también me seguía pues.

Yo soy autodidacta, prácticamente toda la generación mía ha sido autodidacta, Carlos Paz, Lucho Palma, Mario de las Casas, Chávez Boza, Carlos Palacios, Juan Francisco Castillo, todos autodidactas. No había periodismo en las universidades como hay ahora. El mérito de nosotros es que nos hicimos periodistas así, a la bomba, como se dice. Yo seguía a Borocotó que también se hizo a la bomba, en su última Afilada (nombre de la columna), ahí dice Borocotó que ha sido chofer, estibador, que ha trabajado desde muchacho en las imprentas, conocía todos las máquinas impresoras de esa época, ese es el mérito de nosotros.

5. *La Tribuna* y el Apra

El 57 me llevó un discípulo mío que trabajaba en el Congreso y que sabía que no tenía trabajo. Me dijo que Luis Alatrista de *La Tribuna* estaba necesitando un redactor, y que le había hablado de mí. Fui pues donde Alatrista, y me dijo, «vea usted Varleiva, yo sé que usted no es aprista, no hay problema, pero aquí hay que decir *compañero* a toda la gente». Al comienzo comencé a colaborar, no estaba en la planilla del periódico, hasta que se produjo una vacante el año 60, y ahí me prefiere a mí antes que al hijo de Nicanor Mújica, que quería meter a su hijo, pero Alastrista me prefirió a mí.

La verdad que al comienzo no me interesaba la política porque yo venía del periodismo deportivo, y todo lo veía deporte. Había leído lo que decía *El Comercio*, que los apristas eran pro-criminales, pero cuando yo llego al periódico veo que todo lo que decía *El Comercio* era falso, incluso a esa gente que sindicaban como criminal eran buenas personas, bien amigables. Le estoy hablando nada menos que de Pretell, que estuvo preso 13 años; de Tello, que ha muerto ahora poco; de Melgar, que mató a los Miró Quesada; también llegué a conocer al Zapatón Villanueva que decían que había sido búfalo en su época de muchacho, pero todos eran buena gente pues. Ahí me convencí que era el odio de *El Comercio*, un odio porque Melgar había matado a su padre, ese era el odio que le tenía al APRA y azuzaba al ejército, eso es, era el odio.

En *La Tribuna* comencé a escribir de política, tenía que amoldarme al periódico pues, era un diario político, vocero de un partido político. Dejé momentáneamente el deporte y escribí con nombre propio, hice notas por los días de la Fraternidad, también cuando murió Seoane, nota póstuma le he escrito. Yo dirigía el día a día, ponía un cuadro de comisiones, le dices a tu gente, «eso tienes que cubrir tú», al otro otra cosa, así hacía. También tenía que revisar las crónicas. He trabajado con varios directores, con Alberto Valencia, Armando Villanueva, Rivero Vélez, León de Vivero, Nicanor Mújica, con todos ellos trabajé. Ellos no figuraban, no sé por qué, pero lo cierto es que yo aparecía en la primera página como director de informaciones nomás, no figuraban directores.

También tenía una columna bien combativa: «La Caravana Pasa», ahí jodía duro. Siempre me acuerdo de una anécdota, cuando el Parque Universitario pues era el centro de la política. Sería como la una de la mañana cuando llegaron al periódico los búfalos, todos jadeantes, y el Zapatón, que en ese tiempo era el director, les pregunto qué pasaba. Contaron pues que los rojos los habían hecho correr del Parque Universitario, así que a mí me dio miedo, y le dije, «¿compañero me puedo retirar?». «No se vaya Varleiva todavía, espérese un rato», me dijo. A mí no me gustó pero luego comprendí que Villanueva me aguantó porque si salía y había por ahí algún grupo escondido con cachiporra, me jodían ahí nomás, a la salida del periódico. Ese día el Zapatón Villanueva cuidó mi integridad física. Creo que ha sido el año 64, en ese tiempo los

búfalos y los rojos andaban con cachiporras; yo veía pues unos aparatos contundentes que te partían la cabeza o cualquier cosa.

Víctor Raúl llegaba a las dos de la mañana, pero nunca bajaba a los talleres, en realidad era un poquito despótico. Los antiguos me contaban que Manuel Seoane era distinto, me decían que el cachorro bajaba a los talleres, se preocupaba por los compañeros, por sus familias, que no pasen hambre sus hijos. Haya era diferente, cuando llegaba ya le tenían una oficina reservada, y ahí se metía a escribir y mandaba los originales a los talleres con su secretario Idiáquez. Haya firmaba sus artículos como Juan Pueblo o con su mismo nombre.

Fíjate que para sacarme del periódico después de siete años dijeron que yo era comunista y que tenía un hermano que escribía en *Unidad*; ellos fueron donde el viejo y le decían esas cosas. Uno de los que decía esto era el gordo Tirado, pero después se hizo mi amigo, yo olvidé rencores porque incluso aún saliendo del periódico seguía, ayudaba a Alatrista, le hacía los comentarios del fútbol.

Yo no era comunista, era una acusación completamente falsa, era un serrucho para sacarme. Si el Zapatón Villanueva hubiera estado, yo no salgo de *La Tribuna*. Él se había ido de viaje, y cuando regresó, yo ya había renunciado. Me querían mandar otra vez a deportes, querían que ya no siguiera en mi puesto, pero yo no acepté pues. Yo les demostré que no era cierto, que no era comunista. Incluso cuando me encontraba en la calle con Nicanor Mújica, él me decía, «Varleiva danos una mano, haga reminiscencias, escriba cualquier cosa», así me decía. También Valencia me quiso llevar a trabajar con él al Congreso, pero yo estaba resentido y no quise nada. Valencia me admiraba mucho, me había leído desde cuando comenzó a los 17 años cargando los fardos de *La Tribuna* cuando salía a la venta, en los talleres siempre me decía: «usted es el maestro».

6. Bohemia

A mí me puso la chapa de «faite» un muchacho Hugo Villasis que le decían «saca pica», que trabajaba en prensa del Senado. Le decían «saca pica» porque él fastidiaba a todo el mundo, pero cuando chocaban con él se picaba, así es que le pusieron «saca pica». Me puso esa chapa porque yo tenía mi jale, pero también porque venía de un barrio maloso y me hacía respetar. He conocido a los grandes rufianes de esa época.

Habían tres cabarets: La Perricholi, el Real Felipe y el Tropezón que quedaba en la primera cuadra de 20 de Septiembre —después le pusieron Huatica, y ahora es Renovación—. Ahí se reunían los rufianes después que terminaban de trabajar las mujeres que ellos explotaban, iban al cabaret a bailar y divertirse. Yo iba porque era conocido por el periodismo pues sabían que yo escribía y a veces querían que les hiciera elogios, una mención en alguna nota, cualquier cosa.

20 de Septiembre estaba acá nomás, en la Avenida Grau, era fácil —Lima cuadrada moría en la cuadra 15 de Manco Cápac—, tenía cinco cuadras, las 3 primeras eran de peruanas, la cuarta a media agua, y la quinta era de las francesas, así las llamaban porque eran gringas, había de todas las nacionalidades pero la gente las llamaba «las francesas». Las minas en esa época costaban cinco soles —las peruanas—, y las extranjeras cobraban el doble, una libra, ¡pero qué cama oiga usted!, ¡un lujo carajo!, eran limpias pues, mujeres limpias. Yo nunca agarraba cualquier cosa, siempre mujeres buenas mozas, bien simpáticas y blancas de preferencia. Siempre me ha gustado la mujer blanca por el contraste, porque como yo era más trigueño, y ellas también buscaban el contraste, es como la blanca que busca el moreno, o la morena que busca el blanco, como el italiano pues, un italiano se enloquece por una negra, al italiano le gustan mucho las negras, zambas, es el contraste. Yo muchas veces me iba a pie, incluso cuando cerraban a las dos de la mañana, me venía por la Avenida Grau caminando, nunca me pasó nada pero el hampa no estaba tan avanzada como ahora. Eran los años cuarenta y tantos, *Golazo* hacía furor. Tenía una argentina muy buena, y me quedaba a dormir con ella, eran mujeres cultas, no eran cualquier cosa. No sé si por el trato que yo tenía o por la forma como hablaba —porque tú sabes, la mayor parte de los que van a esos sitios usan palabras vulgares—, a veces las minas me preguntaban en qué trabajaba; yo les decía, «soy periodista, tengo estas revistas», así que así hacíamos simpatía.

También había casas de cita que eran diferentes a los cabarets. En las casas de citas iban mujeres solapa, mujeres de hogar que por alguna circunstancia, que había sido abandonada por el marido, tenían que recurrir a eso pues, y en una casa de cita no se ve así nomás a cualquiera pues, esa era la diferencia; en cambio, en el cabaret estaban los rufianes y te veía todo el mundo.

7. Box

En la Perricholi es donde el boxeador Brice mató a un hombre. Ahí el negro Brice tocaba el Jazz Band, y un día borracho vio que uno de los parroquianos cortejaba a su mina, hubo discusión, se mecharon. Como él era boxeador fornido y quizá como ya se había retirado, pesaba más, lo levantó en peso y lo tiró y lo mató pues. Brice murió en la cárcel ya que la diabetes lo fue consumiendo, fue perdiendo la vista. Él era panameño, llegó al Perú el año 23, que es cuando llega un grupo de boxeadores panameños, pero se quedó y se nacionalizó peruano. Recuerdo que fue Campeón Sudamericano el año 26, y logró dos títulos internacionales para el Perú el 28 y el 29 creo. ¡Uf!, la afición por el box era bastante fuerte, como dije, el año 23 llegó un grupo de boxeadores panameños: Tito Neta, Campbell, Salomón, Villa Carré, José Ramos Caballito y Brice. Como las peleas tenían sus aficionados, habían varios locales: el local del ciclismo,

la Plaza de Acho, el Ring Mundial, que quedaba en lo que ahora es la Avenida España, después no sé qué otro ring había.

Yo no iba a las peleas todavía, estaba chiquillo pues, el 23 recién tenía 10 años, pero sí me acuerdo porque he leído; he leído que llegó la primera delegación de boxeadores de Panamá. Después comienzan a llegar más boxeadores panameños, viene Joe de León, que luego fue el entrenador de Mauro Mina. Vino a pelear y en víspera de la pelea le da peritonitis, y lo tienen que operar; así que le salvan la vida pero lo inutilizaron para el boxeo, por eso es que él se dedica después a ser entrenador de box, y llega a ser entrenador de Mina.

Después ya vienen de otras nacionalidades, viene Marchand, viene incluso un norteamericano, el negro Ben Johnson, y Lima se convierte en una de las principales plazas del boxeo. Yo creo que el box fue la primera afición hasta el 23 o 24, luego comienza a crecer la afición por el fútbol desde el 24, cuando recién llega la primera delegación de jugadores uruguayos, pero antes el box ha sido la primera afición. Incluso son los años en que salen boxeadores peruanos como Alex Berni, Alberto Icochea —el Burro—, el Capitán Gasparito, Salinas, todos criollos pero con la escuela panameña de boxear. Todos estos que estoy mencionando entrenaban en público, aquí en la Plaza Italia, a puño limpio entrenaban, y eso despertó a los muchachos, querían aprender a pelear.

La muchachada entrenaba de noche pues, se buscaban sus guantes porque en ese tiempo pues no había federación ni el boxeo estaba bien organizado, se compraban sus guantes y luego se pactaban las peleas, incluso hasta de un boxeador que le llevaba más peso al otro, el asunto era cambiar golpes. Ahí en la Plaza Italia la gente los rodeaba, hacían un ruedo para las peleas. No eran peleas de barrio contra barrio, no, de frente ellos entraron al profesionalismo, ahí no se conocía amateurismo como se dice en el fútbol, de frente desde los 16 años, ahí mismo fueron boxeadores ya profesionales. Les hacíamos su bolsa pues, pero cuando ellos ya comienzan a boxear ya pues ya estaban sobrados, ya ganaban un sueldo por pelea.

8. En el nombre de la madre

Mi vieja muere en 1969, el 23 de julio, antes que se clasifique el Perú para el mundial de México. He tenido bastante cercanía con ella; fíjate que yo uso mi seudónimo para perpetuar su apellido, ya que nadie se acuerda de la madre. Mi vieja se llamaba Julia Leiva Arias y ella ha sido padre y madre para mí. No conocí a mi padre, que me dejó de cinco años, y no sientes pues afecto por el padre, ¿no? Yo pensé: «voy a perpetuar el apellido de mi vieja». Me puse a componer, y dije V de Víctor, A de Andrés, R de Rodríguez, y luego puse Leiva, el apellido de mi madre, y así salió: *Varleiva*.

Cincuenta años de prensa deportiva en el Perú con Littman Gallo, «Gallito»[1]

Luis Carlos Arias Schereiber

Quiero comenzar haciendo una confesión: yo no nací periodista. Hay vocaciones que me han acompañado desde que tengo uso de razón y que bien pueden servir para definirme como persona —el cristianismo, la pasión por el deporte, *Alianza Lima* y mi país—, pero entre ellas no se encuentra el periodismo. Nací el 2 de julio de 1934 en Sullana y en mi niñez disfrutaba de pasear por el campo, ir a la playa o al río, jugar fútbol o básquet con los amigos; entonces ni soñaba con ser periodista deportivo. De adulto me imaginaba comerciante como mi padre, quizá como un aventurero que recorría el mundo o como un implacable policía. Incluso cuando terminé la secundaria en el Colegio Hipólito Unanue de Lima me presenté a la Escuela de Policía, pero me rechazaron por talla. El periodismo apareció como una posibilidad recién cuando ya me acercaba a los veinte años, y debo a dos personas el haber abrazado esta profesión que he ejercido por más de cinco décadas con fervor: mi esposa Myriam Quintana y Pocho Rospigliosi.

En 1953, después de terminar la secundaria, Myriam quería que ingresáramos juntos a estudiar en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica. Nos casamos en 1960, pero años antes ya sabía yo que donde ella fuera me tendría a su lado, así que no le costó mucho convencerme. La directora de la Escuela era Matilde Pérez Palacios y en sus clases coincidimos con grandes amigos, como mi compadre Lolo Salazar. En ese ambiente, poco a poco, fue despertando en mí el periodista que llevaba dentro. Lolo ingresó a trabajar a *La Tercera* —el gran diario popular de la época, dedicado básicamente a dar información deportiva—, y yo lo iba a visitar a la redacción, que

[1] Este artículo es el primer capítulo de un libro biográfico de Litman Gallo, aún no publicado, escrito en colaboración con el periodista Luis Carlos Arias Schreiber entre setiembre y diciembre del año 2004, durante los últimos meses de vida del popular *Gallito*.

quedaba en un moderno edificio de la avenida Tacna, donde luego estuvo el Centro de Convenciones del Hotel Crillón. Allí conocí a Pocho Rospigliosi, entonces joven jefe de deportes de *La Tercera*, quien me invitó a integrarme a su equipo de periodistas. Acepté de inmediato y comencé haciendo notas pequeñas, confirmando datos, aprendiendo de todo lo que hacía Pocho. En esa sala de redacción de la avenida Tacna me senté por primera vez frente a una máquina de escribir para preparar un artículo. En 1956, siempre junto a Myriam, nos graduamos en la Escuela de Periodismo y recibí mi título profesional, con lo que oficialmente me incorporé como redactor de planta a la sección deportes de *La Tercera*. Yo reconozco en Pocho a mi gran maestro. Podría decirse que fue mi «padre periodístico», pues él me bautizó como Gallito, nombre con el que me hice conocido en los medios; Pocho siempre se refería a mí como «Littman Gallo, el popular Gallito», haciendo un juego de palabras entre mi apellido y mi estilo polémico, frontal, encarador, como de gallito de pelea. Para mí es un honor que me reconozcan como su discípulo.

1. *La Tercera*, el diario deportivo de Pocho

El nombre oficial del diario era *La Tercera Edición de La Crónica*, pero todos lo llamaban simplemente *La Tercera*. Pertenecía al grupo editorial La Crónica y Variedades S.A., de propiedad de la familia Prado Ugarteche, una de las más poderosas e influyentes del país. En la redacción de la avenida Tacna se editaban tres diarios: *La Crónica*, que era el matutino y salía a la venta a las seis de la mañana; *La Segunda*, que se distribuía en provincias aproximadamente desde las diez de la mañana; y *La Tercera*, que era el vespertino y ya se encontraba en los kioscos entre las dos y las tres de la tarde. Cada diario tenía su propio staff de periodistas —aunque muchas de las notas publicadas en La Segunda eran redactadas por gente de La Crónica y La Tercera— y el director general de las tres publicaciones era Pedro Morales Blondet. Había muy buenos periodistas en la empresa, como el propio Mario Vargas Llosa en sus inicios, Augusto Rázuri, Pocho Delboy, Óscar Paz (jefe de deportes de La Crónica), Enrique González, Carlos Palacios, Cesar Mindreau, Carlos Ney, Juan Weiss, Alfredo Narváez y, por supuesto, Pocho Rospigliosi.

La Tercera era un diario popular, un tabloide vespertino de veinticuatro páginas, con secciones de deportes, policiales, espectáculos, locales, internacionales y política. El peso central estaba en la información deportiva —a la que se le dedicaban doce páginas— por lo que puede considerársele como el primer diario deportivo del Perú. Era muy ágil, ameno, con muchos datos, primicias; tenía un gran despliegue fotográfico gracias al trabajo de Luis Flores, conocido como la Momia, Tolentino Alegre y Molero. Como el diario costaba solo cincuenta centavos, no había quien no lo comprara a la hora de salir de la oficina para almorzar; en los restaurantes te encontrabas las mesas

llenas de personas leyendo su *Tercera* mientras esperaban a que les trajeran sus platos. La sección más leída era la Coctelera, que consistía en una o dos páginas de datos cortitos separados por puntos suspensivos, donde se daba información picadita de todos los deportes. Los sábados que había partidos de fútbol retrasábamos la edición para publicar los resultados el mismo día, porque los domingos no salía *La Tercera* y no podíamos tener a los lectores esperando hasta la tarde del lunes por una información del sábado.

Nuestro ritmo de trabajo era muy intenso. Como se dice en periodismo, con hora de entrada, pero no de salida. Teníamos que cerrar la edición poco después del mediodía, así que hacíamos las comisiones desde las ocho de la mañana. Por ejemplo, como yo era el encargado de cubrir las informaciones de básquet y de *Alianza Lima*, llegaba a las ocho de la mañana a la oficina y escribía mi artículo sobre la jornada de básquet de la noche anterior (entonces se jugaba lunes, miércoles y viernes, primero en el Lolo Fernández y después en el Coliseo del Puente del Ejército). A las nueve de la mañana me iba en la movilidad del diario a las prácticas de *Alianza*, que acostumbraba entrenar en un campo de Higuereta hasta que se habilitó la cancha de Matute en los años sesenta. Después de dejarme en el entrenamiento de *Alianza*, la movilidad se iba con un periodista al aeropuerto de Córpac, para ver si encontraba a alguna figura deportiva de paso por nuestro país y, sobre todo, para recoger los periódicos extranjeros que traían los aviones que pasaban por Limatambo. Nos interesaban especialmente los diarios de Colombia (por la cantidad de futbolistas peruanos que habían emigrado a ese país en la época de El Dorado) y de Argentina (porque desde entonces se admiraba en nuestro país a equipos como *River Plate* y *Boca Juniors*, y también había futbolistas peruanos en esa liga). Pocho siempre le dio mucha importancia a la cobertura de los deportistas peruanos en el extranjero. Acabado el entrenamiento de *Alianza*, la movilidad pasaba por mí a eso de las once y nos íbamos volando a la redacción para escribir las noticias de esa misma mañana y cerrar rápido la edición. Igual hacían los demás periodistas de La Tercera, corriendo para dar noticias frescas de *Universitario*, *Sport Boys*, *Atlético Chalaco*, *Deportivo Municipal* y otros equipos. Felizmente para nosotros, como desde 1951 el fútbol se hizo profesional en nuestro medio, comenzó a hacerse habitual que los equipos entrenaran temprano por las mañanas. En décadas anteriores los entrenamientos se hacían a la hora que se podía, muchas veces hasta después de la jornada de trabajo, cuando los jugadores tenían tiempo para juntarse un rato a practicar.

Comparadas con las mañanas, las tardes en *La Tercera* eran más tranquilas. Después de almuerzo teníamos tiempo para hacer entrevistas, planificar reportajes especiales, adelantar algún material para la edición del día siguiente. Lolo Salazar, por ejemplo, acostumbraba irse a la hora del lonche a un café que quedaba en la avenida La Colmena, al costado del Hotel Bolívar, donde se reunía mucha gente del fútbol. Allí se juntaban entrenadores como Pancho Villegas y Cesar Viccino, jugadores como Antonio Sacco

y Adolfo Riquelme, también muchos dirigentes. Entonces Lolo iba de mesa en mesa, conversando; sacaba buenos datos para la Coctelera y material para otros reportajes. En las tardes llegaban también los colaboradores para escribir sus columnas: el reconocido abogado Jorge Avendaño tenía su columna, la firmaba como el «Doctor Coco»; Boris Sojit hacía su columna sobre boxeo; a veces iba Pichirro Drago, que dejaba alguna nota sobre básquet; y también Max Aguirre, empresario que organizaba combates de catchascán, y que tenía su espacio en las páginas de La Tercera para promocionar las veladas que organizaba en el Trianón de La Victoria y otro coliseo que quedaba por la avenida Colonial.

Como podrán notar, en *La Tercera* se daban noticias de todos los deportes. Lógicamente la mayor cobertura se le dedicaba al fútbol, pero en el staff había periodistas especializados en diferentes disciplinas. Ya lo dije, Boris Sojit escribía de boxeo; Raúl Dreifuss se especializó en vóley; Lolo Salazar en atletismo, tenía su columna «Pista y campo», es el gran periodista que ha tenido el atletismo peruano. Yo me especialicé en básquet, deporte que siempre me gustó. Por esos años había una intensa actividad basquetbolística en Lima, así que prácticamente todas los días debía cubrir los partidos de las ligas masculina y femenina, que empezaban a las siete de la noche, y que era donde terminaba mi jornada. Estoy hablando de mis primeros años en el periodismo, cuando solo trabajaba en *La Tercera*. Poco después, cuando empezamos a hacer radio, teníamos que multiplicarnos para cumplir con todas nuestras obligaciones profesionales. Pero así es este oficio apasionante y no me quejo; si te gusta, no lo puedes dejar, tienes que dedicarte a tiempo completo. Durante décadas yo he empezado mis jornadas de trabajo a las ocho de la mañana y las he terminado a las diez, once de la noche. Claro, también había los que a las cuatro de la tarde ya se iban de la redacción de *La Tercera* despidiéndose hasta el día siguiente, pero de esos nadie se acuerda.

Pocho Rospigliosi era el primero en dar el ejemplo con el trabajo, llevaba el periodismo deportivo en las venas. Tenía una personalidad impactante: era amable, alegre, conversador, una persona muy hábil para hacer relaciones. Con el trabajo periodístico era obsesivo, leía cuanta publicación de deportes cayera en sus manos, siempre estaba al tanto de todo lo que pasaba en este ambiente, y tenía muy buenas ideas, le gustaba innovar permanentemente. Pocho no se conformaba con cerrar la edición de *La Tercera* con el material que tuviera para irse a echar la siesta a su casa. Si veía un artículo que no le gustaba, de inmediato llamaba al redactor y tenías que cambiarlo.

—A ver, y aquí cuál es la noticia—, reclamaba Pocho en esos casos, siempre en tono amable, pero firme. —Leo y leo y solo encuentro comentarios. Un diario debe tener noticias, si te vas a hacer una comisión es para traer noticias, no para opinar de lo que te parezca. Esto no sirve—. Y entonces Pocho te devolvía la carilla que habías escrito y tenías que corregir rápido para que tu nota pudiera publicarse.

Pocho empezó muy joven en el periodismo deportivo. Ingresó a la universidad, pero pronto lo ganó la vocación periodística y abandonó los estudios. Ya a fines de la década de 1940 trabajaba en *La Tercera*, con menos de veinte años de edad (había nacido en 1930). Entonces era muy delgado. Pocho habrá empezado a subir de peso poco antes de cumplir los treinta años; y es que era imparable para el trabajo, pero también para comer. Le gustaban las pastas, las carnes, el pollo a la brasa, y se tomaba como tres litros de Coca-Cola diarios. Cuántas veces le recomendamos cambiar sus hábitos alimenticios —sobre todo después de que se le diagnosticó diabetes—, pero él no podía abandonar sus fabulosos desayunos en el Hotel Maury o el Tambo de la avenida Arequipa, ni sus comidas en Pollos Hilton, un local que quedaba en Lince y que era su favorito. Subió tanto de peso que algunos lo llamaban Pocho y otros —simplemente, pero con cariño — el Gordo.

De Pocho recuerdo especialmente su afán por dar noticias, por innovar y por respetar a los deportistas. En el diario, después en la radio y en la televisión, lo primero que nos exigía Pocho era dar noticias. Decía siempre que un diario o un programa radial tenían que ser fundamentalmente noticiosos; algo se podía comentar, pero a partir de las noticias, no le gustaba llenar el espacio con puras opiniones. Siempre nos pedía también que tuviéramos iniciativas que pudieran resultar atractivas para el público, que nos saliéramos de los común. Una mañana, recuerdo, la movilidad del diario nos iba repartiendo a los redactores por diferentes lugares cuando Lolo Salazar vio un partido de fulbito entre niños en una calle del Rímac. Lo especial era que entre los jugadores había un niño con una sola pierna que se apoyaba en su muleta y jugaba como uno más con el resto de muchachos. Lolo le pidió al chofer que parara y le dijo a la Momia Flores que le hiciera fotos al cojito; después lo entrevistó. Los demás esperábamos en la movilidad, un poco impacientes porque se nos hacía tarde para llegar a nuestras comisiones. Bueno, cuando Lolo regresó a la redacción le contó a Pocho la historia del cojito y le mostró las fotos que había tomado Flores.

—Lolo, olvídate de tu comisión y prepárate esta entrevista. Tres carillas, va en las páginas centrales—, se entusiasmó Pocho felicitando a Lolo por la iniciativa tomada. Y a las pocas horas, desplazando a las grandes estrellas del fútbol local, el cojito del Rímac fue el personaje central de esa edición de *La Tercera*.

He dicho también que Pocho nos inculcó el respeto por los deportistas. En esa época no había enfrentamientos entre los periodistas y la gente del deporte, por el contrario, existía un respeto mutuo, en muchos casos incluso relaciones de amistad. Yo mismo me he considerado amigo de muchos jugadores, como Félix y Roberto Castillo, Guillermo Delgado, Huaqui Gómez Sánchez, Valeriano López, el Conejo Benítez, Lucho Cruzado, Roberto Challe, y años después, Jaime Duarte. Las páginas de los diarios o los micrófonos de la radio no se usaban para insultar a nadie; se podían hacer críticas severas, sí —y yo las hacía—, pero siempre por el lado profesional, deportivo,

sin meterse con la vida privada de los jugadores, su familia o su sueldo. En nuestros tiempos no se perseguía a los jugadores para sorprenderlos en situaciones incómodas. ¡Cuántas veces yo, saliendo en la noche de la redacción de *La Tercera*, encontré a Valeriano y Barbadillo cayéndose de borrachos en las cantinas de La Colmena! Sin embargo, jamás publiqué una línea al respecto. Porque entendíamos todos que a los deportistas se les juzga por lo que hacen en la cancha, no nos interesa con quiénes se acuestan ni a qué hora se acuestan. Lógico, si llevan una vida desordenada, no podrán rendir en buen nivel, entonces se los criticará. Esta forma de hacer periodismo era una manera, también, de proteger a los deportistas —nuestra materia prima— y no exponerlos a escándalos públicos. No había nacido aún ese afán destructivo y revanchista que puede encontrarse en la prensa deportiva actual, donde debido a la feroz competencia por ganar lectores o televidentes, se inflan escándalos, se inventan problemas, se generan polémicas que nos alejan de los temas deportivos.

Más de veinte años trabajamos en *La Tercera*. En ese diario escribí mis primeros artículos, empecé a recorrer el mundo, hice grandes amigos, conocí a innumerables personajes del deporte. Siempre que partía una delegación deportiva peruana al extranjero, un periodista de *La Tercera* la acompañaba; los deportistas iban con sus buzos y maletines, nosotros con nuestras máquinas de escribir. En los años sesenta comenzó a aparecer regularmente en sus páginas una columna firmada por mí, llamada «Abriendo juego». Ya Pocho consideraba que tenía la experiencia necesaria en el oficio como para opinar, por lo que me dio la posibilidad de expresarme a través de «Abriendo juego». El nombre de la columna lo elegí pensando en la importancia de opinar poniendo todas las cartas sobre la mesa, sin hipocresías ni medias tintas. También porque abrir juego, en el fútbol, significa aprovechar las puntas como un espacio decisivo en el frente de ataque, máxima que siempre proclamé y que aprendí de dos grandes entrenadores brasileños que en los años sesenta trabajaron en nuestro medio: Jaime de Almeyda y Waldir Pereira, Didí. La columna «Abriendo juego» se ha paseado a lo largo de las décadas por diferentes diarios, batallando desde el título por el derecho de expresar una opinión directa en defensa del juego ofensivo y de los punteros- punteros, que para mí resultan fundamentales en el fútbol.

El equipo que formó Pocho Rospigliosi en *La Tercera* —con Lolo Salazar, Carlos Enciso, Óscar Estrada, Raúl Dreifuss, Boris Sojit, el Flaco Martel, la Momia Flores, Tolentino Alegre, Alfonso Ego Aguirre, Molero, yo mismo, entre otros— marcó una época, con un estilo propio que hizo escuela dentro de la prensa nacional. Si el deporte peruano creció entre los años cincuenta y setenta, parte de ese éxito se debe a la difusión que le dio *La Tercera*, poniéndolo como tema del día para el ciudadano común. Gracias a la promoción del deporte que encabezó Pocho, la gente en las calles comentaba las hazañas de Lucha Fuentes o Ricardo Duarte, llenaba los estadios para ver a Teófilo Cubillas y Perico León, esperaba con expectativa las peleas de Mauro Mina

o las carreras de Fernando Acevedo. Sin lugar a dudas, creo que la edad dorada de la prensa escrita deportiva del país estuvo entre los años cincuenta y setenta, gracias al papel desempeñado por La Tercera. Por eso me dolió tanto que nos sacaran abruptamente en 1974, dándonos una puñalada por la espalda. Ese fue un gran golpe para Pocho, que luego pasó por *Extra*, *El Comercio* y *El Nacional*, hasta fallecer el 14 de octubre de 1988. Felizmente, otros medios —en prensa escrita, radio y televisión— nos dieron la oportunidad de seguir trabajando, de estar en el candelero, siempre junto a nuestro público.

2. La revolución radial de *Ovación*

El trabajo que desarrolló Pocho Rospigliosi en prensa escrita fue formidable, pero creo que fue en la radio donde hizo una verdadera revolución. Nuestra primera experiencia en ese medio fue en 1957 a través del programa Sinopsis del Deporte, que se transmitía por Radio San Cristóbal. El conductor era Santiago Ferrando (hermano de Augusto, amigo íntimo de Pocho), y teníamos entre los comentaristas a Lolo y Arturo Fernández, que no tenían mucha facilidad de palabra, pero eran figuras reconocidas y queridas por los hinchas. Después, siempre con Pocho, pasamos a Radio Sport, donde hicimos un programa diario de siete a ocho de la noche, desde estudios. Radio Sport, cuyo dueño era el señor Huanta, tenía sus estudios por el Estadio Nacional y había sido fundada en 1955 por Juan Sedó y Gustavo Montoya, pioneros de la prensa radial deportiva en el Perú. La mecánica de nuestro programa era parecida a la actual: presentábamos noticias, se hacía algunas entrevistas por teléfono y pasábamos las notas que habíamos grabado en los entrenamientos de la mañana. Al comienzo los jugadores se reían de vernos cargar nuestras grabadoras, que entonces eran unos tremendos aparatazos.

Por esos años el gran programa deportivo radial era, sin dudas, Pregón Deportivo, conducido por Óscar Artacho, con un equipo en el que figuraban Miguelito de los Reyes, Lucho Vélez, Raúl Goyburo, Pedro del Pino… Se transmitía por Radio El Sol y Pocho trabajó durante algún tiempo con ellos. En 1964, después de los Juegos Olímpicos de Tokio, hubo un problema entre Artacho y los directivos de esa emisora, por lo que de la noche a la mañana Pregón Deportivo pasó a transmitirse vía Radio Unión. Entonces, Gastón Guido, gerente de Radio El Sol, llamó a Pocho y le propuso hacer un programa que cubriera el vacío dejado por el equipo de Artacho. La oferta se la hizo el 12 de noviembre de 1964 por la mañana. Pocho estaba con Koko Cárdenas y Carlitos Enciso, y pidió un par de horas para pensarlo. Los tres se fueron a tomar desayuno al Tambo y allí Koko lo convenció para que aceptara el reto. Al mediodía los tres estaban de regreso en las oficinas de Radio El Sol, en Santa Beatriz, y Pocho le dijo decidido al Chino Guido.

—Acepto, Chino, salimos esta misma noche, de siete a ocho—.

—¡Excelente! —se alegró Guido—. Hay que anunciar desde ya que tenemos nuevo programa deportivo en la noche. ¿Qué nombre le ponemos?

—*Ovación* —respondió Pocho. Y con un abrazo se selló el nacimiento del programa radial que marcaría historia en el periodismo deportivo de nuestro país.

El primer programa fue armado al vuelo. Pocho le pidió a Enciso que invitara a Tito Drago a los estudios para que fuera el primer entrevistado; también fue su hermano Pichirro Drago para hablar de básquet. En los días siguientes a Koko Cárdenas y Carlitos Enciso fuimos sumándonos quienes conformamos el equipo base de *Ovación* en su primera etapa: Toño Llerena en la narración comercial, Lucho Isuzqui, Lolo Salazar, Lucho Ossio Pastor, Pipo Carbone y yo. Después entrarían tantos otros como Enrique Valdez, Lucho Garro, Miguel Portanova, Juan Iglesias, Germán Villalobos, Ronald del Águila, Elejalder Godos y Mario Grau. Casi desde el inicio de *Ovación* nacieron los eslogans que han caracterizado al programa a lo largo de los años: «donde se hace deporte, ahí esta *Ovación*» y «un Perú en sintonía», que si no me equivoco, fueron creación de Toño Llerena. La cortina musical era el himno olímpico compuesto para los Juegos de Tokio 1964; años después se utilizó el himno del Mundial de Argentina 1978.

Al frente de su propio programa radial, Pocho se soltó y creo que marcó un antes y un después en la radio nacional. Con *Ovación* empezamos a hacer transmisiones en vivo de los partidos, pero no a la manera tradicional, con un narrador y un comentarista en la cabina. Pocho introdujo en nuestro medio a los periodistas de planta baja, que desde diferentes ángulos iban aportando otros puntos de vista y entrevistaban a los protagonistas del juego; a ras del campo hablaban en caliente jugadores y entrenadores, una novedad absoluta. También fue el iniciador de los spots publicitarios en pleno partido, convirtiendo a la voz comercial en elemento fundamental de las transmisiones. Estos spots eran cortitos pero pegajosos, ocurrentes, se hacían a dos voces, marcaban el ritmo del juego. Si había un tiro libre, Pocho decía «¡cómo acomoda la barrera!», y el narrador comercial respondía «¡cómo acomoda Comodoy!». Si un jugador resbalaba y caía, Pocho preguntaba «¿qué pasó?, ¿qué piso?», y el narrador comercial respondía «para pisos, Pisopak». Si nos íbamos al descanso del entretiempo, Pocho feliz preguntaba «¿qué hay para comer?», y el narrador comercial respondía «Pollos y Parrilladas Hilton, ¡qué placer!». Y así por el estilo había muchos comerciales que nacieron en *Ovación* y se incorporaron al lenguaje cotidiano en las calles.

Hay muchas anécdotas surgidas a partir de estos famosos spots publicitarios de *Ovación*. Por amistades yo había conseguido un cliente, Almacenes San Agustín, y era el encargado de dar el pase a su eslogan, preguntando al aire «¿adónde se ha ido Titín?», a lo que Toño Llerena respondía «a comprar en San Agustín». Lógicamente yo trataba de favorecer a mi cliente, introduciendo su publicidad en momentos claves,

pero creo que un día se me pasó la mano. Un domingo, día de triplete en el Estadio Nacional, Pocho se había ido al hipódromo y yo quedé a cargo de la conducción de la transmisión en el primer partido; aproveché entonces la ocasión para introducir a cada rato el nombre de San Agustín. En el camino al estadio Pocho escuchó la transmisión y entendió que estaba exagerando con ese eslogan, así que cuando entró a la cabina esperó su oportunidad para poner las cosas en orden. A los pocos minutos, nuevamente pregunté «¿adónde se ha ido Titín?», y Pocho adelantándose a Llerena cogió el micrófono: «a descansar, porque se cerró el comercial».

Estas transmisiones que hacía *Ovación* no se limitaban a un solo escenario ni al fútbol. Una de las transmisiones más recordadas fue la que se hizo de una carrera de autos disputada en el circuito de playas Agua Dulce–La Herradura. A Pocho se le ocurrió colocar a un periodista en una pequeña avioneta alquilada que sobrevoló la zona durante toda la competencia, a otro periodista a bordo de una lancha que recorría las playas, y a los demás periodistas en diferentes puestos a lo largo del circuito. Esa fue la llamada transmisión «por aire, mar y tierra», con informaciones desde todos los ángulos posibles para no perderse ningún detalle de la carrera. Pocho introdujo también las transmisiones simultáneas en las jornadas del fin de semana, cuando se podía estar jugando un partido en el Estadio Nacional, otro en el Lolo Fernández y otro en el Telmo Carbajo del Callao. En los tres campos *Ovación* ponía narradores, comentaristas y reporteros de planta baja, que se iban alternando la transmisión de acuerdo a las incidencias más importantes en cada juego (esa técnica de las transmisiones en simultáneo se aplicó en el Mundial del 70 y causó admiración entre los mexicanos). Además, estableció los famosos puentes entre jugadores desde camerinos. Por ejemplo, minutos antes de que se jugara un clásico entre *Alianza* y la *U*, Pocho conectaba a Héctor Chumpitaz y Perico León, para que intercambiaran algunas palabras cada uno desde su camerino. Paralelamente, desde estudios ingresaban cada tanto Mario Grau o Ronald del Águila para ir dando los marcadores de los partidos de provincias y de las ligas extranjeras. Todo eso hizo que *Ovación* se convirtiera en el primer programa radial del país, contando con «un Perú en sintonía», como le gustaba decir a Pocho. Nos escuchaba la gente que no había ido al estadio, pero también la gente que estaba en las tribunas y no quería perderse detalles de los partidos. Con *Ovación* se hizo común que los hinchas fueran al estadio llevando sus pequeños radios a pilas. De repente, desde la cabina de occidente alta Pocho podía preguntar a un reportero de planta baja qué sucedía detrás del arco sur, y tú veías como todos en el estadio volteaban a mirar en esa dirección.

La radio fue para Pocho el medio ideal de romper fronteras y acercarnos al deporte internacional. Si ya en La Tercera nos esforzábamos siempre por informar sobre las actuaciones de los deportistas peruanos en el extranjero, en *Ovación* pudimos hacerlo de forma más directa a través del hilo telefónico. Pocho tenía periodistas amigos en todo el continente y los llamaba por teléfono al aire para que contaran, por ejemplo,

un clásico *Boca–River* en Buenos Aires, un *Peñarol–Nacional* en Montevideo, un *U* de *Chile–Colo Colo* en Santiago. Así era habitual escuchar en *Ovación* a los argentinos Horacio García Blanco o José María Muñoz, a los colombianos Mike Forero o Carlos Antonio Vélez, a los chilenos Renato González (más conocido como Mister Huifa) o Antonino Vera. Y si algún peruano destacaba en el exterior, de inmediato lo contactábamos por teléfono para que ese mismo día contara a los oyentes el gol que había hecho o el título que había ganado fuera de nuestro país. Si hasta recuerdo que a Roberto Challe lo ubicamos en las playas de Río de Janeiro, en plena luna de miel, y Pocho lo entrevistó en vivo para preguntarle cómo le iba en sus primeros días de casado.

—¡Pocho, me has sacado de la cama! —protestó riéndose Challe.

Con *Ovación* se hicieron también innumerables transmisiones desde el extranjero, aplicando al pie de la letra el eslogan aquel de «donde se hace deporte, ahí está *Ovación*». Como he dicho, no solo se seguían competencias de fútbol, también de básquet, vóley, boxeo, automovilismo, natación, hípica... Cuando el Cholo Sotil debutó en Barcelona, allí estuvo Lolo Salazar para hacer la transmisión; cuando el Nene Cubillas debutó en el Porto de Portugal, ahí estuvo Arturo Hernando como enviado especial. Era una gran responsabilidad viajar al extranjero por *Ovación*, pues íbamos con el equipo de transmisión, el teléfono, una maraña de cables, pero sin técnico. Uno mismo tenía que llegar temprano al estadio para instalarse en la cabina, conectar cables, probar la línea; y como entonces las comunicaciones no estaban tan desarrolladas, siempre surgía algún problema que debías resolver en el momento. Claro, podía haber técnicos en cada país que te ayudaran, pero anda a explicarle a un japonés que marque el número de los estudios de Radio El Sol para arrancar una transmisión desde Tokio, ¡mejor lo hacías tú mismo!

Pocho hizo que *Ovación* estuviera siempre presente en los mundiales de fútbol y los Juegos Olímpicos. Él mismo es uno de los periodistas con mayor presencia en mundiales de toda América, pues estuvo en todos los que se disputaron desde Brasil 1950 hasta México 1986. Pocho se volvía loco con los adelantos en comunicaciones que te ofrecía la tecnología. Siempre que salía al extranjero buscaba pequeños aparatos inalámbricos, transmisores de mayor alcance, elementos que le permitieran mejorar la calidad de las trasmisiones en beneficio de los oyentes. Una de las comunicaciones más espectaculares que logró fue la que hizo en pleno vuelo de APSA, desde el avión que traía de Buenos Aires a la selección que había conquistado la clasificación al Mundial de México 1970. Pocho andaba inquieto en el avión, pensando cómo podía adelantarse a los otros medios que se preparaban para cubrir el apoteósico recibimiento que en Lima se le daría a Didí y sus muchachos. Entonces fue a la cabina del piloto y le dijo que tenía que hacer una llamada urgente a la capital, cortita nomás; tanto insistió que el piloto terminó conectándolo con la torre de control del Aeropuerto Jorge Chávez y Pocho les dio el número de los estudios de la radio. Se hizo la conexión y así pudo

entrevistar a Cachito Ramírez, que había sido el héroe del partido con sus dos goles en la Bombonera, a Didí, a Chumpitaz, a Cubillas; los otros pasajeros hacían barras por Perú y ese ambiente de fiesta a miles de metros de altura, en algún punto entre Buenos Aires y Lima, se transmitía en vivo, literalmente al aire, a todo el país a través de *Ovación*. Pocas veces lo vi a Pocho tan feliz.

3. ¿Acaso éramos mermeleros?

El de 1974 fue un año difícil para el periodismo peruano y significó un quiebre en mi trayectoria periodística. Después de un largo viaje por el extranjero acompañando a la selección de vóley femenino por Japón y luego asistiendo al Mundial de Alemania 1974, regresé a Lima junto a Pocho Rospigliosi para reanudar nuestras labores en *La Tercera*. Pero aquí las cosas habían cambiado dramáticamente. En julio del 74 el gobierno de Juan Velasco Alvarado había lanzado su llamado Plan Inca, un proyecto nacional que contemplaba cambios radicales en diferentes sectores del país. En cuanto a la prensa —so pretexto de «favorecer la educación, la cultura, la recreación y la información veraz de la realidad nacional y extranjera»— se aplicó un nuevo sistema de comunicaciones, bajo el control del Estado, que en la práctica consistió en la confiscación de diarios, radios y canales de televisión para acallar a los opositores al régimen. Así, *La Crónica* y *La Tercera* dejaron de pertenecer a la familia Prado para convertirse en periódicos oficialistas. Los militares colocaron a Guillermo Thorndike como director de estos diarios.

A nuestro regreso de Alemania, lo primero que hizo Thorndike fue convocar a una reunión con Pocho Rospigliosi y el equipo de deportes. Puras flores lanzó al trabajo que realizábamos, se deshacía en elogios, garantizándonos que todos nos íbamos a mantener, que siguiéramos adelante porque contábamos con su total respaldo y porque la sección deportiva era el verdadero motor de *La Tercera*. Lo segundo que hizo Thorndike, al día siguiente, fue prohibirnos el ingreso a la redacción, que ya se había mudado del edificio de la avenida Tacna a otro local en la avenida Andahuaylas, a media cuadra de Grau. Sin mediar explicaciones, había en la puerta del diario una lista con los nombres de todos los periodistas de deportes, notificados así de nuestro despido. No pudimos ni entrar a recoger nuestras cosas personales; en los días siguientes Thorndike colocó en deportes a gente desconocida, sin mayor peso, y el diario se hizo ultravelasquista, de una demagogia absoluta, las noticias se publicaban en castellano y quechua. Nosotros nunca nos habíamos metido en política, Pocho siempre procuró tratar temas exclusivamente deportivos en *La Tercera* y *Ovación*. ¿Cuál puede haber sido la explicación para nuestra salida intempestiva de *La Tercera* después de más de veinte años de trabajo? Quizá Velasco le había cogido cólera a nuestro fútbol después de que Chile nos eliminara del Mundial de Alemania en 1973, porque su discurso era también muy antichileno.

Si hasta propuso desaparecer el fútbol profesional y convertir a todos los deportistas al amateurismo. Y llevado por esa cólera, quizá quiso hundir a todos aquellos personajes ligados al fútbol, entre los cuales figuraba Pocho Rospigliosi en primera línea. Quizá si fue eso, no lo sé, son puras especulaciones. Alberto Best, amigo y colega, periodista deportivo de larga trayectoria, intenta otra explicación.

—Yo reconozco en Pocho a un periodista de mucho oficio que sentó una época en la prensa deportiva peruana—, se sincera Alberto Best. —Y eso que tuve muchos problemas con Pocho, sé que él varias veces se quejó con Conrado Falco, que era mi jefe en *Última Hora*. Los problemas que teníamos no eran personales, sino de perspectiva profesional. Creo que Pocho ha encarnado una línea de periodismo popular, muy complaciente, muy de dar «lo que le gusta a la gente». En La Tercera se hacía un periodismo de amistades, de promoción, de levantar figuras. Claro que te llenaba estadios —y por eso los dirigentes lo querían tanto a Pocho—, pero yo entiendo que el periodismo debe ser más crítico, más picante, no debe quedarse solamente en pintar un mundo idealizado. Y nosotros éramos críticos y agudos en *Última Hora*. Por ejemplo, en su programa de radio Pocho se podía pasar los minutos elogiando un clásico, diciendo que había sido un partidazo, que Cubillas había estado genial, pero nosotros en Última Hora publicábamos que el clásico había sido flojo, mediocre, que los jugadores habían estado debajo de su nivel. Eso irritaba a Pocho y se quejaba con Conrado Falco, creía que hundíamos el espectáculo, cuando lo que hacíamos era decir la verdad. Y Conrado Falco, que era un señor de señores, lo sabía, y por eso siempre nos apoyó. Cuando sacan a todo el equipo de *La Tercera* en 1974 no creo que fuera por un capricho de Velasco o de Thorndike, que era un tipo autoritario al que yo conocía de mis tiempos en Correo. Creo que más bien lo que se buscaba era darle otra línea a la sección deportiva, diferente a la escuela de Pocho que era, como digo, muy complaciente, muy dedicada a las promociones.

Yo comparto solo algunas de las ideas de Alberto Best. No discuto las calidades humanas y profesionales de Conrado Falco, una figura del periodismo deportivo peruano quizá poco reconocida por la gente. Es cierto que él representa otra línea periodística diferente a la de Pocho, quizá más de perfil bajo, más seria, más de análisis y estadísticas. Por ese mismo camino van otros grandes periodistas deportivos como Eduardo San Román, que trabajaba en *El Comercio* y Radio América, o el Flaco Rodolfo Espinar, que desde las páginas de *Expreso* impulsó la creación de la Copa Perú y falleció tempranamente en 1968. Creo que la gran diferencia consiste en que Falco, Espinar o San Román eran respetados por el público, mientras Pocho era querido. Quizá sea por una cuestión de personalidad, de carácter, de la imagen que daban a través de los medios y de cómo los percibía la gente. Porque Falco, Espinar o San Román —a los tres los he conocido de cerca—, eran también muy amigables,

muy humanos, muy queridos por quienes estaban a su alrededor, pero Pocho encandilaba multitudes, se conectaba muy bien con la gente, a todos les parecía un gordo simpático. Hay miles de personas que nunca conocieron directamente a Pocho, pero que lo recuerdan y lo quieren como un amigo que les mostraba souvenirs en televisión, que les contaba anécdotas en sus columnas, que siempre se dirigía al público con sencillez, con cariño, con calidez.

Es cierto también que Pocho siempre estaba pendiente del gusto popular, en prensa escrita, radial o de televisión. Si la gente quería entrevistas a personajes de décadas pasadas, Pocho se las daba; si la gente quería más fútbol internacional, Pocho se conseguía imágenes del extranjero; si la gente quería música, Pocho traía nuevos discos. Pero en *La Tercera* también había espacio para las críticas, no considero que fuéramos complacientes. Eso sí, siempre rescatando lo positivo, sin ser lapidarios ni fatalistas, tratando de construir, de aportar al desarrollo del deporte nacional, forjando ídolos para las nuevas generaciones. ¿Que en *La Tercera* se promocionaban diferentes espectáculos deportivos? Claro, si de lo que se trataba era de crear una afición. En la semana previa a un clásico o un partido internacional, Pocho calentaba el ambiente promoviendo duelos personales, destacando figuras, generando expectativa, dando datos especiales de los últimos entrenamientos. Y así, el día del partido el estadio reventaba de gente. La inolvidable despedida de Lolo Fernández en un clásico ganándole 4–2 a *Alianza* en 1953, con las tribunas colmadas de espectadores, fue posible gracias a una campaña de Pocho desde *La Tercera*, en la que pidió la inclusión de Lolo entre los titulares cremas porque venía haciendo goles en las prácticas. ¿Es válido hacer eso en prensa? ¿Debe cobrarse por hacer esa promoción?

Yo pienso que sí, pero me apena que mucha gente, sobre todo entre las nuevas generaciones, no lo entienda. Y que a partir de esa incomprensión nos hayan tachado de mermeleros a algunos periodistas de la vieja guardia, como si hubiéramos vendido nuestras opiniones. Si hasta se inventó la leyenda de que Jorge Nicolini, presidente de la *U*, me había regalado un carro. Eso es una tremenda falsedad. En entrevistas que me han realizado en los últimos años han vuelto sobre este tema, incluso de manera un tanto agresiva, y yo siempre he respondido lo mismo, con la frente en alto, muy orgulloso del trabajo que he realizado a lo largo de tantos años. Copio fragmentos de dos entrevistas que me hicieron en 1996 y 1997, en los diarios *Ojo* y *El Bocón*, respectivamente:

> —Ojo: ¿Cuánto es lo máximo que le han ofrecido para realzar a alguien?
>
> —Littman Gallo: Ni un solo centavo. Y ojo que no me parece mermelada el que usen tu nombre para promocionar un espectáculo, si ese fuera el caso. Te repito que no me han ofrecido dinero, pero sí lo aceptaría para realzar a alguien que se lo merece, porque ese es mi trabajo.
>
> —Ojo: Tiene fama de mermelero, ¿qué hay de cierto en ello?

—Littman Gallo: Uuuyyy, hermano. Martínez Morosini, Ferrando y Pocho tenían fama de afeminados. Nada más te digo que a las pruebas me remito. El periodismo me ha dado, honradamente, una casa en Surco, otra en la playa y educación para mis hijos.

—Ojo: ¿Es cierto que Jorge Nicolini le regaló un carro?

—Littman Gallo: Mentira, ¿tú estás loco? Ojalá fuera cierto, ja, ja. Yo tengo la factura de mi Mazda, que me costó diez mil dólares en 1985. Es mi único auto.

—El Bocón: ¿Es válido que un periodista reciba dinero para promocionar a un futbolista o a una institución?

—Littman Gallo: Tú eres profesional, si te emplean para promocionar algo te tienen que pagar. Por ejemplo, promocionar el *Alianza–Cristal* no es malo; si te pagan por mentiras, eso sí que no.

—El Bocón: ¿Cuáles son los dirigentes que pagan a periodistas?

—Littman Gallo: La gente habla, pero a mí no me consta. Del mismo Pocho, incluso, hablaron que cobraba, pero como te digo, a mí no me consta.

—El Bocón: ¿Por qué lo acusan de mermelero?

—Littman Gallo: Dicen muchas cosas de mí, pero no hay ninguna persona que me lo diga en la cara y que lo compruebe.

Yo sigo sosteniendo lo mismo, para escándalo de algunos periodistas jóvenes que se creen los dueños de la verdad y los grandes creadores de la prensa deportiva peruana. Entonces buscan negar los méritos de los periodistas de décadas pasadas, echan sombras de dudas, embarran trayectorias y juzgan con apresuramiento. Yo digo que es válido que te paguen por promocionar un espectáculo, una figura, una institución, ¿cuál es el escándalo? ¿Acaso no existen los agentes de prensa, los relacionistas públicos que se encargan de hacer eso y están siempre entrando y saliendo de las salas de redacción, de las radios, de los canales de televisión? ¿Y quienes hacen ese trabajo acaso no son periodistas, precisamente gente que conoce este ambiente y tiene contactos en diferentes medios? Si ahora esa profesión hasta se dicta como una carrera dentro de las facultades de Ciencias de la Comunicación. Hoy en día no existe un club deportivo serio en el mundo que no tenga su departamento de prensa, con periodistas pagados, que se encargan de difundir los logros de la institución, declaraciones de sus dirigentes, noticias que consideran deben ser conocidas por los aficionados. Y sus notas de prensa salen publicadas en los diarios, son leídas en las radios, merecen algunos reportajes en televisión. ¿Eso es lo que los implacables inquisidores llaman mermelada?

Hace décadas, cuando empecé en el periodismo deportivo, no existía departamento de prensa alguno en nuestro deporte; tampoco había relacionistas públicos que te dieran la información servida —como ahora—para que tú simplemente la difundieras en tu medio. ¡Cuántos esfuerzos hice para que el básquet fuera un deporte popular! Nosotros mismos, los periodistas, éramos los encargados de hacer el trabajo de difusión

y promoción necesarios para crear una afición por el deporte, que los niños tuvieran ídolos, que la gente esperara con ansiedad el fin de semana para ir a los estadios. Y en *La Tercera* asumíamos ese trabajo, ¡claro que nos gustaba hablar bien de los deportistas peruanos! ¿Eso es malo, criticable, condenable? Lo que sí creo que está mal es que te paguen por decir mentiras o por condicionar tus comentarios. Es decir, que venga un dirigente, digamos, de *Cristal*, y te ponga publicidad de su empresa a cambio de que solo hables flores de su equipo. Eso sería inaceptable, sería claudicar de tu función periodística y yo nunca lo hice, por algo tengo más de cincuenta años en el oficio, con una trayectoria reconocida. Cuando ha habido que criticar siempre lo he hecho —a veces hasta con exceso— y el público sabe cuál es mi estilo: la verdad directa, frontal, sin medias tintas. Si alguien ligado al deporte ponía publicidad en mi programa, eso no tenía nada que ver con el tenor de mis opiniones; si algún dirigente nos ayudaba en un viaje para cubrir información, eso no cambiaba para nada nuestra posición: si había algo que alabar, se alababa; si había algo que criticar, se criticaba. ¿Ustedes creen que alguien me iba a decir a mí o le iba a decir a Pocho lo que teníamos que opinar bajo la amenaza de retirar un auspicio? ¡Qué poco nos conocen!

4. Mi paso por *Última Hora* y la despedida en *La Tercera*

Volvamos al año 1974. Entonces yo trabajaba en diferentes medios, pero *La Tercera* era mi principal fuente de ingresos, mi base de operaciones, el medio al que más tiempo le dedicaba. El resto eran, como se dice, cachuelos, trabajos por horas que se hacen para completar el presupuesto familiar y porque el periodismo me apasiona tanto que no tenía problemas en cumplir jornadas de catorce horas diarias. Aparte de ser redactor de *La Tercera*, era corresponsal de la agencia soviética Nóvosti y del diario colombiano *El Espectador*. También trabajaba con Pocho en la radio y la revista *Ovación*, que comenzó a publicarse con ocasión de las eliminatorias para el Mundial de Alemania, en 1973, y que llegaría a tirar más de setenta mil ejemplares cuando Perú ganó la Copa América en 1975.

Salir de un día para otro de *La Tercera* fue durísimo. Al poco tiempo Pocho fue contratado por *Extra*, pero no pudo llevarse a su equipo de trabajo, entró solo. Lolo Salazar ingresó a la agencia de prensa Andina. Yo pasé una etapa muy difícil, incluso barajé seriamente dos posibilidades que hubieran significado un vuelco total en mi vida: la primera fue dejar el periodismo, pues un amigo me ofreció administrar un grifo, lo que significaba un alejamiento total del oficio que había ejercido por casi dos décadas y que me apasionaba; la segunda fue dejar el Perú e instalarme en Colombia, pues Carlos Antonio Vélez me ofreció trabajo en Bogotá, en el diario El Espectador. Con el apoyo de mi familia y de algunos amigos pude sobrellevar esas épocas de vacas flacas sin renunciar al periodismo ni abandonar mi país; lejos de las

salas de redacción o del Perú no hubiera sido el mismo, hubiera sufrido una carencia interior muy grande, hubiera sentido un gran desarraigo. Felizmente, en mayo de 1976 —casi dos años después de haber salido de *La Tercera*—, pude ingresar como redactor a la sección deportes del diario *Última Hora*, que era el vespertino de La Prensa. El contacto me lo hizo Augusto Rázuri, quien estaba en ese diario y antes había trabajado en *La Crónica*; me conocía desde hacía años. Así pude incorporarme al equipo que dirigía Conrado Falco Squadrito, donde figuraban periodistas reconocidos como Alberto Best, Raúl Dreifuss, Miguel Humberto Aguirre y Roberto Salinas.

Última Hora era el tabloide vespertino del grupo editorial dirigido por Pedro Beltrán, que tenía como diario principal a *La Prensa*. Su redacción estaba en la calle Baquíjano del jirón de la Unión, en el segundo piso del local de *La Prensa*, frente al Club Perú. *Última Hora* fue fundada en 1950 y desde su aparición causó polémica por ser el primer diario en incorporar la jerga criolla en sus páginas. Tuvo siempre detractores que criticaban que en un diario se deformara así nuestro idioma, apelando también a titulares humorísticos, picarescos, de doble sentido. Puede considerársele el antecedente histórico de los llamados «diarios chicha» que abarrotaron los kioscos desde los años noventa, claro, con grandes diferencias: *Última Hora* era sensacionalista para su época, inflaba algunas noticias y gustaba de destapar escándalos, pero comparado con los diarios actuales inundados de sangre y sexo, parecería un cuento de hadas para niños. Sus grandes creadores fueron el Gordo Raúl Villarán y Efraín Ruiz Caro, quienes luego le dejaron la posta a otros periodistas destacados como Miguel Yi Carrillo, Guido Monteverde y el propio Conrado Falco, que dirigía la sección deportes y tenía una columna de opinión llamada «En órbita».

Conrado Falco provino de las canteras de *La Prensa* y empezó en *Última Hora* en 1960. Era periodista, pero también abogado; tenía su estudio en la Plaza San Martín y desde allí cruzaba por el Jirón de la Unión rumbo al periódico, encontrándose en esas pocas cuadras con muchísimos amigos que le detenían para conversar. Era muy respetado tanto en el mundo del periodismo como en el del derecho, lo que contribuyó a darle peso a la sección deportiva de *Última Hora*. En los años que trabajé con él, comprobé que dentro del sensacionalismo que practicaba el diario, Conrado se preocupaba más por darle humor a la sección que por levantar escándalos; era muy ingenioso para los titulares, punzante para la crítica, pero también agudo para el análisis. Podría parecer extraño que en la sección deportiva de un diario sensacionalista tuviera cabida un abogado tan respetable como él, pero como ya dije, *Última Hora* hacía un sensacionalismo blanco, se practicaba un periodismo de buen nivel. El joven Cesar Hildebrandt, por ejemplo, se formó en ese medio; cuando yo entré al diario, él se encargaba de editar las páginas con los diagramadores.

—La redacción de Última Hora era como un recreo— evoca con nostalgia Alberto Best—. Se trataba de hacer una publicación amena, picante, divertida, y eso se reflejaba

en nuestras horas de trabajo. En deportes podíamos ser sarcásticos, críticos, en algunos casos seguramente se nos pasó la mano, pero creo que en general no despertábamos antipatías. Teníamos el respaldo del doctor Conrado Falco y eso nos daba tranquilidad; además, siempre salíamos de comisión con nuestra corbatita, saludábamos, a todos tratábamos con respeto. Cuando nos veían llegar a los entrenamientos los jugadores decían, «ahí están los de *Última Hora*», pero no como una amenaza ni con molestia; por lo general, nos comentaban riéndose algún titular ocurrente. Mis mejores años en el periodismo los pasé en *Última Hora*; su cierre, en 1984, fue uno de los mayores golpes que he recibido en mi vida.

Adaptarme a *Última Hora* no me costó mucho; tenía que cambiar un poco mi forma de redactar, pero con los años de experiencia que llevaba en el oficio eso no representó mayor problema. A decir verdad, la carga de trabajo era mucho menor que en *La Tercera*, pues teníamos menos páginas, y para alguien como yo que estaba acostumbrado a la presión obsesiva de Pocho, la mano no venía dura. Inicialmente entré para dedicarme sobre todo al básquet, pero como este deporte estaba en decadencia, empecé a cubrir las informaciones de *Alianza Lima*, donde tenía muchos contactos. Sé que al comienzo algunos me miraban de reojo porque venía de *La Tercera*, que era el diario de la competencia, y porque estaba muy identificado con Pocho Rospigliosi, que representaba una línea periodística diferente a la de Conrado Falco. Pero yo trabajé tranquilo y pude integrarme al equipo; además, a muchos periodistas ya los conocía desde hacía tiempo. Lo que más recuerdo de esos primeros años en *Última Hora* eran las disposiciones absurdas que desde el gobierno —a través de la Oficina Central de Informaciones— se dictaban y que debíamos acatar calladitos. Por ejemplo, para un partido que jugó la selección peruana en Colombia se llevó como invitados de honor a Valeriano López y Guillermo Barbadillo. Esas dos viejas glorias iban como parte de la delegación para promocionar las bondades del Ron Cartavio, producido en las haciendas azucareras del norte del país que habían sido expropiadas por la Reforma Agraria. De Palacio enviaron instrucciones a todas las redacciones deportivas, donde se especificaba paso a paso la forma en que debía cubrirse la gira con Valeriano y Barbadillo.

En 1981 Conrado Falco sufrió un derrame cerebral y estuvo varios meses en coma hasta fallecer en enero de 1982. Ese hecho causó una profunda tristeza entre quienes trabajábamos en Última Hora y la sección deportiva estuvo tambaleante durante algunos meses. Primero asumió la jefatura del área Roberto Salinas, pero al poco tiempo se fue a un nuevo diario, *El Observador*. En su reemplazo entró Alberto Best, con quien se estabilizaron las cosas. Pero ya el diario había entrado en decadencia, *La Prensa* y *Última Hora* tenían muchos problemas económicos. Ambos fueron cerrados en 1984, pero yo salí un año antes, al aceptar un ofrecimiento que me hicieron de *La Tercera* para entrar como jefe de deportes. Yo me fui corriendo, no porque Última Hora hubiera sido una mala experiencia, sino por todo lo que representaba para mí *La Tercera*, donde había

trabajado tantos años, donde aprendí el oficio, donde hice mis primeros artículos y viajes. Era como volver a casa.

Yo había salido de *La Tercera* en 1974, regresé en 1983. Obviamente, las cosas habían cambiado. El diario no pertenecía más a la familia Prado Ugarteche; había pasado a ser del Estado, aún tras el retorno de la democracia y la libertad de prensa en 1980, y formaba parte de la Empresa Editora Perú junto al diario oficial *El Peruano*. Ni por asomo alcanzaba el esplendor de su mejor etapa —entre los años cincuenta y setenta, con Pocho Rospigliosi—, pero hice mi mejor esfuerzo para sacar adelante ese periódico que tanto quería. Tenía como colaboradores a Carlos Chocano, Samuel Castillo, Manuel Paz y otros, y creo que logramos mantener la identidad de *La Tercera* como un diario básicamente deportivo, con sus secciones habituales como la Coctelera; por supuesto, en sus páginas reapareció mi columna «Abriendo juego». Gracias a *La Tercera* asistí a los mundiales de México 1986 e Italia 1990, pero lamentablemente nuestro fútbol vivía una época de crisis que nos marginó de esas dos competencias. A partir de los años noventa, con el ascenso de Alberto Fujimori al poder, empezó a barajarse la posibilidad de que el diario cerrara. Los periodistas no podíamos trabajar con tranquilidad, había limitaciones económicas, muchas presiones, exceso de burocracia, y yo terminé jubilándome al cumplir treinta años de servicios en *La Tercera* —sumando mis dos etapas— a fines de 1991. Lo hice sin mayor tristeza, pues las cosas habían cambiado para peor en el diario y no trabajaba a gusto. A los pocos meses, en 1992, *La Tercera* fue cerrado definitivamente.

Prácticamente con *La Tercera* se cerró mi capítulo personal en la prensa escrita. En los años noventa estaba más identificado como un hombre de radio y televisión, a pesar de que fui jefe de deportes del diario *El Mañanero* entre 1993 y 1994, y luego pasé brevemente por otros periódicos como *El Chato*, *La Yuca* y *Primicia*, publicando mi columna «Abriendo juego». Yo me formé en prensa escrita y a lo largo de mi vida me he sentido muy cómodo tecleando en una máquina de escribir —siempre la preferí a la computadora—, pero en mi etapa final como periodista ya había sido ganado por el mundo de la radio y la televisión. Que también tiene sus encantos y sus bemoles, como les paso a contar de inmediato.

5. El mundo de la televisión

Con el gran suceso radial que tuvo *Ovación* desde su aparición en 1964, el siguiente paso natural del equipo dirigido por Pocho Rospigliosi era ingresar a la televisión, un medio que desde los años sesenta se popularizó rápidamente en nuestro país. En 1969 muchas familias peruanas se compraron su primer aparato de televisión, en blanco y negro, para poder seguir dos transmisiones: la llegada del hombre a la Luna y los partidos de las eliminatorias de México 1970. Así de grande era la expectativa

que existía por la campaña del seleccionado dirigido por Didí, que no defraudó a los aficionados.

Pocho tuvo algunas experiencias televisivas iniciales entre los años sesenta y setenta —como un programa llamado *Ovación* en Canal 4—, pero su apogeo en este medio, sin duda alguna, lo alcanzó con el inolvidable *Gigante Deportivo*. Este programa comenzó a transmitirse desde 1980 en Canal 5 —estuvo seis años en el aire— y era un monstruo que constaba de diez horas todos los fines de semana: iba sábados y domingos de once de la mañana a cuatro de la tarde. Tamaña empresa hubiera asustado a cualquiera, pero no a Pocho, que era feliz trabajando. Pocho tenía un estilo propio que los productores de televisión no entendían, pero que arrasó en sintonía. No le gustaron las escenografías propuestas y, para espanto de los especialistas, recreó una especie de sala de redacción como fondo —con periodistas escribiendo a máquina, revisando cables, hablando por teléfono—, mientras él presentaba las secuencias del programa o hacía entrevistas en una especie de oficina privada ubicada en primer plano. Pocho hacía lo que quería en pantalla: comía empanadas, mostraba souvenirs en secuencias larguísimas, hacía bromas que solo podían entender sus amigos, pero el rating era muy alto. También entrevistaba a gente que no estaba ligada al deporte, como Olga Guillot o un Luis Miguel adolescente, casi un niño, a quien le regaló un peine para su frondosa cabellera. Tuve la suerte de trabajar en *Gigante Deportivo*, como parte de ese equipo integrado también por Miguel Portanova, Juan Iglesias, Koko Cárdenas, Alberto Chung, Ronald del Águila, Lidio Gallo, Micky Rospigliosi y, más tarde, El Veco.

La anécdota emblemática de *Gigante Deportivo* es la de los goles de Cubillas. Por esos años el Nene jugaba en el Strikers de Florida, que en una ocasión goleó al poderoso *Cosmos* de Nueva York con tres tantos suyos. El periodista Tony Tirado llamó desde Estados Unidos a Pocho y le dijo que le estaba enviando por avión la cinta con los goles de Cubillas para que los pasara en *Gigante Deportivo*. Se hizo una gran promoción y, efectivamente, la cinta de video llegó al canal, supuestamente para ser transcrita rápidamente y lanzada al aire. Pocho, confiado, despidió un bloque del programa pasando a la tanda comercial con la frase, «ya vienen los goles de Cubillas». Pero había problemas técnicos para transcribir las imágenes de la cinta, todo era un loquerío en el canal, y Pocho tuvo que seguir presentando otras secuencias, alargando la expectativa, y pasando a comerciales siempre diciendo «ya vienen los goles de Cubillas». Así pasaron por lo menos un par de horas, hasta que por fin la cinta pudo ser transcrita y vista por los televidentes de Gigante Deportivo. Había sido tal la expectativa creada por Pocho que la frase se hizo popular, la gente la utilizaba para referirse a cosas que eran muy esperadas pero que tardaban en llegar. Hasta hoy escucho que se sigue usando el famoso «ya vienen los goles de Cubillas».

Con la experiencia ganada en *Gigante Deportivo*, en 1983 pasé a integrar el equipo de *Afición Deportiva*, un espacio de formato similar al programa de Pocho que lanzó

Canal 9. Ahí trabajamos con el Nene Cubillas, Alfredo Deza, Javier Chávez, y creo que hicimos un buen programa. De esa época data una entrevista muy recordada que le hice a Lolo Fernández, en su casa de Lince, antes de que fuera internado en la Clínica Maison de Santé. Ese es el último testimonio que queda del gran cañonero del fútbol peruano, donde todavía está entero, hablando de sus recuerdos, sus goles, sus anécdotas. En 1989 pasé a Canal 7 para hacer *El Show del Deporte*, que comenzó como parte del noticiero matutino *Esta Mañana* y debido a su éxito se convirtió en un programa independiente. La clave estaba en pasar muchas imágenes, muchos goles, tener un ritmo muy picado que capturara al televidente. Entiendo que así debe ser un programa deportivo en televisión; las noticias son las imágenes, y el conductor debe respaldarlas hablando cuando estas están al aire, dando información sobre lo que se ve. Me aburren esos programas de radio o televisión en los que aparece un conductor dando opiniones interminablemente, en un ritmo que termina por cansar al público. En televisión debes ser ligero, impredecible, tener capacidad para asombrar. Para programas deportivos creo que funcionan dos cosas: o das muchas noticias (imágenes) o haces una polémica, pero bien llevada, entre gente preparada que pueda exponer argumentos y que tenga facilidad de palabra.

Precisamente, creo que los programas de televisión que mayor popularidad me dieron fueron los de las polémicas que dirigía Gustavo Barnechea. Primero estuvimos en Canal 9, durante los años 1996 y 1997, y después pasamos al Canal 11 en 1998. El primer programa se llamó Después del Fútbol, se emitía los lunes por la noche y básicamente analizábamos las jornadas del campeonato local o las actuaciones de la selección. En Canal 11 el programa se llamaba *Minuto 91*; los panelistas éramos los mismos, el formato se mantenía y seguía funcionando, pero había muchos problemas económicos, los dueños del 11 todavía me deben plata. Recuerdo que como panelistas estábamos la Pepa Baldessari, Germán Leguía, Carlos Alberto Navarro y yo, teniendo como conductor al Flaco Barnechea; durante un tiempo estuvieron también Eduardo Malásquez y Tito Drago. Nos batíamos a duelo en dos bandos claramente definidos, por un lado Navarro y yo, y por el otro la Pepa con Leguía. Nosotros éramos muy críticos, agudos, punzantes; ellos defendían a los jugadores, a los entrenadores, le echaban la culpa de los males del fútbol peruano a la prensa. Y eso es una gran mentira: en los partidos de fútbol, responsables son los entrenadores o los dirigentes, culpables de las victorias o las derrotas, los jugadores. La única obligación de los periodistas es decir la verdad, criticar cuando haya que hacerlo y elogiar cuando toque, pero no podemos estar haciéndole barra y justificando permanentemente a nuestros jugadores bajo el pretexto de que todos debemos apoyar y empujar el carro en un mismo sentido. Yo veo que hay dirigentes, entrenadores, jugadores y periodistas que empujan el carro, pero rumbo al abismo, y no me voy a poner a su lado, pues. No, en esos casos debo ponerme en la dirección opuesta, dar la contra, alertar sobre los errores que se cometen.

Nos enfrascábamos en discusiones encendidas, sobre todo, con la Pepa; el Flaco Barnechea tenía que hacer malabares para controlarnos. Por allí nos lanzábamos dardos, ironías, levantábamos la voz, jugábamos bromas, nos exasperábamos… los televidentes no podían dejar de ver el programa. Aunque algunas veces se nos pasara la mano, siempre polemizamos con respeto, defendiendo argumentos, sin atacar a las personas, solo refiriéndonos al plano deportivo. La Pepa Baldessari es un gran tipo, nos llevábamos muy bien, aunque hubiera gente que creyera —por lo que veía en la pantalla— que éramos enemigos irreconciliables. En absoluto. Al cierre del programa nos íbamos al Café Haití de Miraflores y ahí seguíamos discutiendo. Ya no teníamos televidentes, pero yo notaba que de las mesas de los costados hacían esfuerzos por escuchar lo que decíamos, los mozos se quedaban parados cerca de nosotros. Uy, nos quedábamos de amanecida hasta que nos botaban porque cerraban el local, y nos despedíamos con un abrazo.

—Fierita, a vos nunca te voy a hacer cambiar —se reía la Pepa.

6. *Deportegrama*, la voz de los hinchas

He dejado para el final a *Deportegrama*, que es como mi hijo radial. Como ya he contado, durante años integré el equipo de *Ovación* en la radio y desde el inicio me sentí muy cómodo frente a los micrófonos. La radio te da agilidad, inmediatez, frescura, y yo me moví en ese medio como pez en el agua. Rápidamente me di cuenta de lo cierto que es ese eslogan que dice «la radio está más cerca de la gente», y como a mí me gusta estar en contacto con el público, he disfrutado como pocos con este trabajo. *Ovación*, además, era el gran programa radial de la época, estábamos en todas partes, hablábamos con los protagonistas de las noticias, hacíamos enlaces increíbles, pero yo sentía que faltaba algo. Pocho Rospigliosi descubrió la gran utilidad del teléfono en la radio para hacer entrevistas, puentes entre jugadores, coberturas internacionales. Sin embargo, nunca se animó a abrir los micrófonos al público. ¿Acaso los periodistas somos los únicos que tenemos cosas que decir? Esa inquietud me rondó por la cabeza durante años.

Una relación de trabajo y de amistad tan larga como la que he sostenido con Pocho Rospigliosi tiene sus altas y sus bajas. A veces podemos haber tenido puntos de vista diferentes, podemos habernos distanciado, pero por encima de todo a Pocho lo recuerdo con la gratitud que el discípulo debe al maestro, con el cariño y la lealtad que se debe a los amigos. En un momento dado decidí buscar mis propios horizontes en la radio y alejarme de *Ovación*, siempre en buenos términos con Pocho, sin dar un portazo. Así fundé *Deportegrama*, que comenzó a emitirse a través de Estación X el 21 de abril de 1979. No fue un programa improvisado, sacado de un día para el otro. Lo pensamos muy bien con Jorge Pollack, vecino mío en los veranos de San Bartolo,

con quien me asocié para llevar adelante este proyecto; él ponía la plata y yo el trabajo. Logramos reunir a un equipo de alto nivel, con el maestro Eduardo San Román (a quien yo bauticé como la «Catedral del deporte peruano» por sus vastos conocimientos en el tema), Lolo Salazar, Roly Cadillo, Rafael Jacobo, Pepe San Román, Walter Perales, Ricardo Castillo, Raúl Carrasco, Ricardo Delgado y Chocherita Sandoval. Después se incorporaron otros narradores reconocidos como Javier Chávez y Toño Vargas.

En esa época la radio podía ser un buen negocio, los programas deportivos todavía no habían saturado la señal. Había auspiciadores que te permitían manejar un presupuesto razonable para hacer comisiones, transmisiones desde el extranjero, llamadas internacionales. *Deportegrama* iba todos los días de lunes a viernes, de siete a ocho de la noche; los fines de semana transmitíamos los partidos. Por esos años las referencias principales eran *Ovación* y *Pregón Deportivo*, pero se abrían paso otros hombres de radio como Raúl Maraví, Lucho Valdez, Tito Navarro, Bruno Espósito, Miguel Humberto Aguirre, Miguel Portanova, Juan Iglesias y El Veco; por supuesto, estábamos también nosotros con Eduardo San Román. Creo que la década del ochenta fue la época de oro de la prensa deportiva radial, pues cada uno de los periodistas que he mencionado tenía su espacio propio y se emitían programas de calidad, que atraían a los oyentes y los auspiciadores. Además, a partir de esos años los adelantos tecnológicos nos permitieron llegar con mayor claridad al público, pues aparecieron los micrófonos inalámbricos y mejoraron las líneas telefónicas.

Hoy en día ya es muy fácil hacer un programa de radio que incluya transmisiones desde el estadio. Te consigues un técnico, una pequeña consola de 300 soles, un teléfono, y ya puedes transmitir. Esas ventajas tecnológicas, sin embargo, creo que han terminado por ser más perjudiciales que beneficiosas para la prensa deportiva radial. Porque ya prácticamente cualquiera tiene la posibilidad de abrir su programa en la radio y la calidad bajó notoriamente. Aparecieron en el aire muchos improvisados, bajaron las tarifas de publicidad, los oyentes se dispersaron o se fueron, porque en todo este proceso se perdió calidad y credibilidad. Ahora prendes la radio y escuchas a cualquiera dando opiniones larguísimas sobre fútbol, en unos programas aburridísimos donde ni siquiera te dan noticias, no hay comisiones, entrevistas, participación del público, nada. Llegan unos tipos a la cabina, abren el periódico y empiezan a hablar durante una hora. Actualmente habrá muchos programas deportivos en el aire, pero nadie le llega a los talones a hombres de radio tan importantes como Óscar Artacho, Pocho Rospigliosi, Humberto Martínez Morosini o Eduardo San Román. Así, la radio ha decaído, se ha convertido en un negocio duro, donde hay mucha competencia y las ganancias son marginales.

En los años ochenta, como ya dije, la situación era muy diferente. De Estación X *Deportegrama* pasó a Radio Unión y en 1984 se instaló en Radio Libertad. En *Deportegrama*, siendo yo el director del espacio, pude introducir esa gran novedad que

había maquinado desde hacía tiempo: abrir los micrófonos para que los hinchas pudieran expresarse libremente. Hasta entonces nadie lo había hecho, parecía una apuesta muy arriesgada y a los directivos de la radio en un principio no les gustó la idea.

—Littman, te has vuelto loco —me decían los directivos, Pollack incluido. —Le vas a dar micrófono a cualquiera, te pueden insultar, decir groserías, tú sabes cómo es la gente aquí.

—Bueno, esa gente son nuestros oyentes y tienen cosas que decir —me defendía yo—. En la calle, a la salida del estadio, siempre me paran hinchas que quieren hacerse escuchar, que me piden que critique a tal, que promueva a tal otro, que denuncie, que apoye, que pida la cabeza del entrenador, son gente que tiene su opinión y quiere comunicarla. Si les damos a los hinchas la posibilidad de expresarse por ellos mismos, vamos a romper en sintonía. Seguro habrá los que llamen para insultar, para hacer su palomillada, pero a esos también hay que conversarles, seguirles el diálogo para saber si tienen algo más que decir.

—¿Cómo se te ocurre, Littman? —volvían a la carga los directivos—. Si alguien llama para insultar, de inmediato se corta la llamada.

—Ni hablar —me puse firme—. La línea está abierta para todos, sin censuras. Si vamos a filtrar llamadas para que salgan al aire solo las que nos felicitan, las que nos tiran flores, entonces mejor no abrimos los micrófonos.

Fue una batalla dura la que tuve que dar para convencer a los directivos de la radio de abrir los micrófonos al público; tuve que presionar mucho, incluso amenacé con llevarme *Deportegrama* de Radio Libertad, pero finalmente lo conseguí. Íbamos a probar por unos días, a ver cómo respondía la gente. Yo no necesitaba más, sabía que el éxito sería inmediato. Micrófonos abiertos, números telefónicos al aire y que llame el que quiera para dar su opinión, incluso para criticarnos. En la cabina todos estaban asustados.

—Littman, ¿sabes en qué se parece Balán Gonzales a Romario? —preguntó un oyente al aire.

—¿Balán a Romario? —me agarró frío.

—¡En nada!, ja, ja,ja…

Deportegrama fue desde sus inicios un programa que corría riesgos, innovador, desenfadado. Teníamos un panel de comentaristas destacados, pero no nos quedábamos solamente en dar opiniones. Incluimos otras secciones muy picaditas como el carrusel de datos; también se hacían imitaciones de las voces de algunos personajes, poniendo un toque humorístico. Era un programa fresco, que pegó mucho entre los jóvenes. Cuando abrimos los micrófonos al público, fueron los jóvenes los que más llamaron, para dar sus opiniones, defender a sus equipos, pero también para hacer comentarios

graciosos, por ahí burlarse de algún jugador, algún periodista, hasta de los mismos que hacíamos *Deportegrama*. Yo siempre he tenido mucha correa y me resbalaba si algún oyente me insultaba por teléfono. A los que hacían eso, no les cortábamos la llamada, yo les seguía la conversación.

—Littman, ¿tienes datos de ese jugador Larry que viene para *Alianza*? —dijo una voz a través del teléfono.

—¿Larry, qué Larry? —pregunté yo.

—Larriconcha tu madre, ja, ja, ja —se rió el oyente.

—Uy hermanito, ¿para eso llamas? —yo intentaba mantener el diálogo—. ¿Qué ha hecho mi viejita para que te metas con ella?

—No tío, una bromita nomás, con mucho cariño —se bajó rápidamente el palomilla.

En un programa de una hora recibíamos como cien llamadas de los oyentes, no todos podían salir al aire**,** las líneas se saturaban. Los directivos de la radio estaban felices porque esa era la confirmación palpable de la gran audiencia que teníamos, muchas veces *Deportegrama* ha sido considerado el mejor programa deportivo radial en esos recuentos que se hacen a fin de año. Los hinchas defendían a sus ídolos, criticaban a los dirigentes, los árbitros, los jugadores de otros equipos; hacíamos encuestas al aire, los oyentes podían preguntarle lo que quisieran a los invitados que llevábamos a los estudios. También hubo aquellos que solo llamaban para mentarme la madre, hasta llegué a reconocer sus voces. Pero nadie puede decir que Littman Gallo le ha colgado el teléfono. El día que murió mi madre, a pesar de la tristeza que me invadía, igual fui por la noche a la radio a hacer mi programa para no fallarle a los oyentes. Entró la primera llamada y una voz de muchachito me mentó la madre. Respiré profundo y le contesté.

—Mi viejita está desde hoy en el cielo, y a pesar del dolor de no verla más, he venido a hacer el programa con ustedes.— El otro colgó el teléfono, seguramente muy avergonzado. Todos los siguientes oyentes que llamaron esa noche —y que fueron decenas— me dieron sus sentidas condolencias, con mucho respeto.

A lo largo de los últimos diez años *Deportegrama* se ha emitido por las radios Unión, Libertad y Gol, a partir de las siete o de las diez de la noche. El 2003 salió al aire por Unión, pero ahí cerré el programa; como ya dije, estos son tiempos difíciles para la radio. Ahora solo hago unos pequeños noticieros informativos para Radio Libertad. Pero me provoca un sano orgullo haber sido el pionero de los programas con participación directa del público a través del teléfono, costumbre que luego se ha extendido por todo el dial. Ahora hasta hay espacios en televisión que han copiado ese formato. A mí me hace feliz que el público encuentre más canales donde hacer escuchar su voz y recuerdo con cariño a los oyentes que me llamaban, muchos ya eran como

panelistas porque participaban casi a diario: Jorge Mongrut, los hermanos Velásquez, la chica Cecilia, Metálica, el Gusano Dávila, Cristalito, y tantos otros que hablaban de diferentes temas, ya hasta se salían de lo meramente deportivo; creo que terminé convirtiéndome en una especie de psicólogo. Deportegrama funcionaba como una terapia para jóvenes que querían terminar el día con una sonrisa, con un programa divertido, donde podían llamar y hablar de sus cosas, hasta me invitaban a tomar un par de cervezas, a juntarnos para conversar.

Uno de mis fieles oyentes me buscó un día para hacerme una página web. Yo no sabía bien en qué consistía eso, pero siempre he sido muy abierto con la gente y colaboré con él, le di fotos de mi álbum familiar, datos, le conté mi trayectoria, lo hice pasar a la cabina para que tomara fotos. Al poco tiempo me buscó y me enseñó lo que había hecho en la pantalla de una computadora. Me emocionó mucho tener en el ciberespacio (así lo llamaba) una página —http://es.msnusers.com/deportegrama— que puede ser visitada desde cualquier lugar del mundo, con fotos de mi trayectoria, las «perlitas» de mi programa, una breve historia de mi carrera como periodista deportivo, y donde los visitantes pueden escribir, opinar, dejar mensajes. La presentación de la página da la bienvenida así a los visitantes:

«Este rinconcito en la web trata de reconocer y agradecer a el maestro de maestros Littman Gallo *Gallito*, pionero en programas deportivos que dejan opinar a los hinchas de diferentes equipos o de diferentes deportes. Gracias Littman Gallo por haber dejado a miles de miles de hinchas dar su opinión o comentarios».

Me gusta mucho esa presentación. Creo que para un hombre de radio, como yo, es una buena manera de ser recordado.

Referencias autores

Gerardo Álvarez es Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de San Marcos. Estudió el Diploma en Sociología en la Universidad Católica y obtuvo el grado de Maestría en El Colegio de México. Es candidato a Doctor por la misma institución y prepara un estudio titulado «Espectáculo deportivo y construcción de identidades en Lima, primera mitad del siglo XX». Se ha desempeñado como Director del Archivo Histórico de la Universidad Nacional de San Marcos.

Carlos Aguirre es Doctor en Historia y profesor de la Universidad de Oregon, Eugene. Ha publicado en Perú y los Estados Unidos libros como: *The Criminals of Lima and Their Worlds. The Prision Experiencie 1850-1935* (Duke University Press, 2005), *Agentes de su propia libertad: esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud 1821-1854* (PUCP, 1995). Asimismo, ha sido coeditor de *Crime and Punishment in Latin America: Law and Society since Late Colonial Times* (Duke University Press). Actualmente dicta un curso sobre Fútbol en América Latina.

Luis Carlos Arias Schereiber es egresado de la Especialidad de Lingüística y Literatura de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Periodista profesional, ha pasado por diversos medios de prensa escrita, radio y televisión desde 1992. Como periodista deportivo ha trabajado, entre otros, en los diarios *El Mundo* y *El Sol*, en América Televisión y Cable Mágico Deportes, y en la revista *Don Balón Perú*, de la que fue editor general. Actualmente trabaja en la Dirección de Comunicación Institucional de la PUCP.

Martín Benavides es Doctor en Sociología por la Universidad Estatal de Pennsylvania, donde realizó también una maestría en políticas educativas en 1999. Es Licenciado en Sociología y bachiller en Ciencias Sociales de la Universidad

Católica. Actualmente se desempeña como Investigador Principal de GRADE y *Fellow* del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias del Comportamiento de la Universidad de Stanford (2007-2008). Ha publicado diversos artículos en los temas de educación, exclusión y movilidad social, juventud y deporte.

José R. Deustua es Doctor en Historia por la Universidad la Sorbona y profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Eastern Illinois. Su investigación se centra en temas de minería e indigenismo, con publicaciones como *The Bewitchment of Silver. The Social Economy of Mining in Nineteenth-Century Peru* (Athens, OH: Ohio University Press, 2000), *La Minería Peruana y la Iniciación de la República, 1820-1840* (Lima: IEP, 1986) e *Intelectuales, Indigenismo y Descentralización en el Perú; Cusco: Centro Bartolomé de las Casas, 1984.*

Aldo Panfichi es Doctor en Sociología por The New School for Social Research, jefe del departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú así como profesor principal del mismo. Ha sido miembro del Directorio del Club *Alianza Lima* (1998-2001). Entre sus publicaciones destacan: *Mundos Interiores: Lima 1850-1950,* con Felipe Portocarrero, (Lima: Universidad del Pacifico, 1995); *En el Corazón del pueblo. Pasión y gloria de Alianza Lima 1901-2001*, con Luis Millones y Víctor Vich (Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2002); *La Disputa por la Construcción Democrática en América Latina*, con Evelina Dagnino y Alberto Olvera (México: FCE 2006); *La Participación Ciudadana en el Perú* (Lima: Fondo Editorial PUCP, 2007); y *Aula Magna: Migraciones Internacionales* (Lima: Fondo Editorial PUCP, 2007).

Jaime Pulgar-Vidal Otálora es Periodista profesional especializado en deportes. Bachiller en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Autor de reportajes de televisión referidos a la historia del fútbol peruano y de artículos historiográficos sobre el mismo tema.

Steve Stein es Doctor en Historia por la Universidad de Stanford y profesor de Historia Latinoamericana de la Universidad de Miami. Ha publicado *Populism in Peru: The Emergence of the Masses and the Politics of Social Control* (Madison: University of Wisconsin Press, 1980), y *Lima obrera 1900-1930, 2 volúmenes,* (Lima: Ediciones El Virrey, 1986-87).

Susan Stokes es Doctora en Ciencia Política por la Universidad de Stanford y profesora de la Universidad de Yale. Entre sus publicaciones tenemos *Democracy and the Culture of Skepticism: Political Trust in Argentina and Mexico,* con Matthew Cleary (Nueva York: Russel Sage Foundation, 2006), *Mandates and Democracy:*

Neoliberalism by Surprise in Latin America (Cambridge, 2001), así como artículos en diversas revistas especializadas.

Jorge Thieroldt Llanos es Licenciado en Sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú y profesor de esta casa de estudios y de la Universidad del Pacífico. Recibió el año 2003 el premio a la mejor tesis de Licenciatura otorgado por la Dirección Académica de Investigación (DAI - PUCP).

Víctor Vich es Doctor en Literatura Hispanoamericana por Georgetown University y profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es autor de *El discurso de la calle: los cómicos ambulantes y las tensiones de la modernidad en el Perú* (2001), *El caníbal es el otro. Violencia y cultura en el Perú contemporáneo* (2002) y *Oralidad y poder* (2004). Actualmente, es coordinador de la maestría en Estudios Culturales en la Pontificia Universidad Católica del Perú e investigador del Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

David Wood es Doctor en Literatura por la Universidad de Exeter y Director del Departamento de Estudios Hispánicos en The University of Sheffield (Reino Unido). Es autor de los libros *The Fictions of Alfredo Bryce Echenique* (London, 2000), *De sabor nacional. El impacto de la cultura popular en el Perú* (Lima, IEP, 2005), y una edición crítica de los cuentos de Bryce Echenique *Huerto cerrado* (Manchester, 2007). Ha publicado artículos y capítulos de libros en Europa, Estados Unidos y América Latina, y forma parte del equipo editorial de *The International Journal of the History of Sport*.

Richard Witzig es Doctor en Medicina por las universidades de Harvard y Rutgers, y actualmente profesor e investigador de la Universidad de Tulane en los Estados Unidos. Estudia la relación entre la práctica del deporte y la salud pública en Estados Unidos, Asia y America Latina. Su pasión y conocimiento del fútbol mundial lo ha llevado a escribir y publicar el libro *The Global Art of Soccer* (New Orleans, 2006).